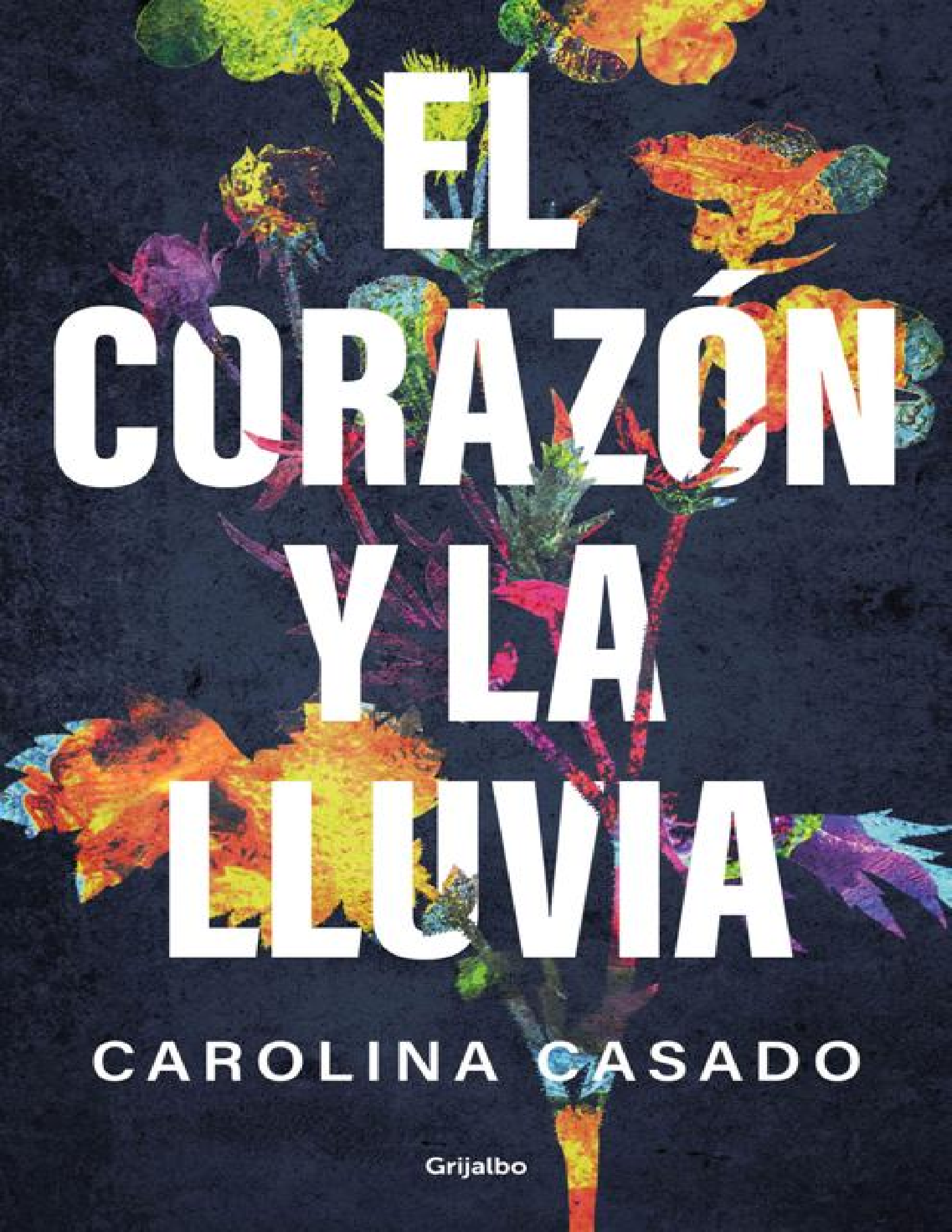

EL
CORAZÓN
Y LA
LLUVIA
CAROLINA CASADO
Grijalbo

CAROLINA CASADO

El corazón y la lluvia

Grijalbo

Para todas aquellas personas que
sobreviven pensando en otras vidas.
Tenemos un presente que recordar

La pelota que arrojé cuando jugaba en el parque aún no ha tocado el suelo.

DYLAN THOMAS

¿No es acaso todo lo que hacemos en la vida una manera de que nos amen más?

Antes del amanecer (1995)

1

—¿Nombre?

—Ib Taylor Jones.

Ante mi respuesta, los dedos de la enfermera se mueven con avidez por el teclado. El silencio huele a desinfectante suave, a notas de jabón caro. Con las manos lejos del mostrador y las comisuras de los labios estiradas, pero no demasiado, espero a que termine de borrar varias veces alguna tecla mal pulsada.

—Pero ya viniste el martes —dice con el ceño fruncido.

—Hablé con la enfermera Reed antes de que se jubilara. Tiene que estar apuntado. —Mi voz suena amable y educada, aunque doy un ligero paso hacia delante y mi sombra comparte espacio con el monitor—. Mañana es mi cumpleaños, pero los domingos no se admiten visitas. La enfermera Reed…

Dejo de hablar cuando observo que la enfermera ha vuelto a su tarea de pulsar teclas sin prestarme la más mínima atención. Es nueva, todavía no tiene una identificación colgada en la bata para que podamos dirigirnos a ella. Podría ser un despiste, o quizá lo ha hecho a propósito para poder moverse tranquila en sus primeros días.

—Una hora —me dice, y yo extiendo la mano para que me ponga una de esas pulseritas típicas de los hospitales con mi nombre y la

hora límite de salida, pero de color rosa.

Amarillo para los residentes, rosa para los visitantes. Tendría que haberle preguntado a la enfermera Reed si los colores tienen algún significado profundo, más allá de lo estético, pero no he caído en la cuenta hasta ahora.

Le doy las gracias a la enfermera nueva, aunque no se haya molestado en dedicarme más de una frase, y cruzo las puertas de entrada. El jardín es lo primero que tienes que atravesar. El acceso siempre me ha parecido curioso; la forma en la que te obliga a detenerte, a fijarte en el contraste casi iridiscente de la luz natural, cómo cae desde la claraboya del techo en una cascada suave, empapándolo todo: las plantas, las flores de temporada, el sendero de tierra pálida, el estanque con peces koi. Olvidar aquí parece una opción más fácil que recordar.

Pero si eres un poco más observador, puedes notar que el estanque parece más un charco que un pequeño lago. Que ese verde ocre que ves al fondo no pertenece a un grupo de árboles desordenados, sino a un papel de pared que oculta el frío hormigón. No hay un aroma escondido, como sucede cuando te pierdes en un bosque, que huele a resina y a hierba pisoteada y a polvo, pero puedes distinguir el olor lejano de la ciudad, de un espacio infinitamente contaminado. En este lugar, la libertad es como un pensamiento interrumpido: frágil, un soplo inesperado, alcanzable solo a ratos.

Saludo a un par de residentes que conozco de vista y a los distintos vigilantes, solo reconocibles por su gesto concentrado y la envergadura de sus brazos. Todos los trabajadores siguen una coreografía cuidadosamente estudiada cuando llega la hora de las

visitas, como si fuera una residencia de lujo normal, pero siempre hay algo que los delata. Las pulseras de colores. Una enfermera corriendo por los pasillos. El sonido de un sollozo incontrolable.

Tengo que mostrarle mi pulsera a un hombre vestido de jardinero para que me deje usar el ascensor. Subo a la última planta, mis zapatillas apenas hacen ruido sobre el suelo encerado. Hoy nadie me está esperando fuera de la puerta de su habitación. La escogió en el ala más tranquila del edificio, con vistas al jardín, lejos del comedor y de los espacios comunes. No estuve de acuerdo con su decisión, pero cómo decírselo. Por qué hacer algo que podría dañar a otros, por qué no resistirse a llevar la razón y dejar que sean felices un poco más, solo un poco más.

Entro en la habitación sin llamar; aquí las puertas no pueden cerrarse. Como siempre, lo primero que noto es el aroma fresco y húmedo del incienso. El tamaño de la habitación podría confundirse con un salón, aunque está decorada como un dormitorio normal. Una cama y dos cojines alargados, un armario, el mueble para la tele; a eso me refiero. Veo una esterilla extendida sobre la tarima de fresno y algunos útiles para hacer yoga a su alrededor, pero no sabría decir si se han utilizado o forman parte de una puesta en escena. Me detengo en medio de la habitación y clavo la vista en la mujer que mira por la ventana, dándome la espalda. En su pelo largo y enredado, a veces castaño, a veces negro. En la rigidez de los hombros y la posición un poco separada de las piernas, como si estuviera esperando a que pasara algo bueno, malo…, eso ya no lo sé. Nunca lo he sabido. Sonrío y me aparto el flequillo de la frente como si eso, de alguna manera, pudiera ayudarme a sobrellevar el

abandono en toda esta imagen, pero también el que traigo de fuera. El que duerme en mis huesos.

—El cerezo no va a florecer antes porque lo mires.

Lentamente, mi madre se da la vuelta. Al principio parece que le cuesta un poco reconocerme, su mirada adopta una solidez temerosa; me recuerda a esas veces en las que te incorporas en la cama después de haber tenido un sueño demasiado vívido. Entonces su boca se estira y me enseña los dientes, que son de un blanco elegante pero torcidos, y sus brazos pierden fuerza y aletean antes de acoplarse a ambos lados de sus caderas.

—¿Tú también? Déjame soñar un poco… —Su tono de voz suele tener esa mezcla de cariño y enfado, o cariño y tristeza, cariño y agobio, cariño y miedo. Se toca la parte baja de la espalda, y cuando ve que sigo el movimiento con la mirada, suspira—. He discutido con la enfermera nueva, antes de que vinieras. Dice que tengo que tomarme todas las pastillas, incluso la de después de comer.

—Algo de razón tiene.

—La enfermera Reed me dejaba hacer lo que quería —protesta, y me recuerda al niño que he visto mientras venía hacia aquí, pidiéndole a su madre que le soltara la mano para caminar por delante y solo.

—Nos hemos acostumbrado demasiado a saltarnos las reglas. —Me muerdo el labio, sin saber cómo seguir—. Quizá sería un buen momento para empezar a salir algunos días del centro o…

—He vendido el piso —me interrumpe—. El de Carson City.

—No tenías más pisos, mamá.

Trato de mostrarme impasible, aunque por dentro siento una especie de congoja.

Mi madre ha vendido su casa.

Mi madre tiene la excusa perfecta para alargar indefinidamente su estancia en este lugar.

Mi madre no quiere volver a pisar otro lugar.

No sé cuándo empecé a hacerlo, pero tengo la costumbre de dividir las cosas que no entiendo en tres conceptos un poco más sencillos. A veces son un resumen. A veces sigo sin entender nada. A veces surge una fractura. Y otra. Y otra más.

—Aquí tengo todo lo que necesito —me explica ella, y extiende los brazos para enfatizar su idea—. Puedo despertarme a la hora que yo quiera, ir a clases de pintura o natación, leer en el jardín, comer lo que me apetezca sin preocuparme de cocinar o lavar los platos, hablar con la gente que me parezca más interesante… —Suspira—. Cuando estaba la enfermera Reed, esto era el paraíso. Un hotel de cinco estrellas para trastornados.

—Pero la enfermera Reed ya no está —recalco—. Y no lo llames así.

Mi madre se ríe un poco.

—Dame un par de meses para ganarme la confianza de la nueva enfermera y podremos vernos más de una vez a la semana. Y entonces sí que estaré en el paraíso. —Se separa de la ventana y rebusca algo en los bolsillos de sus viejos vaqueros; su piel está fría cuando me coge las manos y las une como si pretendiera tomar agua de una fuente—. Cierra los ojos. —Es más una súplica que una orden. Le hago caso, y entonces noto cómo deposita algo fino y ligero sobre las palmas, los segundos de dilación entre la oscuridad y la luz cuando dice, emocionada—: Feliz cumpleaños, Ib.

Abro los ojos y veo que su regalo es una cadena larga y plateada rematada por un corazón anatómico del tamaño de una uña. El corazón también es plateado y está lleno de detalles: puedo distinguir los ventrículos y las arterias, y unas pequeñas venas surcando la superficie como si pretendieran que la plata latiera de verdad.

—¿Otro corazón? —Sostengo el colgante frente a mis ojos y sonrío.

—A veces pienso en lo que haríamos si pudiéramos sentir el doble. —En su voz hay un germen difícil de pasar por alto que me hace sospechar que en realidad está pensando en el sufrimiento, en la posibilidad de sufrir por dos—. Dile a Vesta que te lo ponga mañana.

Guardo el colgante en el bolsillo y charlamos un poco más, aunque mi madre me observa con esa mirada desorientada, casi ausente. No menciona la tinta que mancha el dorso de mi mano, tampoco el corte de pelo o la blusa que le tomé prestada a Vesta. Hizo un comentario el martes, cuando vine a visitarla y hablamos de mi cumpleaños. «Me encantaría verte crecer cuatro o cinco años de golpe». Yo interpreté que quería que fuese más sofisticada y adulta, y apresuré este cambio en cuatro días, y ahora moverse en esta piel parece tan importante como pasearse libremente con la antigua. No lo he pensado bien. No sé qué esperaba. Supongo que solo me importaba que mi madre fuera un poco más feliz.

Pero mi madre no cambia, sigue siendo la misma, y yo… yo tendré que salir de aquí y obligarme a recordar quién soy.

Llaman a la puerta cuando faltan dos minutos para que se cumpla la hora de visita. Mi madre y yo nos abrazamos para despedirnos; sus dedos se arquean al aferrarse a mis hombros y, por un

momento, temo que vaya a echarse a llorar. Pero cuando nos separamos, me muestra una sonrisa calmada y promete que la semana que viene la encontraré en el jardín cuando llegue. Nos damos la vuelta casi a la vez; ella, para mirar su cerezo por la ventana como si esto hubiera sido la pausa, y yo, sumida en un nuevo paréntesis hasta la semana que viene.

El doctor Mittman me está esperando fuera. Por la manera en la que sostiene su carpeta —bajo la axila derecha— con documentos y apuntes clínicos, intuyo que tiene tiempo para hablar conmigo.

—¿Cómo estás, Ib? Si no te importa, prefiero felicitarte el cumpleaños la semana que viene. Ya sabes, por eso de que trae mala suerte tomar prestado un tiempo que no es tuyo.

—No se preocupe, doctor. —Si no conociera tan de cerca el trabajo del doctor Mittman, pensaría que un psiquiatra que se deja guiar por supersticiones no es un buen psiquiatra. Me separo de la puerta y bajo la voz—: He notado a mi madre un poco más apagada que en la última visita.

El hombre, que no pasará de los cincuenta años, suelta un profundo y sentido suspiro.

—Nailah no tolera bien los cambios. Entre la venta del piso y la jubilación de la enfermera Reed… Bueno, ya lo habréis hablado. —Asiento, y él imita mi gesto antes de seguir hablando—: No te voy a engañar: hay poco margen de mejora. Tu madre prefiere pensar que está de vacaciones en lugar de afrontar los motivos que la hicieron venir aquí.

—Pero no se va a hacer daño, ¿verdad?

Oigo el eco lejano de los aspersores y un carrito de enfermería chocar contra algo más grande. El doctor Mittman me pone una

mano en el brazo para obligarme a caminar a su lado; la firmeza del contacto y el ritmo calculado de nuestros pasos me ayudan a respirar más tranquila y a alejar esa horrible posibilidad de mi mente.

—Ib, ya lo sabes —responde, y suena cansado. Supongo que todas las personas que trabajan para recomponer a otras, tarde o temprano, terminan sonando de la misma manera—. Hacemos todo lo que podemos.

—Ya, si no dudo de su trabajo. Pero ha vendido el piso y…

—De eso quería hablarte precisamente —me interrumpe, y nos detenemos frente a uno de los cuartos de mantenimiento. El doctor me suelta el brazo para abrir la puerta, y el olor a lejía y a aséptico que emana del interior me hace arrugar la nariz—. Trajeron las antiguas pertenencias de tu madre, pero no ha querido quedarse con nada. —Me fijo en una pila de cajas, ordenadas unas sobre otras, al lado de un cubo sin fregona; siento un cosquilleo nervioso en la punta de los dedos, como si este fuera mi verdadero regalo de cumpleaños—. Antes de tirarlo todo a la basura, quería preguntarte si te interesa rescatar algo.

Agradezco al doctor Mittman su gesto y reviso las cajas mientras él espera justo detrás de la puerta. El cuarto de mantenimiento está casi en penumbra, ahora solo iluminado por un rayo de luz que atraviesa las persianas rotas. Mis manos tocan ropa que huele a humedad y libros con los lomos amarillentos, quebradizos, como si el tiempo los hubiera secado desde dentro. Los devuelvo a su sitio con rapidez; algo me dice que mi madre no estaría de acuerdo con todo esto. Es muy celosa de su intimidad: cuando vivíamos juntas, cerraba su cuarto con llave, y ni siquiera los días en los que me

tocaba aspirar y fregar toda la casa podía asomarme. Recuerdo que mi padre le preguntó una vez, entre risas, cuando yo era pequeña y se forzaban a discutir como si fuera otro juego más, que por qué no compartía su tesoro pirata con nosotros. Ella sonrió, sincera y divertida, oscura y frágil a la vez. No volvimos a mencionar nada.

De repente, mis dedos se topan con algo distinto en la última caja. Bajo un puñado de papeles arrugados, asoma un álbum de fotos y un joyero cuyo cierre apenas sostiene los años. ¿Qué habrá dentro? La curiosidad que siento es como el hambre de un animal salvaje con los huesos demasiado anchos, pero no puedo arriesgarme a que mi madre salga de su habitación y me encuentre todavía aquí. Guardo el álbum y el joyero en una caja junto a otras pequeñas cosas, los objetos tintinean con suavidad al caer juntos, y salgo del cuarto de mantenimiento.

—Me llevo esta caja. —Miro con nerviosismo al fondo del pasillo, pero todo sigue igual de despejado que hace unos momentos—. Ah, y doctor, ¿no cree que podríamos donar el resto de las cosas? La mayoría todavía pueden aprovecharse, yo…

—Claro, claro. —Pero ya sostiene su carpeta entre los pulgares—. Nos vemos la semana que viene, Ib.

Aferro la caja con las dos manos y sonrío al doctor, sonrío a cada persona que me encuentro en mi camino hacia la salida. Mi compañera de piso, que también es mi mejor amiga, me dijo hace poco que mis sonrisas siempre llevan implícita una disculpa, como si por el simple hecho de estar presente sintiera que le debo al mundo una explicación. «No es un cumplido», respondió cuando le di las gracias. Y yo volví a sonreír y a pensar que quizá tenía razón, pero para qué cambiarlo.

Así nadie puede saber nada.
Normalmente, nadie sabe nada de nadie.

2

Nada más entrar en casa, veo a Vesta de pie en medio del pasillo con una toalla de baño enrollada por debajo de las axilas, el pelo seco y un gesto apremiante en el rostro. Está hablando por teléfono con alguien; más bien, está emitiendo sonidos de confirmación y algún que otro «ah, lo imaginaba» o «sí, claro, sí». No me ha dado tiempo a soltar la caja y ya me está ofreciendo el teléfono como si le ardiera.

—Es tu padre —me explica. Parpadea, los músculos de los ojos tirando hacia abajo junto a sus cejas perfectamente depiladas—. ¿Esa blusa es mía?

—Eh…, un poco.

—¿Un poco? Bueno, da igual. Me voy a la ducha. ¿Te importa poner la pizza en el horno? Es que como estaba hablando… — Asiento y le digo que no hay problema, lo que parece hacerla inmensamente feliz—. Por cierto, Corazón, estás guapísima. Róbame toda la ropa que quieras, tú no te cortes.

En otro momento, si Vesta no fuera tan cuadriculada y no midiera la vida según sus niveles de entropía, yo podría haberle expresado lo mucho que me conmueve su comentario. Hablaríamos de mi madre, porque siento que todas las conversaciones medianamente profundas que tengo sobre mí misma acaban en el mismo lugar, algo

así como un laberinto mal diseñado, y tal vez me atrevería a preguntarme en voz alta: ¿esto va a ser siempre así?, ¿dónde está la salida? Pero Vesta tiene prisa por ducharse, así que se encierra en el baño y yo me quedo sola, con dos padres a la espera.

Sonrío, qué otra cosa puedo hacer. Ah, sí: aceptar la llamada y doblar lentamente el codo para llevarme el teléfono a la oreja.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, Taylor! ¡Feliz cumpleaños!

Mis labios pierden fuerza mientras entro en nuestra cocina, que mide apenas seis metros de largo.

—Es mañana, papá.

—Lo sé, pero quería ser el primero en felicitarte. —Mi padre tose y se ríe, y yo le sigo el juego como cada año porque, a pesar de haber sido yo su primer espermatozoide exitoso, no recuerda si nací el 2 o el 3 de agosto y sus felicitaciones siempre saben a disculpa: «perdón, soy el primero», «perdón, soy el último»—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo está siendo el verano en la pequeña ciudad más grande del mundo?

Vesta y yo vivimos en Reno desde hace dos años, en un edificio de los años sesenta ubicado en una zona relativamente cercana al centro, con las paredes lo suficientemente finas como para oír las discusiones (largas) y las reconciliaciones (muy cortas, cortísimas) de los vecinos de al lado. Lo mejor de nuestro piso es el mirador del salón, que permite ver la Sierra Nevada, aunque la vista queda algo limitada por los edificios viejos de la calle que cruza justo enfrente. A veces el olor a desierto se cuela por las rendijas de las ventanas, mezclado con el eco lejano de los casinos junto al río, lo que nos

recuerda que estamos en una ciudad levantada entre el brillo y el polvo.

—Más tranquilo que otros años, la verdad —respondo—. O soy yo, que me he acostumbrado al ruido de la gente.

—A eso nunca se acostumbra uno. En las ciudades se vive demasiado alto.

—Pero es divertido —me defiendo, y apoyo la caja en el suelo para abrir el envase de la pizza y dejar bien a la vista el guante de cocina que nos regaló la madre de Vesta cuando nos independizamos—. Nunca te encuentras con la misma persona dos veces, así que si te caes por la calle, en realidad es como si nunca te hubieras caído.

—Ah, Taylor, tú siempre ves el lado bueno de las cosas.

Mi padre se refiere a mí por mi segundo nombre desde el divorcio. Supongo que lo eligió él y se cree con derecho a cambiarme la identidad siempre que quiera. Tampoco recuerdo haberme quejado.

—¿Qué más se puede hacer? Al final, tenemos poco control cuando algo malo sucede. El pasado no cambia, pero el dolor o la vergüenza…, podemos crecer alrededor de eso. Entre las grietas que dejan.

Un pequeño salto en la respiración de mi padre. Y entonces otra pregunta, precedida de un tartamudeo nervioso:

—¿Vendrás a comer mañana? Kate quiere hacer costillas con salsa de kétchup y miel.

Meto la pizza en el horno y ajusto la temperatura. Siempre hace lo mismo. Mi padre, me refiero. Suspiro mientras me siento en el suelo, con las piernas cruzadas y la mirada puesta en el horno.

—Ya sabes que no me gusta ir a Cold Springs, papá.

—Si es por él…

—No. No es solo por él. —El calor trepa por mi cuerpo, las baldosas se mantienen frías contra la piel desnuda de mis tobillos cuando cambio de tema—: Hoy he visto a mamá.

—¿Otra vez? —Al ver que no contesto, se ve obligado a preguntar —: ¿Cómo está?

—Bien. —Trago saliva, hago una pausa. No me gusta sonar tan brusca y exagerada—. Como siempre.

—Taylor, no deberías involucrarte tanto. Vas a empezar tu último año de carrera. Lo siento si parezco insensible, es solo que me preocupa que no puedas gestionarlo. ¿Has hablado con el doctor Mittman? Tu madre…

—Solo me tiene a mí, papá. —Aparto los ojos del horno; la caja me devuelve la mirada entonces, y apoyo la barbilla sobre el cartón endurecido, intentando rodearla en un torpe abrazo—. Además, yo la quiero. ¿No es eso suficiente?

—Debería serlo —contesta, y yo busco sentirme de otra manera, como si este abrazo pudiera devolverse—. Pero pienso que, a veces, gente como tu madre…, entiéndeme. La vida no está hecha para todos.

—Vaya, papá —mi mejilla protesta cuando arrastro la cara sobre los bordes algo afilados del cartón al incorporarme—, esa es una reflexión demasiado reduccionista para ser profesor de Filosofía, ¿no crees?

—Taylor…

—Ya nos veremos. Dales un beso a Kate y a los niños de mi parte.

Cuelgo, y el vacío del silencio me sirve para digerir las palabras de mi padre. Intento verlo desde su perspectiva: un hombre más o

menos joven con la sociedad de su parte y una situación económica que algunos considerarían privilegiada, que ha tenido varias oportunidades para encontrar una vida en la que no sintiera la necesidad de ser alguien más y la suerte de mantenerla, un puñado de hijos con su apellido y otro puñado de aficiones, como tocar la flauta de Pan y hacer una lectura anual de la *Ilíada* y la *Odisea*. Sería tan fácil pensar como él… En los días en los que saco tiempo para escribir, mi mundo se divide en las palabras que sirven y en las que no. Aquellas reflexiones demasiado enrevesadas, diálogos insípidos o conceptos poco explicados son sometidos a un brutal descuartizamiento en mi cabeza, analizando los posibles fallos hasta que adoptan una prosa casi mártir y pueden ser utilizados de nuevo, a veces en un contexto totalmente distinto. Y solo se necesita tiempo, tiempo y confianza.

Por eso no entiendo esa insinuación: que las personas somos el equivalente a una palabra mal escrita. ¿Para qué molestarse en inventar un significado, si no nos sirven? Para mi padre, no existe más opción que la papelera.

Levanto la cabeza para mirar el horno y dejar el teléfono a un lado. El queso burbujea, pero a la pizza todavía le falta transitar por varios tonos de amarillo. Tengo tiempo. El flequillo, algo rizado por el sudor, me araña los lagrimales cuando abro la caja y empiezo a sacar cosas de mi madre. Sonrío con ternura al ver una muñeca de trapo. Una hucha con la forma de una bola del mundo. Una flor de cerezo prensada. Varios collares enredados. Un vaso de cartón con manchas de café en el fondo y la sombra desdibujada de sus labios en el borde. Un CD sin carátula ni rótulos, tan rayado que la película plateada me recuerda a una pista de hielo. Me froto los ojos,

emocionada y desconcertada al imaginarla disfrutando de la música o arreglándose para salir. Solo he conocido a una madre, y esta siempre ha ido a la deriva. He llegado a pensar, los días en los que el doctor Mittman me habla despacio y usa conceptos vagos como «depresión crónica» o «ideación autolítica», que a mi madre ni siquiera le gusta desplazar el aire dentro y fuera de sus pulmones. ¿En qué momento una vida puede torcerse hasta ese punto?, ¿qué hace que el sentido propio de la supervivencia se pierda entre los años transcurridos? No puede ser que vivir sea lo que duela, lo que castigue.

Saco el álbum de fotos, esperando encontrar alguna respuesta, pero está casi vacío, como si mi madre hubiera querido usarlo para una época de su vida que nunca llegó. Un billete de tren separa el plástico de las dos primeras páginas, y me inclino aunque no tenga problemas de vista para observar la única foto del álbum. Entre el negro desvaído y un blanco encarnado, como el color de un hueso si pudiera sangrar, veo a un grupo de adolescentes delante de un edificio con la fachada típica de los ochenta y un cartel en el que se lee, a duras penas, FARO DEL MAÑANA. Apenas se distinguen los rostros, aunque imagino que mi madre estará entre ellos. Frunzo el ceño al advertir que en el billete aún se conserva la fecha y la ciudad en la que se emitió: 27 de marzo de 1989, Vancouver. Hago cálculos con los dedos, pero no lo entiendo. ¿Qué hacía mi madre en Canadá a los diecinueve años? Hasta ahora, siempre había creído que su vida se había limitado a dos estados: Washington y Nevada.

Me duele la espalda de pasar tanto tiempo encorvada cuando rescato el joyero de mi madre, uno de esos antiguos estuches de felpa suave con estampados florales en cada cara. Levanto la tapa,

sintiendo que estoy hecha de un material igual de desgastado, cuando encuentro una pulsera de hospital con una fecha anterior al billete y su nombre, Nailah. Quizá cuando era joven también tuvieron que ingresarla. Quizá, después de todo, las cosas estaban peor de lo que imaginaba y mi padre tenía razón: fue una persona sin esperanza desde el principio. Reprimo un escalofrío al contemplar el plástico rosa en mi muñeca.

Pero debajo de la pulsera hay un pequeño cuaderno con la tapa marrón y las esquinas desgastadas, como si hubiera sido manoseado una y otra vez. Lo abro por la primera página, atraída por el aspecto familiar que comparte con los cuadernos en los que he escrito durante años, esperando encontrar historias de mentira, pero no.

Es un diario.

¿Alguna vez has tenido que elegir un camino y, al tomarlo, te das cuenta de que puede ser tanto el mejor como el peor error de tu vida, todo a la vez? Cuando estaba en la escuela primaria, la profesora Dolly hizo una pregunta a toda la clase: «¿Qué superpoder elegiríais?». Yo lo tuve claro enseguida: quería leer la mente de los demás. Desmigar el principio y el final de sus intenciones, saber qué pensaban los otros niños de mí para comportarme de una manera más específica y encajar con todo el mundo, descubrir cuándo la gente mentía y por qué. Era un deseo sencillo y básico: conocer a las personas en su propio escondite, de dentro afuera, adelantándome a una necesidad aún sin formular. Pero la profesora Dolly me miró desde detrás de sus gafas con una expresión más seria de lo que esperaba, y me hizo reconsiderarlo: «¿Qué pasaría si descubrieras algo que esa persona no está preparada ni para

admitirse a sí misma, Ib? ¿Podrías vivir con esa culpa, fingiendo que no lo sabes?».

No sé qué respuesta le di a la profesora Dolly por aquel entonces. Puede que pidiera perdón. O puede que pusiera los ojos en blanco o enrojeciera. Tal vez buscara a la persona que se sentaba a mi lado. El brillo verde en sus ojos y sus manos sucias de trepar árboles. Siento que la pregunta de la profesora, sin saberlo, me ha estado preparando para este momento. Y ahora solo quiero devolver esta culpa, soltarla. Ha pasado de todo: lo mejor y lo peor. El tiempo y su herida.

Cuando cierro el diario tras llegar a la última página, mi corazón empieza a latir al ritmo de otra llamada. Me sudan tanto las manos que no me extrañaría que la tinta del bolígrafo se escurriera por el hueso de mi muñeca como un río pensado en lágrimas. No sé cuánto tiempo llevo así, sentada en el suelo de la cocina, sintiendo una capa tras otra de vacío.

Mi madre me mintió con su pasado.

Mi madre me mintió con su pasado y se enamoró.

Mi madre me mintió con su pasado y se enamoró, pero ya estaba enamorada del mundo antes.

Oigo una respiración ahogada a mi espalda, y entonces me doy cuenta de que no tengo la mirada nublada por las lágrimas, sino que la cocina está cubierta por una especie de niebla con olor a jamón chamuscado. «Mierda, la pizza». Vesta, ahora sí, con el pelo mojado y la mandíbula desencajada, observa el panorama desde la puerta.

—¿Qué coño es esto, Corazón? —Antes de que pueda incorporarme, Vesta se acerca y apaga el horno. El humo escapa con

más fuerza cuando lo abre; las dos tosemos—. ¡Hazme el favor de abrir la ventana!

Le hago caso, aunque mis rodillas son dos bolsas de agua. Tapándose la boca con la camiseta, Vesta se mueve por la cocina: tira la pizza quemada a la basura, enciende la campana extractora, moja un trapo y lo hace girar en el aire como si fuera una jugadora de béisbol. «Para dirigir el humo», me explica, y yo asiento, obnubilada. Me aparta cada vez con menos delicadeza porque la estoy estorbando, pero no sé dónde me encuentro físicamente. Creo que leyendo el diario todavía.

Cuando el humo se vuelve ligero, casi transparente, me echa a empujones de la cocina y deja la puerta cerrada.

—Ale, otra vez a ducharme. —Se olfatea el pelo y arruga la nariz, claramente molesta. No soy capaz de mirarla a la cara cuando me pregunta—: ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Cómo es posible que se te haya quemado la pizza si estabas ahí?

El silencio me escuece en la garganta. Abrazo el diario contra el pecho, y mis hombros tiemblan como en Año Nuevo, cuando tuve fiebre y me perdí la cena que habían organizado unos amigos de Vesta. Desde que mi madre ingresó en el centro, me he convertido en una especie de refugiada en fechas señaladas. Vesta volvió a casa antes de la medianoche para que no estuviera sola y ver juntas por televisión cómo caía la bola de Times Square, y yo sentí que era un poco más afortunada. El recuerdo vibra en mis costillas y sacude mis hombros como si de verdad tiritara.

Vesta da un paso urgente en mi dirección y suaviza el tono:

—¿Qué necesitas? Dime qué necesitas.

—Mi madre… mi madre… —tartamudeo, entregándole el diario. Vesta lo acepta, pero no aparta la mirada de mí, de la forma nerviosa en la que me froto el labio allí donde lo siento pegajoso, de la oscilación incontrolable del flequillo cuando meneo la cabeza, incapaz de explicar nada—. Mi madre me ha mentido, Vesta. —Y mi boca se adelanta de nuevo, aunque mi mente todavía sea un océano de dudas y condicionales—. Intentó vivir y lo consiguió, al menos una vez.

—¿De qué estás hablando, Corazón?

Pienso en el regalo de mi madre, en el colgante que llevo en el bolsillo, y el mote que Vesta me puso en primero de carrera, al poco de conocernos, adquiere un peso distinto y triste. Infinitamente triste. Me dejo caer sobre el sofá y entierro la cara entre las manos, intentando asimilar lo que he descubierto del pasado de mi madre. Oigo a Vesta sentarse a mi lado, pasando las páginas del diario mientras lee a un ritmo mucho más pausado que el mío. No dice nada al principio, hasta que empieza a encadenar una respiración un poco más fuerte con una palabrota, y luego otra, y otra más. Cuando acaba de leer, su voz adopta un tono desconcertado que roza lo trágico:

—No entiendo nada. ¿Quién ha escrito esto? ¿Quién es Jackson?

—Es un diario de mi madre. Cuando… cuando era joven.

—¿Me estás diciendo que tu madre tuvo un romance adolescente con un tipo con aires de Heath Ledger en *10 razones para odiarte*?

—Vesta…

—Espera, no puede ser. Tu madre creció en Seattle, no en Vancouver. —Aspira una gran bocanada de aire, como si de repente le faltara—. ¿Se inventó una vida, como en *Big Fish*?

—¡Deja de mencionar películas! —Al enderezar la columna, el salón empieza a dar vueltas, muchas vueltas. La luz se concentra en un único punto y después se alarga, como si estuviera en un túnel, y yo cierro los ojos y suelto un gemido—. Creo que voy a vomitar.

—Ni de coña, que todavía llevas puesta mi blusa. —Me río, aunque no quiero. Vesta, siempre atenta, me frota la espalda con suavidad —. ¿De dónde has sacado este diario, Corazón?

Le hago un resumen rápido: la visita al centro, la conversación con mi madre sobre la venta del piso y el descubrimiento de las cajas gracias al doctor Mittman. Ella me escucha en silencio y luego murmura, mientras sus dedos dibujan formas suaves e indistintas sobre mi espalda.

—Joder, estoy tan impactada. Quiero decir, no me imagino… No sé qué puedo hacer para consolarte.

—Ayúdame a organizar. La verdad y la mentira —le pido, notando cómo me ahogo por dentro.

Mi mejor amiga asiente varias veces y se muerde el labio.

—¿Qué sabes del pasado de tu madre?

—No mucho. Sé que mi abuela emigró desde El Cairo poco después de la revolución de 1952, por miedo a represalias, porque su familia apoyaba a la monarquía. De mi abuelo solo sé que era un borracho. No pude conocerlos, ni yo ni mi padre; murieron jóvenes.

«Eso es lo que tu madre te contó», me susurra una molesta vocecilla, y el vértigo se apodera de mí, haciendo que mis pensamientos se desenfoquen, como si el mundo entero se abriera a posibilidades que nunca creí posibles. Es como si algo estuviera volviendo a la vida, algo que nunca tuve la oportunidad de echar de

menos. «Esto tiene que ser lo opuesto al duelo», pienso. Pero me faltan nombres para explicarlo.

—¿Nunca te habló de otro familiar? —sigue indagando Vesta—. ¿Un amigo de la infancia?

—A mi madre nunca le ha gustado hablar de sí misma.

—¿Y tú no has preguntado?

—¿Para qué? Ella nunca ha puesto de su parte —le digo, recordando aquellos años en Carson City.

Mi amiga ladea la cabeza, y un mechón húmedo de su pelo rubio se le queda pegado a la línea de la mandíbula. Está empezando a secarse; las puntas se abren con delicadeza, recordándome a las ramas finas de una neurona.

—¿Dónde empezó la verdad? —me pregunta, y eso es fácil. Era. Es.

—Mis padres se conocieron en la Universidad de Seattle, en 1989. Cursaban Estudios Interculturales. Ya sabes, la típica historia: mismo curso, misma clase, los pusieron juntos para un mismo trabajo…

—Y el billete de tren está fechado en 1989 —me interrumpe Vesta, y su voz tiene ese tono metódico y ordenado—. Podemos asumir, entonces, que tu madre vivió en Vancouver hasta entonces, se marchó a la universidad, conoció a tu padre, te tuvieron a ti y…

—Eso ya me lo sé, Vesta. —«Es la verdad», me recuerdo, aunque no puedo evitar preguntarme si para mi madre será así también, o si lo que ha vivido después siempre ha sido la mentira—. El diario solo habla de su relación con ese chico. Jackson. —Pronuncio su nombre casi con desvelo—. ¿Qué pasó con él? ¿Por qué mi madre decidió marcharse e inventar una nueva vida? ¿A quién más abandonó?

Vesta se encoge de hombros, pero sus dedos no dejan de moverse sobre mi espalda, lentos y reconfortantes.

—Quizá fue una ruptura dolorosa y tu madre decidió poner tierra de por medio.

—¿Tú dejarías tu lugar en el mundo porque un chico te rompiera el corazón?

—Rectifico: *muy* dolorosa. —Pero no responde, y me pregunto si quizá lo entiende. Si yo podría llegar a entenderlo si hubiera amado a alguien así. Una vez—. ¿Crees que el chico murió? —dice de repente.

—No tiene por qué, bruta. Pudieron pasar tantas cosas…

No me noto la cara, no sé qué expresión he puesto, pero Vesta cambia de mano y me acaricia con todos los dedos extendidos, cálidos.

—¿Tu padre lo sabrá?

—Me lo habría dicho. Creo que a veces lo único que quiere es que vea a mi madre como una causa perdida.

—¿Y si te acompaño la semana que viene al centro, hablamos con tu madre y…?

—No. Me da pánico pensar que pueda hacerse daño por mi culpa —respondo, con la garganta en llamas. Trago con fuerza y dejo escapar el aire, lento—. Mi madre no puede enterarse, ¿está claro?

Vesta asiente, y cada una nos sumimos en nuestro propio y tenso silencio. El fuerte olor a quemado que llega desde la cocina, la luz deslizándose como el minutero de un reloj a medida que el sol se esconde, la reconciliación apasionada de nuestros vecinos, que hoy han decidido saltarse el paso de la discusión… Y, mientras tanto, sigo dándole vueltas a la misma idea. Cuando era niña, nunca me sentía

sola, aunque físicamente lo estuviera. Pasara lo que pasase, disfrutaba de las tormentas y tenía una esperanza inocente y hambrienta en los saltos de domingo a lunes. Coleccionaba incluso los recuerdos que pinchaban y soñaba con crecer y volar en el sentido más material de la palabra. Volar lejos, acumular aciertos y personas. No sé explicarlo, creo que algo dentro de mí sabía que estaría bien mientras viviera.

Ese sentimiento no me ha abandonado nunca, a pesar de todo lo malo que vino después. ¿Y si no hay excepciones? Quizá para algunas personas la felicidad es como la herida de una astilla en el pulgar. Está ahí si presionan lo suficiente, pero les da miedo intentarlo. Recuerdo lo que he leído y lo comparo con la mujer que me espera, semana tras semana, en aquel centro, que no es más que un psiquiátrico disfrazado. Necesito entender lo que pasó. Las personas no somos jarrones. Nosotros no nos rompemos. Olvidamos.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta Vesta.

—No lo sé. Supongo que es la primera vez que imagino a mi madre siendo feliz. Qué cosa tan simple y, a la vez, tan aterradora. Que tenga casi veintiún años y sea la primera vez que digo algo así en voz alta. —Suelto una pequeña risa nerviosa, mi mirada perdida en el espacio que hay entre mis pies y la mesa, una delgada franja de madera apenas iluminada, cubierta de pelusas y restos de suciedad que Vesta y yo hemos arrastrado con las zapatillas durante la semana—. Nadie cree que mi madre pueda mejorar. Ni siquiera tú, aunque no lo digas. Cuando mis padres estaban juntos, ella siempre tenía esa expresión, como si estuviera pensando en otra cosa, en otro lugar. A veces todavía me mira así, te lo juro. Hoy lo ha hecho

—confieso, y mi voz sueña extrañamente frágil, casi infantil—. Pensaba que estaba persiguiendo un fantasma, y resulta que la persona a la que he intentado salvar toda mi vida tuvo un primer amor por el que habría encendido el mundo por las noches. No sabemos qué pudo salir mal, qué la llevó a mentir y a esconder su pasado, pero esa ciudad… Vesta, mi madre se merece algo más que la soledad o la obligación.

—No te entiendo.

—¿Y si de alguna forma lograra que volviera a sentir ganas de vivir? —Me giro hacia ella, con los ojos brillantes, la esperanza prendida en mi sonrisa—. Si voy a Vancouver y descubro el resto de su historia, quizá consiga convencerla de salir del centro y darse otra oportunidad y…

—Pero se fue por alguna razón, y tuvo que ser poderosa, por no decir algo peor —me interrumpe Vesta, con una preocupación que no coincide con mi entusiasmo—. A lo mejor tu madre no quiere que hurgues en su pasado.

—Es solo una posibilidad. Me voy unos días, busco a ese chico, Jackson, y luego decido. Si descubro algo, ya veré si se lo digo o no a mi madre. No tengo nada que perder.

Y me encojo de hombros, y Vesta me peina el flequillo hacia los lados y se muerde los carrillos por dentro, como si quisiera demostrarme que esa es su manera de preocuparse por mí, físicamente, con el lenguaje inconfundible de una piel reconociendo a otra piel.

—¿Y si no descubres nada?

Estiro los labios un poco, lo suficiente.

—Supongo que todo seguirá igual, y eso tampoco está tan mal.

Vesta mira por encima de mí. Parece impaciente, y no entiendo por qué. Tal vez estaba pensando en otra respuesta.

—Me encantaría acompañarte, de verdad, pero no puedo pedirme más días en el trabajo. No después del verano, y del viaje que tengo planeado en octubre con Noah… —Su voz desciende, pero no se interrumpe; es como si parpadeara—. Que, bueno, ya veremos cómo estamos para entonces, pero prefiero hablar de eso otro día, si no te importa.

—Tranquila —Vesta separa los labios para sonreírme—, puedo hacer esto sola. Estaré bien.

«Además, mi madre está así por mi culpa». El silencio es como un relicario de posibilidades hasta que mi amiga lo quiebra con su voz, sin previo aviso:

—¿Una ducha y Pizza Hut?

—¡Por favor!

—Pero me toca a mí primero.

Y sale corriendo hacia el baño, y yo me río un poco con la mirada clavada en el diario de mi madre, que aguarda sobre la mesita del comedor con esa cubierta que parece la corteza de un árbol, las palabras que guarda en su interior como hojas perennes, intactas a través del tiempo. Tal vez las emociones puedan rescatarse también. Y las personas. Tal vez nada se pierde o se deja atrás realmente.

Marco el número de mi padre. Mi voz es una semilla distinta cuando descuelga.

—Dile a Kate que haga esas costillas. Mañana nos vemos.

El diario (I)

Hoy he salido a montar en bicicleta, como siempre, buscando un rincón del mundo en el que todo tenga sentido. A veces, mientras pedaleo, siento que puedo escapar de mi vida, del olor ácido de estas calles. Pero nunca escribo sobre eso, ¿verdad? No es aquí donde mi mente se detiene. Me gusta imaginar que las calles que recorro no son grises, sino que están llenas de promesas escondidas. Porque fue en una de esas calles, entre el aire frío de octubre, donde lo vi por primera vez.

Me había detenido en un semáforo, frente a la cafetería que siempre me ha gustado, con esa ventana enorme que deja entrar mucha luz. El sol de otoño, suave pero persistente, hacía que todo pareciera más cálido de lo que en realidad era, y me entretuve contemplando mi reflejo brillante en el cristal. Por eso lo vi. Había un chico en una de las mesas, distraído, con un cuaderno abierto frente a él. Pero no estaba escribiendo. Sus dedos jugaban con el borde de una página, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para llenar el espacio vacío. Su cabello era oscuro y tan corto que apenas dejaba adivinar los rizos que se enroscaban tímidamente junto a sus patillas, como caracoles diminutos. La mandíbula marcada, con una sombra incipiente de barba, me hacía sospechar que tenía entre veinte y veinticinco años. La curva de sus labios parecía sonreír con una arrogancia natural, sin esfuerzo. Vestía una cazadora de cuero y tenía esa clase de atractivo que no necesitaba ser ruidoso para atraer a las chicas.

Y, entonces, nuestros ojos se cruzaron.

El tiempo se detuvo. Lo sé, suena como una exageración, pero de verdad me pareció que el mundo había decidido pausar su ajetreo para que solo existiéramos él y yo en ese instante. Tenía los ojos azules, las pestañas espesas, y pensé en un cuadro de Monet. No aparté la mirada, y él tampoco lo hizo. Era extraño, porque nunca me ha gustado que me miren fijamente. Siempre he sentido que me vuelvo transparente cuando alguien me observa durante más de unos segundos. Pero con él fue diferente. No me sentí expuesta ni vulnerable. Me sentí… vista. Como si algo dentro de mí, algo que ni siquiera sabía que estaba ahí, despertara.

No sé cuánto tiempo duró. En mi cabeza ya estábamos escribiendo una historia juntos. Capítulo uno, el chico de la cafetería. Cuando el semáforo cambió, mis piernas reaccionaron antes que yo. Empecé a pedalear casi por inercia, y cuando me di cuenta, ya estaba doblando la esquina. Me obligué a no mirar atrás. No quería parecer tonta, pero la curiosidad me quemaba por dentro. ¿Quién era él? ¿Por qué me había hecho sentir así con solo una mirada?

He pensado en volver a la cafetería mañana, pero no estoy segura. ¿Qué pasa si él no está ahí? ¿Y si todo ha sido una coincidencia y me estoy aferrando a una sensación que no significa nada? Pero, entonces, ¿qué pasa si sí está? ¿Y si ese momento, esa conexión, ha sido algo real?

Es curioso cómo algo tan simple, tan efímero, puede hacerte sentir irreemplazable. Las miradas que se cruzan en medio de una mañana cualquiera. Los segundos que se alargan cuando menos te lo esperas. Distancias que alivian una preocupación. La ilusoria sensación de libertad cuando pedaleas. Escapar y volver. Volver, escapar, volver.

No sé si veré de nuevo a ese chico alguna vez. Pero hoy, al menos hoy, me permito pensar que no fue solo un cruce de miradas. Que tal vez, en algún lugar dentro de mí, algo ha cambiado para siempre.

Quizá, después de todo, el mundo esté lleno de promesas escondidas.

3

El día de mi cumpleaños amanezco con los ojos encendidos y una sensación vibrante enlatada en el pecho, justo al lado derecho del corazón. Anoche hablé hasta tarde con Vesta de todas las vidas que podría haber tenido mi madre si la historia con ese chico de Vancouver hubiera salido bien: repostera, bailarina, voluntaria, fotógrafa, escritora, funcionaria, florista. Discutimos sobre la falsa dignificación del trabajo, y entonces cambié el propósito de esas vidas mientras me comía los bordes de la pizza. Completar un álbum de fotos. Escribir por placer. Acampar en el bosque. Tener *tuppers* siempre en la nevera. Desayunar fuera los domingos. Prensar las flores que él le regalara como si de alguna forma pudiera conservar todo lo demás. «Tú no existirías», resaltó Vesta cuando vio que no mencioné la posibilidad de ser madre en ningún momento. «Tampoco lo echaría de menos, ¿no?», respondí yo. Vesta quiso profundizar en eso, arrastrar las palabras por donde más duelen, pero me fui a la cama para volver a leer el diario y me quedé dormida con esa idea rondando mi mente: siempre habrá una vida por descubrir y vivir. Asumir que no volverán a pensarte porque te has prohibido a ti misma dejarte recordar solo resuelve la mitad de un latido, lo deja todo a medias. Bien, ¿qué sucede con lo que aún brilla? ¿Qué ocurre con ese otro medio latido, el que se queda

suspendido cuando el tiempo desgasta el valor de las cosas, el que nos empuja a seguir nadando contra corriente? Ese eco que escuchamos en el silencio, cuando pensamos en el mañana. Tiene que haber algo más. Si mi madre vive en la intersección de dos dolores, tiene que haber algo, algún destello, que la despierte.

Hacer eso, pensar en otras vidas, me calma lo suficiente cuando Vesta me acerca con su coche a Cold Springs. Es un trayecto de veinte minutos en el que me dedico a responder felicitaciones en el teléfono, la yema de los dedos deslizándose por la pantalla con más rapidez de la que siento. Cuando acabo, maldigo para mis adentros por apoyar la frente en la ventanilla y olvidar que ahora tengo flequillo; los mechones se aplastan contra el cristal y me hacen cosquillas en la piel. Mi respiración forma una pequeña nube de condensación en la ventanilla causada por el contraste entre el calor del exterior y el aire frío del coche. La veo desvanecerse casi al instante, como si nunca hubiera estado allí, cuando Vesta aparca frente a mi antigua casa…, que ahora es la casa de mi padre.

Mi mirada desciende de las montañas al tejado, que han pintado de un color azul marino. Parpadeo, contrariada. Mi padre nunca me ha dicho que las tejas hubieran resistido varios colores y a mí jamás se me había ocurrido que pudieran pintarlas. ¿Por qué azul? El vaho se extiende rápidamente por la ventanilla, la respiración que brota de mis labios es cada vez más corta e irregular, y yo me siento ridícula por reaccionar de ese modo ante simples destellos que ocupan el quinto lugar en el espectro luminoso. Aun así, no puedo evitar mascullar en voz baja:

—Han pintado el tejado.

Vesta me separa del cristal con el mismo cuidado y esmero con el que compra la fruta en el supermercado. Tiene restos de café en la comisura de la boca. Fijo la mirada en ese detalle y me concentro en él para calmarme.

—Siempre me he preguntado… —murmura, contagiada por mi inseguridad—, ¿cómo lo haces para perdonar a todo el mundo?

Ella sabe lo que estoy sintiendo.

Sabe que llevo cinco años sin venir a Cold Springs.

Y sabe casi todas las razones que me doy a mí misma.

—Pienso que mañana podría arrepentirme. Y que, a lo mejor, ese mañana no llega nunca.

Los músculos de su cara se estiran cuando sonríe. También las pecas, la confianza.

—Avísame cuando quieras que te recoja, ¿vale? Estaré pendiente, Corazón.

Miro a mi amiga una última vez y salgo del coche. El poco aire que me abofetea las mejillas no tiene un sabor concreto, no sé qué esperaba. Ella me observa unos segundos más, y después su Honda Civic desaparece, levantando una nube de polvo con una textura parecida a la humareda que provoqué ayer en la cocina. No han pasado ni veinticuatro horas y, sin embargo, para mí ya es otra vida.

Recorro los diez pasos que me separan de la casa de mi padre y llamo al timbre. Escucho el sonido de unos pies pequeños correteando que no tardan en multiplicarse, un maullido, el timbre autoritario en la voz de Kate cuando llama al orden, el «¡ya voy!» impetuoso de mi padre que se acerca como si estuviera bajando unas escaleras de caracol.

—¡Feliz cumpleaños, Taylor! —exclama cuando abre la puerta. Su rostro afable se corrompe de incomodidad cuando ve que me limito a sonreír con los ojos y a estrangularme el dorso de la mano—. ¿Pasa algo?

—Habéis pintado el tejado de azul.

Mi padre se ajusta las gafas y me mira, el brazo que había extendido para rodearme los hombros describe una elipse en el aire antes de quedarse mortalmente quieto.

—Ya, es el color favorito de Kate. Y el tuyo, ¿verdad? —añade, y como no digo nada, su voz adopta un cariz nervioso—. Estuvimos hace un par de semanas en Nebraska, visitando a sus padres. Se han comprado una casa más grande, con piscina, para tener a los nietos contentos. A Kate le gustó cómo quedaba su tejado con este color y se le ocurrió al venir que… —Se interrumpe, encogiéndose de hombros.

Lo acepto. Que mi padre sepa el color favorito de Kate y dude del mío, cuando lo llevo en los ojos, en las uñas, en los cuadros de las Converse. Han pasado poco más de cinco años desde el divorcio, y apenas nos hemos visto. Solo cuando está dispuesto a mover a su nueva familia por mí. Cuando Kate, los mellizos, su culpa, lo permiten.

—No pasa nada. —Esbozo una sonrisa sin dientes—. Es un color bonito, Kate tiene razón.

Papá me devuelve el gesto y, mientras cruzo el umbral, me sorprendo contando los espejitos ovalados del recibidor. Antes había un cuelgallaves. Ahora toda la casa sigue un orden meticuloso, artificial, como si fuera el escenario de un anuncio familiar. El escalón del recibidor, en el que solía saltar cuando apenas me

mantenía en pie, ha desaparecido. Los muebles parecen nuevos, desprovistos de vida, y hay plantas de mentira en cada esquina. El cuadro con el papiro egipcio que mamá tenía colgado en el hueco de las escaleras ha sido reemplazado por un pequeño estante con jarrones de los que sobresalen plumas. No importa hacia dónde mire, todo está envuelto en una armonía perfecta, un equilibrio entre el gris y el blanco que parece diseñado para borrar lo que un día fue. La casa que recuerdo tenía cojines rojos y verdes en las sillas, lámparas a diferentes alturas, y en verano la cocina olía a limonada. Parece hecho a propósito, eso de que no quede ni rastro de la época en la que vivíamos los tres juntos.

Supongo que abrir una nueva herida es la mejor manera de olvidar la anterior.

—¡Taylor, Taylor! —Mis dos hermanos, Bóreas y Céfiro, se pegan a mi cuerpo como dos lapas cuando entramos en el comedor—. ¡Feliz cumpleaños!

Tienen solo cuatro años, pero ya rozan mi cintura. Acaricio sus cabecitas rubias mientras intento mantenerme firme tras el impacto.

—Gracias, chicos. ¿Me vais a dejar soplar las velas?

—¡Noooooooo! —Y se ríen, y me hacen retroceder hasta la pared, y entonces se me escapa un pequeño graznido que los hace reír aún más.

—Llegas tarde. —Kate aparece desde otro pasillo con el ceño fruncido, pero no duda en abrazarme. Huele a vainilla y a coco; seguro que ha ido corriendo al baño para retocarse cuando ha oído el timbre—. Qué bien te sienta cumplir años, cariño. Estás guapísima.

—Gracias, Kate.

—Pero muy delgada.

Nunca sé qué responder ante ese tipo de comentarios. A veces no estoy segura de si quiere tener una buena relación conmigo porque de verdad le interesa, o si, en su peculiar y retorcida manera, simplemente intenta agradarme, tal vez porque el apellido de su marido nos ata al mismo pasado inalterable. La primera vez que comimos juntas, me dijo que me parecía a Debby Ryan y que tenía dos gatos. La segunda vez descubrí que tenía tres y que estaba embarazada, y que había dejado que mi padre eligiera los nombres de los mellizos. Lo agradecí en silencio; al menos, ya no sería el único miembro de la familia con un nombre que despertara esas preguntas curiosas e impertinentes que siempre surgen ante lo inusual. «¿Qué familia?», pienso repentinamente mientras observo cómo mi padre, que hasta ahora se había mantenido al margen, se acerca a Kate. En sus ojos brilla una sumisión extraña, una chispa de arrebato, aunque ninguno de los dos se toca. Kate tiene una obsesión con el orden, con la lógica impecable y la perfección de lo recto. El nombre de los gatos, la armonía de colores en la casa, el corte bob de su pelo, donde ninguna punta sobresale más que otra. Papá, en cambio, siempre ha sido un maestro en el arte de lo sencillo; reduciría sus estilos a acuerdos a medias («Yo elegí el nombre de los niños, es justo que ella decida el de los gatos»), pero es algo más profundo que eso. Kate lo sabe. Yo lo sé. Probablemente los gatos también lo sepan, por eso ni uno se deja ver por aquí.

—Venga, todos a la mesa. Dejad el sentimentalismo para el postre.

Kate disuelve el entusiasmo de mis hermanos y prácticamente me empuja a la cabecera de la mesa. Bóreas y Céfiro se pelean por sentarse a mi lado, porque la otra silla está reservada para mi padre, que ha desaparecido en la cocina para traer la comida. Kate se asegura de que la vajilla esté puesta siguiendo todos los protocolos sociales. Gana Bóreas y alza los puños sin hacer ruido. Mi padre vuelve con una bandeja de costillas que desprende un aroma a especias y azúcar quemado con el toque ácido del kétchup. Me siento examinada por tres pares de ojos, y luego están los de mi padre, que me sirve a mí primero y pone una mueca sorprendida cuando le doy las gracias. Kate se sienta a la otra cabecera; su sonrisa de plástico solo tiembla cuando chasquea la lengua para que mi padre le eche una cucharada más de salsa sobre las costillas. El resto tenemos dos; ella, tres. Mi padre sirve lo que queda en su plato, y primero lava la bandeja en la cocina antes de sentarse. Todos le esperamos en silencio. Para cuando empezamos a comer, la carne está fría, aunque sabrosa.

Pienso en lo diferente que es la hora de comer junto a Vesta; casi siempre lo hacemos en el suelo del salón y el tema de conversación nunca parece acabarse. O con mi madre antes de que ingresara en el centro, cada día en un horario distinto, pero con la comida caliente. Pienso que es en esos momentos, en los que la sencillez y la rutina se entrelazan, cuando vemos de verdad a las personas.

—Bueno, ¿y cómo te sientes? —me pregunta Kate. Ante mi confusión, pone los ojos en blanco—. Tu cumpleaños.

—Ah. —No he tenido tiempo de pensar en cómo me siento con todo lo que pasó ayer; si mi interior debería estallar en burbujas de júbilo o resignación. No sé qué respuesta espera Kate, así que

apuñalo otro pedazo de carne y me lo llevo a la boca antes de decir —: Está siendo un buen día. Las costillas están muy ricas, por cierto.

—Muy ricas, riquísimas —apostilla mi padre, y la cara de Kate se mantiene serena, como si el cumplido fuera una observación insultantemente obvia.

—Ha sido una sorpresa para todos —insiste—. Que vinieras.

—Alguna vez tenía que hacerlo —me limito a decir, masticando algo más que la carne—. Oh, hola. —Uno de los gatos de Kate, Newton, a juzgar por la franja de pelo blanco que le envuelve el cuello y las patas, se ha acercado con disimulo a mis piernas y las usa para estirarse. Como llevo vaqueros largos, no logro distinguir si está clavando las uñas en la tela. En lugar de regañarlo, lo acaricio detrás de las orejas y el animal ronronea—. Qué bonito eres —murmuro.

—Tenemos un nuevo gato. Turing. Es como un tigre, pero en chiquitito —me cuenta Bóreas, aunque yo respondo mirando a Céfiro.

—Qué ganas de conocerle. ¿Dónde se han metido Euler y Pitágoras?

—Se esconden en el piso de arriba cuando llega alguien de fuera —dice mi otro hermano con timidez.

«Alguien de fuera». Un extraño. Yo.

—¿Tu madre sabe que estás aquí? —se interesa Kate, y mis hombros se tensan.

—Se lo contaré la semana que viene. Es la primera vez que no podemos celebrar mi cumpleaños juntas porque el centro no admite visitas los domingos, y no quería alterarla.

Mi padre y Kate se miran disimuladamente, pero no sé interpretar nada más allá de la cautela que transmiten sus silencios. El tenedor hace un sonido minúsculo cuando mi padre lo deja sobre el plato, aunque aún le queda bastante carne.

—Sobre la conversación que tuvimos ayer… —empieza a decir, limpiándose la barbilla con la servilleta—. No sé si te acuerdas, pero tu madre tenía otro psiquiatra. Antes de que pasara…, bueno, lo que pasó. —Newton maúlla cuando mis dedos se vuelven garras y se aparta de mí, recorriendo con altanería los cinco metros que lo separan del sofá—. He estado hablando con él y me ha comentado que existen algunos métodos que en la medicina moderna ya no se practican habitualmente, pero que quizá podrían ayudarla.

—¿Qué insinúas? ¿Que deberían lobotomizar a mi madre?

—Taylor, escúchame —me pide cuando empiezo a revolverme en el asiento—. La terapia electroconvulsiva ha demostrado ser eficaz para tratar casos como el suyo.

—Ah, que solo quieres ponerle electrodos en la cabeza para que reciba descargas eléctricas. Qué detalle. —Mantengo la mirada en la de mi padre, pero noto cómo uno de mis pulgares ha empezado a dibujar círculos compulsivamente sobre el otro. Como si ese pequeño gesto pudiera deshacer todo lo que estoy callando por dentro ahora mismo—. ¿Se te olvida cómo empezó todo esto, papá?

—No —responde tranquilamente—. ¿Y a ti?

Se me ocurren pocas cosas más peligrosas que las promesas que nos hacemos a nosotros mismos después de sufrir un dolor abisal, de esos que se te acumulan en las costillas, sobre todo si ese dolor nos lo inflige otra persona.

Esa fue la enseñanza más importante de mi padre a mis dieciséis años: que yo no fui suficiente para mantenerlo unido a mi madre. Algunos divorcios se llevan más de lo que dejan. Fue entonces cuando empecé a sentirlo. Eso de querer ser alguien más.

—Tampoco —murmuro.

Y vuelvo a mi plato.

No sé cómo, pero al final dejamos a un lado el tema de mi madre y la conversación gira en torno a cosas más mundanas. Mis hermanos me cuentan lo bien que les va en el colegio, aunque Kate les regaña cada vez que se desvían para presumir de sus travesuras. Papá menciona que el hijo del sheriff está esperando su primer hijo y que corren rumores de que van a cerrar el centro comunitario para construir una gran superficie comercial. Yo les hablo de mis paseos por el río, de las escapadas al desierto para ver las estrellas en las noches más frescas, y del fin de semana que pasé junto a Vesta y un grupo de amigos acampando cerca del lago Washoe. Y, mientras tanto, me río solo cuando debo hacerlo. Mis manos se mueven para cortar la carne. Hablar se siente como mirar a través de una mirilla.

Cuando la salsa de las costillas empieza a formar una costra sobre el plato y los huesos rebañados, me aclaro la garganta y apoyo los codos sobre la mesa.

—Papá, ¿alguna vez has estado en Vancouver?

—¿Vancouver en Washington o Vancouver en Canadá?

—Canadá —respondo, y él se toca la base del cuello con un dedo mientras hace una mueca pensativa.

—No, nunca he viajado a Canadá. ¿Te acuerdas, Kate? Lo barajamos para la luna de miel, pero al final decidimos…

—¿Y con mamá? —le interrumpo, antes de que Kate tome el control de la conversación—. ¿Pensasteis en esa opción?

Hay algo raro en mi voz, algo que confunde a mi padre. Soy una mezcla imposible de hielo y fuego, pero tengo la mirada desenfocada y aprieto los labios entre pausa y pausa.

—No lo recuerdo, Taylor —contesta finalmente.

—¿Nunca te habló de esa ciudad?

—Creo que no.

—¿Tampoco te dijo si quería viajar a otros lugares o te presentó a sus padres?

—Nailah nunca apostó por el convencionalismo… —dice, y parece fuera de lugar, como si no supiera cómo seguir.

—Pero…

—¿Soplamos ya las velas? —suelta Kate, que no se molesta en disimular que está cansada.

Mis hermanos empiezan a pelearse por ver quién se sienta en mi regazo; al final, decido abrazar a Newton mientras ellos se acomodan a mi espalda, como si fueran mis pequeños guardianes. Una vela solitaria y su llama temblorosa, posiblemente rescatada de otro cumpleaños, hacen su aparición sobre un pastel que parece más una tartaleta mientras mi padre procura que no se caiga al suelo ni se apague. Kate da palmadas y el resto me canta el «cumpleaños feliz». Espero a que acaben, a que mis hermanos se cansen de soplar hasta que llega mi turno. Con los dedos hundidos en el pelaje casi líquido del gato, pido un deseo, soplo esa vela y, por un instante, me permito pensar quiénes seríamos todos nosotros sin esa parte de la historia que aún queda por contar.

4

Después de fingir que me gusta la tarta para que Kate me deje tranquila, mi padre propone que salga a dar una vuelta con mis hermanos.

—No sé. —Me muerdo el labio mientras ellos se pelean por ver quién es el primero en atarse las zapatillas.

—Si lo que te preocupa es encontrarte con él… —empieza a decir mi padre mientras se limpia las gafas, y yo resoplo con la mirada puesta en el suelo brillante y sus arañazos a contraluz.

—No, papá, no es eso.

No quiero que me hable de Rain. Sé lo que va a decirme: que consiguió su beca deportiva; que debería ser un poco más como él, y tratar a la gente que se va como un recuerdo. Lo último que sé de Rain antes de que pusiera sus redes sociales en privado es que intentaba dejarse crecer un bigote francés (espero que no lo haya conseguido) y que salía fumando en todas las fotos con sus amigos. Yo fui la primera en marcharme, pero estoy segura de que también he sido la primera en volver. Para él, Cold Springs era una jaula. Decía que sus alas eran demasiado grandes como para cruzar los barrotes, y yo me encogía por dentro como un gorrioncillo que nunca se atrevía a volar.

Ahora somos lo que se rompió, lo que alguna vez fuimos.

Ya no temo un reencuentro, ya sé que no se me espera, así que cojo a mis hermanos de la mano y salgo a la calle. Les pregunto a dónde quieren ir. Bóreas pide a gritos que le lleve a montar a los columpios y a Céfiro le apetece remover la tierra para buscar tesoros, así que decido que iremos al lago para que no haya conflictos. Ellos se muestran entusiasmados y tiran de mí con fuerza.

—Taylor, ¿por qué no te vemos todos los días? —me pregunta Bóreas. Sus ojillos azules me miran mientras camina, lo que hace que no deje de tropezar.

—Vivo un poco lejos.

—Pero podrías vivir con nosotros —suelta Céfiro.

—No, porque ella no tiene mamá.

—Sí. Sí que tengo una mamá. —El aire seco del desierto, casi estático, no impide que acelere el paso. Siento la garganta como si me hubiera tragado una cereza entera, con hueso y todo—. Pero no es Kate.

—¿No podrías tener dos mamás?

—Pero entonces tendría dos papás, tonto. —Bóreas se adelanta a mi respuesta, y suena orgulloso—. Como nosotros, que somos dos.

—¡Te faltaría una hermana, Taylor!

Dejo que mis hermanos sigan parloteando mientras nos aproximamos a las calles que conducen al lago. La tela de mis vaqueros está húmeda por el sudor y lo poco que he comido centrifuga en mi estómago, causándome una sensación parecida a la indigestión. Quizá me he precipitado. No siento que cumplir años me haya vuelto más valiente. Vuelvo la cabeza cuando algún coche cruza la avenida, me trago mi incomodidad cuando paso por delante de la casa de un antiguo compañero del colegio, un hogar que visité

en su momento y que ahora me devuelve la mirada con desagrado, como si supiera que soy una intrusa. A mi alrededor, las casas se alzan con la misma sentencia silenciosa, con sus ventanas medio cerradas para evitar que el calor penetre en el interior, el blanco de sus fachadas reflejando la luz del sol con una intensidad cegadora. Todo este lugar parece estar atrapado en una pausa interminable. Y yo alimenté esa pausa. Habría vivido en ella si mis padres hubieran seguido juntos. Tal vez, al no conocer más carencias, los días habrían sido perfectos y felices.

Llegamos a la carretera que separa el pueblo del lago. Observo su sombra converger con esas montañas californianas y el cielo del color de un cubito de hielo. Se oyen risas, música, chapoteos. El sonido característico del que solía ser mi verano preferido. Cuando acababa el curso, pasaba más tiempo en el lago que en mi casa. Mi familia y la de Rain eran inseparables: hacíamos pícnics aquí casi todos los días. A los diez años nos dejaban venir solos mientras prometiéramos no nadar en la parte más honda del lago. Nunca cumplimos aquella promesa, por supuesto. Usábamos un flotador gigante en forma de sandía para alejarnos de la orilla, y entonces Rain y yo hablábamos de los secretos del lago con el sol encendiendo nuestras mejillas y el pecho, nos salpicábamos cuando el calor era insoportable y nadábamos con una mano aferrada al flotador porque teníamos miedo —claro que teníamos miedo— de monstruos marinos creados por nosotros unos minutos antes y de la posibilidad de ahogarnos, pero no era suficiente como para prohibirnos vivir. Durante la infancia nada lo es.

El sudor me ensucia el flequillo mientras bordeamos el lago, y la hierba seca de la orilla me lame los tobillos como el mar a la arena.

En verano, el nivel del agua baja y parece que las montañas se nos echan encima cuando llegamos a ese pequeño y aislado rincón que Rain y yo concebimos como propio. Les pido a mis hermanos que no se alejen demasiado mientras juegan y me siento entre el verde, los codos apoyados en las rodillas y la cara sujeta entre las manos. El aire huele a tierra removida y a flores mojadas, un mosquito traza círculos perezosos sobre mis zapatos; hubo una época en la que pensaba que no había nada más grande e inmenso que este lago, y ahora me da la sensación de que podría cruzarlo a nado en cinco minutos.

Sonrío ligeramente. No ha sido tan terrible. Me he encontrado antes con su recuerdo que con él. Mi mente divaga, convocándome entre las nubes, en Vancouver, en un antiguo amor, en una nueva madre. El mundo y sus destellos. El mundo y sus promesas de cambio.

Y entonces una voz grave, rasgada y familiar dice a mi espalda:

—Por fin te has atrevido.

Todo a mi alrededor empieza a dar vueltas. Giro la cabeza lentamente, atrapada entre este sobresalto y el anterior. Hay un chico de pie, fumando, apenas a unos centímetros de distancia. Su nuez desaparece cuando le da una calada al cigarrillo, con sus labios estirados solo hacia un lado de su cara. Si ya tenía las facciones marcadas y angulosas siendo un adolescente, el chico que tengo delante es una prolongación masticada y perfeccionada: pómulos altos, mandíbula definida, mejillas algo quemadas por el sol. Sus ojos siguen siendo los mismos, quizá menos expresivos y amigables, enmarcados por cejas espesas y rectas y con un *piercing* en la derecha. Su nariz sigue pareciéndome recta, proporcionada,

ligeramente ancha en la base. Tiene otro *piercing* de aro en el labio inferior, lo que hace que su boca parezca más grande. Y está la barba recortada, no un ridículo bigote francés, y el cabello oscuro y despeinado. Viste completamente de negro y tiene el brazo derecho cubierto de tatuajes, envolviendo músculo y esa piel trigueña que echaba de menos cuando el verano se despedía. «Pareces el hijo de la luna», le dije una vez, cuando salimos a jugar con la nieve, y él respondió, entre risas: «Y tú pareces una sirena, persiguiendo un azul tras otro azul».

Mis meñiques dibujan un círculo nervioso sobre mis mejillas antes de dejar caer las manos.

—¿A qué? —le pregunto, y noto la garganta seca.

Rain expulsa el humo del cigarrillo y sonríe.

—A venir a buscarme.

La última vez que vi a Ethan Rain Cook, tenía solo dos motivos para estar enfadada con él: me había ocultado que le gustaba Annie Marsh y no me pidió disculpas por llegar tarde cuando le llamé llorando para pedirle que nos viéramos en el lago. Este mismo lago, hace cinco años.

Ahora hay tantos motivos… Afilados, profundos, absurdos. Y todos rodean a la principal razón por la que nos separamos como abejas que vuelven a su colmena, a casa, y el zumbido desaparece a su vez cuando sus ojos, esos ojos de un color entre verde y marrón que siempre asocié a la primavera y al otoño, que estuvieron ahí para escuchar mis deseos infantiles y luego otros, los más grandes e imposibles, se estrechan como si no hubiera pasado el tiempo.

Pero el tiempo pasa. Para algunos más que para otros.

—Ni siquiera sabía que estabas aquí —digo con dureza.

Rain se ríe como si hubiera dicho algo graciosísimo.

—Sigues odiándome, por lo que veo.

—No, Rain. —Muevo la cabeza hacia los lados, mis hombros suben y bajan con parsimonia—. Solo siento indiferencia.

Él le da una calada demasiado profunda al cigarrillo, lo veo rumiar esa palabra, darle vueltas y más vueltas como si su cabeza tuviera dedos en lugar de neuronas mientras mira el lago con seriedad.

—Si te soy sincero, me había hecho a la idea de que no volvería a verte.

«Ya somos dos», pienso, pero no digo nada. Quiero que se vaya. No necesito un recuerdo nuevo de los dos, no ahora. Ya tengo bastantes, guardaditos en ese rincón que abandonamos en alguna parte de nosotros, posponiendo el momento de hacer limpieza. Rain no parece opinar lo mismo, porque se acerca. Observo que tiene una cojera bastante pronunciada: su pierna izquierda no termina de doblarse a la altura de la rodilla, por lo que se mueve como si avanzara constantemente sobre una superficie semilíquida. No hago ningún comentario cuando se deja caer a mi lado; Rain, tampoco.

El silencio que se instala entre los dos sabe a humo, a desorden. Deslizo los dedos sobre la tela del pantalón y doy un pequeño respingo al notar la superficie del colgante que me regaló mi madre. Saco la cadenita y el corazón y le doy vueltas entre los dedos, pensando en lo extraño que es todo esto. Esparcir mis células lejos de casa. Seguir aquí, y su nuevo significado. Oigo cómo Rain se lleva el cigarrillo a la boca, su brazo roza el mío y yo me aparto sin molestarme en resultar discreta. Rain se ríe entre dientes.

—Te noto alterada.

—¿Qué quieres, Rain? —resoplo, quitándome pelos de gato de la blusa. Rain observa el movimiento, cómo estrujo después los pulgares sobre la plata y aprieto.

—¿No podemos hablar como dos viejos amigos? —se lamenta exageradamente.

—Hace mucho que dejamos de ser amigos. Ni siquiera te acuerdas de qué día es hoy.

No pretendía decir esto último y que sonara como un reproche. Las personas estamos conectadas por tantas cosas, y tan distintas, que una esperanza inconclusa nos deja vulnerables ante el mundo, susceptibles de ser cuidados y arreglados. Mamá me lo enseñó.

—Me acuerdo de todo, Ib. De todo. —El brillo provocador en sus ojos se ve sustituido por una sombra de miseria, pero desaparece tan rápido que pienso que me la he imaginado—. ¿Qué sientes? Al vernos por primera vez después de tanto tiempo… ¿Qué sientes?

—Yo no inventé esta herida, Rain.

—Pero tienes que sentir algo —insiste.

—Ya te lo he dicho. —Dibujo un pequeño surco en la tierra con la punta de la zapatilla—. Indiferencia.

—Mentirosa —ronronea, estirando lentamente la pierna izquierda. Por un segundo pienso que si estuviera solo, su cara se arrugaría por el dolor. Pero sigue fumando como si nada—. ¿Por qué has venido a buscarme, entonces?

Incrédula, se me escapa el aire entre los dientes en una risa que tiene poco de divertida.

—Eres tú el que me está molestando. Yo llegué aquí primero.

—¿No quieres saber qué siento yo? —Rain se señala con el pitillo, volviendo a su antigua pregunta.

—No.

—Podría decírtelo igual, y tendrías que escucharme.

—Rain, deja de ser…

El grito de mis hermanos me interrumpe, y miro hacia el lago, asustada ante la posibilidad de que les haya pasado algo, anticipándome ya a un arrepentimiento por haber estado tan distraída. Pero Bóreas y Céfiro están saludando a Rain, con las manos manchadas de barro, las zapatillas manchadas de barro, la sonrisa manchada de barro. Frunzo el ceño cuando Rain les devuelve el saludo y ellos gritan más fuerte como… como si él no fuera un extraño.

—¿Conoces a mis hermanos?

—Va a resultar que no llegaste aquí primero.

Me guiña un ojo, pero yo he escuchado otra cosa. La voz del pueblo, del lago, de las tejas azules de la casa de mi padre. «Vete a otro sitio. Ya no perteneces aquí».

—Tengo que irme —mascullo, incorporándome lo más rápido que puedo y guardándome el colgante de mi madre en el bolsillo.

Noto los dedos enredados en la prisa, en la tela vaquera de mis pantalones. Llamo a mis hermanos, que obedecen entre protestas altas y ruidosas. Rain se muerde el *piercing* del labio y me mira como aquella vez que me pregunté en voz alta cómo sería vivir en una ciudad. Con sus edificios de varias plantas, sus semáforos en constante cambio, sus lagos repartidos en parques y retazos de otros cielos.

—Espera un momento. ¿Destruimos todo, pero no podemos salvar nada?

—Adiós, Rain.

Estira la otra pierna y aplasta el cigarrillo contra la suela de su zapatilla.

—Feliz cumpleaños, Ib —le escucho murmurar cuando me doy la vuelta para ir al encuentro de mis hermanos.

Nos alejamos. El corazón me late con fuerza. Mis hermanos me dan la mano; las siento pegajosas por el barro. Hablan de juegos que solo ellos comparten y yo atiendo a medias. ¿El mundo que está detrás de mí sigue ahí? No tengo la respuesta, pero no hace falta.

Rain es el pasado.

Rain decidió ser mi pasado.

Todo lo que queda de nosotros son esos momentos fugaces en los que nos recordamos hacia dónde nos dirigimos sin el otro.

La niña que nació primero y la lluvia

Cuando Rain y yo nacimos, lo hicimos con un mes y un día de diferencia. Podría tratarse de una casualidad más dentro del conjunto de casualidades que los seres humanos forzamos al relacionarnos con otras personas, pero vivíamos en Cold Springs, que por aquel entonces apenas llegaba a los tres mil habitantes, y era habitual que las familias se conocieran aunque no compartieran vecindario. Mi madre y la madre de Rain, la señora Cook, habían cruzado miradas mientras hacían la compra, y a las dos les gustaba pasear sus barrigas los últimos meses de embarazo cerca del parque de bomberos porque se sentían más seguras. Nací yo primero, tres días antes de que mi madre saliera de cuentas. El hospital más cercano quedaba a veinte minutos en coche porque había tráfico, y cuando mi padre quiso aparcar como un hombre civilizado a pesar de la urgencia, yo tenía media cabeza fuera y mi madre gritaba que no pensaba parir de pie como si fuera una jirafa. Al final, los médicos la asistieron en el coche y no la subieron a una habitación hasta que dio a luz, minutos después. Se asombraron por lo rápido que había sido el parto teniendo en cuenta que mi madre era primeriza, pero ella lo resolvió diciendo que era «cosa de familia», y al día siguiente estábamos todos en casa.

No fue hasta el mes de septiembre que la señora Cook y mi madre volvieron a coincidir; en Cold Springs hay tradiciones absurdas todos los meses, como hacer un bingo en el centro comunitario o las carreras de sacos de los estudiantes de último año al comenzar el nuevo curso. Allí, entre gritos de adolescentes con mal perder y el sofocante calor del desierto, con Rain metido en uno de esos carritos tradicionales con piezas desmontables y yo pegada al pecho de mi madre porque me llevaba a todas partes en un portabebés, las dos intercambiaron nuestros nombres y el apellido, hablaron de lactancia, descubrieron la casualidad en nuestra fecha de nacimiento, y Rain y yo quedamos unidos para siempre.

Las probabilidades de que Rain y yo nos hubiéramos conocido si nuestras madres no se hubieran hecho amigas previamente eran, aun así, bastante altas. Rain vivía en «La Rueda», que era como llamábamos a las casas de aspecto lujoso dispuestas de forma circular, con las aceras blancas y arregladas, al norte del centro de Cold Springs, donde era habitual ver lanchas aparcadas frente a los garajes y jardines individuales, no compartidos con el vecino. En medio de La Rueda estaba el único restaurante del pueblo; el área colindante siempre olía a pollo frito y a salmón. Yo vivía en una de esas calles sin salida casi a las afueras, con la presencia cambiante de las montañas a la espalda y lomas de aspecto arenoso al frente. Mi vecino era un investigador privado que cocinaba tilapias en el patio trasero para desayunar. Con esto quiero decir que Rain y yo no teníamos una vida en común antes de nacer, mucho menos después, pero sí un lugar compartido. En el pueblo había dos guarderías, una escuela primaria y otra secundaria. Puede que la señora Cook hubiera escogido la guardería más cara y no hubiéramos coincidido

en clase hasta los cinco años, pero entonces habríamos compartido un mismo espacio y la rareza de nuestros nombres nos habría acercado el uno al otro en busca de protección; éramos como pájaros separados de su bandada, como el vilano de un diente de león que han soplado demasiado pronto.

Aun así, nuestras madres se hicieron amigas contra todo pronóstico. Puede que las moviera la necesidad de sentirse entendidas o la fuerza pulmonar de dos recién nacidos que no sabían distinguir abandono de ausencia. No sé por qué, pero pasó. Nos llevaron juntos al parque, lo que lo hizo todo más fácil. Mi madre tuvo su primera depresión por esa época, además; se quedaba con los dos en casa junto a la señora Cook mientras nuestros padres trabajaban, y eso hizo que Rain y yo nos conociéramos de un modo casi animal, que nos fundiéramos como dos sombras que confluyen en la misma esquina. Cuando iba al colegio, lo hacía pegada a Rain. Trepaba a los árboles con Rain. Descubrí que era alérgica a los pistachos con Rain. Abrí los ojos en el hospital, y ahí estaba Rain. Éramos la carne del melocotón y su hueso.

En mi mundo cabíamos los dos.

5

Las mentiras son como las manzanas: brillan bajo la luz, con una piel atractiva y un interior dulce, pero en su corazón guardan semillas que, en silencio, contienen cianuro. Una manzana promedio tiene hasta ocho semillas que el cuerpo puede metabolizar sin problemas. Lo ideal sería deshacerte del corazón, tirar esas mentiras cuidadosamente tejidas y seguir adelante, convenciéndote de que haces lo correcto para quienes amas. Pero, claro, no es tan sencillo. Cada vez que veo a mi madre, siento que tengo que comerme la manzana entera. Me he acostumbrado a tragarme las semillas, una a una, para ahorrarle preocupaciones, para no cargarla con más dolor del que ya arrastra. Siempre me queda ese sabor agridulce cuando nos despedimos. Cuanto más profundizas en una mentira y más semillas ingieres, más cerca estás de envenenarte. Dicen que necesitas unas ciento cincuenta semillas para sufrir una intoxicación grave por cianuro, pero ¿qué haces cuando llevas tanto tiempo bajo la sombra de un manzano? Es todo lo que conoces. Y, a veces, enterrar la verdad también es otra forma de mentir.

Hoy noto ese sabor dentro de los carrillos. La nueva enfermera —se llama Kelly, pero mi madre sigue refiriéndose a ella como «la nueva»— nos prohíbe vernos más de una vez a la semana y el centro no admite llamadas a no ser que sea algo urgente, lo que me

deja menos de siete días para ir y volver de Vancouver sin que ella sospeche. No quiero que sepa que encontré su diario. No quiero que sepa nada del viaje. Me asusta la posibilidad de ilusionarla, pero también oírle decir que debería rendirme con ella, darle la razón a mi padre. «La vida no está hecha para todos». Una pequeña parte de mí, la parte egoísta que nadie más ve, se pregunta si realmente hago esto por mi madre o si solo estoy pensando en aliviar mi propia culpa. Solemos creer que, una vez comenzamos a abandonarnos a nosotros mismos, el cambio no tiene vuelta atrás; nacemos como un supercontinente y terminamos fragmentados en archipiélagos. Me gustaría pensar que eso no es así, aunque hoy, al despedirme de mi madre, parecía haber asumido lo contrario. «No te has puesto el colgante que te regalé», me ha dicho, y sus manos jugaban con esas islas invisibles, trepaban y descendían por sus rizos, su camisa, unos pantalones juveniles que no recordaba haberle visto nunca, y que me llevaron inevitablemente a ese pasado que solo conoce ella. «Me lo he quitado antes de meterme en la ducha y se me ha olvidado ponérmelo después», improvisé, y ella me sonrió, y las dos fingimos que era suficiente.

Lo cierto es que me había olvidado por completo del colgante. Después del diario, después de Cold Springs, me he dedicado a planear el viaje a Vancouver, moviéndome entre un pensamiento interrumpido y el siguiente, sin más. Lo primero que he hecho al llegar a casa ha sido buscar su regalo en los bolsillos de los vaqueros que llevaba aquel día, pero no lo he encontrado. Tras una búsqueda minuciosa por cada rincón y con el flequillo rebelde pegado a la frente de tanto apartarlo, me rindo y llamo a mi padre para preguntarle si, por casualidad, se me cayó al volver con mis

hermanos. Estoy segura de que en el lago lo tenía. Lo recuerdo demasiado bien.

La respuesta de mi padre es sorprendente, e incómoda.

—Eh…, sí. Sé a qué colgante te refieres. Justo iba a llamarte ahora para decírtelo.

Suspiro, aliviada, mientras me dejo caer en el sofá.

—¿Lo has encontrado tú?

Se hace una pausa. El silencio de mi mundo es más ruidoso que el suyo, aun así.

—No, ha sido Rain.

Otra pausa. Esta es corta, rabiosa, imposible de aceptar.

—¿Qué?

—Se presentó en casa hace unos días y dijo que habías perdido el colgante en el lago, cuando os visteis. —Y añade con una especie de duda que se cuela en su voz—: Pensaba que ya no erais amigos.

—Y yo pensaba que tú habías encontrado mi colgante hace un rato.

—Se me olvidó avisarte —se defiende. Yo me preparo para enfrentarme a la culpa, y él lo intuye, porque tampoco me avisó de que Rain estaba en el pueblo, y por eso se adelanta y empieza a explicarme—: Los Cook vendieron su casa el año pasado y se mudaron a Sacramento. Creo que tenían un sobrino viviendo allí; despidieron al padre porque cerraron la fábrica, y el sobrino o quien fuera trabaja en un parque acuático y necesitaba a alguien para el mantenimiento. ¿Te imaginas a John trabajando en un sitio lleno de gente riendo y divirtiéndose con bañadores de colores? Nunca vi a ese cabrón disfrutar con su hijo. Nunca.

El padre de Rain era un hombre serio. Y religioso. Creía en el deber y en las cosas que debían hacerse de una manera concreta, sin atajos ni titubeos. Siempre decía que la fe era lo único inquebrantable en un mundo lleno de dudas, y quizá por eso me miraba con ese gesto contenido, las manos siempre en el cinturón y los dientes escondidos, como si supiera que los pájaros en la cabeza de su hijo tenían su nido en la mía. O tal vez porque, a diferencia de él, yo creía más en los silencios que en las plegarias.

Pero nada de eso importa ya.

—Papá…

—No me gustaba la superioridad con la que me miraba cuando nos encontrábamos por el pueblo. Era un amargado. Sé que no hice las cosas bien, pero… Quiero decir, tenemos dos hijos. Un futuro. He demostrado que no era un capricho ni la crisis de los cuarenta. —«Está hablando de Kate», pienso, y cierro los ojos—. Pensaba que las personas creyentes tenían la obligación de perdonar. Que el perdón de su dios iba de la mano de su propia salvación.

Mi padre está hablando del perdón como si fuera un sentimiento sencillo y parecido al que despertaría oler un puñado de flores silvestres con su hija, la hija de la mujer a la que engañó. «El perdón no es tan simple, ni tan automático», pienso, mordiéndome el labio hasta que una burbuja de sangre me explota en la lengua. «No se trata de ser bueno o malo, de cumplir o fallar. Al final, el verdadero problema del ser humano siempre ha sido el egoísmo».

—Papá, necesito ese colgante —digo finalmente—. ¿Puedo pasar a recogerlo en un rato?

—Verás…, es que Rain no me lo dio.

—¿Cómo?

—Dijo que podías pasar a buscarlo cuando quisieras. Que quería dártelo él mismo. —Mi padre se ríe nerviosamente—. En la calle paralela al Springmart, frente al lago, hay una casa con un depósito de agua para caravanas. El tejado es negro y…

—Lo pillo, papá. Gracias. Hablamos pronto.

Un maullido se cuela en la llamada mientras mi padre balbucea. Yo cuelgo, cabreada con Rain, con mi padre, pero sobre todo conmigo misma. ¿Cómo pude perder el colgante? ¿Por qué tuve que ver a Rain? Y escuchar su voz, y esas estúpidas preguntas que me persiguen y que no quiero ni puedo resolver. ¿Habrá cumplido su sueño de comerse un pastel de cumpleaños cada mes? ¿Los Raiders seguirán siendo su equipo favorito? ¿Qué le habrá pasado en la pierna? ¿Vivirá solo o compartirá el baño con alguien? ¿Seguirá usando dos platos, uno para la carne y otro para la guarnición? Siempre imaginé que saldría corriendo si veía un fantasma, y Rain lo sabe. Quedarse con mi colgante es su manera de hacer que vuelva, pero no pienso hacerlo. Primero está mamá. El viaje a Vancouver.

Pero fue ella quien me regaló el colgante. «Mi segundo corazón».

En eso estoy pensando cuando Vesta vuelve del trabajo un poco antes de lo previsto. El aire se renueva con el característico aroma a hierba de limón y ajo de la comida tailandesa.

—¡Venga, Corazón, que tenemos un cumpleaños que celebrar! —exclama con una efusividad que roza la manía.

Me levanto del sofá entre risas; Vesta me abraza sin soltar la bolsa y me canta el «cumpleaños feliz», pero su voz se quiebra antes de llegar a la última parte y rompe a llorar.

—Noah y yo hemos roto —me informa, y entonces es mi turno para abrazarla y cantarle al oído una canción de Halsey. Vesta se ríe

entre hipidos y me aprieta los omóplatos mientras se balancea—. Esta vez es la definitiva, te lo prometo. Lo he bloqueado y todo.

—¿Qué ha pasado?

—Luego, luego te lo cuento, que si no trae mala suerte. Primero hay que celebrar lo tuyo.

Desordenamos el salón para poder sentarnos en el suelo, rodeadas de tarteras de plástico con *pad thai*, esa sopa de pescado picante de la que nunca recuerdo el nombre, *curry massaman*, brochetas de carne y arroz con mango. El sabor fuerte y sazonado se me pega al paladar, vuelve mis pensamientos pegajosos y confusos con la felicidad de lo sencillo. Vesta rescata de la nevera una botella de vino que se bebe ella sola, a morro, y me habla de su décima ruptura con Noah: que son personas muy diferentes, que no veía avances en su relación, que nunca le ha regalado flores. Yo escucho y me mojo los labios con el moscato, Vesta vacía otra botella y, cuando acabamos de cenar, saca del bolsillo de sus Old Navy unas pilas para el karaoke que tengo que montar yo porque su borrachera y sus uñas pintadas solo le permiten cantar. Y eso hace durante el resto de la tarde: cantar, cantar canciones de Katy Perry, Spice Girls y Backstreet Boys sin ningún tipo de vergüenza o pausa. Yo canto con ella al principio, y después me limito a contemplarla desde el sofá con una sonrisa cuando desafina en los estribillos, a recordar una situación muy parecida que viví con Rain a los ocho años, solo que yo cantaba de puntillas porque teníamos un único micrófono y Rain era un poco más alto. Me abrazo el vientre y encojo las piernas cuando pienso en nuestras risas infantiles mientras destrozábamos «Breakaway» de Kelly Clarkson, mi canción favorita, o en cómo señalaba a la pantalla porque Rain leía más

lento que yo y pensaba que iba a perderse. Hubo una época, una noche, un instante en el que ese era el mayor de mis problemas. Y ahora parece haber tantos enredos, tantas nubes grises. He crecido y mi corazón sigue crudo.

Cuando Vesta canta a gritos «Say It Ain't So» de Weezer porque está furiosa y borracha y triste, un vecino llama a nuestro timbre con insistencia para quejarse por el ruido, lo que supone el fin de nuestra celebración. Lejos de preocuparse, Vesta se ríe a la vez que se frota los ojos y viene a tumbarse en el sofá, a mi lado.

—¿Crees que me lo merezco? —Vesta parece apoyarse en todos los huesos de mi cuerpo. Sujeta el micrófono contra su pecho como si fuera una novia acercándose al altar con sus soñadas flores.

Puedo oler el vino y el mango en su aliento cuando me giro para mirarla y pregunto:

—¿El qué?

—Estar sola.

—Todos estamos solos en realidad, solo que algunos se comparten con alguien meses o años. —Me encojo de hombros—. Hasta que se acaba.

Mi mejor amiga protesta porque he estado a punto de tirarla del sofá y se pega más a mí.

—Ya, pero a mí me gusta que me quieran siempre, Corazón.

—Eso no significa que te vayan a querer bien —protesto, y su rostro se ilumina con una sonrisa sincera pero fugaz.

—Noah no me quería bien.

—Noah no te quería bien —repito.

Reímos bajito, pero entre nosotras florece una nueva sombra: en tres días o siete, el número no es relevante, Noah volverá a ponerse

en contacto con Vesta y ella querrá estar con él, aunque no deba. Noah le dirá una frase de un poema de Bukowski. Noah le traerá una rosa, puede que todo el ramo. Y Vesta olvidará que, durante tres días o siete, estuvo mejor sola.

—¿Tú nunca has querido de esa manera? —me pregunta, y las pecas de su cara se contraen como si planeara revelar un secreto.

—Te quiero a ti, a mi madre…

—Sabes a lo que me refiero. ¿Qué pasó con ese chico, el amigo de Helen?

—Tenía una relación abierta, pero su novia no lo sabía.

—¿Y con Nathan? Porque mira que se puso pesado con invitarte a su casa en Navidad.

—Precisamente por eso. Su madre quería ponerme un anillo en el dedo y su padre aprovechaba cada ocasión para mencionar un estudio que decía que la mejor edad para que las mujeres se quedaran embarazadas era entre los diecinueve y los veinte años. —Pongo una mueca de disgusto al acordarme—. Creo que eran del Opus.

—¿Y ese chico del que me hablaste el otro día? Rain. —Arrastra las vocales más de lo necesario, riendo tontamente—. Cuando volviste de Cold Springs parecías tan… fuera de ti.

—Pero eso fue por la salsa de kétchup de las costillas de Kate, que me sentó fatal.

—¿Sabes que eres mi mejor amiga? ¿Viste mi post de felicitación en Facebook?

—¿A qué viene eso?

Vesta suelta un bufido divertido y me clava el micrófono en las costillas.

—No. Me. Mientas.

—¡Ay! —protesto, riendo porque las cosquillas me ganan, y Vesta se pega a mí para no caerse hasta que finalmente acordamos una tregua—. Rain y yo fuimos amigos, mejores amigos, hasta que me fui de Cold Springs. —Todo lo demás me lo guardo para mí: que a veces terminábamos las frases del otro; que en mi casa nunca faltaba chocolate porque a Rain le encantaba, y en la suya siempre había mandarinas; que unos chicos mayores me apodaron «el llavero de Rain», y él tardó años en enterarse, pero les obligó a pedirme perdón y luego les pidió que lo llamaran «el llavero de Ib»—. Nuestras familias estaban muy unidas y después…, bueno, después dejaron de estarlo. No tuvimos nada romántico, si eso es lo que te interesa saber.

—¿Y no te agobia? La idea de no encontrar a nadie.

El corazón de Vesta siempre ha sido como un jarrón estrecho y resistente y colmado de flores: cuando se marchitan, ella lo vacía y busca otro ramo que resista heladas y sequías, y vuelta a empezar. En el mío nada queda almacenado mucho tiempo. O quizá lo que me pasa es que no he dedicado el tiempo suficiente a desprenderme de las cosas que vuelven un corazón callado, pesado.

—Supongo que no he tenido tiempo para pensarlo —respondo—. Con todo lo de mi madre, me refiero.

—Te vas mañana, ¿verdad? —Asiento. Vesta hace una pausa y se acerca el micrófono a los labios. Su voz se oye exactamente igual cuando dice en un tono dramático—: Por favor, dime que no soy una amiga horrible por dejarte ir con tanta facilidad.

—Vesta, tengo veintiún años.

—Pero solo desde la semana pasada.

—Y te tengo a ti. —Me inclino hacia ella—. Prometo no dejarte fuera de esto.

—Pero eso no me preocupa. —Veo que cierra los ojos—. Me gustaría que lucharas más por ti. Solo por ti.

El silencio invade el salón cuando Vesta deja de hablar. Mis pensamientos chocan como placas tectónicas. Resignada, aflojo los músculos de las piernas y me masajeo los nudillos.

—¿Y si mi madre está así por mi culpa? —murmuro—. ¿Y si yo soy el hilo que mantiene todo atado a la misma oscuridad?

No obtengo una respuesta de Vesta porque se ha quedado dormida. Le quito el micrófono con delicadeza para no despertarla y me incorporo con el mismo cuidado. Su pelo rubio se derrama sobre el borde del sofá, largo y ondulado y líquido. Cuando me llevo la mano al cuello, está vacío.

Cojo el teléfono y pido un taxi.

6

La noche convierte al mundo en el mismo paisaje quemado en sombras cuando llego a Cold Springs. El taxista me deja frente a la tienda de alimentación que mencionó mi padre, y yo le doy las gracias con nerviosismo. Un aroma a petricor me golpea la cara, arrastrado por un viento que se vuelve más fuerte y frío con cada segundo que pasa. Camino con los brazos cruzados sobre el pecho, dejando atrás la carretera y el lago, y ese cielo que promete tormenta.

No ha sido necesario fijarme en el color del tejado o en el depósito de caravanas que está aparcado en el paseo de grava para adivinar dónde está Rain: una puerta de garaje abierta y, delante, un grupo de chicos jóvenes bebiendo latas de cerveza sentados en un sofá viejo y una radio sonando a todo volumen con algo parecido al rap rock. De repente me invaden las dudas y me quedo paralizada. «¿Qué hago aquí?», pienso, y a la vez me pregunto si el miedo y la necesidad de esconderse se heredan.

Perdí el colgante de mi madre.

Necesito el colgante de mi madre.

Rain tiene el colgante de mi madre, pero ojalá no lo tuviera.

Una chica del grupo, morena y de aspecto atlético, con un top que deja al descubierto el tatuaje de unas manos sosteniendo un pincel

a la altura de las costillas, se fija en mí y frunce el ceño.

—Eh, ¿y tú quién eres? —me grita.

Creo que se piensa que mi falta de respuesta se debe a que no la oigo por culpa de la música, porque se pone de pie y viene a mi encuentro mientras le da un sorbo tras otro a su lata.

—Chica, que qué haces aquí.

Huele a aceite de coco, a tabaco. Sus labios resecos se tocan con un mohín de aburrimiento y yo me aclaro la garganta para decir:

—Estoy buscando a Rain.

—No te conozco de nada, y seguro que Rain tampoco.

—Vivía en este pueblo —respondo, sintiendo el eco de una risa burlona resonar en el aire. La ansiedad enciende mis sentidos como las luces parpadeantes de un árbol de Navidad—. Hace muchos años.

—Vuelve en una hora y entonces hablas con él. —La chica hace un gesto desdeñoso con la mano y amenaza con darse la vuelta.

—¿Tanto? —dice uno de los chicos riendo, y ella le saca el dedo corazón.

No entiendo la broma y en este instante desearía estar en mi habitación, con la maleta ya hecha y leyendo uno de esos libros que no quieren cambiarte la vida, pero que, de alguna manera, lo consiguen. Al final, esta chica quizá me esté haciendo un favor. Pero entonces recuerdo por qué estoy aquí. Doy un paso hacia delante y la sujeto del brazo antes de que se aleje. Aprieto fuerte. Tiene la piel de gallina por culpa del viento.

—Necesito ver a Rain. Ahora.

Ella se libera de mi agarre y alza los brazos como si se rindiera.

—Vale, vale, tú misma. Está en el piso de arriba, primera puerta a la derecha.

Asiento y sigo a la chica hacia el garaje. El olor penetrante a alcohol, marihuana y clavo me abofetea la cara, una mezcla familiar que me retrotrae a mis primeros meses de universidad. La amiga de Rain se deja caer otra vez en el sofá, mientras el resto del grupo me mira con curiosidad. Yo agacho la cabeza y avanzo directamente hacia el salón. Hay algo en el ambiente que me recuerda a la casa de mis abuelos paternos en Seattle, aunque solo estuve un par de veces cuando era pequeña: un viejo reproductor VHS enchufado a la televisión, vitrinas llenas de dedales y figuritas de distintas ciudades, cojines con borlas. ¿De quién será esta casa?, ¿con quién pasará Rain el verano, ahora que sus padres no están aquí? Pero no me detengo a observar mucho más. Mi atención está fija en las escaleras; al subir, me aferro con fuerza al pasamanos. Quiero resolver esto rápido. Recuperar mi colgante y largarme.

Me detengo frente a la puerta que aquella chica me ha indicado. El pomo está caliente, casi incómodo al tacto, y siento cómo mis manos, sudorosas, lo hacen aún más pegajoso. Tengo el nombre de Rain en la punta de la lengua y el mío escondido al fondo de la garganta cuando abro la puerta.

Lo primero que veo es un escritorio vacío y esquinado contra una ventana. La puerta tapa el resto del espacio, así que la empujo hasta que choca contra la pared y tengo una visión perfecta del armario, la cómoda… y la cama. Hay dos personas desnudas en ella; dos cuerpos, más bien, porque están de espaldas y no consigo distinguir sus caras. No están precisamente hablando. Esa fase la pasaron seguramente hace veinte minutos, como mucho. La persona que

está debajo (una chica, a juzgar por sus gemidos) tiene las piernas enroscadas alrededor de la cintura de la persona que está encima (un chico, no es difícil saberlo por su anatomía y la forma en la que se mueve: adelante y atrás, adelante y atrás). No puedo apartar la mirada de sus tatuajes, del ritmo frenético de sus músculos al contraerse y relajarse, de la dominación y el cariño con los que sujeta las manos de la chica contra el cabecero de la cama. Ella gime más alto y yo retrocedo por instinto. Debo de pisar una tabla suelta, a lo mejor se me ha escapado una respiración más elevada que otra, porque el chico se detiene, se gira y me mira. No intenta taparse, ni me grita para que me vaya y los deje tranquilos, no; sus ojos de un color entre verde y marrón se abren de la impresión, como si estuvieran contemplando una agradable sorpresa.

Rain se pasa la lengua por los labios y me sonríe.

—Ah, Ib, hola.

—¿Vas a dejar de sonreír en algún momento?

La vergüenza y la incomodidad escapan de mi voz como un latido áspero y urgente. Después de haber visto a Rain teniendo sexo con esa chica (pelirroja, curvas espectaculares, una sonrisa deslumbrante al presentarse y un nombre mucho más atractivo y olvidable, Bonnie), me pidió que le esperara en el comedor mientras se vestían. Tardaron poco, o tal vez el tiempo se había acelerado mientras recordaba lo que hacían, cómo lo hacían. Después, Bonnie se marchó al garaje con el resto de sus amigos tras dedicarme un saludo amistoso, y Rain, ya en la cocina, se sentó frente a mí

delante de una mesa redonda y amplia, escogida para poner la mayor de las distancias entre nosotros.

Y así hemos pasado los últimos cinco minutos, por lo menos. Él sonriendo, esperando algo de mí. Una disculpa, supongo. Y yo con la mirada clavada en la uña medio comida de mi pulgar, esperando algo de mí misma también, pero estoy demasiado avergonzada como para decir nada. A ver, yo también me he acostado con chicos. No es un gran misterio. La gente hace la compra, va al médico, devuelve unos zapatos por no haber acertado del todo con el número de pie… En realidad, es una de las pocas cosas en las que podemos estar de acuerdo como especie: el sexo es simplemente sexo.

Pero con Rain todo parece… distinto. O al menos lo era. Se trata de lo que significamos el uno para el otro, o más bien de lo que ya no significamos. El mundo ya no se mide por la velocidad con la que maduran las naranjas en el árbol del señor Barker. La vida sigue siendo extraña, caótica, y ya no hay premio por la espera. Cada uno de nosotros es su propia raíz. Supongo que lo que intento decir es que las cosas más simples se vuelven complicadas cuando tienes delante a alguien que un día prometió curar tus heridas y luego se olvidó de la más importante.

—¿Debería? —pregunta Rain con una voz profunda.

Alzo la mirada y veo que sigue repantigado sobre la silla con los labios apretados en una sonrisa. Solo me mira, me mira y sonríe.

—Es de mala educación burlarte de mí después de haberme obligado a presenciar una escena casi pornográfica.

—Tú has sido la que ha entrado en mi cuarto sin llamar.

—A los catorce años te obsesionaban los pestillos, ¿y ahora ya no los usas?

—Vivir con unos padres extremadamente religiosos era un atentado para mi sexualidad, Ib —me explica, rascándose su barba de tres días—. Pero me alegra que te acuerdes. El otro día pensé que habías desarrollado problemas de memoria. Estaba tan preocupado…

—Sí, y ahora estás muy contento de repente.

Rain se toma su tiempo para encenderse un cigarrillo, sin prisa, mientras una sonrisa ladeada aparece en su rostro.

—Es lo que tiene crecer. Y follar. ¿Tú follas con frecuencia, Ib? Por cómo me mirabas el culo hace un rato, diría que no. —Suelta el humo despacio, lo saborea con la calma de alguien que está únicamente en presencia de sí mismo.

Mi voz refleja una mezcla inesperada de calma y humor cuando digo:

—Oh, Rain, va a resultar que eres un imbécil.

—Siento decepcionarte. —Su sonrisa se vuelve más arrogante, cargada de autosuficiencia cuando pregunta—: ¿Qué tal está tu madre?

Mi rostro se endurece, como si el frío del exterior se hubiera apoderado de él. Pero Rain no pestañea, me sostiene la mirada sin inmutarse. Sus ojos parecen un eco de la noche que nos envuelve.

—Bien —respondo, y mis labios apenas se separan. Las palabras de mi padre resuenan en el interior de mi cabeza mientras mis uñas raspan de forma salvaje el borde de la mesa—. Sigue viva —añado, harta de tener que repetirlo en voz alta, harta de que la existencia

de mi madre se vea reducida a su salud mental por quienes la conocen. Mi madre no es un cascarón vacío.

—Ya lo sé —contesta Rain, como si se refiriera a eso último, pero no recuerdo si lo he dicho en voz alta o no—. Tu padre y yo hablamos, a veces, cuando nos cruzamos por el pueblo. Dice que las cosas son… complicadas.

—No hay nada complicado. Somos una madre y una hija. Mi padre rehízo su vida con otra mujer y tiene una nueva familia. Mi madre solo me tiene a mí.

—¿Y cómo lo llevas?

Suelto una risita incrédula.

—Como si te importara… —Estiro una mano hacia él, con la palma extendida y un ligero temblor. Si lo menciona, culparé al viento—. Mi colgante.

—¿Quieres algo de beber? —Rain me está ignorando deliberadamente—. Estos ya habrán arrasado con las cervezas, pero tengo chupitos de Jägermeister, medio cartón de leche de avena y zumo de melocotón. Ah, y agua. —Niego con la cabeza. Él se lleva el cigarrillo a los labios y señala con su humo el paquete de tabaco en la mesa. Al ver que no tengo ningún tipo de reacción, ni asco ni interés, prefiere asegurarse—: ¿No fumas?

—No, muchas gracias. —Rain sonríe con esa mueca de bordes afilados, como si le divirtiera que sea capaz de mantener las formas a pesar de la incomodidad. Mi mano, mientras tanto, se curva con la tensión—. Rain, devuélveme el colgante.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Vamos a charlar un rato.

Aprieto el puño, dejo que mi espalda se hunda en el asiento, mi cuerpo entero protesta con un suspiro audible, deliberado. No me

importa hacer ruido esta vez. Mis ojos se desvían hacia el reloj de cuco en la pared de la cocina; no funciona.

—Bonita decoración.

—Es la casa de mi tía abuela Beth. Tú no llegaste a conocerla —me explica al ver que estoy un poco perdida—. Vivo con ella desde el año pasado.

—Pensaba que solo estarías pasando el verano aquí.

—¿Es que has pensado en mí? —El aro de metal desaparece bajo sus dientes cuando se muerde el labio, fanfarrón.

—Ya hemos hablado lo suficiente —le espeto, porque noto un calor indeseable acumulándose en mis mejillas. La silla cruje cuando apoyo los codos sobre la mesa—. Dame mi colgante, Rain.

Él pone los ojos en blanco, el cigarrillo cuelga de su boca como uno de esos juncos que arrancábamos de la orilla del lago para jugar a eso mismo, a fumar, a crecer antes de tiempo. «Fumas demasiado para ser un jugador profesional de fútbol americano». A duras penas consigo no darle voz a ese pensamiento mientras Rain se palpa los bolsillos de los vaqueros oscuros. Saca la cadenita y el corazón plateado y lo sostiene frente a mis ojos como si pretendiera hipnotizarme. Sonrío, agradecida y aliviada, pero cuando trato de alcanzarlo, Rain lo aparta con un movimiento de muñeca y se lo guarda entre los dedos.

—Vámonos al bar —propone, recuperando el cigarrillo con la otra mano—. Ahora tú puedes invitarme a cervezas.

—Rain, mañana a primera hora tengo un vuelo a Vancouver. Es un viaje importante. No es el momento…, ni lo va a ser. —No entiendo por qué, pero susurro—: Antes quizá me habría tomado algo contigo.

—¿Y ahora por qué no?

—¿Tú qué crees?

Y pienso en los años que han volado entre nosotros como si fueran canarios, que no saben orientarse y, por tanto, nunca vuelven al mismo lugar dos veces, pero Rain se queda rígido como una estatua. Como si mis palabras hubieran golpeado en otro sitio. Su sonrisa se vuelve mucho más afilada, casi hueca, y yo me estremezco.

—También quiero que me pidas perdón.

—¿Disculpa?

—Espera, que todavía no te he dicho por qué… —Su voz tiene infinitos saltos cuando dice—: Pídeme perdón por marcharte sin decir adiós. Por no contestar a mis llamadas. Por no dejarme explicar…

—¿El qué, Rain? ¿Quieres que me disculpe por no dejar que te regodearas después de habernos jodido la vida a todos? Oh, perdón por haber confiado en ti. Perdón por haber continuado mi vida intentando solucionar la mierda que tú dejaste.

Rain sostiene el cigarrillo con el pulgar y el índice. La ceniza vuela, flota sobre la madera de la mesa como pétalos estrujados de margaritas. No parece importarle, aunque dudo que a su tía abuela le haga gracia. Me fijo en su otra mano, esa que descansa sobre la mesa. En cómo aprieta las yemas de los dedos y se le ponen blancas cuando yo hablo.

—La culpa fue de los adultos —murmura una eternidad después, mirándome con resentimiento.

—La culpa fue nuestra, Rain.

«Tuya», me gustaría añadir. Pero algo en su mirada me dice que es mejor no hacerlo.

Fuera, la tormenta ha decidido adelantar su llegada. Oigo el sonido de la lluvia impactando con fuerza contra las ventanas, las risas desordenadas de los amigos de Rain y su novia mientras trasladan su fiesta al interior del garaje, la música alegre y fuera de tono. Nadie nos llama. Nada que esté demasiado vivo se mueve. Mi corazón, a trompicones, surfeando una ola inesperada tras otra, poco más.

—Tú también me habrías fallado si hubiéramos tenido más tiempo. Todos terminamos haciendo daño a alguien.

Algo se comprime dentro de mí.

—¿Qué estás diciendo?

—Que probablemente todo hubiera acabado de la misma manera, ¿no te das cuenta? Los padres rompen a los hijos y los hijos se protegen de ese dolor en nombre de los padres. Pero no podemos solucionar nada. Es un jodido ciclo en el que todos nos hacemos desgraciados los unos a los otros, y yo paso. —Rain se retuerce en su silla—. Paso de seguir alimentando este sinsentido.

—Dame mi colgante, entonces, y no volveremos a vernos nunca más.

Me gustaría haber sonado menos vacilante, pero al pasado solo puede sobrevivirse. Rain asiente una, dos veces. El pelo le cae en remolinos oscuros sobre la frente cuando se levanta. Por impulso, yo hago lo mismo. Le veo cojear hasta el fregadero de la cocina, apagar el cigarrillo en un vaso con agua y colillas flotando. Se acerca a mí sujetando los extremos de la cadena con ambas manos, me pide que me dé la vuelta bruscamente con un movimiento de mandíbula.

Me aparto el pelo de la nuca, obedezco porque así acabaremos antes. Su aliento enfría las gotitas de sudor acumuladas y yo espero, mis hombros se sacuden de la impaciencia. Rain se entretiene demasiado, y no sé si es porque se le ha complicado el cierre o porque quiere volver a marcar una distancia física primero y emocional después. Estoy a punto de preguntarle, y entonces noto sus dedos resbalando por la piel de mi cuello sin previo aviso, la caricia fría de la plata entre mis clavículas.

—Ya está.

Sus dedos se entretienen más de la cuenta y yo contengo la respiración hasta que me sueltan.

—Bien. Gracias. —Dejo que mi cabello vuelva a su lugar; es hora de que yo haga lo mismo. Trastabillo cuando me giro de nuevo y veo que Rain está apenas a unos centímetros de distancia. No recordaba que tuviera pecas en la nariz. Su olor caducado—. Me marcho.

—No te gustan las tormentas —dice, señalando el exterior como si fuera algo obvio.

—Pediré un taxi. Vivo en Reno, estoy muy cerca de aquí en realidad. —Demasiada información; ninguno sabemos qué hacer con ella. Se escucha una risa estridente desde el garaje, probablemente sea Bonnie. Sonrío mientras me alejo—. Disfruta de tu noche.

Y salgo a la calle antes de que Rain pueda decir nada, y la tormenta me empapa los hombros y el pelo y las mejillas, pero me aferro al colgante, a mi segundo corazón. Y pienso que mañana estaré lejos de todo esto. De esa chica de dieciséis años que un día se preguntó la diferencia entre moverse hacia delante y huir.

La niña que no entendía el mundo de los adultos y la lluvia

Cuando Rain y yo descubrimos una cinta sin etiquetar en lo alto de un armario en la habitación de sus padres, pensábamos que se trataba de una película de terror. Tendríamos unos ocho o nueve años. Era un sábado por la mañana y la cristalera del salón de los Cook estaba cubierta del vaho característico del otoño. Entre una ventana y otra se distinguían caminitos de gotas de lluvia resecos. Nos habían dejado solos, nuestros padres habían ido juntos a hacer unas compras. Yo me mordía los carrillos por dentro de la emoción mientras Rain metía la cinta en el reproductor. Habíamos empujado la mesa para poder sentarnos en el suelo, rodeados de cojines, mantas y una tableta de chocolate medio mordida. Rain encendió la televisión y entonces…

—¡Ahí va, mira!

La voz de mi amigo sonó chillona y avergonzada. Yo me quedé obnubilada mirando la pantalla, tratando de comprender por qué aparecían una señora y un señor desnudos, por qué ella se arrodillaba y acercaba su rostro a…

—No deberíamos estar viendo esto. —Me tapé la cara con las manos, mis mejillas calentaron las palmas con avidez.

La educación sexual que había recibido en casa y en el colegio era prácticamente inexistente por aquel entonces, pero no era tonta. Habíamos estudiado el cuerpo humano, sabía más o menos para qué se utilizaba cada cosa. Además, Rain solía juntarse con chicos mayores para jugar al fútbol y de ellos había escuchado suficientes comentarios y bromas sobre genitales como para hacerme una idea de lo que ocurría cuando los adultos cerraban su puerta por las noches.

Esos eran los que me llamaban «llavero» de vez en cuando.

—¿Qué hacen? —preguntó con cierta fascinación en su voz.

—¡Quítalo, quítalo!

Rain bajó el volumen y la curiosidad separó mis dedos hasta que volví a ver la pantalla. El hombre y la mujer se habían acostado sobre una cama y él le estaba haciendo algo, porque ella abría la boca para gritar y apretaba los ojos con fuerza. El hombre usaba las manos para apretarle los pechos y miraba hacia abajo con orgullo mientras se movía encima de ella. No entendía nada.

—¿Crees que les está gustando? —me preguntó, y yo me encogí de hombros.

—A él seguro que sí.

Vimos unos minutos más de aquella película. Hasta que la puerta principal se abrió, hasta que a Rain no le dio tiempo a apagar la televisión.

Mi madre fue la primera en pillarnos.

—¿Te das cuenta, Bruce? ¿Ves cómo no podíamos dejarlos solos?

La histeria de su voz zarandeó las decisiones de todos los que estábamos allí: papá me gritó algo y me cogió fuerte del brazo para que nos fuéramos; la madre de Rain no dejaba de preguntar a gritos

que de dónde había salido esa película, y su padre le dio un bofetón y lo mandó a su cuarto. Más tarde, en casa, mis padres discutieron durante horas. Mamá había tenido un ataque de ansiedad en la carretera por alejarse de mí, por eso habían vuelto antes. Ella lo veía como algo positivo porque nos habían descubierto viendo porno (era la primera vez que oía esa palabra y la entendía), papá decía que no podía justificar su obsesión conmigo y mi seguridad porque hubiera tenido razón esa vez y le recomendó que pidiera cita con el psiquiatra. Eso hizo que siguieran gritándose toda la noche. Tendida en la cama, el edredón y las sábanas amortiguando el sonido de sus voces porque me había cubierto la cabeza con ellos por miedo a escuchar otro tipo de sonidos, aquella película se reprodujo en mi mente como un castigo y un recordatorio a la vez.

No vi a Rain en lo que quedaba de fin de semana.

El lunes, la señora Cook apareció en la puerta de casa junto a mi amigo; al parecer, ya no podíamos ir al colegio solos, y así fue durante un tiempo. El camino que bordeaba mi casa y comunicaba con la calle principal estaba helado e íbamos más lentos de lo normal, un par de pasos por detrás de la madre de Rain. Pegué mi cabeza a la suya y me tapé la boca con las manos enguantadas para que no pudiera oírme preguntar:

—¿Estás bien?

Rain me sonrió con tristeza. Sus colmillos estaban naciendo ligeramente por encima del resto de sus dientes y había dejado de sonreír con la boca abierta en las fotos, cosa que me molestaba.

—Mi padre me dijo ayer que, por mi culpa, mamá había estado a punto de irse de casa —me confesó entre susurros—. La cinta era suya.

—Pues entonces la culpa es de la cinta y de tu padre, Rain, no tuya.

Negó con la cabeza, miró nerviosamente la espalda de su madre. No me gustaba ver la sombra del miedo en las personas. A mi parecer, los convertía en seres extraños e infelices, pero lo de Rain era casi como un dolor físico. Lo quería bien. Lo necesitaba bien.

—Tendría que haberte hecho caso y haber quitado la película —sentenció.

—No sabías que la cinta era mala. ¿Cómo ibas a saberlo? Nadie explica nada a los niños, y luego todo el mundo se echa las manos a la cabeza…

Rain no contestó. Últimamente, su padre se enfadaba con él por el más mínimo descuido. No le importaba gritarle o llamarle «inútil» cuando yo estaba delante, así que no quería imaginar lo que le decía cuando se quedaba solo. Rain suspendía alguna asignatura todos los trimestres y le costaba mantener su cuarto ordenado, pero era divertido, detallista y se le daban genial los deportes. Que yo se lo recordara ya no parecía ser suficiente. Habíamos saltado a esa etapa en la que empezábamos a tener conciencia de que el mundo no acababa detrás de las montañas, y más que recorrerlo en toda su inmensidad, queríamos significarlo todo para lo que conocíamos. Y, en el caso de Rain, eran sus padres.

Miré a mi amigo de reojo. Su pelo corto, desordenado y oscuro, arremolinado en la frente. El abrigo y los pantalones negros, cuando me había confesado una vez que me tenía envidia porque yo guardaba un arcoíris en el armario. Hice chocar nuestros hombros y bajé la voz aún más:

—Rain, en unos meses tus padres no se acordarán de esto. Todo estará bien.

—¿Y qué hago si soy yo el que no consigue olvidarlo?

—Tampoco es un mal recuerdo. —Me costó horrores pronunciar esas palabras, y me puse colorada.

Rain levantó la cabeza y me miró de tal forma que borró el frío de la poca piel que tenía al descubierto.

—Bueno, la verdad es que todo lo que tiene que ver contigo está superbién.

Recorrimos los últimos metros que nos separaban del colegio en silencio, pero sonrientes. La señora Cook nos acompañó hasta la puerta y nos empujó hasta el interior.

No volvimos a hablar de la cinta.

7

Han cancelado mi vuelo a Vancouver.

Al parecer, la lluvia de anoche ha sido mucho más que una tormenta de verano. La mujer del mostrador se ha referido a ella como «una condición climática peligrosa» cuando he empezado a protestar, y después me ha dedicado la misma sonrisa que empleo con los profesores cuando estoy a una décima de aprobar para decirme que no habría más vuelos hasta mañana, y que el billete me saldría mucho más caro.

Y aquí estoy, en la entrada del aeropuerto, refugiada de la lluvia bajo un techo que no me protege del todo, sintiendo un nudo en el estómago que crece y crece como una semilla de sandía. No puedo permitirme otro billete. La mujer me ha dicho que tardarán mínimo una semana en devolverme lo que he pagado por el anterior, y necesito dinero para el alojamiento, la comida, ese tour para ver ballenas… Estoy jodida. La gente atraviesa las puertas automáticas arrastrando maletas y quejas, sus caras anónimas mientras se internan en el murmullo constante de la tempestad. De fondo, las voces en los altavoces anuncian vuelos que no me importan, destinos a los que no tengo pensado ir en un futuro próximo, quizá nunca. «Tendré que retrasarlo todo», suspiro, apenada, con la mano

en la maleta y preparándome mentalmente para meterme en ese aguacero.

Un coche se detiene frente al aeropuerto como si todo el lugar le perteneciera, lo que me llama la atención. Entrecierro los párpados para ver a través de la lluvia cuando la puerta del conductor se abre y una figura oscura y masculina se acerca a la entrada, a mí. No lleva maleta. No se molesta en correr, como si no le importase que las gotas caigan sobre su piel como frías lanzas. Cuando se detiene a escasos centímetros de mi maleta, de mis zapatos escoceses, con esa sonrisa partida y ladeada, entiendo por qué. Y, al mismo tiempo, me siento más desorientada que nunca.

—¿Qué haces aquí, Rain?

Él se encoge de hombros y da otro paso más hacia mí, lo que me obliga a retroceder hasta que mi espalda toca la pared de cristal. El acero en la perforación de su labio brilla, húmedo y resbaladizo, cuando responde:

—Bonnie trabaja en esta compañía aérea. Me ha dicho que estaban cancelando los vuelos de hoy, por la tormenta… —Avanza un poco más, hasta que ambos estamos a salvo de la lluvia bajo el mismo techo, lo que provoca que apenas quede un brazo de distancia entre él y yo. Rain viste una bomber negra de béisbol, mechones empapados de su cabello caen sobre su estrecha frente cuando su mirada, que es como un bosque cubierto de polvo, me atraviesa con fría curiosidad—. Parece que estás en dificultades.

—Muy observador.

—Por suerte para ti, soy una pérdida de espacio y tiempo. —Y lo dice con el mismo halo de misterio que solía emplear las noches de los viernes para anunciar el título de la película que íbamos a ver,

entre palomitas y tequila robado de la despensa de mis padres—. Te presento tu nuevo medio de transporte.

Se aparta lo justo, permitiendo que mi mirada capte la silueta de su coche. La lluvia y su velo casi sólido cubren cada detalle desgastado, haciéndolo parecer menos viejo de lo que es. Su color me recuerda a una cereza que ha estado expuesta al sol durante demasiadas horas, reblandecida y picoteada en algunas partes. Si Vesta estuviera aquí, lo definiría como una reliquia y se santiguaría.

—¿Me estás ofreciendo tu coche para viajar a Vancouver? —Mis labios se separan de la sorpresa.

—Bueno, pero conduzco yo. Son catorce horas de viaje, ya lo he calculado —dice Rain—. Si las carreteras se portan bien y no me obligas a parar en cada gasolinera para mear, calculo que llegaremos a Vancouver pasada la medianoche. Podemos parar un par de veces para comprar provisiones, almorzar y cenar por el camino. Si te molesta el humo del tabaco, estoy dispuesto a negociarlo, pero eso añadiría unas cuantas paradas más…, tenlo en cuenta.

—No sé conducir —murmuro, apartándome el flequillo de la frente en un gesto automático, mientras mi mente trata de arrancar; es como si dentro de mi cabeza todo hubiera dado un salto en el tiempo y mis pensamientos se movieran lentos, oxidados, enredándose en una cadena de interrupciones y fatalidades.

—Yo no monto en avión. —Rain se acaricia la barba, la impaciencia asomando en cada gesto.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que voy a viajar contigo?

—¿Tienes más opciones?

—Bueno, ahora mismo… no.

—Perfecto. —Su mano roza la mía al coger mi maleta, dejándome con la sensación persistente de que llego tarde a algo que no entiendo.

—¡Espera! —exclamo, tirando de la maleta para detenerle—. Solo tendré cinco días en Vancouver, Rain.

—No veo el problema.

—No… no es lo que había planeado.

—Las cosas rara vez salen como uno quiere —dice mientras sigue con la mirada el recorrido de las gotas que resbalan sobre el cristal. Su actitud es difícil de describir. Parece que está huyendo de su propio enfado, y no sabe cómo hacerlo sin prenderle fuego a todos los caminos primero—. Pero ya deberíamos estar acostumbrados —añade de repente, y la empatía que había podido sentir hacia él se disuelve envuelta en sus mismas llamas.

—Deja de hacer eso.

—¿Te molesta que sea yo mismo o que tú te hayas vuelto tan…?

—¿Acaso vas a poder conducir tanto tiempo? —digo, señalando su pierna con una mezcla de rabia y desesperación.

Solo buscaba interrumpirle, evitar que terminara su pregunta, porque no me apetecía escuchar una respuesta que no quisiera admitir. Pero el silencio entre nosotros es inmediato y espeso, como la sangre de una herida reciente. Rain baja la mirada a sus dedos, tal vez preguntándose dónde está el cigarrillo. Es alguien distinto. Otra vez. Su voz, ahora helada, parece sacada de los recuerdos de alguien más cuando dice:

—¿Dónde lo dejamos, Ib? Te fuiste con tu madre, y luego… ¿qué? —Mira mi colgante con burla y por un segundo pienso que lo sabe: las noches en vela, los días de soledad e incomprensión, las

madrugadas escribiendo para que el mundo y sus sombras retrocedieran. Pero eso es imposible, así que me quedo callada—. ¿Cómo te sentiste la primera vez que supiste que no ibas a volver a Cold Springs? ¿Sentiste alivio, quizá? ¿Euforia? ¿Grandeza? Porque yo sí. Cuando acabé el instituto y fui a la universidad, me sentía el puto huracán y no la hormiga. —Rain parpadea despacio, como si su intención nunca hubiera sido hablar de esto conmigo… ni con nadie —. Mis padres se negaron a apoyarme de ninguna de las maneras. Ya los conoces: un deporte como el fútbol americano, con tanto contacto físico, tanta violencia… Dios no lo veía bien. Dios nunca ve bien nada. Al final me concedieron una beca deportiva en la Universidad de Nevada, en Las Vegas. Puedes ahorrarte las felicitaciones.

Ahora sí, se enciende un cigarrillo y le da una calada apresurada antes de seguir hablando.

—Entré en los Rebeldes de UNLV como *quarterback* y capitán de la línea ofensiva en mi primer año; no sé si lo sabes, pero es una de las posiciones con mayor responsabilidad del equipo. Para mí fue como si me hubieran dicho que había caído una maldición sobre el mundo y yo era el único que podía salvarlo. Me acostaba cada noche siendo mejor de lo que me había levantado. El entrenador decía que tenía un futuro prometedor, ligaba con chicas cada vez que quería, mi cuerpo me obedecía como si fuera a ser joven y valioso para siempre. Tranquila, no te voy a aburrir con los detalles. Era un capullo más con suerte, hasta que la suerte se acabó.

Rain fuma con ansia y su nuez desaparece cuando aspira el humo. Puedo percibir su soledad, pero no consigo llegar hasta ella. ¿Por qué parece que estamos solos en la entrada de un aeropuerto?

¿Dónde ha quedado el llanto de las despedidas y de los reencuentros? ¿Dónde se esconden los corazones rotos por un hijo, un amigo, un novio?, ¿dónde se esconden para salvarme de esta intensidad, del temblor de mi cuerpo y de su sonrisa, que cada vez es más tenue, más lejana? ¿Dónde está la lluvia?

—Cada año se disputa un partido contra el equipo de la universidad estatal, los Wolf Pack. La batalla por Nevada, así de serio es el asunto. Si ganábamos, nuestro equipo empataba a número de victorias desde que empezó la tradición, allá por el 69. Te estoy hablando de hace un año y medio. Había un chico en el equipo, el capitán de la línea defensiva. Nunca nos llevamos bien. Era mucho más alto y, cuando me lo recordaba, yo le ponía a correr por el campo o a chupar banquillo. Tenía al entrenador comiendo de mi mano: él lo sabía, todos lo sabían, pero ese cabrón era el único que parecía tener problemas para aceptarlo y no paraba de buscarme las cosquillas. Le robé uno o dos ligues. Él me colaba marihuana en la taquilla para que me echaran. Era un juego de poder, vale, pero yo pensaba que estábamos siguiendo las mismas reglas. Hasta que… —Rain arroja lo que queda del pitillo a un pequeño charco que se ha formado alrededor de mi maleta. Su mirada atrapa la mía, y no soy capaz de hacer otra cosa que seguir respirando. No hay nada en esos ojos. Nada que yo pueda leer—. Faltaba una semana para el partido. Era un entrenamiento más: no sé lo que comí ese día ni el color de mi ropa interior, quiero decir. Me dolía un poco el tobillo izquierdo porque había corrido un par de kilómetros más de lo habitual, pero no le di mayor importancia. Era un entrenamiento normal, ¿te lo he dicho ya? O lo era hasta que ese cabrón me hizo un placaje cuando estaba de espaldas y caí al suelo

de la peor de las maneras. Lo primero que pensé fue: «Joder, ahora sí que no me libro del esguince en el tobillo». Lo segundo, que dolía demasiado para ser solo un esguince. He tenido muchas lesiones a lo largo de mi vida, Ib, pero aquel dolor era insoportable. Creo que preferiría morir a volver a sentir algo así otra vez, y no es una exageración: si una enfermera con los labios pintados de rojo me hubiera pedido que situara el dolor en una escala del uno al diez, habría pedido la eutanasia directamente —dice Rain, riéndose sin ganas—. La cara de mis compañeros y de mi entrenador cuando vieron mi pierna… era como si estuvieran contemplando una película de terror. Me llevaron al hospital y me operaron de urgencia. Los pronósticos se cumplieron, por desgracia: no volví a caminar recto a pesar de los meses de rehabilitación, perdí mi lugar en el equipo y mi beca deportiva, y regresé a Cold Springs con el rabo entre las piernas. Ahora celebro dos cumpleaños: el mío y el día en el que toqué un balón de fútbol americano por última vez. En febrero cumplo dos años, por cierto.

—Wilson —murmuro, sobrecogida por haberme enterado de que Rain tuvo un sueño y ahora no tiene nada, de que habla de ello como si no tuviera importancia. Me aclaro la garganta y Rain arquea las cejas—. El balón, que se llama Wilson.

Rain silba, impresionado.

—No recordaba que fueras fan de la NFL.

—Tú me dijiste una vez… Da igual. ¿Qué pasó con ese chico? El que te rompió la pierna.

—Ah, nada. Hicieron una investigación rapidita, él declaró que se había despistado y pensaba que yo tenía el balón, por eso el placaje. La universidad concluyó que todo se trataba de un desafortunado

accidente. Qué iban a decir, a tan pocos días del partido… Imagino que ese cabronazo seguirá jugando, pero no lo sé; como comprenderás, no soy su mayor admirador.

—Rain…

—Justicia poética, ¿verdad? Yo te jodí la vida, y a mí me la jodió otro… —dice entre dientes, acercándose un poco más, y siento cómo el espacio entre nosotros se reduce a la nada. No puedo retroceder más, y él lo sabe. Alzo la cabeza tratando de ignorar la proximidad, el latido que lo invade todo. Hay algo en su frialdad que me quema: su cuerpo, sus ojos, su sonrisa…, todo está helado. «Su mundo es así», comprendo de pronto, pero no tengo tiempo de pensar en lo que eso implica porque coloca sus brazos a ambos lados de mi cabeza y se inclina para murmurar—: Por cierto, respondiendo a tu primera pregunta… Sí, Ib, puedo conducir todo lo que me apetezca. Y follar, pero eso ya lo has visto.

Mis mejillas enrojecen a una velocidad de infarto. Un trueno suena en la distancia y yo me encojo.

—¿Por qué haces esto?

Estamos tan cerca que puedo ver las gotas de lluvia que aún gravitan entre sus pestañas.

—Dijiste que era importante.

Y luego se da la vuelta, caminando hacia su coche con una tranquilidad que lo dice todo: «La decisión es tuya, pero no te lo pienses demasiado». Parte de mí quiere resistirse, dejar que pase una semana más, confiar en que me devuelvan mi dinero a tiempo y no tener ninguna deuda con Ethan Rain Cook. Pero luego está esa otra parte, la que me empujó a subirme a un taxi en medio de la noche solo para recuperar mi colgante, la que siempre me ha guiado

hacia un nuevo lugar después de cada «antes». Es una voz ruidosa a la que no le gusta esperar.

Si no monto en el coche de Rain, no iré a Vancouver.

Si no voy a Vancouver, mi madre no se recuperará.

Si mi madre no se recupera…

No, ese pensamiento no puedo terminarlo.

Sujeto la maleta con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, y corro tras Rain. Nunca me han gustado las tormentas. De pequeña les tenía un miedo visceral, especialmente en invierno, cuando regresaba a casa acompañada de su rugido. Pero ahí estaba Rain. Si el viento soplaba fuerte y su estruendo se colaba en mi respiración acelerada, Rain se ponía a lanzar golpes al aire, como si dijera: «Te protejo, Ib, ni siquiera esto que no puedo controlar te hará daño». Y yo me reía. La vergüenza de que alguien le viera haciendo el tonto bastaba para empujarle y seguir caminando, sin pensar en nada más, sin preocuparme siquiera por el aspecto desinflado del cielo. Llegaba a casa sintiéndome una superviviente. Eso no ha cambiado, aunque ahora me he acostumbrado a afrontarlo todo sola.

Abro el maletero y coloco mi maleta dentro. Me fijo en una bolsa de deporte que parece medio vacía. Su maleta. «¿De verdad vamos a hacer esto?», me digo a mí misma, y rodeo el coche para subirme casi por inercia. En cuanto cierro la puerta, me golpea un olor a tabaco y a ambientador barato; probablemente el objetivo de este último sea enmascarar el persistente aroma del primero, aunque es evidente el fracaso. Me paso las manos por el pelo y la rebeca para eliminar cualquier rastro de humedad, al tiempo que Rain recoloca el espejo retrovisor, que apuntaba hacia mi lado. ¿Qué explicación le

habrá dado a Bonnie para viajar conmigo? Yo nunca he sido celosa, pero, si fuera ella, no lo entendería. Y no se puede perdonar lo que no se entiende.

Suspiro y me pongo el cinturón con un golpe seco. Rain arranca el coche y no tardamos en dejar atrás el aeropuerto. Los letreros de neón y las marquesinas de bares y casinos del centro se desvanecen rápidamente, y el río atraviesa la ciudad como el cuerpo de un dragón chino: besa el horizonte azul y las montañas, y nosotros corremos a su encuentro.

—Bueno, ¿y a ti qué se te ha perdido en Vancouver? —me pregunta después de varios minutos conduciendo en silencio.

Aparto la mirada de la ventanilla, de las gotas que se unían para formar algo más grande. Antes de esto, de este sentimiento ni triste ni alegre, ni vacío ni lleno, nunca se me habría ocurrido volver a compartir algo así de privado con Rain. Pero lo que me ha contado sobre sí mismo… no puedo quitármelo de la cabeza. Sé lo que conlleva. Abrir los ojos un día y moverte como alguien que ya no eres.

—Supongo que ya te lo imaginas, pero mi madre no está bien. Estos años…, bueno, ha habido un poco de todo. —Clavo las uñas en el cuero desgastado del asiento, murmurando con la boca hacia abajo—: La semana pasada encontré un diario que escribió cuando era joven. Se enamoró, claro, eso no es raro. Todos lo hacemos una o dos veces en la vida, ¿no? Estadísticamente hablando. Pero cuando mis padres estaban juntos, ella nunca estaba tranquila. No tengo un solo recuerdo de mi madre siendo completamente feliz, porque creo que para ser feliz necesitas estar tranquilo, y para estar tranquilo, tienes que aprender a soltar. Pero en ese diario, Rain…, es

como si estuviera leyendo a otra persona. Alguien libre, feliz. Y necesito perseguir ese recuerdo. Necesito entender quién era mi madre antes de ser la mujer que conocí. Si todavía queda algo que pueda devolvérmela.

Le cuento lo poco que sé: que mi madre creció en Vancouver y que algo pasó con ese chico del diario, algo que la llevó a dejarlo todo atrás y mentir sobre su pasado. Todo mientras mis ojos siguen el recorrido agonizante de la lluvia sobre el parabrisas.

Rain me escucha sin decir nada. Parece que la tristeza nunca ha tocado sus labios cuando, poco después, me suelta con una arruga marcada entre sus espesas cejas:

—Quieres mentirte a ti misma, entonces.

—No, Rain. Elijo creer que hay algo bueno. Para todos. —De pronto pone ese gesto, la misma manera de resoplar y apartarse el pelo de la frente con el dorso de la mano. Y pienso en lo rígido que era su padre. En los últimos años de instituto, sin mí. Y en el después. Trago saliva, sin saber por dónde empezar—. Tus padres…

—Hay dos normas en este coche, Ib: la primera, que yo me hago cargo de la gasolina, pero se agradece algún regalo, como un paquete de Pall Mall cada doscientos kilómetros, por ejemplo; la segunda, que nadie habla de mis padres excepto yo, y esto es aplicable también cuando salgamos del coche.

—¿Por qué?

Rain se limita a sacudir la cabeza y a conducir. Aprovecho el silencio para perderme en lo que se extiende más allá de la ventanilla: el paisaje ha cambiado a llanuras abiertas y desérticas. La vegetación escasea, y el marrón y el gris rivalizan hasta donde alcanza la vista. Cuento los ranchos que sobreviven a mi lado de la

carretera, pensando en el tipo de belleza que habita en lugares humanamente casi vacíos. Es una tristeza y un orgullo al mismo tiempo saber que algo nos sobrevive, que siempre lo hará.

Tomo una profunda bocanada de aire y me enderezo hasta tocar el reposacabezas con la nuca.

—Siento lo de tu pierna, Rain.

—Y yo lo de tu madre. Y lo digo en serio.

—¿Por qué no montas en avión? —le pregunto, y él me dedica una pequeña, pequeñísima sonrisa ladeada.

—Me da miedo. No hay una razón profunda detrás, si eso es lo que esperabas.

—Todos los miedos obedecen a algo. Si no, ¿cómo íbamos a descifrarlos y superarlos?

Rain tuerce la boca.

—No todos los miedos necesitan ser entendidos o vencidos. —Y añade de malas formas—: A lo mejor vivir ya implica descifrarlo todo, ¿no?

Tengo demasiados dientes en la boca como para protestar, pero tampoco sé si quiero hacerlo. La carretera es larga e inalterable. Pongo la radio, suena esa canción de The Chainsmokers y Coldplay. Y Rain se enciende un cigarrillo.

8

Después de casi tres horas de trayecto, las montañas siguen cubiertas de árboles cuando abro los ojos. Ya no llueve; un sol tímido despierta entre las ramas. La carretera está vacía y vamos a una velocidad aceptable. El aire huele a agua salvaje y a tabaco; estiro la espalda con cuidado y miro de reojo a Rain, que tiene la ventanilla abierta y tararea una melodía pegadiza con los labios muy juntos. En algún punto entre Johnsville y Susanville, debí quedarme dormida, porque no recuerdo cómo hemos llegado hasta aquí. Disimuladamente, me froto la barbilla sin dejar de vigilarlo. Con el primer parpadeo el cabello de Rain cae con desorden y las puntas amenazan con raspar sus ojos, y con el segundo parpadeo su flequillo vuelve a alzarse por los aires y él me está devolviendo la mirada con interés.

—Has roncado.

—Qué va.

Rain niega con la cabeza, envuelto en una risita divertida.

—Oh, sí, parecías un oso.

—¿Estás de broma? —La forma en la que lo sigo observando, con una mezcla de suspicacia y asombro, hace que se ría un poco más alto, lo que profundiza la arruga que debo tener por toda la cara—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Duermes igual que cuando eras pequeña, torciendo el cuello para un lado y poniéndote la mano en la otra mejilla.

Él exagera el gesto y yo parpadeo.

—Ninguno de los chicos con los que he dormido nunca me han dicho que ronco.

—Bueno, no creo que quisieran tener esa conversación contigo por la mañana.

—¿A qué te refieres?

Rain me mira con una perplejidad frágil y algo impostada.

—Ib, a los hombres por la mañana solo nos interesa una cosa. —Y cuando ve que empiezo a sonrojarme, me guiña un ojo—. El desayuno.

Apenas controlo la risa que me sale de dentro, una risa alta y viva. Veo un colmillo ligeramente por encima de sus dientes al sonreír, y a la vez se toca el *piercing* de la ceja como si quisiera arrancárselo. Siempre tuve la impresión de que Rain era la clase de persona que no tenía problema para sentir sus emociones, pero sí para manejarlas. Algunos se quedan cortos y otros se pasan. Me viene a la cabeza la imagen de un río seco, la vegetación creciendo del abandono, después un caudal más o menos copioso, algo que la gente fotografiaría, y al final ese mismo río totalmente descontrolado, ingobernable, inundando todo a su paso. Si los desastres naturales suceden de repente, no sé cómo pretenden que seamos capaces de regularnos a nosotros mismos. Imagino que Rain diría algo parecido si oyera lo que estoy pensando. Termina admitiendo que me tomaba el pelo y que no he roncado en ningún momento, solo que a veces tomaba aire con fuerza. «Respirabas

como si huyeras de algo». Me parece una buena frase para una novela, pero eso tampoco se lo digo.

Paramos en una gasolinera a las afueras de Chiloquin, una pequeña ciudad de Oregón. Oigo el ronroneo distante de un río cuando bajo del coche y estiro los músculos de la espalda. Rain intenta no parecer cansado, pero su cojera es mucho más pronunciada cuando nos aproximamos a la entrada de la gasolinera. Resulta que tiene una pequeña cafetería al fondo, así que le propongo que comamos sentados y tranquilos. Él no dice nada, pero veo algo parecido a la gratitud refulgiendo en sus ojos, que se mantienen verdes como el paisaje al otro lado de la carretera.

Quedamos en que él haga cola para pedir mientras yo busco mesa para los dos. La cafetería está prácticamente vacía, así que aprovecho para hacer una compra rápida en la gasolinera. Cuando me siento junto a la única ventana, una brisa tímida me acaricia el flequillo y la piel y, por primera vez en horas, siento cómo mis hombros se caen. Escribo a Vesta para informarle de este pequeño cambio de última hora, y prometo que la llamaré cuando tenga un rato a solas. Luego me acaricio distraídamente el colgante mientras busco a Rain con la mirada: de espaldas parece un cuervo, todo de negro, un ángel castigador. No creo que le gustase esa comparación, o a lo mejor sí. Una pareja joven se acerca al mostrador y se coloca detrás de él; no consigo escuchar el motivo, pero el hombre está furioso con la mujer. Mueve el puño en el aire y se le ven los dientes cada vez que le habla. Ella no sabe dónde meterse. Mira a todas partes, como queriendo estar en cualquier otro lugar. Inquieta, observo que Rain se da la vuelta y se encara con el hombre. No parece preocupado, aunque Rain es mucho más alto y sonríe

durante toda la intervención; cualquiera se daría cuenta de la tensión en sus hombros, de su manera de entornar los ojos. Evaluando. Esperando para saltar.

Al final, nada sucede. El hombre parece calmarse, hasta le da una palmadita amistosa a Rain en el hombro cuando se hace a un lado para dejar a la pareja pedir primero. Se sientan en la otra punta del local, algo con lo que Rain parece estar muy satisfecho cuando se acerca con nuestra comida: dos perritos calientes con exceso de kétchup, un plato de alitas, otro de patatas y dos vasos de Sprite con hielos.

—¿Cuánto ha costado?

—No te preocupes, a esta invito yo.

—Pensaba que solo te ibas a hacer cargo de la gasolina —digo, cogiendo una patata y haciendo una pequeña mueca porque está demasiado caliente. Rain se come un par de alitas, no cree necesario añadir nada más—. ¿Qué ha pasado con ese tío?

—Otra pérdida de espacio y tiempo con el plus de ser un machista —responde, haciendo un gesto desdeñoso con la mano, para después coger un puñado de patatas con los dedos—. Nada en lo que tengas que pensar. Come.

Obedezco, y hacemos desaparecer la mitad de nuestros perritos envueltos en un silencio cómodo, tan solo roto por una canción de Journey, que suena sobre nuestras cabezas a través de unos altavoces medio torcidos. «La rueda del cielo sigue girando, no sé dónde estaré mañana». Miro hacia abajo para asegurarme de que no tengo manchas de kétchup en la camiseta y apoyo un brazo sobre la mesa.

—Bueno, ¿y qué has pensado para tu futuro?

Rain se detiene, con el vaso de refresco a medio camino de la boca.

—¿Pensar?

—Pensar es una actividad como cualquier otra, ya sabes. Me atrevería a decir que la más importante. Necesitas pensar para prepararte un café, para recordar dónde pusiste las zapatillas de estar por casa, para vestirte…

—¿Te parece que hay algún futuro en el que pensar después de lo que te he contado?

Su mirada vuelve a ser fría, pero su voz todavía tiene un acorde de esa calidez y esa curiosidad que habíamos construido en el coche.

—No me refería a…

—¿Qué has pensado tú? —me interrumpe.

—Empiezo mi último año de Económicas en dos semanas.

Se muerde el labio, confuso.

—¿Económicas?

—Los números se me dan bien. Y son fáciles de controlar. —Me encojo de hombros—. Supongo que trabajaré en algún departamento de finanzas o en una consultoría. No he pensado en mucho más que en ganar dinero, tener una vida tranquila y escribir en mis ratos libres.

«Y estar cerca de mi madre y poder comprar una casa para las dos cuando en el centro se cansen de ella o el dinero se acabe, lo que ocurra primero». Pero eso no se lo digo.

Rain me observa con una expresión difícil de descifrar mientras coloca otro puñado de patatas entre los restos de pan de su perrito. Aprieta, lo moja en los pegotes de kétchup que encuentra sobre el

plato y se lo mete todo en la boca. Siempre comía así cuando mis padres nos llevaban al Bubba Gump Shrimp y estábamos los cuatro a solas, peleándonos por los camarones menos fritos. Ahora que lo pienso, Rain solo se mostraba relajado, como si fuera Rain y no Ethan, cuando huíamos lejos de sus padres. Como yo, que a veces me veo obligada a moverme como Taylor, y no Ib. Los nombres lo significan todo, al fin y al cabo. Los nombres crean vidas y las destruyen.

Rain estira un dedo aceitoso y rojo en mi dirección después de masticar.

—Así que, después de todo, sigues siendo escritora.

Miro lo que está señalando, las manchas azules en el dorso de la mano que reptan incluso sobre algunos dedos. Noto una sombra de calor por el cuello, en las mejillas.

—Esa palabra me queda muy grande. Escribo a veces, cuando siento que tengo algo que contar.

—¿Y cuándo no?

—Lo intento.

—Es decir, que eres escritora.

Aprieto los párpados con fuerza.

—Bueno, nunca he ganado ningún premio ni he terminado una novela.

—¿Y qué más da? ¿Por qué no estudias algo relacionado con eso? Ese era tu plan —insiste—. No querías conocer otra cosa.

—Ahora soy una persona realista —respondo, y le doy un último trago a mi refresco.

A través de la ventana, el sol brilla con tanta intensidad de repente que impide que nos miremos a los ojos sin hacernos daño.

Una metáfora típica, bonita, práctica.

—Qué rollo —suelta Rain. Se cruza de brazos, su expresión repentinamente arisca—. ¿Cómo te sentiste? Me refiero a la primera vez que fuiste consciente de que habías renunciado a tu sueño.

—¿A qué viene eso? —Me limpio los labios con el pulgar, intentando controlar el volumen de mi voz.

No entiendo estos cambios en su carácter. No entiendo por qué reacciona así cuando le hablo de mí: es como si, durante estos años, hubiera creado una idea de lo que soy, y ahora la realidad le molestara profundamente y, a la vez, tratara de buscarle un sentido para… ¿para qué, exactamente?

—Me gusta saber con quién viajo —se defiende.

—Te recuerdo que te has autoinvitado tú solo.

—Ya que sacas el tema… Como yo pago la gasolina, sería justo que tú pagaras el hotel. Te doy una pista: las habitaciones con una cama suelen ser más baratas.

—No creo que a Bonnie le hagan mucha gracia estas bromas. —Me muerdo el labio, cohibida. Hubo un tiempo en el que yo respondía a esos comentarios. Lo hacía sin pensarlo, como si fueran la única forma de comunicación que conocía. Sin esperar nada. Sin intenciones desiguales—. ¿Cómo os conocisteis?

—Ah, Bonnie. —Rain sonríe para sí mismo, la mirada perdida en el fondo de la cafetería—. Empezamos a hablar el último año de instituto. Llegó poco después de que te marcharas, con su familia. Fue ella la que se acercó a mí, yo estaba centrado en mis estudios y en el fútbol. Es una chica fantástica. Sencilla, buena. —No es la descripción que yo haría de la persona de la que estoy enamorada. Nada en su rostro tiene un brillo especial; parece, una vez más, que

necesita hurgar en un recuerdo para explicarse—. Tiene un gato llamado Clyde. Empezamos a salir cuando me enteré, obviamente, pero… Ib, vámonos.

Su voz cambia de tono de repente, como si algo le hubiera empujado a cortar la conversación. Creo que no lo he escuchado bien, pero Rain se levanta y me hace un gesto para que lo siga.

—Si quieres la última alita, llévatela para el coche.

—¿Por qué tanta prisa, Rain?

No contesta. Abandonamos la alita fría y el último sorbo de su refresco, y nos dirigimos a la salida con una insistencia que no entiendo. El sol del mediodía golpea con un poco más de fuerza cuando subimos al coche. Rain arranca sin fumar, sin esperar a que me abroche el cinturón. En cuestión de minutos, la gasolinera se convierte en una mancha borrosa en el horizonte. Como si nunca hubiéramos estado allí, como si no importaran las palabras que dejamos sin pronunciar.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Rain se encoge de hombros, como si la pregunta fuera innecesaria.

—La pareja, los que estaban discutiendo en la cola. Se levantaron para irse.

—¿Y?

—Querían pagar.

—¿Y?

—Se pagaba al final. El del mostrador me preguntó si íbamos juntos cuando pedí la comida. Como nos vio hablar y luego los dejé pasar antes… No tenía esa idea, no creas que hago esto todos los

días —añade con una sonrisa que me incomoda—. El del mostrador se confundió y yo no lo corregí.

—Eso no ha estado bien, Rain —replico, apoyando el brazo en la ventanilla. Suelta un resoplido, y de pronto su presencia me molesta. Me molesta que hayamos hablado de mis sueños como si aún fuéramos niños y no hubiera nada más importante que perseguir, que rescatar. Las palabras se levantan en mi boca como un gran estruendo—: Tú crees en Dios.

Rain me mira un par de segundos y aprieta el volante con fuerza. Él también mastica el aire, peleando con otra versión de sí mismo.

—Dejé de creer en Dios el día en que mis padres traicionaron mi confianza. El día en que mi mejor amiga se fue para siempre —me explica con una calma que duele más que cualquier grito.

—Ya no éramos tan amigos —murmuro—, cuando me marché.

—¿Y eso es lo que te preocupa? ¿Quién era más amigo cuando ya estábamos tan rotos?

No sé qué responder a eso. Parece que yo tengo la misión de llenar el silencio y él de vaciarlo, y me da la sensación de que acabamos de inventar una costumbre más allá de la herida. Me fijo en que no me he puesto el cinturón todavía; la hebilla choca contra algo que llevo en el bolsillo de los vaqueros.

—Te he comprado esto en la gasolinera, mientras pedías.

Le ofrezco un paquete de Pall Mall. Rain lo mira durante demasiado tiempo antes de aceptarlo, como si esperara algo más.

—No te entiendo, Ib —murmura finalmente—. No entiendo nada de nadie.

Conduce sin encenderse un cigarrillo, y yo apoyo la cabeza contra la ventanilla y cierro los ojos. No volvemos a hablar.

La niña que soñaba con escribir y la lluvia

Cuando el invierno llegaba a Cold Springs, mi misión era asomarme cada mañana por la ventana y rezar para verlo todo inundado por ese blanco sucio tan característico de la nieve. Siempre había una zanahoria extra en la nevera para mi añorado muñeco y fantaseaba con meterme un puñado de nieve en la boca: en mi cabeza tenía un sabor parecido al granizado de coco con un toquecito de jarabe. Lo normal era que caminara hacia el colegio con el pelo lleno de pequeños copos, Rain decía que parecía un pastelito con exceso de azúcar, pero a mediodía la mayor parte de la nieve ya se había derretido, y me tocaba esperar a que el frío intensificara su agarre o a que el cielo pareciera de nuevo un campo de cinerarias marítimas.

Dos semanas antes de Navidad se obró el milagro y la nieve cubría cada centímetro del pueblo, sepultando carreteras y desvencijando canalones. Eran vacaciones, y prácticamente volé sobre las escaleras para salir a la calle y girar como una peonza con los brazos extendidos. El dobladillo de los pantalones de pijama que llevaba puestos estaba húmedo cuando mi padre, entre risas, me hizo entrar en casa y prepararme adecuadamente: nos íbamos de excursión al lago. Con Rain.

Me vestí con un jersey, unos pantalones tipo esquí y unas botas de agua; por encima llevaba un anorak grueso y unas orejeras en

forma de osito. Papá me había recogido el pelo en dos trenzas. Estaba radiante.

—¿Mamá no viene con nosotros? —le pregunté cuando me cogió de la mano y salimos de casa juntos, juntos y solos.

—Tiene uno de esos días —se limitó a contestar él, y yo asentí.

Papá me llevaba sobre la nieve como si fuera un hada. Reía, encantada y despreocupada, cuando me hundía hasta las rodillas y él tiraba de mis brazos para hacerme volar en círculos imperfectos. Caminábamos por la carretera porque los coches no podían circular con normalidad, no con tanta nieve, y cuando vi a Rain salir a nuestro encuentro, el abrigo mal abrochado y el pelo aplastado sobre su carita roja por el frío, sentí tal empujón de adrenalina por lo poco convencional de la situación que lo estreché contra mi cuerpo en un abrazo torpe y caímos rodando sobre aquel manto blanco. Él se puso aún más rojo e intentó apartarme, pero la nieve y yo éramos demasiado compactas y cabezotas. Y Rain era más blandito de lo que imaginaba.

—¿Tus padres no vienen al lago? —le pregunté cuando nos levantamos y echamos a andar calle abajo como si nos dirigiéramos hacia el fin del mundo.

Rain miró por encima del hombro para asegurarse de que mi padre estaba lo suficientemente lejos antes de responder un escueto:

—Han discutido.

—Qué rollo. ¿Crees que cuando seamos adultos todo nos parecerá tan importante como para pelear por ello?

—No lo sé, Ib. Es un tema controvertido.

No conocía el significado de esa palabra, así que acaricié mis orejeras. Paseé las yemas de los dedos sobre aquel pelo suave y reconfortante.

—He terminado de leer otro libro de Junie B. Jones —le informé, y Rain silbó de la impresión.

—¿Cuántos van ya?

—Ocho.

—Eres un ratón de biblioteca, Ib.

Me pareció tierna la forma en la que lo dijo. Como si pensara que leer tenía un valor único e infinito. Para mí desde luego, pero no era fácil que los demás lo comprendieran. Solían decirme en el colegio que la realidad también había que vivirla con intensidad, y yo callaba y recordaba lo protegida que me sentía entre las páginas de un libro. Las historias solo pedían dos cosas: ser descifradas y que les dieras un poco de cariño. Cualquiera podía leer. Incluso los que nos creíamos raros e incomprendidos.

—Me ha gustado el libro, es decir, Junie sigue siendo la mejor y devuelve el bolígrafo que ha robado porque se siente culpable, pero yo le habría cambiado el final —empecé a contarle a Rain mientras él se agarraba a mi codo para no caerse—. Habría hecho que se lo quedara. Es solo un bolígrafo.

—No puedes hacer eso.

—Podría, si fuera escritora.

—¿Por qué no lo eres?

—No lo sé. —Algo aleteó en mi pecho. La nieve, Rain; todo pasó a un segundo plano. Solo existía yo y aquel estúpido y repentino deseo. Por eso supe que era bueno. Por eso supe que era mío—. Quizá algún día, cuando me haga mayor, lo sea.

Me costaba diferenciar las montañas del cielo, del contorno inerte del lago. Estaba vacío, realmente parecía el fin del mundo. Papá se quedó de pie a varios metros de la orilla y nos pidió que no nos alejáramos demasiado mientras él hablaba por teléfono. No dijo con quién. Debería haber sido más listo, porque lo primero que hicimos Rain y yo fue intentar caminar sobre el lago. La superficie estaba congelada y el hielo resistió el peso de nuestros cuerpos. Nos sonreímos, emocionados y sin dejar de caminar hacia el centro del lago, sabiendo que en cualquier momento mi padre nos gritaría para que volviésemos. El momento no llegó, y recuerdo que eso me hizo admirar más a mi padre. Quizá ya coqueteaba con Kate por aquel entonces y no se dio cuenta del peligro que corríamos, tan ocupado que estaba siendo otra persona.

—¿Cómo sería la protagonista de tu libro? —me preguntó Rain, pasándome una bola de nieve tras darle un lametón. Puso mala cara y por eso yo le di un bocado gigantesco. La nieve enfrió mis encías hasta casi congelarlas. Un ramalazo de dolor afilado y violento sacudió mis dientes y escupí aquella esponjosidad sobre la punta de mis botas mientras él se reía. No sabía a nada, menuda decepción.

—Tendría muchos amigos —respondí tras frotarme la lengua con las manos para eliminar cualquier rastro de nieve—. Y un gato gordo. Y tres hermanos.

—¿Para escribir hay que mentir?

—Los libros tienen dos verdades: la del que escribe y la del que lee. Es como caminar sobre este lago, todo nevadito. —Me deslicé como si patinara y Rain me imitó, fascinado—. Estamos aquí arriba, viviendo algo que no volverá a repetirse. Pero lo que hay bajo el

hielo también existe, solo que no podemos verlo. ¿Cuál es la mentira?

—Podríamos saltar a la vez y descubrirlo —propuso.

Por unos segundos, estuve tentada de decirle que sí, que adelante. Miré el hielo bajo mis pies, las huellas que habíamos dibujado sobre la débil capa de nieve con aquella coreografía improvisada. Empezaban a borrarse porque el viento no dejaba de soplar.

—No. Mantengamos la fantasía un poco más —dije, y seguí moviéndome con una danza que pretendía ser delicada, pero que resultó mediocre. Me sentía así con todo lo que hacía, excepto cuando estaba junto a Rain. Al rozarse nuestras sombras, mi determinación se agrandaba como la pompa de un chicle. Era un efecto temporal, de acuerdo, pero me pertenecía solo a mí.

Nos cansamos pronto del lago y volvimos a la orilla antes de que mi padre colgara el teléfono y pudiera regañarnos. Rain empezó a pedirme que me inventara historias para contárselas, y a partir de entonces y hasta que crecimos, él no falló a su promesa de escuchar y yo no dejé de escribir.

9

Noah, el novio en pausa de Vesta, estudia Física en el MIT, una universidad privada en Cambridge, Massachusetts. Tiene un porcentaje de admisión del 4 por ciento y varios premios Nobel de Física se graduaron allí, lo que confiere a Noah un aura imposible de rebatir, como de genio incomprendido. Es la persona más inteligente que conozco, aunque ni de coña la más interesante. Vesta y él se conocieron en el instituto, cuando Noah todavía era capaz de camuflar que solo le importaba él mismo. Se enamoraron, aunque él siempre aclara que el amor no es más que un cóctel de hormonas y neurotransmisores viajando en cascada por nuestro organismo con una duración temporalmente irremediable. Decidieron continuar su relación a distancia: veo a Noah unas seis o siete veces al año, mucho más que a mi padre, y tengo que fingir que perdono sus prolongados desplantes a mi mejor amiga porque ella me lo pide, y ella sí que me importa, y qué complicado es aguantar a alguien que cree haber encontrado una explicación para todo y solo vive para silenciar las emociones del resto, la magia de lo indescifrable. Pero Vesta ya lo sabe. Ella misma lo dijo, que no soporta sentir que no la quieren y que por eso vuelve con Noah una y otra vez. Prefiere un engaño a estar sola. A ver cómo la ciencia puede explicar eso.

Antes de que lo dejaran esta última vez, Noah vino a casa y cenamos *nuggets* y dos botellas de moscato. Vesta se puso a mirar algo en su teléfono, y Noah aprovechó para hablarme de un trabajo que tenía que entregar sobre el accidente nuclear de Fukushima. Era un buen tema de conversación, pero mi boca parecía cosida porque venía de visitar a mi madre, que ese día había llorado y no había querido contarme la razón. Aun así, Noah debió de leer una invitación en mi mirada perdida y acobardada, porque me habló incluso de lo que él no lograba comprender del todo. Hubo un término que me llamó la atención: «fusión de núcleo».

—Imagina una bestia colosal que duerme tranquilamente en medio de un vasto lago —me explicó mientras luchaba por abrir una tercera botella de vino—. En su pecho late un corazón incandescente. Los pueblos cercanos prosperan, alimentados por la energía que irradia de su cuerpo. Bien, te estoy hablando del núcleo de un reactor nuclear. Cuando todo está en equilibrio, los sistemas de enfriamiento doman esa energía, ese calor que emana de la fisión atómica, y lo transforman en electricidad, en un baile coreografiado al detalle, interpretado por máquinas. Pero si algo falla… —No supe distinguir si Noah hizo esa pausa dramática a propósito o si de verdad se estaba viendo superado por un sacacorchos—. De repente, el agua deja de ser capaz de enfriar el corazón de la bestia y esta empieza a despertarse. El corazón, que no es más que las barras de uranio o plutonio del combustible nuclear, se sobrecalienta. Los átomos chocan con tal violencia que la estructura sólida comienza a derretirse, a fundirse. Es el inicio de la fusión del núcleo.

»A medida que la temperatura aumenta y el corazón se convierte en un torrente líquido y abrasador, se suceden explosiones de vapor y se liberan gases radiactivos. La radiación se abre paso desesperadamente. Si los sistemas de contención fallan, el mundo cambia. El aire, la tierra, el agua…, todo se contamina, dejando los ecos de una bestia desatada. La línea entre el desastre y el milagro es tan fina, Ib, que no puedes evitar preguntarte si lo más sencillo habría sido conformarse con lo que la naturaleza nos ofrece, en lugar de intentar dominarla como una caja de juegos llena de secretos peligrosos.

—Tan listo para unas cosas y para otras… —Vesta le interrumpió para quitarle la botella de vino y la abrió con tres movimientos de muñeca.

Noah fingió no haberla escuchado y se puso a hablar de lo que había fallado específicamente en Fukushima, pero me perdí después de que mencionara el terremoto.

Ahora, mientras Rain aparca su coche en una calle oscura y residencial de Vancouver, siento que en mi pecho se produce una reacción similar a la que Noah describió. Es tarde, más allá de la medianoche, y la ciudad parece dormida. Los edificios altos y bajos, el aroma de una bahía, la silueta negra de la montaña. Todo eso, iluminado como en cualquier otra parte. Y la poca gente que veo camina así, también. Como en cualquier otra parte. Ajenos a lo nuevo, a lo que nunca se llega a conocer del todo.

Durante el trayecto, atravesando Portland, Tacoma y Seattle, sin hacer apenas pausas, en silencio o con la radio puesta, podía sentir mi corazón endurecerse, frío como la plata de mi colgante, latiendo luego rápido y nervioso. El atardecer manchaba las copas de los

árboles con tonos austeros como el rosa pastel o el azul de las orquídeas, y para cuando cruzamos la frontera era noche cerrada. Cada kilómetro que nos acercaba a Vancouver era como una nueva escena en mi cabeza, y mi madre se convertía en la joven protagonista. La veía con su pelo rizado y oscuro, la piel rosada y salpicada de granos, corriendo descalza por los parques, hablando de amor y ausencia como yo he hecho cientos de veces con Vesta, pero también de injusticias o lo normal que es sentirse derrotada durante la regla. Nunca he hablado de esto con nadie, pero a veces me pregunto si para todos es igual de difícil ver quién se esconde debajo de su madre. Dónde está el límite entre ambas, porque creo que, para tener un hijo, debes desprenderte de una parte de ti, y eso te transforma en alguien más. Solo la mujer y la versión de sí misma que se convierte en madre pueden decidir si ese cambio es para mejor o para peor. Supongo que cada persona lo vería de una manera distinta, pero… ¿y si no debería estar aquí? Lo digo a nivel existencial, no situacional. ¿Qué haré si descubro lo que siempre he temido? Que fui yo quien borró a la madre y a la mujer; a las dos.

El diario me ha revelado cosas que no sabía, y ahora tengo miedo. Miedo de que nada de esto sirva para recuperar a mi madre. Miedo de que Vesta tuviera razón y Jackson esté muerto. Miedo de que algo terrible suceda mientras estoy aquí. Miedo de que no pase nada y todo siga igual. Sí, sobre todo de eso, aunque trate de fingir lo contrario.

Intento controlar el temblor de mis piernas cuando me bajo del coche. Miro al cielo y finjo que silbo, impresionada.

—Cómo brillan las estrellas aquí.

Rain no dice nada. Creo que está tan cansado como yo, porque ni siquiera hace el amago de sacar un cigarrillo.

Cogemos nuestras cosas del maletero y buscamos un sitio en el que pasar la noche. Rain apenas puede levantar la pierna mala, como la llama él, y si mi cuerpo era un muro durante el viaje, ahora solo siento el peso de la sangre caer hacia abajo. Las cigarras y otros bichos hacen su concierto de fondo, pero no me paro a escucharlos. Encontramos una pensión a tan solo un par de calles de distancia, y entramos sin dudarlo, me importa poco dejarme un dinero que no tengo. El dueño, un hombre con un fuerte acento de Ontario y una camisa de cuadros repleta de pelotillas, intenta entablar una conversación con nosotros, pero solo atendemos a dos detalles: el precio (muy económico, dejo reservadas las cuatro noches) y que las habitaciones están separadas por sexos. Le damos las gracias y las buenas noches, todo a la vez, y subimos las escaleras.

No se lo pido, pero, aun así, Rain me acompaña a mi cuarto. Apenas distingo el papel pintado de las paredes, el contraste intenso entre el verde y un tono amarillo como de cáscara de limón que haría llorar a Kate, las tres filas de literas que tienen incontables neceseres sobre las sábanas. Escojo la única cama que parece libre y me tumbo con un suspiro resignado.

—Buenas noches, Rain.

Él asiente y se aleja. Puedo ver su silueta desbalanceada en el marco de la puerta. Duda, pero finalmente dice:

—Las estrellas no brillan, Ib. Se queman.

Y entonces se va y me deja sola.

El diario (II)

Todavía me tiemblan un poco las manos al pensar en ello. Pero quiero escribir, necesito guardar lo que ha sucedido en estas páginas, donde todo lo que me pasa cobra un sentido diferente.

Salí a dar un paseo en bicicleta después de acabar mi turno en la asociación: como siempre, sin rumbo fijo. El aire olía a lluvia, aunque el cielo estaba despejado, y el viento frío me recordaba que el otoño no deja de avanzar ni siquiera en esta ciudad que no espera a nadie. Decidí parar en el bordillo de una acera, frente a uno de esos viejos edificios de ladrillo que parecen haber visto de todo. Me había llevado un pequeño bocadillo de casa, así que me senté allí, simplemente disfrutando del momento, de lo tranquila que estaba la calle. A menudo juego a sentirme invisible por un rato, fuera de la velocidad del mundo. Justo entonces, mientras me terminaba el bocadillo y miraba al suelo, maldiciendo por haber olvidado llevarme un libro, alguien se sentó a mi lado.

—Siempre nos quedará París —dijo una voz masculina, y supe al instante que era él.

Levanté la mirada. El chico de la cafetería se había sentado a mi lado con la tranquilidad de quien ya te conoce de toda la vida. Sus ojos, tan claros que parecían reflejar el cielo, se clavaron en los míos mientras una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

No sabía qué decir. Las palabras que había pronunciado no tenían ningún sentido para mí. Al notar mi expresión de desconcierto, él se rio suavemente, pero

no de una manera burlona, sino más bien divertida.

—Es de *Casablanca* —explicó—, una de las mejores películas de todos los tiempos, aunque, claro, hay gente que lo pondría en cuestión.

Le miré, intentando procesar lo que acababa de decir, pero en ese momento no podía centrarme en sus palabras. No me lo esperaba, no estaba preparada para tenerlo tan cerca. Su rostro me parecía aún más atractivo que en mis recuerdos; su piel clara y sus facciones algo desordenadas pero perfectas, como si no supiera que lo eran.

—Ah…, no la he visto —respondí torpemente, sintiendo un leve calor en las mejillas.

—¿En serio? Es un clásico, todo el mundo debería verla al menos una vez en la vida. Yo suelo usar citas de películas para romper el hielo. Funciona… a veces —añadió con esa sonrisa de labios finos.

—¿Te gustan mucho las películas? —le pregunté, intentando mantener la conversación, aunque mi cabeza iba a mil por hora.

—Sí. Demasiado, quizá. Crecí viéndolas con mi abuelo. Él decía que las películas son una manera de escapar de la realidad, aunque sea por un par de horas. Y yo, bueno, supongo que me lo tomé al pie de la letra.

Había algo en la manera en la que hablaba de su abuelo, una especie de melancolía suave, como si hubiera sido alguien muy importante para él, pero que ya no estuviera en su vida. No quise preguntar más; no quería que se pensara que era una cotilla.

—Yo… yo soy más de libros, la verdad —le dije, pasándome las manos por el pelo con disimulo para asegurarme de que la humedad no había fastidiado el volumen natural de mis rizos—. Me gusta perderme en las historias, pero en las que puedo imaginar en mi cabeza.

Sus ojos brillaron un poco más al escuchar eso, como si acabara de decir algo que le hacía aún más gracia.

—¿Libros? Eso es aún mejor —respondió, y sus palabras me sorprendieron—. Nunca he sido bueno imaginándome las cosas, por eso prefiero verlas en la pantalla. Pero me gusta la gente que tiene esa capacidad, la de ver un poco más lejos.

No sabía cómo reaccionar a lo que acababa de decir. Me quedé en silencio por un momento, sintiendo una mezcla extraña de nervios y curiosidad. Su presencia era intensa, pero, al mismo tiempo, cómoda. Ninguno parecía tener prisa por que la conversación terminara.

Después de un rato, fue él quien habló de nuevo.

—Soy Jackson —dijo, ofreciéndome su mano. Tenía las yemas de los dedos un poco amarillas.

—Yo soy Nailah —respondí, tomando la mano que él me ofrecía. Al sentir su tacto, suave pero firme, una pequeña corriente recorrió mi piel y me obligué a respirar con calma.

Jackson. El nombre encajaba con él de alguna forma, fuerte y simple, como si no necesitara más adornos. Mientras seguía sentado a mi lado, hablando de películas que yo no conocía, me di cuenta de que ese momento, por sencillo que pareciera, iba a cambiarme la vida.

10

Me despierto con la sensación molesta e inoportuna de una lengua chupándome la cara.

Abro los ojos, desorientada, y por un instante temo estar protagonizando mi propia película al estilo *Hostel*. Pero, al enfocar la vista, descubro que es solo un perro de pelaje nudoso y gris. Un chucho, más bien. Suelto una pequeña carcajada al acariciar su cabeza, pero rápidamente me contengo; las literas a mi alrededor están ocupadas, y mis compañeras de habitación todavía duermen, ajenas a esta invasión inesperada. Ni siquiera las oí llegar anoche.

—Qué buen despertador —murmuro, volviendo a acariciar al perro, cuando compruebo que son las ocho de la mañana.

Sus jadeos emocionados me acompañan al levantarme. Intento hacer el menor ruido posible mientras me cambio de ropa y recupero mis zapatillas, que han quedado sepultadas bajo una montaña de faldas, vestidos y tacones. Una diadema con dos penes me hace presuponer que estas chicas están aquí para celebrar una despedida de soltera. Es raro, pero quizá no tenían presupuesto suficiente para ir a Las Vegas.

Pienso que ya me presentaré y lo descubriré cuando se despierten, así que salgo de la habitación. El chucho se enreda entre mis piernas, su energía desbordante contrasta con mi torpeza

matutina, y por un instante me pregunto si los perros alguna vez sienten el mismo cansancio que arrastramos los humanos. La pensión tiene ese aire de lugar que ha visto pasar demasiadas vidas. Los muebles rústicos, marcados con arañazos y golpes, parecen mantener una conversación silenciosa con las cortinas de telas ligeras que se mecen bajo el roce de una brisa fresca y ligeramente salada. Las máscaras talladas observan desde las paredes mientras camino sobre una alfombra artesanal del mismo color que el perro. Sonrío al imaginarlo tumbado sobre ella, casi indistinguible.

Bajo a la recepción, pero el mostrador está vacío. El aire tiene un leve olor a humedad y a café recién hecho, un contraste que me hace sentir tranquila, aunque con una pequeña punzada de nostalgia. Echo de menos ver amanecer desde el mirador de mi piso. La madera cruje bajo mis zapatillas al seguir el rastro del olor, y entro en una salita contigua a la recepción. No es muy grande. Un puñado de mesas desordenadas me recuerdan a los bancos del merendero de la universidad, donde Vesta y yo solemos compartir risas y bocados con nuestros amigos. Veo a Rain, sentado de espaldas, y por un segundo mi mente se detiene. Todavía me resulta extraño volver a compartir un mismo espacio con él después de tantos años. Si alargara la mano, podría tocar su piel, y debajo sentiría sus huesos. No es que haya pensado en ello, claro. No creo haber viajado en el tiempo, aunque es verdad que me siento algo distinta. Como si pudiera llamar a dolores más antiguos, esos que sabes que no durarán para siempre.

Rain está hablando con el hombre que nos atendió anoche; el perro se separa de mí al verle y corre a su encuentro moviendo la cola como si fuera un sonajero.

—¡Ah, Nostradamus, aquí estás! —El hombre se levanta de la mesa y le coge la cara con gesto brusco pero tierno—. Qué granuja eres, ¿eh? Solo me abandonas por las chicas guapas, perro viejo…

Oigo la risa de Rain, pero no se gira. Me quedo ahí, plantada, sin saber qué hacer ni qué decir mientras el hombre sigue hablando con su perro para… ¿echarle la bronca?, ¿premiarlo? Me miro con disimulo la palma de la mano y cojo aire.

—Se ha colado en mi habitación y me ha despertado. Pero no pasa nada.

—Discúlpame, jovencita. Alguna de las chicas habrá dejado la puerta entornada por la noche, y este aprovecha siempre que puede para arrimarse a cualquiera que venga de fuera a ver si le cae un hueso. Ya avisé de que tuviera cuidado. —No sé si se refiere a mis compañeras de cuarto o al perro. El hombre me sonríe y se rasca las mejillas con un falso aire de disculpa—. Estás invitada al desayuno por las molestias. Si queda algo, que tu novio come como si fuera a trabajar en la mina.

Abro la boca para protestar, pero Rain es más rápido:

—No es mi novia, Nolan.

—Bueno, como llaméis a las relaciones los jóvenes hoy en día, ¿eh? No es asunto mío. ¡Pasadlo bien! ¡Y respetad la tierra!

El tal Nolan se marcha junto a Nostradamus. Con el pulso acelerado, ocupo su lugar en la mesa, frente a Rain. Tiene el pelo alborotado, aunque parece que lleva horas despierto. Sacude la cabeza como si lo que acabara de pasar le hubiera arruinado la mañana, pero a la vez sonríe con la mirada cuando se mete un rollito de canela en la boca, y los músculos de sus mejillas se estiran hacia arriba, se hinchan, al mirarme.

—Así que el chucho del dueño te ha despertado —dice cuando no tiene los carrillos tan llenos—. Pensaba subir a buscarte en un rato. ¿Qué quieres desayunar? —Al ver la desconfianza con la que observo el banquete de bollería desplegado sobre la mesa, su voz baja varios tonos—. No hay nada que lleve pistacho, tranquila.

«Vaya, se acuerda de que soy alérgica».

—Gracias.

Me sirvo un poco de yogur con granola y un *scone*. Los *scones*, según me explica Rain, son muy populares en Canadá. Tienen forma de panecillos redondos y, al parecer, suelen servirse con fruta. El que he escogido está relleno de arándanos, y lo mastico con ganas. Rain me sirve una taza de café sin preguntar, y entonces observo el movimiento de sus manos. Los dedos que sostienen el asa de mi taza apenas ejercen presión; rozan la cerámica como si estuviera fría y caliente al mismo tiempo. Una uña mordida recorre el borde superior, asegurándose de que no cede, y todo el conjunto me recuerda a un bailarín sosteniendo a su pareja con una delicadeza que parece prestada de otra emoción. En cambio, la otra mano agarra la cafetera con descuido. Sus nudillos están blancos y las puntas de los dedos se vuelven rojas lentamente a medida que la sangre se acumula en ellas, como sucede en invierno al salir a la calle sin guantes. El café cae con demasiada fuerza y algunas gotas salpican fuera. Los ojos de Rain reflejan un destello dorado que se mezcla con el verde, como si esa falta de cuidado también hubiera alcanzado su mirada, mientras me tiende la taza.

—¿Y esa cara?

Olvido darle las gracias. Olvido dónde estamos. Olvido lo peligrosas que son las tormentas cuando te sorprenden lejos de

casa.

—Pareces… distinto. —Él no se muestra afectado por mi comentario hasta que añado—: Otra vez.

—Siempre soy el mismo.

—No. No lo eres.

Rain se muerde el arito del labio, un gesto casi inconsciente.

—¿Te has fijado en las hojas de los árboles en otoño? Primero son verdes, luego cambian a amarillo, naranja, rojo, marrón…, pero siguen siendo hojas. Y, tarde o temprano, se caen. —Le doy un sorbo a mi café y parpadeo, moviendo la cabeza para que sepa que le escucho—. Pues yo no soy distinto a esas hojas. ¿Eso responde a tu pregunta?

Lo pienso unos segundos mientras remuevo el yogur.

—La verdad es que… no.

—Bueno, puedes usar esa metáfora en tus novelas, no me importa. ¿Otro *scone*?

—Rain, intento… Gracias —le digo cuando deja el panecillo en mi plato. Él se cruza de brazos y mantiene su sonrisa ladeada, pero parece que estamos a años luz de distancia. Repito las palabras que pronunció él ayer, pero sueno mucho más frustrada—. No te entiendo.

—Concéntrate en lo que has venido a buscar, Ib. No merece la pena. —Su tono sugiere que no se refiere solo a esta conversación, y yo me pregunto si en algún momento llegaré a entenderlo, o si, por el contrario, hay una vida secreta que nunca conoceré. Quizá estemos condenados a seguir orbitando en nuestras propias historias, siempre cerca, pero sin llegar a cruzarnos del todo—. ¿Qué quieres hacer ahora? Deberíamos ponernos en movimiento antes de

que se despierten los holandeses. No creo que quieras conocerlos, son demasiado ruidosos.

Mientras habla, Rain hunde la mano en uno de los bolsillos de su bomber negra. Saca algo pequeño, o eso me parece, pero después se restriega la mano por la cara y la palma termina estirada y vacía, un gesto que me deja con una sensación confusa, como si hubiera visto un truco de magia. Traga con fuerza, dándole el último sorbo a su café, y el sonido de la cerámica al chocar de nuevo con la mesa resuena en la salita.

—Me gustaría pasear por la ciudad primero. Conocer el lugar en el que vivió mi madre.

Rain asiente, espera a que termine mi desayuno y, después, salimos del hostal. El día es resplandeciente, pero el aire es mucho más húmedo y minucioso que en Reno, y huele a sal, a jengibre y a flores frescas. Estiro la camiseta sobre la franja de piel que queda expuesta en la cinturilla de los vaqueros, siento los ojos quietos de Rain observándome mientras caminamos. Nolan nos ha ofrecido un mapa, y luego ha refunfuñado cuando nos ha visto sacar los teléfonos móviles. «Lo simplificáis todo tanto que cualquier día os despertaréis con un cargador en el pecho y lo llamaréis "evolución"», nos dice, y solo Rain se ríe. Nos movemos calle arriba, calle abajo, siguiendo la sombra prolongada de los edificios sobre la acera. En mí despierta una emoción suave, agitada: mire a donde mire, veo a gente, un paisaje en constante movimiento, historias. Podría ser cualquier lugar en el mundo, pero es Vancouver. Solo por eso vivo cada detalle como si pudiera ser el último. ¿Mi madre habrá pisado este adoquín o el de al lado? ¿Esa tienda de muebles existía hace treinta años y ella se detuvo frente al escaparate, imaginando las

posibles combinaciones de su futuro salón? ¿Habrá levantado una mano para protegerse de este mismo sol, removiendo los dedos como si pudiera jugar con la luz y sus contrastes? Cuando bajo la mano y la poso en mi colgante, me doy cuenta de que Rain me dedica una sonrisa breve, casi imperceptible. Como si no estuviera seguro de si debía estar ahí o no.

Cuando llegamos a la playa Kitsilano, aspiro con fuerza, incapaz de ocultar lo mucho que me conmueve ver el mar. Soy la chica del lago, eso no voy a poder cambiarlo nunca, ni quiero, pero el mar tiene una cualidad hipnótica y reparadora, como si por el solo hecho de pararte a contemplarlo pudieras acceder a la parte de ti que vive medio dormida, sin preocupaciones, ilusionada por esas olas que tardan en romperse y la espuma que recuerda a una nube. «A la infancia», comprendo de pronto. El mar nos devuelve a la infancia, al tiempo que no volverá y que todos, de una manera más o menos silenciada, echamos de menos. Rain y yo caminamos por el paseo marítimo, donde distintas vidas corren paralelas unas a otras. Cuando empieza a respirar con esfuerzo, nos detenemos en un punto en el que nadie más se detiene, estáticos, en silencio, con los codos apoyados en la barandilla y el rostro mirando hacia el mar. Dejo que el aire acaricie mi flequillo, sin tocarlo, y sonrío.

—No respondiste a mi pregunta —suelta Rain de repente, como si hubiera sido testigo de aquel gesto, o quizá no. Quizá el mar tiene otro significado para él. Un obstáculo. Un misterio—. ¿Qué pasó contigo cuando te marchaste?

Me humedezco los labios, balanceándome ligeramente.

—Mi madre nunca me llevó a la playa. Después de la separación, me refiero. Se encerró en casa y se mantuvo lejos de todos menos

de mí. Pero siempre puso barreras a su forma de quererme, como si necesitara comprimir el miedo en alguien. —Rain no me interrumpe, pero noto su mirada atenta a mis palabras, más que en el movimiento de los brazos. Suspiro y sigo diciendo—: A veces llegaba a casa del colegio y había hecho un bizcocho de coco, *basbousa* o algo así se llamaba, y me contaba que lo preparaba con su madre cuando era pequeña mientras llenábamos nuestros estómagos tiradas en el suelo del salón. Los días en los que mi padre venía de visita, se ponía un vestido y pendientes, y yo me perdía al contar las veces que sonreía. Pero eran muy pocos días, la verdad.

Hago una pequeña pausa, fijándome en un conjunto de rocas que asoman cerca de la orilla como pequeños caparazones de tortuga.

—Luego todo mejoró, cuando mi padre estaba demasiado ocupado formando una nueva familia. Hablábamos de libros, me decía que escribía muy bonito, compró cuadros para la casa. No pienses que me tenía desatendida o que vivíamos entre silencios, porque mi madre, dentro de su tristeza y su abandono, siempre intentó que yo tuviera una buena vida. No nos llegaba para mucho con su pensión, pero eso me ayudó a apreciar las cosas de otra manera. Valoras lo que el mundo puede ofrecerte cuando no lo tienes al alcance. —Rain sigue sin decir nada, lo que me pone un poco nerviosa—. Los informes de psiquiatría llevaban años siendo favorables, así que cuando me surgió la oportunidad de independizarme e irme a vivir a Reno… Me sentí muy egoísta, pero ella dijo que estaría bien, que no tenía nada de lo que preocuparme. En aquel momento, yo pensaba que nos lo contábamos todo. Teníamos esa relación, de matar y morir por la otra. La tenemos,

todavía, pero ahora sé que podemos querer a alguien y aun así mentirle. Mentirnos a nosotros primero.

Mi voz se interrumpe de pronto, y tengo que aclararme la garganta y pasarme una mano por la cara, arrastrando los dedos por los ojos y el puente de la nariz, antes de continuar:

—También te ahorraré los detalles, Rain. Mi madre empeoró. Los médicos recomendaron ingresarla en un hospital psiquiátrico, pero ella nunca ha querido hacer nada por sí misma. Justo cuando sentía que la perdía, apareció la oportunidad de que viviera una temporada en un centro especializado, una de esas clínicas que disfrazan la miseria de lujo. Cuando pagas, y te aseguro que en ese centro se paga mucho, te puedes permitir decir que no a todo porque nadie puede obligarte a conseguir cambios. Entiéndeme, son buenos trabajadores y se preocupan por sus pacientes, pero las consecuencias de negarte siempre parecen menos graves cuando pagas por ello. Mi madre está encantada, claro. No sé de dónde ha salido el dinero; imagino que lo pagará mi padre, como paga también mi universidad y me da dinero para el piso. Quizá sea su manera de redimirse, no lo sé. Prefiero no hablar de esas cosas con él. No me gusta oír lo que piensa realmente.

—¿Y qué piensas tú? —me pregunta Rain, serio.

Me balanceo de nuevo y estiro los labios.

—Nos mudamos a Carson City porque mi madre decidió que quería vivir frente a un cerezo. Me pareció una historia bonita de contar, en lugar de afrontar la verdad: que era el único sitio que podíamos permitirnos y que no podíamos alejarnos mucho de Cold Springs porque mi padre y el asistente social tenían que visitarnos regularmente. Habían llegado a ese acuerdo porque yo dije que

quería vivir con mi madre, y me negué a escuchar cualquier otra alternativa. —Cierro los ojos durante unos segundos, dejando que la incertidumbre de aquellos días se deslice por cada rincón de mi cuerpo, como el agua que se escurre por el desagüe de la ducha. Como un dique con piedras mal encajadas, mientras esa misma agua encuentra su camino, fluyendo de un lado a otro—. En Carson City también había un lago. Algunas tardes, cuando salía del colegio y no llovía, pedaleaba durante dos horas solo para ir a verlo, aunque siempre estaba lleno de familias y adolescentes reclamando cada centímetro de la orilla. El agua tenía dos colores, y cuando intentaba mirar más allá del azul marino casi negro, nunca veía nada. Un día me picó una abeja y terminé vomitando entre dos rocas. Nunca le dije nada a mi madre, no quería preocuparla. Pero siempre eché de menos conocer a los vecinos, la guerra de globos de agua en verano, llegar caminando a todas partes. Echaba de menos Cold Springs.

«Y a ti también te habría echado de menos, Rain, si pudiera entender por qué hiciste lo que hiciste», quiero añadir, pero algo me lo impide.

—No volví al lago después de ese día. No solo para protegerme de futuras picaduras de abeja, sino también para proteger a mi madre de lo que podría pasarme. Siempre he tenido la sensación de que mi dolor es solo un eco comparado con el suyo cuando se da cuenta de que algo me duele. He vivido así desde el divorcio, y ahora mi madre ha vendido el piso con la idea de quedarse en el centro indefinidamente, y siento que es como si hubiera vendido una parte de nosotras que, aunque frágil, estaba llena de esperanza. Es como si ahora solo le quedara yo. Y me aterra la idea de fallarle también.

Pero no puedo dejar de vivir, Rain. Es lo único que no puedo cambiar de mí misma: la necesidad de seguir adelante, de vivir un día más, solo un día más.

Él se aferra a la barandilla como si cada dedo fuera un ancla. Parece inquieto y conmovido a la vez, si acaso a esa combinación de emociones puede sobrevivirse. Atrapa el *piercing* de su labio con los dientes y luego lo suelta. Repite el movimiento tres veces, y entonces murmura:

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? —Y hago una mueca.

—Me has hablado de tu madre, Ib. Pero ¿qué hay de ti?

—No sé a qué te refieres. Me has preguntado qué era de mi vida, y he sido sincera.

Pronuncio esa palabra como si fuera un reproche, pero Rain no parece haberse dado cuenta.

—No lo consigo —dice—. Hablas de la vida de los demás, pero no consigo…

Tiene la mirada perdida en el perfil irregular de los rascacielos al fondo del mar, sin ver nada realmente. Suspiro cuando se interrumpe, con la cabeza ladeada.

—¿El qué, Rain? ¿Qué esperabas? ¿Que hiciéramos como si esta fuera la primera vez que nos vemos y empezáramos a hablar de la vida desde cero, como si todo fuera tan simple?

—¿Por qué no? —Rain me observa con recelo, pero también con franqueza. Otra vez dos emociones incompatibles, pero que están aquí. Como nosotros—. Me interesa la persona que eres ahora.

—¿Se pueden ser dos personas por primera vez en una misma vida?

—Creo que sí.

—¿Y cómo se hace eso?

—Puedo enseñarte. —Y en voz baja y sugerente, añade—: Pero tienes que darme algo a cambio.

—¿Qué pasa? ¿No te bastó con un trauma, que ahora quieres dos?

Rain se ríe. Y es una risa de verdad, una que no escuchaba desde hace muchos, muchos años. Me quedo unos segundos atrapada en ese sonido, tan parecido al primer trueno de una tormenta de verano. Es tan raro, después de tanto tiempo, el pensamiento de que podamos inventar algo nuevo sobre la piel.

El viento se levanta y nos acerca a Rain y a mí, al menos metafóricamente, al menos en una intención superviviente al resto de las intenciones. Él deja de reír; su mandíbula marcada y tensa, como si otras palabras se acumularan detrás de sus dientes, esperando una señal para salir. Veo un lunar en su barbilla, justo donde comienza su barba recortada, y vuelvo a fijarme en el color de sus ojos, mi eterno debate entre la primavera y el otoño. Pienso que parecería mayor si no fuera por los *piercings*.

—Ib.

Pronuncia mi nombre como si fuera la primera vez, y lo sabe.

—Dime.

No sé qué querrá decirme, la espera huele a mar y al cigarrillo que todavía no se ha encendido. Cruzo las manos por debajo del colgante, el pulgar no aprieta demasiado sobre el otro pulgar, y por eso descubro que estoy confundida. Rain pone una mueca de dolor, rompe el contacto visual para mirarse la pierna, se aparta de la barandilla.

—Nada. Vámonos.

Y yo no tengo nada que decir, que reclamar, así que contemplo el mar por última vez antes de darme la vuelta y caminar a su lado. Mis pensamientos vuelan rápidos, solos, honestos.

Hablar de mis sentimientos con Rain sigue siendo fácil.

Bromear con él sigue siendo fácil.

Entender por qué ya no lo parece tanto.

11

Después de ver la playa, hacemos una pequeña parada en un puesto de comida callejera y almorzamos tacos de salmón ahumado y unas pocas patatas fritas. Rain, además, se pide una hamburguesa. Recuerdo las palabras de Nolan sobre su forma de comer y se las repito, lo que nos hace reír de esa manera, como si nos hubiéramos dejado atrapar por una tormenta y estuviéramos haciendo el tonto mientras nos empapamos.

En Cornwall Avenue tomamos un autobús. La gente local nos guía con una amabilidad que no esperábamos, y llegamos al centro de Vancouver en unos veinte minutos. Hay mucha más gente, pero el caos no es el mismo que se respira en Reno ni tiene esa frialdad desapegada de Carson City. El ritmo aquí también es rápido. Vale, es una ciudad, al fin y al cabo, pero debajo parece latir una calma constante, una especie de susurro subterráneo que te recuerda que no hay necesidad de correr. Los rascacielos se elevan hacia el cielo como si supieran que pueden tocarlo, y en sus ventanas interminables se reflejan fragmentos de la naturaleza que dejamos atrás. Entre el ruido del tráfico y el murmullo de la multitud, puedo escuchar las gaviotas sobrevolando el puerto y, cuando doblamos una esquina para salir a una calle más amplia, me llega el lejano sonido de un barco cruzando la bahía. Y, mientras tanto, Rain y yo

hablamos de nuestra época universitaria, y se sorprende cuando le cuento que me presenté borracha en una clase de Análisis Económico después de una sobremesa particularmente larga en la cafetería con mis amigos.

—Y por eso no es buena idea que digas que la elasticidad de la demanda te recuerda a tu ex —concluyo, y él suelta una risita relajada—. Qué vergüenza pasé al día siguiente. Al menos puedo meter esa anécdota en una novela.

—¿Sobre qué escribes?

—Padres e hijos.

—Qué predecible —suelta, y yo le doy un codazo divertido.

—Es mejor escribir sobre lo que conoces. Claro que yo nunca he terminado una novela. No consigo imaginar por qué —bromeo, aunque Rain aparta la mirada. Me fijo en que su cojera se acentúa más y más a medida que caminamos, pero no le gusta que lo mencione. Ya he fingido que tenía que atarme los cordones tres veces y he hecho fotos hasta casi llenar el almacenamiento del teléfono, y todo para que él pudiera apoyarse en cualquier parte y descansar un poco. No tengo más ideas, así que opto por lo más práctico—: ¿Te apetece un café? Invito yo.

Rain se muestra conforme y terminamos sentados en una estrecha callejuela en Gastown, en la única mesa de una cafetería de barra americana. Él pide un café solo con mucho hielo y fuma con la cabeza echada ligeramente hacia atrás, esperando a que se lo traigan. Yo pido un café con leche en el tamaño más grande que existe y le doy las gracias a la camarera cuando vuelve con su bandeja para servirnos todo. Al ver que nos ha puesto galletas Lotus de acompañamiento, le digo que ha sido muy amable y me apresuro

a mordisquear la mía como si fuera un ratón. Incorporándose lo justo para mirarme, Rain libera una risa ronca y me señala con el cigarrillo.

—Me hace gracia lo educada que eres. Todo son «gracias» y «por favor» cuando te relacionas con la gente.

—Bueno, es que yo no creo en la empatía selectiva.

—¿En qué?

—Una teoría que dice que solo empatizamos con aquellos que se lo merecen o se perciben previamente como empáticos. —Me limpio las comisuras de los labios cuando me acabo la galleta, sonrío y le doy vueltas a mi café con la cuchara para que se enfríe antes—. No sé, siempre he pensado que si escucháramos las dos versiones que mantienen dos personas sobre una misma historia o conflicto, terminaríamos entendiendo a ambas partes.

—No estoy de acuerdo. Hay gente mala por naturaleza, y no veo por qué debería sentir la necesidad de ir por ahí perdonándolos a todos.

—He dicho «entender», Rain. La empatía consiste en ponerse en el lugar del otro y entenderlo.

—¿Y qué haces con eso después? —me pregunta, rascándose la nuca con lentitud.

—Nada, no tienes que hacer nada. No tienes que mostrarte de acuerdo si no quieres o perdonar a nadie, solo hacer un esfuerzo por entenderlo.

Rodeo mi café con leche con las dos manos y me lo acerco a los labios, lo justo para mojarlos. Qué desilusión, ya se me ha quedado frío.

—¿Entiendes a un asesino, entonces? —Rain también bebe de su café: los hielos tintinean, rabiosos, cuando deja el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza—. ¿Al tío que me partió la pierna?

—De juzgar se encarga la justicia —replico, y Rain se tapa la cara como si se sintiera defraudado.

—Ay, Ib. No me digas que eres de esas personas que creen que el mal siempre puede derrotarse, y en todas esas chorradas de los finales felices.

—No, Rain. Creo que nos iría mucho mejor como sociedad si todos fuéramos bondadosos y quisiéramos el bien del otro, pero no soy tan ingenua. El mal existe. Los dos lo hemos conocido. Y seguimos aquí. —Lo observo, atenta a cualquier posible reacción, pero Rain se limita a coger su vaso de café con la mano que tiene libre y hacerlo girar, dándole vueltas una y otra vez. Me bebo lo que queda del mío para que tenga un poco más de tiempo: el último trago siempre es el mejor porque sabe a azúcar, y ya no me importa demasiado su silencio cuando me inclino hacia delante y digo—: El mundo va a seguir yéndose a la mierda aunque yo ceda el asiento en el metro, deje una propina a la camarera o sonría a un niño por la calle. Pero imaginar que cada persona es su propio mundo me ayuda, porque así pienso que puedo salvar a todos los que me encuentre. No lo hago por el mundo, lo hago por todos los mundos. Ah, y por supuesto que existen los finales felices, porque no son lo mismo que los finales perfectos.

—Finales realistas, pero no tristes —murmura Rain, y yo asiento—. ¿Así que no odias a nadie?

—No.

—Perdonas a todo el mundo…

—No se puede perdonar lo que no se entiende.

La mirada de Rain aletea entre su pierna izquierda, estirada entre la mesa y la calle con la punta de la zapatilla apuntando al cielo despejado, y el cigarrillo que se consume solo entre el índice y el pulgar como el recordatorio de una mala decisión. Le propongo que tomemos otro café, pero prefiere seguir caminando, así que entro a pagar y aprovecho para reordenar mi flequillo en un pequeño espejo al lado de la barra. Tengo un rubor en las mejillas que achaco al calor, aunque cada vez hace más frío, y la piel alrededor de los ojos un pelín más estirada, aunque solo yo puedo notarlo.

Rain está más callado cuando reanudamos el paseo. Mientras tanto, me dejo llevar por el encanto de Gastown y sus calles adoquinadas, los edificios de ladrillo rojo, esos postes de luz antiguos que han sobrevivido junto a los más modernos. Placas conmemorativas que cuentan historias de otro tiempo: el nacimiento de la ciudad alrededor de una taberna, la relevancia del puerto en la entrada de inmigrantes, el Gran Incendio de 1886 y la recuperación posterior. Paso la mano por la barandilla de una terraza mientras levanto la vista y observo los balcones cubiertos de flores. Es todo tan bello. Tan mío, de alguna manera, a partir de ahora.

Y así acabamos frente al famoso reloj de vapor, en una plaza salpicada de turistas con los móviles en alto. Esperando. Y, a un lado, nosotros. Tres manos vacías y un cigarrillo. De pronto, de las cuatro esquinas en la parte superior del reloj empieza a salir vapor, y el silbido me recuerda a una nana que mi madre tarareaba cuando fregaba la cocina. Una pequeña columna en el centro libera más vapor, que se dispersa en el aire fresco de la tarde, flotando por encima de las cabezas antes de desaparecer. La gente retoma su

camino tras un par de aplausos espontáneos; solo Rain y yo permanecemos quietos, todavía atentos al reloj. Y pienso en lo fácil que es ignorar el tiempo cuando parece que solo avanza en una dirección, incluso cuando lo tenemos justo delante, emitiendo señales y pidiendo que lo observemos.

—¿Podemos quedarnos quince minutos más? Hasta que vuelva a sonar. Me encanta la melodía, tan simple… —Cierro los ojos y empiezo a tararear, meciéndome sobre los talones e improvisando un bailecito. Cuando los abro de nuevo, con la sonrisa preparada, Rain me observa con una curiosidad extraña, como si no supiera si fascinarse o desconcertarse, y eso me hace fruncir el ceño—. ¿Qué te pasa?

—Tienes frío.

No es una pregunta. Por eso no espera una respuesta cuando se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros. Sus manos no tocan mi piel, pero yo aún recuerdo aquel roce en su casa, el tacto fantasmal de sus dedos alrededor de mi cuello cuando le pedí que me ayudara con el colgante. La tela de la bomber guarda su calor y huele a tabaco (cómo no). Meto los brazos en las mangas y levanto la mirada para darle las gracias, pero me contengo. En su lugar, me muerdo el labio y muevo los brazos como si hubieran perdido toda su fuerza para exagerar lo suelta que me queda.

—Esto me recuerda a aquellas Navidades en las que mis padres nos regalaron unos jerséis feísimos y se equivocaron de talla. ¿Te acuerdas? —Me enrollo las mangas, sacudiendo la cabeza con una risa ligera—. Tú propusiste que los guardáramos hasta que cumpliéramos doce años, pero yo te dije que no nos quedarían bien hasta los dieciocho por lo menos. Pero…

«Pero nunca pudimos comprobarlo, y a saber dónde estarán esos jerséis ahora». No puedo evitar recordar todas aquellas promesas que nos hicimos y no se cumplieron. Todos los planes de futuro que inventamos cuando todavía creíamos que nuestra amistad podría sobrevivir al mundo. Probar todos los sabores del camión de los helados. Ir a un concierto de Twenty One Pilots. Sacarnos el carnet de conducir al mismo tiempo. Hacer surf en Santa Mónica, colarnos en una fiesta en las colinas de Hollywood. Intento que nada de eso se refleje en mis ojos, pero Rain tira el cigarrillo con furia después de darle una última calada.

—Venga, no te cortes. Sigue pensando en voz alta.

—¿Qué?

—¿Hay alguna cosa más de la que quieras culparme? —Su mirada es fría y oscura, y me hace retroceder—. El discursito de antes no te ha servido de nada, Ib. Sé lo que piensas. Lo que piensan todos.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Rain.

La confusión debe reflejarse en mis ojos, porque suspira, casi sin aire, como si estuviera agotado.

—Eso de querer salvar a todo el mundo, ser amable con todos… Y una mierda.

—¿Qué tiene de malo esforzarse por hacer felices a los demás?

Rain bufa ante mi pregunta.

—O salvas a todos o no salvas a ninguno.

—Así que es eso —murmuro—. Me estás culpando por no volver antes a tu vida.

—No, Ib. Te estoy culpando por volver ahora y mentirme.

El enfado y la incredulidad se enredan dentro de mí, noto cómo luchan por hacerse un espacio entre el corazón y el hígado.

—Yo nunca te he mentido, Rain. No te odio, no sé odiar a nadie, aunque lo he intentado. También he intentado perdonarte durante estos años, pero ya te lo he dicho: no puedo entenderte hasta que no hablemos de lo que pasó. —Tomo una bocanada de aire, aunque me da la sensación de que no consigo deshacer el enredo, de que cada vez es más fuerte—. ¿Por qué te alejaste de mí? ¿Por qué se lo contaste a tus padres? ¿Querías ganarte su cariño? ¿Es eso?

Su risa es amarga, una carcajada que no llega a ser del todo real, baja la cabeza, nervioso, y se frota el brazo cubierto de tatuajes.

—¿Por qué no buscas a otra persona a la que salvar y me dejas en paz?

Ese ha sido un golpe tan bajo que noto un molesto escozor en los ojos al murmurar:

—Esto… esto ha sido un error.

—Y tú también formas parte de él.

Hay algo parecido al dolor en su mirada, pero sigue mostrándose distante. Ambos estamos en ese punto en el que podríamos destruir al otro con verdades, puedo sentirlo: no nos importa que sobreviva o no. Así que decido darme la vuelta e irme de aquella plaza, sin esperar a oír la melodía del reloj de vapor.

Rain no me sigue.

Y lo peor es que sobrevivimos.

12

Llego al hostal cuando el cielo parece una acuarela derramada. El dorado y el rosa se funden lentamente en el horizonte, deslizándose el uno sobre el otro; el día parece deshacerse en una altura infinita, incapaz de sostenerse un segundo más. El aire trae consigo el aroma del pino fresco y la sal marina, una mezcla que se cuela dentro de mí, como si la ciudad supiera que he llorado gran parte del camino. Llevo la chaqueta de Rain sobre los hombros, y ese gesto, que debería hacerme sentir protegida, no hace más que intensificar la molestia. La contradicción.

Las historias germinan en lo que oímos, nacen de lo incompleto. Todas se balancean entre las costillas como la pluma que cae del pájaro desde el aire, el columpio que usábamos para volar cuando éramos niños. Se puede escribir de tantas maneras que parece absurdo, casi presuntuoso, elegir una única versión de un conflicto, de una pérdida, de una amistad. Para escribir hay que aprender a perder primero. Pienso en esos libros que empiezan por el final, por ejemplo, como si intentaran deshacer el hilo de la vida demasiado deprisa, dándote las respuestas antes de tiempo. Las capas que nos enseñan quiénes somos en realidad se intercambian de lugar como en una partida de cartas. También hay libros que entrelazan pasado y presente, dibujando recuerdos imaginados entre cada salto, entre

un vacío y otro aunque nadie se preocupe por darle voz, entre la infancia y la muerte. A los personajes que entiendo puedo imaginarlos siendo niños. Hay una coherencia, un pulso que late en el mismo lugar, cuando somos niños un poco más grandes, y después adultos. Lo que siempre nos queda.

Por eso no consigo encontrarle un sentido a lo que ha pasado con Rain. No hay una cronología, no hay una línea recta que siga la lógica de lo que éramos. Y no sé por qué me importa tanto. Este viaje estaba pensado de otra forma. Mi madre, yo estoy aquí por mi madre. A veces siento que clavo un tenedor en su tristeza y me quedo mirándola demasiado tiempo. Pero no puedo levantarme de la mesa, no cuando soy la única que sigue ahí. Pensaba que Rain lo entendía. En la playa, cuando le conté lo que había vivido. Y después, hablando como si todo fuera una primera vez.

Pero no puedo dejar de cargar con eso que él parece no querer recordar. Los momentos felices. Lo que empecé a pensar cuando nos hacíamos mayores y Rain se alejaba cada vez más y más. «Este no es Rain», «Rain bromeaba y sonreía todo el tiempo», «Rain hablaba de la vida como si fuera un parque de juegos», «Rain medía sus palabras para no herir a nadie», «Rain me hacía sentir que, mientras nos tuviéramos el uno al otro, el mundo no se acabaría para ninguno». Y lo que pienso ahora, después de lo vivido hace cinco años, después de estos últimos días, es tan incierto como provocador.

Rain piensa que he cambiado a peor.

Rain piensa que me miento a mí misma.

¿Qué voy a hacer si Rain tiene razón?

Me froto los ojos como si lo que se hubiera colado en ellos fuera algo más que una pena, y justo cuando termino de bajar la calle y veo el hostal, escucho un grito impaciente:

—¡Nostradamus! ¡Vuelve aquí!

La puerta está abierta y la voz de Nolan llega antes que su figura. Es cuando veo a su perro cruzando el umbral a toda velocidad, disparado como un rayo hacia lo desconocido. Nolan lo atrapa a pocos pasos de mí, su rostro salpicado de manchas rojas, mientras Nostradamus suelta un gemido lastimero. Su cola se mueve con un frenesí incontrolable cuando me ve acercarme.

—Estoy harto de la gente que deja la puerta de la entrada abierta. Tú no irías a casa de un amigo y dejarías la puerta sin cerrar a tu espalda, ¿eh? Se escapa el perro, se escapa un niño, se escapa la calefacción… Hasta el amor se escapa. Qué gente más maleducada. —Nolan resopla, intentando recobrar el aliento, y entonces me mira con el ceño fruncido—. ¿Estás bien, chica? Tienes mala cara.

—Sí, no te preocupes. —Me esfuerzo en sonar despreocupada—. ¿Por qué ese nombre? Nostradamus.

—Lo encontré cuando solo era un cachorro asustado y sucio. Alguien atropelló a la madre, y las crías debieron de salir por patas a pelear por su propia supervivencia entre los contenedores y parques cercanos. Solo pude rescatarlo a él —me cuenta Nolan, agachándose con un quejido para rascarle la tripa a Nostradamus, que nos mira encantado—. Era un saco de infecciones, ¿eh? Lo llevé a varios veterinarios y todos me decían lo mismo: que me despidiera de él, que no iba a vivir más allá de unas semanas. Pero aquí estamos, diez años después. —La emoción que tiñe su voz me impulsa a arrodillarme a su lado, y el perro jadea del entusiasmo cuando sumo

mis manos a las caricias. Nolan me sonríe—. Vivir es una decisión poderosa y cabezota. Cuando vi que este bicho se recuperaba, supe que las profecías son para las personas con miedo o para aquellas que han dejado de intentar algo, lo que sea. De ahí el nombre, Nostradamus, el adivino más célebre de todos los tiempos. Es una burla —añade, y asiento lentamente para que sepa que lo he entendido.

—Ojalá fuera cierto. Me vendría bien que alguien me dijera qué va a ser de mi futuro.

—Estás perdida. —Suena como una pregunta y, a la vez, una afirmación. Me muerdo el labio, mis dedos están enredados en el pelaje del perro y no puedo sacarlos. Qué metáfora más torpe para explicar el final de este día—. ¿Tu novio lo sabe?

—No es mi novio.

Nolan pone los ojos en blanco.

—Vale, ¿eh? Lo pillo.

—¿El qué?

—Que estáis crudos todavía, como los filetes de salmón que tengo en la nevera. A medio hacer. Y eso de escapar… no es muy saludable. Siempre tenemos hambre, ¿eh?

—No estoy huyendo de nada. —El comentario me irrita, pero no quiero entrar en ello.

Nos incorporamos al mismo tiempo, pero solo Nolan sonríe.

—A veces se nos olvida que una sombra es una sombra porque vivimos rodeados de luz. —Se estira y señala el hostal. Y yo pienso que ojalá se me hubiera ocurrido esa frase a mí antes, que ojalá pudiera llevarla cosida a los dedos mientras me abrocho la chaqueta

—. Y ahora vamos adentro. Si me ayudas a preparar el comedor para la cena, el salmón te sale gratis.

La niña que no tenía miedo a morir y la lluvia

Cuando Rain y yo aprendimos a atarnos los cordones de los zapatos, desapareció un chico en Cold Springs. Josh, se llamaba. Tenía veinte años recién cumplidos y vivía en Azurite Drive, en una de esas casas con un pequeño barco aparcado fuera del garaje. Le vi una vez, a lo lejos, mientras iba con Rain a casa. Había montado una fogata en el jardín, rodeado de sus amigos. Pensé que estaban haciendo una competición de gritos. Era muy tarde. Recuerdo a Josh rubio y desgarbado, pero podría haber sido pelirrojo y estar solo borracho.

Los adultos no hablaban de la desaparición con nosotros. Mi madre nos llevaba al colegio y nos recogía; siempre estaba ahí cinco o diez minutos antes, vigilando el horizonte con gesto desconfiado y ausente. Me llevaba en brazos cuando nos quedábamos a solas; recuerdo el olor a aceite de loto que desprendía su cara, el relámpago de ansiedad que cruzaba su mirada cuando le insistía para que me bajara al suelo. El sheriff hacía rondas por los vecindarios para asegurarse de que estuviéramos bien. Mientras tanto, Rain y yo no entendíamos nada de lo que estaba pasando. Para nosotros, la gente desaparecía todo el tiempo. Cuando yo agitaba la mano y salía de La Rueda, desaparecía para Rain. Él desaparecía los domingos para mí cuando iba a misa. Una parte del mundo desaparecía si yo le daba la espalda y, si cerraba los ojos,

solo quedaban su respiración y el rumor de los pájaros según la estación que gobernara. ¿Dónde estaba la diferencia? ¿Por qué tanta preocupación?

—Mi madre ha empezado a rezar por el alma de Josh —me contó Rain en un recreo, cuando el chico llevaba seis días desaparecido. Hablábamos en susurros, apretados contra una esquina del patio para protegernos del frío y de la gente. Rain estaba serio y llevaba el crucifijo colgado por fuera—. Creo que Josh está muerto.

—¿Por qué dices eso?

—Mi madre solo reza por mi abuelo, por una prima de mi padre y por Jesucristo. Gente que está muerta.

Guardé silencio, asimilando sus palabras. Para mí, la muerte solo era una extensión de la distancia. Una certeza tan impuesta como irse a la cama a las nueve o no aceptar caramelos de extraños. Quizá por eso no comprendía el parpadeo nervioso de Rain, el movimiento arrítmico de sus manos al frotar las palmas, y no para espantar el frío.

—Pero entonces está en el cielo —dije—. Con los pájaros y con tu abuelo.

—Del cielo no se vuelve, Ib. No… no quiero que me pase nada. Y a ti tampoco.

—Estaremos bien. Estaremos juntos, Rain.

Mi amigo negó con vehemencia.

—¿Y si subes al cielo antes que yo?

—Anda, ¿por qué tengo que ser yo la que muera primero?

—Porque haces equilibrios sobre las barandillas y siempre quieres nadar en la parte honda del lago.

—Pero tú no dudas en seguirme. —Una pequeña y confusa pausa —. No te obligo, ¿verdad?

—No. Además, me gustan todas esas cosas. Pero ¿y si uno de los dos se muere y el otro tarda años en subir al cielo? Mi abuelo era mucho más mayor que nosotros. Me contó que había conocido a un vampiro una vez, y los vampiros son viejos viejos.

—Supongo que podríamos tener más cuidado.

—¿Y si no es suficiente?

Rain sonaba aterrorizado. Se frotaba las manos con tanta angustia que las puntas de los dedos empezaban a colorearse de un rojo enfermizo, así que se las separé con cariño y, para que no volviera a hacerse daño, intenté atrapar una de ellas bajo la mía. Pero no estábamos el uno enfrente del otro, tampoco exactamente al lado. Manteníamos la postura típica y caótica de dos niños que juegan al escondite con las palabras: nuestras manos se unieron torpes y retorcidas. El pulgar de Rain terminó encima del mío, apresándolo, mis dedos caían lánguidos y finos sobre el hueso de su muñeca. Al intentar liberar nuestras manos, los pulgares se aferraron como el nudo de una cuerda, y palmas y dedos quedaron extendidos, a merced del viento. Moví la mano sin romper la unión del pulgar, Rain dobló la suya a la altura de los nudillos. Tardamos un rato en coordinarnos, pero ahí estaba. El esqueleto, el concepto, el alma de un pájaro creado a partir de nuestro esqueleto, concepto, alma. De todo lo que formaba un «nosotros».

Hicimos volar a nuestro pájaro un rato más y, cuando vi que a Rain no le suponía un esfuerzo sonreír, hablé bajito para decirle:

—Pase lo que pase, no te olvides de mí. Y yo prometo no olvidarme de ti.

—Seremos amigos para siempre, aquí o en el cielo. —Sus ojos, que en ese instante me recordaban a un albaricoque con su hojita, brillaron cuando me vio asentir.

El profesor de guardia nos llamó a gritos; el recreo había terminado. Rain y yo nos incorporamos lentamente, nuestras manos seguían unidas por los pulgares, seguíamos sintiéndonos como pájaros. Nuestra forma de volar era distinta: nosotros ascendíamos cuando la vida se acercaba a su final, los pájaros caían del cielo después de toda una existencia en las alturas. Había algo familiar, casi tranquilizador, en esa desigualdad. Como si hubiéramos aceptado lo natural de todo aquello. No éramos diferentes por tener miedo y pánico, o querer resistirnos a la idea de morir. Queríamos sentirnos especiales, como si el tiempo no pudiera tocarnos, pero la muerte siempre encuentra la manera de interrumpirlo todo. Estamos todos muertos al nacer, si lo piensas. Pero Rain y yo teníamos algo a lo que aferrarnos, algo tan sencillo y difícil a la vez como una promesa. Una promesa de reunión.

Encontraron el cadáver de Josh pocos días después de ese recreo. Es una historia rápida y breve. La muerte de alguien no se celebra; no necesita muchos detalles, quiero decir. No debería recordarse con la misma intensidad que lo que se ha vivido y disfrutado. Al parecer, Josh estaba enganchado a alguna droga. Debía dinero; fue a visitar a su camello al parque de las caravanas, a las afueras del pueblo. «Palacio de Cristal», lo llamaban algunos. Discutieron. El camello golpeó a Josh con una piedra y escondió su cuerpo entre unos arbustos. Lo pillaron con su caravana en el pueblo de al lado, a tan solo dieciséis kilómetros de Cold Springs. Los padres de Josh

enterraron a su hijo y se marcharon del pueblo cuando los rumores dejaron de ser solo rumores.

De esto me enteré mucho más tarde, claro. A Rain y a mí nos contaron que la familia se había mudado por cuestiones nada extraordinarias, y en ese concepto de «familia» siempre incluyeron a Josh. Vivo. Fue mi madre la precursora. Supe la verdad de pura casualidad, durante mi primer año de carrera, cuando fui a visitar a mi madre al centro poco después de que se hubiera instalado. Una historia llevó a otra, y de repente me sorprendí lanzándole un reproche:

—No entiendo por qué no me dijiste que Josh había muerto.

—Eras muy pequeña, Ib —se justificó ella—. No estabas preparada para hablar de algo tan espantoso.

—Es que no necesitaba saber todos los detalles. Me habría bastado con que me hubieras dicho que estaba muerto, mamá.

—¿Por qué?

Suspiré y me llevé las manos al estómago. Un pulgar quedó encima del otro pulgar; otra mentira más. Una jaula más para nuestra memoria.

—Porque hubiera vivido con más miedo, y quizá habría sido más feliz —respondí.

Y la enfermera Reed llamó a la puerta y no volvimos a tocar el tema.

13

—¿Has valorado que la lesión en la pierna pudiera producirle daños cerebrales?

—Vesta, no seas cruel.

—Solo estoy descartando hipótesis, Corazón.

Me aparto el teléfono de la oreja y hago una mueca hacia la parte superior de la litera mientras estiro las piernas y la espalda sobre el colchón. Anoche intenté alargar la cena y las batallitas de Nolan todo lo posible, pero Rain no volvió al hostal. Conocí a sus compañeros de cuarto, los holandeses; eran simpáticos y no ocultaron su intención de ligar conmigo. Cuando la situación se volvió demasiado predecible, subí a la habitación y me tumbé en la cama para leer.

Los libros siempre han cumplido sus promesas. No describiría el acto de leer como algo para evadirse o perderse; para mí, leer supone un reencuentro involuntario. Comprender, conectar y sentir. «La conversación más sincera que puedes tener es con un libro», me dijo una vez mi madre, y nunca lo había entendido tan bien como anoche. Así que eso hice: conversé con un libro de Nickolas Butler hasta que el sueño me venció y mis párpados se cerraron.

Hace media hora que me han despertado mis compañeras de cuarto al levantarse. Tampoco las escuché llegar anoche, empiezan a preocuparme mis niveles de cansancio acumulado. Una de ellas

hablaba como si no hubiera nadie más durmiendo, otra no paraba de susurrarle que se callara, y las demás se vestían y hacían una cosa o la otra. He decidido quedarme en la cama hasta que se fueran y he aprovechado para llamar a Vesta y hablarle sobre mi primer día en Vancouver…, lo que inevitablemente me ha llevado a contarle mi situación actual con Rain.

Ella opina que los hombres que no son capaces de afrontar una conversación incómoda deberían perder el derecho constitucional a una segunda oportunidad. Yo le recuerdo que trabaja a media jornada en una consultoría, no en un bufete de abogados, y eso parece aplacarla un poco.

—No sé, Vesta —digo, llevándome el móvil de nuevo a la oreja—. No sé si me he engañado a mí misma durante todo este tiempo, pero desde que nos reencontramos en el lago, parece que hemos continuado justo donde lo dejamos, aunque mis recuerdos sean otros.

—¿Y dónde lo dejasteis?

Me tumbo de lado y mordisqueo la cadena del colgante.

—Él era el mejor jugador de fútbol americano del instituto. Tenía muchos amigos. Las chicas se morían porque las hiciera un poco de caso.

—¿Y tú no? —Vesta remueve algo con una cucharilla; el sonido se cuela a través del teléfono como un débil tintineo. Imagino que será su segundo café del día.

—Era mi mejor amigo —protesto, y deslizo la lengua entre los eslabones. El sabor del metal es denso y me calma.

—Bueno, podrías haberte enamorado de él igualmente.

—Nos conocíamos demasiado como para eso.

—Ajá. —Puedo imaginar a Vesta asintiendo falsamente—. Voy a fingir que eso que has dicho tiene sentido.

—Es que para mí siempre ha sido así. No había mariposas, Vesta. Solo decepción, cuando Rain decidió distanciarse de mí sin darme ninguna explicación. Estuvimos así un tiempo y luego… ya sabes.

Me giro en el colchón hasta quedar boca arriba y alzo una mano para rascar la madera de la litera.

—Pero tú le llamaste —me recuerda Vesta, y yo reprimo un escalofrío—. Aquel día, hace cinco años.

—Tendría que haberme callado. Tendría que haber esperado a coger otro avión. ¿Por qué siempre escojo a Rain antes que a mí misma?

—A veces el tiempo no cura, solo te enseña a convivir con la incertidumbre —responde Vesta, dándole un sorbo a su café y esperando, paciente. Mi uña encuentra un pequeño hueco astillado entre los listones y rasca con insistencia.

—Creo que hay algo que Rain no me está contando. Algo que va más allá de lo que pasó, algo que le reconcome y no puede soltar.

—¿Por qué no hablas con él?

—Ya lo intenté ayer, Vesta.

—Pues inténtalo hoy.

—Claro, como si fuera tan fácil…

«Si divides un problema, tienes dos problemas; y si divides esos dos en cuatro, al final tendrás algo lo bastante pequeño como para resolverlo». Ese siempre ha sido el mantra de Vesta. Yo, en cambio, soy más de quedarme con el problema y abrirle un hueco en el armario.

—Tienes que hacerlo fácil, Corazón. ¿Qué es lo que esperas de él?

—Yo no espero nada…

Pero es mentira, por supuesto. Que siguiera adelante con mi vida no implica que no haya llevado a Rain un poco presente en todo lo que hago. La vida es un nombre y, a la vez, todo lo que un día usamos para nombrar lo mismo.

—Deja de lamentarte y ve a hablar con ese chico. Pero te lo advierto: si vuelve a comportarse como un capullo arrogante, me aseguraré de que sus pelotas terminen en saldo negativo.

Con la mano que tengo levantada, imito el movimiento que hice ayer para cubrirme los ojos del sol y sonrío.

—Eres la mejor amiga del mundo.

—Y qué poco me pagas —bromea. Luego baja la voz para preguntar—: ¿Has descubierto algo nuevo sobre tu madre?

—No, y no sé por dónde empezar a buscar. El diario no menciona dónde vivía, y lo mismo pasa con Jackson. Me siento bloqueada, como si todo estuviera en blanco… Sé que podría buscar la asociación en la que trabajaba, pero este lugar es tan grande y, además, he empezado a pensar que no voy a encontrar nada que pueda ayudarla. Creo que me da miedo intentarlo en serio. —Mis dedos juegan en el aire un instante, como si estuvieran pulsando teclas invisibles, antes de que deje caer la mano en la cama con un suspiro entrecortado—. Al final va a tener razón Nolan con eso de que solo estoy huyendo.

—¿Quién es Nolan?

—Cené con él anoche. Es un hombre interesantísimo que tiene un perro con nombre de adivino que no adivina nada, que abrió el hostal porque perdió una apuesta con su difunta madre y que

defiende que en la pesca lo importante no es atrapar peces, sino quedarse con la caña en la mano y esperar.

—Me gusta. ¿Sabes si tiene amigos? —Las dos reímos, y entonces oigo a Vesta incorporarse—. En fin, tengo que dejarte. Mi jefe me está haciendo señas a través del cristal de su despacho para que me acerque. Creo que le ha llamado el verdadero director financiero. —Vesta empieza a tirar besos al auricular—. ¡Habla con Rain, arregla las cosas o no, pero decídete! ¡Y tómate el tiempo que necesites con lo de tu madre, Corazón, pero no lo desperdicies! ¡Y recuerda que te quiero, y para eso no hay peros que valgan!

Sonrío ante ese último comentario, le digo que yo también la quiero y cuelgo. Ahora todo parece mucho más sencillo, por lo menos en mi cabeza.

Hablar con Rain de lo que nos pasó.

Buscar a Jackson y hablar de lo que pasó con mi madre.

Volver a casa y conseguir que mi madre se ilusione con lo que pasará.

En la habitación flota un aroma a sudor, a perfume y a regaliz mientras me estiro y salgo de la cama. Ordeno mi rinconcito y me asomo discretamente al cuarto de baño, que se encuentra al fondo del pasillo, para asegurarme de que está vacío y aprovechar el momento de soledad para ducharme. Al regresar envuelta en una toalla y con los pies descalzos, escucho un mar de ronquidos saliendo de la habitación de los chicos. Me visto rápido: camiseta de rayas blancas y negras, pantalones deportivos y la bomber de Rain, que aún huele a él, a esa mezcla de tabaco y sándalo. Cuando salgo de nuevo al pasillo, descubro a Nostradamus mirándome con una paciencia infinita, su pelaje salpicado de tierra, sobre todo alrededor

del cuello, como si hubiese estado escarbando en algún rincón secreto de la ciudad.

—¿Te han mandado a buscarme?

No contesta, claro; ni siquiera ladra. Le acaricio la cabeza y, fiel como siempre, me sigue hasta la recepción. No hay señales de Nolan, así que decido hacerme cargo del perro para evitar otra escapada como la de ayer. Entro en la salita que hace de comedor, sintiéndome extrañamente confiada. Mis ojos relampaguean buscando a Rain y, por segundo día consecutivo, lo encuentro, pero tampoco hoy está solo. Esta vez se encuentra rodeado de chicas jóvenes con cara de turistas y una banda rosa cruzando sus hombros en la que se lee con letras grandes y brillantes: «Piénsalo: todavía eres libre».

—Buenos días, Ib.

A diferencia de ayer, Rain se gira para mirarme, aunque solo sea por un instante antes de apartar la vista.

—¿Quién es Ib? —pregunta la chica morena, atractiva de una manera casi intimidante, que está sentada a su lado.

—Yo. Yo soy Ib —respondo, sentándome frente a ella. Parto un *scone* en silencio y susurro el nombre de Nostradamus para que se quede quieto a mi lado.

—Qué nombre más raro —suelta, y yo sonrío, incómoda, mientras el perro lame mis dedos y se lleva las migas del panecillo como si fuera una aspiradora.

—Es un nombre del egipcio antiguo. Significa «corazón», y en los textos médicos de la época, el corazón…

—Yo me llamo Carley —me interrumpe—, que significa «mujer libre». —Se señala la banda rosa que cruza su pecho y se ríe

escandalosamente, apretándose contra Rain.

Tal como había deducido por la banda y por las diademas de penes, están de despedida de soltera. Carley se casa dentro de un mes con un jugador de béisbol, un tal Mike. No aporta más información sobre él que no incluya la palabra «famoso» repetida al menos tres veces en una misma frase; le doy la enhorabuena solo para que deje de decirlo.

El grupito es bastante dispar: Laura, la rubia, apenas participa porque está demasiado ocupada devorando cualquier pastel que lleve crema; las gemelas susurran entre ellas y solo sonríen cuando Carley habla, como si estuvieran programadas para responderle, y Ginger, la chica con una constelación de migas en los labios que está sentada a mi lado, se esfuerza por redirigir la conversación hacia temas en los que todos podamos participar. Su voz calmada y dulce me resulta familiar: es la misma que esta mañana pedía silencio mientras yo dormía. Sin duda, es la que mejor me cae.

Y luego está Rain. Habla con frases cortas, haciendo pausas innecesarias entre una palabra y la siguiente, como si su mente necesitara un segundo extra para decidir qué hacer o qué decir. Me recuerda a una máquina expendedora estropeada que tarda demasiado en soltar el producto, atrapada entre funcionar correctamente o quedarse atascada sin remedio. No parece enfadado, tampoco especialmente alegre. Es una versión de Rain que ya conocía, pero diferente: encantador y misterioso para los demás, pero solo misterioso para mí. Si tenía alguna esperanza de hablar a solas con él, se va desvaneciendo con cada pausa que hace, hasta que finalmente se agota por completo cuando dice:

—Las chicas nos han invitado a hacer turismo con ellas. ¿Te parece bien?

Evita mirarme a los ojos mientras habla, pero se fija en mi pelo húmedo, en que llevo puesta su chaqueta. Lo percibo en los pequeños gestos: el modo en que se muerde la yema de los dedos o cómo sonríe hacia el interior de su muñeca, intentando disimular.

—Claro, perfecto. —El interior de mi boca sabe a arándanos y a ceniza, pero mi corazón late nervioso, pesado, inquieto.

Nostradamus, que hasta ahora ha estado tranquilo, empieza a ladrar cuando ve a Nolan pasar por la recepción y sale corriendo tras él sin dudar.

«Traidor», pienso, observando a Rain de reojo.

Él me devuelve la mirada, pero solo unos segundos, el tiempo suficiente para ver una sombra comiéndose el verde de sus ojos. Para transmitirnos lo mismo.

«Sigo sin entenderte».

14

Existen muchas maneras de describir una emoción como la culpa, demasiadas. Autores como Kafka iniciaron la conversación diciendo que «la culpa no se da cuando uno ha hecho mal algo, la culpa le sobreviene a uno y no se va», y Margaret Atwood apuntó: «Quizá me reprocho a mí misma. Quizá me culpo por haber dejado que sucediera, por no haber hecho nada para detenerlo». Ottessa Moshfegh siguió diciendo: «Mi tristeza no era ninguna maldición. Era solo una elección: la culpabilidad que me infligía cada vez que intentaba olvidar», a lo que Sally Rooney respondió, dejándonos a todos sin ganas de argumentar: «A veces sentía que toda su vida estaba definida por lo que había hecho mal, por los errores que había cometido, por las cosas de las que se sentía culpable pero que ya no podía cambiar». Y yo estoy de acuerdo con ellos y, a la vez, creo que eligieron las palabras que convenían solamente a sus historias, porque la culpa es algo profundo, útil y resistente: la culpa es un hueso. Yo no elijo la culpa; sería bueno pensar, entonces, que la culpa no me elige a mí tampoco, aunque de alguna forma terminamos reconociéndonos, habitando un mismo cuerpo. Para mí, la culpa es un segundo esqueleto encima del primero, que se desarrolla y se resiente al mismo tiempo que la vida avanza y el curso del sufrimiento se mantiene como en un río.

Supongo que lo que intentamos explicar los escritores cuando hablamos de la culpa (y ya siento el peso en los huesos al calificarme a mí misma como escritora) es que es más que un sentimiento; es casi una forma de vida mandona a la que le preocupa no llevar la razón. Una presencia constante que no solo te recuerda que podías haber hecho más, sino que también te hace creer que aún puedes corregirlo. Y por eso aparece en cualquier momento, y por eso es tan difícil renunciar a ella. Si tengo esta relación con mi madre es precisamente porque la culpa me lo exige. Si concedo segundas, terceras y hasta cuartas oportunidades es porque la culpa impide que me rinda y me ilusiona pensando en el momento en el que valdrá la pena. Así que no puede ser tan mala, ¿no? Algo que me impulsa a perdonar y a entender a los demás merece respeto. Pero a veces, entre costilla y costilla, me arrepiento de lo que soy. Desearía que se hablara de mis dolores. Dar un golpe en la mesa y gritar: «¡Esto no está bien! ¿Cómo es posible que solo yo me dé cuenta?».

Bien, así me siento mientras caminamos hacia nuestra primera parada del día, el parque Stanley. Quiero demasiadas cosas y no tengo tiempo para ninguna, así que camino en silencio. La culpa… Se me olvidó mencionar que la culpa se alimenta del tiempo. Del que dejamos escapar, pero también del que ya hemos vivido, porque solo pueden mirarse cara a cara en la memoria. Quiero hacer turismo como una chica normal. Quiero empezar a investigar el pasado de mi madre. Quiero irme sola sin tener que dar explicaciones a nadie. Quiero irme con Rain. Carley y él están ligeramente rezagados, y el volumen de sus voces posee la cualidad de las hojas que caen, arrastradas por la brisa del océano: escala y

desciende, pero nunca toca el suelo. Me giro un par de veces, intentando descifrar qué tipo de amistad puede ofrecerle Carley. ¿Por qué parece más cómodo con alguien que apenas lo escucha? Si no supiera que tiene novia, pensaría que es una táctica holandesa para ligar. Y si no hubiera conocido a Rain cuando era un crío, cuando no tenía problemas para expresar lo que sentía con palabras o sin ellas, pensaría que esto es una fachada para que me mantenga lejos de él.

Porque ya no evita mirarme. Porque tengo la sensación de que necesita que yo lo mire primero.

Carley propone que alquilemos bicicletas para movernos por el parque. Rain responde con tranquilidad que él no puede montar en bicicleta, señala su cojera con una sonrisa de desconcierto. Nadie hace comentarios, aunque noto cómo Carley desvía la mirada hacia el suelo antes de proponer que sigamos a pie. El mundo se hace más amplio, rodeados de cedros, pinos y otros árboles altos y serenos. Un débil sol se cuela a través de sus ramas, creando sombras que se mueven lentamente sobre la hierba como si el tiempo también caminara, lento y sin apuros. Una de las gemelas grita porque ha visto una ardilla, nos reímos en distintos momentos, seguimos las señalizaciones hasta el primer lago. Pienso si la superficie se congelará en invierno y llego a la conclusión de que, si hubiera una competición de lagos, este se llevaría al menos una mención de honor. Es bonito y tranquilo y puedo contar las plantas de los rascacielos a lo lejos. Los cisnes flotan como fantasmas de agua. Pero yo me quedo con mi lago en Cold Springs. Tiene otro tipo de encanto, más cotidiano; siempre he visto el sentido de la maravilla en su reflejo.

Me obligan a posar en el muelle para hacernos una foto en grupo y Rain se pone a mi lado. Huele a tabaco, pero no está fumando. La chaqueta. Su chaqueta. No me ha pedido que se la devuelva ni parece que vaya a hacerlo, como si quisiera recordarme que sigo envuelta en algo suyo. Algo que parecen sus dedos me roza la espalda bajo la tela cuando suena el disparador, pero imagino que es el viento.

El sonido de mis pasos se mezcla con la cadencia sedosa de las olas cuando seguimos caminando por el sendero, con el mar a un lado y el bosque al otro. Ginger me habla para señalarme un cartel en el que avisan de la presencia de coyotes, y ya se queda conmigo el resto de la caminata. Me cae cada vez mejor porque no parece una persona de papel. Tiene un tono de voz bajo pero alegre, y unos rizos abundantes y algo encrespados. Le ha dado la vuelta a la banda rosa, «a ver si así parece un bolso y la gente me mira menos». Me cuenta que las chicas y ella se conocieron en el instituto, que son su grupo del cole, y yo asiento, fingiendo que sé de qué va eso de tener varios grupos de amigos. Mis amistades siempre han sido como islas dispersas en mi vida. Me pregunto si esa falta se nota en mi manera de ser cuando ella me cuenta que crecieron en Tacoma, aunque vive en Seattle y es profesora de infantil, cuando me da las gracias al decirle que aparenta menos de veintiséis años. Las gemelas tienen un estudio de yoga frente al Pike Place Market, y Laura es periodista y escribe en una columna de viajes, por lo que no suele quedarse mucho en ningún sitio. «Es la más lista. Nada le importa, pero lo vive todo». Cuando habla de Carley, se asegura de que estamos lo suficientemente lejos del resto

y me coge del brazo para acercarnos al mar, a la parte ruidosa del mundo.

—La gente a la que hay que rescatar nunca está dispuesta a rescatar a nadie —reflexiona, y su voz suena cansada, como si llevara años sintiendo esa frustración—. A veces pienso que espera que algo o alguien aparezca para cambiar su vida de golpe, pero nunca se pregunta qué puede cambiar ella misma.

—Pensaba que erais muy amigas —se me escapa, porque jamás se me ocurriría decir algo así de Vesta.

Ginger se muerde los labios, como si estuviera hablando más de lo que debería.

—Te pareces a mí. No quieres perder a nadie, pero no entiendes cómo hacer para que las cosas sean fáciles otra vez. Cuando Carley y yo éramos niñas, los profesores decían que parecía que teníamos pegamento en las manos, porque nos pasábamos el día juntas.

—¿Y qué os pasó?

—Crecimos —responde, encogiéndose de hombros—. Crecimos, cada una con lo que éramos. Y empecé a perdonarla. Y ya no he dejado de hacerlo. —Suspira—. ¿Alguna vez te has preguntado cuántas veces perdonamos de media en nuestras vidas?

—Supongo que depende de la persona.

—Todo el tiempo, Ib, perdonamos todo el tiempo. Cuando se retrasan en servirnos un café, cuando alguien hace lo contrario de lo que pedimos, cuando el mundo no brilla lo suficiente. Cualquiera puede perdonar con la boca; lo difícil es perdonar con lo de dentro. Casi nadie está dispuesto a poner el dolor de otra persona por encima del suyo. Y luego estamos nosotras, que perdonamos todas las veces que sean necesarias. Incluso cuando no deberíamos

hacerlo. —Su tono cambia, gira la cabeza para buscar a Rain con la mirada—. ¿Él sabe que ya le has perdonado?

Cuando Ginger acaba de formular su pregunta, el cielo se parte por unos segundos y se llena de pájaros. Rain mira hacia arriba, señalando el vuelo con sus ojos mientras su boca se mueve hacia un lado para seguir hablando con Carley, incapaz de interrumpirse. Vuelvo a ver dos personas en él, dos esqueletos superpuestos con pasados distintos.

—Todavía no he podido hacerlo —murmuro.

—¿Qué relación tenéis?

—Es complicado. —Hago una pausa para contemplar el paisaje, me recreo una vez más en la mezcla de lo verde y lo azul, el marrón de la tierra. Decido confiar en Ginger porque ella ha decidido confiar en mí primero—. Fuimos mejores amigos, luego desconocidos que se pensaban… y ahora supongo que somos una mezcla de esas dos cosas.

Me siento un poco incómoda porque tengo la sensación de haber dicho algo importante y, a la vez, siento que no he dicho nada en absoluto. Mi forma de caminar adopta una pausa deliberada, pero Ginger se mantiene a mi lado. Observa mi colgante, la chaqueta. Y niega lentamente con la cabeza después.

—Los amigos no se miran así —sentencia.

—Así, ¿cómo?

—Así. —Ginger mueve las manos como si quisiera estrujar y arrancarse el corazón, y después finge que me lo entrega.

Suelto una risita divertida, sin separar los labios, y me aparto el flequillo de la cara.

—Lo siento, pero te equivocas.

—¿Sabes lo que les digo a mis alumnos cuando empiezan a sentir algo confuso por el compañero de al lado, Ib? Que la amistad tiene un principio claro, como este mar, pero el final siempre es un misterio.

Llegamos a la plaza de los tótems y eso me salva de responder a Ginger, porque, sinceramente, no sé cómo hacerlo. Me parece un poco presuntuosa la idea del amor como un dolor anticipado, como sujetar a propósito una rosa por sus espinas. Observo a Rain frotándose la pierna cuando las chicas están despistadas contemplando lo que nos rodea. Sin embargo, cuando yo le pillo haciéndolo, su mano no se detiene. Quizá Ginger ha podido confundir la empatía instintiva que siento hacia él, la manera que Rain tiene de relajarse o de permitirse cierta debilidad cuando estoy cerca, con algo más. «Somos el recuerdo del otro cuando nadie más está mirando», eso tendría que haberle respondido a Ginger.

Frente a una hilera de árboles, o detrás, no sé quién reclamó esta tierra primero, hay nueve imponentes tótems de madera; su disposición, en una fila algo desigual, me recuerda a la constelación de Tauro, tal vez por la forma en la que las estrellas parecen dispersas, pero siguen un orden que mi mente reconoce. Cada línea, cada rostro tallado, forma parte de un patrón de color rojo, verde, azul… No consigo apreciar la sutil diferencia con el amarillo.

—¿Qué altura tendrán? —pregunta una de las gemelas. Creo que es la que se asustó con la ardilla.

—El pequeño mide seis metros —responde Ginger, y todos miramos a la vez el tótem con cara de pájaro, las alas extendidas en un abrazo congelado en el tiempo—. Son réplicas, los originales se retiraron hace muchos años para que no se dañaran.

Esta información no cambia la fascinación que siento. Mis ojos recorren cada fragmento, desde la parte inferior hasta la cabeza del tótem; leyendo, si se puede decir así. Carley pisa la hierba para acercarse y posar junto a las gemelas y Laura. Ponen morritos, empujan sus caderas hacia fuera, extienden los brazos en direcciones opuestas o hacen el símbolo de la victoria con los dedos. Ginger hace fotos, se nota que tiene prisa. El rosa de las bandas contamina esta atmósfera de perdurabilidad y me doy la vuelta, dispuesta a seguir caminando, pero descubro que Rain está a mi lado. Ahora sí que fuma.

—¿Qué crees que sienten las personas al morir por primera vez? —me pregunta.

—¿Acaso se puede morir dos veces?

Rain me mira con tristeza.

—Y muchas más.

Las chicas acaban con su sesión de fotos y todos decidimos, por unanimidad, dar por finalizada la excursión al parque Stanley.

El diario (III)

Han pasado solo unas semanas desde que Jackson y yo hablamos por primera vez, pero siento que lo conozco desde siempre. Es extraño, porque no soy de las que se sienten cómodas con la gente tan rápido, pero con él… no es lo mismo. Nos sentamos a hablar en cualquier rincón, como si el lugar no importara, y siempre me sorprende lo fácil que resulta estar a su lado. Las palabras fluyen sin esfuerzo, como si no existieran esas incómodas pausas que normalmente ocurren al principio de cualquier amistad. Con Jackson no hay necesidad de llenar los silencios, porque incluso en ellos encuentro esa sensación de compañía.

Ha tenido una infancia dura, como todos los que vivimos aquí, observando los árboles y sus ramas partidas. Sus padres emigraron a Vancouver desde Polonia. Conocían a alguien que les prometió trabajo y dinero, eso es algo con lo que muchos aquí también podrían identificarse. No es que no les saliera bien, pero la pobreza es como una enfermedad de los huesos. Crece y te sostiene, y por eso es tan difícil curarse y salir entero. El padre de Jackson murió por un accidente laboral cuando él tenía cinco años, y su madre siete años después por culpa de una neumonía, al no tener el dinero suficiente para pagar la calefacción. Le acogió un señor mayor con un fuerte acento italiano, cuando lo vio pidiendo en la calle, y como no quiso decirle su nombre, Jackson empezó a llamarlo «abuelo». El anciano le enseñó a fumar y a buscarse la vida con las manos. Tenía un huerto, y un puesto en el mercado donde vendía su propia verdura. Murió el año pasado.

Jackson dice que él también trabaja con las manos, pero nunca las veo manchadas de tierra. Solo amarillas, por el tabaco.

No sé exactamente cuándo empezó a pasar, pero estoy comenzando a sentir algo más por él. A veces lo comparo con lo que sucede cuando plantas una semilla. Al principio no notas nada; solo es tierra y una pequeña esperanza. Pero un día, de repente, asoma una hojita verde, y entonces te das cuenta de que algo ha estado creciendo en silencio todo ese tiempo. Eso es lo que me pasa con Jackson. Sin quererlo, sin buscarlo, algo dentro de mí ha comenzado a florecer.

Una de las cosas que más me gustan de él es cómo ve el mundo. Para él, todo tiene una historia, todo puede ser parte de un guion perfecto. Un día, mientras caminábamos, me soltó de repente: «Todo lo que me preocupa es que nunca supe qué tenía en mis manos hasta que lo dejé escapar». Le pregunté de qué película era esa frase, y me miró con una sonrisa traviesa antes de decirme que era de *Tú y yo*. En ese momento no pensé mucho en ello, pero hoy… hoy he entendido lo que quería decir.

Estábamos sentados en un banco, hablando de sus películas favoritas (otra vez, claro), cuando él mencionó *El hombre tranquilo*. No la he visto, pero él insistió en contarme el argumento: un boxeador estadounidense nacido en Irlanda se retira y regresa a su pueblo natal para reclamar la tierra de su familia. Termina enamorándose de una mujer de carácter fuerte mientras lucha por lo que ha ido a buscar. Jackson me miró, con esa sonrisa que siempre me desarma, y me dijo de repente: «Hay algo en ti que quiero más de lo que nunca he querido nada en mi vida». Me reí, sin saber muy bien qué decir, pero sintiendo una calidez especial al escucharle.

Entonces él se inclinó hacia mí. Esperaba algún gesto un poco más romántico, además de una declaración de película. No sé, algo que le hubiera puesto nervioso, palabras que hubiera tenido que inventar. Sus labios, cálidos y seguros, rozaron los míos con una delicadeza que me dejó sin aliento. Estoy segura de que

no he sido la primera chica a la que ha besado (Jackson tiene veinte años y una manera de usar la boca particularmente poderosa), pero él sí que ha sido mi primer beso. No se lo he dicho, él tampoco ha hecho ningún comentario. Se ha apartado, y me ha dado la sensación de que he tardado demasiado en abrir los ojos de nuevo. Jackson se mordía el labio, y suspiraba mi nombre. «Ay, Nailah».

Quizá ha salido bien. Quizá vuelva a buscarme mañana, y podamos repetirlo pronto. Nada me haría más ilusión. Compartir mi vida con él, y que no se acabe.

15

Regresamos al hostal para coger los coches y visitar otro de los lugares emblemáticos de Vancouver: el puente colgante Lynn Canyon, situado en un bosque donde parece que llueve siempre, más propio de un clima británico que canadiense. El aire aquí es distinto, húmedo y fresco, y a veces tengo la impresión de que me gotean las pestañas y la nariz. Bajo la suela de mis zapatillas, el terreno cambia entre la madera de las pasarelas y la tierra compacta, pero siempre temo resbalar. La corteza de los árboles más viejos (¿por qué sabemos que algo es viejo cuando lo vemos?, ¿quizá tiene que ver con la luz, con la falta de brillo?) está cubierta de musgo, y sus ramas son tan densas que casi no dejan filtrar los rayos de sol. Le pregunto a Rain varias veces si quiere recuperar su chaqueta, pero cada vez responde que no de forma más brusca, así que dejo de insistir.

A Ginger y a mí nos une de nuevo un cartel sobre un posible avistamiento de osos negros. No me preocupa especialmente; a Ginger, tampoco. «Si ves un oso negro, ataca. Si es marrón, túmbate. Si es blanco, despídete». Su valioso consejo de supervivencia deriva en una conversación sobre el lento declive de nuestra juventud, la salud física y mental.

—Puede que tuviera una muerte traumática a manos de un oso de cualquier color, pero yo no iba a recordarlo. En cambio, podemos pasar años o el resto de nuestras vidas sobreviviendo a todo tipo de traumas, y nadie habla de cazarlos.

Las palabras de Ginger quedan ahogadas por el gritito de Carley cuando empezamos a cruzar el famoso puente colgante. Levanto la vista y la veo sujeta al brazo de Rain. Él sonríe como un niño y se balancea sobre la madera, y el puente oscila y Carley grita más. Otro grupo de turistas que está cruzando a la vez que nosotros se ríe junto a las gemelas. Laura ya está al otro lado, envuelta por el verde vibrante y abullonado de los árboles. Apenas se distingue el cielo.

—Estoy de acuerdo contigo. Sales del trauma, pero el trauma no sale de ti —digo, dando pasos cortos sobre el puente mientras evito mirar hacia abajo. Puedo oír el eco de un río golpeando las rocas, pero estamos a una altura tan elevada que es imposible distinguirlo.

—¡Exacto! —Ginger se aferra al pasamanos, su hombro más adelantado que el mío porque la pasarela es demasiado estrecha para que crucemos a la vez—. Pagaría por ver carteles explicando los síntomas de la depresión en los pasos de peatones, o señalizaciones en los parques para que los niños supieran qué hacer en caso de abuso o maltrato. No hace falta que sea tan profundo, la verdad. A veces solo me gustaría encontrarme un letrero luminoso que me ayudara a reconocer si me estoy equivocando o no. Alguien ha tenido que vivir mi vida antes que yo. Hemos sido infinidad de personas a lo largo de la historia, quiero decir. Si dejáramos un manual de instrucciones para los que vienen…

Mis dedos dibujan un infinito sobre la red de protección que hay entre el pasamanos y el borde del puente. Casi estamos en la mitad.

—Una flecha —murmuro, y dejo caer la mano—. A veces solo hace falta seguir en una misma dirección.

—¡Sí! ¡Sí, eso es! ¿Por qué todo será tan complicado?

—Creo que las personas felices son las que no se replantean nada.

Rain hace temblar el puente de nuevo, pero esta vez Carley decide saltar en un extremo, lo que nos pilla completamente desprevenidas. Ginger suelta un grito entre divertido y asustado, pero no ha soltado el pasamanos, por lo que su cuerpo apenas se inclina hacia delante mientras el puente oscila peligrosamente. A mí no me da tiempo a reaccionar. Las protecciones son altas, pero cuando me precipito hacia el borde, mi pecho impacta contra la barandilla de madera, vaciando todo el aire de mis pulmones. Me quedo ahí, paralizada, y todo sigue temblando a mi alrededor.

Es culpa de la sensación. La sensación de caer.

Mis manos tiemblan y mis ojos ya no ven lo que me rodea. El bosque y sus árboles, el puente…, todo desaparece. El viento azota mi cara, frío, seco. Todo me empuja, todo me arrastra. Las personas a mi alrededor dejan de existir. Puedo oírlos, todavía. Los gritos. Mis gritos. El sonido, como el de un trozo de hielo en una bebida templada. Cierro los ojos y entonces veo un tejado. Una casa. Una mancha de sangre que se extiende sobre el suelo con la forma de un racimo de uvas. Y yo estoy observando desde arriba, y siento tanto miedo… El miedo que debió de sentir ella.

—¿Ib? ¿Estás bien?

La voz de Ginger me parece distante, flotando entre los ecos de mi mente. «¿De qué color eran las tejas?». No consigo recordarlo. ¿Blancas? ¿Gris claro? El bosque murmura algo en un idioma incomprensible y mi cuerpo se desploma. Mis piernas se doblan, la

chaqueta me resbala por los hombros y no consigo respirar. Cada bocanada de aire es un esfuerzo inútil. Mis pulmones se niegan a obedecerme. El pecho me arde.

Así tuvo que sentirse ella. El pánico. El terror. Es terrorífico. La sensación de caer.

—Ib.

Una voz masculina me llama desde algún lugar lejano, como si viniera de las nubes.

El sudor me cubre la frente y suelto una risa vacía, estrangulada, como si Dios quisiera castigarme por no poder escapar de este miedo. Noto los hombros fríos, las piernas tan tensas que podrían partirse como una ramita en cualquier momento. «¿Qué ruido harían mis huesos al partirse? ¿De qué color eran las tejas?».

—Ib, abre los ojos. Respira.

Es Rain. Está enfrente de mí, apartándome las manos de la cara. No sé en qué momento he empezado a llorar, pero mis dedos están húmedos, me arden las mejillas también, y lo veo todo borroso. Mis lágrimas distorsionan el mundo.

«¿De qué color eran las tejas?».

—Ib, sigues aquí —dice con firmeza. Su voz corta el caos. Su presencia llena el vacío. Me inclino hacia delante, pero sus manos me sostienen. La realidad empieza a volver, a filtrarse poco a poco a través del recuerdo. El brillo del metal de sus *piercings*. El olor a tabaco, que inunda mis sentidos. La respiración de Rain, tranquila—. Estás bien. Sigues aquí.

Pero yo trago saliva y niego con la cabeza, o al menos lo intento. No es la respuesta que necesito escuchar. ¿Por qué nadie sabe responderme? El miedo nos hace extraños, incluso a nosotros

mismos. Nos cierra los ojos, nos aleja de todo lo que queremos tocar. Nacemos pintados por el miedo. Morimos pintados por el miedo. Tiene su propio color, pero esa nunca ha sido la verdadera pregunta.

«¿De qué color eran las tejas cuando mi madre saltó del tejado?».

Todo se mezcla, el presente y el pasado. Veo el tejado una y otra vez, la mancha de sangre cuando se llevaron el cuerpo de mi madre, pero también veo a Rain, siento sus dedos mordisqueados en mis mejillas, acariciando mi cara y sujetándola a la vez. Hago un esfuerzo y trato de calmarme. «No le temo a las tormentas porque estoy aprendiendo a navegar mi barco». Repito esa frase de *Mujercitas* en mi mente, la novela que estaba leyendo cuando sucedió todo aquello, pero al principio suena vacía, sin fuerza. La repito de nuevo, y una vez más. Y entonces, poco a poco, siento cómo la presión en mi pecho disminuye. Rain me mira, me pide que respire con él, y trato de seguir su ritmo. Su respiración lenta, constante, marca el compás de mi regreso a la realidad.

Todo está aquí, otra vez. El frío del viento, el calor de mi piel aplastada bajo su contacto. Rain prácticamente se ha tumbado sobre el puente para poder llegar hasta mí. Nos miramos a los ojos hasta que el temblor desaparece. Él sigue sin soltarme cuando lo recuerdo.

Blancas. Las tejas eran blancas.

La chica que perdió su corazón

Mi padre era profesor de Filosofía en un instituto de Reno. Así conoció a Kate, que entró para hacer una sustitución en Cálculo Avanzado. De esto me enteré más tarde, por supuesto. Cuando tenía dieciséis años, Kate era un conjunto de palabras ordenadas con meticulosidad: «He quedado con unos amigos», «Volveré por la noche, tengo que corregir unos exámenes», «Este fin de semana no dormiré en casa: hay una excursión con la escuela al Gran Cañón». Mamá había empezado a hacer voluntariados sociales los sábados, aunque seguía deprimida, y yo me sentía especial porque papá me daba cincuenta dólares y permiso para hacer lo que yo quisiera, con la condición de que volviera tarde a casa, pero siempre antes que mi madre, para que no se preocupara. Nunca fue así de explícito, o yo habría sospechado. Tal vez no. Tal vez solo crecemos cuando algo nos hace daño, como si fuera necesario rompernos un poco para entender lo que significa ser adultos.

Era una época extraña, además. Todo parecía lo mismo y, a la vez, era difícil encontrar algo que siguiera funcionando exactamente igual entre los Cook y los Jones. Los padres de Rain ya no nos invitaban a los cumpleaños. Nuestras madres seguían viéndose para tomar café en mi salón, pero las visitas eran cada vez más espaciadas, y siempre parecían obedecer a alguna excusa. Papá ponía los ojos en

blanco cuando el padre de Rain venía a pedirle la caja de herramientas. Yo, mientras tanto, intentaba mantener los mismos rituales, comportarme como si el tiempo hubiera decidido concederme el deseo de detener sus manecillas para que pudiera adaptarme a todos los cambios, o deshacerlos. Seguía yendo con mi madre a hacer la compra. Asistía a las actividades que organizaban en el centro familiar los viernes por la tarde mientras los chicos de mi edad se escapaban a la ciudad o hacían fiestas a escondidas en casa de sus padres. Me movía en bicicleta, no usaba maquillaje, seguía siendo la primera en entregar los trabajos de Literatura. Algunas de esas cosas las disfrutaba, otras me avergonzaban profundamente. Quería crecer, pero sin condiciones, sin tener que renunciar a nada. Recuerdo que le pregunté a mamá por qué el mundo parecía perder brillo cuando me hacía mayor, y ella me dijo que a veces no hay razones que expliquen por qué unas cosas duran y otras se agotan antes de tiempo.

Lo que me lleva a Rain, claro. Ib y Rain. Pasamos de ser inseparables a pensarnos sin esa conjunción de por medio. No hubo una gran pelea, ni un momento concreto al que aferrarse para culpar a alguien, ni un error del que arrepentirse. Solo nos quedamos sin respuestas, sin una forma de volver atrás, y quizá eso fue lo más difícil de todo. La primera vez que no nos entendimos.

Aquel último año en Cold Springs, Rain dejó de sentarse a mi lado en el instituto. Se pasaba las tardes entrenando, pero ya no me pedía que fuera a verle ni que gritara su nombre en los partidos como cuando éramos pequeños. Ahora había muchas voces haciéndolo por mí, voces que no rompían nada, que no llegaban tan lejos como lo hacía la mía, o al menos eso creía por aquel entonces.

Sabía que su padre seguía siendo duro con él porque los días en los que discutían, Rain se tocaba las manos como si le ardieran al llegar a clase y contaba hasta cien en voz baja. Yo lo veía todo desde la distancia: las sonrisas falsas, alguna que otra mirada por error, el silencio que bullía entre nosotros cada vez más rápido y primitivo. Dejé de escribir para vivir, porque pensaba que el problema era yo y la manera en la que había empezado a medir el mundo. Me preocupaba la muerte. Me preocupaba lo que los demás tuvieran que decir de mis historias. Me preocupaba no encajar nunca en las formas imperfectas de mi cuerpo. Me preocupaba que mi pelo no tuviera volumen. Me preocupaba cómo me veían las chicas, pero, sobre todo, lo que pensaran los chicos. Me preocupaba lo que pensara Rain.

El psiquiatra de mi madre, el doctor Mittman, me dijo una vez que intentara imaginar mi mente como una planta de reciclaje. Las ideas más oscuras o dañinas son residuos pesados, pensamientos que no llevan a ninguna parte. Pesan, ensucian. Lo mejor es dejarlos fuera; no todo lo que pasa por tu cabeza merece quedarse. Después estarían los pensamientos que parecen complicados, confusos, difíciles de clasificar. No es que sean malos, pero no estás listo para enfrentarte a ellos. Los pones en pausa, los apartas por un tiempo. Sabes que si tienes paciencia, si les das un espacio para reposar, un día podrás convertirlos en algo útil. Y, finalmente, están esos pensamientos claros, ligeros, que llegan sabiendo qué lugar ocupar en tu vida. Son los que te ayudan a avanzar, los que reciclas con facilidad, los que te dan algo a cambio. Y así funciona: filtras, dejas ir, conviertes. Porque, al final, el secreto está en saber qué merece quedarse y qué debe desaparecer para siempre.

Rain vivía en cada rincón de mi mente. No sabía qué hacer con él. Había recuerdos que pesaban demasiado, que se quedaban suspendidos entre lo que no podía reciclar y lo que aún no estaba lista para entender. Cuando pensaba en rendirme y aceptar que ya no éramos amigos, me veía a mí misma una tarde de otoño a los once años, dando un paseo por el parque, riéndome mientras Rain trataba de trepar a un árbol para alcanzar una hoja que yo le había señalado desde abajo. Me lanzó la hoja y luego bajó para caminar junto a mí. Rain era una constante y nunca había tenido problemas para demostrarlo, como en nuestro primer día en la escuela, cuando me caí en el recreo y todos se rieron. Él no dijo nada, solo me pasó el brazo por los hombros y caminó a mi lado como si fuera la cosa más natural del mundo. En esos momentos, él sabía exactamente qué hacer, exactamente quién debía ser. Fue así durante dieciséis años. A pesar de que él ya no me quería a su lado, para mí seguíamos siendo dos. No podía explicarse. Habíamos vivido todos los fenómenos juntos. Siempre estaba yo y luego Rain.

Por eso guardaba todo el dinero que me daba mi padre aquellos sábados. Dejé que imaginara que me escapaba al pueblo de al lado, que cogía autobuses para conocer a chicos, que iba de compras a Reno con unas amigas que no tenía. Mi plan era esperar a cumplir los dieciocho, la edad en la que, según mi frustrada mente, mi madre dejaría de sobreprotegerme, en la que sería libre para hacer todos esos planes que había imaginado junto a Rain años atrás. Porque seguiríamos siendo amigos, teníamos que serlo. Teníamos que retroceder en el cambio o, mejor aún, volver a cambiar y encontrarnos en el mismo lugar.

Cada sábado llamaba a Rain y le pedía que me acompañara al lago para hacer tiempo. A veces aceptaba; otras tenía entrenamiento o planes con su nuevo grupo de amigos, entre los que estaba Annie, una chica de clase que se reía de mí en los recreos cuando me veía sola leyendo. Decía por ahí que era la novia de Rain, pero él nunca me había contado nada. Cada sábado lo desmentía. Y yo estaba enfadada con él por eso.

No recuerdo que el sábado en el que descubrí que mi padre le era infiel a mi madre fuera diferente al resto. Los picos de las montañas tenían nieve, pero el sol brillaba sobre la superficie del lago y sus reflejos eran como estrellas líquidas. Rain apareció tarde, como siempre. Tuvimos que hablar de algo. Quizá le pregunté qué nos estaba pasando, cuando en realidad lo que quería saber era qué me estaba pasando a mí. Por qué no encajaba, por qué las chicas y los chicos del pueblo me evitaban, por qué los padres de todos cuchicheaban cuando veían a mi madre. Era mi forma de suplicarle una respuesta que, en el fondo, me aterraba escuchar. Porque sabía que no era culpa de mi madre estar deprimida y no esconderlo, como otras personas hacían, pero ese último año me sentía sola, y había empezado a pensar demasiado las cosas, y eso me hacía discutir más con ella. Quería que se esforzara. Quería que todo volviera a ser como antes, aunque tampoco estuviera bien.

No recuerdo lo que hablé con Rain, si acaso dijo algo; solo que volví a casa antes de tiempo, y sorprendí a papá y a Kate en el sofá. Yo todavía no sabía su nombre, claro. Estaban a medio vestir y reían mientras veían la televisión. Ella tenía las piernas encima del regazo de papá y él le masajeaba las rodillas con ternura, y por eso supe que lo suyo era algo más que una aventura. Hubo caos aquella

tarde, caos y muchas lágrimas. Papá me hizo prometerle que no diría nada a nadie, que los adultos cometían esa clase de errores a veces, que tenía que darle tiempo para solucionarlo. Me juró que amaba a mamá y que era un buen hombre, pero lloraba como si fuese mentira, como si solo quisiera ese tiempo para recordarlo todo de Kate antes de despedirse, cuando debía estar preocupado por mamá, por mí.

Mi primer instinto fue llamar a Rain. Solo con él podía desgarrarme de esa manera, sacar las verdades más extremas y dolorosas que guardaba a ojos del resto. Le conté lo que había descubierto, lo mal que me sentía teniendo que ocultarle algo así a mi madre, el miedo abismal a ver destruida mi familia si ese secreto salía a la luz. Confiaba en él. Habíamos vivido en las mismas sombras, después de todo.

Y entonces Rain hizo algo que jamás hubiera esperado de él: me demostró que el tiempo lo había cambiado para siempre y se lo contó todo a sus padres.

Pasé meses preguntándome por qué lo hizo. Meses enteros buscando una respuesta, con días largos de ojos secos y soledad, con noches de insomnio y soledad, con madrugadas de escritura y soledad. Pero ¿cómo puedes olvidar a alguien que no entiendes? Sentía que me estaba enfrentando a algo que había caído del cielo desde otro planeta, y que se esperaba de mí que pudiera buscarle una función rápidamente, y que fuera algo así como revolucionaria y real. Al principio quise hablar con él, darle la oportunidad de explicarse, pero el solo hecho de pensarlo me hacía vomitar. Y mi madre me necesitaba. Así que intenté que Rain fuera otra persona en mis respuestas. Intenté justificarlo todo desde los huesos: yo no

había sido suficiente, yo no había cambiado a tiempo, yo no había sido justa al cargarle con aquel secreto. Pero eso solo me ponía más y más triste. Entonces decidí odiarle, pensando que eso sí podía hacerlo, pero no conseguí creerme que lo que habíamos vivido antes de nuestro distanciamiento no hubiese sido real. El pensamiento quemaba más y más, como lava. Así que me rendí y me limité a seguir adelante, lejos de esa otra vida. Supongo que todas las respuestas que me había dado a mí misma durante ese periodo de incertidumbre se quedaron en mí, que en mis últimos años de adolescencia me comporté como una esponja que lo absorbía todo. Acepté que Rain se convertiría en un recuerdo. Un recuerdo bueno y malo, feliz y triste, pero un recuerdo que debía atesorar hasta que finalmente pudiera dejarlo ir.

Ojalá pudiera hacer lo mismo con lo que pasó.

Ojalá pudiera olvidarlo.

Ojalá nunca hubiera estado allí para verlo.

Mi madre llegó del voluntariado, con la señora Cook esperándola a la entrada del pueblo. El mundo parecía haber decidido que todo ocurriera de golpe, ese mismo día. Yo estaba en mi habitación, tratando de contener las lágrimas, presionando el dorso de las manos contra mis párpados porque pensar me hacía llorar, recordar me hacía llorar. Y entonces mi madre entró en casa, y supe al instante que lo sabía todo. Como aquella vez, cuando era pequeña y olvidé recoger mis canicas de la carretera antes de volver a casa. Me enteré de que otro niño había tenido un accidente con su bicicleta, y de repente las recordé, incluso antes de que alguien nombrara el lugar del accidente o el motivo. Me sentí igual mientras escuchaba discutir a gritos a mis padres, espiando desde los huecos de la

barandilla del primer piso, como si desde el momento en el que hablé con Rain, ese instante hubiera sido inevitable. Mamá se tiraba del pelo, avanzaba y retrocedía con las manos extendidas sobre el pecho; siempre creí que lo hacía para que nadie más viera cómo temblaban. Papá se defendía y culpaba de todo al amor, que de repente no era una fuerza mágica y gloriosa, sino un mueble o unas botas, algo que se desgasta y se sustituye. Recuerdo que mi padre salió a la calle después de que mi madre le empujara, recuerdo ir corriendo detrás de él porque no quería que se fuera. Mi madre susurró mi nombre al verme, como si hubiera olvidado que éramos tres en esa casa. A veces tenía la sensación de que pensaba que éramos más, otras que menos: ella y yo, papá y ella, papá y yo, ella. Recuerdo llorar y el dolor en la planta de los pies porque había salido descalza a sujetar a mi padre e intentar que entrara en casa.

Lo siguiente que recuerdo es el sonido que hizo mi madre al caer desde el tejado.

Nadie intentó convencerme de que mi madre no se había tirado. Nadie me dijo que había subido al tejado para pensar o para estar tranquila, que se había resbalado antes de que empezara nuestra nueva historia. Los médicos fueron claros. Mi padre fue claro. Mi madre, aunque nunca lo haya verbalizado, también me lo dejó claro. Cuando siguió abandonándose. Cuando no volvió a ser la madre que yo recordaba.

Desde entonces vivo como en un baile en el que tengo que adaptarme constantemente, en el que cada equivocación es un riesgo. La música no deja de sonar, y tiene el ritmo de un reproche, y es alta como una alarma, y solo se activa cuando alguien sufre. Porque siempre pienso que debería haber hecho algo para evitarlo,

como si el dolor de cada mundo fuera una consecuencia del mío. Nunca me preocupo por disfrutar de ese baile, aunque no deje de moverme.

Nunca he vuelto a ver la vida como algo más que un escenario en el que lo importante es que nadie deje de bailar.

16

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí arriba? —me pregunta Rain, y yo pongo la misma mueca que al golpearme el dedo meñique contra la pata de una mesa.

Después de mi incidente sobre el puente decidimos hacer una pequeña pausa para almorzar en una cafetería cercana al estacionamiento. Rain y yo estamos en una mesa y las chicas se han sentado en otra mucho más alejada, con un mejor paisaje: una mesa pegada a la barandilla, que está pegada al bosque, que está pegado al puente, pero que a mí, de una manera muy poco sutil, me ha sido denegada. Las chicas me observan además como si me hubiera salido una segunda cabeza de repente, ramificada como un árbol; todas menos Ginger, que continúa pálida y le da sorbos pequeños a su lata de Coca-Cola. Me sabe mal por ella; seguro que sigue sonriéndome aunque aparte la mirada, pero el eco de la vergüenza retumba en mi pecho como un tambor silencioso. Busco mi colgante a través de la tela algodonosa de la bomber, respiro un poco mejor al comprimir la textura del corazón entre los dedos.

—Estoy bien, Rain —murmuro—. Solo ha sido un ataque de pánico.

—¿Cómo que «solo ha sido un ataque de pánico»? —Se inclina sobre la mesa, la voz baja y el pecho subido. Parece preocupado y

enfadado y aliviado. Todo a la vez—. ¿Por qué lo dices así, tan tranquila?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Dímelo y lo haré.

No sé interpretar lo que late en su mirada, así que agacho la cabeza y empiezo a jugar con la cremallera de su chaqueta. Miento: he visto la misma sombra que deben de tener mis ojos cuando voy a visitar a mi madre al centro y pienso, mientras mi mano roza la manija de la puerta, que no voy a encontrarla esta vez. Es algo instintivo, como escribir o tener hipo.

—Estabas allí, ¿verdad? Cuando tu madre saltó del tejado —dice Rain, lo que me hace levantar la mirada de nuevo. Su voz es suave y tiene los brazos cruzados sobre la mesa. Apenas se le ven los tatuajes.

—Pues claro, Rain. —Me froto las manos—. ¿Por qué finges que no lo sabes?

—Porque no tenía ni idea, Ib —responde, y su media sonrisa es triste y sincera—. ¿Nunca te has preguntado por qué…?

—Sabes que sí.

El sonido de las hojas agitándose en los árboles llena el posterior silencio. Entonces, Rain murmura:

—Estaba asustado. Cuando me contaste que tu padre le era infiel a tu madre y que no debías decir nada —me explica con voz irregular—. Estaba asustado por ti.

Quiero volver atrás en el tiempo y zarandearme. De todas las cosas que pensé por aquel entonces, esas palabras nunca sobrevivieron demasiado en mi cabeza. No me las creía. Y habrían hecho mi vida más dulce. Ahora, sin embargo, me limito a esperar y a apretar los dientes para que nada escape desde dentro. Rain

parece entenderlo: que no volveremos a tener otro silencio como este. Sus párpados tiemblan ligeramente, puedo percibir la tensión en sus hombros y en la manera en la que se rasca la barba, y entonces dice:

—¿Sabes qué tienen en común la tristeza, el miedo o el atrevimiento para algunos evangelistas? No importa de dónde procedan: si restauras tu relación con Dios, serás perfecto a sus ojos. ¿Sabes lo que piensan algunos evangelistas si te niegas a hablar con Dios? Que no mereces nada. Que no eres nada. —Parece que lleva esas palabras tatuadas bajo la piel, por la manera que tiene de recitarlas, como si las oyera permanentemente. Como si no pudiera escapar de ellas—. Mi padre me decía eso cada día. Y otras cosas mucho peores. Y hablaba de la gente que no era fuerte de mente como él con desprecio. Hablaba de…

Por la manera de interrumpirse, sé lo que va a decir: «… de tu madre». Cierro los ojos un par de segundos y el bosque desaparece, pero Rain no. Rain sigue hablando:

—Fue peor con los años, como una plaga silenciosa, cuando el trabajo en la fábrica empezó a dar menos dinero y exigía cada vez más horas. Mi madre tenía su fe, que era como una ventana abierta para todo el mundo, pero la de mi padre era cada vez más estrecha, hasta que dio la impresión de que solo podía asomarse él. Hizo de mi adolescencia un infierno, Ib. No podía escuchar la música que me gustaba. Me obligaba a ayunar cada vez que le desobedecía. Me sorprende que me dejara entrar en el equipo de fútbol, pero se las arregló para hacer que me arrepintiera de esa elección cada día. Cada puto día, Ib. —Y enfatiza la pausa dando un golpe en la mesa,

y yo doy un pequeño salto, y mis labios se despegan—. Y yo me consideraba un rebelde, pero creo que solo sobrevivía.

—No sabía nada de esto, Rain.

—No se lo conté a nadie. Quejarme también era un pecado.

—Tu padre no aprobaba nuestra amistad —asumo entonces, y Rain asiente.

«¿Por eso te alejaste de mí? ¿O en el fondo no querías que yo también pensara que eras débil?», me pregunto.

—Mi padre se obsesionó con las buenas familias, y yo me obsesioné con escapar. De todo —añade, y me da la impresión de que quiere decir más, mucho más, pero se muerde el labio y se queda callado.

—Sigo sin entender por qué les hablaste a tus padres de lo que pasaba en mi familia.

—Joder, Ib, ¿no recuerdas cómo estabas?

—¿Yo?

Me estremezco como los árboles que nos rodean ante la poca gentileza del viento. Me estremezco porque en los recuerdos que puedo alcanzar hay algo que no me pertenece, algo que nunca ha sido mío.

—No parabas de llorar —dice Rain, como si él tuviera su propia versión de todo este enredo—. Te estremecías. Decías cosas…, decías cosas que daban miedo, que me recordaban a tu madre. Decías…

—No quiero saberlo —le interrumpo, y Rain hace una mueca, como si de verdad todo esto le doliera.

—Estaba desesperado. No quería hablarlo con nadie, pero necesitaba oír que ibas a estar bien. No sé qué se me pasó por la

cabeza, pero dentro de toda aquella locura moral, de aquel sinsentido, mis padres también hablaban de un perdón. Pensé que ellos podían ayudarte. Mierda, Ib, pensé que… ellos eran los adultos. No paraban de repetirlo. Solo necesitaba oír que ibas a estar bien —repite—. Nunca había estado tan mal por nada en mi vida. En serio. Nunca me había sentido tan impotente. Quería ayudarte, pero no sabía cómo. Estábamos tan distanciados, además. Ellos me prometieron que no dirían nada, y yo les creí. Entonces llegó el lunes, y tú no fuiste a clase. Tuve que enterarme por Annie de lo que había pasado, por los otros chicos. Estaba… estaba histérico, Ib —dice, pasándose las manos por la cara—. ¿Sabes qué me dijeron mis padres cuando les pedí explicaciones? Mi madre parecía arrepentida, pero mi padre dijo que tu madre era otra pecadora más y que si volvía a mencionar tu nombre otra vez o el de tu familia, me sacaría del colegio para educarme él mismo en casa. Que no iba a soportar más tonterías. Y yo… yo pensé que me odiabas, porque en ese instante me odié a mí mismo.

Rain se detiene. Ante tal incontinencia de argumentos, no puedo hacer más que cerrar los ojos. Tengo tantas voces dentro de mí que no soy capaz de escuchar ninguna. He pasado los últimos cinco años intentando entender por qué lo que yo tenía que ofrecer no era suficiente, si quizá los pensamientos que tienen otras personas sobre mí son esencialmente desiguales a la visión que tengo de mí misma, y por eso la traición, y la culpa. Pero resulta que fue otra cosa. El miedo, como una barrera invisible, impidiendo que nos cuidemos los unos a los otros, una vez más.

—Me preguntaste cómo me sentí al saber que nunca volvería a Cold Springs —murmuro—. Pero yo habría vuelto, Rain. Si lo hubiera

sabido.

—Y yo quise que volvieras —dice él—. Pero me daba miedo que me odiaras.

Sacudo la cabeza con insistencia.

—Nunca habría podido odiar algo tan bueno. Pensaba que había sido tu elección, y no la de tu padre. Que nos distanciáramos.

—¿Cómo puedes decir eso? —Me mira y niega con la cabeza a la vez—. Si éramos… tú y yo…

Pero se interrumpe, aparta la mirada, y yo sé que otras palabras más importantes no tardarán en borrar lo que estamos diciéndonos, y de pronto que nada dure demasiado tiempo me parece el verdadero perdón.

—Entonces ¿fueron reales? Esos años que pasamos juntos. Los que tendrían que haber venido después.

El corazón me late en los labios cuando Rain mueve los suyos para responder:

—Tú eres lo más real que me ha pasado nunca.

Pero ser sincero con la boca es más fácil.

—No sé cómo compartir esto contigo sin que todo se derrumbe —le digo, y a él parece enfadarle que nos veamos obligados a comunicarnos con preguntas, que el pasado sea un terreno tan frágil, cuando debería ser el cimiento sólido de todo.

—¿Tienes una buena vida, Ib?

Me muerdo el labio, tratando de buscar las palabras exactas.

—Quizá. Es decir, podría tener un piso mejor, más amigos, tiempo para escribir, una pareja… Podría haber visitado más países, haber cuidado mejor de mis plantas. Ver a mis hermanos todos los meses. —Suspiro con la mirada puesta en los árboles, en el cielo azul y gris

—. Pero también podría haber pedido perdón más veces o haberme rendido en tantas, tantísimas cosas. De modo que sí, supongo que tengo una buena vida. Y, a la vez, me gustaría tener otra…, pero eso nos pasa a todos. Estamos permanentemente insatisfechos, marcados por la tragedia o la comodidad. ¿Alguna vez has pensado en retroceder hasta el primer error que cometiste para hacer las cosas bien? Imagino que sí. Igual tenemos el mismo error en la cabeza. Pero yo siempre pienso que aparecería otro primer error, y luego otro, y al final pasaríamos más momentos manipulando el tiempo que viviendo. —Me encojo de hombros y la chaqueta se resbala—. Tal vez acumular errores sea una de las pocas maneras de demostrar que estamos vivos. Y yo me alegro de estar así de viva.

Sonrío cuando vuelvo a mirar a Rain. A él casi se le cae el cigarrillo de la boca, no me había dado cuenta de que estaba fumando.

—¿Qué debo hacer?

—¿Mmm?

—¿Cómo puedo ayudarte? Si te vuelve a pasar. El ataque de pánico —especifica al ver que no comprendo.

Él también me sonríe ahora. Y yo, por algún motivo que se me escapa, me ruborizo.

—Bueno, no jugar a balancear un puente a cientos de metros del suelo estaría bien. —Su sonrisa se congela—. Era una broma. No tienes que reparar nada, si eso es lo que te preocupa. Ya te he perdonado, Rain.

Y es verdad. No podía acercarme a Rain sin que la culpa se colara entre nosotros, pero ahora, después de escuchar su historia, comprendo mejor sus razones. Ninguno de los dos entendía el peso que nuestras decisiones tendrían. Yo esperaba que Rain cargara con

mi dolor, como había hecho siempre. Pero Rain, que nunca había buscado refugio en sus padres, lo hizo al verse sobrepasado por la situación, creyendo que al ser la primera vez todo saldría bien. No éramos niños, pero tampoco adultos. Hay un espacio entre esas dos edades que no se puede justificar, pero si la alternativa es aferrarse al rencor, el perdón se convierte en la única salida posible.

—¿Por qué lo haces? —me pregunta con la misma seriedad—. ¿Por qué eres así de buena conmigo? Después de lo que te dije ayer…, después de lo que hice…

Su voz se desvanece un momento, superada por el zumbido de las cigarras y el arrastrar de las sillas cuando las chicas se ponen en pie con sus bandejas vacías. Rain y yo no hemos pedido nada para comer. Yo no tenía hambre, y él, al parecer, tampoco. Me levanto de la silla, la chaqueta sigue caída bajo mis hombros cuando respondo:

—Porque yo también lo recuerdo todo. Y porque siento que hay cosas que todavía no han pasado y que me gustaría recordar.

Lentamente, sin apartar sus ojos de los míos, Rain se incorpora y se acerca. La brisa me acaricia el cuello y pienso en cómo me respiraba encima, allí en el puente; algunos mechones de mi pelo a veces se rebelan y son densos y suaves, y me acarician como unos labios. Luego levanta una mano y me coloca bien la chaqueta; su pulgar me roza la piel desnuda de los hombros en algunos puntos, y una tímida descarga me sacude por dentro. Busco su mirada, que vuelve a ser verde como el tallo de unos girasoles. Parece que va a decir algo, y entonces Carley nos llama para que nos pongamos en marcha.

Rain me suelta y se aleja con su cigarrillo. Yo cierro los ojos solo por un segundo.

Y los abro y sigo viviendo, aunque he sentido, solo por ese insignificante y minúsculo segundo, que había dejado de respirar.

La niña que se sentía sola y la lluvia

Cuando Rain y yo discutíamos, nunca nos lo tomábamos demasiado en serio. Solíamos pelearnos por las reglas de alguno de los juegos que nos inventábamos, porque crear te da el poder de deshacer. A veces, cuando llegaba la hora de la merienda, sentíamos un hambre que se parecía demasiado a la del desayuno; tanto, que cualquier pequeña diferencia en las porciones de nuestros platos era motivo suficiente para desencadenar lo que Rain bautizó como «la guerra por el chocolate». Las fases siempre eran las mismas, tanto en los juegos como en la merienda. Refunfuñábamos cinco o diez minutos y luego volvíamos a buscarnos como si fuéramos algo matemático. Un número primo, que solo es divisible por sí mismo y por el número uno. Nunca cruzábamos ese límite. No queríamos saber qué había fuera de él. Esa era mi sensación, al menos.

Pero cuando cruzamos la sólida barrera de los diez años, las cosas empezaron a doler el doble. Como he dicho, las personas somos algo matemático. Mamá había dejado su trabajo como profesora de Inglés para extranjeros y se pasaba el día en casa, con la bata puesta y la mirada colisionando contra cualquier objeto como si no lo viera realmente. La señora Cook venía a visitarla mucho más de lo que mamá iba a verla a ella. Ponían la tele a un volumen bajo, pero suficiente para ahogar sus voces, siempre exaltadas e interrumpidas;

comían galletitas de mantequilla que había traído la madre de Rain, que ya no se marchaba hasta que llegaba mi padre del instituto. Yo me quedaba en mi habitación, esperando escuchar el familiar sonido de las pisadas de Rain subiendo las escaleras para estrenar mi nuevo libro interactivo y hablar durante horas y escaquearnos de hacer los deberes, pero como venía siendo habitual en las últimas dos semanas, él no vino a verme. Intenté rebuscar en mi interior para encontrar una buena excusa, no llevármelo al terreno de lo personal; la sola idea de imaginarlo lejos de mí por alguna incompatibilidad suya, imaginarme a mí como una mala hierba que no puede ser arrancada, me provocó más fastidio que tristeza, así que me puse las botas de agua, me peiné el cabello corto con los dedos y me abroché el chubasquero hasta la barbilla.

—¿Dónde está Rain? —dije plantada en el salón, mirando a su madre con gesto serio.

—Ethan está en el parque del centro familiar, jugando al fútbol —respondió la mujer, usando el primer nombre de Rain a pesar de lo mucho que lo odiaba, y le dio un trago a su té. Había una nube con olor a menta y chai flotando entre mi madre y ella. Mamá no dijo nada. Sus ojos eran dos orbes de oscuridad enrojecidos con una aceitosa capa de desorden—. Le he dicho que tendría que elegir entre ir a jugar o venir a verte porque está castigado por el suspenso en Literatura, y ha preferido entrenar con sus otros amigos. Lo siento, Ib.

Traté de esbozar una sonrisa convincente.

—No pasa nada, voy a buscarle. ¡Hasta luego!

Al igual que la mayoría de las niñas de mi clase, había empezado a usar sujetador pocos meses atrás. Mientras caminaba bajo un sol

primaveral y escurridizo, noté que había un peso donde antes no lo había. Decidí centrarme en esa sensación hasta que llegué al parque; el conjunto de sonidos y gritos masculinos hizo el resto y me guio hacia una parcela de césped en la que habían improvisado un campo de fútbol usando varias chaquetas y mochilas para señalizar las secciones. Distinguí a varios chicos que iban a nuestro mismo curso, pero la mayoría eran mayores que yo. Rain se comportaba como si fuera el líder de todos ellos. Los tres o cuatro minutos que estuve observándole desde lejos cargaba con el balón sin ningún tipo de miedo. Cuando lo tiraban al suelo, se levantaba con una sonrisa, se pasaba una mano por el pelo y salía corriendo hacia el punto cardinal que tocara. ¿Y yo iba a estropear eso? Quise darme la vuelta antes de que ninguno me viera, pero el balón salió volando por un mal pase y aterrizó apenas a un par de metros de mis botas. Había retrocedido un paso, solo uno, y Rain ya estaba ahí, sudoroso y sonriente.

—¿Qué haces aquí? —Recogió el balón y se lo lanzó a otro chico con un movimiento fluido, preciso—. ¡Vuelvo enseguida, seguid sin mí!

—Tu madre me ha dicho que preferías jugar al fútbol antes que venir a verme.

Por aquel entonces no me costaba ser sincera con Rain. Era lo mío, como también lo era escribir en libretas y morirme de la vergüenza cuando mi padre sacaba su flauta de Pan en la merienda de los domingos. No sé cómo explicarlo. Aunque cerrara los ojos, seguía viéndonos a los dos.

—Eso no… —Le había dejado completamente descolocado—. Ib, si les digo que no a los mayores, no volverán a querer jugar conmigo.

Tú siempre estás aquí —añadió, lo que me hizo soltar un quejido frustrado.

—¿Y qué pasaría si…? Mira, olvídalo.

Quise alejarme, pero Rain me cogió por el brazo y me dio la vuelta con suavidad. Estaba más fuerte, y obstinado, y sus ojos eran más verdes que nunca. Recuerdo fijarme en sus pecas a través de las lágrimas. Recuerdo pensar en sus pecas como diminutas huellas de sol, gotitas de miel, estrellas otoñales. Recuerdo estar fascinada por ese detalle y no entender por qué.

—Ib, lo siento mucho. Por favor, no llores…

—A veces me da la sensación de que preferirías que no estuviera, de que soy un incordio para ti.

—Pero si eres mi mejor amiga.

—¡Precisamente! Deberías preocuparte por cómo me siento de vez en cuando, y no aprovecharte de que siempre voy a apoyarte para hacer lo que quieras conmigo.

Lo siguiente lo dijo susurrando después de clavar la mirada en la copa de los árboles:

—Creo que quiero dedicarme a esto, Ib.

—¿A hacer llorar a las chicas? —Rain me dio un codazo y ya se quedó cerca.

—No, tonta. A jugar al fútbol. Se me da bien, creo. Y me gusta. Me gusta casi tanto como… las tartas de cumpleaños. —Me dio la impresión de que iba a decir otra cosa porque sus mejillas estaban coloreadas, y no por el esfuerzo del partido—. Mis padres no me lo van a poner fácil. No les gusta este deporte.

—A mí tampoco. Me da miedo que te hagan daño.

—Ya, pero tú sigues aquí. A eso me refería, Ib. Tú eres incondicional. Te llevo conmigo a todas partes, por eso a veces me comporto de forma egoísta, y te pido perdón. Pero que no estemos todo el tiempo juntos no significa que no quiera ese tiempo juntos. Solo que ahora tengo que repartirlo un poco más porque suspendí Literatura, y mis padres y el fútbol… —Hizo una pausa para rascarse la nuca. Su voz sonaba tímida, como cuando le tocaba hablar en clase—. Mi padre siempre me repite que no sirvo para nada, pero el fútbol me hace sentir que sí. Así que tengo que sacar ese tiempo, y tú tienes que estar tranquila. Cómo vamos a perdernos, Ib, si seguimos aquí.

—¿Seguimos aquí? —le pregunté solo para asegurarme.

—Seguimos aquí —me confirmó él.

La cara me ardía después de frotármela con fuerza para borrar cualquier rastro de tristeza; estaba contenta otra vez.

—Pero mañana vienes a casa. Quiero enseñarte el relato que he escrito para el concurso de Ciencias.

—¿«El neutrón glotón»?

—No, ese era demasiado infantil. Lo he cambiado por la historia de un astronauta que descubre el destino del universo, pero un agujero negro se lo traga antes de que pueda desvelárselo a los científicos.

—Qué turbio. —Rain sonrió, la punta de la lengua asomando entre los dientes, entre su colmillo descolocado—. Trato hecho. Hoy trabajamos y mañana nos vemos.

Me hizo gracia ese concepto: dos niños trabajando en algo en lo que nadie más creía. Pero entendía lo que Rain quería decirme. Teníamos que sacrificar una parte de nosotros si queríamos aspirar a

ser alguien deseado por el resto. Así funcionaban los sueños, las oportunidades del mundo adulto. Aprendería, pensé. Aprendería a tomarme las cosas de otra manera al igual que había aprendido a dividir con decimales.

Rain y yo nos despedimos con un cabeceo. Él volvió al campo de fútbol, y yo regresé a mi cuaderno y a sus tachones.

Pero ya no me sentía sola.

17

Como todavía faltan horas para el atardecer, decidimos dirigirnos a la isla Granville, una pequeña península al sur del centro de Vancouver. Antiguamente era un lugar de fábricas y almacenes, pero ahora se ha transformado en un mercado lleno de vida y arte. Los músicos callejeros colman el aire de sonidos vibrantes, los murales hacen explotar de color las fachadas de los edificios y las viejas estructuras de acero y ladrillo, los kayaks se deslizan por un agua brillante y mansa. Las risas junto al puerto, el bullicio de los vendedores que intentan atraer tu atención: «¿Buscas algo único?», «Si te llevas dos, te hago descuento», «Puedes probarte el collar que quieras». El olor a pan recién hecho, a flores, a café recién tostado. Un puente de madera crujiendo bajo mis zapatillas, el destello inimitable de un anillo hecho a mano. Y en medio de todo este pequeño mundo feliz, apenas un punto visible desde el espacio aéreo: un conjunto frágil de sangre, piel y huesos. Algo olvidable para la crónica general del universo: yo.

El ataque de pánico y la conversación con Rain han drenado casi toda mi energía. Estar rodeada de tantos estímulos y tener una pregunta constantemente sin responder en mi cabeza (¿este fue el lugar en el que mi madre y Jackson se dieron su primer beso?, ¿o tampoco significa nada?) me produce un agotamiento parecido al de

esas primeras noches tras el divorcio, cuando dormía menos de tres horas y me levantaba a cada rato para comprobar que todo estaba bien. «Todo está bien», me repetía, caminando de puntillas mientras volvía a mi cuarto tras asegurarme de que a mi madre se le movía el pecho con los ojos cerrados. El mismo cansancio pesado que entonces me oprimía el cuerpo, nublándome la vista. «Todo está bien». Pero ahora las palabras pesan menos en mi mente. Ahora no me hacen tanta falta, porque Rain se mantiene a mi lado casi a cada instante. Parece que nos llevamos mejor. Se nota demasiado que él necesitaba hablar de lo que pasó, al igual que yo necesitaba escuchar que había una explicación detrás de su ausencia, de mi ausencia. Antes me sentía como si llevara el peso de dos almas a cuestas, con todas las cicatrices en una misma piel, sin saber si lo que dolía era mi propio corazón o el suyo. «Ahora todo está bien», me repito. «Volvemos a ser amigos. Volvemos a ser nosotros».

—Gracias —le digo cuando me hace detenerme para comprar un cóctel de camarones y me pone un puñadito en la palma extendida. Arrugo la frente al ver la monstruosa cantidad de gambitas que se mete en la boca y él me sonríe de medio lado.

—Ya que no voy a ser una estrella del fútbol americano, tendré que aprovechar.

—¿Te has comprado un cenicero portátil? —Señalo el cilindro metálico que sobresale de su bolsillo.

—Estaba rebajado —responde, y aparta la mirada, algo cohibido.

«Vaya, así que todavía le importan el mundo y sus raíces». El sabor de los camarones, ese dulzor difícil de explicar, me explota en la lengua cuando escondo una sonrisita.

—Eres todo un ecologista, Rain.

—Si termino en el cielo, te buscaré y mi obra de caridad será bajarte al infierno conmigo.

—¿Qué te hace pensar que acabaría en el cielo?

Rain finge sorprenderse.

—¿No te has caído de ahí?

Y yo me río porque no puedo creer que haya hecho una broma tan mala, pero también por el agradable cosquilleo que experimento en el estómago y las mejillas, y la mirada de odio que me dirige Carley cuando volvemos a reunirnos con el grupo.

Todos estamos particularmente inquietos cuando nos detenemos frente a la atracción principal de la isla Granville: el ferry que nos llevará mar adentro para ver ballenas. Subo al barco masticando camarones todavía, Rain me pone una mano en la cintura para guiarme entre turistas y terminamos juntos, aislados, en un extremo de la embarcación. «Espero que hoy se dejen ver», oigo decir a alguien con cierto hastío, posiblemente un director financiero o un influencer. El viento me acaricia la cara mientras la superficie del océano se abre en surcos espumosos bajo el casco. Rain aspira la sal y sonríe; encuentro satisfactorio que uno de sus colmillos siga un poco más arriba que el resto de sus dientes. Me aferro a la barandilla, mis dedos helados y el pecho cálido por la emoción. Nos alejamos de la isla y cualquier ruido mundano desaparece; solo se escucha el murmullo de las olas y el susurro del cielo abierto, cada vez más apagado. Las montañas se elevan a lo lejos. El ferry sigue avanzando. El silencio está cargado de expectativas. Rain será una mancha negra para alguien que nos contemple desde la orilla. Por qué nos gustará tanto perseguir esta sensación, volvernos pequeños hasta convencernos de que no hacemos falta, de que sobramos.

El grito de alguien rompe el fino hilo que me separa de ese pensamiento nihilista: «¡Ballenas!». Todo el mundo corre, Rain y yo nos movemos hacia el otro lado del barco para seguirles. Ahí está: la sombra de una ballena rompiendo en la superficie, mostrando su lomo brillante bajo lo que queda de sol. El ferry se detiene. El cetáceo se mueve como si bailara al compás de un ritmo que solo el mar entiende. La gente grita, saca fotos, y el majestuoso animal se sumerge de nuevo, su cola elevándose en el aire por unos breves segundos. Después, el mar y el horizonte. Se escuchan abucheos, yo me río de la cara de asombro de Rain. Hay algo dentro de mí que me impide callarme. Quiero ser escandalosa, no puede ser que tuviera razón en eso que estaba pensando antes. El mundo tiene que poder con todos. De pronto empieza a sucederse una competición de gritos: «¡Ballenas!», «¡Focas!», «¡Ballenas y focas!». Rain y yo vamos de un lado a otro hasta que nos cansamos y nos dejamos caer en una esquina humedecida por el vaivén inconstante de la marea. Esta camaradería es tan fiel a lo que sentía cuando éramos más jóvenes… Pronuncio su nombre sin pensar:

—Rain.

Su mano permanece cerca de la mía, como si quisiera detenerme o consolarme.

—Dime.

—Sigo aquí.

—Eso está bien. —Sonríe, pero yo niego con la cabeza.

—Seguimos aquí, Rain.

Por un instante somos el mismo recuerdo. Inconcluso. Perfecto.

La emoción que despierta en los ojos de Rain no puede fingirse cuando dice:

—Seguimos aquí, Ib.

Hay latidos que nacen para ser escuchados. Que podrían parar un corazón, un universo, si quisieran. Mis dedos parecen de cristal sobre el suelo del barco: es Rain quien retuerce los suyos para que nuestros pulgares queden unidos. Nos cogemos de la mano, advirtiendo el brillo de lo que no le importa a nadie. La palma extendida como las alas de un pájaro.

La noche moja la ciudad cuando regresamos al hostal en coche. Desde la excursión en ferry me dedico a peinar las palabras de los demás como con los dedos, de arriba abajo, sin intervenir. Carley insiste una y otra vez para que salgamos a tomar algo, alargar la importancia de este día. Se toca la nariz cuando lo dice, como para verificar que sigue siendo pequeña, redonda, ligeramente levantada. «Todavía soy una mujer libre», se ríe, señala la banda rosa que lleva cruzada en el pecho por si alguien dudara de que solo está bromeando, cuando todos sabemos que no es así. Esa risa es otra cosa, una invitación codificada. Cada gesto parece calculado, forma parte de un patrón predecible de deseo. Es obvio que Rain es el objetivo. ¿Para qué fingir? Está entre amigos, y yo nunca he sido una amenaza. Rain sonríe, pero sus ojos se desvían hacia la ventanilla, como si la conversación fuera un ruido de fondo. Termina respondiendo con una risa breve, casi por compromiso. «No hagas eso, que alguien podría hacerse ilusiones». Su tono es bromista, pero trabaja las palabras como si fueran menos importantes que el silencio que las sigue. Yo me mantengo callada, mirándome la mano de reojo, aunque me gustaría recordarle que tiene pareja. Me siento

un poco hipócrita porque Rain ha bromeado conmigo así también, pero con Carley me da la sensación de que está flirteando. Quizá tenga una relación abierta con Bonnie. Quizá sea uno de esos infieles que se justifican. Sea como sea, tampoco se compromete a salir de fiesta esta noche.

Ya en la habitación, Ginger insiste para que vaya con ellas. Creo que lo dice de corazón, pero estoy agotada. Y me quedan tres días aquí. Me acoge de pronto la sombra de la inevitabilidad. Le agradezco la invitación y la ayudo a elegir qué ponerse: un vestido ceñido, corto, rojo como la sonrisa de Carley cuando se despiden y se marchan. Me quedo sola otra vez, pero, al contrario de lo que imaginaba, no percibo la soledad como un ingrediente, como la harina del pan o la mayonesa de la ensaladilla. Me pongo el pijama, una camiseta que me regalaron en la universidad para promocionar el documental *Capitalism: A Love Story*, unos leggins, y bajo al comedor. La puerta de la habitación de los chicos está abierta, pero no veo a Rain por ninguna parte. Siento un dolor minúsculo pero difícil de pasar por alto, como cuando masticas algo duro y se te clava en la encía. Las escaleras hacen un ruido destartalado y propio de una casa antigua. Nolan no está en la recepción y el comedor permanece sumido en la oscuridad: llego tarde para la cena. Cojo una manzana que ha quedado abandonada en una mesa y vuelvo a subir a la habitación.

Estoy distraída dándole un mordisco a la manzana y pensando en llamar a Vesta para hablar un poco cuando escucho mi nombre. Me pilla desprevenida y tardo demasiado en reaccionar: siento el choque suave contra un cuerpo fuerte y cálido y… húmedo.

—Hola, Ib.

Reconozco esa voz. Un cosquilleo en la espalda me hace tensarme, pero sonrío sin querer.

—Hola, eh…, Rain —mascullo, separándome un poco.

La mano que me sujetaba por el codo para que no me cayera de bruces al suelo me suelta, y el olor a pino y a desodorante se diluye cuando retrocedo otro paso. Levanto la cabeza y veo que Rain lleva una toalla de baño anudada a la cintura sin mucha precaución. El pecho, desnudo, aumenta y disminuye de volumen suavemente, y su piel brilla bajo la luz del pasillo. Camina descalzo; si me pusiera de puntillas, podría ver sus huellas sobre la madera.

—Pensaba que te habías ido con las chicas —dice cuando finalmente logro apartar la vista de su torso y centrarme en su cara.

Se ha afeitado, y su rostro parece más joven, como si con ese detalle pudiera borrar algo de su dureza y retroceder en el tiempo. Sus dedos rozan el *piercing* de su ceja, el arco de Cupido alisado en una sonrisa retadora. Noto el latido acelerado de mi corazón en la garganta y me cuesta encontrar las palabras.

—Eh…, yo también pensaba que habrías salido.

Rain no dice nada. Hay una pausa en la que la distancia entre nosotros parece disminuir, aunque seguimos sin movernos. El silencio se vuelve tan espeso como el aire cargado de humedad tras su ducha, y de repente me doy cuenta de lo pequeño que es este espacio. Definitivamente, la desnudez no nos despoja de la complejidad, solo la intensifica.

—¿Te parece si me cambio y voy a tu habitación? —me propone, pasándose la mano por los tatuajes del brazo. Tiene una docena, por lo menos. Veo un lobo, una banda negra, varias formas geométricas, frases que no alcanzo a leer, la luna y sus fases, un corazón más

detallado que mi colgante, el personaje de un dibujo animado que nos encantaba…—. Los holandeses son un coñazo y no me apetece que nos molesten. Ahora no están, pero seguro que vuelven pronto.

Asiento, y Rain entra en su cuarto. Ahora la soledad sabe a impaciencia. Me froto la barbilla, por si acaso tuviera jugo de manzana, y entro en mi habitación. Abro la ventana para airear, escondo montañas de ropa sucia bajo las literas y tiro el corazón de la manzana a la basura. Poco después, Rain golpea la puerta con los nudillos y abre sin esperar a que responda. Cómo no, se ha puesto una camiseta y un pantalón oscuros. Examina la habitación como para asegurarse de que estemos realmente solos, y después se detiene en mi cara. Observa. Sigue observando. Me muerdo los carrillos.

—¿Puedo? —Señala mi cama, y yo hago un gesto afirmativo con la cabeza y me siento cerca de la almohada, con la espalda muy erguida. Rain se acerca, su cojera mucho más acentuada; prácticamente arrastra la pierna sobre la moqueta. Se deja caer en el colchón y hace un sonido a medio camino entre el suspiro y la carcajada—. Me arrepiento de no haberle hecho una foto a esa ballena. Es la primera vez que veo una.

—Ya, ha sido un momento verdaderamente precioso.

—Y aterrador… Menudo bicho —dice con una pequeña tos de por medio—. ¿Qué quieres hacer? —me pregunta entonces, y el aro de metal en su boca reluce cuando levanta la barbilla y estira los labios.

Esa era la sonrisa que usaba de pequeño cuando sus pensamientos iban muy lejos, orientados a alguna posible travesura. Parpadeo, nerviosa.

—¿Hablar?

—Me vale. ¿Puedo fumar mientras?

—No.

—¿Tú nunca has fumado?

—Un par de veces, cuando empecé la universidad. Pero porque quería impresionar a un chico. —Estiro los dedos de los pies y los hombros para desperezarme.

Rain suelta un silbido divertido.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—En el sofá de su apartamento —respondo con un suspiro avergonzado—. Ninguno quiso repetir.

—Eso me recuerda a una conversación que dejamos a medias. —Rain apoya el codo en la cama para estar más cómodo, un gesto que nos aleja físicamente. Pero me mira de la misma manera que antes, con la misma sonrisa, y yo siento que estamos mucho más cerca, quizá demasiado—. Sobre el sexo y la frecuencia, no sé si te acuerdas.

—Lo siento, yo solo hablo de esos temas con Vesta.

—Estoy un poco confundido. ¿Vesta es un rollo, una amiga, un gato…?

Todo mi cuerpo se sacude cuando me río.

—Ay, le vas a caer tan mal… Odia que la gente piense que tiene nombre de gato.

—No puede enfadarse conmigo tanto como con el primero que lo pensó y decidió decírselo a la cara. Venga, Ib, ¿quién es Vesta?

—Es… mi mejor amiga. —Pronuncio ese título con algo de miedo y me inclino unos centímetros hacia delante para acortar la distancia entre nosotros. Ha pasado el tiempo, no tiene sentido hacerle caso a la herida. Pero Rain no dice nada, así que sigo—: La conocí hace

cuatro años, en primero de carrera. Antes de que apareciera ella, la gente no se quedaba mucho tiempo a mi lado. O puede que fuera cosa mía. Cuando mi madre y yo nos mudamos a Carson City después de su intento de suicidio, nunca hacía planes al acabar las clases. Me iba derechita a casa para cuidarla, o al lago, solo para sentir que de alguna manera seguía en Cold Springs, como si nada hubiera cambiado, y… —Me quedo sin aire y tengo que parar para respirar. No me había dado cuenta del impacto que ha supuesto en mí decir esa palabra en voz alta, «suicidio». Muy pocas veces lo hago. Espero que todo vuelva a la normalidad en mi pecho, pero el silencio me impulsa a seguir—: No era la persona más sociable del mundo. Y cuando las cosas se estabilizaron lo suficiente y quise hacer nuevos amigos, ya era demasiado tarde. Todos sabían lo que había pasado. Señalaban, susurraban. Era «la hija de esa madre». Y lo decían como si fuera algo que debiera avergonzarme, como si tuviera que disculparme por ello. Fingía que no me importaba, pero… a veces lograban que me sintiera justo como ellos querían.

Rain se mantiene en silencio, sin apartar la vista de mí. No esperaba tal ataque de sinceridad, las migas de dolor que salpican cada una de mis pausas. Trago saliva y me obligo a sonreír.

—Fue así durante el resto de mi adolescencia. Hasta que apareció Vesta, cuando ya había perdido la esperanza de tener en mi vida a alguien de verdad. —Sonrío con un poco más de sinceridad, y Rain me devuelve el gesto—. Un día, después de una clase interminable de Microeconomía, el profesor decidió pasar lista. En el descanso, Vesta se me acercó corriendo. Sus primeras palabras fueron: «¿Nombre raro?». Yo asentí, aunque en realidad no hacía mucha falta, y ella me dio un abrazo. Así, de la nada. Y fue como… como si

alguien me diera permiso para existir otra vez, como si alguien me viera de nuevo —murmuro. No sé por qué he dicho esto último. Rain hace ese sonido al respirar entre los dientes, como si no pudiera soportar el dolor de la pierna. Hablo deprisa y atropelladamente—: No hay mucho más que contar, en realidad. Gracias a Vesta, empecé a abrirme de nuevo. Vivimos juntas en Reno desde hace dos años, en un apartamento en el cruce entre Forest Street y Marsh Avenue. Ha pasado por algunas cosas, como todos…, pero es muy fuerte. Más fuerte de lo que deja ver.

Me interrumpo de una manera poco natural. La tensión en el cuello es insoportable, así que vuelvo a mirar hacia delante. La lámpara del techo proyecta una luz amarillenta que hace que en esta habitación nada parezca blanco realmente.

—¿Por qué haces eso? —me pregunta Rain.

—¿Protegerme de la tortícolis? —pruebo a adivinar, pero puedo sentirlo negando con la cabeza.

—Interrumpirte cuando hablas. Dejar que otros te interrumpan.

Sus palabras caen como una piedra en el agua, creando ondas en el silencio que se extiende ante nosotros. Sé que si no digo nada, Rain empezará a poner ejemplos. Hoy ha habido varias interrupciones, todas de Carley. Cuando hablaba del paisaje, cuando hablaba de mí, incluso cuando solo intentaba respirar entre pensamientos, ya estaba ella apropiándose de mis palabras, como si pudiera convertirlas en algo más brillante de lo que yo sería capaz. Y se supone que yo soy la experta, la escritora. Me envuelvo una mano con la otra sobre las piernas y sigo mirando al frente.

—Tú lo has dicho, Rain. Porque hablo demasiado.

—Yo no he dicho eso.

—Bueno, entonces yo lo siento así. —Mi corazón late entre excesos, me muerdo el labio antes de seguir—: Supongo que me acostumbré a que me interrumpieran, ya ni siquiera me doy cuenta. —Y añado, casi en un susurro—: Me cuesta respirar cuando sé que alguien me está viendo.

—¿Por qué?

«Dímelo tú». Pero no puedo pedirle eso después de todo lo que hemos hablado hoy. Sería egoísta por mi parte, ¿no? Demandar una comprensión que concibo desde mi ausencia, cuando quizá otra persona la catalogaría de capricho, molestia, necesidad intergeneracional. Así que atravieso el límite del silencio, rechazando cualquier posibilidad de seguir con la conversación. Rain resopla y hace ademán de levantarse, pero su cara se crispa en una mueca de dolor cuando tiene que usar ambas piernas. Me giro, molesta.

—¿Ya te vas a fumar?

—No, no. Tengo que ir a por una cosa a la habitación, pero…

—Puedo ir yo.

La duda cruza la mirada de Rain. Sus labios finos se abren y tiemblan, como si estuviera probando las palabras antes de decirlas. Al final solo asiente y deja caer los hombros.

—Está en el primer cajón de la mesilla de noche, en la segunda fila de literas.

Me levanto y le pido que espere (¿a dónde podría ir, de todas formas?). La habitación de los chicos está mucho más desordenada y huele a cerrado, a sudor. Localizo la cama de Rain, que tiene la almohada a los pies y un cojín envuelto con una de sus camisetas donde el cabecero. No me había planteado que necesitara dormir con la pierna en alto, quizá lo hace para aliviar el dolor y la tensión.

Abro su cajón: junto a un par de calcetines doblados, sin usar, negros, está la caja de un medicamento: escitalopram. Intento controlar la sorpresa, el ritmo acelerado y extraño de mi corazón al reconocer el medicamento. ¿Desde cuándo Rain toma antidepresivos? No quiero preguntarme por qué, aunque lo sospecho. Cojo la caja con ambas manos y vuelvo a la habitación.

Rain se ha tumbado en mi cama; tiene una mano bajo la nuca y la otra apoyada despreocupadamente sobre el estómago, aunque evita mirarme a los ojos.

—¿Necesitas un vaso de agua? —Me siento en la misma posición que hace unos minutos y le tiendo la caja.

—No, así está bien —responde mientras saca un blíster y extrae una pastilla diminuta y blanca. Se la mete en la boca y observo cómo su garganta se contrae al tragar; acto seguido, se guarda la caja en un bolsillo y me sonríe con cierto reparo—. Gracias.

—Sé lo que son. Las pastillas —añado, aunque resulta obvio—. Mi madre las toma.

—Bueno, al menos ya no tengo que esconderme de ti. Los antidepresivos son como el Batman de los fármacos, ¿no te parece? —Su broma me hace gracia, pero no consigo reír del todo. Rain entonces clava la mirada en una mancha en la pared y sigue hablando—: Agarré por el cuello al médico que me dijo que no iba a volver a caminar recto tras la lesión, y pensaron que me vendrían bien. Pero solo los tomo en días como hoy.

—¿Y cómo son esos días?

—Normales. Casi felices. —Su voz suena hueca mientras repasa la mancha con la uña, como si estuviera intentando borrarla.

—¿Tomas antidepresivos cuando tienes un día feliz?

—Para ver si mañana siento lo mismo.

—Pero eso no tiene mucho sentido —digo tras unos segundos de vacilación.

Rain desvía la mirada brevemente y me sonríe como si hubiera dicho una obviedad.

—Ya lo sé. Pero es mejor que la alternativa.

No sé cuál es esa alternativa. Solo pienso en el momento en el que desayunamos, ayer, y me pareció ver cómo se metía algo en la boca. ¿Era una pastilla? ¿No ha sido un buen día hasta que hemos vuelto a hablar después de lo del puente? ¿Y si resulta que a Rain le importo más de lo que pensaba? ¿Qué sentido tendría, después de tantos años? Clavo la vista en su chaqueta, que está colgada sobre el poste de la litera, y empiezo a decir:

—Imagino que…

—Por favor, no saques ningún recuerdo ahora mismo —dice bruscamente, y su cara se crispa, como si odiara haber tenido que interrumpirme, pero lo necesitara desesperadamente—. Me gusta pensar que todavía nos queda alguna primera vez.

—Solo iba a preguntarte si tienes una buena vida, Rain.

Deja de rascar la pared cuando rompe el borde geométricamente perfecto de la mancha y se recuesta en el colchón, que cede bajo su peso.

—Sí, Ib. Mi vida es como una serie de *downs* cortos.

—¿El qué?

—Un partido en el que solo avanzo unas pocas yardas cada vez. Nada espectacular, solo empujando con pequeñas jugadas, buscando ese primer *down* para seguir en el campo. No es

emocionante, pero no dejo de avanzar. Supongo que eso es algo —responde, y se ríe al ver mi cara de confusión.

Hablamos de fútbol americano, de esa parte de Rain que permanece inalterable, como un lunar o la rebeldía con la que mis dedos casi siempre amanecen cubiertos de tinta. Le pregunto si los Raiders siguen siendo su equipo favorito y él me contesta que sí, que a muerte con los Raiders, sobre todo ahora que va a tenerlos al lado de casa. Me habla de sus jugadas favoritas, las que hizo en el campo y las que sigue por televisión. Le hace gracia verme tan perdida: disfruta cuando tiene que explicarse y yo me detengo, minuciosa, como si estuviera examinando un insecto, cuando tengo que preguntarle por algún término que desconozco o le pido detalles para entender las reglas de juego. No parece cansarse de hablar, aunque no consigo quitarme de encima la sensación de que le estoy obligando a repetir lo mismo dos veces. Le escuché hablar varias veces con Carley esta mañana, y comentaban cosas muy parecidas. Suspiro, mi lengua se mueve sola:

—¿Por qué no has hablado de esto conmigo hasta ahora?

En algún momento de la conversación, quizá cuando Rain mencionaba la diferencia entre *fumble* y *punt*, terminé tumbada a su lado. Ahora siento el aire denso, pegajoso, cada respiración como algo que debo controlar. La cama es pequeña; el calor de su cuerpo me llega en oleadas, y aunque estoy mirando al techo, soy dolorosamente consciente de la piel descubierta de su brazo, tan cerca del mío que por un segundo pienso que se rozarán.

—Porque no quería que buscaras la manera de convencerme de que todavía hay alguna posibilidad de… Yo qué sé, Ib —responde—. Es más fácil hablar con alguien que ve tus cicatrices primero.

Vuelvo la cabeza hasta que veo la pared, un poco de su barbilla y mechones de cabello oscuro.

—Pero no estás roto, Rain.

—¿Ves? A esto me refería. —Veo cómo se pasa la lengua por los labios y aprieta la mandíbula antes de echar la cabeza hacia atrás y desaparecer de mi campo visual.

Miro al techo de nuevo, aunque en realidad me gustaría encogerme de hombros.

—Vale. Si quieres que me comporte como un robot con flequillo y clavículas, tú mismo.

—¿Qué les pasa a tus clavículas?

—Que están demasiado marcadas.

—No veo el problema, es un rasgo atractivo.

—Hablar de sentimientos también lo es.

—Ay, Ib. Te has marcado un *Hail Mary*.

Cierro los ojos y él se ríe ante la mención de ese pase desesperado que lanzas al final de un partido, cuando no te queda otra opción. Desde la ventana abierta llega el ruido de los coches y una brisa con aroma a tierra mojada. Seguimos sin tocarnos, pero me parece que Rain se ha tumbado de lado y me está mirando. En el ferry, cuando nos cogimos de la mano, todo era más natural, sencillo. Como si volviéramos a ser niños. Ahora me siento ridícula por estar tan nerviosa. Parece que no sé hacer algo tan simple como estar en una cama con alguien. Soy adulta. Rain es mi amigo… o eso creo. Mi respiración se vuelve lenta y pesada.

—¿Por qué no podemos ser todas nuestras versiones juntos? —murmuro—. ¿Por qué contigo todo parece un baile?

El silencio es flexible como la cortina de un hospital. Rain hace un ruido con la boca entonces, como si se hubiera quedado sin palabras. A oscuras, todo parece mucho más sencillo. Más dulce.

—Ib, yo…

Pero no alcanzo a oír su respuesta, porque me quedo dormida.

18

No tengo una alarma con cuatro patas que me despierte esta vez, pero lo que siento bajo mi cabeza es más blando que una almohada y se mueve al ritmo de una respiración que no es la mía, tal vez un poco más rápido. Y huele a tabaco. «No puede ser». Abro los ojos y lo confirmo: estoy abrazada a Rain. Mi cabeza descansa sobre su pecho; desde aquí distingo las heridas que se hizo al afeitarse, el diminuto espacio entre sus dientes delanteros, una sombra alada de tinta asomando por la manga de su camiseta negra. Tengo una mano atrapada y entumecida bajo mi mejilla, y la otra está entrelazada a la de Rain, justo en la concavidad en la que se tocan nuestros cuerpos. Él duerme profundamente, parece que incluso sonríe en sueños. ¿Por qué no se fue a su cuarto? No voy a poder mirar a Bonnie a la cara, si acaso existe otra vida más allá de este momento, fuera de esta habitación.

Deslizo la mano con cuidado y levanto la cabeza, observando la luz gris que inunda el cuarto. Las literas están ocupadas, mis compañeras duermen. Imagino la cara que tuvo que poner Carley al entrar y vernos así, y siento un pequeño ramalazo de placer, seguido por una cascada de lástima. Me apoyo sobre el pecho de Rain, otra vez, seria, recordando lo que hablamos anoche. A veces olvido que las personas guardamos secretos. De hecho, es posible que ellos nos

guarden a nosotros, que el mundo se sostenga sobre palabras no pronunciadas, reproches mal contenidos, bombas de relojería: la vulnerabilidad como cicatriz de la existencia.

Jamás se me habría ocurrido que Rain tomara antidepresivos. No porque su dolor valga menos que otros, sino por la forma que tiene de hablar, de vivir, de buscar. Es como una tormenta dentro de una botella, contenida, agitando siempre las paredes de su propia calma. Tan distinto a mi madre, que se parece más a una cometa atada al suelo, limitada por una cuerda de un material invisible y resistente. Y, sin embargo, ambos despiertan en mí un instinto natural de protección. Quiero lo mejor para ellos. Si pudiera, sería un árbol para que la gente disfrutara de mi sombra. Tal vez ya lo soy, y todo el mundo se ha dado cuenta menos yo. Tal vez por eso me siento tan cansada.

Intento incorporarme de la cama sin hacer ruido, pero Rain se despierta cuando estoy a punto de levantarme.

—¿A dónde vas? —Su mirada somnolienta me recorre la cara como a saltos, y yo reprimo el impulso de peinarle un mechón de cabello rebelde.

—A buscar a Jackson. Ya no puedo perder más tiempo.

—Te acompaño.

—No, Rain. Deberías descansar. —Le señalo la pierna, y sus pupilas se contraen como si hubiera hecho el amago de pegarle con el puño cerrado.

—Ib, ¿qué…?

Pero no le doy tiempo para que pueda decir nada más. Me levanto de la cama, agarro algo de ropa limpia y salgo de la habitación. Las baldosas del baño están frías, húmedas, mientras me visto. Unos

vaqueros, una blusa azul que Vesta metió en mi maleta («por si necesitas confianza») y la chaqueta de Rain. Nostradamus me espera en el pasillo, sentado, fiel como cada mañana.

—¿Ya me buscabas? Qué feliz parece hacerte algo tan simple…

Le rasco la cabeza y el perro me sigue hasta la planta baja, meneando la cola con júbilo. Nolan está detrás de la recepción, consultando unos papeles. Me fijo en la escultura de jade en forma de salmón que tiene al lado de un teléfono fijo, en el comedero para perros que usa como pisapapeles. Me aclaro la garganta y me sitúo frente al mostrador, sacando del bolsillo la fotografía que encontré en el álbum de mi madre.

—¿Conoces este lugar? He estado buscando en internet, pero no he encontrado nada.

—Muchacha, ¿qué esperabas? La mayoría de las cosas que sabemos los lugareños no salen ni en el periódico local, como para encontrar respuestas en la primera página de Google. Un día lees lo que desayuna Seth Rogen y piensas que tienes acceso a la información desde que el mundo es mundo, ¿eh? Y para nada. Que internet no nos inventó a nosotros —se queja Nolan, abanicando su enfado con los papeles. Espero hasta que su estado emocional remite solo, y entonces observa la foto con curiosidad, sin atreverse a tocarla por la manera tan protectora que tengo de sostenerla—. Ah, Faro del Mañana. Eran un grupo de asociaciones vecinales que se fundaron hace más de cuarenta años para ayudar a la integración de personas extranjeras. Menudo nombre más ridículo, ¿eh? Pero cumple su función, porque todavía me acuerdo.

Nolan ríe y tose y le echa la bronca a Nostradamus, que ha apoyado las patas delanteras en la madera del mostrador y parece

desesperado por estar al lado de su amo. Acaricio al perro para calmarlo y ahogar la impaciencia de mis propios latidos mientras pregunto:

—¿Y dónde puedo encontrar esas asociaciones?

—Fueron absorbidas por una ONG, Movimiento Cambio. Otro nombre tan esperanzador que resulta absurdo. Como si los cambios repercutieran en un futuro mejor siempre, ¿eh? Para cambio, los impuestos. Vaya circo. —Toma una bocanada de aire entre los dientes. No es que haya dejado de mirarme, pero sé que estos últimos segundos no me ha visto. Tener una conversación con alguien y estar pendiente se siente como un abrazo entre pupilas. Nolan sacude la cabeza y, ahora sí, vuelve conmigo—. La mayoría de las asociaciones cerraron hace veinte años por lo menos, pero todavía quedan espacios con el nuevo nombre por Vancouver. ¿Quieres que te enseñe dónde están?

—Por favor.

Nolan saca un mapa de los expositores que tiene sobre el mostrador, todo folletos de información para turistas: una guía de transporte, Vancouver para familias, visita este viñedo y te regalamos la experiencia de la cata, rutas de senderismo… El flequillo me cae sobre los ojos cuando agacho la cabeza y observo a Nolan desdoblar el mapa y hacer algunas marcas en West End y Gastown. Se muerde la lengua, satisfecho; el bolígrafo sobrevuela durante unos instantes de vacilación encima de la franja este de Vancouver, pero termina dejando el bolígrafo a un lado y me tiende el mapa.

—Mantente alejada del Eastside, ¿eh? No es una buena zona —se limita a decir.

Le doy las gracias y me guardo la fotografía y el mapa.

—No conocerás a una mujer llamada Nailah, ¿verdad? —le pregunto, evitando mirarle a la cara.

—Crecí en Ontario —dice como si esa fuera la respuesta para todo.

—¿Te suena el nombre de Jackson?

—No hay Jacksons en Ontario.

—Alguno habrá…

—¿Ya te has cansado de huir? —me pregunta, y yo me encojo—. ¿Necesitas que te ayude a buscar a alguien?

—Ya tiene a quien la ayude, Nolan, muchas gracias por el ofrecimiento.

Rain termina de bajar las escaleras y se acerca a nosotros. Tiene perlas de agua por toda la cara y está poniéndose la camiseta (negra, por supuesto). Parece fatigado, como si temiera llegar tarde a algo. «A mí», pienso, y sonrío cuando alza una ceja en mi dirección y salimos del hostal. Hoy se mueve con mucha más lentitud, y tengo que obligarme a aminorar el paso si no quiero dejarlo atrás. No le culpo, aunque cada vez me siento más y más impaciente. El abrazo del sol, el verde vibrante de las hojas crujiendo bajo mis pies cuando me detengo en los cruces contiguos a los parques, consiguen animarme un poco.

—Pareces nerviosa —me dice, la lengua repasando compulsivamente el aro de su labio.

—He estado pensando en la posibilidad de que Jackson haya rehecho su vida. —Me cierro la chaqueta a la altura del pecho—. Que el nombre de mi madre no signifique nada para él.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A ninguna. No va a pasar. No puede pasar —añado para convencerme a mí misma.

—¿Y si pasa?

—Rain…

—El que recuerda huye hacia atrás.

Seguimos caminando en silencio. Algunas calles nos acercan a las montañas, otras nos alejan. Mientras Rain fuma y usa su cenicero portátil, yo me oriento con el mapa que me ha dado Nolan. Hay señales para bicicletas por todas partes, y el sonido lejano de un tren de cercanías me hace pensar en mi madre, en lo que estará haciendo en este preciso instante. Mirar por la ventana, seguramente, esperando a que florezca su cerezo.

Tropiezo con el escalón al entrar en el primer local de Movimiento Cambio, en West End. Se parece más a una oficina de empleo que a una ONG. Cuando consigo que me atiendan, es casi mediodía. Pregunto por Nailah entre balbuceos, pero nadie sabe a quién me refiero. Sucede lo mismo en Gastown, y el reloj de vapor acompaña el sonido de nuestros pasos cuando nos alejamos en busca de otra asociación, y luego otra. El resultado siempre es el mismo: nadie sabe quiénes son Nailah o Jackson, tampoco reconocen ninguno de los rostros de la fotografía. Me doy cuenta de que he empezado a respirar más rápido, de que todo a mi alrededor ha comenzado a apretarse, aunque nada se ha movido realmente. Cuando llegamos a la última ubicación que marcó Nolan, una de las voluntarias está echando el cierre. Nos explica que todas las asociaciones vecinales cierran a las dos y, por supuesto, tampoco sabe nada de lo que le preguntamos.

Después de que Rain le dé las gracias, porque a mí no me quedan fuerzas, espero a que se marche y me dejo caer contra la fachada, escondiendo la cara entre las manos.

—Soy una ingenua. Si hubiera empezado a preguntar desde el primer día… Pero no, tenía que intentar resolvernos a nosotros por el camino. —Me presiono la frente con los pulgares y comienzo a sacudir la cabeza bruscamente—. Ingenua, ingenua, ingen…

—Ib, la culpa es mía —dice Rain, lo que me hace levantar la cabeza y observarle con una mezcla de curiosidad y desconfianza—. Si pudiera caminar más rápido… Te he retrasado mucho hoy. Lo siento. Tendría que haberme quedado en la habitación, como dijiste. —Traga saliva, parece realmente afligido—. Lo siento.

El peso del colgante parece multiplicarse en mi pecho cuando me incorporo. Rain y yo pedíamos perdón casi compulsivamente cuando éramos unos críos, pero esto es distinto. No hemos tirado un jarrón al suelo o hemos desobedecido a nuestros padres. Estamos hablando de nosotros, de las personas que somos ahora, con nuestras constantes y nuestras carencias. Y no puedo soportar lo que implican sus palabras, porque me da la impresión de que me está pidiendo perdón por su impedimento físico, cuando el problema no es ese. Pero ¿acaso no le he hecho sentir que lo era, de alguna forma, cuando le he pedido que no me acompañara esta mañana? Sonrío débilmente y le hago un gesto para que se acerque.

—No te preocupes, Rain. Todavía nos quedan dos días. Volvamos al hostal, seguro que Carley se alegrará de verte.

—¿Y si subimos ahí? —Ignora lo que he dicho y señala la Torre de Vancouver, un edificio que flota sobre nosotros y que me recuerda por la forma a una colmena.

—¿Qué tiene de especial?

—Hay un mirador.

No añade nada más, y yo tuerzo la boca y entorno los ojos.

—¿Y…?

—Los miradores me ayudan a dejar de pensar. Me preocupo tanto por la altura que el resto de los problemas suelen desaparecer en unos cinco minutos.

—¿Qué pasará a partir de los cinco minutos?

—Que estaré tan aterrorizado que tendrás que sacarme en volandas. —Agacho la cabeza para que no me vea sonreír, pero Rain abre los brazos e insiste—: Merecerá la pena, te lo prometo.

Y al oírle hacer una nueva promesa que rompe con la anterior («Juro que no le diré nada de lo de tu padre a nadie, Ib, puedes confiar en mí»), me doy cuenta de que no estoy preparada para más desilusiones. No durante el día de hoy.

—Vale —respondo, y fijo la vista en el tatuaje de una pequeña cruz invertida que acabo de descubrir en su antebrazo—. Pero me pagas la entrada.

Rain me dedica una sonrisa ladeada. La misma que puso cuando encontramos aquella cinta sobre el armario de su padre. La sonrisa de una persona que quiere crecer para alguien más, pero sobre todo para sí mismo.

—Hecho.

El diario (IV)

La única constancia que tenemos es cuando nos dejamos cambiar, como si el verdadero equilibrio solo existiera en el movimiento. A veces parece que el mundo está lleno de ruido, caos y desorden, pero si te detienes por un momento, si dejas de lado todo lo malo, puedes ver las pequeñas cosas que hacen que vivir valga la pena.

Está la señora de la tienda de la esquina, la que siempre me sonríe cuando paso y me regala una flor de vez en cuando, «porque todos necesitamos un poco de color en nuestras vidas», me dice. O el vecino mayor que recoge la basura de la calle sin que nadie se lo pida, como si fuera su forma de devolverle algo al barrio. Luego están los niños que ríen y juegan en el parque, sin preocuparse de nada, solo siendo felices en su mundo, sin complicaciones ni expectativas. Son estas cosas las que me hacen pensar que la bondad sigue ahí, como una huella de futuro, esperando a que alguien la note.

Desde que estoy con Jackson, siento que todo eso brilla un poco más. El amor tiene una manera extraña de amplificar los destellos bondadosos del mundo. Cada día con él es como si la vida me regalara una dosis extra de optimismo, como si todo fuera más ligero, más sencillo. Nos besamos bajo nuestro cerezo eterno, y florecen las posibilidades. La magia de lo imposible.

Pero hay algo que me inquieta. A veces siento que no conozco a Jackson tanto como me gustaría. Sé lo que le apasiona, sé que sueña con ser actor y que también escribe sus propios guiones, sé que quiere dejar Vancouver algún día y

perseguir esa vida de película de la que siempre habla. Y aunque adoro escucharle hablar de sus sueños, de sus planes para el futuro, me pregunto si hay más en él, algo más allá de ese anhelo de escapar.

Siempre me cuenta cómo serán nuestras vidas cuando sea famoso. Me asegura que algún día conducirá un Cadillac negro, uno de esos coches antiguos que parecen sacados de una película clásica, y que me llevará a todos sus rodajes. «Podrás sentarte en esa silla que también tienen los directores, con tu nombre escrito en la parte de atrás», me dijo el otro día mientras se imaginaba su futuro con los ojos brillantes. Lo vi tan seguro de sus palabras, que por un momento también me vi a mí misma en esa escena, a su lado, viviendo esa vida de película. «Solo tengo que esperar», me repito. Apoyarle. Quererle. Y eso es fácil, apenas tengo que esforzarme. Jackson no me pide mucho. Que espere. Que le apoye. Que le quiera.

Pero no puedo evitar pensar en lo que queda cuando no soñamos. En la realidad en la que solo importa sobrevivir. Apenas me cuenta nada de lo que hace cuando no estamos juntos. He oído rumores, claro, pero Jackson es un buen chico. Lo conozco. Creo que su hermetismo detrás de esas frases de película obedece más a la inseguridad que a las mentiras que se repiten por ahí.

—Jackson —le dije cuando acabamos de besarnos—, ¿qué haremos mientras tanto? Quiero decir, antes de que tengas tu Cadillac y vayamos a todos esos rodajes. Me gustaría viajar, conocer otros lugares, hacer algo más que quedarnos aquí, esperando a que llegue el momento perfecto.

—¿Viajar? —repitió, como si la idea no encajara del todo en su cabeza—. No sé, Nailah. Yo estoy concentrado en esto. Cuando logre ser actor, todo cambiará. No tendremos que preocuparnos por nada. Solo tienes que esperar a que consiga el dinero y los contactos.

Su respuesta me dejó un sabor extraño. No era que no entendiera su pasión, pero sentí que él no veía lo que yo veía: que a veces lo que importa no es solo el

destino, sino el viaje en sí. La idea de esperar a que todo ocurra de la manera que él imagina, sin aprovechar lo que tenemos ahora, me inquieta.

—Pero no quiero limitarme a esperar, Jackson —protesté—. Yo también tengo sueños. Quiero vivir en otros lugares, conocer mundo, no quedarme aquí pensando en lo que algún día será.

—¿Y qué pasa con tu trabajo como voluntaria?

—Te hice caso y lo dejé. No daba dinero, no podía ayudarte. Te hice caso —repetí, y de pronto me sentí un poco idiota.

Él soltó un suspiro y luego, como si se diera cuenta de que mis palabras habían hecho retroceder algo entre nosotros, me cogió la cara entre las manos y me sonrió con ternura.

—Está bien, Nailah. Viajaremos. En unas vidas tan cortas como las nuestras, lo único que tenemos es a las personas.

—¿De qué película es esa frase?

—De ninguna. Es mía —dijo, tímido de repente, y yo volví a besarle.

Pero no pude evitar pensar en qué significaba, y si él también la comprendía del todo.

Quizá el amor es eso, ¿no? Un viaje. Y aunque a veces parece que vamos por caminos distintos, me gusta pensar que, de alguna manera, nuestros destinos seguirán unidos por algo más que las palabras.

Por ahora creo que me conformo con esa esperanza.

19

Mientras el ascensor de la Torre de Vancouver nos aleja del suelo, siento una expectación creciente bajo la piel, como un leve cosquilleo. Rain, por el contrario, está pálido y tiene las manos detrás de la espalda, con los dedos curvados sobre la superficie del cristal, como si pudiera aferrarse a las copas de los árboles y a las puntas de los edificios a medida que ganamos altura para bajar la velocidad del ascensor. Podría darle la mano, quizá eso le ayudaría a sobrellevarlo mejor, pero me da vergüenza la interpretación que la gente haría de ese gesto. La interpretación que haría Rain.

—No entiendo cómo pudiste subir al puente si te dan miedo las alturas —comento, y suelta un resoplido.

—Pensaba que eras escritora y conocías el término «contradicción».

—Y yo pensaba que un tío que ha crecido en un ambiente de músculos desarrollados y choques de cascos mostraría un poquito más de seguridad en un ascensor que se usará, con facilidad, más de trescientas veces al día.

Se le escapa la risa por la nariz.

—El dolor al morir es lo que me angustia, Ib, no la muerte en sí.

—En ese caso, habrías tenido más cuidado en el puente.

—Pero me sentía más tranquilo porque podía controlar cuánto se movía o cruzarlo si me ponía nervioso —razona.

—¿Y el avión?

—No menciones esa cosa. —Y emite un sonido parecido a un gruñido, y yo me froto las manos para no reírme—. Hace muchos años que dejé de pedir a Dios que me escuchara, ¿para qué iba a subir ahí arriba a buscarlo?

—Los ascensores te vuelven una persona muy sincera y graciosa, Rain.

Él se separa de la pared y se inclina sobre mi oreja para que el resto de los turistas no puedan escucharnos. Su aliento es cálido, una nube líquida y cargada de electricidad estática cuando susurra un simple:

—Gracias.

En cuanto las puertas del ascensor se abren, el aire parece más ligero, más transparente. Huele a café, y me parece increíble que el aroma de esta ciudad nos haya seguido hasta aquí. Corro hacia el mirador con la respiración entrecortada, y observo cómo Vancouver se extiende, vastísima, luminosa y ordenada, bajo mis pies. Las avenidas y los edificios están tan perfectamente alineados que parecen piezas en un tablero de ajedrez. El paisaje me obliga a hacer sitio dentro de mí para algo inmenso, algo más grande que mis propias dudas: la sombra de los rascacielos, el reflejo del cielo azul en los cristales, el gris limpio de las aceras, los pequeños puntos de colores que no son otra cosa que personas moviéndose como hormiguitas. Siento que esta debe de ser la manera en la que Dios nos ve, si Dios existe. Dejo a Rain ligeramente rezagado y empiezo a caminar sola alrededor del mirador, absorta en todo lo que me

rodea. Al otro lado, las montañas parecen vigilar la ciudad desde la distancia. Hacia el oeste, el agua del puerto refleja el cielo en tonos cambiantes: a veces gris plata, a veces turquesa, a veces esa mezcla que confunde el azul con el negro. El océano se extiende como una alfombra en movimiento y, desde aquí, las embarcaciones me recuerdan a los juguetes de un niño. Mi corazón late emocionado. Ojalá tuviera cerca un cuaderno y un lápiz, un bolígrafo, una pluma, lo que sea. Quiero escribir sobre este paisaje, necesito volcar este peso ligero y repentino. El deseo es familiar, como si lo hubiera escrito varias veces en el espejo empañado de mi memoria.

Camino una y otra vez alrededor del mirador, la gente pasa por mi lado como ecos de otra vida. Y, entre los murmullos de esta belleza construida en las entrañas de la naturaleza, algo en mí me recuerda por qué estoy en este lugar.

Me detengo y apoyo los codos en la barandilla, resistiendo el impulso de alargar la mano y rozar el cristal para asegurarme de que sigue estando ahí. Noto un tirón en el estómago cuando Rain se pone a mi lado, mirándose las zapatillas. No dice nada, tampoco es necesario. Nuestras manos sobre la barandilla están cerca, aunque les falta mucho para rozarse. Un par de centímetros, y eso es mucho. Sonrío. Usaría la palabra «alma» para describir el lugar en el que aterriza esta emoción, pero creo que es demasiado religiosa para Rain, quizá hasta para mí. Las personas tenemos que ser algo más que lo que esperamos que nos suceda.

—¿A ti también te pasa? Que, cuando miras fijamente al mundo, tienes la sensación de que el mundo nunca mira dentro de ti —le confieso, y muevo la cabeza hasta encontrar el ángulo que me permite observar la ciudad y ver a Rain de reojo.

—Antes era distinto.

Por cómo lo dice, por la forma en la que aprieta la mandíbula y su mirada adopta ese aire ausente de las esculturas, sé que está pensando en esa época en la que podía correr con un balón entre las manos. En la que su padre todavía reaccionaba ante las cosas que podía ver o tocar. En la que pensábamos que el mundo se acababa detrás de las montañas.

—¿Por qué no te gusta hablar del pasado? También tiene sus cosas buenas. Me tiene a mí —bromeo.

—No me gusta recordar —responde secamente, y yo empiezo a frotarme el dorso de la mano sin darme cuenta.

—A veces pienso que el pasado es lo único a lo que podemos aferrarnos de verdad. Nos recuerda dónde empezó todo, el origen de cada cosa, ¿no crees? No puedo imaginar otro lugar en el que encontrar las razones por las vivimos, por las que soñamos, por las que huimos… Al final, todo regresa, una y otra vez, como si nunca se acabara de cerrar el círculo. Las canciones, los libros… siempre hablan sobre lo mismo, si te fijas. Porque lo que no podemos cambiar nos persigue, nos obsesiona. —Hago una pausa y, tras un segundo que parece eterno, susurro—: Háblame de nosotros, por favor. Háblame de lo que recuerdo.

Veo cómo Rain levanta un poco la cabeza, lo bastante como para mirarse las manos y tocarse los nudillos, como si tuviera algo roto. Me fijo en sus pecas, en el lazo tembloroso que el reflejo de la ciudad dibuja sobre sus labios finos, apretados de medio lado.

—Creo que teníamos ocho o nueve años. Estábamos en el lago. Pusiste un oído en mi pecho y dijiste que era una caracola y que así podrías oír el mar.

Suspiro, dejándome llevar por la imagen.

—Ahora pregúntame a mí.

—¿Por qué quieres recordar una época tan mala? —masculla, y parece enfadado otra vez.

—¿La amistad que tuvimos no te parece suficiente?

—¿Sinceramente? Estoy harto de pensar que nunca voy a tener nada igual. Quiero pensar que voy a tener algo mejor…

—¿En la vida? —Me aparto el flequillo de los ojos y resoplo—. Rain, si ni siquiera te tomas en serio…

—… contigo. —Su voz desciende hasta convertirse en un murmullo ronco—. Tú podrías ser el sacrificio de mi nuevo mundo, Ib. Podría olvidarme de todo menos de ti.

—¿Qué estás diciendo?

—Me diste tú la idea. En la playa. —Se detiene, y un destello de luz pálida impide que distinga el color que reina en su mirada mientras habla, mientras lucha consigo mismo para decir—: La de comportarnos como si fuéramos una primera vez.

Me doy la vuelta, apartando la mirada del horizonte. El paisaje ya no parece tan vasto ni tan reconfortante. Le cojo la mano del revés, los pulgares unidos y las palmas extendidas hacia fuera. El roce es seco, pero íntimo. No sé por qué lo he hecho. Él no retira la mano. Traga saliva mientras su índice se eleva, obligando al resto de sus dedos a volar también.

—¿Qué te hace pensar que esta vez saldrá bien? —susurro, con la mirada clavada en nuestras manos entrelazadas, mientras un suspiro se escapa de mis labios antes de que la siguiente pregunta termine de formarse entre ellos—: ¿Qué sentido tiene que intentemos olvidar todo? Podemos cometer los mismos errores.

—O no cometer ninguno.

Sorprendida, levanto la vista y niego con la cabeza, sin poder evitar la duda que atraviesa mi mente.

—Pero ya te he perdonado. ¿No es suficiente para volver a ser amigos?

Rain se inclina hacia mí, su voz más baja, más firme.

—Por favor, Ib.

¿Podríamos hacerlo? Renunciar al hogar de las mentiras, del sufrimiento, de la culpa. Ser algo más que sombras con el mismo nombre. Seguir ese vuelo y confiar en que nos deje un poco más cerca esta vez. Pronunciar un «para siempre» y tatuárnoslo en los pulgares.

Pero el problema es el mismo: no sería la primera vez. ¿Dónde empieza y dónde acaba nuestra historia, entonces? ¿Quiénes somos sin esta media vida de recuerdos? Si tenemos que mentirnos para poder volar sobre algo nuevo, ¿no nos convierte eso en réplicas?, ¿en personas artificiales que orbitan alrededor de una promesa artificial? Rain me está pidiendo que renuncie a lo mejor que tenemos él y yo. La amistad que nos ha traído casi al cielo. Los años felices entre destellos dulces y salados. Los años sin culpa.

Y yo no quiero perder todo eso. Pero estoy en Vancouver para encontrar a una nueva madre y sepultar a la anterior. Ella hizo lo mismo con su pasado. Lo enterró bajo un nuevo lugar, un nuevo amor, un nuevo destino. Quizá las personas que huyen de sí mismas solo sepan olvidar, porque recordar implica enfrentarse a lo que temen ser. Es tanto una victoria como una pérdida. Pero la mayoría de las cosas que nos importan de verdad lo son.

—Vale, Rain. Si eso es lo que quieres…, lo haré. —Y añado, en voz baja, aunque solo tenga sentido para mí—: Olvidaré con la boca.

«Pero seguiré recordando con lo de dentro, Rain. Seguiré recordando esa sonrisa tuya, tan libre, tan luminosa. Seguiré recordando tus sueños. Seguiré recordando los cuencos de agua que escondías por todo el pueblo para que los pájaros bebieran más cómodos. Seguiré recordando aquella vez que me dijiste que querías montar una banda de música para los osos, porque los animales tenían derecho a escuchar algo más que el rumor de los árboles y el trajín de los humanos. Seguiré recordando por ti, aunque no lo sepas».

Los ojos de Rain brillan con tanta intensidad que por un momento me dejan sin aliento.

—¿En serio?

Asiento lentamente y me giro para contemplar la ciudad de nuevo.

—A mí también me gusta pensar que nos queda alguna primera vez —le respondo, aunque mis palabras llevan más peso de lo que quiero admitir.

Rain baja la voz en un tono sugerente y me aprieta la mano con más fuerza.

—En realidad, podrían ser varias.

—Lo siento, pero yo no cruzo ciertos límites con mis amigos —le digo, y no puedo evitar sonrojarme.

—Como mencionaste algo de la boca…

—Era un recurso de escritora.

Él se ríe con ganas y deja que el silencio se lleve los últimos restos de su eco.

—¿Ves? Te dije que merecía la pena.

—Sí. Sí que la merece —murmuro, y veo con el rabillo del ojo que me está observando.

Hasta que no bajamos de la Torre de Vancouver, no me doy cuenta de que Rain no ha mirado el paisaje ni una sola vez. Me pregunto si sentía demasiado miedo o, en cambio, si todo lo que realmente le importaba ya estaba a su lado.

La niña que se llenaba la barriga de espaguetis y la lluvia

Cuando llegó la primavera de 2005, el crecimiento urbano de Reno y de otras localidades cercanas provocó un aumento de la demanda de viviendas en comunidades de la periferia como Cold Springs. La gente quería una vida más tranquila, pero sin perder acceso a las oportunidades de ese otro mundo más desarrollado e inconformista que esperaba al final de la carretera, así que el pueblo sufrió una transformación inevitable, perdiendo parte de su verde y sepultando para siempre el último recorrido del atardecer. Se construyó un nuevo barrio, el Woodland Village, en la zona noroeste, con áreas recreativas y casas unifamiliares que nada tenían que envidiar a la de Rain y su patio floreado, aunque sus padres insinuaron en varias ocasiones que se habrían mudado a ese vecindario si los precios no estuvieran tan inflados. Por aquel entonces yo tenía nueve años, y no entendía por qué los míos no mostraban esa hambre al ver las calles rebosantes de caras nuevas; lo máximo que había escuchado quejarse a mi padre había sido por no poder conducir a más de ochenta cuando volvía del trabajo por la «invasión» de los nuevos residentes (usaba varias veces esa palabra, «invasión», como el padre de Rain, como la mayoría de los adultos del pueblo cuando hablaban de los cambios más recientes).

La niña envidiosa que despertaba en mi cama por esa época, que guiaba mi falta de interacción con los niños que vivían cerca de las tiendas y en esas casas de cuento con final feliz, discutía habitualmente con sus padres porque quería ser una de ellos, porque pensaba que se sentiría mejor siendo una de ellos. Quería otra casa más espaciosa, un jardín, un huerto en el jardín. Estaba insoportable, lo admito.

Rain, como siempre, era la única persona que me entendía, que me alimentaba. Después de las lluvias ligeras de marzo y abril, el sheriff organizó una comida para fomentar el sentimiento de comunidad. Todos los vecinos estaban invitados y había espaguetis gratis, como cada año. Era una de mis tradiciones favoritas, pero no solíamos ser tantas personas agolpadas a orillas del lago, y aquel día hacía mucho calor. Recuerdo que los picos de las montañas todavía tenían nieve y no podía dejar de observarlos, entre fascinada y disgustada. Mi madre no me dejaba quitarme la chaqueta, me dolía la barriga de comer tantos espaguetis y había perdido a mi mejor amigo entre la multitud. Prefería el lago durante el verano, cuando se hundía y me levantaba; estar rodeada de desconocidos y con el pelo amarrado en una coleta alta y seca era una sensación insoportable, así que aproveché un descuido de mi madre, que fingía integrarse, aunque no dejaba de observarme de reojo, y regresé al pueblo. Había dejado atrás una hilera de artemisas y cactus florecidos cuando oí a alguien correr detrás de mí… Supe que era Rain antes de girarme.

—¿A dónde vas?

Mi amigo tenía el flequillo izado y las mejillas sudorosas por la carrera. No sé cómo, pero había convencido a sus padres para

ponerse una camiseta básica y unos pantalones que no se arrugaban cuando se sentaba. A su lado parecía que yo era seria, aburrida. Apreté el puño izquierdo y me cubrí el estómago con él.

—¿Y a ti qué te importa? Si no me haces ni caso.

—Estoy socializando, Ib.

A Rain le encantaba usar palabras complicadas que había oído en boca de un adulto o en la serie *Veronica Mars*. No sé qué hice primero: si fruncir los labios, poner los ojos en blanco o dar un paso amenazante en su dirección.

—Estás haciendo amigos, Rain. Amigos nuevos. Amigos que no son yo.

—Ya… —Rain alargó la sílaba todo lo que pudo y me miró como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente que le devolvía la mirada con odio—. ¿Por qué te molesta que lo haga?

—Sabes que a mí no se me da bien.

—No lo estás intentando lo suficiente, solo comes espaguetis.

Rain me sonrió y mi enfado y mi vergüenza crecieron de la mano, se alzaron hacia las montañas y tiraron de mi cuerpo. Cuando me dominaba la rabia, me sentía más alta que Rain. Que el resto del mundo.

—Odio a esos niños —escupí, y Rain se mostró escandalizado.

—¡Ib!

—Tienen tele en su habitación y no repiten camiseta dos días a la semana. ¿La niña nueva, Annie? Solo se pone vestidos los sábados. ¿El niño que ha traído el balón de fútbol, Robert? Resulta que…

—Wilson —me interrumpió Rain, y yo apreté el puño que me faltaba.

—Se llama Robert.

—No, digo el balón de fútbol. Es un Wilson.

—Ah. —Clavé los talones en la tierra seca y respiré un poco más relajada antes de proseguir—: Ese niño, Robert, no hace otra cosa que hablar de películas de pago y de lo bonita que es Europa porque él y su familia pasan los veranos allí.

—Pero Europa es muy grande, Ib. Por lo menos, el triple que Cold Springs.

—¿Y qué?

—Que está exagerando. Como Annie cuando dice que tiene un armario para verano y otro para invierno.

Agaché la cabeza, las risas y el sonido distante de la multitud eran como un trueno y un relámpago para mi ánimo infantil. Splash. Silencio.

—Pero los dos han montado en avión. Saben volar. Como los pájaros que tanto te gustan, Rain —murmuré.

Temía ponerme a llorar en cualquier momento, pero no me dio tiempo. Rain se colocó a mi lado, tiró suavemente de mi coleta para que alzara la barbilla y señaló con un dedo manchado de tomate hacia el cielo.

—Mira, Ib. Ahí están las nubes —me dijo, y yo contemplé aquella esponjosidad blanca como el algodón, aquellos desgarros perfectos en el cielo—. Los aviones pasan por encima, pero los pájaros descansan sobre las nubes, moldean su forma con los picos. Estoy seguro de que duermen allí arriba, acurrucados con su familia.

—¿Qué pasa con los pájaros en verano, cuando apenas hay nubes?

—Se van a otro lugar. A Reno. O a Europa —respondió Rain, seguro de sí mismo, y yo le creí—. Pero vuelven cuando acaba el

verano porque este es su hogar. Los pájaros paran el tiempo, Ib. Tú no. Tú estás aquí.

—¿Y eso no te parece aburrido? —le pregunté, cuando en realidad quería preguntarle si era yo la que le parecía aburrida.

Rain lo supo, porque volvió a tirarme de la coleta hasta que solté una risita y luego afirmó, con la voz seria:

—Me gusta estar con los otros niños un rato. Como observar nubes o pájaros, que es algo que tampoco haría todo el tiempo. Contigo es distinto, Ib. Tú eres para siempre.

Tragué saliva. Volvía a tener ganas de llorar, pero por motivos muy distintos. Rain me prefería a mí antes que a los otros niños. Rain me había comparado con un pájaro, y yo había salido ganando. Estaba tan agradecida… Me sentía infinita de nuevo.

—Venga, vamos a jugar con Robert y Annie —dije, remangándome la chaqueta.

—¿No prefieres que estemos los dos solos? —Rain hizo un puchero.

—Luego, Rain. Somos para siempre, ¿recuerdas?

La sonrisa de mi amigo también era infinita cuando me empujó con suavidad hacia el lago. Tiré de su brazo para que camináramos más deprisa, y entonces empezamos a correr para unirnos al resto de los niños y jugar hasta agotar la luz del día y ver oscurecerse las camas de los pájaros.

20

Después de visitar la Torre de Vancouver, volvemos al hostal. Las chicas no están, así que aprovechamos para descansar y para que Rain lea el diario de mi madre. Se lo doy con una mezcla de nerviosismo y alivio. No sé por qué no lo he hecho antes. Quizá porque necesitaba sentir que volvíamos a ser amigos; mostrar tus heridas a alguien implica darle poder para agrandarlas, y quería conocer mejor las de Rain antes de atreverme a dar un paso tan importante. Pero cuando él sostiene ese trozo de la vida de mi madre entre las manos, es como poner recto un cuadro que lleva años torcido. La imagen despierta muchas cosas en mí, todas nuevas e inexplicables. Tal vez tenía razón con eso de que teníamos que olvidarnos para ser nosotros de nuevo.

Se puede aprender mucho de alguien por su forma de leer, además. A pesar de su personalidad bromista y de su manera salvaje de fumar, Rain desliza los ojos en silencio por las páginas del diario, como si pudiera sentir cada palabra en la piel. No pensé que pudiera tomarse nada en serio hasta este momento, si soy sincera. Eso complica más la transición entre una promesa y otra. Y el gesto que hace con la lengua de manera inconsciente, apretando la punta contra la perforación del labio cuando llega al final de una línea

particularmente intensa… Bueno, tengo que admitir que estoy más atenta a los ángulos de su cara que a sus reacciones.

—Ese tipo, Jackson, escondía algo oscuro —dice al acabar de leer —. «En unas vidas tan cortas como las nuestras, lo único que tenemos es a las personas». Pero ¿quién dice esas cosas?

—Alguien que está enamorado.

Rain suelta un bufido y flexiona los brazos detrás de la nuca.

—O alguien que finge estarlo.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Las personas se manipulan unas a otras constantemente, Ib. Y el amor puede usarse como moneda de cambio para conseguir algo. Dinero, respeto, tranquilidad…

Sacudo la cabeza hasta que el flequillo se me mete en los ojos.

—Mi madre no tenía nada más que ofrecer que a ella misma.

—Ya lo descubriremos —murmura, tumbándose sobre mi cama para estirar la pierna.

Después de comentar el diario durante horas y debatir algunas de las frases que escribió mi madre («el olor ácido de las calles», «esta ciudad que no espera a nadie», «los árboles y sus ramas partidas»), llegamos a la conclusión de que tuvo que vivir en el Eastside, la única parte de la ciudad que nos falta por explorar. Nolan nos advirtió de que nos mantuviéramos alejados de esa zona, así que bajamos a recepción para hablar con él. Está discutiendo con un par de holandeses, y por lo poco que escucho antes de que nos despache con un gesto para que le esperemos en el comedor, creo que se está inventando el idioma.

—Lo que te dije, un tío grande —murmura Rain, y me tapo la boca para que mi risa no haga demasiado ruido.

Cuando Nolan entra en el comedor seguido por un Nostradamus atado con correa, nos mira y empieza a gesticular con las manos, sin decir nada; estira el puño hacia delante y lo recoge varias veces, mientras que con el otro brazo dibuja líneas en el aire.

—Me estáis entendiendo aunque no habléis neerlandés, ¿verdad?

Rain y yo intercambiamos una mirada rápida.

—Eh…, tienes hambre —prueba a decir él, y Nolan frunce el ceño.

—¡Ya lo sé, querías venderles una excursión! —exclamo.

Nolan se sienta enfrente de nosotros con aire derrotado.

—Les estaba diciendo que se aseguren de dejar la puerta de la calle bien cerrada cuando se marchen.

—Eso… eso era lo otro que iba a decir.

Rain sonríe travieso ante mi patético intento de hacer que Nolan se sienta mejor. Pero él farfulla, como si ni siquiera me hubiera escuchado:

—La gente nunca valora que te inventes un idioma para tratar de entenderles, ¿eh?

—Ya, bueno, creo que piensan que les tomabas el pelo —dice Rain, y Nolan se acaricia la barba antes de mirarlo.

—¿Por qué?

—¿Por inventarte un idioma?

Me muerdo el labio para no reírme ante la perplejidad que se lee en el rostro de Nolan. Tras intentar convencerlo de que no es una buena estrategia para atender turistas, Rain desiste y Nolan nos invita a uno de sus famosos platos de salmón marinado con sirope de arce. Cenamos envueltos en un intercambio evidente y agradable: Nolan nos habla de sus múltiples aventuras con la caña de pescar (yo conozco ya la mayoría, pero finjo sorprenderme como

si fuera la primera vez que le oigo decir que lo mejor que te puede pasar pescando es quedarte con la caña en la mano y esperar) y nos cuenta que su última pareja era un negacionista del cambio climático (el único Igor de Ontario) y por eso decidió que estaba mucho mejor soltero. Yo le cuento un poco sobre la historia de mi madre, lo suficiente como para que entienda lo importante que es para mí encontrar a Jackson. Accede a marcar las asociaciones vecinales que faltaban en el Eastside, pero no parece del todo satisfecho con la idea de que vayamos a pasar toda una mañana dando vueltas por allí y preguntando.

—Es un barrio peligroso —dice, usando una raspa de pescado como palillo cuando acabamos de cenar—. Ya podéis cuidar bien el uno del otro.

—Tranquila, Ib. Yo te protejo. —Rain me mira como iniciando un desafío y yo yergo la espalda, sin saber qué hacer con las manos. No me gusta la idea de depender de nadie, pero sé que será más fácil con Rain a mi lado.

—Sé cuidarme yo solita.

—Y no lo dudo.

—¿A qué vienen entonces esos aires de grandeza?

—No es grandeza, sino desconfianza. Hacia el resto de la humanidad —aclara, pero a mí no me sirve.

—Nolan, ¿puedes explicarle a Rain en uno de tus idiomas que confiar en la gente de vez en cuando no va a hacerle perder puntos de masculinidad?

—¿Te gustan los chicos que te ponen una alfombra roja y vigilan cada paso que das a tus espaldas? Porque te aseguro que eso es lo que hacen los príncipes azules, aunque se disfracen de algo distinto.

—Me gustan los chicos que confían en mi capacidad para manejar una situación complicada —respondo, y veo sus colmillos al sonreír, como si hubiera tenido la respuesta preparada desde el principio.

—Oh, Ib, pero yo pondría mi mundo en tus manos si así lo quisieras.

La intensidad en su mirada me desarma. Mi corazón da un pequeño vuelco y mis manos se tensan sobre la mesa. No sé cómo responder. Hace años, solíamos decirnos ese tipo de cosas todo el tiempo. Era un juego, un desafío emocional que nos preparaba para futuros romances. Él con Annie, y yo…, bueno, me fui antes de tener la oportunidad de descubrirlo. ¿Ahora estamos recordando lo que fuimos o tonteando con lo que podríamos ser? ¿Qué significa todo esto realmente para mí? ¿Y para él?

Nolan carraspea y se levanta para empezar a recoger la mesa.

—Bueno, yo seguiré inventando idiomas hasta que alguien lo aprecie.

Poco después, mis compañeras de habitación llegan al hostal y nos invitan a salir con ellas a un pub irlandés en el centro. Acepto antes que Rain, lo que le produce un pequeño gesto de desconcierto que Carley no es capaz de borrar por mucho que le hable de su día de compras.

El pub no es muy grande, pero da la impresión de serlo por toda la gente que hay dentro. La música suena fuerte, una mezcla entre folk irlandés y rock, el violín arrastrando las notas por encima de las guitarras eléctricas como si tratara de amortiguar el peso del sonido. Las luces cálidas del pub parpadean sobre la barra de madera desgastada, mientras la gente a nuestro alrededor charla a voz en grito para hacerse oír sobre la música. El aire huele a cerveza

derramada y a madera vieja, y el suelo vibra ligeramente bajo mis pies con cada acorde de violín irlandés. Pido una Guinness. Siento el vaso frío y pesado entre mis manos, y el amargor del primer trago me resulta sorprendentemente agradable. Al principio bebemos y hablamos en una mesita que nos obliga a sentarnos muy juntos, hombro con hombro. Ginger, a mi lado, se aparta un rizo de la cara y se inclina sobre mí. Los susurros en lugares ruidosos siempre parecen prometer algo más íntimo o revelador.

—Dime la verdad: Rain y tú os habéis acostado.

Mi interior estalla en una risotada tan escandalosa que me sorprende que los músculos de mi boca permanezcan quietos y serenos.

—No, no. Solo somos amigos, ya te lo dije.

—¿A qué habéis venido a Vancouver si no es para reconciliaros?

—Sí, a ver, algo de eso hay también, pero… Espera. —Me interrumpo, frunciendo el ceño—. ¿Carley te ha pedido que me lo preguntes?

Ginger se muerde el labio. Parece cohibida, de pronto.

—Me caes bien, Ib. Me caes realmente bien. —Y yo la creo, por cómo lo dice. Por el debate que se observa en sus ojos—. Pero Carley llegó antes y las cosas con su futuro marido tampoco están como para tirar cohetes.

—Pues que no se case —respondo, y me siento fatal por hablar con tanta contundencia de una persona a la que apenas conozco.

Sin embargo, el alcohol, esta música, lo que he vivido recientemente con Rain… despiertan en mí una ansiedad difícil de explicar. Es la misma sensación que cuando visito la biblioteca y

descubro que alguien se ha llevado prestado el libro que llevaba deseando toda la semana, pero multiplicada por mil. ¿Son celos?

Ginger parece llegar a una conclusión similar, porque su mirada ahonda en la tristeza, en la culpabilidad.

—Lo siento si te parece que estoy jugando a dos bandas. Solo estoy considerando todas las posibilidades, porque entiendo que Rain llegó antes para ti. No te enfades conmigo, por favor.

—No estoy enfadada, Ginger. —Y es verdad. Entiendo que priorice a su amiga; lo que no consigo comprender es por qué me duele tanto pensar en Rain besando a Carley, dándole la mano a Carley, tumbándose en una cama junto a Carley, cuando él ya tiene a alguien esperándole en casa, recibiendo todas esas cosas que solo de imaginarlas ahora mismo me provocan un nudo en el estómago imposible de desenredar. No me molesto en hablar de la existencia de Bonnie. No quiero que Ginger piense que Rain es esa clase de persona. Mis manos se tensan sobre el vaso de cerveza mientras respondo—: Rain no busca nada serio, de todas formas. Él es así, no hay que darle más vueltas. Espero que Carley arregle las cosas con su novio, pero tampoco me gustaría que usara a Rain para aclararse.

Ginger pone la misma sonrisa que puso Vesta el día que declaré que no iba a volver a beber alcohol tras una resaca descomunal.

—Ay, que sí que te gusta.

Su voz tiene un deje de orgullo, casi de satisfacción. Yo uso todo el cuerpo para negarme y derramo parte de mi cerveza sobre la mesita y mis vaqueros. Apenas noto el líquido, ya templado, traspasando la tela.

—Ginger, no sabes…

Justo entonces las gemelas se levantan con idea de ir a bailar y nos obligan a todos a seguirlas. Pido otra Guinness. Me convierto en una espectadora, viendo cómo la gente se mueve y habla con una facilidad ajena a mí, la conversación con Ginger flotando en mi ánimo como un fósforo prendido demasiado cerca de los dedos. A veces alguien me sonríe por encima de su pinta o la mano de un parroquiano me toca el hombro al pasar, mi único contacto con la noche y sus cambios de ritmo. Vivo otras vidas huyendo de la mía, de la incertidumbre, y entonces me pido otra Guinness, la tercera, y lo que he dicho empieza a parecerme más importante que lo que he callado, por lo que me relajo. Las luces parpadean cada vez más fuerte, siempre hay cola para ir al baño. Ginger me obliga a bailar con ella una canción increíblemente rápida, y me da la sensación de que mi risa rebota en todas partes. Mis pasos se vuelven más ligeros, quizá por una cuarta cerveza o por el hecho de que me estoy dejando llevar. Mi corazón salta entre segundos como si estuviera surfeando una ola tras otra, y le sonrío a mi reflejo, a todo el mundo. Incluso a Carley. Y, cuando me la devuelve, comprendo que vamos un poco borrachas.

Me apoyo en la pared para descansar un rato, y Rain se acerca a mí cuando me ve sola.

—No quiero molestar, ¡ve a bailar! —le grito, pero sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?, ¿así?

Me coge de la mano y me da vueltas y más vueltas hasta que amenazo con vomitarle encima. Después se inclina para hablarme al oído, y huele a alcohol y a tabaco, y experimento una ansiedad muy

distinta, casi placentera, al ver que su sonrisa ladeada sigue siendo para mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Le apoyo una mano en el pecho al asentir y me acerco más de lo que debería, pero siento que es lo correcto. Quiero decir, no soy capaz de pensar más allá de esta música, de este latido. ¿No es eso lo que Rain quiere? ¿No es eso lo que todos queremos? Ser suficiente a cada rato, todo el tiempo—. ¿Cómo te sentiste la primera vez que besaste a alguien?

Recuerdo mis dieciocho, llegando tarde como siempre. Vesta insistió en celebrar su cumpleaños y me presentó a un amigo suyo. Me emborraché hasta hacer desaparecer mis pensamientos. La pared rugosa de un baño público, el chico empezando a besarme por el cuello, la sensación de perder el control de mi cuerpo y volverme de hielo cuando sus labios buscaron los míos sin ningún tipo de amabilidad.

—Incómoda —termino respondiendo—. Me hubiera gustado que durase menos y que me tratara mejor, supongo.

Rain me mira con intensidad y algo de enfado.

—Ojalá tuviera el poder de cambiar eso.

«¿El qué, Rain? ¿El beso o mi incomodidad?». No me atrevo a hacerle esa pregunta por miedo a la respuesta, así que le pregunto en su lugar:

—¿Y cómo fue tu primer beso?

—También me hubiera gustado que fuera de otra manera y con otra persona —responde, sincero, y no añade nada más.

No sé por qué, pero imaginaba que el primer beso de Rain sería perfecto, algo sencillo y libre de complicaciones. ¿Puedo pedirle detalles o preguntarle si fue con Annie? ¿Obligarle a recordar

rompería nuestra nueva promesa? No termino de encontrar una respuesta, porque me distrae el sabor repetitivo de la cerveza en la boca. El estribillo de una canción pegadiza. Ginger hablando con Carley cerca de la entrada del local. Esta última abrazándose a sí misma con aire desamparado. Rain quieto enfrente de mí, esperando un después que no llega.

Repentinamente, las luces del pub se encienden y los dueños nos echan a gritos. Rain es uno de los que se niegan a abandonar el local y monta un poco de jaleo, aunque deja de oponer resistencia cuando le pido que nos vayamos.

Volvemos al hostal caminando, detrás de las chicas, que bailan y cantan a gritos por la calle y hacen girar sus bandas rosas sobre el aire. El cielo sobre nosotros es profundo y sereno, teñido de un azul oscuro que se desliza lentamente hacia el negro, con solo unas pocas estrellas visibles sobre las nubes. Escucho el sonido lejano de la ciudad apagándose, y siento el peso del viento en mis pulmones. Me giro hacia Rain cuando se enciende un cigarrillo.

—¿Me das uno?

—¿A quién quieres impresionar esta vez? —Rain arquea una ceja, medio en broma, pero también con curiosidad.

—A nadie. ¿Acaso me hace falta?

El humo dibuja espirales cerca de la parte de su rostro que parece de acero. Alargo la mano hacia el cigarrillo, al ver que él no dice nada, pero se lo cambia de mano para alejarlo de mí y niega con la cabeza.

—No, Ib. —Su mirada se endurece—. Deberías mantenerte alejada de las cosas que te hacen daño.

—Eso es imposible, ¿no crees? Todos terminamos haciendo daño a alguien si pasamos el tiempo suficiente a su lado. ¿Por qué no pensar en la otra cara de la moneda?

Sé que Rain recuerda las palabras que me dijo en su casa, porque se obliga a caminar un poco más rápido mientras suelta un resoplido.

—¿Y cuál es esa cara? ¿El amor?

—La amistad —respondo en un tono más suave y nostálgico.

Él no me mira, pero puedo ver el principio de una sonrisa asomando en su boca cuando se lleva la boquilla a los labios y aspira con fuerza. A lo lejos, los rascacielos apenas destacan en la oscuridad, mientras el cielo sobre nosotros sigue siendo tan insondable como lo que vendrá. Caminamos en silencio, como si prestáramos atención al susurro de nuestra propia soledad.

—Cuéntame algo que no hayas hablado con nadie —me dice de pronto.

—Solo se me ocurren las historias de esas novelas que nunca terminé de escribir.

—Empieza por ellas, entonces. —El humo del tabaco enturbia su mirada, pero su sonrisa es cálida—. Háblame de todas como si fueran la primera.

—Eso es fácil, Rain. Siempre tienes la oportunidad de ser alguien más cuando escribes.

Entonces y al igual que hace años, yo le cuento mis ideas y él escucha en silencio. Pero esta vez hay algo distinto. Algo brillante y a la deriva entre los susurros de mi mente, de mi corazón. Miro sus labios y me pregunto si sabrán a tabaco, si su roce será frío o cálido. Miro su pierna y me pregunto dónde está la cicatriz, cuál es su

forma, su color. Miro sus dedos delgados y mordidos, resistiendo al impulso de la noche.

Quiero saber lo que piensa Rain de mi boca.

Quiero saber lo que siente al contemplar su cicatriz.

Nunca sabré qué habrían hecho nuestras manos si hubieran estado vacías.

El diario (V)

Jackson y yo hemos tenido nuestra primera pelea. Nunca había sentido algo así con él, esa mezcla de frustración y rabia que se te enreda en el pecho y no te deja respirar. Íbamos a ir al cine, pero esta vez era yo la que había elegido la película. Habíamos quedado a las siete, y él, como siempre, me prometió que estaría allí puntual.

Pero las siete llegaron y se fueron, y no había ni rastro de Jackson. Lo esperé en la esquina, viendo cómo la gente se saludaba y entraba al cine, cada vez más impaciente. Una chica me ofreció un clínex y otra, un cigarrillo. Cuando llegó, casi una hora más tarde, lo único que dijo fue un lastimero «lo siento».

Le pregunté por qué había llegado tan tarde, esperando que me diera una razón lógica, algo que al menos hiciera que el plantón tuviera sentido. Pero lo que me dio fue una excusa vaga, una de esas que se sienten vacías. Dijo que se había entretenido con algo de un amigo, pero ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos mientras lo decía, y eso me dolió. Me dolió porque parecía una mentira, una de esas mentiras pequeñas que se dicen para evitar discusiones, pero que solo las empeoran. Como las mentiras que se contaban en las aceras sobre él.

Llegamos al cine justo cuando estaban cerrando el acceso. Nos dijeron que ya no podíamos pasar. Y, en ese momento, toda la frustración que había estado conteniendo salió a la superficie.

—Si hubieras llegado a tiempo, esto no estaría pasando —le solté sin pensarlo, con más dureza de la que pretendía.

Jackson me miró sorprendido, como si no esperara que reaccionara así.

—No es para tanto, Nailah. ¿Qué coño te pasa?

—Siento que ya no soy importante para ti.

Él se pasó una mano por el pelo y suspiró con cansancio.

—No es así. Sabes que me importas. Solo…, no sé, a veces las cosas pasan.

Uno de los trabajadores del cine salió a pedirnos que discutiéramos en la otra acera. Jackson le empujó y yo me lo llevé del brazo para evitar que la cosa fuera a mayores. Las luces de la ciudad parpadeaban a nuestro alrededor, y por primera vez desde que estamos juntos sentí una distancia entre nosotros. Estaba herida, dolida, pero al mismo tiempo sabía que no quería perderlo, que no podía imaginarme sin él.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, Jackson dio un paso hacia mí, me miró a los ojos con esa intensidad que siempre me desarma y, antes de que pudiera decir algo, me besó. Fue un beso profundo, urgente, como si tratara de decirme con su boca lo que sus palabras no habían podido. Lo entendí. Hicimos el amor como si fuera la única manera de encontrar el equilibrio que habíamos perdido en la calle. Sus manos sobre mi piel, sus labios recorriendo cada parte de mí… Me hizo olvidar por un instante toda la tristeza, toda la frustración. Ya no me importaba que hubiera llegado tarde o que hubiéramos discutido. Solo estábamos nosotros, conectados de una forma que me da vergüenza describir del todo, pero que me hace sentir viva.

Quizá el amor también sea esto: momentos en los que todo se desmorona, pero que al final consigues reconstruir, y más fuerte que antes. Tal vez la clave no está en no pelear nunca, sino en saber cómo hacer las paces.

Antes de quedarnos dormidos, me dijo una de sus frases de película. Esta vez era de *West Side Story*: «Cuando el amor llega tan fuerte, no existe ni el mal ni el bien». Yo solo puse los ojos hacia arriba y apreté los labios, pero en el fondo supe que había verdad en esas palabras.

Porque, incluso en los momentos en los que nos perdemos, Jackson también me completa.

21

Apenas consigo dormir unas pocas horas. Las palabras de Ginger iniciaron el fuego, el alcohol descontroló las llamas y bailar junto a Rain, hablar de besos y respirar prácticamente la misma bocanada de aire, sumado al momento que compartimos al volver al hostal, provocaron un incendio tan voraz que me sorprende haber sobrevivido sin hacer ninguna tontería. Esperaba que la noche actuara como una ráfaga de viento para sofocar el fuego, pero había olvidado que el viento también puede extender las llamas. Me arde la boca, y la espalda, y también ese hueso que sobresale en mis muñecas y que suelo acariciar cuando estoy nerviosa. Mi cerebro parece envuelto en una nube tóxica, porque no consigo dejar de pensar en condicionales. En Rain. Cada pensamiento empieza y acaba en él. «Si me hubiera acercado más, ¿me habría rechazado?». «Y si nos hubiéramos hecho adultos juntos, ¿qué podría haber sido?». Intento distraerme pensando en el diario de mi madre, en lo que haré cuando encuentre a Jackson, pero veo el mismo resplandor en su historia, el reflejo de un sentimiento más antiguo que el mundo y que no consigo quitarme de la cabeza: si el amor puede arrancarse sin destruir lo de debajo, la amistad y lo que no debería desaparecer nunca, la raíz.

Y así me siento cuando salgo de la habitación por la mañana y encuentro a Rain esperándome con una mano apoyada en la pared. La otra sostiene un cigarrillo apagado con el filtro mirando hacia abajo, y le da vueltas con algo parecido al aburrimiento.

—Para tener miedo a morir, fumas demasiado —le reprocho mientras termino de calzarme y el pelo me cae en una maraña lacia sobre la cara.

Se ríe entre bostezos.

—Buenos días para ti también. ¿Cómo llevas la resaca?

—Solo me duele un poco la cabeza. —«Aunque dudo que sea efecto del alcohol». Estiro la espalda y me peino con los dedos, rezando para que el calor que siento en la cara no sea demasiado visible—. ¿Tú qué tal estás?

—Eso es como preguntarle a una estrella si le gusta vivir de noche —responde. Sus ojos están quietos, pero me contempla entera.

—Pensaba que las estrellas se quemaban.

Rain se aparta de la pared y se adelanta para bajar las escaleras.

—Algunas con más ganas que otras.

La recepción está vacía y no hay saludo perruno esta vez, así que desayunamos rápidamente y salimos a la calle. Hace sol, pero no brilla lo suficiente como para sentir calor con la chaqueta de Rain puesta. Quizá un poco. Camino con los brazos cruzados y los codos hacia dentro. Rain se mueve más lento; cuando le ofrezco coger el tranvía, acepta con un gruñido bajo. Me está haciendo un favor, aunque él no lo sepa, porque le miro casi todo el tiempo: cuando nos detenemos para cruzar la calle, los tres segundos y medio que tarda en aspirar con el cigarrillo en la boca y soltar una bocanada de humo gris después. No puedo apartar la mirada de la marca de unos

labios rojos en su mejilla cuando nos sentamos en el tranvía y, tras pensarlo mucho, alargo la mano y le restriego el pulgar por la piel.

—Tienes restos de carmín —le explico.

Rain entorna los ojos, la boca abierta por un instante. Hoy no sabría decir si son verdes o compiten por capturar la oscuridad de sus tatuajes, de su ropa.

—No sé si Carley fallaba aposta o iba demasiado borracha —masculla.

Parece que es la ciudad la que se mueve y yo miro hacia delante, presa de una inseguridad incontrolable.

—¿Te gusta Carley?

—Ah, pensaba que no me lo preguntarías nunca. —No dice nada más, y empiezo a impacientarme. Rain lo nota, se ríe entre dientes —. No, Ib. Ella no me gusta.

Ese énfasis en el pronombre personal. «Ella». Como si hubiera otra persona en su vida que sí que le atrapara de esa manera. «Idiota», pienso, «claro que está enamorado de alguien».

—Podría gustarte —digo con voz neutra—. Tendría sentido, quiero decir. Que te gustara Carley, si no estuvieras con Bonnie.

—No salgo con Bonnie. Me acuesto con Bonnie.

—¿Hay diferencia?

—¿Entre sexo y amor? Depende de a quién le preguntes, supongo. Para mí, sí.

Asiento y me fijo en una bandada de pájaros que sobrevuelan unas casitas de colores cerca del mar. Respiro el perfume que entra por las puertas, mezclado con el mío, cuando el tranvía se detiene: canela y vainilla, sal, tinta, bergamota, cemento fresco, Pall Mall.

—Creía que Bonnie y tú erais pareja. Como dijiste que habíais empezado a salir en el instituto…

—Ya, pero duramos nada y menos. Fue una tontería intentarlo, pero estábamos en la edad de los imposibles —reflexiona sin ningún tipo de emoción en la voz—. Ahora tenemos sexo de vez en cuando, como amigos. Bonnie es muy desapegada, quiero decir. Por eso seguimos viéndonos. No hablamos de sentimientos y esas cosas.

—¿Nunca has salido con alguien en serio? —le pregunto, intentando no sentirme ofendida por su manera de pronunciar esa palabra, «sentimientos». Como si fueran una jaula. Como si fuera estúpido pensar siquiera en alcanzar ese tipo de intimidad con alguien.

—He tenido rollos que han durado varios meses en la universidad. Pero si te refieres a compromiso, la promesa de estar juntos para siempre y esas cosas…, pues no. ¿Y tú?

—Tampoco. Creo que la otra persona tendría demasiadas expectativas puestas en mí, y yo no podría cumplir ni la mitad. Además, los chicos no suelen reaccionar muy bien cuando se enteran de que tengo una madre ingresada a la que dedico todo mi tiempo —bromeo, aunque mis dedos han comenzado a juguetear, nerviosos, con la cadenita de mi colgante.

Rain apoya el brazo en el respaldo de mi asiento y me observa.

—Suenas… distinta. —Ante mi gesto de confusión, el brillo sombrío en los ojos de Rain crece—. Parece que te molesta la idea de acabar sola.

—¿Quién quiere acabar solo? El amor que conozco —añado, sin darle la oportunidad de responder— es fugaz y complicado, y me ha demostrado que puede acabarse con la misma facilidad con la que

empieza, pero tampoco sabemos cómo vamos a ser capaces de volver a casa si nos alejamos demasiado, y siempre volvemos. Mis padres no son el mejor ejemplo de un amor sano, pero se querían con lo que tenían. Si dos personas tienen algo bueno, ¿por qué no intentarlo?

El tranvía vuelve a detenerse y Rain chasquea la lengua.

—El amor hace más daño que la falta de él —sentencia. El aire a mi alrededor es cada vez más denso, pero dentro de mí todo se queda vacío.

—No veo qué hay de malo en tener fe en alguien más que uno mismo. —No contesta, y mi sonrisa despreocupada se ralentiza cuando nos ponemos en pie para bajar del tranvía al llegar a nuestra parada.

—El problema es la fe —murmura Rain, dejando que baje yo primero—. Cuando te la arrebatan.

Y a mi mano le da tiempo a arrepentirse antes de buscar la suya, pero mi mente no se detiene.

En otra vida, Rain se siente digno de su recuerdo.

En otra vida, yo me elijo a mí antes que a mi madre.

En otra vida, Rain y yo no seríamos solo amigos.

Al entrar en el Eastside, nos recibe una bofetada de humedad y basura acumulada, un olor que parece enraizarse en cada esquina. Las calles están descuidadas; los edificios, como encorvados sobre sí mismos. Las ventanas de los pocos negocios que veo abiertos están opacadas por una capa de suciedad que borra el color de los carteles, deshilachados y a medio caer. La vida se despliega en las aceras, cruda y expuesta. No hay ningún esfuerzo por ocultar la miseria. Veo colas para pedir comida, gente esperando fuera de

centros de ayuda, clínicas de salud mental, programas de intercambio de jeringuillas. Veo grupos de gente sin hogar envueltos en abrigos largos y apolillados, recostados contra los edificios en un silencio cansado, hablando entre ellos en voz baja o recorriéndonos con una mirada fugaz y cargada de advertencia. Me alegro de haber venido con Rain, que se hace eco de mi tensión y lo mira todo con cautela, pero también con tristeza. Sé que ambos estamos pensando en lo mismo. En mi madre. ¿Creció en estas calles? ¿Cómo pudo conservar la esperanza entre tanta pobreza? ¿De dónde sacó la fuerza para desgarrarse por amor?

—Mi madre decía que yo tenía mucha suerte —murmuro, rascándome el codo con nerviosismo—. A veces no explicaba por qué. Solo lo repetía, una y otra vez, hasta que su voz se convertía en un susurro. Y luego me sonreía con tristeza, pero antes volvía a decir esa palabra. «Suerte».

Puedo sentir la punta mordida de la uña del meñique de Rain rozando mi dedo cuando dejo caer el brazo. Aspiro con fuerza.

—La suerte no hace ruido al irse, pero siempre deja una huella —dice, y luego señala algo al otro lado de la calle: una bicicleta en buen estado atada a una farola oxidada.

Entonces empiezo a fijarme en otros detalles, detalles tan pequeños que parece que estén esperando a ser descubiertos. La brisa marina que llega del puerto en las calles más anchas. Ramos de flores silvestres colocados en botes reciclados frente a una puerta. Luces cálidas en una ventana, titilando detrás de cortinas raídas. El canto de los pájaros entre cables eléctricos y techos oxidados. Murales de colores vivos decorando algunas fachadas. Un grafiti que dice «Nunca te rindas» pintado con trazos imperfectos

pero llenos de intención. Una planta creciendo en una grieta en el asfalto, terca, verde y vibrante.

Quizá mi madre consiguió ver la belleza a través de la fractura, después de todo.

La mayoría de las asociaciones que Nolan nos marcó en el mapa están cerradas, pero encontramos una que sobrevive a buen seguro en la calle más estrecha de Vancouver; el rótulo, MOVIMIENTO CAMBIO, casi roza el balcón del piso de enfrente. El local es pequeño, con la pintura de las paredes descascarillada, apenas tres sillas mirando a ninguna parte. Un pensamiento intrusivo, seco: «¿Y si aquí tampoco encuentro lo que estoy buscando? ¿Qué haré después?». Me quedo plantada en la puerta, los pies muy juntos, la mirada gacha. Rain apoya una mano en mi brazo con suavidad.

—No te pongas nerviosa. Estoy aquí.

Pero yo escucho «seguimos aquí», lo que me da la confianza que necesitaba.

Al entrar en el local, el aroma a humedad se siente mucho más fuerte que en las calles. De un altavoz colgado de cualquier manera entre el techo y la pared suena una versión a piano de «La vie en rose». La mujer del mostrador, una señora morena que tendrá unos cincuenta años, nos mira con un recelo pintado en su rostro amable y curtido.

—¿Puedo ayudaros en algo?

Doy un paso más, hasta situarme en el centro de la sala. Rain se mantiene cerca y me anima a hablar con un movimiento ligero de barbilla.

—Eh…, sí. Quería preguntar si, por casualidad, conoce a una mujer llamada Nailah. Era voluntaria cuando este lugar tenía otro

nombre, Faro del Mañana, y…

—¿Y tú quién eres? —La mujer me interrumpe, y noto una llama de un fuego distinto entre tanto latido nervioso porque me parece ver algo parecido al reconocimiento brillando en sus ojos castaños.

—Esto… —Ahora soy yo la que se interrumpe, sin saber cómo seguir. Es muy improbable, pero si esta mujer conoció a mi madre, podría seguir en contacto con ella. Y no me gustaría que se enterara así de mi visita, sabiendo que estamos tan lejos la una de la otra y… «Y que en su habitación hay una ventana». Me aclaro la garganta para que pueda pasar el pequeño «vale» que pronuncio para mí misma, y digo—: Estoy intentando resolver algunas cosas de mi pasado. Nada más.

La mujer frunce los labios. «¿Qué me importará a mí?», en eso estará pensando. Pero se nota que está aburrida, que si aguanta en este lugar es más por un simbolismo estoico que por una labor humanitaria: aquí solo parece salir beneficiado el tiempo. Se sube sobre un pequeño cajón y coge lo que parece ser un álbum de la parte más alta de la estantería. Despide un suspiro emocionado y me hace un gesto con las manos para que me acerque. Miro a Rain como para pedirle permiso y él me sonríe, los labios apretados y un hombro más caído que otro. Me acerco al mostrador con el corazón a punto de saltar del pecho, sintiendo algo parecido a lo que sentí en el puente, pero sin cederle el control al miedo.

—Solo he conocido a una Nailah en mi vida, Nailah Trembley —dice la mujer, y yo cierro los ojos, atesorando aquel dato que desconocía sobre mi madre, acariciando su apellido como si acabaran de presentarme a un gatito que se dejara tocar la cabeza, el cuerpo entero—. Fue voluntaria cuando este sitio se llamaba de

otra manera, efectivamente, cuando todavía ayudábamos de verdad a las personas. Ahora apenas hay recursos. Nadie asiste a los talleres o, si lo hacen una vez, no vuelven. Lejos de la gente que nos envían desde servicios comunitarios, este barrio está cada vez más muerto. Los que están fuera, los que se dejan morir, esos te dirán que está más vivo que nunca, pero no les hagas caso.

La mujer tiene una voz grave y se lame la punta del dedo antes de pasar las hojas del álbum. El papel de las fotos tiene los bordes amarillos y se mezcla el color con el blanco y el gris. En ellas, esta misma habitación parece otra: distinta distribución, mucha más gente. Mujeres, niños, algún hombre, en su mayoría inmigrantes, todos con los rostros marcados por historias que no cabrían en una sola vida. La mujer sigue hablando sin dejar de pasar las páginas:

—La cosa empezó a ir mal, pero que muy mal, con la crisis económica y de la vivienda. Estoy hablando de los setenta y ochenta. Nos afectó mucho más a los de siempre, qué os puedo decir. Llegaron muchos refugiados a la ciudad, ya fuera huyendo de la guerra de Vietnam o de las dictaduras. Yo emigré desde República Dominicana con *mi mamá*. —Pronuncia estas dos palabras en español, su acento abrazándolas con una ternura inesperada—. Fue horroroso a todo lo que tuvimos que enfrentarnos. El Eastside se volvió un refugio, pero también una barrera que nos separaba del mundo. Y así se ha quedado. Dependíamos de ONG como esta para aprender el idioma, que nos ayudaran con la falta de documentación, que nos escucharan. Yo lo que más necesitaba era eso, qué simple, sentirme escuchada.

Hace una pausa, como si reviviera ese vacío por un instante, y luego continúa:

—Cuando cumplí los veintidós y pude mantenernos a mí y a mi madre, decidí hacerme voluntaria. Para escuchar, sobre todo. Y así fue como conocí a Nailah. Era mucho más joven, pero tenía una voluntad tan… pura. Un torbellino de energía. Organizaba recogidas de alimentos y luego iba casa por casa a entregarlos en su bicicleta. A veces nos quedábamos hasta las tantas pensando ideas entretenidas para enseñar inglés a los que todavía no sabían comunicarse más allá del típico «hola» y «adiós». Nailah era muy inteligente y había tenido un poco más de suerte al nacer aquí; era su madre la que había emigrado. Estaba orgullosa de lo que era. Creo que por eso yo intentaba que tuviéramos los mismos turnos, por eso los días que ella venía el centro estaba mucho más lleno. No es nada malo recordar de dónde vienes —murmura, como intentando convencerse a sí misma. Me mira con sus grandes ojos oscuros un breve segundo, luego pasa otra página del álbum—. Nailah se fue hace casi treinta años. No volví a saber de ella. A pesar de su brillo, era muy reservada. Sé que tenía una hermana y que se acostaba cada noche leyendo un libro distinto. Pienso en ella a menudo, aunque tampoco puedo decir que fuésemos amigas. No sé.

La mujer gira el álbum lentamente mientras señala una foto en la esquina superior. Rain se inclina hacia delante, curioso. Miro la foto, en la que un grupo de voluntarios se alinea frente a la fachada del local. Es la misma fotografía que encontré entre las pertenencias de mi madre, solo que esta está mucho mejor conservada y se reconoce la calle. También reconozco a la mujer que nos atiende en el centro de todos ellos, más joven, con el pelo recogido en una trenza larga. La chica que está a su lado tiene un brillo rebelde en los ojos. Mis ojos. Y el pelo, aunque en la foto lo tenga rizado, tiene

esa mezcla indescifrable entre el castaño y el negro. En la cara de mi madre hay una sonrisa triunfante, pero tan lejana que hace que me pregunte si acaso la he visto en persona alguna vez. Su cuello está sin adornar y, cuando me llevo la mano al pecho, me clavo las uñas en la piel alrededor de mi colgante sin pretenderlo.

—Has dicho que tenía una hermana —murmuro.

—Sí, se llamaba Mona. Pero no recuerdo quién era la mayor de las dos. —La mujer deja abierto el álbum unos segundos más y, al advertir que no le hacemos caso, lo cierra con delicadeza—. No las vi juntas nunca. Para mí que no se llevaban muy bien.

—¿Y Jackson? ¿Te suena ese nombre?

—¿El novio de Nailah? Todo el barrio le tenía miedo, yo incluida —responde mientras lucho por respirar y mantener la misma expresión amable de antes—. Era un chico muy temperamental y con muchos problemas, pero cuando Nailah y él se juntaron, parecía otra persona. A mí nunca consiguió engañarme, he visto a tantos lobos con piel de cordero… Pero cuando quise advertir a Nailah, ella dejó la asociación y no volví a verla más. A Jackson sí, por desgracia. Me alegré al saber que habían cortado, lo siento si eso me convierte en una zorra. —Sonrío, contrariada, y la mirada de la mujer se arruga por el desagrado—. Vi la cara de ese chico en sueños hace poco. Había cenado coles de Bruselas, ya ves tú. Espero que fuera eso y no un mal presagio.

—¿Mal presagio?

Siento el calor de Rain junto a mí, su hombro rozando el mío. Una especie de entumecimiento empieza a cubrir cada centímetro de mi piel cuando la mujer dice:

—Jackson murió hace dos décadas de una sobredosis.

22

Cuando contemplo algo verdaderamente hermoso, como el color que tienen las nubes antes del atardecer o el lento viaje del invierno hacia la primavera y su efecto en las flores, en los gestos de la gente, aprovecho el silencio de la noche para escribir sobre ello. Hay un instante casi mágico en el que las palabras se alinean como si siempre hubieran estado destinadas a encontrarse, con un tono que a veces siento revolucionario. En esos momentos pienso, incluso mientras el sueño me vence, que he nacido para esto, para vivir historias y contarlas. Pero no todos los días son así. Hay noches en las que, por más que lo intente, no logro capturar con precisión lo que he sentido. Pruebo combinaciones, una tras otra, como quien busca la llave correcta para abrir una puerta, pero la imagen se resiste. Entonces, lo que he observado adquiere un matiz descolorido, burlándose de mí desde el rincón de mi memoria donde debería haberse guardado intacto. «No lo has conseguido, eres un fraude», susurra una voz que suena demasiado parecida a la mía. Me acuesto en la cama con un regusto amargo, como si no tuviera más oportunidades después de esa noche. O, si Vesta sigue despierta, me acerco a su cuarto con cualquier excusa absurda: repasar para un examen, pedir una opinión que no necesito. Lo que

sea para oír su voz y sentir que no estoy sola. Que quizá, después de todo, mi esfuerzo no ha sido en vano.

Bien, así es como me siento ahora mismo.

—Jackson está muerto. Muerto.

No hago más que repetir lo mismo, sentada en el poyete de una fuente a la que me ha guiado Rain. Fue él quien le dio las gracias a la mujer cuando entré en una especie de mutismo selectivo, quien me condujo por unas calles de repente opresivas hasta encontrar esta fuente en un pequeño y solitario parque, quien me sentó y me ofreció silencio hasta que me vi con suficientes fuerzas como para empezar a hablar de nuevo. El agua me salpica la parte baja de la espalda, y el frío me ayuda a mantener a raya el mareo, a no dejarme absorber por este sentimiento de derrota.

—Lo siento, Ib —murmura Rain, sentado a mi lado. Ha doblado su pierna derecha sobre la izquierda, que cae en diagonal al suelo, lánguida y rígida a la vez, como un cable de alta tensión.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Niego con la cabeza y la sensación de mareo aumenta.

—Quizá, aunque Jackson estuviera vivo, no habría sido buena idea encontrarlo. Ya has oído a esa mujer, la opinión que tenía la gente de él. Si tu madre y él lo dejaron, seguro que fue por una buena razón y ella tomó la decisión.

—¿Cómo lo sabías? —exclamo de pronto.

—¿Qué?

—¿Cómo sabías que Jackson no era de fiar? Los dos leímos el diario, pero solo tú lo pensaste.

Rain contesta después de un largo rato, y yo me froto los ojos secos y sigo haciendo un esfuerzo por respirar.

—Sé reconocer a las personas que son una pérdida de espacio y tiempo —susurra.

Cierro los ojos.

—Rain, ese hombre era mi única opción para que mi madre recuperara las ganas de vivir. Ahora nunca abandonará el centro. Nunca la oiré reír de nuevo al aire libre. Nunca me verá graduarme. Nunca…

—Ib, eso no es cierto. —Da un golpe con el talón para interrumpirme, y yo abro los ojos. El reflejo grisáceo del sol atraviesa las hojas de los árboles y parte la sonrisa triste de Rain cuando me mira y me dice—: Tu madre volvió a enamorarse. Te tuvo a ti. Su historia con Jackson la hizo sentir viva porque fue su primer amor. A veces no es la persona, sino el sentimiento que despierta en ti cuando estás con esa persona —reflexiona, y se muerde el arito de metal para que no vea cómo sus labios tiemblan—. Estoy seguro de que hay otras muchas cosas en el pasado de tu madre que pueden ayudarla.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Quiero preguntarle cómo sabe tanto del amor, si desde que estamos aquí no ha hecho otra cosa que renegar de él, pero no tengo fuerzas. En su lugar, me retuerzo los dedos y vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Y si no hay nada bueno que rescatar? ¿Y si no consigo liberarme de esta culpa? ¿Y si…?

—Ib, necesito que te calmes. —A pesar de tener los ojos cerrados, veo el cuerpo de Rain como a trasluz. Venas, espacios en blanco, pulmones oscuros. Su alma de niño, por ahí escondida. Respiro por

la nariz pausadamente. «No temo a las tormentas porque estoy aprendiendo a manejar mi barco». Sigo respirando, y Rain se queda en silencio hasta que abro los ojos y ve algo parecido a la calma en mi expresión—. Todavía tenemos tiempo. Esa mujer ha mencionado que tu madre tiene una hermana. Ha dicho que se llama Mona, ¿verdad?

Asiento, y se me escapa una sonrisa débil.

—Siempre he querido tener una hermana. Se me hace tan raro que mi madre tuviera una y nunca hablara de ella…

—Ya lo sé. —Rain clava la mirada en su brazo tatuado y ambos nos detenemos en la visión de la tinta que nos separa, que nos une —. No pienses en lo que pasará después. A partir de este momento solo tienes una tarea, y es encontrar a la hermana de tu madre. El resto puede esperar.

Parece que quiere añadir algo más, pero se contiene.

—¿Me acompañarás? —Las piernas me tiemblan cuando pienso en la posibilidad de ponerme de pie y enfrentarme a esto sola.

—Pues claro.

Espero unos segundos y entonces me levanto. El agua de la fuente golpea siempre en el mismo sitio, noto la espalda empapada. El fondo está sucio, lleno de partículas de algas y alguna que otra moneda. Rain se incorpora con dificultad, y yo me muerdo el labio mientras le observo porque todavía me siento algo triste y confundida.

—¿Puedo pedirte un abrazo?

Tras un instante de vacilación, su cabeza se mueve varias veces de arriba abajo, aunque al principio su cuerpo se mantiene rígido cuando me acerco. Mis manos le rodean por detrás de los hombros y

dejo que mi cabeza se apoye en su pecho cálido, firme, y el ritmo constante de su respiración equilibra mis suspiros desordenados. Cuando me devuelve el abrazo, lo siento como una especie de contención fuerte y suave a la vez, y me da por pensar que esta es otra forma de perderse. Su mandíbula encajando en mi cuello, la mejilla apoyada sobre la tela de la chaqueta, sus manos descansando en mi espalda. Soy dolorosamente consciente de cada detalle, de cada roce entre nosotros. El sol nos calienta la coronilla, y todo en mí se calma. El ruido en mis oídos se desvanece, la opresión en mi pecho se disuelve lentamente y el enjambre caótico de mis pensamientos se queda en silencio. Me hundo más en el abrazo, sintiendo su olor, esa mezcla familiar de tabaco y un aroma agridulce que me recuerda a nuestro pueblo.

No es que el sentimiento de fracaso se haya ido por completo, pero en este momento, entre sus brazos, me siento como en casa.

—Nunca tuvimos la oportunidad de abrazarnos demasiado —murmuro, y mi voz flota y, a la vez, suena como un lamento enterrado.

—Nuestro primer abrazo. —Su aliento en mi cuello me produce un cosquilleo muy agradable y yo decido seguirle el juego, fingir que hemos compartido otra primera vez.

—¿Ha cumplido las expectativas? —alcanzo a preguntar cuando nos separamos.

Él sonríe, pero no me dice nada.

Volvemos a pasear por el Eastside y empezamos a preguntar por Mona Trembley a la gente con la que nos cruzamos. Obtenemos tres clases de respuesta: la más repetida es el silencio, a veces combinado con una mirada hostil o suspicaz; después, algunas

personas nos dicen que sienten no poder ayudarnos o sueltan un rotundo y sonoro «no», y, por último, un grupo de hombres deciden mandarnos a la mierda directamente, y tras un intercambio bastante tenso de insultos con Rain, abandonamos la zona este de Vancouver cuando empieza a atardecer, y yo… yo vuelvo a sentir unas irremediables ganas de llorar.

—Qué desastre. —Me llevo las manos a la frente y la aprieto—. Nunca vamos a encontrarla.

—Mañana tendremos más suerte —dice Rain, y suena exageradamente positivo en contraste con su habitual tono apagado.

—Rain, no estoy de humor ahora mismo.

—Estoy fingiendo ser tú para animarte. —Suspira, impaciente—. ¿Podrías colaborar un poco, por favor?

Sorprendentemente, consigue que me ría.

—Vale, lo pillo. ¿Me puedes explicar tu magnífico plan para hacer que me distraiga hasta mañana?

Con una sonrisa juguetona, Rain señala algo a mi espalda. Me giro, esperando encontrarme cualquier cosa menos lo que realmente me encuentro: el escaparate de una librería. Contengo la respiración y le miro con los ojos muy abiertos, intentando no hacerme ilusiones, aunque ya es demasiado tarde.

—¿Es una broma? A ti no te gusta leer, Rain.

Él se apresura a negar con la cabeza antes de que acabe la pregunta y tira de mi brazo para que lo acompañe. Cruzamos la calle y, cuando atravieso la puerta y el aroma a libros me golpea la cara, cierro los ojos y sonrío. Sonrío *de verdad*.

La librería apenas tiene clientes, lo que para mí siempre ha sido sinónimo de pasar una tarde tranquila entre libros. Al poco tiempo

de estar aquí, ojeando títulos, sinopsis y precios, la tensión que sentía después de tantos descubrimientos inesperados se convierte en algo más fácil de manejar. No consigo olvidar que solo me queda un día en Vancouver, que el próximo atardecer que me deslumbre me sorprenderá con toda seguridad en la carretera, pero confío en que encontraré una solución. Siempre lo he hecho, ¿no? Rain me sigue a todas partes; creo que le hace gracia mi expresión de felicidad, porque me observa sin ningún tipo de disimulo.

—A veces sueño con ver algo escrito por mí entre todos estos libros —le confieso en un susurro agitado, mientras mis dedos recorren los lomos y siento las diferentes texturas bajo mis yemas.

—Pues escribe. Y sigue escribiendo. —Rain suena amable, a pesar de la brusquedad implícita en su consejo.

—No tengo tiempo para dedicarme a ello como me gustaría. Entre la universidad y mi madre…

—¿No será que en realidad tienes miedo?

Ladeo la cabeza hacia él, atenta.

—¿Miedo?

—A exponerte ante los demás en lugar de ayudarlos —responde, y añade—: A preocuparte solo por ti.

—Bueno, supongo que si fuera una escritora de verdad, me preocuparía por ese tipo de cosas, pero no lo soy, Rain.

—¿Escribes? Eres escritora. ¿Pintas? Qué importa que tu cuadro esté expuesto en el Louvre o en el salón de la casa de tus abuelos. El éxito no mide el talento.

Vuelvo el rostro hacia una nueva sección y finjo interesarme por un libro de Hervé Le Tellier.

—¿Te crees de verdad lo que estás diciendo o solo me estás imitando?

Rain se rasca la banda delgada y negra que tiene tatuada alrededor del brazo, un poco por encima del codo.

—Creía que estaba claro. —Me sonríe con colmillos y todo.

—Idiota —murmuro, pero no tengo claro a quién se lo estoy diciendo.

Me ajusto la chaqueta y tengo la intención de seguir caminando, pero Rain se interpone entre la estantería y yo. Se inclina lentamente hacia mí, tan serio y deliberado de pronto que, por un instante, temo que vaya a besarme. Pero su boca se detiene cerca de mi oído y murmura:

—Si no puedes creértelo, solo siéntelo.

Reprimo un escalofrío. Él no se aparta.

—¿Qué?

—Siempre has tenido claro quién querías ser. Si alguna vez te vuelven a entrar dudas, Ib, si el tiempo, las personas o algún cambio inesperado te hacen dudar, solo tienes que cerrar los ojos y sentirte. —Está tan cerca que escucho cómo se pasa la lengua por los labios antes de decir—: ¿Te parece mejor consejo?

Hago un ruidito extraño con la boca para decir que sí, y el sonido de la risa de Rain me hace apretar los muslos con fuerza.

Después de ese momento que no sé cómo describir, nos movemos por el espacio sin prisa, como si los libros nos hubieran absorbido en su propia paz. Rain saca un libro de alguna estantería, me lo muestra con una sonrisa y me pregunta: «¿Este te lo has leído?». Lo hace cada dos por tres, y a mí me entra la risa floja porque ya no sé cómo decirle que no. Que ojalá. «Me faltan vidas para leer tantos

libros, Rain». Y él tuerce la boca y coloca de nuevo el libro en su sitio, pero no tarda en volver a preguntarme. En el caso de que haya leído alguno de los que me muestra, hablamos del argumento, de mis impresiones y de las frases que recuerdo, y Rain me escucha atentamente. Sé que solo es un papel para hacerme sentir mejor, pero la verdad es que lo está consiguiendo. Se parece tanto al chico que conocí que a veces se me olvida que tengo que mirarle con los ojos de esta vida, y no con los de ninguna otra.

—Le caerías bien. A Beth —dice después de que me queje en voz alta de los libros que tienen demasiadas páginas pero no cuentan nada.

—¿Quién es Beth?

—Mi tía abuela. Es tan sarcástica y gruñona… A veces se pasa de sincera, pero nos llevamos muy bien —comenta sin mirar nada en particular.

Ya no recordaba que me había hablado de ella. Sonrío ante la posibilidad de conocerla y que me cuente cómo es Rain en el día a día. No sé por qué, pero los imagino peleando por el mando a distancia y yendo juntos a hacer la compra mientras se quejan de los precios de la carne.

—¿Cómo lo hiciste para poder venir a Vancouver? ¿Beth está bien sola?

—Bonnie se ofreció a echar una mano con las tareas domésticas. Se están apañando bien —responde, y me tranquiliza pensar que habla con su tía abuela tan a menudo como yo hablo con Vesta.

—Me contaste que vives con ella desde el año pasado, ahora me acuerdo. Pero antes…

—Sí, Ib. Estuve un tiempo viviendo con mis padres. Imagínate lo divertido que fue. Mi madre rezaba para que recuperara la movilidad de la pierna y mi padre no paraba de repetir que lo tenía bien merecido, por desobedecerle a él y a Dios. Beth me sacó de allí cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando. Desde entonces, mis padres y yo tenemos una relación parasitaria. Me ingresan una pequeña cantidad de dinero para estudiar o, yo qué sé, para gastármelo en drogas. Pero al menos puedo decir que lo he hecho con el dinero de mis padres, lo que, supongo, implica cosas distintas. Nos vemos una vez al mes para comer. Parece que Dios no ve conveniente que me hagan más caso. En fin.

Su tono suena indiferente, pero no de esa manera forzada que busca convencer a otras personas. Rain habla con un desdén que ha sedimentado con el tiempo.

No aparto la mirada de los libros mientras murmuro, con una afirmación que tiene mucho de pregunta:

—Los odias.

Rain se pasa las manos por el pelo, desordenándolo aún más. Hace una pausa que pesa entre nosotros antes de responder:

—No lo sé. ¿Existirá algo así como el arrepentimiento a la inversa? Cuando te arrepientes de no haber hecho algo moralmente reprobable. ¿Por qué tenía esperanza? ¿Por qué no me rebelé contra mi padre? Tiene que haber un concepto para este sentimiento: querer haber sido peor persona con alguien que el tiempo te revela como un ser desgraciado.

—Hablas de justicia divina.

—No, para nada. Porque la justicia divina actúa de una vida para otra, y estoy cansado de que la gente no pague en esta. Que nadie

reciba lo que le corresponde por sus actos. —Su voz se endurece, pero no se eleva, como si esa rabia tuviera raíces profundas y, al mismo tiempo, fueran fáciles de alcanzar—. Me da rabia que podamos hacer lo que queramos mientras controlemos las represalias. Eso era lo único que me gustaba de la religión: premiaba a los buenos de corazón. Pero vete a saber entonces dónde estaríamos tú y yo ahora, Ib.

«Aquí, Rain. Seguiríamos aquí».

A través de las ventanas veo que la noche está a punto de caer sobre la ciudad. No quiero irme. Me da miedo que Rain vuelva a cerrarse sobre sí mismo, que todo cambie otra vez. Él parece sentir lo mismo, pero desde el lado opuesto, como si estuviera esperando que me aleje junto a mis recuerdos. Y creo, sinceramente, que los dos estamos equivocados. Que el miedo se comporta como algo inevitable porque, en el fondo, lo es. Puede llegar a paralizar una vida entera, pero su ausencia es igual de peligrosa. Quizá la respuesta no sea vencer al miedo, sino aprender a convivir con él, a dejar que lata bajo la superficie de nuestros deseos mientras seguimos adelante. Hacer cosas, seguir haciéndolo todo, incluso cuando el miedo insiste en quedarse. En echar raíces.

—¿Quieres que te compre un libro? —me pregunta Rain cuando la librera ha empezado a cerrar la caja.

—Oh, prefiero que me ayudes a escribirlo. —Es una broma, pero él pone la misma cara que cuando teníamos siete años y le propuse ampliar el lago vaciando cubos de agua encima—. ¿Qué pasa?

—Ven, creo que puedo solucionar eso.

Aspiro el aroma de los libros por última vez y le sigo al exterior de la librería.

Cuando salimos a la calle de nuevo, el cielo se oscurece cada vez más rápido. Ahora su azul comparte espacio con el blanco esponjoso casi gris de un puñado de nubes, y el horizonte resplandece con distancia, nebuloso. La sombra de las montañas apenas es distinguible. Inspiro con fuerza, y el cambio en el registro del aire, de la calma a la agitación, de los libros a la sal, me hace sonreír sin motivo. Es como si la presión de todas mis preocupaciones hubiera sido suavemente redirigida, como el agua al chocar contra la palma de mi mano bajo la ducha si alzo el brazo y me quedo quieta, resbalando después en diminutas gotas por ese mismo brazo, mi pecho, por la piel ligeramente hundida entre mis costillas.

Rain me guía hacia un banco en el parque por el que hemos estado caminando unos pocos minutos. Allí se sienta a mi lado y, cuando pienso que va a sacar su paquete de cigarrillos del bolsillo, me enseña un bolígrafo de tinta plateada con una sonrisa traviesa.

—Lo encontré tirado por tu habitación ayer, imagino que será de una de las chicas. —Asiento, habría resultado gracioso que fuera mío. Rain le quita la capucha al bolígrafo y me lo tiende—. Venga, ponte a escribir.

—Rain, no tengo cuaderno.

—Puedes utilizar mi camiseta.

—Déjate de bromas.

—Ahora no estoy bromeando, Ib.

Espera a que coja el bolígrafo y entonces se da la vuelta, metiendo la pierna que puede doblar entre el banco y su respaldo y dejando que la otra cuelgue sobre el camino. Sujeto el bolígrafo casi por la punta y me coloco de rodillas con la boca entreabierta por la sorpresa.

—Pero te voy a estropear la camiseta.

—Tengo más —se limita a contestar con voz tranquila.

Noto la piel erizada de los brazos debajo de la chaqueta. Qué alivio, pienso, crecer con alguien y que te piense, que te cuide, que te quiera. El sentimiento se transforma súbitamente en una cascada, los músculos de mi cara se curvan en una sonrisa incontrolable. Cierro los ojos unos segundos, dejo que la actitud templada de los árboles y lo que brota desde mi interior controle todos mis sentidos, y sí, lo hago.

Escribo.

Al principio son solo palabras en pausa. «Miedo. Es. Amor». Rain se enciende un cigarrillo, ahora sí, y fuma como si no estuviera usando su camiseta de cuaderno, ajeno a las miradas de curiosidad que nos lanza la gente. «Soy. Asustada. Animal herido». Las letras plateadas en contraste con el negro, un pequeño entumecimiento en las escápulas. Poco a poco, yo también me vuelvo ajena a todo lo que no sea este momento. No sé explicarlo. Dejo de sentir, así que lo siento todo. «Aprendí que el amor es condicional. A la altura de las costillas las cosas valen solo a medias: lo que importa a los demás es el material del que parece estar hecho tu corazón». Mi mano se mueve impaciente, valiente, liberada. No puedo parar de escribir. Me cuesta pensar cómo era la vida antes. «La chica le dijo a su madre: no es distinto esto que siento de lo que sentiré mañana. Y la madre se tocó la nariz, y vio que no era tan recta, y gritó, frustrada, que alguien se encargó de hacernos a su imagen y semejanza, imperfectos y supervivientes. No puede ser, la muerte como punto álgido de la vida. Relacionarte con personas, dejar que te vean, la suma de todo». Rain empieza a revolverse cuando

escribo sobre la zona baja de su espalda porque tiene cosquillas. Intento sujetarle, plantándole el codo en la nuca. Él se hace el ofendido, sin dejar de reírse, diciendo que trato mejor al perro de Nolan. Escucho aspavientos divertidos que no vienen de nosotros, la gente ha empezado a mirarnos con otros ojos. Lentamente, estoy volviendo a la realidad. El bolígrafo pierde fuerza en mis dedos. Firmo su camiseta con una última frase, declaración, catarsis: «La falta de amor es un destello de violencia sin resolver». Después me quedo como congelada. Me siento en el banco, recta, las manos plateadas. Rain se gira y nos miramos. Voy a decírselo, que no puedo huir del hogar que construí entre su recuerdo, pero entonces mira un poco más allá y frunce el ceño.

—Mierda.

Sigo la dirección de su mirada y veo a Carley, a lo lejos, sola. Acaba de cruzar la entrada del parque; ella también nos ha visto, pero agacha rápidamente la cabeza y no acelera el paso. Quizá quiere fingir casualidad. Quizá supone que para ella no tiene la misma importancia que para nosotros.

Por suerte o por desgracia, he decidido que lo que queda de día voy a pensar solo en mí.

—¡Ven!

Tiro de Rain para levantarlo del banco, y él me sigue sin protestar. Nos movemos en una frecuencia que no se ajusta a su necesidad, porque su mirada anhela correr, tener otra primera vez a mi lado, pero su cara brilla por el esfuerzo y se muerde el labio con fuerza cuando ralentizo el ritmo de mi urgencia para esperarlo. Le ofrezco la mano sin pensarlo, y él la acepta de la misma manera. Atravesamos el césped más brillante y verde que he pisado nunca,

nos escurrimos entre la gente y las farolas, los ciclistas y las reuniones de pájaros a los pies de otros bancos. Carley nos sigue, compruebo de vez en cuando, con cara de aburrimiento. Como si todo fuera una mala casualidad. Entre sonidos de aleteos y mi respiración acelerada, le señalo a Rain un árbol con las ramas caídas a su alrededor, como una burbuja de hojas y sombras. Él tira de mi pulgar para que sepa que está de acuerdo. Nos escondemos detrás de las ramas, riendo como niños.

—Oye, Rain, mira.

Del árbol, una secuoya a juzgar por el grosor de su tronco y el color entre rojo y marrón de la corteza, cuelgan unas cuerdas de escalada entrelazadas por las distintas ramas. Rain me suelta y se mira las manos, levanta la cabeza, se fija en el pedacito de labio que tengo atrapado entre los dientes. Me señala con un dedo tembloroso.

—Si me caigo y me parto la crisma contra el suelo, no dejes que Clayton vaya a mi funeral.

—¿Clayton?

—El chico que me partió la pierna.

No sé qué responder ante esa información, así que decido darle la oportunidad de arrepentirse haciendo una pequeña broma:

—Siempre podemos quedarnos aquí y decir que nos ha perseguido una abeja.

—¿Tanta carrera por una abeja?

—Era una abeja muy furiosa.

Rain suspira con todo el cuerpo, atrapado entre la risa y la inquietud. Finalmente, da un paso hacia el árbol después de volver a mirarme la cara. La boca.

—Ni se te ocurra soltarme —me amenaza.

—¿Pretendes que caiga contigo?

—¿Qué pensarías de mí si respondiera que sí?

—Que en el fondo a ti también te da miedo que no te recuerden como quieres.

Decidimos que intente escalar el árbol él primero. Enrolla una cuerda naranja en su muñeca tatuada y tira hacia arriba, apoyando todo su peso en la pierna que puede sostenerlo. No me necesita para alcanzar las primeras ramas, y yo le dedico una pequeña sonrisa de ánimo cuando me tira la cuerda. Pero decide no esperar a que suba a su lado para seguir escalando; escucho siseos frustrados, el sonido resbaladizo y seco de su zapatilla contra el tronco del árbol. Me aparto el flequillo de los ojos y lo miro cuando llego arriba, los dos a la misma altura. He perdido la cuenta de los árboles que escalamos cuando éramos niños, y era Rain quien tenía que impulsarme con palabras, promesas. Y ahora estamos igual, pero distintos. Y es extrañamente injusto y, a la vez, tenemos que asumirlo. Qué otra oportunidad nos queda.

Sin decir nada, acepta la cuerda que le ofrezco y ambos empezamos a escalar a la vez. Rain avanza más lento de lo que le gustaría, el peso de su cuerpo apoyado en el mío mientras subimos a otra rama, su pierna mala resistiendo con una especie de terquedad silenciosa. Siento su respiración cerca, pesada y entrecortada, y yo me anudo su chaqueta a la cintura para mantenerme concentrada en el ascenso, en las cuerdas que nos sostienen, en la rugosidad de la corteza bajo mis dedos. Miro hacia abajo por un momento: las ramas más bajas parecen hundidas en la sombra del suelo. Carley no ha llegado todavía, pero no puedo

conformarme con pensar que no nos ha visto. Esto ya es absurdo a un nivel casi personal. Me ajusto la cuerda en las manos y sigo tirando de Rain, notando el calor de su cuerpo pegado al mío. Un calor que no me tranquiliza del todo, y él sonríe a veces porque lo sabe. Sabe el efecto que tiene en mí su cercanía, pero yo también he detectado la vulnerabilidad de su voz abajo. Su brazo se engancha alrededor de mi hombro, tratando de mantenerse firme mientras sube. El dolor en su expresión es evidente, pero no dice nada, no protesta, solo un pequeño suspiro de exasperación que parece mezclar rabia y cansancio.

—Vas bien —le susurro, aunque no estoy segura de que sea verdad. Empiezo a notarme cansada.

Las ramas más delgadas se balancean con un viento cada vez menos dócil. Pero Rain y yo seguimos escalando, juntos, hasta que nos detenemos unos cuantos metros por encima del suelo. La rama sobre la que estamos parados es bastante gruesa, lo que nos permite estar de pie con los talones bien pegados. Es incómodo y me siento asustada de un modo infantil: no quiero caerme y adiós, pero tampoco me gustaría volver al mismo plano de siempre. Rain apoya la espalda contra el tronco, respirando fuerte y masajeándose las zonas del cuerpo que siguen en tensión. Para alargar un poco más este sentimiento, me sujeto a una de las cuerdas que caen desde más arriba y me inclino para mirar hacia abajo. Carley está a los pies del árbol, refunfuñando y mirando su teléfono móvil. Será difícil para ella vernos, aunque mire hacia aquí, si nos mantenemos quietos y apretujados contra el tronco. Me giro despacio, muy despacio, y le hago un gesto a Rain con el dedo hacia abajo mientras dibujo una mueca de fastidio. Luego me llevo ese mismo

dedo a la boca para pedirle que se quede en silencio. Rain se estira, con la sonrisa abierta. ¿Qué hacemos subidos a un árbol?, ¿cómo han podido complicarse tanto las cosas? Con la adrenalina a unos niveles más o menos normales, la absurdez de la situación provoca que la boca de Rain comience a temblar, haciendo evidentes esfuerzos por no reírse.

—Calla, que nos va a descubrir —susurro, y le tapo la boca con la mano.

Los ojos de Rain se abren de la sorpresa, y algo más. Ahora soy yo la que está a punto de romper en carcajadas, imagino que porque necesito algo cómico que me alivie, pero Rain me aprieta contra él… y también me cubre la boca con una mano. Siento la piel algo levantada de sus dedos, el calor suave y constante que emana de las yemas mordidas al pulsar sobre mis labios. Olvido respirar y la posición incómoda en la que nos encontramos. Olvido que fuimos amigos, luego desconocidos. Me dejo arropar por esta intimidad silenciosa: olvidados pero juntos. Rain no se mueve. Yo tampoco. Nos miramos a los ojos, y todo a nuestro alrededor parece desvanecerse. El viento silbando entre las hojas, el murmullo lejano de la multitud, la posibilidad de caer… Todo se transforma en una especie de latido compartido.

Y pienso que Rain es como esa canción que tarareas sin darte cuenta, que ha estado ahí en cada instante, susurrando en los rincones más callados de tu vida. Que siempre encontrará la manera de volver, sin importar cuánto tiempo pase o cuánto lo evites. Y cuando quieres, cuando de verdad quieres, no importa el lugar. El mundo se abre como una promesa sin final.

Es una pequeña eternidad la que nos tiene así, quietos, mirándonos bajo una luz cada vez más tenue. No me atrevo a moverme, a dejar caer la mano. Me da miedo que, después de esto, Rain finja que puede seguir como si nada. Que no haya nada que fingir. Siento esa posibilidad flotando como un mal recuerdo, la tensión creciendo como una sacudida eléctrica. La caricia de sus labios contra mis dedos cuando baja su mano, casi con cuidado, como si temiera romper la fragilidad de este momento. Sus dedos rozan la línea de mi mandíbula, y la poca distancia que quedaba entre nosotros se desvanece cuando yo me atrevo por fin a soltar su boca y suspiro. No sé quién se mueve primero, quién demuestra más valentía para afrontar esta llamada, pero de repente su boca está sobre la mía, indecisa al principio, como si necesitara comprobar en silencio que este beso es lo que realmente quiere. Susurro su nombre, para que sepa que yo sí lo quiero, este beso, a él, todo, y veo la sombra de una sonrisa confiada en su rostro antes de que se incline para besarme de nuevo.

Nos movemos con una lentitud que se siente calculada, medida. El frío de su *piercing* contrasta con la calidez de su boca; mis manos se deslizan hasta su camiseta, apretándolo contra mí mientras sus dedos trazan líneas invisibles sobre mi cuello como si intentara aprenderme con el tacto. El beso se hace más profundo: noto cómo su respiración se mezcla con la mía, cómo el calor entre nosotros crece a medida que nuestros labios se encuentran y se separan, una y otra vez, como una conversación que no necesita palabras. Su lengua y la mía se retan, se perdonan. Mi cuerpo responde con una necesidad que no puedo reprimir, y una línea de fuego recorre mi

pecho cuando su mano se detiene sobre él, presionando el lugar exacto en el que un beso más podría hacer estallar mi corazón.

—Ib, dime que no era mentira eso que dijiste al principio. Lo de que no sabías que estaba en el pueblo y que por eso no habías vuelto antes —murmura, nuestras bocas tan cerca que compartimos el mismo aire, como si estuviéramos aprendiendo a respirar juntos.

—No era mentira, Rain —respondo, dejando caer la mano sobre su pecho. Lo que late debajo es tan violento, tan lleno de vida, tan lleno de mí. Sonrío ante este pensamiento, y mis ojos se detienen en mi mano, cubierta de tinta plateada. La tinta que cuenta todo lo que nos ha traído hasta aquí, hasta el árbol, hasta este momento—. Yo no miento cuando se trata de ti.

—Pues deberías —dice, casi como si pudiera escuchar los saltos de mi corazón entre mi pasado y su presente.

Me vuelve a besar, y nos quedamos solos, aislados en el centro de algo que no necesita explicación.

23

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos ahí arriba. Si el sol siguió su recorrido habitual o simplemente nos perdimos en nuestra propia gravedad. Tampoco recuerdo cómo bajamos del árbol porque, cada vez que teníamos que separarnos para respirar, el siguiente encuentro tenía un sabor borroso y adictivo, como si la maldición de lo que sentíamos amenazara con llegar hasta el fin del mundo, como si alejarnos pudiera romper esa frágil certeza de estar vivos. Cada beso, cada abrazo, cada vez que nos asomamos a la superficie de nuestros miedos junto a alguien más… es solo un intento desesperado para convencernos de que todo encaja, incluso aquello que nunca llegamos a decir.

Ya en el suelo, la textura esponjosa de la tierra se siente algo extraña. Rain y yo caminamos con una rapidez involuntaria y aérea, cogidos de los pulgares. La brisa fresca nos despeina y me recuerda la realidad en la que estamos, pero cuando me acerco para robarle otro beso, el resto de nuestros dedos se tocan y siento un pequeño y nostálgico estremecimiento, como si aún estuviéramos subidos al árbol.

—Eres tan impaciente… —me suelta una de esas veces, pero no como una actitud de la que debiera estar arrepentida; en la voz de Rain todo suena como una cualidad muy deseable ahora mismo.

Se me escapa un suspiro por los labios entreabiertos cuando enreda su mano en mi cabello y tira suavemente hacia atrás, hasta que cierro los ojos y el suspiro se transforma en un gemido.

—No voy a romperme —le digo cuando siento que se detiene.

Rain deposita un beso suave en mi cuello y arrastra los labios por toda la piel expuesta.

—Es bueno saberlo.

Al llegar al hostal, tras una conversación fugaz en la que acordamos que la comodidad de otra primera vez vale más que perdernos en la desesperación de la espera, el sol ya ha caído detrás de los rascacielos. Y esta vez no me paro a contar estrellas. Nolan finge llevarse las manos a la cabeza cuando nos ve atravesar la recepción sin detenernos, con los labios rosados e hinchados y riendo como si algo nos persiguiera. Los ladridos de Nostradamus nos acompañan escaleras arriba, aunque no tardo en dejar de oírlos cuando cruzamos el umbral de mi habitación y Rain me empuja contra la puerta. Sus caderas arrinconan las mías mientras oigo cómo se cierra a mi espalda y me quito la chaqueta. Me besa entonces sin ningún atisbo de delicadeza y yo siento un ruidito de satisfacción ascendiendo por la garganta. «He provocado esto», me digo, el sabor a nicotina en la punta de la lengua, y abro los ojos unos segundos para asegurarme de que estamos solos. Solo nosotros y este aire que al respirar parece estar vivo. Solo nosotros y la crudeza del movimiento de los labios de Rain sobre los míos.

—¿Sientes lo mismo que yo? —susurra, su mano subiendo por mi costado con una ternura que contrasta con la intensidad de la situación—. ¿Sientes cómo se funden nuestros mundos?

Hay algo profundamente íntimo en la manera en la que sus manos escalan por mi cuerpo. No es solo un entendimiento físico: Rain me está leyendo. Como si la línea de mi espalda, el ángulo de mi mandíbula, la estrecha franja de piel bajo el flequillo le estuvieran contando secretos que yo misma desconocía. Su respiración se ralentiza, y yo procedo a hacer lo mismo. A leer a Rain. Deslizo una mano por su brazo tatuado; a veces clavo una uña entre los tendones cuando él, que no ha dejado de tocarme, se acerca peligrosamente al pliegue de mis pechos. Sonríe de medio lado, como si le hubiera pillado en una travesura, y aprovecho para acariciar la curva de su nariz, unir pecas a golpecitos, peinarle las cejas para que el *piercing* destaque. Rain lucha para mantener alguna apariencia de control cuando le acaricio el labio inferior despacio, muy despacio, y después me inclino para morderlo, para apresar su arito de metal entre mis dientes y darle un suave tirón, provocándole. Nos persigue la sensación de perder algo cuando no nos estamos tocando, aunque sea por un segundo. No es solo el deseo, aunque definitivamente hay mucho de eso cuando volvemos a besarnos y le empujo hacia mi cama. Las palabras y los pensamientos quedan suspendidos, y estamos asolados por sensaciones crudas: el tacto, el calor, el sonido de su respiración, el mío. Me aseguro de que la ventana que da a la calle esté bien cerrada y me siento al lado de Rain, que sigue vestido y tiene la mirada nublada. Como si estuviera en peligro y, a la vez, el peligro fuera él.

—Quítate la camiseta —me ruega con la voz ronca, casi desesperada. Yo me cruzo de brazos y sonrío ligeramente.

—Dame un minuto. Es que soy un poco insegura para estas cosas.

—Sabes que podría comer sopa en el hueco de esas clavículas tuyas, ¿verdad?

—¡Rain, qué asco!

Me río, una risa cómoda y honesta y excitada. Él se acerca más y comienza a deslizarme los tirantes de la camiseta. Apenas roza mi piel con la punta de los dedos, pero ese contacto leve desencadena una oleada de calor que me sube desde el estómago hasta el pecho. Sin darme cuenta, ya estoy inclinándome hacia él, buscando sus labios. Pero, de pronto, el sonido de una voz en el pasillo nos hace detenernos en seco.

—¡Raaain! ¿Dónde estás?

Carley.

Los pasos se acercan y la tensión se instala de golpe en la habitación, como una cuerda tirante que amenaza con romperse. Es como si todo el aire se hubiera evaporado, dejando atrás solo el peso de lo que está a punto de pasar. El picaporte se mueve, y Rain se aparta de mí en un instante, con la precisión de alguien que lleva toda la vida ensayando una fuga. Se desploma sobre la cama como si nada, su sonrisa relajada y despreocupada, un acto demasiado perfecto. Como si no hubiéramos estado al borde de desnudarnos. Como si no quedara rastro de todo lo que acaba de arder.

Cuando Carley entra, mis labios todavía están curvados hacia arriba, atrapados en esa frontera entre lo que ha pasado y lo que estos segundos parecen haberme robado solo a mí.

—Uy, perdón, ¿interrumpo algo? —pregunta con los ojos fijos en mi cara. Sus pupilas parecen más oscuras bajo la luz tenue de la habitación.

—No, solo estábamos hablando.

Incluso su voz, la voz de Rain, mantiene el tono socarrón de siempre. Carley ladea la cabeza, y por un segundo creo ver una sonrisa burlona cuando descubre el tirante caído de mi camiseta.

—¿Qué pasa? ¿No me visteis en el parque? Intenté llamar vuestra atención, pero desaparecisteis de repente.

—Yo no recuerdo haberte visto. ¿Y tú, Ib? —Rain se gira hacia mí con una expresión inocente, y yo niego con la cabeza mientras me subo el tirante—. No, no te vimos, perdona.

Carley se ajusta la banda rosa sobre el pecho y se cruza de brazos, aunque parece satisfecha.

—Estamos todas abajo, preparadas para cenar. No sé si os lo habíamos dicho, pero es nuestra última noche, así que queríamos saber si os apetecía salir con nosotras al pub de ayer. ¿Te apuntas, Rain?

Noto un escozor detrás de los ojos al escuchar su respuesta:

—Claro, ahora bajamos. Y luego salimos a quemar la noche, por supuesto. —Estira las dos piernas sobre la moqueta—. Gracias por avisar, Carley.

—De nada —dice con una potencia exagerada en la voz. Se da la vuelta, pero justo cuando parece que va a dejarnos solos, se gira de nuevo hacia Rain, con el ceño ligeramente fruncido—. Oye, ¿qué tienes en la espalda? Detrás de la camiseta.

—Ah, nada. —Se encoge de hombros—. Solo está manchada.

«Solo está manchada», «no te vimos», «estábamos hablando». Es curioso cómo las palabras pueden entrelazarse, cómo se despliegan, se reorganizan y a veces hasta inventan una historia solo para borrarla después. Hay quienes sueñan con poseer un don, sin darse cuenta de que las palabras son lo más cercano a eso que tenemos.

Las palabras pueden ser como hechizos oscuros. Con una combinación precisa, te hacen olvidar quién es la persona que tienes al lado; pueden borrar momentos enteros, y ahora mismo no se me ocurre ningún poder más devastador. Rain ha necesitado menos de diez palabras para derrumbar un deseo que parecía contener el universo entero. Ha lanzado un conjuro que deshace lo que alguna vez fuimos, y seguimos aquí, pero no consigo recordar para qué.

Carley se marcha, dejando tras de sí esta incomodidad sofocante, una vergüenza densa que se infiltra en mis pulmones, como si me estuviera ahogando bajo el peso de una avalancha. Cada palabra de Rain sigue resonando en mi mente, arrastrándome de vuelta a esas últimas conversaciones, cuando me hablaba del amor como una moneda de cambio. Su forma de vivir, siempre anticipando la pérdida, siempre esperando la ausencia. ¿Y si solo quería asegurarse de que no le odiaba? ¿Y si su comportamiento en la librería y el beso sobre el árbol no fueran nada más que un juego para él, una estrategia para aliviar su propia culpa? Si piensa que sigo odiándole por lo que hizo, si de verdad cree que las emociones pueden reescribirse una y otra vez…, quizá ha pensado que confundirme era la mejor manera de redimirse. De compensar lo que se rompió.

Porque en nuestra adolescencia él también se comportaba como si quisiera tener otra vida conmigo. Pero ahora estamos solos. Sin padres que interfieran, sin distracciones que nublen lo que realmente somos. Solo nosotros dos, frente a la verdad. Y Rain ha vuelto a dejar claro que no busca nada más.

—No —murmuro cuando oigo cómo la puerta se cierra y Rain se acerca para volver a besarme. Porque ya estamos solos. Porque así solo se puede juzgar él. Me mira, la sombra de una sonrisa de

disculpa haciéndose más y más grande, pero le empujo el pecho con las manos y miro hacia abajo para que no vea cómo se humedecen mis ojos cuando pronuncio, esta vez con más fuerza—: No, Rain.

—Ib, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—¿Tan horrible es que los demás se enteren de que nos hemos besado? —Cierro los ojos, noto la boca seca y pastosa—. Si tanto te avergüenzas de mí…, ¿por qué finges que te gusto?

—No sé de qué estás hablando, yo no me avergüenzo de ti. Ni de esto —responde, y suena tan seguro. Pero son palabras, me obligo a recordar. Solo palabras y una boca—. Llevo buscándote…, llevo buscando…

—¿Y por qué le has mentido a Carley? —le interrumpo, poniéndome de pie. La erección en sus pantalones no mueve nada dentro de mí. Quizá furia, una furia líquida y cansada hacia mí misma por pensar que había encontrado algo inesperado y maravilloso con alguien. Por darles la razón a los libros y reconocer que, en el fondo, nunca he querido estar sola—. ¿Por qué has tenido que decir que no significaba nada, Rain? ¿Por qué…, por qué vuelves a hacer cosas que no entiendo?

La luz de la habitación se vuelve aún más tenue cuando Rain se incorpora con una mueca de esfuerzo y da un paso hacia mí.

—No es lo que estás pensando. De hecho, no sé qué estás pensando, Ib, pero, sea lo que sea, no es verdad.

—Ah, ¿no te preocupa que te odie, entonces? ¿No te sientes culpable todavía por lo que pasó hace cinco años? ¿No piensas que necesitar que me quieran me hace débil?

Rain se pasa las manos por la cabeza, claramente frustrado. Y yo tengo esa sensación otra vez, la sensación de que algo no encaja.

¿Por qué parece tan dolido? ¿Por qué no se enfada o se ríe de mí, si he descubierto su gran mentira?

—Por favor, ya sabes que no me gusta hurgar en el pasado. Tienes que creerme. —No he empezado a sacudir la cabeza, y Rain ya está alzando la voz—: Yo tampoco sé cómo manejar esto, Ib. ¡Nada de esto es fácil para mí, joder! Pero yo te veo. Nos veo a los dos. —Rain suaviza el tono, y yo noto cómo mi cuerpo entero se hunde.

—¿Y cuando llegue mañana? ¿Y pasado mañana? ¿Qué pasará cuando quiera tener una conversación más seria o me apetezca recordar cosas de mi infancia, de nuestra infancia? ¿Vas a seguir siendo el mismo, o me apartarás de tu lado porque no soy como Carley, como Annie? Porque yo no soy… —«Suficiente», completo en mi cabeza. Algunos silencios tienen el mismo poder que las palabras. Eso también se aprende. Rain agacha la cabeza, incapaz de responder, aunque su nuez sube y baja varias veces, como si las palabras fueran piedras debajo de la lengua. Me froto las mejillas antes de que caiga la primera lágrima—. Lo suponía.

—Por favor, Ib…

—Fuera. Déjame sola —murmuro, abrochándome la chaqueta. Me pillo la piel de la barbilla con la cremallera, pero el dolor es agradable. Real.

Me distrae cuando Rain sale de la habitación y me quedo sola.

No sé de qué me sorprendo, si él dejó muy claro en ese mirador que todo iba a ser una primera vez. Empiezo a llorar mientras mi cabeza le da la razón como un hueso que se ha salido de su sitio.

La primera vez que Rain y yo nos besamos.

La primera vez que pensé que Rain podía quererme, con culpa y todo.

La segunda vez que Rain me rompe el corazón.

La niña que regalaba oportunidades y la lluvia

Cuando Dolly, nuestra profesora de primaria, nos anunció que estaba preparando una excursión cultural para ir a pasar el día a Carson City y, entre otras muchas actividades, visitar la casa en la que Mark Twain residió durante un tiempo, pensé que era una señal divina y que dedicarme a la escritura era el camino correcto. El único camino de todos mis posibles y futuros caminos. Había leído recientemente *Las aventuras de Tom Sawyer*, y me sentía identificada hasta la locura con Tom, el niño protagonista, que siempre trataba de escapar de las cosas aburridas, resolvía misterios y consideraba a los adultos la fuente de todos sus problemas. Mark Twain había escrito esta frase, además: «Los libros son para las personas que desean estar en otro lugar». Necesitaba conocerlo de un modo más visceral, de tú a tú, y su casa parecía un buen comienzo.

Pero cuando llegó el viernes que llevaba esperando tantas semanas, mi mochila preparada a los pies de la cama con dos cuadernos, un bolígrafo de varios colores y un brik de leche, amanecí con la garganta ardiendo y un termómetro que marcaba treinta y nueve grados. Mi madre me puso un paño mojado en la frente y me abrigó el cuello con una de sus bufandas después de hacerme beber una infusión que sabía a tierra y a fruta pasada. Pensaba que sería suficiente, que ella también lo pensaba; a pesar

de la fiebre y de que apenas pudiera sostenerme en pie, la idea de perderme la excursión no entraba en mi cabeza de aspirante a cambiar el mundo con sus historias. Discutí con mi madre. Lloré. Grité. Me arañé los brazos, aunque puede que fueran los suyos. Lo único que conseguí fue que ella también llorara y tardara más tiempo en cambiarme el paño de la frente, lo que empeoró la fiebre.

No sé explicar cómo viven los niños las decepciones. Supongo que igual que los adultos, pero sin miedo a expresárselo a sí mismos. Mi vida había sido asolada por la mayor de las desgracias. Jamás encontraría la inspiración que me hacía falta para ser escritora. Jamás volvería a hablar con nadie ni a salir de la cama. Todo era injusto, injusto e irreparable. Me sentía como si todo el mundo durmiera y yo siguiera despierta.

Abandonada como estaba a aquella tristeza y soledad infinitas, más cerca del estado febril que de la lucidez, ver a Rain acercándose a mi cama me hizo pensar que se trataba de una vulgar alucinación. Él tenía las mismas sombras que el resto, y yo seguía sin querer ver a nadie. Pero cuando se tumbó a mi lado, cuando el frío de su piel retumbó en mi existencia como la campana de una iglesia, cuando advertí su indiscutible aroma a azúcar y a la colonia de Johnson's Baby, supe que estaba viviendo algo real. Pero no lo entendía.

—¿Qué haces aquí? —le susurré con mi voz rasposa, de ultratumba—. Pensaba que habías ido a la excursión.

—Sin ti no tenía sentido.

No hizo falta decir nada más. La nube oscura que había opacado mis sueños había resultado ser un eclipse. Poco a poco empecé a dibujar un mañana. Cuando la fiebre disminuyera lo suficiente, leería un nuevo libro. Cuando me dejara de doler la garganta, iría a casa

de Rain y le propondría jugar a «¿Qué hora es, señor lobo?». Quién sabe, quizá hasta le pediría perdón a mi madre y le suplicaría celebrar mi cumpleaños en Carson City, en algún restaurante que quedara lo suficientemente cerca de la casa de Mark Twain como para poder escaparme y visitarla.

En ese momento lo tuve claro.

Mañana tenía otra oportunidad. Mañana sería mejor.

24

Se pueden aprender muchas cosas con una búsqueda rápida en internet; por ejemplo, que está científicamente demostrado que las casualidades no existen. Las coincidencias se reducen a una cuestión probabilística, y la probabilidad de que las percibamos varía en función de lo flexibles que seamos a la hora de definir qué es realmente una coincidencia. Si lo piensas, cualquier experiencia o cambio en nuestras vidas tiene el poder de generar coincidencias: que llegues a casa justo cuando empieza a llover porque has cogido un tren y no otro; encontrarte con un viejo amigo en la otra punta del mundo, o tomar una decisión a ciegas y que resulte ser la elección que necesitabas para estar bien. Hay personas que ven la magia de lo sencillo y otras que solo se fijan en casualidades imposibles. Creo que dice mucho de nosotros. Lo que estamos dispuestos a creer, a suplicar.

Yo lo he vivido todo en un solo día. La magia y lo imposible. El ascenso y la caída. ¿Qué probabilidad había de que Carley nos encontrara? ¿Qué probabilidad había de que nosotros encontráramos un árbol que podía escalarse, si, según internet, su ubicación se oculta intencionalmente a los turistas, y decidiéramos besarnos a varios metros del suelo? ¿Qué probabilidad había de que Carley volviera a interrumpirnos cuando estábamos a punto de acostarnos,

y luego Rain revelara lo que de verdad late en su interior? Todo parece una obra retorcida del destino, una sucesión de coincidencias encadenadas, cuando en realidad es un baile de miradas. Rain viendo a Carley. El árbol llamando la atención de mi primer sentido. Luego, sobre sus ramas, la contemplación silenciosa entre nuestras pupilas, y así nació el beso. Todos los besos, hasta el hostal. Nolan observó cómo subíamos. Carley vio que faltábamos en la mesa al ir a cenar con el resto, así que subió a buscarnos. La mirada burlona al tirante. La mirada indiferente de Rain. Mis ojos y sus lágrimas cuando fue incapaz de defenderse ante mi rechazo. La oscuridad apagando el mundo y sus intenciones probabilísticas. Sí, para mí todas las casualidades, ya sean buenas o no, nacen de una mirada.

No ha sido difícil convencerme de que Rain solo me ha besado para perdonarse a sí mismo. El pensamiento se arrastra sobre el resto de los pensamientos como un deslizamiento de tierra. Quiero decir, ¿por qué Rain iba a quererme, si mi vida es aburrida y se basa en cuidar de los otros y seguir una inercia en la que no hay nada destacable, solo preocupaciones y recuerdos, recuerdos que Rain desde un principio no quiso ni oír mencionar? ¿Cómo voy a gustarle, si estoy atrapada entre dos mundos en los que siempre hay algo que desearía no haber vivido? Yo empujé a Rain a ese sentimiento cuando le pedí que guardara el secreto de mi padre, algo para lo que ninguno estábamos preparados. Yo sembré en él la semilla del miedo al miedo. No puedo reprocharle que sea alguien distinto de lo que esperaba. Me duele muchísimo lo que ha pasado entre nosotros, lo que no ha pasado, y a la vez pienso que he sido demasiado dura echándole de la habitación y exigiéndole algo que no puede darme. Rain no tiene la culpa de no sentir lo suficiente por mí.

Aun así, besarnos ha despertado en mis tripas a una bestia hambrienta de atención y cariño. ¿Cómo me quito esta sensación de encima? Parece que me haya tragado cristales rotos cuyos filos me van cortando por dentro a medida que los digiero, y en lugar de sangre y células interrumpidas, solo obtengo el resultado frustrado de la vida que había imaginado para nosotros el tiempo que dura un beso cuando no sabes que va a ser el último.

Puede que yo siempre haya querido a Rain de esta manera. Cuando éramos niños, me sentía tan comprendida, aceptada y querida por él… ¿Eso ya era amor, entonces? Quizá lo vería más claro si hubiéramos tenido ese tiempo juntos. Si me hubiera hecho una pregunta por cada año de los cinco que pasamos separados. ¿Por qué quería que Rain me cogiera de la mano? ¿Por qué me ponía como un tomate cuando mi padre insinuaba que un día me casaría con Rain en lugar de sacar la lengua con asco? ¿Por qué su nombre siempre ha estado ahí, rondando por el interior de mi cabeza como una solución, como una muralla? ¿Eso ya era amor, entonces? ¿O no? A lo mejor todo es más simple y yo también estoy confundida, y al ver que Rain se comportaba de una forma más amable conmigo, ofreciéndome un momento de desconexión tras enterarme de que Jackson está muerto, he confundido este deseo con algo más.

No estoy enamorada de Rain.

No estoy enamorada de Rain.

No, no puedo estarlo.

El día lleva la contraria a mi ánimo y amanece soleado, la luz fundiéndose con un tono acaramelado sobre los postes de las literas y el techo blanco. Las chicas no hacen ninguna apreciación de mis

ojos hinchados, del silencio más profundo del habitual con el que me muevo por la habitación. Ginger finge atarse los zapatos cerca de mi cama, y cuando las gemelas están discutiendo por algo de su pelo, susurra:

—Rain no salió con nosotras anoche.

Mis labios sonríen solos, aunque mi mente, mientras tanto, avanza como un caracol por distintas explicaciones. Quizá Rain esté arrepentido. O quizá esté esperando a que me arrepienta yo primero, lo que me parece mucho más probable. Para olvidarme de Rain un rato, ayudo a las chicas a recoger sus cosas y preparar sus maletas. Descartan llevarse las bandas, así que me comprometo a tirarlas más tarde. Todas menos Carley me dan las gracias.

Cuando salimos de la habitación, ellas cargando sus maletas y yo cruzada de brazos, veo a Rain apoyado en la pared del pasillo. Nos miramos primero, como si tuviéramos ese instinto tatuado en las retinas. Percibo algo parecido al fastidio aflorar en ese corto trayecto, pero no tarda en sonreír, en apartar la mirada y en ofrecerse a bajar la maleta de Carley. Y mientras los sigo escaleras abajo, con el corazón latiendo con tanta fuerza que lo siento por todo el maldito cuerpo, no puedo evitar recordar el suspiro inacabado de Rain cuando su boca chocaba con la mía. En que siempre fue una colisión, no un aterrizaje. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que aún no le he devuelto su chaqueta.

Las chicas han pedido un taxi monovolumen para que las lleve al aeropuerto. Me despido con la mano, agachada en el marco de la puerta, sujetando a Nostradamus para que no se escape. El perro ladra, mostrándose mucho más efusivo que yo. Podría buscar a Nolan o intentar bloquearlo con el cuerpo mientras lucho por cerrar

la pesada puerta de la entrada, pero el ridículo en el que me he puesto para llegar a esta situación es más cómodo, ya tiene mi forma. Solo Ginger se agacha para darme un abrazo: las dos prometemos volver a vernos pronto. Me obligo a apartar la mirada para no ver cómo Rain y Carley se despiden, a tolerar esa incertidumbre. Quizá ellos también se han prometido algo.

El taxi arranca con una breve sacudida, un instante de inmovilidad antes de que el coche acelere y nos deje a Rain y a mí solos, atrás. Nostradamus pierde el interés y vuelve al interior del hostal; sus patas son tan delgadas que apenas hace ruido al alejarse. Dudo, la mano todavía manchada de tinta plateada rozando la manija de la puerta.

—Vámonos —decide Rain, sin mirarme siquiera.

—¿No quieres desayunar primero?

—No, la verdad es que no.

—Puedo volver sola al Eastside, si vas a estar más cómodo. —Pero Rain saca un cigarrillo y lo coloca sobre una sonrisa que tiene poco de divertida, así que me encojo de hombros—. Vale, como prefieras.

Cierro la puerta del hostal y me pongo a caminar, seguida por Rain y su aroma a tabaco. Ninguno dice nada. No mencionamos nada de lo que sucedió ayer, no hablamos de dónde nació el impulso de besarnos. Yo empezaría por ahí, por lo microscópico. Pero tampoco tiene sentido intentar entender algo que no va a repetirse. El aire está lleno de otras voces, de movimiento, y el calor parece quedarse atrapado entre los edificios. Me aparto el flequillo de la frente, Rain resopla envuelto en su habitual color negro. Cada paso es un eco del anterior, una repetición magullada y constante, como si esto fuera lo único que pudiéramos compartir ahora. Cansancio, angustia y sudor.

A Rain le cuesta seguirme el ritmo, por mucho que intente ajustarme a su manera de caminar. Imagino lo que estará pensando, la falta de simetría, pero si le propongo descansar un rato, el vacío entre nosotros se convertirá en abismo.

Al llegar al Eastside, Rain toma la iniciativa y empieza a preguntar a gente con la que nos vamos cruzando si conocen a una mujer llamada Mona. La mayor parte del tiempo, casi todas las veces, se limitan a mirarnos con mala cara y a darnos la espalda. Un hombre nos pide unas monedas frente a una clínica de desintoxicación. Dos mujeres con la piel de la cara caída como a tiras nos dicen, después de que Rain les diera un cigarrillo a cada una, que no es el mejor barrio para dar nombres. Rain les da las gracias y serpenteamos entre calles más y más sucias obteniendo el mismo resultado que ayer.

Nadie dice nada. Nadie sabe nada. No sé cuál de las dos afirmaciones es cierta. Me detengo en una pequeña plaza, vacía, sin fuente. Presiono la parte inferior de la palma contra el hueso de la mandíbula y suspiro. Cuando Rain me alcanza, se muerde el labio al verme tan frustrada, con cuidado de no rozar el aro de metal. Pienso que va a seguir caminando antes de que pueda descubrir si sus ojos han amanecido verdes o marrones esta vez, pero entonces se detiene y me mira directamente.

—Deberíamos hablar —dice, y su voz adopta un tono socarrón, casi indolente, cuando añade—: O besarnos.

Su broma me hace reír sin ganas, las motitas marrones de sus ojos se tragan mi reflejo como un agujero negro.

—Rain, no hace falta que te comportes como un imbécil. —Trago saliva, pero me obligo a no apartar la mirada—. Ya me ha quedado

todo bastante claro.

—¿El qué?

—Piensas que ha sido un error. Te voy a ser sincera: anoche estaba muy decepcionada y cabreada contigo. No termino de entender por qué haces lo que haces, pero he aceptado que tú no quieres que te entienda. Y resulta que en esa aceptación puedo ver muchas más cosas. De alguna manera, puedo llegar a entenderte. Perdona si no me estoy explicando bien, apenas he dormido. —Rain también tiene las ojeras muy marcadas, ahora que me fijo. Sus gestos, el desconcierto con el que se pasa la mano por el pelo. Parece cansado. Ni hundido ni indeciso. Cansado—. Lo que intento explicarte, Rain, es que nada de esto cambia lo que pienso de ti. Me sigues pareciendo una buena persona, aunque me habría gustado que me creyeras cuando te dije que estaba bien, que no hubieras sentido la necesidad de llevarte la contraria a ti mismo para sentirte mejor. Tengo una buena vida, Rain. Siento si he sido demasiado pesada o intensa estos días; quizá yo misma, con mi comportamiento o mis palabras, te hice sentir obligado a fingirlo todo. No hace falta que olvidemos, pero tampoco tenemos por qué recordarlo todo, estoy de acuerdo con eso —digo. Mi garganta se mueve como si siguiera cortada por dentro, aún puedo saborear el regusto de los cristales de esa otra vida—. Por favor, no volvamos al principio. O sí. No sé, intentemos ser lo que podamos con lo que tenemos.

—¿Te estás disculpando? ¿Tú? ¿Conmigo? —me pregunta con una expresión que no consigo descifrar del todo. El agujero negro en su mirada se expande tanto, que por un momento siento que he vuelto atrás en el tiempo y estoy hablando con el Rain de anoche.

Me muerdo el labio, tensa.

—Bueno, sí. ¿No es lo que has querido siempre?

—Ib, eres… eres…

—¿Tu amiga? —me apresuro a interrumpirle, porque no soporto esta pausa, pensar qué es lo que puede salir de su boca.

—Bonnie también es mi amiga.

—Tu amiga sin derechos que sigue aquí —me apresuro a decir, y Rain se ríe en voz baja y lo piensa un poco.

—Mi amiga sin derechos que sigue aquí.

Estas palabras salen de su boca con una suavidad casi ensayada, pero entonces me dedica una de sus sonrisas ladeadas. Y me extiende su pulgar.

Mi reacción no es inmediata, me paralizo entre un latido y otro, como si mi cuerpo necesitara unos segundos para procesar lo que ha pasado. He hecho lo mejor para los dos. Para nuestra culpa. Entonces ¿por qué duele tanto? ¿Por qué esta sensación de debilidad, de vencimiento? Me muerdo el interior de la mejilla cuando acepto su mano, y aparto la mirada para que Rain no vea la marea de emociones que está subiendo por mis ojos.

De pronto me fijo en el mural que hay pintado justo detrás, en el lateral de lo que parece ser una fábrica abandonada. En el retrato de una chica joven con el pelo negro y caído hacia un lado, en su perfil delicado elevándose hacia el cielo, con los ojos cerrados en un gesto de calma y abandono, y la boca desdibujada en una sonrisa plácida, como de aceptación. Detrás de ella brotan ramas finas y entrelazadas; parece que está atrapada, o quizá la intención es que fueran las alas de una mariposa, de un ángel. Las ramas, rosadas y etéreas, me recuerdan a los cerezos en flor, pero se vuelven más

abstractas conforme se alejan del centro, del pecho de la chica, que se protege con las manos como si quisiera ocultar su propio corazón, que no es otra cosa que una flor de cerezo delicada, frágil.

Otra vez. La mirada siendo la mayor coincidencia de todas.

—Un cerezo —murmuro.

Noto cómo mi respiración se acelera mientras recuerdo a mi madre mirando por la ventana de nuestra casa en Carson City, y después en el centro, esperando a que llegue la primavera para que el cerezo germine como si fuera…, como si fuera una vieja costumbre para ella. Vuelvo la cabeza con urgencia. Solo hay un edificio enfrente del mural, cinco ventanas a distintas alturas. Una cocina o un salón o una habitación a través de la cual contemplar esto. «El cerezo eterno».

—Rain, creo que ya sé dónde vivía mi madre.

Empiezo a caminar sin esperar a que él me pregunte por qué, y me sigue con cierto esfuerzo. Me cuesta no correr, no sentir este vértigo en el estómago. Sé que la posibilidad de que Mona siga viviendo aquí después de casi treinta años es muy baja, pero no pierdo nada por intentarlo.

La puerta del edificio está abierta, así que entramos directamente. Tiene una atmósfera parecida al mío, en Reno, con ese aroma a papel viejo y un aspecto entre regio y deprimente. Me abalanzo sobre los buzones buscando su nombre, el apellido. Lo que sea.

—Mona Trembley —murmura Rain, señalando el letrero escrito a mano en un papel pequeño, casi imperceptible.

Siento un alivio inmediato, una emoción nueva que surge entre la ansiedad acumulada, algo a lo que aferrarme. Al menos, esta parte del plan parece estar saliendo bien.

Subimos las escaleras hasta el quinto piso. Dejo que mis dedos rocen la barandilla, el pulso me late con fuerza en las muñecas. No espero a que Rain termine de subir los últimos escalones; me planto frente a la puerta y llamo con insistencia. ¿Qué voy a decirle? No he preparado nada. «Hola, me llamo Ib. Seguro que no tienes que preguntarme por el significado de mi nombre, así que sí, soy tu sobrina. Qué sorpresa. ¿Un abrazo? ¿Puedo llamarte "tía"? ¿Mi madre dejó que la conocieras? ¿Puedes ayudarme a hacerla feliz de nuevo?». Me balanceo sobre los talones, sintiendo que en unos segundos todo cambiará de nuevo, tal vez a mejor.

Sin embargo, no sucede nada. Vuelvo a llamar. Nada. Rain me mira cuando llega a mi lado; lo hace con algo que no es del todo desesperanza, pero tampoco optimismo. Espero un poco más y vuelvo a llamar, pero entonces se abre otra puerta a nuestras espaldas. No puedo evitar pensar en ella como la puerta equivocada. Una mujer mayor, con los rulos puestos y una expresión cautelosa, asoma la cabeza al rellano.

—¿Buscáis a Mona? —Asiento varias veces. La mujer se encoge de hombros—. Está de viaje, se va fuera todos los veranos.

—¿Sabe cuándo vuelve? Yo…

Escucho su respuesta cuando prácticamente ha cerrado la puerta, la voz cargada de indiferencia y sin una gota de disculpa por interrumpirme:

—A mediados de septiembre. Dejad de molestar y volved dentro de un mes.

25

«Un mes. Toda una vida esperando, y ahora otro mes».

Rain no dice nada cuando le pido que volvamos al hostal, con el peso de mi ánimo tirando de mis hombros hacia el suelo. Cuando llegamos, prácticamente me dejo caer sobre la cama. El aire tiene esa mezcla de aromas diversos, como si las paredes llevaran días sin respirar. Las bandas de la despedida de soltera, que aún no he tirado, siguen ahí, testigos mudos de algo que ya no importa. Rain entra detrás de mí, y eso me sorprende. Se queda ahí, de pie frente a la cama, y luego se deja caer a mi lado con un movimiento sencillo, casi torpe, y lo acompaña todo de un suspiro derrotado, cuando recojo las piernas para hacerle un hueco.

—¿Qué quieres que hagamos? —me pregunta.

—Esta no es tu guerra, Rain.

—Bueno, según lo mires. Las guerras son cosa de todos. Si no, no acabarían nunca.

—Pero tampoco empezarían.

—Ya, técnicamente. Si te pones así… —Sonríe, la primera sonrisa distraída y amistosa y sincera que le he visto en todo el día, y entonces se pone serio—. Falta un mes para que Mona vuelva.

Cierro los ojos.

—¿Quién pasa todo el verano fuera de casa? —gruño.

—Eh…, ¿la gente con dinero? ¿Todo el mundo, si pudiera?

—Era una pregunta retórica. —Me hundo más profundamente en el colchón y vuelvo a gruñir—. Qué puedo hacer, qué puedo hacer, qué puedo…

—Podemos volver a Vancouver. Dentro de un mes —sugiere Rain.

Sacudo la cabeza, apartando el flequillo de mis ojos, como si despejar mi vista pudiera ayudarme a entenderlo mejor.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? No creo que mi situación cambie drásticamente de aquí a treinta días. A ver, los accidentes ocurren, pero tal y como yo lo veo, mientras mi tía abuela no pierda los tornillos que tiene en la cadera y yo no me parta la otra pierna, puedo acompañarte otra vez. —Se ríe, sin tensión alguna, pero al ver la intranquilidad con la que lo estoy mirando, alza una ceja—. No confías en mí.

—No es eso, es que… —Dejo que la frase se quede flotando, incompleta. ¿Cómo decirle que, en el fondo, sí es un problema de confianza? Pero también de algo más profundo, algo que no sé poner en palabras, pero sí en recuerdos. Me froto los ojos, aún hinchados, y me esfuerzo por añadir—: No quiero que volvamos a confundirnos.

—Ya está todo aclarado —sentencia, aunque, por su forma de decirlo, me da la sensación de que no hemos tocado nada más que la punta del iceberg—. Somos amigos, ¿no?

«Bueno, al Titanic no le hizo falta más para hundirse».

—¿Qué tal si volvemos a casa, Rain? Ya no hay nada que hacer aquí.

Preparamos las maletas y bajamos a recepción. Me despido de Nostradamus con un abrazo salpicado de sus babas y lametones

mientras Rain carga nuestras cosas en el coche y se fuma un cigarrillo con Nolan. Hay algo liberador en la idea de dejar la ciudad, como si estuviera cerrando una puerta con cuidado, sin hacer ruido. Pero pensar en regresar a mi vida de siempre… No quiero rendirme tan pronto. Quizá lo que más me duela, después de todo, sea darme cuenta de lo fácil que es marcharse por mucho que pasen los años. Nada se opone a la idea de decir adiós.

—Siento que no hayas encontrado lo que buscabas. —Nolan me da una palmadita en la espalda cuando me dirijo al coche. Parece profundamente apenado, imagino que Rain le habrá contado lo que ha pasado.

—Volveré —me veo casi obligada a prometer.

Y Rain me corrige desde atrás:

—Volveremos.

Los rascacielos se quedan atrás mientras el coche se va deslizando por las autopistas que conectan con el sur. Los primeros tramos son suaves, verdes, con montañas que se perfilan a lo lejos, difuminadas por la luz de la mañana. Cruzando la frontera, todo parece volverse más vasto y plano, como si el mundo se abriera de golpe. Paramos en Seattle. Es solo una pausa breve, para estirar las piernas. El aire tiene esa calidad fresca y húmeda que te recuerda que estás cerca del mar, que en realidad no te has alejado nunca. Rain a veces me mira, entre calada y calada, con la media sonrisa de alguien que parece desahogado en el aburrimiento. Comento que voy a echar de menos el olor a café, y volvemos al coche. En la radio suenan canciones que apenas reconozco, pero que llenan el espacio con una

calma anticipatoria. Rain canta y yo le pido que no aparte los ojos de la carretera. Es como en el viaje de ida: él hace algo y yo le interrumpo. Sin embargo, todo lo que él dice se queda registrado en mi memoria aunque yo finja lo contrario. Fuimos algo sólido, irreversible… y luego usamos la amistad para arreglarlo. Hay una luz dorada filtrándose entre las hojas de los árboles, como si el día nunca fuera a terminar realmente. Nos reímos de una forma un poco exagerada cuando descubrimos por un cartel que en el estado de Washington hay una ciudad que también se llama Vancouver. «¿Damos la vuelta?», bromea Rain, y yo niego con la cabeza y digo que sí con los labios. Nos detenemos en una gasolinera cerca de Portland y aprovechamos para comer algo rápido. Rain me guiña un ojo cuando le sorprendo con otro paquete de Pall Mall.

Las horas pasan y el paisaje comienza a transformarse otra vez, perdiendo poco a poco la vegetación exuberante. Un poco más abajo, por la I-5, la ventanilla bajada, el olor a sal cada vez se nota menos: ahora el aire huele a hojas secas, asfalto caliente y bayas; luego veo mercados agrícolas, y en un par de kilómetros, el primer casino. No tardan en reproducirse, señal de que nos aproximamos a casa. Dejamos atrás Medford. Las montañas son solo sombras en el horizonte. La carretera parece infinita. Bostezo y subo el volumen de la radio. Paramos a cenar en uno de esos lugares con mesas de formica y camareras que te llaman «cariño» sin conocerte de nada. Rain pide una hamburguesa y me da la mitad, aunque le repito varias veces que no tengo hambre.

Al atravesar la frontera hacia Nevada, el paisaje se vuelve aún más árido. El cielo es un lienzo opaco que apenas refleja algún otro destello que no sea la oscuridad del asfalto. Las luces de Reno

aparecen, a lo lejos, titilando como un espejismo en medio del desierto. Cuando Rain aparca frente a mi apartamento, son las dos de la madrugada. Sé que debería ser cordial, invitarle a dormir en casa para que descanse. Ha sido una temeridad conducir tantas horas; el cansancio se refleja en su mirada y en la postura estirada de los hombros, como si no tuviera huesos, sino palos delgados. Pero pensar en despertar mañana, hoy, quiero decir, en unas horas, y ver a Rain en el sofá o al lado de mi cama…, podría soportarlo, pero no quiero soportarlo.

Estoy intentando convencerme de que no puede pasar nada terrible en veinte minutos de trayecto, y además con la carretera casi vacía, buscando las palabras más adecuadas para insinuarlo, y entonces Rain se gira y me suelta en un susurro lento y cargado de pausas:

—Así que miedo es amor.

Al principio no entiendo de lo que está hablando, y entonces recuerdo lo que escribí sobre su camiseta. Agacho la mirada, nerviosa y molesta y triste.

—Siento haberla manchado.

—Fui yo quien te dio la idea.

—No me importa, Rain. Lava la camiseta. Así dejará de significar algo.

Su mirada se pierde un segundo en mi colgante cuando muevo la mano sobre él para acariciar la fría plata. Hay algo en su expresión que me lleva al Rain de antes, el que no se refugiaba en problemas de memoria. El Rain que tenía un pequeño espacio entre los dientes delanteros, una grieta mínima, pero un corazón que parecía llenarse al revés, acumulando más de lo que podía contener.

—¿Y si…? —Se interrumpe—. Me sigue atrapando la idea de perder las palabras, perder los recuerdos, perderlo todo menos a ti.

—Pero volveremos a vernos en un mes, tú dijiste…

—¡Antes! —exclama. Se aclara la garganta y repite, más calmado —: Antes.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Quieres que te prometa que no nos abandonaremos esta vez? Porque yo sí puedo hacerlo.

—¿Cuántas horas llevamos en la carretera? —me pregunta—. No, no hace falta que las calcules. Era solo una manera de decirte que yo ya vivo con esa promesa.

Apoyo una mano en la manija de la puerta, sigo con el ceño un poco fruncido.

—Te llamaré. O me llamarás.

—Las dos cosas, Ib. Y todo lo que se me ocurra al pensarte.

Rain sonríe, se frota la cara para espabilarse y saca un cigarrillo. Espero a que se lo encienda, y entonces me bajo del coche. Recupero la maleta, nos decimos adiós con la mano. Su mirada es mucho más larga que la mía, pero arranca antes de que conciba siquiera la posibilidad de echar unos ojos de menos, cuando es un órgano tan básico que podría encontrarlo en cualquier otra parte. Observo su coche desaparecer al doblar la esquina por la que tendré que pasar con el autobús para ir a la universidad en apenas dos semanas. Quizá ninguno cumpla su promesa. Quizá esta vez sí que podamos ser esa persona que el otro necesita. Construir algo que al menos haga feliz a uno de los dos.

El calor sigiloso de la noche me acompaña cuando cruzo la distancia que me separa del bloque de apartamentos y entro en mi

portal. Si el mundo es algo más que nuestro recuerdo, entonces no estoy segura de haber llegado a verlo realmente hasta ahora.

El diario (VI)

Hoy Jackson y yo cumplimos seis meses juntos. Para algunos, medio año puede no ser mucho, pero para mí lo ha sido todo. Ha sido mi primera relación, y aunque suene melodramático, quiero que también sea la última. No puedo evitar sentirlo así, como si cada paso que damos juntos fuera una página que no quiero dejar de escribir.

El amor, me he dado cuenta, tiene sus propios movimientos, su propia coreografía. Al principio todo es ligero, como un baile suave en el que cada mirada y cada gesto se sienten nuevos, llenos de promesas. Me encantaba cómo Jackson me sorprendía con pequeños detalles, como el chocolate que dejaba en mi mochila sin que me diera cuenta, o las notas escondidas en mi diario con sus frases favoritas de películas. Cada cosa parecía pensada para que lo recordara, como si quisiera asegurarse de estar en cada rincón de mi vida, ser un espejo.

Con el tiempo, esos detalles han cambiado. No es que hayan desaparecido, pero ya no son tan frecuentes. Supongo que es natural. El amor, cuando crece, se vuelve algo más tranquilo y escurridizo. A veces echo de menos esos gestos inesperados, esos momentos en los que Jackson parecía estar siempre un paso por delante, sorprendiéndome. Pero, siendo honesta, hay momentos en los que me pregunto si esos cambios son lo que debería esperar o si, de alguna manera, estamos perdiendo algo. Quizá soy yo, que siempre busco esa chispa, esa emoción de novela romántica donde todo parece perfecto, pero la vida real no funciona así, ¿verdad? Y, sin embargo, sigo queriéndolo con la misma intensidad

que al principio, puede que incluso más. Porque el amor, a veces, no necesita fuegos artificiales, sino pequeños fuegos que ardan despacio y constantemente. No sé qué pensar. Él me hizo experta en el arte de esperar siempre lo excepcional.

Y ahora llega tarde a nuestra cita…

26

La normalidad me sumerge en un océano de aire denso y pesado. Todo es familiar, casi reconfortante. Dormir sola, tener mis libros a mano, escribir por las noches, hacer la colada a una hora en concreto para ahorrar en electricidad, esperar a que Vesta llegue del trabajo y cenar juntas en el suelo del salón. A veces con la televisión encendida, a veces con la televisión apagada. Cambios diminutos en decisiones que en el fondo obedecen a la misma rutina. Estirar las piernas o doblar las rodillas sobre la madera. Visitar a mi madre el lunes o el martes. Lavarme todo el pelo aunque el flequillo sea lo único que esté sucio o esperar al día siguiente. La cara oculta del deseo pretérito de continuar como si nada.

Pero ahora, cuando oigo discutir a mis vecinos, pienso en las palabras de esa voluntaria e intento visualizar a mi madre y a su hermana en aquel apartamento de Vancouver, y las preguntas llegan como ráfagas de un viento huracanado: ¿por qué no se llevaban bien?, ¿qué cosas hacían enfadar a la otra?, ¿Mona tendrá también nuestra nariz? Cuando los pájaros picotean el árbol que roza con sus ramas bajas el mirador del salón, me acuerdo del diario y de Jackson: ¿qué pensaría mi madre si se enterase de que está muerto?, ¿por qué la gente le tenía miedo?, ¿mamá se vio obligada a huir de él o decidió marcharse siendo feliz? Por la noche soy más

imaginativa, o a lo mejor solo tengo más miedo. ¿Y si no hay un motivo trágico detrás de todo esto? ¿Por qué no puedo pensar que, simplemente, mi madre se cansó de esa vida y quiso probar suerte siendo otra persona? Muchas veces, en los libros, el personaje principal empieza su historia huyendo de aquello que le hace infeliz. ¿Por qué no iba a suceder al contrario? ¿Y si las vidas que nos atrapan son precisamente las que no podemos arreglar?

Y luego está Rain. El núcleo de mis pensamientos: ¿y si no hubiera hecho tal cosa? He intentado desprenderme del recuerdo de su contacto, de sus palabras, en especial cuando iban acompañadas de una de sus sonrisas ladeadas, pero siento que es igual de inútil que cerrar los ojos cuando tienes vértigo, si no te mueves. Pienso a menudo en eso que me dijo Ginger, que la amistad tiene un principio claro, pero el final siempre es un misterio. ¿Y si no consigo resolver esto que siento? No hay nada que me genere más incertidumbre que un libro cuyo final se queda abierto. Cuando llegué a casa esa noche, la noche en la que volvimos de Vancouver, Vesta me estaba esperando en el salón con las luces encendidas y una botella de moscato sin empezar.

—Cuéntamelo todo y exagera.

Obedecí. Primero le hablé de mi madre y de lo que había descubierto: su amiga voluntaria, el hecho de que Jackson hubiese muerto de una sobredosis, la aparición de una hermana llamada Mona que no volvería a Vancouver hasta dentro de un mes y mi futuro regreso para hablar con ella. Mientras tanto, ninguna tocamos el vino. Pero en el momento en el que me lancé a contar lo que había pasado con Rain después de nuestra última conversación telefónica, su actitud en la librería, los besos en el árbol, la ilusión, la

interrupción de Carley, la reflexión posterior sobre la culpa y la decisión de ser solo amigos, nos turnamos para beber a morro de la botella hasta vaciarla. Vesta escuchó mi relato en silencio; luego me dijo que era maravillosa y valiente, lo primero, y yo le respondí que era muy fácil quererla. Arrugó la cara, lo segundo, y describió a Rain como un cobarde pretencioso, y yo le dije que tenía que conocerlo antes de sacar conclusiones.

—Tú nunca superaste la ausencia de Rain —replicó, haciendo un ruidito molesto con la lengua—. Solo necesitabas una excusa para volver a verle.

—Sí y no. Quiero decir, no se me ocurre una ilusión más agonizante que la de una persona incompleta a la que tenemos la oportunidad de regresar. No quiero rendirme. No puedo rendirme. Está deprimido, Vesta.

—Y tú le quieres.

Asentí despacio, muy despacio.

—Eso creo, aunque… Quizá soy demasiado ingenua o he vuelto a llegar tarde, pero esperaba entenderlo, verlo con más claridad. El concepto de amor entre dos personas que nunca encuentran lo que buscan, a eso me refiero. El amor es incierto. El amor es supervivencia. El amor…

—El amor no salva a nadie, Corazón —murmuró Vesta, y agachó la cabeza como si ella se hubiera planteado esa afirmación como una pregunta muchas muchas veces.

—Lo sé. Pero ¿qué diría de mí como persona si me alejara de él ahora? Hasta donde pueda soportarlo, él tendrá mi amistad. Tal vez no sea suficiente o…

—… tal vez sea justo lo que todos necesitamos cuando perdemos el sentido de las cosas: un amigo —me interrumpió con suavidad, y se rascó una peca en la mejilla mientras pensaba—. Me gustaría conocerle. Si te parece bien.

—¡Por favor!

Nos sonreímos. Sé que ninguna entendíamos por qué las personas no estamos hechas de plata, de algún material del que pudiéramos comprender cada estado, cortarlo en láminas y colocar bajo un microscopio. Si buscamos quedarnos sin preguntas, es lógico empezar por la persona que tenemos al lado. Pero no tenía otra opción que resignarme. Los secretos funcionan como la muerte de una estrella: destruyen a su anfitrión mucho antes de que podamos contemplar su estallido.

—He vuelto con Noah —me confesó Vesta de repente antes de que su barbilla temblara y dejara caer la cabeza contra su pecho.

Esa noche nos acostamos a las cuatro de la madrugada, aunque yo tardé en dormirme bastante más, pensando en el dolor de mi mejor amiga, en mi salto quizá evitable a un dolor similar. No tiene sentido sufrir tanto por alguien, ¿qué esperamos encontrar al final? A veces creo que solo buscamos sufrir menos, convencernos de que las cosas serán distintas, y por eso concedemos oportunidades a la gente con tanta facilidad, casi como si fueran caramelos. Lo comprendo. Cualquiera entendería que quisiera retirarme de este juego sin tablero, sin piezas. Pero si no confío en la posibilidad de que alguien pueda dejar de hacerse daño, a sí mismo y al resto, ¿para qué sirven las palabras y la música y la ciencia? El perdón es una piel y, al mismo tiempo, una herida en movimiento.

Al día siguiente, al levantarme y deshacer la maleta, vi la chaqueta de Rain. Y sonreí, a pesar del olor a tabaco que desprendía el resto de mi ropa. Vesta me había ofrecido la excusa perfecta para volver a llamarle, y eso hice. Rain descolgó enseguida. Al principio nos mostramos tímidos, tuve la impresión de que se arrepentía de todo lo que había prometido, pero de un momento a otro empezamos a hablar de la rutina, de la vida y sus pájaros, y de nuevo sentí que el tiempo nunca pasaría para nosotros.

Ahora, un par de días después de esa llamada, viéndolo apoyado contra su coche, fumando bajo mi edificio mientras yo lo observo a través de la ventana de mi habitación, no hago otra cosa que preguntarme si esto es buena idea o solo soy alguien que se cree con el poder de controlar lo incontrolable. Rain viste de negro, el brazo tatuado cubierto por una delgada película de sudor. Clavo las uñas en la cortina, incapaz de decidir mi próximo movimiento. Un pájaro vuela cerca de mi ventana, creo que Rain solo quería seguir su trayectoria cuando levanta la cabeza y nuestros ojos se chocan y veo esa sonrisa que se dibuja en su rostro, lenta y perezosa, como si sintiera una especie de alivio o un placer sencillo al encontrarse con la mía. Mis mejillas arden al percibirlo, rápidas y feroces. Levanto una mano con todos los dedos extendidos para pedirle cinco minutos y me muevo por la habitación a trompicones para ponerme una camiseta limpia y decente mientras me aliso las puntas del pelo con los dedos. Salgo a la calle con las llaves apretadas contra el pecho. Nada más verme, Rain tira la colilla y se acerca envuelto en una nube de humo.

—Perdona por haberme presentado tan pronto, la verdad es que no tenía nada mejor que hacer.

—Vaya, gracias —respondo en tono irónico, y Rain se ríe antes de saludarme con un abrazo.

Mis manos se quedan como pegadas alrededor de su cuello, tan preocupada como estaba por aspirar su olor y aturdida por la cercanía. Tengo que dar un ligero pero notable salto hacia atrás cuando Rain se separa para no caerme, aunque él no hace ninguna apreciación al respecto.

—Vesta todavía está trabajando, así que podemos subir a casa o dar un paseo por el río.

—¿Puedo fumar en tu apartamento? —Niego con la cabeza, y Rain suelta un suspiro entre resignado y divertido—. Río, entonces.

Durante el paseo, tenemos los hombros prácticamente a la misma altura y rozándose cada vez que acelero el paso sin darme cuenta. Rain me enseña un arañazo en la muñeca que le ha hecho el gato de Bonnie, según él, porque le ha echado de menos.

—Los animales no solo te quieren: te poseen.

—Eso es una cualidad de los humanos, Rain —discrepo.

—Fíjate cuando vuelves de un viaje o has estado más horas de lo normal fuera de casa. El animal se lanza sobre ti con desesperación o te castiga con indiferencia, no hay un punto medio.

—¿Y cuál es el problema?

—Bueno, ninguno. Era un ejemplo de lo complicado que es dar amor y recibirlo.

—Pues yo pienso que los animales quieren mejor que nosotros porque no posponen el amor ni lo cargan de significado. Lo entregan y ya está.

Rain no añade nada más, y el sonido del agua llena el espacio hasta que volvemos al apartamento.

Vesta está terminando de preparar el salón para la cena cuando subimos. No se ha quitado el moño ni la blusa ni su reloj de alta ejecutiva, por lo que imagino que no va a poner las cosas fáciles. Rain y ella se saludan sin contacto físico; la tensión puede cortarse con el filo de una hoja de papel.

—Tienes *piercings* —dice Vesta, con la cabeza ladeada y un tono incierto.

Si estuviéramos las dos solas, me diría: «Vale, es un chico atractivo».

—Dos y no más —responde Rain, pasándose una mano por la nuca; me recuerda a esos lejanos días en los que me copiaba los deberes de matemáticas, cuando no se preocupaba por entenderlos y el profesor le sacaba a la pizarra a resolver algún ejercicio—. Las agujas me dan respeto.

—¿Ah, sí? —Vesta le mira con descaro los tatuajes del brazo y Rain parpadea, nervioso.

—Solo en la cara. Cuando me perforé la ceja, me revolví tanto que el tatuador me dijo que o me estaba quieto, o me pinchaba el ojo. Tuve que pagarle el doble.

—¿Te dolió?

—En el orgullo.

Vesta y yo intercambiamos una mirada rápida, pero puedo ver la pequeña sonrisa que asoma en sus labios. «Vale, es un chico divertido».

Nos sentamos los tres en el suelo, alrededor de las cajas de comida tailandesa que Vesta ha traído. Las ventanas del salón están abiertas, pero apenas entra aire que no sea caliente; le pido perdón a Rain por no tener aire acondicionado y él me responde que no

pasa nada. Vesta se adueña de la conversación, fiel a su estilo. Habla de su trabajo, de su nuevo novio (tengo que cortarla para explicarle a Rain que en realidad es el mismo de siempre, y Vesta se defiende sacándome la lengua), de la depresión estacional de su madre, de su último viaje a Washington porque Noah tiene una casa allí. Todavía pertenece a sus abuelos, pero la heredará algún día, precisa, cuando nota que la estoy mirando, y Rain se ríe. Vesta menciona, casi de pasada, aquella vez que se quedó atrapada en un tren de Amtrak por culpa de una tormenta cuando volvía de visitar a Noah. Y, de repente, Rain interviene. «Me pasó lo mismo», dice. Estaba volviendo de Sacramento, había ido a ver a su padre porque le habían ingresado en el hospital. «Nada grave», se apresura a añadir cuando ve que he dejado de masticar la comida. No cogió el coche precisamente por los avisos meteorológicos y, al igual que Vesta, terminó atrapado en el tren. Los dos empiezan a comparar detalles, descubren que tenían el mismo número de asiento, pero distinto vagón. «¡Qué coincidencia!», exclama Vesta en un tono incrédulo y divertido. «¿Sabéis que las coincidencias no existen en términos científicos?», digo, y Rain deja su tempura en el plato y me mira como si no lo entendiera. «¿No crees en el destino, Ib?». «Solo a medias, y porque a veces me obliga», respondo, y sus ojos, verdes bajo la luz de mi salón, brillan de orgullo y algo más. «Bienvenida al club de los que se niegan a ser manipulados por la ley universal de las imperfecciones». Y me choca la mano, y Vesta nos observa atentamente mientras bebe de su copa. «Vale, es un chico interesante».

En un momento dado, Rain se muestra fascinado cuando escucha a Vesta llamarme «Corazón».

—Cómo no se me había ocurrido antes… —Se pasa la lengua por el labio y me mira—. Me gusta. Corazón.

La palabra recorre mi cuerpo como un segundo pulso, y les digo que tengo que ir al baño. Sonrío a mi reflejo, pero es un esbozo contrariado y tenso. Cuando vuelvo al salón, el volumen de sus voces es tan bajo que me acerco por el pasillo de puntillas.

—No te haces a la idea. O sea, no quiero competir ni nada, sé lo importante que habéis sido el uno para el otro cuando erais más jóvenes, pero no la conoces como yo. Ella es tan… especial. Tan buena y generosa, y creativa. —Una pausa en la voz de Vesta, imagino que estará bebiendo más vino—. Pero no se da cuenta. No se da cuenta de la suerte que tenemos.

—No, no lo sabe —dice Rain finalmente, y Vesta seguro que está sonriendo, pero no de un modo alegre.

—Se merece a alguien que la quiera como ella quiere a los demás. Como nos quiere a nosotros. No a pesar de los miedos y las inseguridades, sino por ellos también. Tenía mis dudas contigo, Rain, pero ahora lo tengo claro: solo te rebelas ante las emociones que te asustan, y estar cerca de ella te produce un miedo terrible. ¿Por qué?

Contengo la respiración esperando una respuesta que no llega. Cuando el silencio empieza a resultar violento, me peino el flequillo hacia un lado y entro en el salón con paso resuelto. Cierro las ventanas para no molestar a los vecinos con el ruido, aunque la casa olerá a gamba dos días por lo menos. Recupero mi copa de vino, propongo que nos traslademos al sofá y me siento pegada a la esquina. Vesta me mira por encima de su copa, con un ojo medio cerrado. «Vale, no entiendo a este chico».

La velada no se alarga mucho más. Vesta se va a dormir para ser una adulta responsable por la mañana, pero creo que lo hace para dejarnos intimidad. O porque se ha acabado el vino. Rain parece cansado, así que le ofrezco quedarse a dormir en el apartamento. Me dice que podría apañarse con el sofá, pero ambos sabemos que se levantaría con demasiado dolor en la pierna, así que nos dirigimos en silencio a mi habitación. Rain sonríe al observar las montañas de libros en mi cuarto, el cuaderno cerrado sobre el escritorio de madera con su bolígrafo perfectamente alineado a la cubierta y a mi plantita de plástico.

—No has bebido vino —le digo mientras retiro la sábana y me meto en la cama.

—Me he tomado una pastilla antes de venir. —Los dos sabemos a qué tipo de pastilla se refiere.

—¿No era un día feliz?

—Ahora sí.

Rain se tumba a mi lado, sin desvestirse. Intento no pensar en su cercanía, pero mi cama no es más grande que la del hostal de Nolan, así que lo tengo muy difícil.

—Quizá deberías tomarlas todos los días —murmuro.

—O verte a ti —ronronea, y yo arqueo los dedos de los pies.

—Amigos sin derecho, Rain.

—Vale, vale. —El colchón se mueve cuando él se incorpora y coge el libro que tengo en mi mesilla de noche—. *El corazón de los hombres*. Qué título más… intrigante. ¿Te gustó?

—Todavía no lo he acabado, voy por la mitad.

—¿Leemos?

Lo miro, incapaz de reaccionar. Su colmillo presiona ligeramente el labio inferior cuando sonríe; desde este lado no veo el arito de metal ni los tatuajes. Parece que estoy viendo a Rain antes de ir a la universidad, en los años entre mi pérdida y la suya. Me incorporo e imito su postura: la espalda pegada a la pared, las piernas estiradas, las manos viajando entre el vientre y el algodón.

—Pero tómatelo en serio —le pido, y Rain sacude suavemente los hombros.

—Vale.

Y empieza a leer, y tarda menos de dos minutos en desobedecerme: les pone voces a los personajes, interrumpe constantemente la lectura para hacer apreciaciones, se distrae cuando me río. Termino con la cabeza apoyada en su hombro, con los ojos cerrados, escuchando lo que él quiere contarme.

Y me pregunto si todavía tengo elección. Si el amor podría comprimirse entre dos personas hasta desaparecer.

27

—¿Quién te acompaña a casa por las noches, Ib?

Cuando entré en la habitación de mi madre hace cinco minutos, estaba sentada mirando por la ventana, contemplando el cerezo que todavía no es un cerezo. Había una silla vacía a su lado; no necesitaba más invitación, así que la ocupé sin decir nada. La luz se reflejaba en el cristal como si fuera un arañazo empañado, y al fondo y debajo están el jardín y las petunias, los geranios y los lirios rodeados del verde artificial de las paredes, árboles de mediana altura y palmeras dándoles sombra. Me estoy frotando el dorso de la mano con disimulo cuando mi madre hace esa pregunta, y yo descruzo las piernas y me quedo pensativa unos segundos.

—No suelo salir hasta muy tarde, por eso vuelvo sola. O con Vesta.

La voz de mi madre se vuelve recelosa y sugerente de pronto, como si se hubiera dado cuenta de algo importante.

—¿Y cuando Vesta no esté?

—Ya aparecerá alguien. O no saldré de casa —bromeo, pero suena ridículo hasta para mí.

—¿Todavía no tienes novio?

—Mamá…

—¿Novia?

—Es absurdo empujar el miedo en alguien —se me escapa, y me giro para observar su reacción. Mi madre no ha apartado la vista de la ventana, pero mantiene las manos apretadas sobre su regazo, y algo en su sonrisa, en la forma en la que un labio se monta sobre el otro, me hace sentir agitada e impaciente—. ¿A qué viene tanta preguntita?

—Hueles a tabaco.

—¿Y qué?

—Tú no fumas —señala como si fuera algo obvio.

Mi madre vuelve la cabeza, ahora sí, y yo me río para acompañarla. Quizá sea cierto eso que dicen de las madres y su sexto sentido, pero no me gustaría comprobarlo en este momento. Bastante culpable me siento de no poder hablarle de Vancouver, de venir a visitarla y fingir que no sé nada de Jackson, de su hermana, de la vida que plasmó en un diario que yo nunca debería haber leído. «¿Y qué sería de nosotras si alguna no pudiera volver?».

—No tiene importancia —termino diciendo, sin parar de frotarme las manos—. Él…, todo es una tontería.

—El amor nace de una tontería.

Guardo silencio, sin saber cómo seguir hablando sin levantar sospechas.

—Mamá, ¿cómo supiste que estabas enamorada de papá?

—Por cómo dolía su ausencia —responde de inmediato, con ese acento que omite las consonantes finales según le dé—. Pero también me lo chivaron los malos momentos. A veces me faltaba la respiración cuando discutíamos. Cuando pensaba que se había acabado y luego volvíamos a conectar…, era una sensación humillante y maravillosa. —Se inclina para mirar mejor por la

ventana, mi corazón se salta un latido al recordar—. Pero él tomó su decisión. Y el corazón, cuando lo quiebras, se somete al deseo de quien sea con tal de sobrevivir, comete la mayor de las traiciones. Todos los corazones sobreviven a una ruptura, Ib, pero no todos siguen vivos.

Me muerdo el labio y fijo la mirada en uno de sus rizos.

—¿No has sentido algo parecido por nadie más?

—Le propuse al jardinero que subiera a cenar una vez, pero la cosa no cuajó. ¿Qué te pasa, Ib? —Los músculos de su cara se contraen, su cuerpo se tensa por completo—. ¿De qué has hablado con tu padre?

—De nada, mamá. No nos vemos desde hace tres semanas por lo menos. Era mera curiosidad.

Ella asiente, y cuento los minutos que pasan hasta que la veo cabecear de nuevo, absorta por las vistas del jardín. O por el recuerdo de Jackson…

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —Mi madre suspira. No recuerdo haberla presionado tanto nunca. Me convencí de que yo era el problema, así que dejé de preguntar e interesarme por los temas que parecían afectarla para no alimentar…, bueno, el problema. A mí —. ¿Tú nunca has tenido sueños?

—Que estés bien —contesta, y su pie se agita nerviosamente cuando me ve negar con la cabeza.

—No relacionados con la maternidad, sino propios. Tus sueños.

—Cuando era joven, me habría gustado fundar una ONG para ayudar a los niños de familias inmigrantes. —Habla como si yo no estuviera aquí, y eso me conmueve—. Ayudar a los que más lo necesitan.

—Pero tú no te dejas ayudar, mamá.

Ella me mira con tristeza.

—Háblame de tus sueños —me pide, cogiéndome las manos.

—Que estés bien —susurro.

—Propios.

Noto cómo se humedecen mis ojos cuando lentamente le da la vuelta a la mano que tengo manchada de tinta y recorre el dorso, los borrones azules, con suavidad. Ninguna decimos nada más. Para qué recrearse en algo que no podrás tener.

—Cómo te entiendo, mamá. —La abrazo, y ella me abraza de vuelta y deja que me acurruque en su pecho. Como cuando era una niña. Tal vez en el fondo nunca dejamos de ser niños buscando el cariño de nuestros padres—. Cómo te entiendo…

Finales de agosto, una tarde cualquiera. Rain y yo estamos sentados en unas rocas, observando cómo mis hermanos juegan con una pelota cerca del lago. La luz del sol lo baña todo con una claridad casi dolorosa, haciendo que los contornos de las cosas parezcan más nítidos de lo normal, como si el mundo hubiera sido enfocado a propósito. El lago se extiende ante nosotros, calmado, con apenas una ondulación en la superficie. La vegetación que se hunde ligeramente en el agua brilla casi como el flash de una cámara antigua. Rain fuma, aunque intenta esconder el cigarrillo cuando mis hermanos le preguntan a gritos si ha visto lo buena que ha sido su jugada. Él entonces levanta el pulgar y después lo coloca de tal manera que siempre está rozando el mío.

—Mis hermanos te adoran.

—De vez en cuando me llaman para hacer suplencias en el colegio. Nada serio: enseño a los niños lo básico del fútbol americano, los entreno un poco… Lo disfruto más de lo que pensaba, la verdad. —Los segundos transcurren lentamente cuando da una calada, cada uno estirándose hacia el siguiente con dificultad —. Y yo me pregunto…, ¿cómo sería ver este lago por primera vez? Cualquier lago.

—Un descubrimiento redondito y precioso.

—Pero los descubrimientos se recuerdan.

—En realidad, no. No mientras tengas la seguridad de que no vas a echarlos de menos, de que siempre estarán a tu alcance. —El calor ralentiza mis palabras, la piel desnuda de mis piernas protesta cuando las arrastro sobre la superficie picuda de la roca y las doblo —. ¿Por qué te obsesionan tanto las primeras veces?

Rain guiña los ojos al sonreír.

—Si no vivimos siempre como si fuera la primera vez, en realidad estamos todos muertos.

—Pero tú no vives como si fuera una primera vez.

—No —murmura—. Yo me conformo con pensarlas.

El sonido de las pequeñas olas rompiendo en la orilla apenas se escucha, es un murmullo suave cortado de vez en cuando por las risas lejanas de mis hermanos. Y este acontecimiento y su silencio, el simple acto de que los veintisiete huesos de su mano permanezcan cerca de los veintisiete huesos de la mía, me hacen suspirar como si estuviera contemplando eternamente este lago. Y cuando nuestras manos se rozan al levantarnos, todo mi esqueleto se estremece. Aprieto la mía en un puño cerrado cuando su pulgar

amenaza con escalar por mis nudillos y llamo a mis hermanos a gritos para que vuelvan.

Mi padre quiere darme veinte dólares cuando regreso con ellos a su casa. «Por las molestias», dice, y mi lengua se vuelve una losa de pronto, incapaz de explicar que no hago esto por dinero, que mis hermanastros también son mi familia y se merecen que piense en ellos como tal. Tener una hermana mayor que los cuide. Que crezcan pensando que fueron suficiente para todo el mundo. Acepto el dinero solo porque así podré llevarlos al parque de atracciones, y mi padre se ajusta las gafas cuando ve a Rain esperándome al otro lado de la calle, fumando con parsimonia.

—¿Lo sabe tu madre, Taylor?

—Todavía no. Quiero… quiero esperar un poco más. Para prepararla y que lo entienda.

Mi padre asiente como si estuviéramos hablando de los geranios que Kate ha plantado al lado del buzón.

—¿Por qué ahora? —me pregunta, y yo me encojo de hombros.

—¿Por qué no ahora?

No sabe qué responderme, así que me despido de él y vuelvo junto a Rain, que le dirige una sonrisa que tiene poco de amable mientras nos alejamos.

—¿Te ha dicho algo de mí? —Intenta sonar desinteresado, pero se rodea los brazos mientras espera mi respuesta.

—Sí, ha preguntado cómo te sentiste la primera vez que alguien te dijo que fumar mata.

Rain se ríe tan alto y tan fuerte, como si estuviéramos solos en el mundo. Miro el movimiento de su garganta, cómo su espalda se arquea ligeramente, sus parpadeos como chasquidos vivaces. Por

alguna razón que desconozco, me siento más atraída por él en este momento que encima de aquel árbol.

Cuando entramos en su casa, aún sigue riéndose. Su tía abuela nos espera en la cocina, terminando de colocar sobre la mesa un pastel de carne, a juzgar por el olor. Esperaba encontrarme a una mujer bajita y con modales refinados, pero en su lugar me encuentro con una mujer alta y de aspecto lozano a pesar de la edad, con el pelo canoso elegantemente recogido, un vestido negro y las mejillas sonrosadas por un exceso de colorete. Cuando Rain me preguntó si quería conocer a su tía abuela, sentí mucha curiosidad. Ahora siento miedo y curiosidad.

—¿De qué te ríes? —le espeta a Rain, aunque tiene los ojos verdes clavados en mí. Evaluándome.

—Ib ha dicho esa frase —responde, y la mujer se relaja y sonríe.

—Ah, la frase.

—Perdón, ¿de qué frase habláis?

Se ríen, tienen una risa muy parecida, y Rain saca su paquete de Pall Mall y le da un cigarrillo.

—Hija, llevo escuchando que voy a morir desde los dieciséis años. Y aquí sigo esperando —farfulla mientras se lo enciende y expulsa una nube de humo—. Soy Beth, por cierto.

—Ib Taylor Jones —me presento, y ella se adelanta para darme un abrazo, aunque la mano con la que sostiene el pitillo se mantiene extendida y alejada de mi pelo.

—Uy, qué sincera. Yo me llamo Mary Beth, en realidad, pero cada vez que tengo la oportunidad, me deshago de la parte religiosa de mi nombre. ¿Tú crees en Dios, Ib?

—Supongo que a veces, pero no soy una persona religiosa.

—Me caes muy bien, aunque ya me caías bien antes. ¡A la mesa!

Miro a Rain con una ceja levantada. «¿Antes? ¿Le has hablado de mí?». Pero él se mira los pies mientras ayuda a su tía a poner la mesa, y los tres nos sentamos para comer.

—¡Un momento! —exclama Beth cuando ve que acerco el tenedor a mi porción de pastel de carne—. Primero hay que bendecir la mesa.

Pienso que es coña, pero entonces la mujer cierra los ojos y me ofrece una de sus manos mientras le da la otra a Rain. Él se muerde el arito de metal del labio como para evitar reírse, pero también cierra los ojos y me coge de la mano. Siento un estremecimiento en las piernas, en el estómago, en la boca. Termino cerrando los ojos, sin saber muy bien qué esperar.

—Si hay alguien ahí arriba que puede escucharnos, gracias por bendecirme con un sobrino nieto que me abandona para irse de viaje con una chica guapa. —Rain protesta, entre risas, y Beth lo manda callar con un tirón de manos tan fuerte que mi codo resbala sobre la mesa—. Por favor, haz que se vaya pronto de casa para que pueda disfrutar de mis últimos años en paz. Ah, y deja de ser tan cotilla. —Nos suelta las manos y coge sus cubiertos—. Amén.

Cuanto más tiempo paso con Beth, menos me cuesta entender de dónde ha sacado Rain esa visión sarcástica de la vida y sus imperfecciones. Beth bromea sobre cualquier cosa, por muy dura o retorcida que sea. Me cuenta que sus padres murieron sin dirigirle la palabra tras enterarse de que ella renegaba del cristianismo como quien habla de que el reloj de la pared sigue sin funcionar. Defiende que hasta que no vea que la gente hace cosas buenas en nombre de Dios, prefiere retarlo y esperar su castigo, y solo hay una cosa de la

que se arrepiente en esta vida: de no haberle dicho a su mejor amiga de la infancia que estaba enamorada de ella.

—Cuando quise volver a buscarla, ya se había casado y había formado una familia. Oh, cómo recé esos días y qué estúpida me sentí después —me cuenta, y vuelve a clavar la mirada en Rain mientras habla—. Pero cuando se llega demasiado tarde, no hay nada que hacer. Rendirse no es de valientes, pero tampoco de cobardes. Cuando piensas que harías algo de manera distinta… hay que cambiarlo —murmura—. Hay que cambiarlo.

Rain sigue comiendo sin levantar la cabeza de sus dos platos; el segundo lo ha sacado para servirse una ración de patatas fritas, como hacía de pequeño. Me tapo la boca con la mano y sonrío, y noto la piel ligeramente humedecida al retirarla, como si hubiera estado recogiendo moras silvestres.

Me hablan de la vida peculiar y apacible que comparten. Las noches de los jueves en las que se dedican a ver películas clásicas en un viejo reproductor de DVD. A Rain no le gusta el cine mudo, así que se inventa diálogos absurdos, y Beth siempre acaba desternillada de risa. «Como con el libro de Nickolas Butler», se me escapa, y Beth no deja de hundir el dedo en esas palabras hasta que le cuento que Rain me leyó un libro la semana pasada. «Y seguí aunque te quedaras dormida», añade él, pero no sé si creérmelo. Beth me habla de su rutina: se levanta temprano, prepara dos litros de café para todo el día y se sienta a la mesa de la cocina a resolver crucigramas. Rain, aunque lo niegue, se levanta a la misma hora solo por el placer de estar allí con Beth, ayudando o molestando, según a quién de los dos le preguntes, con las palabras que no logra

encontrar. Me duelen las mejillas de reírme, de ver a Rain constantemente superado por las bromas de su tía abuela.

—Tú eres la escritora —me dice de pronto, confirmando que le ha contado bastantes cosas de mí.

—Quizá en algún universo paralelo —replico, limpiándome la barbilla con una servilleta y resistiendo la tentación de devolverle la mirada a Rain, sus ojos clavándose en mi perfil como los de un fotógrafo intentando capturar algo que solo puede ver él—. En este universo empiezo mi último año de Económicas la semana que viene.

—Qué pena. —Beth me sonríe—. Pareces la clase de persona que puede conseguir lo que se proponga.

—¿Y cómo son esas personas?

—No se rinden —se limita a contestar.

Rain me acompaña hacia la puerta cuando se hace tarde. Vesta ha venido a buscarme en su coche, y se saludan en la distancia, con cierto respeto.

—Me lo he pasado muy bien. Tu tía abuela es muy divertida y parece muy buena gente.

—Lo es —dice él, y le brillan los ojos antes de darnos un abrazo con sabor a amanecer, y no a despedida—. Nos vemos pronto, amiga sin derechos que sigue aquí.

Me río, aunque espero que no note que la tristeza me interrumpe la voz.

—Disfruta de tu noche de cine mudo.

Rain hace una mueca y se mete en casa. La puerta se cierra, y no sé si él piensa que yo también me he ido o sabe que sigo plantada sobre su felpudo, pero le oigo decir al otro lado:

—Desde que volviste he empezado a pensar que quizá no estoy tan roto como pensaba, Corazón.

La niña que tenía más de una familia y la lluvia

Cuando Rain cumplió siete años, soñaba con tener una piscina de bolas y un castillo inflable en el jardín. Quería que todos los niños de nuestra clase asistiéramos con un gorrito de papel en la cabeza y matasuegras y que respondiéramos con el nombre de un pájaro cada vez que se dirigiera a nosotros. Yo quería sorprenderle, a él y al resto de los niños, así que la tarde anterior le pedí a mi madre que me hablara de las aves que conocía más allá de las palomas y esos pajarillos con plumas blancas y sombrías que adornaban las ramas de los árboles en invierno (descubrí que se llamaban gorriones). Mi primera opción fue el pingüino; según me explicó mi madre, eran criaturas torpes y graciosas. Me sentía un poco así también, pero entonces dijo que eran aves marinas, no voladoras, y tuve que descartarlas. Supuse que la mayoría de los niños escogerían la lechuza, hacía poco que habían estrenado la tercera película de Harry Potter y estábamos insoportables con el tema, así que quise ser más original y me apropié del martín pescador. Mi plan era llevar el matasuegras en la boca y hacerlo pasar por un pez, pero cuando mis padres y yo llegamos a la fiesta de Rain al día siguiente, no había piscina de bolas ni castillo inflable en su jardín. Tampoco vi al resto de los niños, ni siquiera a Rain, y supuse que habían empezado a jugar sin mí. Aquel pensamiento y la posterior resignación se

deslizaron tan fácilmente por mi tierna columna vertebral que tendría que haberme asustado. Sin embargo, me encogí de hombros y empecé a buscar a mi amigo con la mirada. El salón de los Cook estaba lleno de hombres con camisas abrochadas hasta el cuello y mujeres con faldas o vestidos largos; mamá me obligó a saludarlos a todos y los presentó como la familia de Rain, aunque no se detuvo en sus nombres y utilizó esa expresión, «familia», como si no destacaran para nada más importante. Como si solo tuviera sentido recordarlos como el conjunto de algo. Papá se quedó cerca de la mesa de los aperitivos y mamá fue a ayudar a la señora Cook, que no paraba de entrar y salir de la cocina con bandejas repletas de comida. El padre de Rain acaparaba una conversación con otros hombres debajo del crucifijo que tenían colgado sobre la chimenea y yo aproveché la ocasión para escabullirme escaleras arriba, al cuarto de Rain. Estaba en esa edad en la que los ambientes adultos me incomodaban más que aburrirme.

Encontré a mi amigo sentado a los pies de la cama. Iba vestido como su padre, pero en miniatura; con el pelo oscuro engominado y unos zapatos que definitivamente no podían usarse para jugar al pillapilla. Me quité el gorrito de papel de la cabeza antes de sentarme a su lado y puse el matasuegras entre los dos. Rain sonrió con tristeza.

—Mis padres no han invitado al resto de la clase, Ib. Solo a mi familia.

«¿Somos familia?», pensé, y balanceé las piernas con emoción.

—No pasa nada, el lunes jugaremos todos en el parque y volveré a ponerme el gorro.

—¿Y si se enfadan conmigo y no quieren que seamos amigos? —insistió, sus ojos de un color entre marrón y verde brillaban por el miedo—. Les dije que haría una fiesta, yo me sentiría muy mal si uno de ellos me dejara fuera.

—A mí me ha pasado. —Tragué saliva y empecé a estrujar el tutú de mi vestido—. Rain, de verdad, no te preocupes. Podemos recoger algunas piedras del jardín y las pintamos como si fueran pájaros. Se las llevas el lunes a clase y seguro que te perdonan.

Rain se encogió ante la posibilidad de que ese perdón nunca llegara, era fácil distinguir las emociones cuando se trataba de Rain, pero sonó más animado al preguntar:

—¿Qué pájaro eres?

—Martín pescador. —Sonreí, orgullosa, y él frunció el ceño.

—Suena raro. ¿No te lo habrás inventado?

—Que no, que hay un cuento y todo. Me lo ha dicho mi madre.

Rain me miró con admiración.

—Menos mal que estás aquí, Ib.

Yo me sonrojé y cambié de tema:

—¿Qué te han regalado tus padres?

—Estos zapatos. —Y agachó la cabeza.

Sentí lástima por Rain porque sabía que había pedido una camiseta de los Raiders por su cumpleaños, así que le ofrecí mi gorro de papel y sonreí con timidez.

—A lo mejor una lechuza aparece por sorpresa el lunes en el comedor del colegio.

Rain hizo ruido al reírse (con el resto de las personas acostumbraba a hacerlo en silencio) y acarició el cartón pintado de amarillo del gorro, los flecos de papel que colgaban de los bordes y

que había tenido que recortar para poder ver. Se lo puso con un movimiento rápido y conté dos huecos entre sus dientes al sonreír.

—Gracias. Yo…

—¡Niños, al comedor!

La voz autoritaria de la señora Cook nos hizo levantarnos de un salto. Rain no se quitó el gorro, pero se quedó inmóvil.

—Cuando me canten el «cumpleaños feliz», todos me llamarán Ethan —me explicó.

Para mí siempre había sido solo Rain. Entendí que él había empezado a ser alguien fuera de su familia también, y por eso el gorro y la tristeza. Le ofrecí la mano, aunque me temblaba, y repuse con voz tranquila:

—Yo te llamaré Rain.

Y él no dudó en aferrarse a mi mano y, juntos, bajamos al comedor.

28

Estoy plantada frente al espejo del cuarto de Vesta y ella me observa desde atrás, con los brazos en jarras y una sonrisa en forma de «o».

—Estás impresionante, Corazón.

Agacho la cabeza y me aliso los pliegues de la falda, que ha transitado por varios estados estéticos: corta, un poco corta y ahora demasiado corta.

—No sé si es muy apropiado, Vesta.

—¿Lo dices por los demás o por ti?

Suspiro. Es el cumpleaños de Rain, y para celebrarlo ha montado una fiesta en su casa. Un plan sencillo, aprovechando que su tía abuela se ha ido a visitar a no sé quién a no sé dónde. Habría preferido pasar la noche con ella antes que tener que socializar con al menos una veintena de personas que ya se conocen entre sí, pero aquí estamos. Vesta me ha prestado su ropa: una falda negra plisada con un cinturoncito que me recuerda al tutú de las bailarinas y un body del mismo color con tirantes ridículamente finos y un escote asimétrico. Llevo pendientes de aro y me he rizado el pelo, aunque el calor ha aplastado las ondas y ahora rozan la parte más baja del escote. Vesta me ha maquillado los ojos, consiguiendo que el azul destaque y parezca mucho más vivo, y también le he pedido que me pintara los labios de rojo porque a ella se le da mucho mejor

usar el delineador. El colgante resplandece como si alguien hubiera dejado una gota de luz líquida y gris en el centro de mis clavículas cuando muevo la cabeza para negar, para negarme a mí misma.

—Creo que no es culpa de la ropa —respondo—. Pero sí, me importa lo que piensen Rain y sus amigos.

Vesta asiente como si hubiera dicho algo inesperado y, a la vez, algo que ya ha sido escrito y lanzado al mundo. Me coge por los hombros y me saca de su habitación alegremente.

—No puedo prestarte mis ojos, así que solo te pido que confíes en mí cuando te digo que estás preciosa.

—Confianza, confianza…, la palabra de la semana —me burlo, y ella no dice nada más mientras coge las llaves del coche y salimos a la calle.

El atardecer convierte el horizonte en una ciudad vacía, donde la luz sigue presente incluso cuando la noche cae por completo. El eco de música y voces llega antes de que pueda percibir el olor del lago. Hago un puchero cuando aparcamos frente a la casa de Rain, donde varias siluetas se mueven unas contra otras bajo las luces encendidas del salón. Las pecas de Vesta resaltan aún más sobre su piel pálida cuando se gira y me dice:

—Puedo quedarme, si lo necesitas.

—No, tonta. Puedo hacer esto sola. —Y justo en el latido en el que me lo creo de verdad aprovecho para besarle las mejillas y salir del coche—. ¡Nos vemos mañana!

—¡Suerte, y cuidado con los tirantes! —grita a mi espalda, y apenas oigo el motor del coche cuando arranca de nuevo y desaparece; todo es demasiado alto, hay casi más ruido fuera que dentro de mí.

Me ajusto los tirantes y llamo a la puerta. Quizá nadie me escuche, a saber qué tengo que decir si es un desconocido el que me abre. O la chica del garaje, o Bonnie. O alguno de mis antiguos compañeros de instituto. Llamo de nuevo, esta vez no me molesto en controlar el temblor de las piernas, y entonces la puerta se abre y aparece Rain. Tiene una sonrisa inacabada en la cara, probablemente estaba bromeando con alguien hace apenas unos segundos. El volumen de la música se amplifica y parece que me empuja, como si hubiera estado esperando para escapar. Diría que la mirada de Rain está nublada por el alcohol, porque me observa como si agradeciera la interrupción y, al mismo tiempo, quisiera continuar su fiesta. Sus manos se mantienen lejos, como contenidas, y yo noto cómo el calor crece en mi estómago.

—Ib, has venido.

Trato de sonreír.

—Era lo que esperabas, ¿o no?

—Ya, pero… —Se pellizca el puente de la nariz, claramente nervioso. Me tocaría hacer una broma, decirle algo así como que ni en su cumpleaños puede vestir de otro color que no sea el negro, qué va a pasar el día de su boda entonces, y él seguro que mencionaría su funeral, «de un blanco inmaculado», pero entonces se fija en mi boca, en los labios rojos y carnosos, y el silencio adopta un tono peligroso, como atormentado. El calor se acumula en mis tripas, Rain aspira con fuerza y trata de fingir que no ha pasado nada—. Perdona, pasa. Estaba deseando que vinieras. Voy a presentarte a mis amigos.

Me aseguro de que el flequillo se mantenga cerrado sobre el puente de la nariz y solo entonces le sigo al interior de la casa.

Esperaba más gente, o quizá Rain se vende como la clase de persona que puede permitirse elegir entre varios tipos de encuentros sociales. Conozco al grupo que me encontré en el garaje el mes pasado. Son simpáticos, aunque veo alguna sonrisa escurridiza y varias miradas que no sé interpretar; quizá tengo el pintalabios fuera de sitio o he dudado a la hora de pronunciar mi propio nombre. Bonnie me abraza como si fuésemos amigas de toda la vida en cuanto me ve. Su pelo rojo huele a algo más fuerte que el tabaco y a cítricos, y toda su cara se arruga cuando sonríe, y no parece importarle si sus encías sobresalen o un ojo queda más abierto que el otro. Me separa de Rain cuando el último partido de los Green Bay Packers se convierte en el principal tema de conversación y no me suelta la mano hasta que las dos tenemos una cerveza y estamos sentadas en el alféizar interior de la ventana del salón.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dice Bonnie, con la cortina apresada entre su top y el cristal. Ha abierto la ventana para encenderse un cigarrillo y tiene el brazo sacado por fuera para que el humo no entre. Yo agradezco esta sensación de aislamiento, la brisa que me acaricia la cara y los hombros—. En una situación un poco más normal, ya me entiendes…

Le doy un trago a mi cerveza y me muerdo el labio al recordar cómo fue nuestro primer encuentro.

—Perdón, no tenía ni idea de que Rain estaba contigo. Nadie me avisó. Yo…

—Ay, Ib, no te lo decía como algo malo. De hecho, me hizo gracia ver a Rain tan descolocado. «Es ella, Bonnie, joder, vístete ya. Es ella». —La imitación de su voz es bastante acertada, aunque me resulta difícil imaginarlo así de desesperado. En mi cabeza, él

terminó lo que había empezado con Bonnie antes de bajar al salón —. Es guay que haya viajado contigo y que os veáis a menudo.

—¿No… no estás enfadada? —me atrevo a preguntarle, medio escondida detrás de mi lata.

Bonnie se apresura a negar con la cabeza mientras se inclina sobre la ventana para fumar.

—Rain y yo solo somos amigos que se acuestan. Bueno, que se acostaban. —Puedo distinguir pequeñas volutas de humo escapando de sus finos labios.

—¿Ya no estáis… juntos de ese modo?

—Oh, no. No desde que volvió de Vancouver. ¿Y esa cara? —Bonnie ladea la cabeza, extrañada—. ¿Rain no te lo ha contado? Porque lo decidió él.

—Eh…, no. No, creo que no.

Bonnie se frota los ojos, riéndose de algo que solo ella conoce, aunque me da la impresión de que yo debería saber el motivo. Entre una canción que acaba y la siguiente me he bebido casi toda la cerveza y estoy intranquila de una manera extrañamente soportable.

—¿Te preocupa que esté celosa? —me pregunta, tirando la colilla a la calle, y yo no sé qué responder a eso. Contemplo la diminuta media luna de fuego hasta que se la traga la noche. Sí y no. No pero sí. Bonnie se sienta un poco más cerca y me sonríe—. Tranquila, mis sentimientos románticos hacia Rain desaparecieron hace mucho. Me pillé por él en el instituto; reconozco que me afectó que no me hiciera caso al principio y me involucré de una forma un poco tóxica, quizá, hasta que conseguí que estuviéramos juntos. Pero enseguida nos dimos cuenta de que lo nuestro estaba destinado a ser una amistad. —Se detiene para recuperar su cerveza, que había

abandonado detrás de la cortina. Me fijo en que tiene el maquillaje de los ojos algo corrido, pero le sienta bien, así que no le digo nada —. Nos acostábamos porque había confianza y era cómodo, sin más. No sé cómo decirte, a veces tenía la sensación de que estábamos viviendo en la misma película porque ya conocíamos el final. Que nos daba miedo o pereza hacer el esfuerzo de atrevernos con algo nuevo. Yo sentía más pereza que miedo, pero creo que él funcionaba al revés.

—¿Cómo lo supiste? Que Rain te gustaba.

—Cuando tuve claro que ya no lo hacía —contesta, y yo la miro, interesada—. Nunca he sentido las famosas mariposas, Ib. Y quiero pensar que no es porque no haya estado enamorada. Quizá tengo otro tipo de animal por dentro con el que todavía no he aprendido a relacionarme. Vete a saber. Pero están esos pequeños detalles marcando siempre la diferencia. Pensar una excusa para verle. Inventar tu propia fórmula matemática para que parezca casual el roce de vuestras manos. Querer moverte de atrás hacia delante con esa persona. Tener un recuerdo imaginado del tiempo en el que no estuvisteis juntos. —Bonnie mira por la ventana—. Todo eso me pasaba con Rain, y no supe cómo valorarlo hasta que un día me di cuenta de que ya no quería hacer ninguna de esas cosas. Que ya no podía demostrar más. Y supe que había dejado de gustarme. Pero la vida ya era normal antes de eso. Todo lo normal que se puede ser viviendo enamorada.

—Entiendo —murmuro.

Mis ojos se pasean por el salón hasta que localizo a Rain. Está hablando con dos chicos, la pierna buena subida al primer peldaño de las escaleras y un brazo apoyado en la barandilla para

sostenerse, aunque parece una postura casual. Siento una sorpresa satisfactoria, casi diría que feroz, cuando descubro que él también me busca con la mirada. Ambos asomados al mismo precipicio, conscientes de que retroceder ya no es una opción, pero aterrados ante la idea de saltar.

Bonnie me da un golpecito en la pierna para atraer mi atención, y me sonríe con cierta tristeza al decir:

—Espero que Rain se atreva a reconocérselo a sí mismo. Tú solo…, tú solo ten paciencia. Desde el accidente actúa como si tuviera una deuda pendiente con el mundo, pero en el fondo no es más que otra persona asustada.

Cuando escucho hablar sobre el miedo a los demás, todo me parece sencillo y reparable. Me gustaría hablar de eso con Bonnie, pero empieza a sonar una canción de Foo Fighters y de repente no podemos hacer otra cosa que levantarnos y bailar. Y me gusta, disfruto de la sensación de moverme junto a ella y más gente sin ningún tipo de orden, pero con un ritmo compartido. Los cuadros viejos en las paredes parecen vibrar también como si formaran parte de una coreografía involuntaria, y cuando Rain y yo acabamos cerca, por iniciativa o casualidad, le pregunto si no le preocupa la reacción de su tía abuela. Él, con una mano en mi cintura y el *piercing* del labio acariciando el lóbulo de mi oreja, responde que el que rompa algo, que lo pague. Solo le preocupa la mesa de las bebidas, y ha puesto periódicos viejos debajo para proteger la madera, y de vez en cuando recoge las copas vacías que se amontonan. Me ofrezco a ayudar, y él entierra la cara un poco más en mi cuello y me pregunta si recuerdo la primera vez que escuché esta canción. Le digo que no,

pero que seguro que recordaré esta euforia hasta dentro de diez años, por lo menos. Parece ser suficiente, porque sonríe.

Alguien apaga las luces, de pronto, y Bonnie aparece desde la cocina con un pastel cubierto por una gruesa capa de glaseado blanco. Todos empezamos a cantar el «Cumpleaños feliz», y Rain nos jalea con los brazos hasta que prácticamente gritamos. Su risa es auténtica, agradecida. Las velas sobresalen en un orden ligeramente irregular cuando se inclina para soplar y apagarlas, el sonido de los aplausos engulle la cacofonía de los que cantaban a destiempo. Rain hunde el dedo en las manchas de chocolate que asoman por los lados del glaseado. Bonnie le golpea en la espalda con un aspaviento cariñoso. Y yo me río, y Rain se gira como si pudiera embotellar ese sonido.

Después de que la tarta haya sido devorada, cuando la música llena el aire de nuevo y la gente se reparte en grupitos, recupero la bolsa que había traído y olvidé en la ventana, tras hablar con Bonnie, y me acerco a Rain, que está recolocando el fular del sofá para que no queden marcas de zapatos sobre la tela.

—¿Podemos subir a tu cuarto un momentito?

Rain no dice nada, se limita a asentir con curiosidad y a seguirme escaleras arriba. Mis manoletinas tienen tacón y parezco más alta; intento pensar en ese detalle y saborear su contradicción mientras olvido que cualquiera podría vernos e imaginar algo muy distinto. La sombra del amor en mi deseo de estar a solas. Del victimismo.

—Pensaba que Vesta se quedaría —está diciéndome Rain, y yo giro el cuello para oírle pronunciar las palabras al completo.

—Anoche discutió con Noah. Ha decidido pasar el fin de semana con él.

—Discuten mucho, ¿no?

—Sí, pero ella piensa que en algún momento dejarán de hacerlo —respondo, aunque no oculto lo mucho que me disgusta el tema.

—¿Y qué vas a hacer esta noche? ¿Dónde vas a dormir? —insiste con esa segunda pregunta cuando llegamos al último escalón.

Dejo que me adelante, respiro menos agobiada ahora que nadie puede vernos.

—He hablado con mi padre y con Kate, y me dejan quedarme con ellos.

—Podrías quedarte aquí también, si vas a estar más cómoda.

—Gracias.

Lo digo de tal manera que se entiende que estoy rechazando su propuesta, y Rain me dedica una media sonrisa mientras abre la puerta de su habitación.

—Pasa, aunque ya te la conoces…

Se ríe del mohín de fastidio que le ofrezco y cierra a su espalda. La habitación de Rain es sencilla, casi desprovista de cualquier intento de decoración más allá de lo esencial. Sobre la cama, un par de almohadas están tiradas descuidadamente. Las colillas llenan a medias un cenicero en la esquina del escritorio. La ventana está abierta como una manera de mantener el exterior siempre presente, como si Rain no quisiera quedarse solo con sus pensamientos demasiado tiempo. Veo que ha enmarcado la camiseta con la que jugó en la liga universitaria y la ha colgado en la pared junto a una vieja fotografía en la que sostiene un trofeo. Sonrío al ver ese colmillo rebelde y sigo recorriendo la estancia mientras él se enciende un cigarrillo y me espera sentado en la cama. En la estantería, entre algunos libros sobre aves y unos cuantos CD de

música, encuentro un gorrito de papel, desgastado e inservible. Lo saco con cuidado, aunque por dentro estoy temblando como la llama de una vela. Recuerdo este gorro. Su otro cumpleaños.

—Has puesto esa cara —dice Rain, y yo dejo el gorro en la estantería y me siento a su lado.

—¿Qué cara?

—La cara de estar recordando algo.

No parece enfadado. Miro a través de la ventana, a las copas oscurecidas de los árboles, a las estrellas que parecen multiplicarse cuando cierro los ojos.

—Estaba mirando el gorro de papel. Te lo regalé cuando cumpliste siete años. Pensaba que lo habrías tirado.

Rain niega con el cigarrillo en la boca. Sus ojos tienen un brillo tan serio que resulta cómico, teniendo en cuenta que estamos hablando de un cartón en forma de cucurucho.

—Mi madre me tiró la piedra que pintamos cuando hizo limpieza en mi habitación, a los pocos años. Estuve tres días sin dirigirle la palabra.

—Y pocos me parecen —bromeo, y ambos reímos—. Oye, ¿qué fue de Annie? ¿Y de Robert, y los otros chicos? Pensaba que seguiríais siendo amigos.

—La mayoría se fueron lejos de Cold Springs y perdimos el contacto —me explica—. Y a los que se quedaron o venían de vez en cuando…, bueno, no tuve que hacer muchos esfuerzos para alejar a nadie. No era una compañía muy agradable cuando volví.

La música y el ruido inherente a una fiesta, cuando Rain habla, parecen provenir de una dimensión arcana. Se queda callado de

repente, mirándome con el ceño fruncido mientras el humo escala hasta el techo.

—¿Y ahora qué le pasa a tu cara? —le pregunto.

—No soy fan del pintalabios rojo.

—¿Por qué?

—Mancha demasiado —susurra, y su voz se convierte en un ronroneo suave—. Pero en ti queda perfecto.

El comentario me desarma por completo; de inmediato, siento cómo el aire cambia, volviéndose denso, casi tangible. El calor sube por mi cuello y arrastra un leve temblor que comienza en el estómago, llegando hasta mis manos, que permanecen inmóviles sobre el regazo y la bolsa que he traído conmigo. Miro hacia abajo, intentando ocultar la sonrisa, y entonces Rain se inclina y sus dedos rozan mi hombro allí donde el tirante del top se ha deslizado. El contacto es tan simple y, a la vez, siento que esto es lo que debió de sentir el planeta cuando algo lo moldeó con sus dedos. Contengo la respiración, hasta que el tirante vuelve a estar en su sitio y Rain se aparta. Como ninguno dice nada, le entrego la bolsita.

—Feliz cumpleaños —consigo decir con la boca seca.

Rain lo abre, emocionado, y su cara se transforma cuando ve una camiseta de los Raiders. Sonríe, abrazándola contra su pecho.

—Nadie se había acordado hasta que llegaste tú. Gracias.

¿Y si lo que dijo Bonnie es cierto? ¿Y si Rain ha despertado algo sin nombre dentro de mí y no entiendo las señales? Ahora no parecen molestarle los recuerdos, y yo frunzo el ceño.

—Pareces otra persona desde que volvimos de Vancouver. Pareces…

«Alguien que se ve a sí mismo. Alguien que también quiere besarme».

Rain agacha la cabeza y por un instante el silencio pesa entre nosotros. Me siento desarmada, casi impotente, al verlo así.

—Sigo siendo la misma pérdida de espacio y tiempo.

—Deja de decir eso —le pido en un susurro.

Entonces me mira y sé que sentimos lo mismo cuando nuestras manos se buscan, se unen por el pulgar. Nos quedamos así, respirando el silencio, intentando descifrar qué está viendo el otro. Si merece la pena romper los centímetros que nos separan con ese beso, si sentiríamos algo más que culpa esta vez.

—Volvamos a la fiesta —dice finalmente.

Y yo asiento, y creo que si alguien me preguntara en qué momento supe que me había enamorado por primera vez y de quién, mencionaría su nombre y un gorro de papel amarillo.

29

Los vivos tonos verdes de septiembre se alzan en los costados de la carretera a medida que Rain y yo dejamos el estado atrás. Si los pájaros que sobrevuelan el horizonte, rozando los cables de alta tensión, pudieran hablar en un idioma que nos perteneciera a todos, probablemente murmurarían entre ellos, intrigados por el destino del coche rojo. «¿Otra vez?», preguntaría uno de los más viejos, tal vez un carbonero de cabeza negra. «El mes pasado también iba en esta dirección». Entonces los pájaros comentarían el extraño ritmo del coche: cómo acelera de repente, solo para frenar después sin ninguna prisa visible, alentadora. «¿Y por qué? ¿Por qué a veces parece tan decidido y otras no?», se preguntarían, sin llegar a ninguna conclusión, porque al final las necesidades de los pájaros son mucho más primitivas que las nuestras: volar y sobrevivir. Poco más. No entenderían que dentro de ese coche hay personas intentando descifrar algo de sí mismas, moviéndose hacia delante, decidiendo cuándo llegar y lo que no son. Porque, a diferencia de los pájaros, no puedo extender simplemente las alas y volar por encima de todo. Huir, en mi caso, no es algo tan elegante como para llamar la atención de nadie. Estoy anclada a la tierra, limitada por el ritmo que me impone la carretera y el tiempo, y… no termino de comprender el rumbo de este pensamiento. Rain ha puesto la radio

y me está hablando de uno de sus grupos favoritos, Baby Blue Eyes, que al parecer está envuelto en una gran polémica después de que la guitarrista abandonara el grupo y rompiera su relación con el cantante. Miro por la ventanilla, busco pájaros, lo intento de nuevo.

En menos de veinticuatro horas estaré en Vancouver.

En menos de veinticuatro horas hablaré con Mona, pondré las palabras en el aire, les daré forma aunque me tiemble la voz.

En menos de veinticuatro horas descubriré si hay algo en el pasado de mi madre que pueda sobrevivir al tiempo. Y, si lo encuentro, tendré que averiguar cómo traerlo al presente, cómo usarlo para devolverla, aunque sea un poco, a la vida.

Imagino la escena como si yo fuera Orfeo y mi madre, Eurídice, pero con el final feliz de la ópera de Gluck, donde ambos logran escapar juntos de las tinieblas. Me aferro a esa visión todo lo que puedo, hasta que resulta insuficiente y el desenlace original del mito —Eurídice atrapada para siempre en la oscuridad— comienza a sacudirse en mi cabeza como un tarro con insectos. Entonces recurro a otras metáforas visuales. Pienso en este viaje como una partida de ajedrez. En las palabras que usaré en esa conversación con Mona, las que me harán perder un peón o capturar una de sus piezas. «Mi madre nunca ha hablado de ti». «Creo que nunca es tarde para arreglar las cosas». «La gente calla por culpa o por interés, y mi madre es la persona menos interesada del mundo». Cada frase, un movimiento arriesgado. Cada silencio, una casilla en la que podría perder mi oportunidad.

Y luego está el miedo. Ese miedo constante de tener que convertirme en algo diferente, algo extraño, como si mis huesos necesitaran aprender una forma nueva para conseguir lo que quiero.

«No pienso irme de aquí hasta que hables conmigo». «Merezco empezar a preocuparme un poco más por mí». «Necesito tu ayuda, haré lo que sea. No dejes que esto también me destruya a mí».

Pero ¿y si Mona se niega a escucharme? O peor, ¿y si todavía no ha vuelto?

A la altura de la ciudad de Keizer, he agotado todas las combinaciones de jugadas en mi mente, así que recurro a Rain. Le expongo todas mis preguntas, todas mis dudas. Él escucha, frunce ligeramente el ceño como si estuviera tratando de descifrar algo, pero al final sonríe y baja el volumen de la radio. Ese gesto, tan sencillo, me da más de lo que esperaba: un espacio pequeño para respirar.

—Saldrá bien, Ib —dice sin más.

—¿Y ya está? —Mi voz suena casi arrepentida—. ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—No tengo mucha imaginación para estas cosas… Tú eres la escritora.

—Y tú, el exjugador de fútbol americano. ¿Qué solías hacer antes de un partido importante?

Rain duda, su mirada se pierde por un instante en la carretera, como si buscara las palabras en algún rincón del pasado. Se lleva el pulgar al labio, mordisqueando algunos bordes de piel levantada, y parece no saber distinguir si nos movemos entre el recuerdo o carecemos de edad.

—Me abrochaba las zapatillas una y otra vez —responde al fin.

—¿Nada de discursos motivacionales?

—Mi entrenador tenía una obsesión con esa película… *Un domingo cualquiera*. Salía Al Pacino diciendo que la vida se construye pulgada

a pulgada. La primera vez que lo escuchas, sientes que tiene razón. Sales al campo y juegas como si fueras de acero reforzado, como si nada pudiera detenerte. Pero cuando lo escuchas por décima vez…, bueno, cuanto más conoces algo, más fácil es que deje de importarte. Así que dejé de escuchar y me centré en mí mismo: abrochar y desabrochar, abrochar y desabrochar…

—¿Quieres decir que te aburre todo lo que conoces demasiado?

Rain me mira entonces, y su sonrisa es tirante, apenas un movimiento en sus labios.

—No, Corazón. Lo que estoy diciendo es que, si quieres olvidar un rato, lo mejor es hacer algo que no tenga sentido.

—¿Como besar a un fantasma? —se me ocurre decir, y Rain suelta una risotada, y es instintivo: la punzada entre las costillas, el retroceso.

—Por ejemplo.

Llegamos a Seattle cuando el sol ya empieza a bajar. Aparcamos en una calle tranquila, Thomas Street, al borde de South Lake Union, donde el aire se siente más fresco, casi húmedo. Las ventanas más altas de los edificios corporativos brillan con los últimos reflejos del sol, y las aceras están vacías excepto por alguna bicicleta que pasa rápido. Rain se ha puesto la camiseta de los Raiders que le regalé, negra, con el número treinta y nueve en tonos grises y blancos estampado en la espalda: usaba el número tres cuando jugaba, de pequeño, y se lo cambió al nueve en la universidad. Espero que se haya dado cuenta de ese detalle, aunque no hemos comentado nada.

Caminamos en silencio hasta una tienda de discos cerrada en la parte de la ciudad que parece más vieja, casi borrada, donde Ginger ya nos está esperando. Mantuvimos el contacto después del primer viaje, así que cuando supe que teníamos que pasar por Seattle una segunda vez (o tercera, si incluimos la del primer viaje de regreso), le escribí para que pudiéramos vernos un rato. Nos envolvemos en un abrazo un poco torpe, pero cargado de ganas, y entonces Ginger se sitúa en medio de los dos y tira de nuestros brazos para que la sigamos por otra calle.

—¡Qué bien se os ve, chicos! ¿Cómo va todo? —El entusiasmo se siente un poco forzado, pero reconfortante a su manera.

—Bien, empecé la universidad a principios de semana —le cuento —. Todavía no hemos dado gran cosa, pero temo que llegue el momento de discutir sobre economía internacional. Vesta se exalta demasiado en los debates. —Y añado una pequeña explicación sobre quién es mi mejor amiga, un poco de su vida, para que Ginger pueda entender por qué Rain se ríe de esa manera.

Ginger se suma a las risas, más discretamente, y se gira hacia Rain.

—¿Y tú? ¿Qué se te ha perdido en Vancouver esta vez?

Él se limita a señalarme con el lado de su cara que está perforado mientras saca un cigarrillo y se obliga a caminar más rápido. Todo a la vez. Este gesto puede significar tantas cosas… «Quiero ayudarla». O quizá: «Me siento obligado a ayudarla». Estirando el cuello como un pájaro acuático, Ginger consigue sacudirse el pelo de la cara y me observa, frunciendo ligeramente el ceño. Nunca le he contado lo que pasó con Rain ese último día, pero tampoco he negado que pudo haber pasado algo. Tiene que intuirlo, aun así. Supongo que se

pregunta por qué no estamos juntos de esa forma, por qué elegimos esta versión tan solitaria y extraña para estar el uno cerca del otro.

—¿Ib? —susurra mi nombre para que Rain no pueda oírnos, y seguimos con este juego de miradas. Me da la sensación de que Ginger necesita que le confirme algo que ni yo misma entiendo, así que me limito a agachar la cabeza y seguir el inestable avance que marca el ritmo de Rain. Ella cierra los ojos; es solo un instante, pero me parece que acaba de tomar una decisión que no le gusta y de la que, de algún modo, yo soy la única responsable—. Bueno, ya me contaréis qué tal a la vuelta. Podemos volver a quedar los cuatro.

—¿Los cuatro?

—Carley nos está esperando en el bar.

«Así que era eso». Miro por encima de Ginger para ver la reacción de Rain, pero su cara se mantiene impertérrita. Apenas me da tiempo a procesar las preguntas más básicas —qué hace aquí, por qué ha venido, qué está sintiendo Rain en realidad—, cuando Ginger nos suelta de repente, enfrente de una puerta de madera pesada con pequeños detalles de metal envejecido, que hemos llegado. Rain dice que se queda a fumar fuera, aunque el cigarrillo ya casi está acabado. Ginger y yo entramos, y al fondo del local vemos a Carley, sentada sola con una cerveza. Una luz entre roja y rosada cae sobre su pelo, dándole ese aire que siempre tiene: mitad encantador, mitad arrogante. Me sonríe, pero su mirada se va directamente por encima de mi hombro. No aparta los ojos de la puerta hasta que Rain entra. Se levanta y lo abraza más de lo necesario, y noto a Rain quedarse rígido por un segundo. Aun así, se sienta a su lado y pide una cerveza. Cuando le hago un gesto, medio en broma, advirtiéndole que luego tiene que conducir, él aparta la mirada y

resopla, y no sé quién de las dos se ha convertido en el inconveniente.

—Casarse te cambia la vida —empieza a contarnos Carley, acariciándose el dedo donde debería lucir el anillo—. En serio, tenéis que probarlo al menos una vez.

—O dos —bromea Rain.

Solo Carley se ríe antes de seguir hablando:

—Todavía no hemos podido irnos de luna de miel, Mike y yo. Es que está esperando una llamada importante. No puedo decir nada del equipo ni de los ceros del contrato…, pero se nos viene algo muy grande. Una oportunidad que no se puede dejar pasar —añade, y me recuerda a Annie, a las niñas de mi clase, cuando llegaba Navidad y presumían de la cantidad de regalos que tenían bajo el árbol. Nada más que de la cantidad.

—Espera esa llamada desde que lo conocí —me susurra Ginger, y creo que su intención es abrir una brecha, construir algo conmigo mientras Rain y Carley tienen su momento aparte, un firmamento desprendido, como sucedía en Vancouver.

Pero yo no quiero estar bajo otro cielo. No quiero quedarme solo en ese nivel en el que entiendes las intenciones de personas como Ginger. Quiero, si no pierdo el sentido de quién soy por el camino, poder ir y venir entre otras mentes, adoptar otras maneras de ver el mundo, aprender gestos y palabras hasta que nada pueda sorprenderme. Pero, claro, para eso tendría que dejar de ser yo misma. O quizá simplemente aprender a no serlo.

¿Eso es lo que le pasa a Rain? Veo cómo se inclina hacia Carley mientras ella le habla de su marido, de alguna polémica sin importancia mientras jugaba su último partido de béisbol. Su sonrisa

apenas cambia. El mismo gesto, la misma atención. Y no puedo evitar compararla con la manera de escucharme cuando le hablo de mis libros. Ese brillo en los ojos, como si quisiera llenarme de primeras veces. ¿Y si todo esto no es más que una actuación, pero también lo de ayer y lo de antes de ayer? ¿Y si lo único que hace Rain es cambiar el campo de juego? Cada vez que me confío, cada vez que pienso que esta vez será suficiente y seremos algo más definitivo, hace algo así. Me pide olvidar. Se encierra en sí mismo. Nos aleja. ¿Eso es todo? ¿Rain estaba ahí cuando no había nadie más, y ya está? Tal vez el problema soy yo, proyectando mis propias ideas sobre lo que los demás deberían querer. Tal vez la gente que no pide ser salvada ya ha hecho las paces con sus ruinas.

La mirada de lástima que me dedica Ginger habla por todas las mujeres del mundo cuando Rain y Carley se levantan para echar una partida de dardos. Es tan patético y, a la vez, tan sincero. Cómo Carley finge no saber jugar para que Rain se coloque detrás de ella, y sus huesos se busquen. El pub está lleno de gente, todo el mundo puede darse cuenta. Carley se ríe cuando se deja caer porque sabe que allí estará Rain para sujetarla. Somos tan diferentes, ella y yo. Pero a mí me esconde. «Solo estábamos hablando», le dijo Rain ese día, y un minuto antes, puede que menos, su boca estaba encima de la mía, prometiendo un «tal vez». Por lo tanto, esta es la verdad.

Rain no me quiere porque nadie más puede verlo.

Justo cuando llego al final de esta conclusión, Rain vuelve la cabeza y me mira. Sus pupilas chocan con las mías y se produce una especie de derrumbe.

—Lo siento —le digo a Ginger, y salgo corriendo del pub antes de que ninguno pueda ver las lágrimas, la decepción.

Oigo a Rain gritar mi nombre detrás de mí, pero no me detengo. El aire es más suave ahora, mientras la sombra de la noche cubre la calle, envolviendo las esquinas de la ciudad. Sigo corriendo, con las lágrimas resbalando por mi cara. Cada paso, una pulsación. Cada respiración, una ráfaga de calor que empuja algo dentro de mí. No debería sentirme así, pero el vacío se cuela en cada rincón de mi cuerpo, como si, de repente, estar sola tampoco fuera suficiente. Todo esto es tan confuso. Me paro con las rodillas como hacia atrás en una calle sin nombre, las manos en la cara para intentar contener este sollozo, que no para, que me trata como si fuera yo la herida, y entonces oigo mi nombre otra vez, pero cuando quiero salir corriendo de nuevo, ahí está Rain, abrazándome por la espalda. Puedo sentir el temblor de su pierna, y yo ya no sé quién sostiene a quién.

—No huyas de mí, por favor. Sabes que no puedo alcanzarte.

Me parte el corazón la vulnerabilidad en su voz, pero no puedo pensar en arreglar a los demás eternamente. ¿Quién se preocupa por mi corazón, si yo no lo hago primero?

—No sé a qué estás jugando, Rain —consigo decir a través de las lágrimas—. Por qué sientes la necesidad de jugar conmigo.

—Lo siento, Corazón. Lo siento mucho.

—Esto es lo que no quería —protesto bajito—. Que te apropiaras de ese nombre también. ¿Es que no te das cuenta de todo lo que somos juntos? Yo puedo verlo… ¿y tú no? —Otro brote de rabia. De frustración—. ¿En serio, Rain?

Estoy enfadada con él, pero también conmigo. Por permitir que el miedo de ser reemplazada se instalara en mí. Por haber vivido bajo

la sombra de un amor que nunca me perteneció, hasta olvidar que yo sí me pertenecía.

—Mierda, Ib, es que antes de que volvieras me hice tantas promesas a mí mismo…

—¿De qué estás hablando?

Rain afloja su agarre, pero no del todo, como si supiera que podría escaparme si no me mantiene cerca. Me doy la vuelta y nuestras frentes casi se tocan, su boca parece demasiado próxima, como si bastara un suspiro para alcanzarla. Pero lo que me paraliza son sus ojos. Nunca había visto a Rain así, tan hundido. Ni siquiera cuando éramos niños y las lágrimas parecían la única forma de sobrevivir a lo que creíamos definitivo.

—¿Tú… tú te acuerdas del chico que me partió la pierna y me dejó así?

—¿Y eso a qué viene ah…?

—Es la pareja de Carley. Su marido.

Acompaña cada palabra con un suspiro corto, como si el aire no le alcanzara del todo para terminar las frases. Sus hombros se encogen ligeramente, intentando desaparecer en su propia pausa, y su mirada titubea, moviéndose entre mis ojos y algún punto indefinido en el cielo. Parpadeo, confundida.

—No… no puede ser. Tú me dijiste que aquel chico se llamaba Clayton.

—Ese es su apellido. Carley lo llama por su nombre de pila, Mike. —Rain parece realmente angustiado ante mi silencio, así que se pasa la mano por el pelo antes de seguir hablando—: Sé que no crees en las coincidencias, pero, mierda, ¿cómo explicas esto? Cuando bajé a desayunar ese segundo día en Vancouver y me encontré con ella y

con sus amigas, solo pregunté por su futuro marido porque quería ser amable; tal vez ni eso. Supongo que buscaba hacer tiempo hasta que bajaras tú también, o que Carley me entretuviera para no pensar en lo capullo que había sido contigo el día anterior. Y cuando ella me dijo ese nombre y respondió a algunas preguntas que le hice…, pensé que iba a desmayarme ahí mismo, Ib.

—No puede ser —repito, totalmente bloqueada—. Tú eras jugador de fútbol americano y el marido de Carley juega a béisbol, lo hemos hablado muchas veces.

El gesto de Rain se crispa unos instantes cuando me escucha referirme a él en pasado.

—Estuve investigando. Tuvo una lesión poco después de que yo tuviera que abandonar el equipo. No tan grave como la mía, obvio, pero sí lo suficientemente importante como para obligarle a cambiar de disciplina. No te creas que es tan famoso, eh. Carley exagera.

Hace una pausa, como si lo que sigue estuviera anudado a su garganta. Cuando continúa, su tono cambia; es más bajo, más crudo:

—Pero eso no es importante, Ib. Lo que quiero que entiendas es que cuando descubrí que Carley estaba a punto de casarse con el hombre que jodió mi futuro… —Inspira con fuerza—, no pude controlarlo. Me vinieron a la cabeza todas esas cosas que pensé los primeros días, cuando la rehabilitación no daba resultado y empezaba a asimilar que nunca volvería a caminar recto o a correr. Al principio quería matarlo. Romperle las dos piernas. Que nadie pudiera corear su nombre jamás. Borrarle de mi vida, como él me borró a mí también. Pero después solo me sentí débil. Y humillado. Me prometí que si algún día tenía la oportunidad de vengarme de él,

lo haría de una forma que lo hiciera sentir igual. El dolor físico…, ese tiene remedio, pero el otro, el que se queda aquí… —se toca la sien con un dedo, apenas un roce—, ese no se va nunca.

Me fijo en el escalofrío que atraviesa sus dedos, en cómo se apresura a cerrarlos en un puño. A la gente siempre le tiemblan las manos cuando habla de las partes más oscuras de sí misma.

—Era un buen plan —dice, y suelta una risa amarga—. Quiero decir, se notaba que a Carley también le gustaba. Solo tenía que besarla, ¿sabes? Quizá acostarme con ella y que Clayton se enterara. De que había sido yo, el producto de su obsesión por el poder. De que había sido yo, el tullido, el cojo fracasado, quien había arruinado su matrimonio. La venganza estaba ahí, al alcance de la mano…

Rain se pasa una mano por la nuca, y el movimiento es lento, como si estuviera separando algo invisible entre los mechones. La sombra de sus palabras flota entre nosotros.

—Y entonces encontré una razón para no hacerlo —murmura.

—¿Cuál es esa razón?

—Tú.

Doy un paso atrás, no puedo evitarlo. Sus manos caen como si mi retroceso las hubiera empujado. Traga saliva y sus ojos buscan los míos, pero no da un paso hacia mí.

Yo tampoco me muevo.

—Rain, ¿qué estás diciendo?

—Yo… yo no quiero estar cerca de ti porque me sienta culpable, Ib. O débil. O porque busque reparar algún daño. Puede que muy al principio, mientras viajábamos o volvíamos a entrar lentamente el uno en la vida del otro. Pero después… —Se interrumpe como si las palabras correctas estuvieran bloqueadas bajo su lengua—. Joder, sé

que todavía tengo que explicarte muchas otras cosas. Pero merecías saber, ahora y no en ningún otro momento, que jamás me alejé de ti porque me gustara Carley. Eso habría sido fácil, rendirme a mi venganza. Pero tú nunca te has avergonzado al verme. —Niega con la cabeza antes de romper la distancia que nos separa y apretar su frente contra la mía—. Corazón, he rezado todos estos años sin saberlo para que volvieras. Si tengo que creer en algo, quiero que sea en nosotros.

—Rain… —Su aliento cálido me hace cosquillas, mis manos se mueven solas hasta encontrar su cara y arroparla con los dedos.

—Dime que no te parezco una mala persona, por favor.

Cierro los ojos. Bajo las intenciones de Rain puedo ver algo más: el deseo de herir; a otro, sí, pero sobre todo a sí mismo. Es curioso cómo el rencor nos encadena al pasado, cómo convierte el dolor en un lugar al que volvemos casi por instinto. ¿Puedo culparle por buscar una salida para dejar de sentirse atrapado? ¿No hacemos todos algo parecido, a nuestra manera? Tal vez si yo hubiera crecido creyendo que era un monstruo, también habría querido comportarme como uno. Quizá solo por encontrar algo de equilibrio, por hallar un rincón donde no doliera tanto ser lo que los otros piensan que eres. Un lugar en el que sentirse a salvo.

Así que sí, puedo entenderlo. Pero…

—Tienes que hablar con Carley y explicárselo todo, Rain.

Él asiente y su cuerpo entero suspira de alivio.

—Lo haré. Cuando volvamos de Vancouver.

—¿Por qué no me lo habías contado antes? Lo habría entendido.

Nuestras miradas hablan primero.

—Porque solo pensaba en construir una vida de la que no quisiera huir —murmura, y yo le abrazo más fuerte.

Y nos quedamos así, derrumbados, el uno sobre el otro. Un bello y frágil instante. Nuestro instante. A la vista de todos.

30

Conducimos las dos horas largas que nos quedan hacia Vancouver en un silencio que tiene una cualidad suave: es el silencio de haber pasado algo difícil y seguir aquí, juntos, respirando el mismo aire, como si eso fuera suficiente por ahora.

Ginger me escribe para pedirme disculpas. Insiste en su lealtad hacia Carley, y me asegura que si le hubiera contado que Rain me gustaba, habría actuado de otra manera muy diferente. No dice cuál, y yo no tengo fuerzas para responderle ahora. Como viene siendo habitual, el enfado no me dura mucho tiempo, aunque empiezo a entender a la gente que prioriza las emociones a las personas: es muy duro estar continuamente pendiente de las necesidades de los demás. Procurar entenderlas y respetarlas a menudo supone colocarlas por encima de las tuyas. Pero si yo puedo hacerlo, ¿por qué la gente no se esfuerza tanto? No es que yo sea mejor que el resto, pero en este momento no puedo evitar preguntarme para qué sirve vivir adelantada, si siempre me voy a sentir culpable. Creo que cada uno funciona según sus temores, según los temores de sus padres. Sirva como ejemplo lo que me ha contado Rain. A veces se me escapa una lágrima rebelde, cuando la oscuridad del horizonte me devuelve la mirada y pienso en cómo se tuvo que sentir para llegar al extremo de aliviar su odio con más odio, de estar dispuesto

a perder algo bueno con tal de seguir alimentando esa horrible forma de verse a sí mismo, y entonces Rain reduce la velocidad para secarme la mejilla con una mano temblorosa. Ese frágil gesto es lo único a lo que puedo aferrarme, lo único que me devuelve la confianza en él. En nosotros.

Para cuando llegamos a Vancouver, ha repetido el gesto tantas veces que me siento mucho más calmada. Creo que Rain debe saberlo. Todos lo han sabido siempre, que mi amor tiene su fuerza en la repetición.

—¡Pensaba que ya no vendríais! —Nolan nos saluda con un bostezo y un ojo medio cerrado cuando entramos en el hostal.

—Perdona, hemos tenido algunas complicaciones —respondo, agachándome para acariciar a Nostradamus, que prácticamente ha saltado del mostrador al oír mi voz.

—Se os ha olvidado que antes de abrir este negocio era camionero, ¿eh? Sé bien lo que supone tener un viaje largo por la carretera…, todo es una excusa para pararse cuando piensas en hablar con alguien —dice, y sonrío ante su tono desenvuelto y divertido.

Me levanto cuando el perro parece cansado de recibir mimos y veo a Nolan rebuscar en los cajones, murmurando algo que suena como a «*merde*». Se frota entonces la barba, satisfecho, pone la cara que ponemos todos cuando encontramos el calcetín que se había perdido, y nos tiende una llave de latón.

—Al fondo del pasillo de la primera planta, dejando atrás el baño, hay una habitación doble. Es vuestra. Me he asegurado de que estuviera libre esta noche.

—Oh, no. No, no. —Niego con la boca, con las manos y con la cabeza, y si pudiera negar con los pies, también lo haría—. Dormiremos separados, como la otra vez.

Busco la aprobación de Rain con la mirada; espero encontrarme una pequeña sonrisa de alivio. Sin embargo, está cabizbajo y sus labios se mantienen apretados, indecisos. Parece un ángel caído, pienso, aunque sé que él odiaría esta comparación.

—Como queráis, ¿eh? —Nolan guarda la llave y señala las escaleras, como animándonos a dejar lo que sea que tengamos pendiente para el desayuno.

Es un buen consejo. Le deseamos que pase una buena noche y la mejor de las noches a Nostradamus y subimos a nuestras antiguas habitaciones. El crujido de la madera bajo nuestros pies tiene algo casi teatral, como una queja que nadie espera que se tome en serio. El aire parece suspendido y no tiene un único aroma reconocible; me recuerda al interior de una tienda de campaña. Los ojos de las máscaras talladas de las paredes nos siguen con la misma indiferencia de siempre, y solo entonces permito que mi respiración haga un poco de ruido. No sé explicarlo; hay una tranquilidad casi secreta en las cosas que no cambian, como si al quedarse en un mismo lugar nos permitieran respirar dentro de ellas, sin pedir nada a cambio. Pasa algo parecido con las personas, o de eso me han convencido los libros.

De la habitación de las chicas no me llega ningún sonido; me gustaría pensar que está vacía, aunque la puerta está cerrada. Apoyo la mano en el picaporte. El frío dulcifica mi ansiedad, la hace más manejable.

—Buenas noches, Rain —murmuro, y me giro para mirarlo una última vez.

Él ni siquiera se ha molestado en acercarse a su cuarto. Está quieto, con las manos detrás de la espalda, de pie en medio del pasillo, tan solo iluminado por la luz que entra desde las ventanas; alguien ha retirado las cortinas, y la luz de las farolas podría compararse con la de alguna estrella recién nacida.

—Buenas noches, Ib.

Arrastra mi nombre por sus labios, y no puedo evitar preguntarme cómo sería volver a caer en esa trampa, revivir un paréntesis que nos enrede en el tiempo, en la geografía de su cuerpo sobre el mío. Pero luego, ¿qué? Cuando ya no quede nada nuevo que inventar, ¿quién reparará el daño? Tal vez lo único que me aterra más que dejar pasar esta posibilidad es que él también lo haga. Que, por culpa de mi indecisión y mi lenguaje contradictorio, lo que siento por Rain se quede atrapado entre una costilla y otra, como una luciérnaga, brillando y condicionando el resto de mi vida, como sucedió cuando tenía dieciséis años. Siempre se trató de Rain, pero el miedo y la inseguridad no me dejaron verlo.

Ahora entiendo lo que quiere decir la gente cuando te anima a volver a intentar algo, lo que sea. El pulso acelerado. Los ojos muy abiertos, como si vieran un mundo nuevo. ¿Y si sale bien?

Rain sonríe lentamente al ver que no me he movido. La oscuridad acentúa sus rasgos y les confiere un aire etéreo, casi divino. Solo dudo unos segundos antes de acercarme a él, y porque quiero comprobar de qué color son sus ojos: tengo la teoría de que el Rain de ojos verdes es más honesto, y el de ojos marrones, más frío. Él me observa entre curioso y divertido al ver cómo escudriño su

rostro; cuando distingo un destello verde entre las sombras, le envuelvo la cara con las manos y la aproximo a la mía, esperando un rechazo que nunca llega. Rain me besa como si llevara horas planeándolo. La manera en la que me agarra por el cuello, reclamando mi boca con tanta ansiedad que nuestros dientes chocan, mi sonrisa y su gruñido. Es un beso en el que podría quedarme a vivir una temporada, o quizá todas las estaciones, y la sensación de no saber qué será de nosotros cuando pase este momento desaparece y solo queda esa clase de felicidad, la felicidad de estar bajo una lluvia cálida y frágil.

—Tengo suerte —murmura cuando nos separamos lo justo para respirar y no ahogarnos—. Tengo suerte de haberte visto primero. Con un parón de cinco años, pero…

—No entiendo lo que quieres decir.

—Déjame demostrártelo.

Y vuelve a besarme, y esta vez puedo sentir algo distinto que Rain me entrega, como si a su paso por el mundo no se hubiera dejado nada, pero hubiera estado reservando el brillo que ha mencionado tantas veces: el brillo del primer beso, de la primera ilusión, de las primeras promesas, la desesperación de un recuerdo especial e irrepetible, todo eso y más que él me entrega y que yo recibo ahora, en este pasillo oscuro. Cierro los ojos, conmovida, casi arañando su piel, allí donde mis manos caen en un intento por no perder el equilibrio. Demostrándole a mi manera, torpemente, que yo también esperaba esto. Que su amistad ha sido la primera vez de todas mis primeras veces. Que a pesar de todo lo que hemos sufrido, de todo lo que nos falta por arreglar, esto no puede fingirse.

Si el dolor empuja al corazón a buscar una salida, este beso debería ser la razón para quedarse.

—Necesito más —susurra Rain, y sus dedos se desplazan debajo de mi camiseta, por la piel de mi espalda, incontrolables, y yo suspiro de la impaciencia.

—Qué tonta he sido al rechazar la habitación. Quizá cuando volvamos…

Entonces oímos el sonido inconfundible de unas pisadas, y apenas nos da tiempo a separarnos cuando distinguimos las orejas grises de Nostradamus asomando por las escaleras, la forma sencilla y tonta que tiene de sacar la lengua al aproximarse a nosotros, esperando una caricia que no llega.

—Aquí no hay huesos para ti, viejo. —Rain se pasa una mano por el pelo; el eco frustrado de su voz apenas altera a Nostradamus, que se tumba entre mis piernas y me mira, a ver si tiene más suerte.

—Pero qué morro tienes… —Me inclino para acariciarle, y entonces distingo un destello en su collar que no estaba ahí antes—. Rain…, este perro tiene una llave atada al cuello.

—¿Qué? —Cuando me incorporo y le muestro la llave de latón, Rain tiene que taparse la boca con la camiseta para controlar el volumen de su risa—. No puedo creerlo. Menudo genio, este Nolan.

—Qué vergüenza…

—No lo pienses, ¿recuerdas?

Rain me da un beso, corto y fugaz, antes de cogerme de la mano y tirar de mí para que lo siga al fondo del pasillo. El perro se queda atrás, indiferente. Solo somos él y yo, en pleno intercambio: él vuelve a reírse, yo le beso para que se calle. Sus labios resbalan por mi cuello mientras peleo con la llave para abrir la puerta, yo susurro

su nombre hasta que cede, y entonces Rain me empuja con suavidad hacia el interior de la habitación.

—¿Luz encendida o apagada? —me pregunta.

—Encendida.

—Menos mal. —Puedo sentir cómo sonríe.

Intento dominar la expectación cuando enciende la luz y veo que sus ojos, al igual que los míos, buscan dónde está la cama. La habitación no tiene mucho más: la cama de matrimonio, un armario de madera maciza en un lado, la ventana al otro y un escritorio encajonado en el espacio que queda. Huele a tabaco, pero quizá es el olor de Rain, que no separa su rostro del mío mientras nos tumbamos sobre las sábanas blancas. Parpadeo, nerviosa.

—Me gustaría que habláramos, Rain. Mientras hacemos…, ya sabes.

Rain asiente, y entonces su boca se ajusta a la mía como si hubiera encontrado un ritmo perfecto, lento y deliberado. Se mueven juntos, nuestros labios; se rozan como si quisieran explorar cada textura, cada borde. Con una mano me acaricia la mandíbula, su pulgar dibujando un semicírculo junto a la comisura de mi boca, mientras mi cuerpo se inclina instintivamente hacia el suyo. La piel de su cara apenas toca la mía, pero es suficiente para que el calor de su aliento me envuelva cuando saco la lengua y presiono la perforación de su labio. Rain gime, el espacio entre nosotros es apenas una fina línea de fricción, un lenguaje que se escribe con roces y una respiración compartida y profunda. Noto el leve rastro de humedad cuando su lengua vuelve a tocarme, y mis manos se mueven hacia el borde de mi camiseta y se quedan ahí.

—¿Te ayudo? —Su voz suena ronca, y yo me estremezco de anticipación.

—Sí, por favor.

Rain se tumba a mi lado, y yo me incorporo con los codos hasta quedar sentada. Me levanta la camiseta para que yo pueda terminar de sacármela por la cabeza, entre suspiro y suspiro. La tiro al suelo mientras él deposita un beso tras otro en la piel de mi espalda; su lengua traza un surco por toda mi columna provocando que me estire, que me rice sobre mí misma, y cuando sus dedos consiguen desabrocharme el sujetador, lo dejo en el suelo junto a la camiseta. Noto su aliento como a saltos cuando se ríe, y yo me cubro con las manos, nerviosa de pronto.

—¿De qué te ríes? ¿Te parece…, te parece poco?

—Me hace gracia que sigas siendo tan educada en una situación como esta —responde, todavía con la boca pegada a ese territorio de mi piel entre la espalda y el abdomen. Desde aquí solo veo su pelo, desordenado y oscuro—. Y respondiendo a tu segunda pregunta…, creo que siempre me vas a saber a poco, pero no porque a ti te falte de nada.

—Bueno.

Vuelvo a tumbarme, con las manos ya en los costados. Me resisto a cerrar los ojos cuando Rain se coloca encima de mí, pasándose la lengua por los labios. Le falta el aliento, pero sonríe cuando sus ojos se dirigen a mi vientre y después, lentamente, ascienden hasta detenerse en mis pechos lo que parece una pequeña eternidad; he empezado a retorcerme, a sentir y a pensar demasiado, y entonces Rain me sujeta con su mano extendida y suelta un simple y sentido:

—Perfecta.

Esa mano escala, sin previo aviso; comienza a tocarme, a pellizcarme, y yo suelto el aire entre los dientes apretados y me retuerzo, presa de una alteración placentera e incontrolable. Rain podría cubrir mis dos pechos con una sola mano, pero eso no me preocupa, aunque con otros chicos sí que lo hacía. Tengo la mente extrañamente vacía otra vez, y es una sensación de pérdida maravillosa cuando él agacha la cabeza para besarme y sigue jugando con las manos, estirando y soltando mis pezones hasta que se ponen duros, y entonces baja hasta la cinturilla de los vaqueros. Escucho el sonido de la cremallera, y de pronto mis piernas se mueven con mucha más libertad, desnudas, besadas por un aire resbaladizo. Dejo de aferrarme a las sábanas y sujeto la cara de Rain, mis labios resbalan por su mandíbula.

—Me gustaría que te desnudaras tú también —le susurro, y la presión en la habitación cambia. Se vuelve más alta, como si estuviéramos esperando para saltar desde un acantilado.

Rain me mira y traga saliva.

—Nunca he estado con chicas desde el accidente. Es decir, solo con Bonnie, porque con ella tenía confianza desde mucho antes y odio no poder esconder la cicatriz. No sentirme normal, ¿sabes?

—Rain, ya eres normal —respondo, pulsando cada centímetro de sus labios con mis dedos—. Todos tenemos cicatrices, solo que algunos tienen más suerte y las llevan por dentro. Eres normal —le repito, y Rain cierra los ojos y se deja caer contra mi mano, hasta que la besa. Parezco rara, porque este momento me excita casi tanto como lo que hemos hecho hasta ahora.

Cuando se tumba y me cede el control, adopta una postura de rendición que me ocupo de borrar mediante besos y caricias por

debajo de la ropa. Hasta que su cuerpo no se relaja, hasta que no vuelve a dedicarme una de sus sonrisas ladeadas, no le ayudo a quitarse la camiseta y los pantalones. Lo siento como si desnudara algo más, como si ya no pudiéramos ni quisiéramos volver atrás. Observo su cuerpo esbelto, trabajado, los tatuajes a un lado y la cicatriz al otro. La antigua herida recorre su pierna como un trazo de tiza apenas borrado. Es gruesa, y la piel parece diferente, más pálida y tensa. Un pequeño cambio en el paisaje de su cuerpo, como si hubiera un lápiz debajo, y en el lado contrario, los tatuajes del brazo y de la pierna.

—¿Por qué solo te tatuaste en un lado?

—Es mi lado bonito.

—¿Y el otro?

—El recordatorio —murmura.

—Oh, Rain.

Pero ahora, que apenas nos separa la tela de nuestra ropa interior, no hay espacio para la tristeza. Rain me lo deja claro cuando me aprieta contra él y me muerde el labio inferior mientras se clava en mí, y yo ahogo una exclamación al sentir su dureza.

—¿Aún quieres seguir hablando? —me pregunta, malicioso.

—Hablemos hasta que nos fallen las fuerzas —murmuro.

—Te aviso que voy a aplicarme bastante.

Sus manos se cuelan bajo el elástico de mis bragas y me acaricia. Cierro los ojos unos segundos, los suficientes como para perderme en esta electricidad que brota de mi punto más sensible, y muevo la mano para imitarlo. Rain me besa con fuerza cuando empiezo a tocarlo también, de arriba abajo, dentro de los calzoncillos. El colgante se sacude frenético de una piel a otra, mientras respiramos

con dificultad y nos acariciamos mutuamente. No sé quién es el primero en gemir el nombre del otro, en sentir que su interior se deshace entre las llamas de un fuego que no quema, que solo arde por la anticipación, pero Rain termina cediendo a ese instinto. Se separa de mí, promete que solo será un segundo, y yo protesto bajito al contar más de cinco mientras le veo inclinarse sobre el suelo para coger un preservativo de sus vaqueros.

Su boca se arrastra hacia mi cuello y de regreso a mis labios cuando se tumba a mi lado de nuevo.

—Tan impaciente… —murmura, y yo me estremezco al sentir el ardor y la dulzura de la desesperación en su voz—. ¿No dices nada?

—Sí. No. No sé.

Nos desnudamos por completo, entre pequeñas risas. Rain me besa y habla contra mis labios:

—¿Podrías ponerte encima?

La perspectiva de dominar el encuentro…, de dominar a Rain… Trago saliva.

—Pero…

—Es menos cansado para mi pierna. —Me aparta el pelo de la cara con suavidad, sin dejar de besarme—. Pero la principal razón es que quiero verte todo el tiempo, lo que duremos.

Parece más sincero que nunca, y yo me hago eco del mismo sentimiento. Nos damos un beso un poco más profundo, y entonces me coloco encima de él mientras se pone el condón con rapidez, con experiencia. Sus manos se aferran a mis caderas, y lo hacen de una forma suave y feroz a la vez, con sus dedos clavados como pequeñas promesas de salvación. Apenas me da tiempo a pensar, a prepararme, cuando Rain se entierra en mi interior con un solo

movimiento. Estiro la espalda, suelto un jadeo de sorpresa y placer, y siento una ligera molestia que no tarda en verse sustituida por un calor concentrado en la zona baja de mi vientre cuando empiezo a moverme sobre él. La habitación palpita a mi alrededor, Rain resbala dentro de mí una y otra vez con implacable agilidad. Jadea, se muerde el labio mientras me mira. Esa visión, esa devoción, cómo olvidarla. Cómo salvarnos después de esto.

—Sigue así, me encantas —masculla Rain, apretando sus caderas contra las mías como si no pudiera soportar estar más de unos segundos sin escucharme gemir—. No pares, por favor.

—¿Quién está siendo excesivamente educado ahora? —Reímos, y entonces él me aprieta los pechos y mi voz pierde fuerza—. ¿Puedes decirlo otra vez?

—¿Por favor?

—No, lo otro.

—Me encantas, Corazón. Me encantas. —Suspira, y yo me dejo caer más y más rápido.

Cada vez me cuesta más mantener los ojos abiertos. El placer es tan inmediato que me recorre en oleadas apremiantes; Rain tenía razón con eso de que soy una impaciente, porque cuando veo cómo los rasgos cincelados de su cara se contraen, aumento el ritmo en lugar de ir más despacio. Me avisa de que quiere terminar, si no me importa. Yo le pido que lo haga, y se lo repito hasta que sus movimientos se vuelven más difíciles de acompasar, y el orgasmo llega para él. Empujo un poco más, rascando estallidos, y entonces Rain se incorpora y me frota con los dedos hasta que yo también alcanzo el orgasmo. Su boca absorbe mis gritos, mi cuerpo se contrae como si estuviera a punto de romperse; el placer llega

cuando no me resisto. Entonces me desplomo, la nariz enterrada en su cuello.

—Tengo que dejar de fumar o no podré seguirte el ritmo la próxima vez —bromea con la respiración acelerada, y se tumba sobre la cama, arrastrándome a mí con él.

No digo nada, abandonada como estoy a la contemplación del que fue mi mejor amigo. El pelo negro y el sudor acumulado en la frente, en la punta de la nariz. Los tatuajes en un solo brazo: pájaros en pleno vuelo, un dos de tréboles, la letra de una canción que tuvo que significar algo, un escorpión, la banda negra y gruesa arriba del codo, y más tatuajes que no consigo ver porque me está acariciando la espalda. Me recuesto sobre su pecho pensando en números. En los dieciséis años que crecimos juntos, en los cinco años que vivimos por separado, en el último mes que ha mezclado como en una coctelera ambos tiempos y ha servido en un vaso algo meloso y efervescente, desconocido y tentador. Quizá lo que tenemos se parece más a una constante matemática. Quizá el amor, de la clase que sea, también puede abandonarse, pero florece si ambas personas lo riegan.

—Rain. —No consigo silenciar el susurro de mi corazón que dice su nombre como si fuera algo prohibido, y él me mira, adormilado—. Seguimos aquí, ¿verdad?

—Seguimos aquí, Ib.

Siento cómo su sonrisa se apaga lentamente sobre mi pelo antes de quedarse dormido.

31

—Rain, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Si vuelves a preguntarme que si me arrepiento de lo de anoche, te voy a dar la misma respuesta.

—¿Y cuál es?

Rain suspira y me besa en la sien.

—Solo me arrepiento de haberme dormido yo primero.

Asiento, satisfecha y sonriente. Caminamos por Vancouver, con los pulgares entrelazados, en dirección al Eastside. Por fin me siento protagonista de una historia en lugar de darle vida en la pantalla de un ordenador o en las líneas de una libreta, y es una sensación tan rara y extrema. Imaginar el amor y vivirlo son dos cosas muy distintas, aunque comparten el mismo núcleo violento e incandescente: el miedo a que algo microscópico haga que ese amor se derrumbe, un fallo de estructura indetectable hasta que ya es demasiado tarde y se pierde una vida, o las dos.

Después de que Rain y yo nos acostáramos y amaneciéramos por la mañana sin fingir que debíamos estar en otro lugar o con otra persona, el mundo y sus decisiones son sencillas y, a la vez, las cubre una nueva capa de complejidad que me impide disfrutar del todo, como cuando esta mañana Rain apoyaba una mano en mi pierna mientras desayunábamos o insistía para que compartiéramos

un *scone* en un tono excesivamente cariñoso e infantil. Pienso en mis padres, y luego veo a mi madre sola y a mi padre siendo otra persona con una mujer diferente. ¿Quién fue real y quién fue el impostor? ¿O el amor puede hacer daño y aun así mantener su derecho a ser llamado «amor»? ¿Dónde está el límite? Rain no se ha tomado su antidepresivo hoy; ¿se siente bien o ya está esperando la caída? Lo que pasó ayer no puede fingirse, pero ¿y todo lo demás? Bajo el cielo soleado y una débil ráfaga de aire con aroma a sal, con su chaqueta de béisbol sobre mis hombros y un leve aturdimiento cada vez que nos besamos sin que yo se lo pida, la inseguridad hace su aparición bajo una apariencia mucho más calmada; es como tener una herida que sabes que estás cuidando junto a alguien más.

—Rain. —Vuelvo a pronunciar su nombre cuando dejamos atrás la calle principal y Vancouver se convierte en un conjunto de aceras estrechas y árboles inclinados—. ¿No te parece raro lo dispuesto que está el ser humano a entregar parte de su oscuridad a otro ser humano y luego a lavarse las manos? —Rain me observa con atención, y yo clavo la mirada en las hojas que han comenzado a caer de los árboles, concentrada en no pisarlas—. Tú lo definiste muy bien en aquella ocasión: hay diferencia entre sexo y amor, como también la hay entre ansiedad y hambre, expectativas y realidad. Supongo que con esto quiero decirte que no te sientas presionado, que no me debes nada.

—Pensaba que lo habíamos dejado todo aclarado anoche —responde socarrón, con voz sugerente, y me sonrojo al imaginar en lo que está pensando.

—Rain, estoy hablando en serio. ¿Qué necesitas? ¿Una amiga o… o algo más?

—¿Mi respuesta va a provocar que me sueltes la mano de repente? —me pregunta, y me cuesta distinguir si la idea le enfada o le infunde el mismo miedo que a mí.

—No creo que lo haga. Pero deberías arriesgarte. —Me aparto el flequillo de los ojos para mirarlo—. ¿Cómo se llama esa jugada en la que otro jugador finge empezar una carrera y después te devuelve el balón con un pase largo…? ¡Ya me acuerdo! *Flea flicker* —exclamo, y Rain me sonríe con añoranza.

—Me encantaba hacerla para engañar a la defensa.

—Piensa qué responderías si quisieras engañar así al miedo —le propongo—. No a ti mismo. Al miedo.

Se queda callado entonces, y cuando habla, lo hace con la misma voz que utilizaba para pronunciar sus oraciones antes de acostarse:

—De momento, tal y como estamos, me parece suficiente.

«Pero no siempre estamos aquí, Rain». Me obligo a asentir y a dedicarle una sonrisa torcida.

—Vale.

El aire se arremolina en mi pecho como si no pudiera encontrar la salida cuando al final de la calle atisbo el mural de la chica y su corazón de cerezo. Me sudan las manos cuando nos detenemos frente al edificio en el que vive la hermana secreta de mi madre. «Mi tía», recuerdo de pronto, y la inquietud se multiplica por todo mi sistema nervioso.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —Rain saca un cigarrillo y se apoya contra la fachada. Parece nervioso.

—Creo que va a ser lo suficientemente incómodo para las dos como para añadirle otro elemento externo más.

—¿Me acabas de llamar «elemento externo»?

Me río y me inclino para darle un beso rápido, pero él me sujeta por las solapas de su chaqueta para que no me escape.

—El «más», Rain, que no se te olvide ese «más».

—Te perdono todos tus pecados —dice con solemnidad, deslizando su pulgar por mi frente con un aire teatral y ocurrente que me hace sospechar que en sus respuestas anteriores había más fe y recuerdos de lo que pensaba—. Te espero aquí. Llama, grita si me necesitas —bromea con la canción de *Kim Possible*, la serie que siempre veíamos cuando volvíamos del colegio los miércoles. Me pego a su cuerpo para darle otro beso, y su voz desciende, casi como un instrumento grave, cuando estalla contra mi boca—: Impaciente.

Me separo de Rain con un gran esfuerzo y entro sola al edificio. Solo ha pasado un mes desde que estuve aquí, pero su aspecto me parece aún más desangelado. De los buzones han desaparecido un par de nombres, pero respiro con alivio al comprobar que el letrerito que reza «Mona Trembley» sigue ahí. Subo las escaleras con una especie de titubeo ansioso, mis dedos acarician la barandilla al igual que acariciaron la cicatriz de Rain anoche: quiero alargar el momento, pero temo que el momento reclame algo dentro de mí, tal vez una emoción equivocada o demasiado difícil de rodear. Cuando llego a la última planta, siento que estoy haciendo malabares con cosas que no sé cómo sostener, pero no puedo dejar que ninguna se caiga. Tengo que conseguir que esta mujer hable conmigo, tengo que despertar a mi madre, tengo que buscar un futuro para Rain.

Con las manos apretadas y el pulgar hacia dentro, llamo a la puerta del piso de Mona. Nadie responde, y experimento una especie de *déjà vu*. Vuelvo a llamar, más fuerte esta vez; me muerdo

el labio cuando noto el crujido del pulgar. No se escucha nada, el apartamento parece amo y señor de este silencio opresivo y decadente, y estoy pensando qué se supone que voy a hacer ahora, cómo voy a seguir sosteniendo el peso de una vida sin respuestas, cuando la puerta se abre de un golpe seco y aparece una mujer en el umbral.

—No espero visitas —me suelta. Su voz es seria, su gesto es serio y su forma de vestir, con prendas de corte clásico y líneas limpias, también es seria.

Respiro hondo, sin dejarme intimidar.

—Estoy buscando a Mona Trembley.

—¿Qué quieres?

—Verás, me llamo Ib y soy…

—¿Quién? —me interrumpe, y sus ojos marrones se abren como si se sintiera amenazada—. ¿Qué has dicho?

—Ib. Me llamo Ib Taylor Jones —repito. No me gusta el tono tembloroso de mi voz, que sepa que su reacción me ha asustado; me da la sensación de que esta mujer se aprovecha de la fragilidad cuando la ve—. Soy la hija de Nailah. Tu hermana.

—Yo no tengo ninguna hermana. —Sus palabras esconden un dolor mezclado con una rabia difícil de pasar por alto.

—La mujer de la asociación en la que mi madre colaboraba cuando era joven no dice lo mismo.

—Así que era verdad que había dos mocosos preguntando por mí… —masculla, pero no añade nada más.

Mona se limita a observarme como si fuera un espécimen caído de otra galaxia, deteniéndose en aquellas partes de mí, supongo, que le recuerdan a mi madre: la boca, la forma como hundida y delgada

del cuello, el color hegemónico del pelo, que es como el revoloteo de una noche fría sobre las hojas de los árboles en otoño. Luego se inclina para mirar el rellano, el hueco de las escaleras, como buscando a esa segunda persona. Parece satisfecha al encontrárselo todo vacío. Después abre la puerta y me hace un gesto brusco.

—Entra.

No sé si es una buena idea. Los documentales sobre sucesos trágicos o criminales dirían que no, desde luego, pero yo solo pienso en ayudar a mi madre. Es como una doctrina que me aleja de cualquier rastro de sentido común. Supongo que así tuvo que sentirse Rain cuando se debatió entre revelar mi secreto a sus padres o callarse y vivir con la duda, y si todavía quedaba una parte de mí sin perdonarle, desaparece por completo cuando entro en el apartamento y Mona cierra la puerta tras de mí. Es de un tamaño parecido al que compartimos Vesta y yo, solo que su aspecto es mucho más descuidado y está medio vacío. Me recuerda a los pisos de mis amigos a la mañana siguiente de una fiesta, aunque aquí no parece que venga mucha gente. En silencio, Mona me conduce a un pequeño salón. Toda la casa huele a humedad, a humedad y a comida caducada, y nos sentamos en dos sillas medio rotas sin que me ofrezca nada de beber, la una frente a la otra, después de que me quite la bomber de Rain y la deje sobre el respaldo. No hay mesa de por medio, solo envoltorios de plástico vacíos y restos de barro y suciedad, y de pronto la imagen de esta mujer abalanzándose sobre mí con las manos retorcidas como garras hace que se me seque la boca.

—¿Puedes repetirme tu nombre? —La voz le sale dulce y tímida, y a la vez, oscura y ansiosa—. Completo.

Pellizco el colgante para calmarme como si fuera mi verdadero corazón.

—Ib Taylor Jones.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Nailah ha venido contigo?

—No.

Me siento como en un examen de la universidad, dando respuestas cortas, sin profundizar mucho en nada, vigilada por una profesora exigente de la que conozco poco más que su nombre. ¿Qué sé de esta mujer en realidad? La luz del día, cristalina en sus inicios y salpicada de motas de polvo a medida que se acerca para rozarnos, ilumina su rostro, y yo la observo con atención. Quiero creer que si nos hubiéramos cruzado antes, un día cualquiera en un lugar cualquiera, me habría detenido más de un segundo en la forma ovalada de su rostro, en sus rizos y sus ojos oscuros, en el tabique de la nariz, que sobresale ligeramente desde el comienzo hasta la mitad con la punta muy ancha, como el de mi madre, como el mío. Pero quizá estos detalles significan algo solo ahora que conozco el lazo de sangre que nos une. Mona se agarra la rodilla con las dos manos tras una pequeña pausa en la que parece haber resuelto algo que solo ella podía ver, y me lanza la pregunta definitiva:

—¿Qué haces aquí?

Podría dar muchas respuestas, y todas serían correctas, pero sería como llenar un vaso de agua gota a gota, en lugar de vaciar la jarra en el vaso con firmeza y precisión y detenerse cuando toca. Así que

respondo, con la espalda recta y la respiración convertida en un fino silbido entre pausas:

—Mi madre soñaba con un cerezo.

Y le hablo del intento de suicidio, de su internamiento en el centro, de la venta del piso en el que vivíamos juntas en Carson City, del diario en el que relataba su primer amor con Jackson, el billete de tren y la fotografía como voluntaria, del primer viaje a Vancouver hace un mes, donde supe de su existencia y de cómo el cerezo me guio hasta aquí. Y el telón de fondo, los motivos de hacer algo tan estúpido o tan sincero: ayudar a mi madre. Y también aliviar esta culpa, pero eso no se lo digo.

Mona me escucha sin interrumpirme, la expresión inalterable durante todo el relato.

—¿Qué haces aquí?

Repite la pregunta como si los últimos minutos no se hubieran producido. Frunzo el ceño.

—Ya te lo he dicho. Mi madre no está bien.

—¿Por qué debería importarme? —Suelta un bufido, gira la cara—. Nailah era una egoísta y una aprovechada.

—¿Perdona?

—¿Te ha contado lo que hizo? ¿Lo que me hizo? —Su perfil montañoso se estremece cuando cierra los ojos. Puedo sentir su rabia desde aquí, y la madera de la silla protesta cuando me reclino intensamente hacia atrás—. ¿Qué te ha contado? Así terminamos antes.

—Pues… que vuestros padres están muertos.

—Y bien enterrados. —Tras escupir estas palabras, se vuelve hacia mí y suelta una risa seca, hueca, vacía como el pequeño salón y el

resto de sus gestos—. ¿Qué te pasa? ¿Acaso no quieres conocer la historia completa?

—Eh…, ¿sí?

—¿Puedes pagar por ella?

—Bueno, me he gastado mucho dinero con estos viajes, pero seguro que puedo hacer algo.

Me encojo mientras hablo, y entonces su mirada se estrecha, como si pudiera oler mi desesperación y le pareciera repugnante.

—Te pareces tanto a ella que resulta patético.

—No… no es justo. —Cierro los ojos, me tiemblan un poquito las manos y noto las palmas frías—. Mi madre solo quiere lo mejor para mí.

«Aunque eso ha provocado que se convierta en lo peor».

Mona me observa unos segundos, quizá esperando a que ese pensamiento se materialice de alguna manera. A través de mi boca mediante esas mismas palabras, o de la decisión impulsiva de salir de este apartamento y no volver. Al ver que no digo nada, se sienta de tal manera que el pelo nunca le cae por delante de los hombros. Mira a mi derecha, a un macetero que contiene restos de tierra apelmazada, sin brotes, pensando tal vez en el día que hubo una planta, que hubo vida, aunque fuera poca.

—La mujer que me parió tuvo muchos nombres, pero nunca se mereció uno menos que el de «mamá» —empieza a contarme, sin apartar la mirada del macetero—. Desde que nos expulsó de sus entrañas, todo fueron delirios y promesas que se interrumpían unas a otras. Emigró a Vancouver desde Egipto, huyendo de una situación injusta para meterse en otra peor. Se puso a salir con el primer joven canadiense que encontró; al principio nos hablaba de amor,

después de comodidad y, al final, de supervivencia. Pero necesitaba un hijo para poder obtener la nacionalidad. Lo que pasa es que vinimos dos, y a la vez. —Se muestra impaciente o le falta poco, pero su voz ha adquirido un tono más suave. Tiene un acento más distinguible que el de mi madre, aunque se corrige continuamente como si quisiera huir de él—. El hombre que tampoco se merecía que me dirigiera a él como «papá» al menos fue sincero desde el principio. Trabajaba muchas horas para poder pagar la casa; por aquel entonces vivíamos lejos de aquí, pero no demasiado. Mientras él estaba fuera, nuestra madre nos contaba historias sobre mitología egipcia. Nailah veía esos cuentos como semillas de luz, como si fueran dádivas que pudieran crecer en cualquier terreno estéril, pero yo… yo veía el barro. Sabía que no importaba cuántas historias contara nuestra madre; los cuentos no alimentaban, no compraban comida. Era lo que decía mi padre: «Los sueños no pagan facturas». Pero a mi madre le gustaba sentirse proveedora de algo. Esa era la única verdad que no se molestaba en ocultar. —Hace una pausa para tragar saliva, aunque no parece incómoda—. Dime, chica, ¿conoces la auténtica naturaleza de tu nombre?

—Ib, en el Antiguo Egipto, significaba…

—No, no me refiero a eso. Da igual. —Me interrumpe, y sus modales vuelven a parecerse a los de una profesora. Me recuerda a Kate, lo cual no es un pensamiento tranquilizador—. Como nuestros padres solo esperaban un hijo y hubo una crisis de vivienda en Canadá, tuvimos que mudarnos a este piso, en el Eastside, que era lo único que podíamos permitirnos con un sueldo. Mi padre era zapatero, ¿sabes? Siempre decía que él y mi madre eran como un par de zapatos: caminaban separados, pero siempre acababan en el

mismo lugar. Nosotras éramos los cordones que los mantenían juntos. Cada niña con su padre, sosteniendo un lado de esa vida que compartían. Lo que mi padre nunca decía es que, con el tiempo, esos zapatos empezaron a desgastarse. Los cordones se tensaban más y más, hasta que una de nosotras quedó demasiado suelta y el zapato de mi madre tomó otro camino —dice, y alza la cabeza, aunque sigue evitando mirarme directamente a los ojos—. A medida que las dos crecíamos, lo hacía también la delincuencia en el Eastside, y sobre todo el negocio de la droga. El sueldo de un zapatero no sirve para pagar un colegio, una casa, protección y comida para todos, así que mi madre empezó a prostituirse. Se comparaba con Hathor, la diosa que ofrecía su amor y sus cuidados a los demás, sacrificando su alma para saciar los deseos ajenos. Pero yo siempre veía la parte oscura de ese sacrificio, algo que no tenía nada que ver con el amor. Mi madre hablaba de dar para recibir, de ofrecer su cuerpo como se ofrece una flor en un altar, pero lo que yo veía era a una mujer siendo consumida por quienes venían a comprar su descanso a costa de la dignidad. Era un sacrificio sin templo, sin fe. Nailah nunca supo lo que pasaba porque no quiso saberlo. Mi madre la protegía, como si las historias y la esperanza pudieran cubrir el hedor de lo que realmente hacía. Pero alguien tenía que estar aquí, atada al suelo, mientras ella se envolvía en cuentos que Nailah adoraba. Y ese alguien siempre fui yo. —Se muerde el labio y hace un movimiento con las manos, como si le aburrieran los detalles—. Y entonces llegó el día en el que quiso cambiarse de zapatos. Nos dejó, ¿sabes? Nailah lloraba, le rogaba que no se fuera, pero yo… yo ya sabía que se iría. Lo supe desde el momento en el que nos habló de un americano rico y usó esa

secuencia de palabras: «amor», «comodidad», «supervivencia». No había lugar para nosotras en su nuevo mundo. Cuando mi madre se fue, nos dejó aquí con nuestro padre, en el mismo barro del que había intentado huir. Teníamos trece años.

Mona hace una pausa y yo parpadeo, embriagada por una mezcla de emociones de las que solo alcanzo a sentir una partícula demasiado densa e inestable. La empatía une cada partícula, y yo solo puedo imaginar una ínfima parte del dolor de esta mujer, de mi madre, de la suya. Es como si todo el sufrimiento del mundo estuviera encapsulado en esta historia, en este instante, y yo no tuviera ni el derecho ni el poder para cambiar nada.

—Lo siento.

—No necesito tu compasión. —Su voz ahora es más dura, como si cada palabra fuera una coraza que se coloca sin esfuerzo. Finalmente me mira, y sus ojos parecen ordenarme que no sienta lástima—. Mi padre se refugió en el trabajo, y Nailah y yo tomamos direcciones distintas: yo echaba una mano en la zapatería y ella empezó a trabajar como voluntaria en una asociación para ayudar a gente inmigrante en situación de vulnerabilidad. Discutíamos a menudo, porque aquel trabajo no daba dinero y cada vez éramos más pobres, pero Nailah se limitaba a decir: «Saldremos de esta». Nunca decía cómo ni cuándo, pero todo el mundo la creía. Se atrevía a soñar en voz alta con un mundo mejor, y no solo para ella. Hablaba de fantasías imposibles como ir a la universidad, tener una casa con jardín, viajar de mochilera… —Miro por la ventana y distingo el mural de la mujer y el cerezo. Sonrío, aunque en realidad no tengo motivos para hacerlo—. Me ponía enferma escucharla hablar así, como si solo con desear algo bastara para que sucediera.

Las palabras no compran casas ni llenan estómagos, y mucho menos aquí, en este agujero. Pero Nailah siempre encontraba el modo de envolverse en sus fantasías y hacer que todos la siguieran. Papá empezó a beber y a buscar pelea, tanto en casa como fuera. Cada vez que volvía con la ropa apestando a licor era como si yo desapareciera un poco más. No éramos una familia, solo éramos tres personas que vivían en la misma casa, cada una intentando no ahogarse en su propio silencio. Dejé el colegio y me dediqué a trabajar a tiempo completo en la zapatería. Y entonces apareció Jackson, el chico que prometió hacer realidad todas las fantasías de Nailah.

Junto las manos y las aprieto contra mi vientre, intentando sofocar el nudo de ansiedad que parece retorcerse dentro de mí.

—La mujer de la asociación me dijo que todo el mundo le tenía miedo. Que no…, que no era una buena persona.

—Oh, por supuesto que no lo era. —Suspira—. Nailah pensaba en él como alguien frágil, necesitado de amor y protección, cuando en realidad era violento y posesivo, y ella no lo veía porque mi madre le había llenado la cabeza de historias donde la bondad siempre triunfaba, donde el amor era el conflicto, pero también la solución. En su mundo siempre había un final feliz, y Nailah creía que podía encontrar uno incluso en alguien como Jackson.

Agacho la vista. Después de todas las veces que leí el diario, nunca imaginé que la historia de mi madre y Jackson pudiera estar sostenida sobre una mentira cuidadosamente ordenada, la persona que era Jackson en realidad, y una verdad descuidadamente caótica, el amor que mi madre sentía hacia él. ¿Por qué no supe distinguirlo?

¿Por qué se negó a escribir sobre esas advertencias, lo malo que hacía Jackson cuando ella dejaba de mirar?

—Todos intentamos razonar con Nailah. Pero ¿sabes lo que nos decía? Que nos faltaba fe en las personas. —Mis propias palabras vuelven a mí como un veneno: lo mismo le dije a Rain hace solo un mes, y ahora siento la bilis quemándome en la garganta al recordar mi ingenuidad—. Con el tiempo, dejé de intentarlo. El cansancio se me había metido en los huesos. No era solo el trabajo, era todo: los días interminables en la zapatería, mi padre desapareciendo sin dejar rastro, y Nailah… siempre volviendo, pero nunca quedándose. Dejó la asociación, se fugaba con Jackson cada pocos meses. Pero siempre había una razón para volver, aunque ella nunca decía cuál era. Hasta que un día habló conmigo y me la contó. La última razón. Teníamos dieciséis años y… —Mona se detiene de repente y aprieta los labios, sus manos nerviosas buscan algo que hacer mientras se las seca en los pantalones—. ¿Tienes un cigarrillo?

Rebusco en los bolsillos la chaqueta de Rain, pero están vacíos.

—No, lo siento.

Chasquea la lengua con impaciencia, y puedo sentir cómo la tensión se cuela entre nosotras, como si mi negativa no fuera solo la falta de un cigarrillo, sino un recordatorio de que hay cosas que simplemente no puedo darle. Mi amabilidad parece tan inútil como todo lo demás.

—Nailah descubrió la traición de Jackson como quien tropieza con un precipicio en la oscuridad: sin verlo, sin poder retroceder. La caída fue brutal, no solo porque él la engañaba con otras chicas, sino porque también la había engañado con sus sueños. Decía que quería ser actor, y luego te recitaba una de sus frases. Que se

compraría un Cadillac y Nailah nunca tendría que preocuparse por el dinero, solo por cuidar del enorme jardín de su enorme mansión. —Mona mueve las manos exageradamente, trazando en el aire la forma de ese sueño vacío como si lo desinflara con cada gesto, y las patas de su silla se tambalean y crujen—. Jackson trapicheaba, como la mayoría de los veinteañeros que se juntaban por aquí. También consumía, y eso le había vuelto más agresivo y desconfiado. Nailah intentó culpar a la droga durante un tiempo, pero luego entendió que hay personas que nacen huecas, que son cascarones podridos desde el principio. La droga no cambia para siempre a todo el mundo, solo desvela lo que hay debajo —añade, y se queda en silencio unos segundos, como si las palabras pesaran demasiado como para ser pronunciadas de golpe—. Nailah decidió romper la relación… cuando supo que estaba embarazada.

Me siento clavada en el suelo, el eco de esa traición partiéndome en dos. Mi madre, traicionada no una, sino dos veces por hombres que la dejaron en el vacío. El dolor me recorre la espalda, doblándome como si mi propia columna cediera bajo el peso de esas palabras. Entonces el aire se vuelve denso, imposible de tragar cuando Mona pronuncia esa última frase. La verdad está ahí, a punto de ser pronunciada, pero mi mente no quiere aceptarla.

—¿Mi madre…, mi madre se quedó embarazada de Jackson?

—Nuestro padre quiso pegarle una paliza cuando se enteró. Yo me metí en medio y…, bueno, cuando llegó la mañana siguiente, ya se había ido. No he vuelto a verlo desde entonces. —Por primera vez, veo algo quebrarse en su mirada, una sombra de tristeza que hasta ahora parecía imposible—. No fue fácil para ninguna de las dos. Yo apenas descansaba para conseguir todo el dinero que pudiera,

Nailah volvió al instituto y consiguió aprobarlo todo para cuando naciera la niña y…

—Espera, espera. ¿Mi madre tuvo al bebé?

Mona asiente lentamente.

—¿Qué pasó? —No reconozco mi voz; parece más bien un graznido, un grito estrangulado—. ¿Dónde está la niña?

—¿Y qué hay del dinero? —dice con una sonrisa que corta como un cuchillo—. ¿Puedes permitirte pagar por esta historia también?

Saco mi cartera del bolsillo con dedos temblorosos. «Mi hermana», pienso mientras me atasco con la cremallera, y Mona bosteza. «Tengo una hermana». Cuando consigo abrir la cartera, junto todos los billetes que tengo, unos cincuenta dólares, y se los ofrezco a Mona. Ella dice que no con la cabeza, y yo siento que todo esto, la conversación, este salón y su olor a podrido, es fruto de una pesadilla. Que en cualquier momento despertaré y tendré once años de nuevo y estaré tumbada en la cama junto a mis padres, deseando que llegue el momento de jugar con Rain.

«Oh, Rain… Ni siquiera me he acordado hasta ahora de que sigue abajo, esperándome».

—¿Cuánto quieres? —le pregunto, e intento hacer memoria de los ahorros que me quedan en la cuenta—. Podría sacar trescientos dólares más ahora, y escribir a mi padre, quizá mi mejor amiga pueda…

—Siete mil dólares.

El número flota entre nosotras, suspendido en el aire como una sentencia de muerte. El salón comienza a dar vueltas y vueltas y vueltas…

—¿Qué?

—Esa es la cantidad que me robó tu madre antes de largarse a los diecinueve años. Los ahorros de toda una vida —escupe, y ladea la cabeza mirándome los dientes como si valieran todo ese dinero—. No he vuelto a saber nada de ella desde entonces. Hasta hoy. Hasta ti.

—Yo… no tengo tanto dinero.

—¿Por qué sigues aquí, entonces? —Su mirada se vuelve de piedra. Algo en el aire cambia de repente, se hace pesado, cargado de rabia contenida. Antes de que pueda añadir algo más, Mona se pone de pie con tanta violencia que su silla se estrella contra el suelo y una de las patas se rompe en varios pedazos—. ¡Fuera!

El sonido de la madera al partirse tapona mis oídos junto a sus gritos. No tengo más remedio que levantarme y correr por el pasillo mientras ella me persigue.

—¡Fuera!, ¡fuera!, ¡fuera!

Me giro cuando ya estoy en el rellano y hago un último intento:

—Por favor, Mona, mi hermana…

La puerta se cierra con un golpe seco sellando no solo esta conversación, sino también todas las posibilidades que pensé que tenía por delante.

«Mi hermana», susurra mi mente.

Pero ya no queda nadie para escuchar.

32

Cuando escribo y me obsesiono con encontrar las palabras perfectas, intento convencerme de que los libros son para otros. Que no son míos una vez que existen fuera de mí. Escribes pensando que tal vez alguien te lea algún día, y supongo que es normal sentir miedo. Preguntarte si la manera en la que estás contando esa historia es suficiente, o si hay algo más grande, más verdadero, esperando que lo encuentres. Los humanos tenemos fama de ser crueles con lo que no entendemos, y creo que esa idea me persigue cuando dudo. Porque si ni siquiera es suficiente para ti, ¿cómo puedes esperar que lo sea para alguien más? Es un pensamiento que se cuela solo, no pides que llegue. Pero, al final, lo único que importa es lo que eliges hacer. Escribir o no escribir. Dar el paso o dejarlo. Afrontar lo que venga y aprender a soltar lo que ya llegó, como si fuera una bengala, antes de que te queme las puntas de los dedos.

Siempre hay algo que no sabemos sobre las personas que nos rodean. No importa lo cerca que estén, cuánto tiempo llevemos compartiendo el mismo aire. Hay partes que se quedan fuera, sencillamente. Por miedo, vergüenza, desinterés. Nos destruiríamos como sociedad si un día amaneciéramos diciendo todo lo que sabemos de nosotros mismos. Nos quedaríamos solos. Y al final volveríamos a mentir. Lo sé porque lo he escrito: familias construidas

sobre una montaña de secretos y silencios, con mentiras que se enredan de generación en generación como la línea de la mandíbula o el color de los ojos. Nunca he conseguido terminar ninguna de esas historias. Sentía que había algo demasiado verdadero en ellas, como si hubiera una sombra alargándose hacia mi vida. Me preguntaba qué pensaría mi madre si alguna vez publicaba uno de esos libros, si se reconocería entre las páginas, si vería un reflejo. Y, sobre todo, qué haría consigo misma después. Si el dolor de su pasado encontrara la forma de atrapar su presente.

Pero nunca tuve suficiente imaginación para prever esto. Y ahora estoy aquí, ahogándome en una realidad que parece salida de un mal borrador. La cabeza atrapada en un círculo, incapaz de encontrar una salida, incapaz de respirar siendo alguien más.

«Tengo una hermana».

Tropiezo al bajar las escaleras. El aire me abofetea la cara. Dejo la marca de mis dedos en la puerta de Mona de tanto llamar, pero no me abre. Mi mente funciona como a saltos, y no consigo ubicar el orden en el que todo esto sucede; solo sucede, y mi cuerpo lo siente, lo sufre. Rain recoge lo que queda de mí, y solo cuando me encuentro entre sus brazos y aspiro su aroma a tabaco y a almizcle, y veo las pecas de su nariz, y saboreo el metal de sus labios, consigo entender lo que me está diciendo:

—Ib, mírame. Respira, así, muy bien, respira. ¿Qué coño ha pasado ahí arriba? —me pregunta cuando parece que no me voy a desmayar de un momento a otro.

«Que tengo una hermana, Rain. Tengo una hermana mayor, y no sé ni su nombre».

Pero no consigo que las palabras encuentren una salida; tengo la boca demasiado seca, todo sigue pareciéndome demasiado lejano. No comprendo por qué Rain me frota los brazos hasta que veo que estoy tiritando, y un sollozo repentino me atraviesa el pecho como la espina a la rosa.

—La… la chaqueta… —tartamudeo—. Me la he dejado arriba.

Rain me besa en la frente.

—Yo me encargo. Espérame aquí.

Le veo entrar en el edificio, el sol me sigue y se aleja cuando me acuclillo en el suelo y entierro la cara entre las manos. «No temo a las tormentas porque estoy aprendiendo a navegar mi barco», me repito una y otra vez para tranquilizarme, pero ya no me creo nada. Lo que hace especial una tormenta es que tiene un final, al fin y al cabo. Puede tardar en llegar. Puede que necesites convencerte de que todo pasará y tengas que cerrar los ojos durante horas. Puede que entres en pánico. Pero pronto llegarás al otro lado, y el horizonte estará tan despejado que sentirás ganas de buscarle metáforas al cielo mientras te preguntas si hay mayor milagro que sobrevivir a la tristeza del mundo. Pero ahora siento que he perdido mi barco, aunque en el fondo lo que me aterra es pensar que nunca podré escapar de esta tormenta.

Me miro las zapatillas. La punta desgastada, los cordones a medio atar. Recuerdo mi conversación con Mona y siento su peso, la forma en la que las palabras me golpean.

Tengo una hermana.

Tengo una hermana.

Tengo una hermana.

Oigo pasos acercándose, el ritmo irregular de alguien que no sabe si seguir avanzando o detenerse. Me incorporo con dificultad, sintiendo el peso del aire en los hombros antes de levantar la mirada. Rain está ahí, de pie frente a mí, el rostro desencajado como si estuviera a punto de decir algo que lleva enterrado demasiado tiempo. Lleva puesta su chaqueta; no me la ha ofrecido esta vez, y eso me lo dice todo. Hay una tormenta atrapada en él, creciendo. La tormenta de su nombre. No es una de esas lluvias pasajeras y rápidas que dejan el aire fresco detrás. Es de las que revientan el cielo en pedazos, las que prometen durar tanto como el diluvio universal.

—Rain…

El viento sopla y mueve los mechones de su pelo, pero su mirada no se desvía ni un segundo. Y ahí está, esa sensación de que algo está a punto de romperse.

Quizá seamos nosotros.

—Esto ha sido un error.

Su voz ya no tiene la calidez de anoche, y noto que el meñique es el dedo que presiona con más fuerza contra la palma cerrada de su mano. Me limpio las lágrimas antes de que se conviertan en algo real, como si así pudiera retrasar su libertad.

—¿Me estás llamando error?

—¿No es eso lo que somos cuando nos juntamos? —murmura, cruzándose de brazos y dando un paso hacia atrás como si no pudiera soportar ver el daño que me están haciendo sus palabras—. Lo peor, tú y yo.

—No entiendo qué ha cambiado. Ni siquiera me has dejado contarte…

—Ib, no tendríamos que haber vuelto —me interrumpe—. Para empezar, no tendríamos que haber venido. No tendría que haberte buscado.

—¿Tú? ¿Buscarme a mí? ¿Cuándo? —Pero Rain no responde, y yo extiendo una mano hacia él, intentando tocarle, intentando comprobar si esto es real, y él retrocede y se queda aún más lejos de mí. Si tenía razón con eso que dijo de que las personas podemos morir más de una vez, creo que mi corazón ha llegado al límite de sus latidos justo en este instante—. No me alejes ahora, por favor. Después de lo de anoche, después de haber tenido a nuestro alcance tantas primeras veces…

—Lo dijiste, Ib. Dijiste que te había jodido la vida. Que había jodido la vida de todos.

—Eso fue antes de entenderte, Rain.

Suelta una risa seca, dolida. Niega con la cabeza y el aire tiembla a su alrededor, como si ninguno estuviéramos aquí realmente. Como si perteneciéramos a realidades distintas.

—¿Me entiendes ahora? —Extiende los brazos mientras retrocede —. ¿Crees que puedes amarme? ¿Salvarme? ¿Abrazar mi dolor y curarlo? ¡Nadie querría un futuro así, joder!

La dureza de su voz me golpea, pero a mí ya no me quedan fuerzas para hurgar en otros mundos.

—Así que es eso —murmuro—. Vas a rendirte conmigo. Contigo.

Rain me mira, los ojos oscuros y llenos de algo que no consigo alcanzar. Sus brazos se pliegan lentamente, resignados como un pájaro con alas de papel.

—Nos hemos usado para aliviar la culpa de lo que hicimos. Ha sido divertido. Nada más.

«Ya no sé nada de Rain», se me ocurre de repente. «Ya no sé nada de nadie». Abro la boca para contestar, pero no salen palabras. Paso mi lengua por el labio inferior, nerviosa, y pienso en todos los recuerdos que guardo como si fueran pequeñas cicatrices. Busco alguno que sea feliz, que no tenga grietas, pero cada imagen que aparece en mi mente se rompe al tocarla.

—Me estás mintiendo otra vez, Rain —pronuncio muy despacio, después de una eternidad debatiendo conmigo misma—. Y, ¿sabes qué?, que ya no consigo que me importe. Estoy cansada de… — Suspiro y cierro los ojos; todo lo que me rodea se retira como la marea cuando vuelvo a abrirlos—. Prefiero aprender a llenar el hueco que dejas que seguir vaciándome para sostenerte.

—Corazón, es por tu bien.

La sonrisa que aparece en mi cara es amarga, frágil.

—Las primeras veces no pueden recordarse si no hay una última vez. Quizá me odies por decir esto, Rain, pero espero que recuerdes este momento. Porque yo nunca voy a olvidar cuándo decidimos abandonarnos por última vez.

Rain se lleva una mano a la cara, cubriéndose los ojos, como si bloquear la luz pudiera salvarle de lo que acaba de escuchar. Cuando me doy la vuelta y empiezo a alejarme, la chica del mural me mira con la compasión de una madre, la sabiduría de una hermana, el consuelo de una amiga. Me gustaría que esto fuera un libro, saltar hacia delante o hacia atrás en el tiempo en el que hubo algo verdaderamente feliz. Volver a ser un corazón feliz. Pero por el momento cierro los ojos. Quizá deba aprender a abrirlos de nuevo, pero no hoy.

Hoy, simplemente, me alejo.

El diario (VII)

Nunca me encontrarás.

Nunca me encontrarás y ni siquiera sabrás que existo.

33

RAIN

La primera vez que pensé en quitarme de en medio no fue cuando escuché al médico decir que nunca volvería a correr. Tampoco cuando observé la cicatriz, que parecía una grieta escarbada en la carne, y supe que nunca volvería a sentirme deseado. Ni cuando recibí la carta de la universidad en la que me quitaban la beca, cuando todos los amigos que había hecho me dieron la espalda, cuando tuve que volver a casa y mi padre empezó a referirse a mí como «su castigo»… No. La primera vez que pensé en acabar con mi vida era primavera. Volvíamos de una sesión de rehabilitación particularmente dolorosa; había cuatro nubes en el cielo y, desde el coche, el pueblo parecía un diorama primaveral y veraniego. Cuando llegamos a casa, me coloqué las muletas bajo el brazo sin decir nada a mis padres y caminé hacia el lago. Si hubiera sabido el día de la semana, aún lo recordaría. El polen viajaba en el aire y tenía un aroma demasiado dulce para mi gusto. Iba despacio, arrugando la cara por el dolor de verme expuesto de esa manera, más que por los pinchazos que sentía en la pierna al apoyarla. Tenía cita para mi primer tatuaje la semana siguiente. Me había acostado con Bonnie el día anterior. Había sonreído al escuchar a mi madre reírse al confundir una garrafa de agua con una de anís.

Y, sin embargo, cuando vi el lago sentí la tentación de meterme con la ropa y las muletas y comprobar qué se hundía primero.

El pensamiento me produjo tanta calma que empecé a llorar. No sé por qué no lo hice; me detuve en la franja de tierra que separaba el agua de la hierba enraizada, con las puntas algo amarillas, y contemplé lo que yo consideraba que era el centro del lago. Me imaginé llegando hasta ese parche de agua cuando ya fuera demasiado tarde, cuando de mí solo quedara un cuerpo y la cicatriz. No sé por qué no lo hice. Pero no lo hice. Volví a casa cuando noté los ojos secos, y nunca hablé del tema con nadie.

Recuerdo esa primera vez con tanta precisión que, si sujetara un pincel entre los dedos en lugar de un cigarrillo (y si supiera pintar), podría retratar los colores del paisaje y la sombra cetrina de mi cara. Recuerdo todas mis primeras veces; en especial, las más dolorosas. Pero lo que acaba de pasar con Ib, lo que he tenido que decirle para que se alejara de mí…, creo que nunca me había sentido tan mal en toda mi vida, exceptuando el momento en el que me enteré de que se marchó a los dieciséis años, y por qué. Esta no será la primera vez que me arrepienta de no haberme metido hasta las cejas en el agua y hacerle un favor al mundo. A veces me pregunto si he pasado este último año y medio bordeando ese lago inconscientemente, buscando el momento justo para rendirme.

Pero lo que he hecho hoy me hace sentir como si ya estuviera en el agua.

Le doy una calada tan profunda al cigarrillo para no pensar en ello, que el humo se acumula en mi pecho y tengo que expulsarlo con una tos nerviosa.

—¿Es eso lo que quieres para ella, Rain? —me digo a mí mismo, recuperando esa vieja costumbre que tenía en los partidos para motivarme—. ¿Es eso lo que quieres para Ib?

Golpeo la punta cada vez más corta del cigarrillo con el pulgar y la ceniza cae sobre mis pantalones, pero no me importa. Estoy sentado en el primer banco que he encontrado, en una calle paralela al Eastside y la principal. Por mucho que mi intención fuera que Ib se alejara de mí, no me sentía cómodo con la idea de que paseara sola por una zona tan peligrosa, así que la he seguido hasta asegurarme de que tomaba el camino al hostal. Y ahora la pierna me está matando, porque Ib no tenía que esperar a nadie y caminaba como la gente normal, y me ha costado tanto no perderla de vista que a veces sentía la necesidad de gritar, de lanzar un puñetazo al aire. Todavía siento esa rabia, así que me pongo el cigarrillo en la boca y aspiro con tanta fuerza que vuelvo a toser.

—¿Es eso lo que quieres para ella, Rain? —repito, la pierna buena dando golpecitos en el suelo. Me froto la cara con el cuello de la chaqueta, no entiendo por qué mis mejillas están húmedas, y entonces lo noto. Su olor. Esa mezcla de vainilla, flores blancas y algo dulce, a medio camino entre el durazno y la mandarina. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia delante—. No es justo, joder. No es justo.

Cuando subí a casa de Mona a buscar mi chaqueta para Ib, solo pensaba en regresar a su lado lo antes posible. No sabía si estaba así de herida por las palabras o por algo más, así que cuando golpeé la puerta de esa mujer, no me contuve. Pensaba echarla abajo si hacía falta, me estaba volviendo loco la idea de que el sufrimiento de Ib creciera como una semilla a cámara rápida y yo no estuviera

ahí para frenarlo. Cuando Mona abrió la puerta, entré en el apartamento sin dar explicaciones. Puede que mi hombro chocara con el suyo y llegara a empujarla un poco. No lo sé; estaba preocupado, furioso, cojo. Después de recorrer con la mirada el salón un par de veces, vi la chaqueta en una silla de aspecto cochambroso. La apreté contra mi pecho como si fuera un balón y me di la vuelta, pero Mona estaba en medio del pasillo, de brazos cruzados, como si sostuviera un corazón de piedra. Me quedé quieto, esperando lo que fuera que quisiera decirme. Tal vez le dediqué una sonrisa engreída; a mi padre solía sacarle tanto de quicio que se le quitaban las ganas de hablar conmigo. Pero Mona no varió el gesto. Me miraba como la gente me mira en mis pesadillas. Como creo que me miran todos cuando me doy la vuelta: con desprecio, con asco. Un castigo divino con huesos, carne y nombre.

—He visto lo que pasa cuando chicas como ella se enamoran de chicos como tú. Chicos que llevan demasiada oscuridad dentro —me soltó, y entonces me reí con saña, y ella dijo—: No le hagas lo mismo que le hizo Jackson a Nailah.

Yo no sabía lo que le había hecho ese hombre a la madre de Ib. Imaginaba muchas cosas, y el tono sombrío de esa mujer las confirmaba todas, así que dejé de reír de golpe y la señalé con el dedo.

—No me conoces.

—Las calles tienen ojos, y oídos —repuso con una voz dulce y afilada al mismo tiempo. Intenté recordar lo que Ib y yo habíamos hablado durante nuestros paseos por el Eastside, pero no se me vino nada particular a la cabeza. Bueno, estuvo el día que descubrimos el mural, cuando dejé que Ib pensara que me arrepentía de haberla

besado. «Pero no era verdad», quise revelarle a esa mujer en voz alta. Entonces se adelantó para decir—: Lo que tú y ella tenéis no es amor. Es un ciclo, un ciclo que solo termina cuando destrozas lo único bueno que tiene en la vida. —Y añadió con crueldad—: ¿Es eso lo que quieres para ella?

Cada palabra se me clavó por dentro como las putas agujas que me cosieron la pierna en su día.

—Estoy… estoy esforzándome. —Sentí la misma repulsión al oírme hablar que debía sentir Mona. Ya no me esforcé en ocultarlo.

—No eres más que otro problema del que ella tendrá que escapar —escupió.

Y entonces me dejó pasar. En el tiempo que tardé en bajar las escaleras, lo supe con una certeza abrumadora: ella tenía razón. Siempre lo había sabido, pero me había permitido confundirme con lo que sentía por Ib, como quien se aferra a una mentira bonita porque la verdad es demasiado oscura para soportarla. Estar con ella era como inhalar algo prohibido, algo que hacía que todo pareciera menos cruel durante un rato. Me convencí de ello anoche, mientras ella dormía sobre mi pecho, con la respiración pausada, tan cerca de mi piel que por un segundo me pareció que era capaz de absorber mis defectos, de transformarlos en algo útil. «Hay algo bueno en mí. Entre tanto daño, entre tanta mierda, hay algo bueno en mí».

Pero no era verdad.

Estar a su lado era solo otra forma de huir, una más. Y siempre, siempre, terminaba igual: la soledad y yo, frente a frente. Era como un espejo sucio que no puedes dejar de mirar porque te obliga a ver todo lo que no quieres ser. Toda la fantasía se derrumbaba, y quedaba solo eso: el odio visceral hacia la cicatriz. Hacia todo lo que

me recordaba quién era yo en realidad. Las palabras de Mona habían hecho el resto, sellando algo que llevaba tiempo gestándose en silencio. No podía intentarlo de nuevo. No con Ib. Joder, ¿qué futuro podría ofrecerle si se quedaba conmigo? ¿Qué vida era esa? No habría paseos en bicicleta ni podríamos hacer colas eternas para asistir a ningún concierto. No habría escapadas improvisadas ni días fáciles. Solo tendría que aprender a cargar con mi resentimiento, el que me despierta cada mañana junto con la primera erección del día y que nunca desaparece por mucho que trabaje en ello.

Ib se merecía algo más que eso. Algo mejor. Yo era egoísta, una pérdida de espacio y tiempo. Pero, por encima de todo, era un chico que nunca había dejado de estar enamorado de su mejor amiga de la infancia.

Así que me puse la chaqueta y hablé con Ib con la firme intención de que me abandonara. Me sentí como si estuviera cantando una canción en el tono incorrecto todo el tiempo. Pero había funcionado y tenía lo que quería. Estaba solo. Ib era lo suficientemente buena como para no odiarme, pero esperaba que Vesta la convenciera de lo contrario. Me lo merecía. Estoy solo.

Entonces ¿por qué me siento tan derrotado? ¿Por qué, debajo de la preocupación que siento por ella, sigue latiendo algo que me impulsa a mandarlo todo a la mierda, buscarla, pedirle perdón de rodillas, explicárselo todo y vivir de verdad como si fuera nuestra primera vez?

«Porque no puedes ponerte de rodillas, idiota. Porque ella se merece a alguien que pueda entregarle un mundo que no necesite salvar».

Me lo repito varias veces hasta que me termino el cigarrillo y me levanto del banco. Tengo en el bolsillo el cenicero portátil que compré en la isla Granville; lo he usado cada maldito día desde entonces porque sabía que a ella le gustaría ese detalle, y lo cierto es que a mí también, pero hoy decido tirar la colilla al suelo y alejarme sin pisotearla. En el cielo hay una única nube formada por otras más pequeñas, y pienso en cómo una vida es alimentada por la frágil presencia de otras personas hasta que llego al hostal. Entro en la recepción con las manos en los bolsillos, sonriendo como el capullo que se espera que sea a pesar del dolor físico, del emocional. Nolan tiene los brazos hundidos sobre el mostrador y la segunda mirada más severa del día cuando me pregunta:

—¿Por qué haces esto, eh?

Imagino que Ib habrá llegado llorando, quizá hasta le ha contado lo que ha pasado en el piso de Mona. El simple pensamiento de que Nolan sepa más que yo, de que Ib pueda estar sufriendo por alguien como yo, me estruja el corazón como si fuera una pelota de papel. «Solo necesitas llevarla a su casa, asegurarte de que se queda en buenas manos y desaparecer. Lo superará. Tú no eres tan importante». Mantengo la fachada y me encojo de hombros.

—¿Dónde está?

Nolan chasquea la lengua y aparta la mirada para vigilar a Nostradamus, que está tumbado detrás del mostrador con gesto lastimero. Espero que no se esté apiadando de mí, o quizá es cierto eso que dicen de que los animales son capaces de sentir el ánimo de los humanos. El resultado no cambia: Nostradamus no puede hablar. Yo no voy a hablar. Estoy a salvo de cualquier redención posible…

… hasta que Nolan responde:

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —Me muerdo el *piercing* del labio para controlarme, para que no se note la urgencia en mi voz—. Es imposible. Hemos venido en coche, y ella no conduce.

—Ha cogido el primer vuelo que salía del aeropuerto. Tiene que estar a punto de embarcar.

Por un instante pienso que es lo mejor. Que tiene sentido que no quiera ni verme después de lo que le he dicho. Pero no poder medir su enfado, su tristeza, su culpa despierta en mí una sucesión de posibilidades de las que mi mente no me deja escapar, cada una más aterradora que la anterior. ¿Y si Mona también la ha hecho creer que ella es el problema? ¿Y si no consigue recuperarse de ese sentimiento? ¿Y si el avión se estrella y ella muere creyendo que no significa nada para mí? Sé que el miedo está moviendo sus hilos y convirtiéndome en su títere favorito, pero no puedo huir como si nada. Necesito verla. Necesito verla una última vez.

—¿Dónde está el aeropuerto? —Nolan frunce el ceño, intentando adivinar cuáles son mis intenciones. Me impaciento y doy un golpe en el mostrador—. ¡Nolan!

Saca uno de los mapas de la ciudad para señalármelo, y yo salgo corriendo del hostal. Bueno, correr es un eufemismo. Me muevo todo lo deprisa que me deja la pierna, lo cual no es mucho, hasta que me meto dentro del coche y conduzco hasta el aeropuerto. Resisto la tentación de saltarme semáforos y superar todo límite de velocidad establecido, pero por muy poco que me importe mi vida ahora mismo, la idea de destruir la de otra persona por culpa de mis imprudencias me provoca arcadas.

Aparco en el primer sitio que encuentro y entro renqueando en el aeropuerto. Nunca he estado en uno. No mentía a Ib cuando le decía que no había una explicación razonable detrás del miedo a montarme en un avión; ahora me siento un imbécil por no haber pensado más en ello, por no haber conseguido superarlo a tiempo para comprar un billete y estar a su lado un poco más, entre las nubes, como pájaros. Me guío por unas pantallas enormes y llego al control de seguridad justo cuando la gente está terminando de pasar. Miro más lejos, a la puerta de embarque, y tengo la impresión de ver a una chica con el pelo castaño y su misma camiseta de rayas cruzar con paso decidido. Intento avanzar hacia ella, pero uno de los vigilantes de seguridad me pone la mano en el pecho para impedirlo.

—Solo pasajeros —me informa.

Finjo que no le he escuchado y trato de avanzar de nuevo; su aviso se convierte en un empujón, y después me agarra de la camiseta para sacarme de allí a la fuerza cuando ignoro todas sus advertencias y pretendo seguir caminando y saltarme el control.

—¡Ib! ¡Corazón! —grito, y me da igual que la gente me mire, que me caiga al suelo, que el de seguridad tenga que llamar a un compañero y me lleve un puñetazo en el estómago para que me calle.

La chica que se parece a Ib no se gira, y sé que la he jodido para siempre.

«Ahí va tu mayor miedo», pienso mientras los seguratas me sacan a rastras del aeropuerto y mis labios no dejan de pronunciar su nombre como una plegaria. «Tu mayor deseo».

El corazón y el chico que vivía entre huecos

—Buen partido, Cook —dijo Robert al pasar, dándome una palmada en la espalda.

—Como siempre, ¿o no?

Matthew, sentado en el banco, soltó una carcajada mientras se desabrochaba las zapatillas y comentaba algo sobre que ya iba siendo hora de comprar otras. El ruido del vestuario llenó el aire: risas, bromas, conversaciones superpuestas. Todas giraban en torno a lo mismo: habíamos jugado bien, habíamos ganado, estábamos subiendo puestos en la liga juvenil. Me quité la equipación en silencio, un poco apartado del grupo. Sonreí mientras pensaba en los moratones que mañana encontraría en mis espinillas. «La recompensa del esfuerzo», me dije.

La puerta se abrió y Glenn entró en el vestuario. Se detuvo frente a mi taquilla, con las cejas alzadas y esa expresión de quien siempre tiene algo que decir.

—Tu amiguita está esperándote fuera.

—¿Annie? —preguntó Matthew, alzando la voz desde el fondo. Y volvió a reírse mientras se recogía el pelo en un moño desordenado.

—No, la otra. Taylor.

El nombre llegó como una piedra lanzada a un lago y, por un segundo, todo lo demás —las voces, las risas, el eco del agua en las

duchas— perdió consistencia. Me esforcé por mantener la misma expresión cansada y ganadora, pero Robert, que me conocía un poco mejor que el resto, se acercó y puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez? Cook, si necesitas que te cubramos…

—Somos amigos —murmuré entre dientes mientras cerraba la cremallera de la bolsa de deporte. Levanté la mirada para añadir—: Y se llama Ib.

Matthew se puso de pie, arrastrando las zapatillas con pereza.

—¿Por qué tiene ese nombre? Es raro de cojones.

Tardé un segundo en responder. A veces, explicar algo que significaba tanto para ti parecía un acto inútil, pero igualmente lo intenté:

—Ib significa «corazón». Pero no solo el que late. Para los egipcios era como… todo lo que eres: tus pensamientos, tus sentimientos, lo bueno o malo que haces. Creían que si vivías bien, tu corazón pasaba una prueba después de morir. Si no…, bueno, no había más final.

Los tres me miraron como si acabara de decirles que sabía hablar chino.

—Parece que te gusta —dijo Matthew, rompiendo el silencio.

—¿Por qué? ¿Por saber lo que significa su nombre?

—Siempre estáis juntos —apuntó Glenn. Se apoyó en la pared con los brazos cruzados—. Tío, esa chica no habla con nadie más. Solo contigo.

—Es tímida.

—Y su madre está loca.

Cerré la puerta de la taquilla con más fuerza de la necesaria. El ruido resonó en el vestuario, cortando las conversaciones más

cercanas. Me giré hacia Matthew. «A tu hermano le han pillado varias veces rondando el Palacio de Cristal, ¿me haces el favor de preguntarle qué sintió la primera vez al meterse una mierda de esas en el cuerpo?». Pude abrir la boca y decírselo. No sabía hacer mucho más que esquivar placajes y soltar respuestas que daban en el blanco. La gente llevaba sus puntos débiles como tatuajes mal hechos: fáciles de leer, imposibles de borrar. Y la mayoría de las veces esos puntos débiles tenían algo que ver con la familia.

Pero decidí dejarlo estar porque Ib me estaba esperando, y no quería que la razón de mi retraso fuera una pelea.

Apreté los labios en una sonrisa que no llegaba a ninguna parte y les dije:

—Nos vemos el lunes. Que descanséis.

El aire del exterior era denso, cargado de calor a pesar de estar en septiembre. Mientras caminaba, me sequé las manos en la camiseta. Habían pasado algunas semanas desde que cumplí catorce años, pero todavía recordaba el sudor en la frente y las palmas mientras me unía a los aplausos. Tres veces: una con mis amigos, otra con mis padres y unos tíos de Sacramento, y la última con Ib. Ella fue la única que recordó que mi glaseado favorito para tartas era el de chocolate negro que sabía a turrón.

Era raro cómo algunas personas podían verte incluso cuando intentabas no ser visto.

Observé a Ib, parada en medio de la calle, con su bicicleta ligeramente inclinada hacia un lado. Miraba el horizonte como si esperara que le devolviera alguna respuesta. Sus ojos, azules y abiertos, reflejaban más curiosidad que certezas, y sus dedos apenas sujetaban el manillar. Parecían ocupados en algo más

importante, como hilvanar un pensamiento que aún estaba a medias. Era su cara. La cara que ponía cuando imaginaba historias.

Todavía sentía el peso del partido en el pecho, la respiración desacompasada, cuando la llamé:

—Escritora.

Dio un respingo minúsculo, casi imperceptible, como un pajarillo arrancado de su refugio. Volvió la cabeza hacia mí y sonrió, arrugando toda la cara de una forma que siempre me hacía querer sonreír a mí también.

—Quería darte la enhorabuena antes de volver a casa.

—Te acompaño.

No protestó. Solo empezamos a caminar, con la bicicleta entre los dos. Había algo incómodo en el espacio que nos separaba, pero no era la bicicleta ni el sudor que me seguía resbalando por la frente. Era otra cosa. Algo que no podía definir, pero que parecía llenar todo el aire entre nosotros. La clase de sentimiento que Annie esperaba para sí misma, aunque no me lo dijera, cuando nos veíamos a solas.

—¿Te duele mucho? —preguntó Ib de repente.

No me di cuenta al principio de que estaba caminando más lento, con un ligero tambaleo en cada paso. Mis piernas, agotadas, parecían haber decidido por su cuenta que ya habían tenido suficiente.

—Es cansancio. Mañana estaré como nuevo.

—¿Cómo soportas el dolor?

La pregunta me tomó por sorpresa. No era algo que soliera pensar demasiado. Me encogí de hombros y desvié la mirada hacia el pavimento agrietado, recordando la conversación que tuve con mi padre hacía un par de días. Me dijo que terminaría siendo un

miserable si seguía negándole a Dios la oportunidad de arreglar mi vida.

—Hay cosas peores —respondí finalmente. Y luego añadí, casi como un susurro—: También hay cosas mejores.

—¿Cuáles?

Miré sus pantalones de tela gastada, ligeramente manchados de polvo por el paseo en bicicleta, y señalé con la barbilla.

—Esos pantalones que llevas puestos.

Ib se detuvo un segundo, como si intentara procesar lo que acababa de decir. Sus mejillas se tiñeron de un rosa suave mientras levantaba una pierna y giraba el cuello, fingiendo inspeccionarse. Luego se rio, y el sonido era suave, y ronco.

—Mi culo no puede competir contra tus abdominales.

—Yo creo que sí, eh. Pero necesitaría estudiarlo con más detenimiento.

—Claro, claro.

La adolescencia me estaba pareciendo una especie de caos revolucionario. Una época donde todo lo que hacías, sentías o decías carecía de explicación lógica. Algunas cosas no me importaban en absoluto, pero las que sí lo hacían me consumían de un modo que a veces resultaba insoportable. Como estudiar, ser el mejor en el equipo, soñar con dejar Cold Springs. Y luego estaba Ib. No recuerdo cómo empezaron esas bromas entre nosotros, pero eran adictivas. Las buscaba constantemente, como si sus respuestas fueran pequeñas migajas que conducían a algo más grande. Algo que, por alguna razón, nunca llegaba a alcanzarse. Ib tenía esa capacidad de detener cualquier cosa antes de que pasara de un límite. Cambiaba de tema, soltaba un monosílabo o dejaba que el

silencio hablara por ella. Y siempre lo hacía con esa facilidad que me desesperaba. Que me hacía desear que algún día no lo hiciera. Que siguiera respondiendo. Que no se detuviera. Que llegáramos al final.

«Y luego, ¿qué?».

—Ya hemos llegado —dijo de repente, y su voz me arrastró de vuelta al presente. Levanté la vista y vi su casa. El tejado blanco, la fachada blanca, el horizonte lejano y blanco. Todo parecía una página vacía esperando a ser escrita, para ella más que para mí. Ib ladeó la cabeza, me sonrió como si no hubiera notado nada extraño en mi silencio, y añadió—: Descansa, Rain. Nos vemos en nuestro lago.

Y, sin más, se metió en casa, llevándose con ella el ruido de sus pensamientos y dejando el eco de los míos en el aire caliente de septiembre.

34

RAIN

Conduzco hasta las afueras de Vancouver, detengo el coche en el arcén de una carretera cualquiera y me tumbo en la parte de atrás, fumando hasta que me arden los pulmones y el dolor por el golpe en el estómago pasa a un segundo plano. Hasta aquí llega la planificación de toda mi vida. «Ahora, ¿qué?», me pregunto, y como venía siendo habitual antes de que Ib se plantara en mi casa hace un mes y poco, no encuentro ninguna respuesta que me haga comprometerme con nada. El entrenador que tenía en la universidad solía decir que el fin último de un deportista no era ganar, sino alargar la relación con su deporte todo lo que pudiera. «No hay nada más lamentable que un jugador que se retira cuando su mente sigue atrapada en el terreno de juego». Supongo que eso es lo que me pasa. Que si me quitas el fútbol americano y a Ib, solo queda la misma inercia que obliga al sol a esconderse cada noche, a quemarse durante el día.

Me pongo de nuevo frente al volante y conduzco de vuelta a Cold Springs. Por el camino, paro en varias gasolineras para comer algo rápido y a repostar cuando toca. Bajo todas las ventanillas y subo el volumen de la radio hasta que me duelen los oídos, pero eso evita que empiece a dar vueltas a cosas que no quiero pensar. El

crepúsculo envuelve los distintos paisajes, y luego la noche absorbe cada ciudad que atravieso, y me siento tan solo, tan agotado… La música no es lo único que impide que me duerma.

«Ib estará bien. Tiene que estarlo».

El horizonte se despierta de nuevo lentamente cuando aparco frente a la casa de mi tía abuela; no me molesto en meter el coche en el garaje. Subo a mi habitación arrastrando la pierna izquierda, y me dejo caer en la cama sin desvestirme. Imagino que me he quedado dormido porque lo siguiente que recuerdo es un penetrante olor a café y a perfume de señora mayor, y al alzar la cabeza veo el semblante de Beth. Tercera mirada severa del día. ¿O ya es la primera? No sé cuántas horas he dormido, y eso me inquieta.

—Al salón. Tienes dos minutos. —Su tono no admite réplica. Cuando está a punto de desaparecer por el marco de la puerta, se vuelve y arruga la nariz—. Diez. Y así te duchas.

Me debato internamente entre si hacerle caso o no. Las ventajas de vivir con una señora de setenta años incluyen poder quedarte en la cama sin miedo a que pueda cogerte en brazos, pero Beth es una persona creativa. Antes de que viviéramos juntos, cuando ella se acababa de comprar esta casa y yo era el parásito de mis padres, ninguna promesa conseguía mantenerme fuera de mi cuarto por mucho tiempo. Ella venía cada día a verme con una botella de agua que previamente había metido en el congelador; me daba un tiempo razonable para levantarme y, cuando no me movía de la cama, me echaba parte del agua por encima. Yo me sacudía, anonadado. «¿Crees que estas son maneras de tratar a un inválido?». Y Beth

respondía: «Inválido, Rain Cook, no vampiro. Sal a la calle, hazme el favor». Había días que la cama terminaba empapada, que Beth tenía que vaciar tres o cuatro botellas antes de que consiguiera que me levantara, pero siempre terminaba obedeciéndola. Y entonces ella me decía: «Pero antes del paseo, a la ducha». Y yo tenía tanto frío, a veces tiritaba y todo, que nunca se me ocurría discutirle aquella parte. Cuando me mudé con Beth, los episodios de ingravidez emocional que sufría por las mañanas y que el psiquiatra insistía en llamar «depresión mayor», lo cual siempre me pareció ridículo, como si hubiera una escala de tristeza y lo mío fuera la cima (a ver cómo puede una persona con una sola pierna funcional bajar todo eso), remitieron, y ya no sentía la necesidad de refugiarme del mundo bajo unas sábanas de algodón poroso.

Ahora no me importaría seguir un rato más aquí, quizá toda la mañana, pero me parece oír la puerta de la nevera abrirse, así que me levanto de la cama entre gruñidos.

Todavía llevo puesta la camiseta de los Raiders que me regaló Ib. La echo a lavar junto a los pantalones y la ropa interior, y me meto bajo el chorro de agua caliente con los ojos abiertos y los dedos recorriendo la junta de los baldosines de la pared para recordar que estoy aquí y no en el fondo de ningún lago. Han pasado más de diez minutos cuando bajo al salón, la bomber puesta sin nada debajo y el pelo húmedo y ensortijado, pero Beth no parece molesta por la tardanza. Está sentada en el sofá, y ha quitado esos cojines horrorosos con estampado de cebra para que me siente a su lado. Podría ponerle las cosas fáciles, pero mi cuerpo se dirige solo a uno de los sillones que están en el otro extremo, una antigualla de cuero con orejas. Por el mohín que me dedica mi tía abuela, parece que mi

comportamiento acaba de confirmar algo desagradable, pero no sé el qué. Echo de menos que el reloj de la cocina funcione, así habría algún sonido que anticipar, que seguir, en medio de este silencio que yo no pienso romper.

—¿De qué te arrepientes esta vez? —me pregunta finalmente, cuando he terminado de acomodar la pierna derecha sobre la izquierda en una postura un poco macarra, pero que sirve para disimular la cojera.

—Si esto es por dejar el coche aparcado fuera, ahora pensaba ir y…

—Rain, todos vamos a pasar más tiempo enterrados que viviendo. La vida está injustamente planteada desde el principio —me interrumpe con actitud cansada, aunque su voz es paciente—. Cuando escapas de un conflicto en lugar de resolverlo, lo único que haces es estirar esa injusticia, porque alargas el tiempo en el que no vives con lo que deseas, y ya tenemos muchos siglos para eso después.

Hago como que mastico el *piercing* del labio, me tiembla la boca solo de pensar en sonreír.

—¿Me dejarás llamarte «vieja sabia» a partir de ahora?

—Ya te gustaría a ti llegar a mi edad con esta movilidad.

Me río, no puedo evitarlo. Por eso la relación con mi tía abuela es tan buena. Nunca ha sido cruel, pero tampoco ha intentado dulcificar lo que pasó. Sus comentarios y sus bromas me ayudan a normalizar que esta es mi realidad ahora, y que es preferible tomársela con humor a sobrevivir pidiendo perdón. «Pero tú ya eras un castigo antes de la lesión. ¿Cómo vas a cambiar sobre el cambio? No durará para siempre. Terminarás en el fondo de ese lago». Beth

parece darse cuenta del rumbo que han tomado mis pensamientos, porque ladea la cabeza, seria.

—Ahora dime, hijo, ¿de qué te arrepientes esta vez?

Dejo de reír, una mano se cae por el lateral del sillón sin un cigarrillo que sujetar y la otra yace despreocupadamente sobre mi vientre. La piel está fría y blanda. Me recuerda a una manzana podrida en el árbol, a una escultura de barro sin cocer.

—Le hice creer a Ib que lo que sentíamos era un error.

Beth coge aire, luego lo expulsa lentamente.

—¿Y por qué harías algo tan estúpido?

—No me hagas decirlo en voz alta…

—Oh, claro que vamos a hablar de ello. Sobre todo si hiciste daño a esa chica y después huiste como si no fuera nada. —Nunca le he hablado a nadie de mis sentimientos por Ib, ni siquiera a Bonnie, pero las dos saben lo importante que es para mí. Creo que se esperaban que tuviéramos algo más serio. Que en algún momento elegiría a Ib por encima de mi propia destrucción. No diría que Beth parece decepcionada conmigo, pero sí… ¿triste?, ¿frustrada?—. Para no creer en Dios, Rain, te comportas como si el mundo tuviera que perdonártelo todo.

Enderezo la espalda bruscamente.

—Eso no es cierto.

—¿Hasta cuándo vas a ser tan irresponsable? ¿Por qué te comportas como si fueras un castigo para los demás?

La palabra choca múltiples veces contra mi cráneo por dentro, como un animal encerrado que trata de huir de un incendio. «Castigo, castigo, castigo».

—Tía Beth…

—¿Quieres quedarte solo? ¿Es eso? —continúa ella, insaciable de respuestas—. ¿Así es como quieres vivir tu vida? ¿Matándote lentamente con el tabaco, en soledad, arrepintiéndote de las heridas que causas a los demás y a ti mismo? —La luz del sol empapa el silencio entre cada pausa a través de los cristales de la ventana. Desde aquí no veo el lago, pero sí las montañas, el cielo sin nubes, la carretera vacía—. Si te pido que cierres los ojos e imagines tu futuro, ¿encuentras alivio entre tanta oscuridad? Porque si es así, Rain, saca un cigarrillo y compártelo con esta vieja sabia.

—¡No tengo nada bueno que ofrecerle a nadie! A ella, especialmente. —Me sorprende escucharme gritar, la amargura y la pena y la impaciencia que brotan de mis siguientes palabras como los globos de agua que arrojaba a Ib algunos veranos—. Tenía que dejarla marchar. Es lo que tengo que hacer, ¿verdad? La quiero, así que la dejo ir.

Me hundo en el asiento, incapaz de soportar los tirones que escalan por mi pierna. Echo de menos poder levantarme cuando quiero, que alejarme de la gente sea una simple cuestión de fuerza, masa y aceleración. Ahora siento que estoy obligado a escuchar todo siempre.

—Pero hablas como si la estuvieras liberando de ti, y así no funciona el amor. —Beth se toca por encima de las orejas, asegurándose de que su moño sigue intacto. Sus manos delgadas, arrugadas, parecen peinar el aire cuando las coloca de nuevo sobre sus rodillas y suspira—. No le estás haciendo daño por lo que eres, sino por lo que crees que eres.

—Otro problema del que ella tendrá que escapar —murmuro.

Mi tía estira el cuello.

—¿Quién te ha dicho esa estupidez?

Pero yo no estoy preparado para hablar de lo que me dijo Mona. Todavía no.

—Lo he intentado todo: subirme a un mirador, ser sincero cuando podía, fingir que nos conocíamos por primera vez…

—¿Y por qué tendrías que renunciar a lo mejor que tuvisteis para estar juntos? El amor que nace de una amistad es el sentimiento más infinito de todos.

—Porque estoy constantemente de luto por la persona que podría haber sido. La vida me lo recuerda una y otra vez —respondo, y cierro los ojos.

Oigo el sonido de telas arrastrándose, un quejido ahogado y envejecido. Cuando abro los ojos de nuevo, mi tía abuela está sentada en la otra punta del sofá, lo suficientemente cerca de mí como para cogerme la mano sin preguntar y apretar. Las arrugas de su cara sonríen más que sus ojos cuando dice:

—Si pudiera cambiar una única cosa de toda mi vida, Rain, solo una, sería haberle confesado a Alice que la quería antes de que hubiera formado una familia.

Alice era la mejor amiga de Beth cuando eran niñas. Iban al mismo colegio, desafiaban las mismas normas, tenían sueños parecidos. A mi tía abuela no la dejaron formarse profesionalmente, pero Alice se fue a una universidad de otro estado a estudiar Arquitectura. Se quedó allí, se casó y tuvo hijos. Cuando Beth perdió el apoyo de su familia, mi familia, y consiguió su añorada independencia, lo primero que hizo fue ir a buscarla. Llevaba enamorada de ella ni se sabe cuánto. Pero al descubrir lo feliz que era, todo lo que había creado con su cuerpo, con otro amor…,

decidió dejar las cosas como estaban y resignarse a una vida en solitario.

—Piensa bien mis palabras —continúa Beth—: no pediría despedirme de este mundo a su lado, porque eso nunca se sabe. Ojalá fuera así, pero tal vez me llevaría una decepción más grande que su ausencia. Si pudiera cambiar algo, Rain, solo me gustaría haber tenido la oportunidad de decírselo todo. Que entendiera la profundidad de lo que sentía, de lo que podía ofrecer.

Su mano sigue apretando la mía. Noto el pulso latiendo en mi cuello como si algo quisiera escapar bajo la piel.

—Tía Beth…

—Te mereces a esa chica porque ella lo ha decidido así. —Y aprieta—. Te mereces vivir porque estás vivo. —Aprieta más—. Te mereces sentirte querido porque la gente te quiere. —Y aún más—. No es así de simple, pero casi.

—Pero nunca volveré a jugar al fútbol —susurro, y las lágrimas se acumulan en el borde de mis ojos, y no tengo fuerzas para espantarlas—. Ni a correr.

—Pero pudiste hacerlo, y más de una vez. No todos pueden presumir de haber vivido su sueño. Algunos los abandonan; otros viven infelices en ellos. Algunos sueñan toda la vida; otros tienen demasiado miedo para intentarlo. No fue culpa tuya que se acabara, Rain. No te arrepientas de haber vivido. Echa de menos día y noche si hace falta, pero no te arrepientas. En unos años, tus recuerdos te darán la razón. Lo que parecía mucho tiempo será poco, y viceversa. Pero tienes que trabajar en tu futuro. Y para eso necesitas valorar tu pasado.

Hay algo en el orden de sus palabras, una especie de coherencia primitiva, que hace que confíe en todo lo que me está diciendo. Asiento sin apartar la mirada de nuestras manos unidas, las lágrimas formando pequeños charcos sobre mis pantalones.

—¿Y cómo lo arreglo con Ib?

—Demuéstrale quién eres —responde con determinación—. Enséñale todo lo bueno que vio en ti, y también lo que te daba miedo mostrar. Y que vuelva a decidir.

—No va a ser tan fácil. —Me toco los párpados con la mano que tengo libre—. No he parado de joderle la vida desde los dieciséis años. Primero cuando me chivé de la infidelidad de su padre, después cuando no fui a buscarla y a decirle que lo sentía, luego…

—Todos cometemos errores —me interrumpe Beth con suavidad —, pero no todos seguimos adelante con lo que queda. Sé amable y honesto, Rain. —Suelta mi mano para señalar al cielo—. Por si acaso.

Me río, aunque sueno congestionado de tanto llorar.

—¿Podemos inventar que es jueves, poner una de tus películas de cine mudo y así fingir que las odio?

—Claro, y yo fingiré que preferiría que estuvieras en cualquier otra parte cuando pongas esas horribles voces.

Beth tiene los ojos brillantes, como si se los hubiera frotado con fuerza después de despertarse. Pero no es cansancio. Una risa arruga toda su cara y, al cerrarlos, deja escapar una lágrima tímida en la comisura. No llega a caer; se queda ahí, atrapada, como si supiera que no necesita deslizarse para que todos entendamos su significado.

Es como cuando sales de casa por la mañana y te encuentras el césped y la acera empapados. No te enteraste de la tormenta, no oíste su furia, pero ahí está la prueba, calando todo lo que dejó atrás. Lo que a unos les parece un fastidio —el barro, el frío—, a otros les resulta una especie de milagro: las flores abriendo los pétalos, el aire oliendo a limpio, el equilibrio innegociable del agua.

Quizá por eso ahora no tengo miedo por lo que representa mi nombre. La lluvia siempre sabe cómo empezar de nuevo.

35

RAIN

—Qué ilusión que volvieras a llamarme, no me lo esperaba.

Carley se toca las mejillas con aire coqueto y le da un generoso trago a su cerveza. El pelo negro le cae de un modo artificial por delante de los hombros cuando su garganta deja de moverse. Yo sonrío; demasiado tarde como para corresponder al mismo sentimiento, pero sonrío.

—Quería hablar contigo —le digo, sacudiendo la pierna buena nerviosamente debajo de la mesa.

La conversación con Beth fue el punto de inflexión que necesitaba. No estoy del todo convencido de que merezca un final de película, pero me gustaría que Ib supiera lo que se esconde detrás de mis cambios de humor, de la distancia que nos hemos impuesto. Tenía miedo. Tengo más miedo ahora que nunca, joder. Miedo a no vivir las primeras veces que nos quedan y a no repetir las que ya hemos dejado atrás. Pero, al mismo tiempo, estoy decidido a hacer las cosas bien. Esta vez no huiré, ni me quedaré callado cuando sepa qué decir, aunque la verdad me haga sentir ridículo y pequeño. Porque mi mayor bendición es también la más grande de las perdiciones: estoy enamorado de Ib. Nunca he dejado de estarlo. Si fuera posible hacerse una radiografía de sentimientos, ella podría ver

su nombre escrito de distinta forma en todos mis huesos, desde que aprendí a escribir hasta este preciso instante.

Esa es la razón por la que decidí quedar con Carley; ella y su marido (Clayton, el puto Mike Clayton) iban a estar en Reno el fin de semana para no sé qué evento deportivo. Me mata la idea de estar tan cerca de Ib y no poder verla (ya van tres días de silencio por parte de los dos), pero creo que es lo correcto. Ella me dejó muy claro que le debía una explicación a Carley después de que volviéramos de Vancouver y, cuando sea el momento de reencontrarnos, me gustaría parecerme más al niño que dibujaba con su color favorito (el azul cuando lo mezclas con un poco de blanco), al chico que pensaba que todo saldría bien, aunque fuera un engaño. Me siento mejor cuando soy esta versión de mí mismo, no lo hago solo por Ib. Carley respondió con entusiasmo a mi invitación, y hemos quedado en un bar mientras Clayton está en el evento. Una parte de mí sigue aferrada a la herida, como si la cicatriz fuera cuestión de infligir un daño mayor, con otro nombre, con otra forma. Pero la venganza no va a devolverme mi pierna. A veces, repetirlo en mi cabeza es lo único que me calma. Aunque también hay algo que duele en esa calma, como si me envolviera una nostalgia que se queda pegada, difícil de arrancar.

—Tú dirás —ronronea Carley, apoyándose sobre la mesa con los brazos cruzados. La mano con la alianza queda oculta bajo el codo.

—Me gustaría… —carraspeo—, me gustaría pedirte perdón si alguna vez has podido malinterpretar mis intenciones. —Ella abre los ojos de la sorpresa, y después los estrecha con curiosidad y algo parecido al recelo—. Quiero decir, es normal que pensaras que quería algo contigo porque en verdad era lo que buscaba cuando me

acerqué a ti. Pero lo hice llevándome la contraria a mí mismo. —Noto la lengua como enredada, así que toqueteo el *piercing* del labio con la punta, saboreo el denso regusto metálico antes de decir—: Lo hice para vengarme de tu marido.

Y entonces le explico mi pasado con Mike. Me resulta difícil contar esta historia omitiendo la batería de adjetivos despectivos que tengo en la cabeza («cabronazo» es el más suave y mi preferido), pero consigo mantener un tono más o menos neutral mientras le hablo de mi lesión, de mi estúpido plan de venganza. Puedo imaginar a Ib sentada a mi lado, asintiendo con su preciosa sonrisa y cogiéndome la mano por el pulgar. «Parece que tienes sentimientos y todo», bromearía, y yo respondería dándole un beso en la sien: «Corazón, ojalá hubiera podido quitarle el miedo a mi mundo antes de que le hiciera sombra al tuyo».

Cuando acabo de hablar y le doy un trago a mi refresco, Carley parece perpleja como solo una persona caprichosa puede serlo.

—¿Me estás diciendo que te gusta esa chica? ¿Esa?

—Se llama Ib —digo, intentando controlar el enfado de mi voz—. Y sí, me gusta. Me gusta mucho. —Carley se ríe detrás de su bebida, se moja los labios y se los mancha de espuma. Me da la sensación de que quiere que diga algo más al respecto, pero no lo hago—. Lo siento si te he confundido en algún momento o te he hecho daño, pero…

—¿Pensabas que quería algo serio? ¿Contigo?

Y me mira de arriba abajo con la cara contraída por el asco, y se detiene en lo que no puede ver, pero sé que ha estado presente desde que nos conocemos: mi pierna. Mi cojera.

—Bueno, tampoco diría que algo serio. —Noto un calor desagradable en la cara; agradezco habernos sentado cerca de la puerta: la ráfaga de aire me ayuda a respirar de vez en cuando—. Pero pensaba que yo a ti sí que te gustaba. Ginger le dijo a Ib…

—A la gente como Ginger es fácil engañarla. Ella retransmitió lo que a mí me interesaba. Solo eso.

—¿No tienes nada que decir de lo que te he contado sobre Mike?

Se encoge de hombros y busca con la mirada al camarero para pedirle la cuenta. Yo me rasco el brazo, sintiendo alivio en el engaño. Me he repetido tantas veces que era mala persona que llegué a creérmelo, pero nunca disfrutaba del daño que hacía. La gente como Carley, como Mike, se enorgullece de ello. Como si dentro de su retorcida visión del mundo, las personas tuvieran una utilidad cuanto más permisivas sean.

Salimos del bar envueltos en un incómodo silencio. Carley me pide que la acompañe hasta su coche, y yo me abrocho la bomber y acepto con un suspiro resignado. La calle está poco iluminada, es de noche, el viento de finales de septiembre sabe a agua dulce y a pescado ahumado. Tengo ganas de ver a Ib. Quizá le escriba mañana. Pienso en volver a besarla, en enterrar la cara en su cuello, en oír esa voz que solo pone cuando está siendo amable con alguien más. Quizá le escriba mañana, sí.

Estoy tan ensimismado imaginando esa posibilidad que no me doy cuenta de que Carley me ha conducido a un callejón oscuro, sin salida. No hay ningún coche. Solo un amago de sonrisa que, a partir de este día, intentaré sumar a mi perdón.

—Rain…, yo también sabía quién eras tú desde el principio.

Doy un paso hacia atrás, confuso, y entonces una figura oscura se abalanza sobre mí desde el callejón y me da un puñetazo en la cara. Con las dos piernas sanas para sujetar mi peso, quizá podría haberme defendido, o salir corriendo; tiempo atrás era bastante ágil para ambas cosas. Pero la pierna izquierda se dobla hacia dentro, incapaz de soportar la brusquedad del movimiento, y me caigo de espaldas al suelo. Gritaría por el dolor si no tuviera la boca llena de sangre; escupo hacia un lado e intento levantarme, pero recibo una patada en el estómago y vuelvo a caer con el rostro descubierto hacia el cielo. Entre la oscuridad y las estrellas y la bombilla fundida de una farola veo a Mike. Me sonríe como un sádico; tiene los dientes más blancos de lo que recordaba, la cara de alguien que podría dedicarse a cualquier cosa, el pelo rapado.

—Así que te querías follar a mi chica, ¿eh, Cook?

Su voz es lo único que no tiene nada de especial. Es una voz normal, rugosa, rozando casi lo solemne. Pero a mí me produce escalofríos.

—Mike, yo…

No me deja terminar; me estampa la suela de una de sus deportivas en el pómulo derecho, hundiendo la punta entre los ojos. Noto cómo se arrastra sobre mi frente después y la piel se abre, y la sangre me gotea por toda la cara como si hubiera metido la cabeza en un barreño lleno de agua y hubiera esperado dos o tres segundos antes de retirarla.

—¿En serio crees que le gustas a alguien? —Se arrodilla para gritarme, y yo me encojo—. ¿Después de cómo te dejé? —Noto una sucesión rápida de puñetazos por todo el cuerpo: la cara, la espalda, desde las clavículas hasta las costillas, el estómago. Siento tanto

dolor, y sin embargo no consigo decir nada. «Se cansará, aguanta. Se cansará». Y entonces me susurra con una voz mortíferamente plana—: ¿Qué pasaría si te rompiese la otra pierna? Sería lo justo, ¿no crees?

Cuando le dije a Ib que me daba pánico sufrir, me refería a este tipo de anticipación. El recuerdo de un dolor que no tendría que ser recordado. Noto las manos fuertes de Mike trepando por mis piernas; ni siquiera es capaz de recordar dónde está la cicatriz, y fue él quien lo provocó todo. Se me escapa un quejido cuando presiona con fuerza sobre mi pierna derecha, la buena, y entonces la sujeta por debajo de la rodilla y tira hacia arriba, y mi visión se vuelve roja, y luego negra, y luego roja otra vez. Puedo notar la tensión de los músculos alrededor del peroné; el dolor se vuelve algo insoportable, como si alguien estuviera intentando alargarme desde partes opuestas del mundo. El grito que sale de mi garganta no es humano. No me siento humano. Soy este dolor.

—¡NO! ¡Por favor, no lo hagas! —Sé que estoy llorando porque Mike se ríe, pero el dolor no disminuye. Y hago lo único que me falta, algo que conozco mejor que este dolor y la vergüenza: rezar. Me pongo a rezar compulsivamente—: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad…

—¿Estás rezando? —La presión en la pierna se interrumpe de golpe, pero no soy capaz de dejar de rezar. Apenas veo por los golpes, aunque consigo abrir los ojos por una fina rendija; Mike se ha levantado y, frotándose las manos, me escupe sin mirarme—: Eres patético, Cook.

No hay más amenazas, más promesas retorcidas fruto de viejas rivalidades. Oigo cómo Mike y Carley se alejan, y yo me encojo todo lo que puedo en el suelo. Pierdo y recupero el conocimiento varias veces, pero siempre que me despierto lo hago con un nuevo rezo en los labios: «Señor, te pedimos que al levantarnos mañana podamos mirar al mundo con ojos llenos de amor».

El corazón y el chico que veía el amor como un final

—Amén.

Mi padre sonrió apenas, satisfecho de haber escuchado que me sumaba a la oración, mientras se llevaba un trozo de carne a la boca. Mi madre, por su parte, parecía más nerviosa. Había pasado toda la mañana en la cocina, preparando un estofado de carne de res con una precisión casi quirúrgica. Las patatas y zanahorias estaban cortadas exactamente del mismo tamaño. El apio, la cebolla, el tomate; todo lo había procesado meticulosamente, asegurándose de que no quedara ni rastro de semillas en la salsa. A mi padre le molestaban entre los dientes, decía, como si fueran una ofensa personal. Por eso mi madre lo había cocido todo a fuego lento, revisando constantemente la mezcla, añadiendo laurel, tomillo, ajo, maicena. Cada pocos minutos se llevaba la punta de una cuchara a la boca para comprobar la sazón. Incluso después de apagar el fuego, se había quedado de pie junto a la cacerola, observándola con ojos brillantes e imperiosos.

Cuando mi padre probó el primer bocado, ella siguió esperando un poco más. Sonreía, cansada.

—Le falta sal —dijo él.

Nada más.

Comimos en silencio, mientras la televisión llenaba el espacio con noticias que mi padre comentaba de vez en cuando, casi siempre para criticar algo. Me enfadaba tanto su egoísmo… Era insoportable su forma de reducirlo todo a un juicio. Pero también me enfadaba mi madre, que siempre asentía, que nunca respondía. Siempre callada, siempre dispuesta a buscar lo mejor, a hacer todo más fácil, aunque no lo fuera. Cómplice, cómplice, cómplice.

Había algo sofocante en esa dinámica: mi padre, que creía estar por encima de todo; mi madre, que se ponía de puntillas para rodearle con los brazos. Y yo, atrapado en medio. Últimamente, las cosas habían empeorado. Mi padre me había quitado el pestillo de la puerta. Me encerraba en el coche a veces para que escuchara sermones sobre cómo los jóvenes podían echarse a perder si no vivían con disciplina. Aquel día me había visto obligado a bendecir la mesa después de dos días sin comer. No porque no tuviera hambre, sino porque mis notas habían bajado y mi padre decía que no merecía más. Todo era tan absurdo como insoportable. Su control. Su voz que lo llenaba todo. Su idea de que el mundo podía moldearse solo con la fuerza de su voluntad.

—¿Pasa algo, Ethan? —preguntó mi madre.

Habíamos terminado de comer. Mi padre estaba sentado frente a la televisión con su café, el mismo que mi madre le había preparado en silencio, como cada día. Ella recogía la mesa, con una pila de platos entre los brazos. Como cada día. Pero en ese momento me miraba con el ceño fruncido, preocupada, como si hubiera dicho algo sin darme cuenta.

—Estoy… confundido —dije al fin, sorprendiéndome a mí mismo.

Esa era otra de las cosas que no soportaba de crecer: esa sensación de que todo dentro de mí era una bola gigante e incontenible, un revoltijo de emociones que peleaban por salir en los momentos más inoportunos. Vulnerabilidad, preocupación, rabia. Todas juntas, todas al mismo tiempo.

—¿Por qué?

—Me gusta una chica.

Lo dije con la voz baja, probando cómo sonaba en el aire. Anticipé la pregunta que seguiría sobre su familia, si eran creyentes, si asistían a la iglesia. Pero, en lugar de eso, los ojos de mi madre me arroparon con calidez.

—¿Y qué te preocupa?

—Creo que yo no le gusto a ella.

—¿De qué te extrañas, hijo? —Mi padre apagó la televisión y volvió la cabeza hacia mí, con ese gesto rígido que parecía parte de su cara—. ¿Crees que puedes hacer feliz a alguien? Si ni siquiera puedes hacer felices a tus padres… ¿Sabes lo complicado que es el amor? ¿Lo que tienes que sacrificar, la fe que eso implica? No, tú no sabes nada de eso.

Su tono era seco, deliberado. Yo me quedé callado. La boca me sabía a carne y a culpa.

Mi madre dejó lo que hacía y se sentó en la silla más cercana, la que mi padre siempre ocupaba en la mesa. Se apartó un mechón de cabello rubio que había escapado de su moño. Siempre lo llevaba recogido, con blusas cerradas que cubrían hasta el cuello.

—Lo que tu padre intenta decir…

—Su padre ha sido claro. —Él se puso de pie y avanzó unos pasos hacia la mesa, las manos en los bolsillos, y su voz adoptando una

curiosidad falsa que siempre resultaba más peligrosa que su enfado —. ¿Quién es la afortunada?

Hizo una pausa teatral, dejando caer una risa breve, como si la idea de que alguien pudiera verme de esa manera fuera un chiste en sí misma. Pero cuando no respondí, cuando no dije nada, su mirada cambió.

—¿No será la hija de Bruce y Nailah? Ya sabes que no me gusta que te juntes con esa chica. Lleva el pecado de su madre en la piel.

—Nailah solo está deprimida, John —susurró mi madre, mirando hacia abajo.

Él se giró hacia ella, fulminándola con la mirada.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —contestó con frialdad, antes de volver a fijar su atención en mí—. Hasta que no seas un buen chico, Ethan, olvídate de que alguien te vea con buenos ojos. Primero está Dios, ¿te queda claro?

Lo dijo como un mandato, esperando a que asintiera antes de añadir:

—Y tú —se dirigió a mi madre—, termina de recoger la mesa.

Mi madre obedeció sin mirarnos, tomando los platos en silencio, mientras mi padre se sentaba de nuevo en su sillón. Yo permanecí en la silla un poco más, inmóvil, como si algo me retuviera.

—¿Qué haces ahí todavía? —gruñó—. Me estorbas a la vista.

Me levanté y subí a mi cuarto.

Era imposible imaginar que alguien quisiera sostener lo que otra persona no paraba de señalar como roto.

36

RAIN

No entiendo las razones que llevarían a un restaurante de menos de sesenta metros cuadrados a tener ocho televisores colgados de la pared. Ocho.

Siempre me pregunto lo mismo cuando el camarero viene a tomar nota. «Eh, ¿por qué el único restaurante de un pueblo tan pequeño como Cold Springs tiene ocho televisores? Estadísticamente hablando, no os va a salir rentable», me gustaría decirle, y lo haría si las veces que viniera a este sitio no lo hiciera acompañado de mis padres. Las diez o doce horas que pasamos juntos al año quedamos para comer aquí; ellos vienen desde Sacramento, nunca me han ofrecido vernos en un punto intermedio ni yo se lo he propuesto. Mi padre siempre pide el mismo filete de salmón sobre una fuente de arroz con verduras, y cuando se lo sirven, junta el dedo pulgar y el índice hasta formar un círculo y extiende los otros tres, y los levanta hacia el camarero mientras mueve la barbilla con aprobación. A veces el camarero ya se ha ido, pero él sigue haciendo el mismo gesto hasta que alguien le hace notar que ya lo ha visto y él se siente… ¿agradecido?, ¿menos estúpido? Ese alguien suele ser mi madre, que procura sentarse entre los dos como si fuera un parapeto. Ya no le quedan más ensaladas que probar de la carta, así

que ha pedido lo mismo que mi padre, pero sin gesto incluido. Yo mordisqueo una alita de pollo mientras miro los tres televisores que hay colgados en la pared que me queda enfrente, al fondo del restaurante. Para colmo, emiten cosas distintas. Me centro en la imagen del medio, una especie de telenovela, porque a la izquierda están dando un partido de fútbol americano (Baltimore Ravens contra Cincinnati Bengals) y a la derecha, los típicos videoclips de música que no acompañan a la melodía que se escucha realmente por los altavoces.

Mis padres hablan y yo escucho. Del trabajo en el parque acuático, de que la poinsettia que mi madre compró por Navidad aún sigue con vida (y eso solo puede ser un milagro, una señal de que la vida es cómoda y correcta), de los avances en medicina con los que sí están de acuerdo. Entonces mi padre dice:

—Me avergüenzas, Ethan.

Estaba tardando. Sigo con la mirada fija en los televisores un rato más, preparándome. «Hay menos separación entre estos televisores que en los edificios de Japón». Sería un buen chiste para decir en voz alta si estuviera con mi tía Beth, pero odia a mi padre porque no dudó en darle de lado junto al resto de la familia y no quiero hacerla pasar por esto. Dejo la alita sobre el plato y suspiro, agachando la cabeza.

—¿Por qué, padre?

Él me devuelve la mirada con ese aspecto de parroquiano que no ha roto un plato en su vida.

—¿Te parece normal salir a la calle con esa cara?

Ha pasado casi una semana desde la paliza. Por suerte, según dijeron textualmente los médicos, Mike solo me fisuró un par de

costillas. A pesar de la sangre, de los distintos cortes y magulladuras que tenía por toda la cara, había un par de cosas torcidas y abiertas como un manantial, pero no rotas. Ahora sé lo que están viendo, lo que pueden ver todos. Los círculos entre verde y amarillo alrededor de los ojos; la tirita que une la carne pálida del labio y desdibuja el arco de Cupido; la nariz un poco hinchada todavía, y la ceja partida en la línea que asciende desde el final del párpado. La fuerza del golpe me arrancó el *piercing*. Bonnie se ofreció a comprarme otro, pero ya no lo quiero.

Y luego está lo que nadie puede ver. La muela que oscila si empujo con la lengua; la marca ligeramente roja en el pómulo derecho que puede confundirse con un rubor, pero que pertenece a la huella de la zapatilla de Mike; el sentimiento que se ha pegado a mis huesos desde aquella noche y que es el hijo del miedo, el nieto de la vergüenza.

—Sí, estoy de acuerdo contigo en que deberían meterme a la cárcel por ser tan guapo —respondo a mi padre, sonriéndole de medio lado.

—No tiene gracia, Ethan. —Se pone rojo de furia, y mi sonrisa se hace más profunda—. ¿Disfrutas humillándote? ¿A mí, a nuestro apellido?

—Si respondo que sí, ¿me desheredas? Porque, de ser así, no.

Mi padre vuelve la cabeza, frustrado, hacia la cristalera del restaurante, al parque infantil que espera al otro lado. Se centra en el verde de la hierba, en los niños que gritan y trompican sobre los colores chillones del plástico y la compleja estructura rizada del tobogán. Aprovecho para dejar que la incomodidad y el dolor se adueñen de los músculos de mi cara; no quedaban mesas bajas

cuando llegamos, así que tuvimos que sentarnos en las otras, unas mesas de madera maciza, lacada, altas. Es físicamente imposible encontrar una postura relajada para mi pierna en un taburete de estos, pero antes muerto que admitir algo así delante de mi padre.

Se levanta a pagar en la barra, «como se espera de mí», y luego me señala, a mí y a mi ropa, «todavía no estoy muerto». No encuentro tanta satisfacción ante ese comentario como otras veces, la verdad. A solas con mi madre, esta baja la voz para preguntarme, aunque mi padre está lo suficientemente lejos como para oírnos:

—¿Has denunciado?

—Es mi día a día —miento, pero ella se fija en mis nudillos lisos, pálidos, y yo escondo las manos bajo la mesa y clavo la mirada en mi plato, con las alitas casi intactas.

Siempre han servido la comida sobre un papel de cuadros blancos y negros. Ib y yo solíamos jugar a las damas con los restos del rebozado que se caía de los trozos de pollo que ella solía pedirse, o con pegotes de kétchup. Cierro los ojos y mi corazón late rabioso. Recordar vuelve a ser algo horrible, algo que me hace sentir defectuoso. Noto unos dedos fríos cerrándose sobre mi brazo, y alzo la cabeza. Mi madre me sonríe tristemente.

—¿Estás bien?

Siempre nos hacemos la misma pregunta en estos encuentros cuando mi padre se levanta a pagar.

—Sí. —Trago saliva—. ¿Y tú?

—Bien también.

—¿Y papá, lo del corazón?

—Totalmente recuperado. —Su gesto se ablanda, como el día que me presenté en Sacramento al enterarme del ingreso—. Podrías

preguntarle cuando vuelva…

—No es necesario.

Nos quedamos callados, pero ella no me suelta el brazo. Sus dedos parecen como hundidos en la tinta negra; la imagen me recuerda a esas esculturas de mármol que hay en algunos museos, en el que una figura religiosa o mitológica busca consuelo en sí misma tras la tragedia. Siempre me fijaba en la posición de las manos, me asombraba cómo el autor había conseguido domar el mármol para que pareciera realmente piel. Eternamente conservada, esa desesperación.

—He… he vuelto a ver a Ib.

No sé por qué le estoy diciendo esto a mi madre. Supongo que quiero oír que es un error. Escuchar la misma amenaza que me hicieron hace cinco años, tener un motivo para verla como algo inalcanzable y quedarme encerrado en este pueblo el resto de mi vida.

Pero mi madre parece… contenta. Y aliviada.

—Me alegro mucho, Ethan. —Una pequeña pausa, la misma forma de parpadear que tengo yo cuando algo me hace dudar—. ¿Cómo le va a su madre en el centro?

—Bueno, ahora mismo no lo sé. A Ib le preocupa bastante ese tema, pero… un momento. —Mi voz se apaga a medida que proceso lo que implica su pregunta. La sorpresa eleva mis cejas, los puntos tiran sobre la piel—. Yo no te he dicho que la madre de Ib esté ingresada en ningún centro. —Y añado, cuando veo una sombra de bondad en sus ojos verdes—: ¿Lo pagas tú, mamá?

Ella se vuelve para mirar por encima del hombro, asegurándose de que mi padre sigue en la barra. Después se inclina hacia mí con una

sonrisa culpable.

—No es cristiano empujar a una persona al borde de su propia mente. Cuando nos contaste que el padre de Ib estaba engañando a Nailah… Tu padre quería decírselo sin ningún tipo de tacto, por eso me vi obligada a hacerlo yo, y de inmediato. Jamás habría esperado… —Su rostro empalidece por la falta de aire, se lleva la mano que tiene libre al pecho y la mueve como si fuera un corazón herido. «"Culpa", mamá», le diría si supiera cómo hablar. «La palabra que buscas es "culpa"»—. Necesité años para perdonarme primero, y buscarla después, antes de que nos mudáramos a Sacramento. Retomamos el contacto y arreglamos las cosas, pero preferimos no deciros nada. Todo era tan inestable… Cuando Nailah se quedó sola porque Ib se independizó, no quería morir, o al menos esa fue mi impresión. Quería no sufrir. Así que me ofrecí a pagarle un centro cerca de su hija. Tu padre no sabe nada —dice, y parece que va a llorar en cualquier momento—. Ella está atendida. Y a ti te cuida Beth.

Su mano sigue alrededor de mi brazo, y yo hago presión con los codos sobre el muslo izquierdo esperando sentir más de lo que siento. Pero mi cuerpo y lo que hay dentro es un mosaico incontrolable de nervios dañados, abismos de culpa, vasos sanguíneos reventados como la mecha de un petardo, la laguna de haber vivido algo, preguntarse «¿para qué?» y luego arrepentirse de la pregunta.

—Mamá…

Y entonces mi padre vuelve, guardándose la cartera en el bolsillo, y mi madre se apresura a soltarme y se pone de pie. La despedida

es fría, como siempre. Sin promesas, sin ningún hilo invisible que nos asegure un regreso.

Mientras camino hacia la casa de Bonnie, siento que la inquietud me sigue, como si fuera otro par de pasos resonando a mi lado. Quiero convencerme de que esto es un mal sueño, uno del que puedo despertar. Que la preocupación de mi madre no es real. Que sigo sin tener opciones. El mundo debería ser sencillo. Malo o bueno, blanco o negro. Algo que puedas nombrar sin titubear. Pero no es así. Nunca lo ha sido. No hay versículos ni sermones que puedan explicar a quienes vivimos en los márgenes, flotando entre lo correcto y lo necesario. Somos solo eso: gente haciendo lo que puede, buscando algo parecido al norte con una brújula que siempre parece estar rota.

Cruzo por delante de la casa del padre de Ib, y sus hermanos, que estaban jugando en el porche, vienen corriendo al verme.

—¡Ethan, Ethan! —Corean mi nombre con entusiasmo, y yo intento desprenderme del enfado irracional que siento cada vez que lo oigo, pero no puedo evitarlo: veo el rostro de mi padre al mismo tiempo, y siempre parece la primera vez—. ¿Cuándo vas a volver a entrenarnos? ¡Te echamos de menos!

Le doy golpecitos en la cabeza a Bóreas, o tal vez sea Céfiro, no lo sé, y sigo caminando sin detenerme, sin decir nada. Al llegar a casa de Bonnie un par de calles más abajo, un adosado con un árbol sin frutos en la entrada y la fachada de ladrillo blanco, blanco hueso, llamo al timbre como un puto desesperado. Bonnie me abre, y estoy a punto de tropezar cuando le rodeo la cara con las manos e intento unir mis labios a los suyos. No quiero besarla, no a ella, pero no sé qué más hacer. Necesito algo que me saque de aquí, que me ancle

al cuerpo por un momento. Algo que no sea este dolor, que no se parezca en nada a lo que estoy sintiendo.

Pero Bonnie me aparta con delicadeza, cierra la puerta y, una vez dentro, apoya su frente contra la mía hasta que recupero el equilibrio.

—Tú no quieres esto, Rain —murmura, y tiene razón, joder. Tiene razón—. ¿Tan mal te ha ido con tus padres?

—Me siento como al principio, Bonnie. Como al puto principio. Antes de ver destrozado mi sueño, de romperme la pierna, de perder a Ib… Soy el niño que le parece un error a todo el mundo. Soy Ethan.

—Cálmate un momento.

Bonnie me guía al salón con una suavidad que contrasta con su voz, firme pero amable, y me presiona los hombros con cuidado hasta que me dejo caer en el sofá. Sobre la mesa está su portátil, pausado en un fotograma de una serie donde dos mujeres se besan apasionadamente. Una vela aromática arde junto a la pantalla, inundando la habitación con un olor dulce y opresivo a jazmín. Clyde aparece como parte del plan: Bonnie lo deja caer en mi regazo. El gato cartujo se estira y me lanza una mirada aburrida antes de rodar sobre su espalda, ofreciendo su barriga gris para que la acaricie. Obedezco sin pensar, dejando que el movimiento repetitivo de mis dedos se convierta en una pequeña ancla. Bonnie, con el pelo rojo recogido de cualquier manera y un mechón rebelde cayéndole sobre la frente, se sienta a mi lado.

—Cuéntamelo todo. —Su tono no es una sugerencia—. Tienes tiempo. Mis padres no vuelven hasta la noche.

Y eso hago. Me sumerjo en un monólogo intermitente conmigo mismo, solo roto por dos tipos de pausas: las insoportables, en las que respiro como si me estuviera ahogando y comparto un cigarrillo con Bonnie para salvarme, y las tristes, en las que reprimo las ganas de llorar y maldigo que los antidepresivos no actúen más eficientemente. Pero expreso en voz alta, por primera vez en mi vida, la mayoría de las cosas que me he guardado. Y no me duele la pierna mientras lo hago. No siento nada que no sea esta especie de vacío, que por primera vez no me parece tan malo.

—Y… creo que no me dejo nada. —Sonrío débilmente, arrastrando las palabras que, como mi vida, suenan muy confusas ahora mismo. Clyde se ha dormido, y su cuerpecillo caliente se estremece con una regularidad tranquila bajo la palma de mi mano.

—Tienes que hablar con Ib de una maldita vez, Rain —dice Bonnie, inclinándose sobre la vela para apagarla con un débil soplido. Después apoya la cabeza en mi hombro y suspira—. Me sabe tan mal que pienses que no eres suficiente para nadie. De verdad, creo que podría llorar ahora mismo.

—Bueno, eso igual me sube el ego.

Bonnie se ríe y me da un codazo.

—Por favor, prométeme que intentarás salir adelante.

—¿A pesar de una vida tan corta?

—Precisamente por eso.

Lo pienso unos segundos y respondo con voz queda:

—Os lo prometo a todas.

Y Bonnie respira y llora, aunque yo finjo no darme cuenta para darle un poco de intimidad, pero apoyo mi cabeza sobre la suya para que sepa que valoro tener a una amiga como ella a mi lado. Entre

los pliegues del silencio, del atardecer que se derrama sobre esta parte del mundo, recuerdo las palabras que me dijo Ib en nuestro primer día en Vancouver, cuando nos detuvimos en aquella playa: «Pero no puedo dejar de vivir, Rain. Es lo único que no puedo cambiar de mí misma: la necesidad de seguir adelante, de vivir un día más, solo un día más».

Sonrío relajado. Me lleva ventaja, pero no por mucho tiempo.

37

RAIN

A la mañana siguiente, lo primero que hago al levantarme es llamar por teléfono a Ib, pero no contesta. Tampoco responde a mis mensajes, ni siquiera le llegan. Así que decido coger el coche y plantarme en la puerta de su bloque de apartamentos. Escondo las manos en los bolsillos de la bomber y agacho la cabeza para parecer tímido cuando una pareja sale del portal, y entonces aprovecho para colarme y subo hasta su piso. Llamo al timbre, grito su nombre, a veces lo acompaño de la palabra «perdón». Pero nadie contesta.

«Estará en la universidad». Este pensamiento me da un poco más de confianza. Me planteo seriamente ir hasta el campus y esperarla fuera de la facultad, pero no conozco sus horarios y me da miedo que nos crucemos sin saberlo. Así que decido volver al coche, que había aparcado justo enfrente de su edificio, e intentar hablar con ella cuando llegue. Según la encuesta que he hecho entre las amigas que saben lo que me propongo (Bonnie y mi tía Beth), esto no se parece en nada al acoso. Si Ib no quiere hablar conmigo, entonces respetaré su decisión y me marcharé. Si Ib me da una oportunidad para explicarme, entonces seré el hombre menos infeliz del mundo.

Pero las horas pasan y ella no vuelve. He ido retrasando el fumarme un cigarrillo porque no me apetecía salir a su encuentro

apestando a tabaco, y ahora estoy tan nervioso que me muerdo las puntas de los dedos y noto los ojos secos y el cuello tenso de tanto mirar a su portal. Cuando ya me estoy planteando volver mañana, veo a Vesta doblar la esquina y caminar, casi trotar, en mi dirección. Tardo medio minuto en decidirme y, cuando salgo del coche, la pierna mala tarda más de lo normal en responderme y me quedo colgado entre la acera y el pedal del freno mientras Vesta empieza a subir los primeros escalones.

—¡Vesta! ¡Vesta!

La chica se gira y, cuando me ve, arruga la cara y busca las llaves en la mochila como si su vida dependiera de ello. Por suerte para mí, se le caen un par de cuadernos y tengo el tiempo suficiente para cerrar la puerta del coche y llegar a su lado.

—Imbécil, imbécil, imbécil… —se pone a farfullar mientras guarda los cuadernos y pega la espalda contra los barrotes de la puerta.

—Sé que ahora mismo soy la persona a la que menos quieres ver en este mundo, pero necesito hablar contigo, Vesta.

—No, ese puesto es para el gilipollas de mi jefe —se defiende, sin dejar de rebuscar en la mochila—. Tú estás en segunda posición.

Parpadeo, poco acostumbrado a escuchar a una persona tan incómodamente sincera, a excepción de Bonnie.

—Lo entiendo, pero me gustaría…

—Rain, entro a trabajar en menos de una hora. Tengo que maquillarme, planchar una americana y convencer al pesado de mi novio de que no me envíe más flores cada vez que discutimos. Mi habitación parece el invernadero de Lincoln Park. —Habla atropelladamente, y de pronto le tiemblan las pestañas del alivio cuando encuentra las llaves—. Aquí están. —Me las pone en la cara

y después cierra el puño para esconderlas, como si se le hubiera ocurrido la idea de que pudiera llegar a quitárselas, aunque tampoco podría culparla, porque lo acabo de pensar; de hecho, lo estoy pensando ahora mismo—. Adiós, Rain, deja de molestarnos.

—¡Vesta, he venido a pedirle perdón a Ib!

La llave ya estaba dentro de la cerradura del portal cuando Vesta se detiene. Me mira a los ojos por fin, y sus pupilas se dilatan de la sorpresa.

—¿Qué te ha pasado en la cara? Me da igual —dice cuando abro la boca para explicárselo—. Tú no… no puedes aparecer y desaparecer cuando te venga en gana de su vida, Rain. Ella te quiere.

—Lo sé. Y yo la quiero a ella. —Vesta resopla y amenaza con hacer girar la llave, y yo me pellizco el puente de la nariz—. Me preguntaste cuando nos conocimos por qué me asustaba estar cerca de Ib. Pensar en un futuro juntos. Pero nunca fue culpa suya. El odio que me tenía a mí mismo era más grande que todo lo que sentía por ella.

—¿Y qué ha cambiado ahora? —Pronuncia esas palabras como si fueran un reto, y yo ladeo la cabeza y estiro los labios.

—Depende de cómo lo mires, supongo. Desde fuera, nada. Pero ya no me pesa que la gente me vea a su lado ni me aterra reparar las grietas que dejaron estos cinco años separados. No tengo nada tangible que ofrecerle, como ves. Solo un cuerpo que se las arregla para seguir adelante y un coche que cualquier mecánico declararía en estado terminal. Pero te juro que lo que hay dentro…, lo que hay dentro le pertenece a ella. —Me detengo un momento, como si buscar las palabras correctas fuera más difícil que admitirlas—. Sé

que es mi amiga, porque lo único que quiero es verla feliz, y esa idea me consume, y no pienso en otra cosa. Y sé que es amor, porque, a pesar de todo, deseo esa misma felicidad para mí. Egoísta, lo sé. Pero real.

El portal se abre y los dos damos un ligero respingo. Sale un hombre canturreando y la puerta comienza a cerrarse lentamente. Vesta no se mueve y mis hombros se relajan, confiados, pero su mirada sigue siendo dura y todavía no me ha devuelto ninguna sonrisa.

—Tú la dejaste sola. Después de hablar con Mona.

Apenas oigo la puerta cerrarse de lo mucho que me arrepiento de esa decisión.

—Ella me dijo que iba a ser un problema para Ib. Que acabaríamos como Jackson y Nailah.

—Menuda zorra —se le escapa, y corre a taparse la boca, como si se acabara de dar cuenta de que está hablando de la tía de Ib. El gesto me hace un poco de gracia, los ojos verdes de Vesta se arrugan a los lados y aparecen unas bolsitas de piel debajo—. Perdón. Estos días están siendo una locura. Enterarme ahora de esto, lo de la hermana de Ib…

—¿Cómo? —Doy un paso urgente hacia ella, creyendo haber escuchado mal—. ¿De qué estás hablando, Vesta?

Se muerde el labio, arrepentida.

—No debería contarte esto, pero… Mona le dijo a Ib que tenía una hermana. Jackson y Nailah tuvieron una hija. No quiso decirle nada más.

Cierro los ojos. De pronto, me siento anestesiado del mundo. De sus sabores, colores, formas. «Y tú la abandonaste una vez más. Y

esta vez no puedes culpar a Dios de creerte tu propio engaño».

—¿Dónde está, Vesta? —Mi voz es una súplica, una orden, una interrupción—. Necesito hablar con ella. Ya.

Se acabaron los juegos. Se acabó huir.

Vesta ve la determinación en mis ojos. Parece preocupada —pero no por mí— cuando saca un cuaderno de la mochila, un bolígrafo y arranca un pedazo de papel.

—Está en el centro —me explica—. Con su madre.

Apunta la dirección en el papel y me lo tiende.

—Gracias —respondo, doblándolo y guardándolo con cuidado en un bolsillo de la chaqueta—. Oye…, deberías plantearte lo de Noah. Si el tiempo que usa para comprarte flores y mandártelas lo empleara en cambiarse a sí mismo, jamás echarías de menos las flores.

Y antes de que Vesta pueda replicar, me doy la vuelta y me meto en el coche.

El corazón y el chico que nació para perder

Clavé la mirada en los picos de las montañas, en la nieve que se aferraba a ellos como si no supiera dónde más caer. Caminaba hacia el lago con las manos en los bolsillos, pateando las piedras del camino. Estaba cansado de ese paisaje. El mismo cielo apagado, las mismas casas torpes alineadas en hileras, las mismas caras que siempre sabían demasiado. No soñaba con rascacielos o avenidas llenas de luces. Soñaba con cualquier lugar que no fuera este.

Ib estaba allí, sentada en el rincón que habíamos adoptado como nuestro hacía años, antes de que las cosas se volvieran complicadas. Su cabello castaño, largo y enredado, caía como un velo descuidado sobre sus hombros. Cuando me oyó acercarme, ni siquiera volvió la cabeza.

—Llegas tarde —dijo mientras me dejaba caer a su lado con un suspiro.

—Estaba con Annie.

—Creía que tenías entrenamiento.

—También.

Ib empezó a deshacer pequeñas hojas entre los dedos, pulverizando briznas de hierba sin propósito. Sus mejillas estaban rojas; los labios, mordisqueados. Me encantaba observarla de perfil,

seguir con la mirada el arco de su nariz, la línea suave de su mandíbula.

—Rain… —murmuró, mirando el agua del lago como si pudiera darle respuestas—. ¿Qué nos ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. Antes no era así.

Busqué algo en el horizonte que pudiera distraerme de su tono, de su pregunta. «La gente cambia», quise decir, pero sabía que eso no le bastaría.

—La vida hay que vivirla, Ib.

Ella volvió un poco la cabeza, lo justo para mirarme de reojo.

—¿Te parece que no estoy viviendo lo suficiente?

No había enojo en su voz, solo curiosidad, pero aun así sentí cómo sus palabras se clavaban en mí.

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

Resoplé, frustrado, pero aun así me obligué a sonreír.

—En unos años tú serás escritora y yo estaré levantando trofeos y pidiendo números de teléfono a las fans más guapas.

Ib dejó escapar una risa breve, seca, como si aquello confirmara algo que no quería oír.

—Ya veo qué es lo deseable para ti y qué es… lo aburrido.

Supe que la estaba decepcionando. Lo sentí como si algo entre nosotros se estuviera rompiendo en ese mismo momento, desde las palabras de mi padre, pero no sabía cómo arreglarlo. Estaba atrapado siguiendo un guion que no había escrito. Pero nadie veía lo que realmente ocurría dentro de mí, la parte débil que se escondía detrás de toda esa fachada. Lo único que quería era besarla. Dejar

que ese simple gesto barriera el peso de todo lo que nos distanciaba. Volver a nuestras bromas, a esas tardes en las que reíamos hasta quedarnos sin aire, inventando teorías imposibles sobre el mundo.

—Estoy hecho para eso, Ib. Para ganar o para perder. No hay término medio conmigo.

Ella me miró entonces, con esos ojos azules llenos de algo que dolía más que la decepción: la pena.

—Eso no es verdad, Rain.

El silencio nos envolvió, y cuando intenté llenarlo, solo conseguí que sonara torpe:

—Háblame de algún libro. Así nos distraemos.

Ella se puso de pie sin decir nada, sacudiéndose las manos como si quisiera borrar cualquier rastro de nuestra conversación. Los pedacitos de hojas trituradas y hierba muerta cayeron al suelo.

—¡Ib, vamos, que es sábado! —grité cuando ya se estaba alejando, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Pero no se dio la vuelta.

Cuando regresé a casa, mi teléfono vibró en el bolsillo. Respondí, y con sus lágrimas llegó la culpa.

38

RAIN

—¿Nombre?

—Rain Cook.

La enfermera observa mi cara más de lo debido y teclea en su ordenador.

—Pero la paciente a la que viene a ver ya tiene visita —dice, frunciendo sus cejas negras.

—Disculpa, eh… Kelly. —Me acerco, inclinando la cabeza como si intentara mirar a través del agujero de una cerradura. Ella extiende las manos sobre el teclado y suspira. No sabría decir si disfruta teniendo su nombre colgado en la bata, al alcance de todos, o por el contrario lo odia—. Es que necesito hablar con esa persona.

—Mándele un mensaje.

—No me contesta.

—Pues espere fuera a que termine el horario de visitas.

—Estoy intentando fumar menos.

Kelly me mira con interés, pero su voz suena aburrida, aburridísima.

—No sé qué pretende hacer entonces, señor Cook.

—¿No hay ningún otro paciente que acepte visitas? —pregunto, apoyando el brazo sobre el mostrador.

Creo que es evidente que no voy a irme sin hablar con Ib, porque la enfermera pone los ojos en blanco y empieza a teclear con resentimiento.

—Si le preguntan, diga que viene a ver a la señora Thomas y que es su nieto. Ella no habla.

Le doy las gracias con entusiasmo; antes de que pueda retroceder, me coloca una pulsera de color rosa. Leo mi nombre en ella, seguido por la palabra «visitante». Imagino la delgada muñeca de Ib rodeada por la misma pulsera, mi pulgar buscando el suyo y, después, ascendiendo con la uña, siguiendo la línea de la vena, hasta quitársela y desnudar esa muñeca como desnudé el resto de su cuerpo en aquella habitación de Vancouver. El recuerdo me deja sin aliento unos segundos, los suficientes como para atravesar la recepción, el jardín, subir en el ascensor y no ser consciente de nada de lo que me rodea.

Me detengo frente a la puerta de la habitación de Nailah. Estoy nervioso. Aterrado. Sé que hay algo más, algo que Vesta no me ha contado. Me lo dicen las tripas, el timbre metálico y descontrolado que ha adoptado lo que late entre mis costillas. Joder. La culpa es la cicatriz que nunca tuvo una herida debajo. Me aseguro de que tengo la chaqueta bien puesta y el pelo ordenado, suelto el aire que se acumulaba en mis pulmones y, a la tercera respiración corta, abro la puerta y entro en la habitación.

Esperaba un aspecto más hospitalario, no tan… normal. Y moderno. No me entretengo en los detalles; mis ojos la buscan como una estrella fugaz busca su deseo, un pájaro a su bandada.

La ventana recorta el perfil de Ib, envolviéndolo en una luz cálida, casi etérea. Cuando me acerco, la luz parece parpadear sobre su

piel, alimentada por una nueva sombra, la mía, pero ella no se mueve. El flequillo le cae sobre los ojos, se me seca la garganta al observar el tono rosado de sus labios, la nariz como una pincelada imprecisa. Mi cuerpo entero suspira, y yo me acojo a ese sentimiento. La echaba tanto de menos. Todas esas cosas que he oído nombrar a lo largo de los años y que no tenían sentido para nadie más que para nosotros; gestos que recolectaba de extraños porque me recordaban a ella, y luego no sabía qué hacer con ellos; la constante pelea cada 3 de agosto por imaginar que su vida era buena, que ya no me pensaba, convenciéndome de que lo mejor para los dos era seguir en el olvido un año más.

Y ahora solo deseo abrazarla y que me respire, pero ella sigue sin verme. Mira fijamente una cama, y sobre la cama está su madre, tendida de espaldas al mundo. Se abraza el vientre con un solo brazo, y con el otro se sujeta el hombro como si temiera que fuera a caerse en cualquier momento. De forma inconsciente, Ib ha adoptado la misma posición. El aire huele a flores blancas y a manzana, mi pierna hace demasiado ruido como para seguir fingiendo que no somos tres personas en esta habitación.

Ib parpadea. Una, dos, tres veces.

—Tengo una hermana, Rain.

El tono alegre y esperanzador que impregnaba su voz ya no está. En su lugar flota una especie de perplejidad inexpresiva, un vacío frío y cansado.

—Ya lo sé, Corazón. Vesta me lo ha contado.

Noto un pequeño escozor en el labio; no me había dado cuenta de que tenía el *piercing* atrapado entre los dientes, y al hablar he tirado demasiado fuerte hacia arriba.

—Ah. —Me da la sensación de que le gustaría encogerse de hombros, pero por alguna razón se queda igual—. ¿Qué haces aquí, Rain?

—He venido a pedirte perdón.

Sucede algo curioso cuando imaginas un momento una y otra vez. Es como intentar tomar una fotografía del cielo en distintas horas del día, con diferentes cámaras, desde varios ángulos, esperando capturar lo mismo. Pero al final la imagen siempre es distinta, o en los peores casos nunca llegas a tomar esa foto. Quizá el cielo te parece demasiado perfecto y tu cámara no está preparada, o quizá simplemente miraste en otra dirección y el momento pasó. Ahora todo suena estúpido, insuficiente, cuando le cuento a Ib lo que me dijo Mona aquel día. La razón por la que quise apartarla de mi lado, el miedo a no ser más que otro problema para ella. Sé que Ib me está escuchando por el temblor cada vez más desbocado de sus hombros, pero no dice nada. Definitivamente, esto no es lo que había imaginado. Es… como intentar hablar conmigo mismo antes de que ella volviera.

Decido parar, no me siento cómodo. Tras unos segundos de dolorosa espera, Ib dice:

—Te perdono, Rain.

—No, Ib. Eso no… No quiero que me perdones así.

El silencio gotea sobre nosotros desde las esquinas de la habitación. La madre de Ib no se ha movido; casi me había olvidado de ella, aunque Ib no ha dejado de mirarla. Cada vez que el pecho de Nailah se expande con suavidad, Ib se mueve al revés, como si quisiera deshacer su respiración para asegurarse de que a su madre nunca le falta el aire.

—Cuando volví de Vancouver, no sabía qué hacer —murmura, y tengo que ponerme a su lado para poder escucharla—. Estaba tan confundida. No soportaba estar dentro de mi propia cabeza. Me había preparado para tantos finales… y resulta que me esperaba un nuevo inicio. Tengo una hermana. —repite, y el corazón plateado de su colgante brilla por el sol cuando ella espira lentamente—. No lo pensé. No hablé con Vesta ni con nadie. Vine aquí directamente y le conté a mi madre todo: lo del diario, nuestro viaje, que Jackson estaba muerto, mi conversación con Mona. Le pregunté cómo era posible vivir con un pedazo de mí, de nosotras, desperdigado por el mundo. Que las personas no somos hojas. Te prometo que después fui amable con ella, que le dije que yo la ayudaría a encontrarla, pero que necesitaba saber su nombre, que me contara si esta es una historia de abandono o una catástrofe humana más. Y mi madre se apartó de esa ventana —no se mueve para señalar, así que tengo que imaginarme sus dedos sin anillos bailando en el aire, quebradizos, como bailarines—, y se desmayó. Todo ocurrió tan rápido, Rain. Ni siquiera alcancé a ver si su boca se movía o no. Tal vez estaba diciendo el nombre de mi hermana, tal vez pretendía guardar ese secreto un minuto más, solo un minuto más… O tal vez no pensaba decir nada, a pesar de todo lo que yo sabía. El caso es que se desmayó, se golpeó la cabeza, y ha estado en el hospital hasta hace unos días. Ahora se niega a abrir los ojos. Sé que nos está escuchando, pero no quiere abrirlos. Y es culpa mía. Otra vez. Cada nueva revelación de mi vida trae consigo más preguntas y más culpa, y estoy…

Ib no consigue acabar la frase, y ninguno sabemos cómo recordaremos esto a partir de ahora. Despacio, me sitúo detrás de

ella y le separo las manos del cuerpo. Ella no se resiste. Cuando ambos brazos cuelgan lánguidos a los costados de su cintura, sigo sin esperar a que termine la frase para acercar mi pulgar a la mano adornada con la pulsera, y acariciarle la palma con delicadeza. El contraste entre el rosa y la palidez de su piel me hace sentir tranquilo de un modo difícil de explicar. Puedo sentir cómo Ib se estremece, pero antes de que pueda unir mi pulgar al suyo, se da la vuelta. Sus manos, unas manos demasiado limpias, sin manchas de tinta, me recorren el torso sin tocarme, y es una sensación rarísima y provocadora a la vez, y después se detienen sobre mi cara. Ib me mira, finalmente, y yo estoy a punto de rezar de nuevo. Al principio sus ojos se muestran taciturnos y preocupados, luego curiosos y melancólicos mientras apoya sus dedos en mis pómulos y presiona con cuidado, varias veces, evitando rozar las heridas que siguen visibles tras la pelea. Me acaricia la mejilla con su aliento cuando sube hacia la frente, las yemas rozando mis cejas, entreteniéndose en el lugar en el que debería estar el *piercing*. Sus dedos vuelven a bajar después, y yo contengo la respiración y cierro los ojos mientras dibuja el contorno de mis labios, con cuidado de no tocar el corte en el arco de Cupido. Siento un cosquilleo excesivamente agradable cuando pulsa sobre el aro de metal, pero cuando la miro de nuevo, está llorando.

—Una vez me preguntaste cómo me sentí la primera vez que fui consciente de que había renunciado a mi sueño de ser escritora. —Me sujeta la cara como si fuera a besarme, pero ninguno de los dos se inclina—. Vacía —susurra, y entonces me suelta—. Así de vacía.

—Corazón…

—No quiero volver a verte, Rain —dice, alejándose de mí. La habitación de pronto adopta el tamaño de un auditorio. El eco de su voz rebota en las paredes, su rostro se vuelve borroso y su cuerpo se encoge—. Ya tienes mi perdón. Ahora necesito que te vayas —murmura, y se da la vuelta sin frotarse los ojos—. Quiero seguir hablando con mi madre.

Llevo la contraria a mis pensamientos otra vez. Porque quise besarla, y la hice llorar. Porque quiero quedarme, pero mis pies me traicionan y me trasladan fuera de la habitación. No miro atrás. No estoy huyendo, o eso me repito. Solo necesito espacio y un cigarrillo para aclarar lo que debo hacer.

Cruzo las puertas del centro y el viento me golpea la cara. Empiezo a caminar calle abajo, pero, con cada paso, el peso se hace más insoportable. No solo en la pierna, que late con ese dolor sordo y familiar, sino también en el pecho, donde algo parece hundirse más con cada respiración.

De repente lo entiendo. Estoy haciendo justo lo que Ib temía. Estoy siendo el hombre que ella sabía que podía ser: el que desaparece sin dar explicaciones. Y esa idea me envenena. Me detengo en seco, sin haber llegado a la esquina.

«He venido esta noche porque, cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida empiece lo antes posible».

Esta frase no aparecía en el diario de Nailah. Pertenece a la película *Cuando Harry encontró a Sally*, y la primera vez que la vi, aunque no recuerdo dónde ni con quién, sé que pensé en Ib. Pero fui demasiado cobarde como para ir a buscarla.

Todavía falta para el anochecer, pero no pienso cometer el mismo error dos veces. Me giro de inmediato, el pulso acelerado, y empiezo a caminar de vuelta al centro. Pero no es suficiente. Tengo que correr, tengo que volver a ella más rápido. La puedo ver, mirándome con sus preciosos ojos claros, llamándome. Esperándome. En mi mente soy un niño otra vez, persiguiendo pájaros en los campos de Cold Springs, sintiendo la libertad en el movimiento de las piernas. Mis músculos recuerdan cómo hacerlo: subir, bajar, avanzar, pero ahora es diferente. La pierna izquierda se resiste, el dolor estalla con cada zancada. Es una ráfaga aguda que trepa por mi muslo y me corta el aliento, pero aprieto los dientes. Debo llegar. Debo estar al lado de mi mejor amiga. De mi futuro.

Entonces sucede. Siento la carne desgarrarse bajo la presión. Es una punzada tan violenta que el grito se escapa de mi garganta sin que pueda detenerlo. Todo se oscurece en los bordes, como si el mundo se estuviera cerrando sobre mí. Y caigo. Caigo sin remedio, tragado por una sombra espesa que apaga todo a mi alrededor.

39

IB

Cuando Rain dijo que yo era el sacrificio de su nuevo mundo, en lo alto de aquel mirador en la Torre de Vancouver, no comprendí la dimensión que intentaban abarcar sus palabras. Hasta hoy. Hasta el momento en el que le he pedido que me dejara sola, cuando únicamente pensaba en derrumbarme sobre sus brazos. Hasta que me he visto obligada a usar el perdón como un arma para distanciarme de él o distanciarlo de mí, no sabría decir qué ha ocurrido primero. Pero hacer algo que no te dejará reconciliarte contigo misma, y seguir haciéndolo porque no conoces otra cosa, es igual de inhumano. Para que las personas que amas estén bien, debes aprender a lanzar una granada contra tus propios deseos. Ver cómo explotan y se deshacen en fragmentos diminutos, recoger solo un trozo lo bastante grande como para sobrevivir y recordar. Ese era mi mundo: un mosaico de pedazos que pertenecían a todos los demás, pero nunca a mí. ¿Y si yo soy la mentira? ¿Y si la tristeza es ineludible para cualquiera que se acerque? A veces pienso que no he hecho más que retrasar lo inevitable. Alterar la vida con promesas que nacieron vacías, destinadas a ser solo aire, un destello fugaz antes de apagarse.

Parpadeo y trato de controlar el sollozo que avanza lentamente por mis terminaciones nerviosas; me da la sensación de que no he parado de interrumpirme a mí misma desde que cogí ese avión. «No pienses», me digo mientras cruzo los brazos sobre el pecho. «No sientas», y mis rodillas presionan contra el colchón sobre el que descansa mi madre, ajena a todo. Sé que no está dormida, porque respira como suspirando. Me gustaría seguir avanzando, encontrar la manera de llegar hasta el núcleo de su razonamiento y sacudirlo (¿no entiende el daño que me provoca?, ¿no sabe que la quiero con grietas y todo?), pero mis rodillas no pueden acercarse más y yo me muerdo el labio, frustrada.

—¿Sabías que todos estamos hechos de constantes? Latidos. El calor de la piel. Un tiempo finito para vivir. Más de mil millones de neuronas ocupadas en recordar algo que nos hace daño. El espacio en blanco que dejamos para lo que vendrá. Y el cambio, claro. Tú escribiste en tu diario que la única constancia que tenemos es cuando nos dejamos cambiar, como si el verdadero equilibrio solo existiera en el movimiento. —Me aclaro la garganta. Mi madre no se mueve, sigue encogida en posición fetal—. ¿Qué te pasó, mamá? Quizá no pueda entender el tamaño de tu pérdida. No tengo hijos, pero te tengo a ti, aunque siento que nunca me has pertenecido del todo. Ni yo a ti. ¿Es por lo que le pasó a tu primera hija? ¿Qué le pasó, mamá? —Espero un rato, como si de verdad fuera a obtener una respuesta, y cuando el silencio vuelve a distanciarnos, todo mi autocontrol se viene abajo y digo—: ¿Cuál es el plan, entonces? ¿Dejarte morir? ¿Vivir en silencio el resto de tus días? Recuerdo… recuerdo esas Navidades en las que os pedí una hermanita, y tú sonreíste y me pusiste una diadema que tenía unas orejas de reno

con luces para que saliera a jugar. Cuando volví, papá estaba como siempre, pero tú no quisiste mirarme a los ojos cuando desenvolví mis regalos y vi libros, solo libros. A mí no me faltaba de nada, y a la vez… ¿Por qué papá no lo sabe? ¿A quién le pido ayuda? ¿Por qué no soy…?

«¿Por qué no soy suficiente para ti?». Pero no puedo hacer esa pregunta en voz alta, o me echaré a llorar y tal vez no sepa cómo parar. Mamá no tiene nada que ofrecerme, además. No sé si sus hombros estaban así de rígidos cuando empecé a hablar, o si quizá su cuerpo empieza a cansarse de sostener la misma postura durante tanto tiempo. La misma postura, el mismo pasado, el mismo dolor.

Oigo que alguien vuelve a entrar en la habitación, y levanto la cabeza por si ese alguien resulta ser Rain. Antes el aire no olía a tabaco, y pensé demasiado en otra presencia, tanto que la sorpresa al verle se vio sustituida por algo más afilado y pudoroso. Como si solo hubiera vivido la ausencia de Rain, y no su visita. Pero la persona que ha entrado es la enfermera Kelly, y se señala la muñeca con insistencia, aunque no lleva reloj.

—Cinco minutos más —le pido, y ella resopla.

—El doctor Mittman está siendo muy permisivo con las visitas. Y yo también. —Cuando ve que no respondo, resopla más fuerte—. ¿Qué quería el chico?

—No la tenía por una enfermera cotilla —respondo, ruborizándome.

La oigo reír por primera vez. Tiene una risa tosca, casi parece una tos y el inicio de una advertencia. Rain tenía razón: las primeras veces con alguien te dan toda la información que necesitas sobre esa persona; son una profecía.

—Todo lo malo se pega —dice Kelly, y estira un poco los labios, muy poco—. El chico parecía realmente desesperado por verla…

—¿Por eso le dejó subir? Menuda corrupción, y en menos de dos meses.

Creo que en otra situación me habría reído.

—Se ha liado una en la calle hace un rato… Ha venido una ambulancia y todo —empieza a contarme mientras se mueve por la habitación para limpiar y abrir la ventana después de quitar el cerrojo de seguridad—. Un chico se ha lesionado la pierna o algo así. Al parecer, no podía correr y lo intentó de todos modos.

Me quedo mortalmente quieta, aunque la gravedad de la habitación parece alterada de repente. Lo que siento por dentro es igual de incoherente: un ritmo acelerado, confuso, como si mi corazón estuviera tratando de seguir una conversación que ya no puede entender.

—La enfermera Reed era más directa —mascullo.

—La enfermera Reed se ha jubilado, y yo no tengo ni hijos —se defiende, devolviendo la silla que estaba mirando hacia la ventana a su lugar, pegada a la mesa, a la otra silla—. Me gusta entender las cosas antes de sacar conclusiones.

—No puede ser él —razono, moviendo los hombros—. Rain no es tan idiota como para ponerse en peligro por mí.

Kelly tuerce la barbilla hacia arriba y hace un sonido con los labios apretados que me recuerda a un maullido. Mi madre sigue quieta, en pausa. Me agacho sobre ella y le pongo una mano en la espalda con dulzura. No consigo verle la cara; a veces el solo hecho de pensar que no volveré a ver su sonrisa me deja sin aliento porque no recuerdo si el colmillo que sobresalía era el de arriba o el de abajo,

si tenía la manía de fruncir ligeramente los labios al sonreír, y para qué lado. No hay fotografías recientes de eso. No hay recuerdos que consigan sobrevivir al miedo.

—Volveré mañana a la hora de siempre, mamá —murmuro—. Te quiero.

Solo se escucha el sonido de mi blusa ajustándose sobre mis clavículas resbaladizas por el sudor y el canturreo incesante de Kelly cuando me incorporo. Me aparto el flequillo de los ojos, recordando lo que acabamos de hablar. «Rain no puede ser tan idiota», me convenzo, aunque no pierdo nada por pasarme por el hospital un momento. Está aquí al lado, y así hago un poco de tiempo antes de volver a mi apasionante rutina de meterme en la cama a las siete y esperar a la mañana siguiente para… esto.

Me despido de Kelly y salgo de la habitación con la mano en el colgante y el corazón en los dedos.

«Sí; definitivamente, Rain es idiota».

Estoy en el hospital, y Rain está tumbado en una cama, la cara pálida y magullada y el cuerpo cubierto por una sábana blanca, con la pierna izquierda por fuera y vendada hasta el muslo. Cuando dije en el mostrador las palabras «chico con *piercing*, tatuajes y ropa negra», me trajeron directamente a su habitación y me explicaron que había tenido un desgarro muscular por forzar la pierna lesionada. El médico terminaba cada frase llamándole «irresponsable», y yo solo podía imaginar que si Rain estuviera consciente, le diría algo así como que se tranquilizara, que sin gente como él no podría conservar su trabajo. El pensamiento me

mantiene fría, es la barca en medio del océano, cuando el doctor se va y me quedo a solas con Rain. Me froto las manos, luchando contra el impulso de tocarle las heridas de la cara. «¿Cómo se las habrá hecho?». Y la respuesta inmediata, espesa: «No puede importarte, aléjate de él antes de confundirlo aún más».

—¿Qué… qué ha pasado? —Rain abre los ojos y me descubre observándole—. Mierda. Verás mi padre cuando le llegue la factura.

Retrocedo hasta asegurarme de que ninguno podría tocar al otro si una mano se alzara involuntariamente de repente.

—Te pusiste a correr, Rain. A correr —recalco, y al ver que sonríe de medio lado, mi expresión se endurece—. ¿Tienes idea del peligro al que te has expuesto? ¿Es que no te acuerdas de lo que has hecho?

—Lo recuerdo perfectamente, era una mera formalidad para saber si me odiabas.

—No te odio, Rain.

Pero esa verdad suena más cansada que otras veces.

El cable de la vía que le han puesto en el brazo se balancea cuando Rain se incorpora con gran esfuerzo. Lleva puesto el típico batín azul de los hospitales, y el cambio de color le hace parecer mucho más joven. Un chico con los sueños intactos. Un chico con una vida distinta, no sabría decir si mejor o peor.

—Gracias… gracias por venir —dice con un hilo de voz, y yo me pongo alerta.

—¿Has hecho todo esto porque sabías que vendría?

—Mierda, Ib, no soy tan retorcido. —Una pausa. Rain se muerde el *piercing* del labio—. Bueno, entiendo que lo pienses. En realidad,

volvía al centro para buscarte y terminar de hablar de mí, pero recordé demasiado profundo. Me imaginé que era un niño y…

—Tú, ¿recordar?

No soporto esta desconfianza. Quizá el cansancio está afectando a mi capacidad de perdonar, o tal vez me he dado cuenta de que el perdón del tamaño que sea tiene que pasar por uno mismo primero, madurar como un corte de carne noble antes de ponerla al fuego.

—Por favor, Ib. Por favor, escúchame —me ruega Rain, y tira de la parte inferior de su cuerpo hasta sentarse lo más recto posible, hasta que los músculos de su cara que permanecían plácidos, dormidos, se crispan por el dolor—. Soy capaz de arrancarme la vía y volver a joderme la pierna con tal de llegar hasta ti otra vez. Y no lo digo como un chantaje: puedes irte, que yo esperaré. He esperado mucho tiempo, pero me gustaría… Joder, es que tengo la cabeza muy ordenada ahora mismo.

—Y eso que estás hasta arriba de calmantes. —Esta vez, al contrario de lo que imaginaba, consigo reírme. Muy poco, apenas un espasmo en los labios y un ruido como de vocal colgando al principio de la garganta; Rain abre los ojos como si hubiera escuchado una noticia maravillosa, y yo me miro la punta de las zapatillas—. No sé, Rain.

—No te vayas. Sé que no te merezco, pero no te vayas.

—¿Qué ha cambiado? Pensaba que no creías en la justicia divina.

—Que no puedo evitarlo, Corazón. Creo en nosotros. Siempre he creído en nosotros.

Y me sonríe. Y su sonrisa es más profunda que cualquier dolor.

Tengo muchas cosas que pensar, muchas opciones que imaginar. Muchos escenarios por los que moverme en mi mente, que después

tendré que trasladar a la realidad de la forma más suave y pulida posible. Para evitar sufrir, para encontrar una razón que justifique esa decisión. ¿Acaso la vida no es más que un laberinto caótico y frondoso, con una entrada y una salida, y nada más? Tarde o temprano, querré saber qué fue de Rain. Puedo sentarme en ese laberinto a esperar, o puedo intentar buscar una salida ahora, aunque lo que me espere al otro lado sea otro laberinto más.

Mis brazos me envuelven, doy un paso hacia la cama.

—Habla, pues.

Rain junta los labios, pero sus mejillas siguen tirando de ellos. Sus ojos parecen mirar hacia dentro unos segundos, y entonces me buscan y siento que me aprietan como una mano; no sé cómo es posible, pero lo hacen.

Entonces se aclara la garganta y empieza a hablar:

—La primera vez…

El chico que buscaba un mundo sin lluvia

La primera vez que supe que estaba enamorado de ti, Corazón, tus padres todavía venían a casa todas las semanas. Hacíamos barbacoas en el jardín aunque el cielo se tiñera de gris y el dorado de las tormentas rozara el horizonte. No hace falta que cuentes con los dedos: tendríamos ocho o nueve años. Por aquel entonces no me habría atrevido a usar esa palabra. ¿Qué era el amor? Algo intangible, algo que no podía masticar ni trepar, y eso lo volvía irrelevante para mí.

Estabas tumbada sobre el césped, apoyada contra ese árbol tan delgado que siempre amenazaba con quebrarse. Leías un libro tan grueso que tenías que sostenerlo con ambas manos sobre tus piernas. Yo había subido a cambiarme de ropa después de la misa, todavía tenía el pelo endurecido por la gomina. Me senté a tu lado y empecé a hablarte. No podía parar de mencionar datos irrelevantes: quería tener dos ranas de mascotas, hacer pompas de jabón a todas horas, ir a ver un partido de los Raiders y saltar al campo de juego para robarles el balón… Tú te reíste, sin apartar la mirada del libro, y te metiste un dedo en el oído. Pillé la indirecta y quise irme, pero entonces me fijé en que no podías sostener el libro bien. Así que lo agarré de un lado por ti, sin decir nada. Y entonces levantaste la cabeza para sonreírme, y yo te miré. Sin parpadear.

Y lo sentí. Ese algo extraño e inexplicable, como si una boca invisible, desdentada, me estuviera masticando desde dentro. No dolía, pero tampoco podía ignorarlo. Era una presión constante, un recordatorio que no terminaba de entender. Solo sabía que, fuese lo que fuese, tenía que ver contigo. No podía ponerle un nombre. No sabía cómo explicarlo. Pero, de alguna forma, lo que deseaba era simple: que nunca dejaras de estar en mi vida. Y no ha parado desde entonces, no sé por qué. Mis sentimientos por ti podrían extenderse hasta el infinito.

Perdón, joder. Claro que sé por qué. Porque eres increíble, Ib. Tienes esa mezcla rara y maravillosa: interesante, preciosa, con una bondad que parece que no pertenece a este mundo, y un talento que impresiona sin que lo intentes siquiera. Es algo que pasa cuando estás cerca, como si la gravedad cambiara un poco y todo se inclinara hacia ti. Sucede al conocerte. ¿Sabes que, cuando nos separamos, repasaba en mi cabeza todo lo que sabía sobre ti, una y otra vez? Como si con eso pudiera mantenerte cerca. Introducía pequeñas variaciones con el tiempo, ajustándolas a lo que imaginaba que estarías viviendo en ese momento. Tu color favorito siempre fue el azul, pero no cualquier tono, sino ese azul líquido y brillante del globo terráqueo. ¿Tu libro favorito? Cuando éramos niños, *Matilda*, pero al cumplir los diecisiete decidí que sería *La insoportable levedad del ser*, porque recuerdo que una vez nos hicieron leer un fragmento en clase y pensé que te gustaría. Solo recuerdo una frase: «La vida es un boceto para nada, un borrador sin cuadro». ¿Tu animal favorito? Siempre creí que eran los erizos. Te gustaba la idea de que algo tan pequeño y redondo estuviera tan bien protegido. Pero luego oí que la nueva mujer de tu padre tenía

gatos, muchos, y pensé que quizá te sentías más comprendida por ellos. Por esa independencia que va y viene, como si supieran medir el peso exacto de una compañía.

Por favor, no pongas esa cara. No te escondas de esto.

Hasta que entré en la adolescencia, no dejé que ese sentimiento creciera demasiado. Pero llegó un momento en que no pude evitarlo. Estar a tu lado, Ib, verte todos los días y conformarme con que nos agarráramos de los pulgares de vez en cuando, ya no era suficiente. Empecé a hacer pruebas contigo, pequeñas indirectas para ver si sentías lo mismo que yo. Me gustaba cómo jugábamos, ese tira y afloja de nuestras bromas, pero siempre tenía la esperanza de que algún día tú dieras un paso más allá. Yo no podía. Me daba miedo. Admito que parte del miedo era la presión: de mis amigos, que no entendían nuestra amistad; del propio concepto de la amistad, que no quería romper. Eras la única persona con la que quería compartirlo todo, y pensé que si te besaba y no sentías lo mismo, arruinaría lo único puro y bueno que tenía en la vida.

Tampoco tenía confianza en mí mismo. Mi padre se la había dado toda a Dios y esperaba a que Dios me la devolviera, o algo así. Quizá te preguntes por qué no fui a buscarte, después de lo que pasó con tu madre, por qué no pedí perdón cuando tuve la oportunidad, y la respuesta siempre vuelve a él. Son el peor y el mejor impulso para cambiar, ¿no lo has pensado nunca? Las personas que nos quieren, nos odian o nos piensan en algún punto intermedio. Para mi padre, yo era siempre el culpable. Encontraba una salida para cada argumento, y yo…, bueno, me lo creí. Dejé que todos pensaran que te había dejado marchar, pero dentro de mí seguías brillando. Siempre.

Podría haber sido un auténtico rebelde: prenderle fuego a la casa, escaparme antes de cumplir los dieciocho. Pero no lo hice. Me quedé atrapado entre hacer las cosas bien y confiar, o hacerlo todo mal y confiar igual. Esa misma fuerza, quizá fuera debilidad, fue la que me impulsó a contarles el secreto de tu familia. Fue la que me llevó a hablar de lo que sentía por ti, y también la que me hizo quedarme. Mi padre me daba miedo, y algo que parecía respeto, aunque ahora no sé si era realmente eso. Tal vez solo fuera miedo, porque era alto, porque siempre tenía una respuesta para todo, y porque, al final, parecía tener razón. Y yo no podía cargar con más culpa.

Cuando me concedieron la beca y me fui de Cold Springs, te veía tan claramente que ni siquiera necesitaba pensarte. Era como si tu imagen estuviera grabada a fuego en mi mente: una buena hija, la novia de algún chico que fuera buen estudiante, escritora a tiempo completo. A veces entraba en librerías y me detenía en seco, preguntándome cuándo vería tu nombre en la portada de un libro. Fantaseaba con que, cuando yo también triunfara, podría ir a buscarte. Quizá entonces no me odiaras tanto. Aparecería con algo que ofrecerte, algo que fuera lo mejor de lo mejor, y te lo daría todo. Todo lo que quisieras.

Pero me quedé sin pierna. Y sin sueños.

Sé que tú lo entiendes, pero no del todo. Porque si de repente perdieras la capacidad de escribir, encontrarías una forma nueva de hacerlo. Lo sé. Pero yo no soy así. Yo soy de los que necesitan que las cosas sean fáciles, que se sirvan en bandeja. Solo conocía una manera de vivir, y cuando me la quitaron, ya no supe qué hacer. Todo lo que había conseguido construir dentro de mí —confianza, autoestima, esa ilusión de que las cosas podían mejorar—

desapareció el día en que escuché el diagnóstico: fractura de peroné con neuropatía periférica.

Cuando volví a Cold Springs, sabía lo que tenía que hacer: tomarme la medicación, salir de la cama, buscar un trabajo, hacer las cosas bien. Pero no podía. No era que no supiera cómo, ya que disponía de las herramientas. Antes de que Beth me propusiera vivir con ella, lo tenía todo a mi alcance. Mi madre me decía que tenía que ponerme bien. Mi padre, con palabras bonitas y religiosas, me decía que estaría mejor muerto.

No le hice caso a ninguno de los dos.

Acepté que me quedaría en Cold Springs, cada vez más hundido.

Pero nunca te olvidé, Ib. Nunca. Tú seguías ahí. Siempre ahí. Mi corazón, el corazón dentro de mi cerebro.

No puedo asegurarte que lo hiciera todos los días, porque no todos los días tenía las fuerzas ni las mismas ganas. Pero volvía al lago. Nuestro lago. A veces con la absurda esperanza de encontrarte allí, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nunca te hubieras ido. Otras veces solo me sentaba a fumar y a recordar. ¿Sabes lo que sentí aquel día al verte, después de cinco años? Estaba temblando como una puta hoja. Cuando dije que por fin te habías atrevido a venir a buscarme, en realidad hablaba de mí mismo. Yo era el que no había tenido el valor de buscarte.

Oh, además eras tal y como te había imaginado. Tan guapa y tan ensimismada. Me fijé en todo: en los pelos de gato que decoraban tu camiseta y en los aros que brillaban en tus orejas; en las manchas de tinta azul en las manos y en esas pequeñas salpicaduras negras de un maquillaje que no habías borrado bien bajo los ojos. En ese instante me di cuenta de que había sido sincero cada vez que

pensaba que no volvería a verte, porque durante cinco años había vivido convencido de que era imposible. Pero ahí estabas tú. Y cuando te hablé…, cuando abriste la boca para responderme, supe que eso —tú siendo una posibilidad— había dejado de ser una alternativa vacía.

Sí, me porté como un capullo. Me quedé con tu colgante porque sabía que, de no hacerlo, no querrías volver a verme. Entendía que me odiaras. Yo también me odiaba. Tú me odiabas. Él me odiaba. Todos nos odiábamos en perfecta sincronía, como un reloj averiado. Pero, a pesar de todo, pensé que podías entenderlo. O que tal vez, con un poco de suerte, me darías la oportunidad de explicarme. Porque solo quería eso: disculparme, encontrar la manera de que volviéramos a estar cerca, de llegar al otro lado de este abismo que habíamos creado juntos.

Pero, claro, estaba ese pequeño, pequeñísimo problema: yo no tenía futuro. Mi lesión seguía siendo un recordatorio constante de lo que no podía hacer, de lo que nunca sería.

Sé que no fue tu intención, ahora soy capaz de verlo. Pero cuando rechazaste tomar algo conmigo, cuando me preguntaste si realmente podría conducir tantas horas hasta Vancouver…, pensé que me veías igual que el resto del mundo. Como alguien distinto. Como alguien roto. Como alguien inservible.

Mi cabeza siempre ha sido simple, Ib. Tú lo sabes mejor que nadie. Cuando un pensamiento aparece, lo sostengo con ambas manos, como si fuera un balón, y no lo suelto hasta que consigo anotarlo en el campo contrario. Unas veces me quedo atascado, corriendo en círculos, y otras lo dejo caer antes de tiempo, pero siempre intento algo. Tú no me querías de esa manera cuando

éramos adolescentes. Nunca diste muestras de hacerlo. Y eso lo entendía, porque yo tampoco era exactamente alguien a quien querer. Pero los años te habían cambiado, como a mí. Eras más directa ahora, menos idealista, como si hubieras soltado las riendas de tus propios sueños, igual que yo había soltado las de los míos.

Sin embargo, algo también había cambiado entre nosotros. Tus ojos empezaron a mirarme de forma diferente. Parecía que querías darme una segunda oportunidad, y eso me desconcertó. Esa frustración inicial que sentía cuando pensaba que mi cojera era una barrera, de repente se transformó en otra cosa: en mi único rasgo distinguible. Lo único que podía hacer que te quedaras a mi lado era esa necesidad tuya de arreglarme, una vez más. Quizá entonces podrías ver lo que llevaba guardado dentro de mí, lo que nunca supe cómo decirte, lo que nunca encontré el valor de mostrarte. Tal vez, al final, te darías cuenta. Y me querrías.

Pero también era un recordatorio constante de que tú sí tenías futuro, de que tú sí ibas a conseguirlo todo. Porque amabas escribir. Siempre lo has amado. Lo terminarías consiguiendo, estaba seguro. Y yo…, bueno, yo no tenía nada. Solo te tenía a ti, y a ese sentimiento que me golpeó como una tormenta el día que nos vimos en el lago. Sentí una mezcla de nostalgia y anticipación que no había sentido con nadie más desde que éramos niños. Como si, al verte, hubiera encontrado la respuesta a todas las preguntas que nunca me atreví a formular. Tú eras eso para mí, Ib. Tú eras todas mis primeras veces.

Por eso no soportaba cuando sacabas a relucir nuestra infancia o adolescencia. Cuando recordabas cosas en voz alta. Porque me conocías demasiado bien. Conocías mis carencias, pero también

sabías quién fui antes. Antes de perderlo todo, antes de que dejara de soñar y de ser valiente.

Y entonces se me ocurrió algo: si conseguía que te olvidaras de quién había sido, si lograba que no pensaras en el niño y el chico que conociste, tal vez sí podrías verme. Tal vez podrías quererme como era ahora, con mis pedazos rotos y mis silencios incómodos. Por eso te pedí que nos comportáramos como si fuéramos una gran primera vez. Sin recuerdos. Sin reproches. Sin nada a lo que volver. Así no tendrías con qué compararme. Así quizá podrías llegar a quererme.

Pero cuando mencionabas el pasado…, una parte de mí se convencía de que no me aceptabas del todo. Y entonces hacía cosas de imbécil. Te demostraba que no había un «nosotros». Tonteaba con Carley para seguir con mi plan de venganza. Por cierto, quedé con ella hace poco, como me dijiste. Le pedí perdón. Fue Mike quien me dejó esta cara. Resulta que no soy el único al que le gusta jugar con su pasado.

Sí, Ib, tranquila, estoy bien. No, no le toqué. No quería, pero la verdad es que tampoco habría podido. El cabrón es demasiado fuerte.

Sigamos. La librería, el primer beso, todo lo que te dije… fue real. Siempre que hablaba de la suerte, me refería a ti. Nunca quise utilizarte ni hacerte daño, Ib. Quería tenerlo todo. La venganza, y a ti. Mi autocompasión, y a ti. Cuando me preguntaste por qué no podíamos ser todas nuestras versiones juntos, justo antes de quedarte dormida en la litera del hostal, quise decirte que me había enamorado de ti siendo la persona equivocada. Y eso también pesaba. Sin embargo, mi boca se movió en presente, sin pensarlo.

«Estoy enamorado de ti», murmuré. No contestaste, y algo dentro de mí se encogió, como si hubiera lanzado algo al vacío sin saber si caería en manos seguras. Y luego la cagué con lo de Carley. Me convencí de que me odiarías, que no tenía sentido haberte involucrado en esto, que ya cargaba con mi propio odio, que era suficiente para los dos. Pero tú solo dijiste que seguía siendo una buena persona, que no tenía nada de qué preocuparme. Inventamos ese concepto absurdo, «amigos sin derechos que siguen aquí». Yo no podía dejar de pensar en volver a besarte, en ser todos los recuerdos juntos otra vez.

Lo primero que hice al volver de Vancouver fue buscar a Bonnie y decirle que no deberíamos volver a acostarnos. No se enfadó. Me sonrió, me dio un abrazo y dijo: «Por fin te has atrevido a imaginarte junto a ella». Y tenía razón.

Durante ese mes, entre un viaje y el otro, cada día contigo hacía que todo volviera a su lugar. Por primera vez, comencé a imaginarme entero, en lugar de roto en mil pedazos. Me di cuenta de que no me molestaba hablar de nuestra infancia porque, esta vez sí, creía en lo que decías. Era como si esa barrera que siempre separaba mis mundos de repente se hubiera convertido en algo tangible. Podía tocarla, apartarla como una cortina. «Los días felices», así los llamo cuando los pienso.

Espero que no te incomode que saque este tema, pero cuando nos acostamos…, joder, me sentí tan deseado, tan profundamente deseado. No seré Paul Mescal, ¿vale?, pero eso no cambia el hecho de que me hiciste sentir algo que nunca creí posible. Puedes reírte, claro. Pero por un momento me olvidé de la lesión, del castigo que

era. Estaba en esa vida que tantas veces había soñado contigo, y nada más importaba.

Al día siguiente, cuando caminábamos por el Eastside, te dije que tal y como estábamos era suficiente. Creo que lo interpretaste mal, como algo negativo. Pero no era eso. Quería decir que no necesitaba nada más. Solo estar contigo. Tu mano y la mía. Esa simpleza, esa tranquilidad. Era más de lo que había tenido en años. Era suficiente, porque tú eras suficiente.

Y luego hablé con Mona. Y me sentí ridículo, de nuevo. Como si todo lo que yo era por dentro, todo lo que habíamos vivido y lo que no, se desmoronara en una sola pregunta: ¿cómo ibas a querer un futuro conmigo? En mi cabeza tú siempre estabas bien. Siempre fuerte, siempre completa. Yo no te merecía, no era digno de ti. Me daba miedo que mi rabia o mi tristeza terminaran haciéndote daño, que te enjaulara conmigo por esa manía tuya de intentar arreglar a los demás.

Me daba miedo anular tus sueños.

Ahora veo que esos miedos no me pertenecen. Lo que tenemos es el presente. Algo que podemos construir juntos, aquí y ahora. Nuestro final realista, pero no triste. ¿Recuerdas?

No es normal estar vivos. Piénsalo por un momento: no tiene nada de normal tener la posibilidad de recorrer un mundo como este y decidir esconderse. Qué extraño, ¿no? Pasar de largo por todo lo que podría ser, por todo lo que está ahí fuera. Perdón por no haberlo entendido antes. Vivir puede parecer una mala decisión a veces, lo sé. Pero también es la mejor decisión que podemos tomar.

Durante demasiado tiempo pensé que tenía que ser perfecto para merecerte; que todo en mí debía encajar, estar completo, sin fisuras.

Pero ahora lo veo distinto. Ahora entiendo que lo que nos hace humanos, lo que nos hace nosotros, no es lo que está intacto, sino lo que está roto. Lo que falta. Lo que nos sobra.

Por eso, por primera vez, creo que soy suficiente. Porque te quiero desde todo lo que no soy, desde lo que me falta, desde mis imperfecciones. Y sé, con la misma certeza, que tú haces lo mismo conmigo.

O eso pienso, al menos… No sé.

¿Tú qué crees, Corazón?

40

IB

Rain me mira, esperando una respuesta, pero me he quedado sin palabras. Hay una cosa apretada y líquida alojada dentro de mi garganta, al fondo de mis ojos, que me impide hablar. Tenía la idea de que romper a llorar mientras él me contaba su historia afectaría de algún modo a mi manera de procesar la información, y nunca he estado más atenta a alguien.

Y ahora siento la necesidad de alimentarme de Rain. De su dolor. El mapa de contradicciones por el que ha navegado todo este tiempo siempre tuvo un rumbo fijo: yo. Él solo quería llegar hasta mí. Pero no se sentía suficiente. Paraba en cada isla, buscando el alivio de la sal y el sol, y la distancia entre los dos crecía, tan enfrascados como estábamos en sacrificar nuestro barco con tal de que el otro pudiera llegar al final de su viaje. Yo pensaba que él se merecía a cualquier chica menos a mí. Y él pensaba que no era merecedor de nadie. Mis mejillas se llenan de aire, y entonces lo expulso por la boca. Precisamente es lo cotidiano en ese ritual lo que desbloquea el nudo en mi garganta, y las lágrimas se deslizan fuera de mis ojos como si pudieran saborear ese océano, reconocerlo. Cuando era pequeña, guardaba todo lo que nunca me decía a mí misma para Rain. Con él decidí empezar y acabar las preguntas, los

dos jugábamos a llevarle la contraria al mundo porque nos creíamos listos, listos e impacientes. ¿El mar es salado porque hay personas que lloran en él? ¿Los aviones pueden subir hasta la Luna si quieren? ¿Qué pasará con nuestra amistad si mañana se acaba el mundo? Rain respondió que el mundo solo llegaba a su límite en la ficción, o quizá fui yo, porque escribía sobre eso.

El mundo son los padres. No puede parar de girar y, aun así, lo llamamos egoísta.

El mundo empieza y acaba en un amigo.

Mi mundo empieza en un amigo y acaba en un amor.

—Rain —murmuro su nombre con el corazón encogido—. Oh, Rain.

Y entonces él se mueve y me hace un hueco a su lado, y yo corro a refugiarme entre sus brazos, y lloro. Lloro porque le quiero y me destroza saber que ha vivido gran parte de su vida sintiendo que nadie podría quererle de la manera en la que todos deseamos que nos quieran. Lloro por puro egoísmo, porque me alegra ser la primera, que estemos aquí, ahora, así para no tener que compartir espacio con un amor más profundo y pasado. Lloro porque me cuesta reconocerme en las cosas buenas que Rain ha dicho sobre mí, y no acabo de entender por qué mi existencia iba a dejar una huella en alguien, por qué alguien se molestaría en inventar un nuevo mundo cada día para mí. ¿Qué he hecho yo por los demás, aparte de fracasar intentando arreglar los desperfectos que han dejado mis palabras? Y Rain lo sabe, porque une sus manos en la zona baja de mi espalda y su mejilla choca, fiera, contra la mía.

—No llores, Corazón. No soporto que llores por mi culpa.

—Perdona —consigo decir entre hipidos—. No es culpa tuya. No sé cómo parar.

—¿Te abrazo más fuerte? O puedo pegarle puñetazos al aire, como hacía cuando el cielo se llenaba de nubes de tormenta y se oían los primeros truenos.

Mi risa suena demasiado débil, y entonces Rain presiona su boca contra la mía cuando me calmo. Me separa los labios con la lengua, y me cuesta reconocer este sabor con todo lo que hemos restado y sumado, el tabaco, la sal. Mi cuerpo atrae al suyo, somos la ilusión óptica de la perfección por unos instantes, pero la cama es demasiado incómoda (estamos en un hospital) y el calor de mi piel tiene muchos otros significados (mi madre y sus grietas, mi hermana y la ausencia de un nombre).

Así que utilizo esa misma necesidad que nos atrae para apartarme de su boca, y cuando Rain me pregunta qué me pasa, yo repaso mi labio inferior con la lengua, suspiro por el tacto fantasma de su *piercing*.

—Rain, yo…

Él asiente sin decir nada, las pecas arreboladas y la mirada despierta y verde, el verde de un bosque que escucha el rumor de un incendio en el viento.

—No puedes perdonarme. Es eso, ¿verdad?

—Claro que te perdono —respondo, y paseo mi pulgar por su sien con ternura—. Ahora que entiendo por lo que has pasado, es más fácil reconocer tu dolor y comprender el camino que proyectó para ti. —Le acaricio las mejillas, y Rain cierra los ojos—. La gente siempre ha esperado mi perdón porque nunca les ha faltado. Sé que en parte es culpa mía por no haber puesto límites antes, pero lo

cierto es que nunca me había planteado que el perdón no es un derecho. Desde que mi madre intentó suicidarse, he puesto mi valor como persona en mi capacidad para perdonar a otros, y estoy cansada de relacionarme siempre como si tuviera que anticiparme a una catástrofe. Estoy cansada de vivir para los demás. Estoy cansada de sufrir por los demás. Creo… creo que ya no queda nada de la persona que era, Rain. Creo que este perdón se lo ha llevado todo.

Él parece realmente afligido cuando dice:

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por la gente que merece ese perdón más que yo.

«Está hablando de mi madre». Trago saliva, mi mano cae sobre su hombro y él corre a sujetarla con dedos calientes y precisos.

—¿No vas a dejar de quererme por esto? Porque si ser la persona de la que te enamoraste supone seguir atrapada en los deseos de los demás, creo que no quiero ser esa persona, Rain.

Al instante de pronunciar estas palabras, me siento mucho más ligera. Como si hubiera salido del cascarón y el mundo se me presentara sin márgenes, sin dueños.

Rain sacude la cabeza como si la idea fuera absurda.

—Pero eso no te convierte en una mala persona, Ib. De hecho, si hicieras lo que verdaderamente te gusta y el amor fuera cuantificable, creo que te querría aún más.

—No lo entiendo. ¿Te gustaría estar con alguien egoísta?

—Perseguir tus propias metas no te hace egoísta.

Tiro de mi pulgar mientras reflexiono, y el suyo también se mueve. Me sorprende que nos hayamos cogido de la mano y no me

haya dado ni cuenta.

—Puede que escribir no me lleve a nada —digo en voz baja.

—Si te hace feliz, es suficiente.

—¿Qué se supone que significa eso cuando mi madre se niega a vivir? —Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas, y parpadeo y clavo la mirada en el techo de la habitación—. Ahora finge que no tiene corazón.

—Pero tú quieres vivir, Ib. Y tienes un corazón. —Su otra mano escala por mi pecho, se detiene hasta que encuentra el latido, después da golpecitos en mi colgante—. Dos. —Y arrastra nuestras manos unidas y las posa sobre el suyo—. Tres.

Sonrío, agradecida por el gesto, pero no consigo que dure demasiado.

—Solo de imaginar que la abandono…, me siento una persona horrible.

—A mí me habría gustado que me abandonaras. —Vuelvo a mirarle, Rain se encoge de hombros—. Me refiero a que no soporto la idea de perderte, pero ¿no sería algo normal si hubiera elegido huir de todo una vez más? Te estaba haciendo daño, y sabía cómo pararlo. Yo sí que estaba siendo egoísta. A veces tenemos que sacrificar lo que somos para volver a empezar.

—Pero es mi madre —me defiendo—. ¿Tú no te arrepientes de estar lejos de los tuyos, a pesar de todo?

Rain frunce los labios. Con la sombra cada vez más nostálgica del atardecer, las heridas de su rostro parecen casi difuminadas.

—Imagina que estuvieras hecha de cera —dice—, y que quieres muchísimo a alguien, pero su cuerpo está hecho de luz solar. Estar a su lado hace que te derritas. Al principio puedes soportarlo, es

gradual. El dolor, la dependencia. Pero no puedes estar al lado de esa persona eternamente, Corazón. Tienes que irte, tarde o temprano, o no quedará nada de ti.

—¿Y cómo voy a brillar, entonces?

Sé que mi pregunta es absurdamente infantil, sé que no debería esperar una respuesta con tanta desesperación, pero cuando los labios de Rain vuelven a moverse, contengo la respiración y el ruido disonante del hospital desaparece.

—Todos tenemos una luz más pequeña por dentro, pensada únicamente para alumbrarnos a nosotros mismos, adaptada a cada cuerpo, a cada mente. Esa no duele ni se apaga nunca.

Me froto los ojos en la almohada con disimulo y me tumbo más cerca de Rain.

—Gracias. Por ver lo bueno en mí, pero, sobre todo, en ti. —Sonríe de medio lado—. Y por esperarme.

—Tampoco es que pudiera ir muy lejos…

—¡Rain, no bromees con eso!

Nos reímos, y luego miramos con temor a la puerta porque nos ha parecido oír pasos. Nada se mueve, sin embargo. Solo nuestros corazones. La sombra de nuestra propia luz. Y entonces recuerdo lo que Vesta me dijo cuando volví de Vancouver por primera vez, cuando la vida no me parecía tan complicada y holgada. «Tal vez sea justo lo que todos necesitamos cuando perdemos el sentido de las cosas: un amigo».

—Rain, creo que ahora mismo necesito que seamos amigos —susurro, y espero muchas cosas: que me aparte, que se desdiga de todo, que me llame «cobarde», que ponga una fecha, que le dé igual.

Pero él se limita a abrazarme más fuerte, de tal manera que su barbilla descansa sobre mi frente, y yo tengo la cara enterrada en la base de su cuello, y su aroma a sándalo desordena la posición de mis órganos, y es agradable y reconfortante hasta la locura.

—¿Con derechos o sin derechos? —bromea, y yo pronuncio su nombre muchas veces. Su cuerpo se estremece al reírse, pero suena serio cuando me pregunta—: ¿Piensas que podrás enamorarte de mí? ¿Mucho, poco, a veces, todo el rato, solo si fuéramos los únicos supervivientes en una isla desierta…?

Noto la esperanza y la tensión en su voz. Le doy un leve cabezazo y él protesta.

—Rain, no me imagino buscando una primera vez en alguien más. Ya lo hacía hace años, antes de marcharme, aunque no lo tuviera tan claro como tú, pero… —Hago una pausa, cierro los ojos—. Hace dos semanas, las cosas habrían sido muy distintas.

—¿Quién te dice que en dos semanas no se habrá arreglado todo?

—Ojalá. ¿Rain? —balbuceo su nombre, adormilada y pendiente de la melodía de su corazón—. Sin mí también tendrás un futuro extraordinario. Brillas por ti mismo. Quiero… quiero que lo sepas.

Pensaba que no era posible que un abrazo traspasara piel, músculo y hueso, pero este lo hace.

41

RAIN

Ib no tarda en quedarse dormida. La enfermera amenaza con despertarla varias veces, pero yo le pongo las manos en las orejas y le pido que nos deje en paz. Quiere llamar al de seguridad, pero algo en mi voz la obliga a detenerse. Se va y nos deja solos, con una luz temblorosa en el techo y la noche creciendo como una marea plateada.

Observo a Ib dormir, como tantas otras veces. Faltan las linternas, el pálido resplandor de la televisión, pero ella sigue siendo igual de preciosa. Tiene el flequillo tan largo que se le enreda en las pestañas. Mueve la nariz cuando sueña algo irreal, como si quisiera descifrar dónde está la lógica; su respiración se vuelve pesada y le dan espasmos en las piernas cuando su mente se acerca al peligroso borde de una pesadilla. Su boca siempre está abierta y humedecida. Intento que esté lo más cómoda posible para que no se despierte, y mi pierna coopera por una vez.

Sé que esto es temporal. Como sujetar un cubito de hielo y esperar a que se deshaga en tu mano. Haremos lo que podamos con lo que tenemos. Y yo intentaré tener un poco más de mí cada día. Por ella. Por mi futuro.

Pasada la medianoche, caigo rendido.

La falta de su cuerpo me despierta por la mañana.
Mi corazón se ha ido.

42

IB

Estoy tumbada en la cama, como cada mañana de los últimos días. No he ido a ver a mi madre, apenas me quedan fuerzas para sostenerme a mí misma y hacer las tareas más básicas de cualquier ser humano. El doctor Mittman me llama cada día, pero nunca tiene nada bueno que decirme. «Está comiendo, pero lo justo». «No podemos tenerla vigilada eternamente». «Hay que empezar a valorar otras opciones de ingreso, Ib». Yo siempre le respondo lo mismo: «Mañana». Y cuelgo el teléfono.

Me niego a ver cómo mi madre se apaga. Me siento tremendamente inútil, y reparto la culpa con todo el mundo. ¿Cómo es posible que una persona tenga a su alcance todos los medios para salvarse y, aun así, no sepa cómo hacerlo? Algo estaremos haciendo mal. Fallamos en lo más básico, porque vivir es un instinto antes que un recuerdo. Una voz en mi cabeza me susurra que yo he empezado a comportarme exactamente de la misma manera. Pero no es cierto. «Me levantaré mañana y seré yo de nuevo», pienso. Pero llega mañana y no lo hago.

Sé que me van a echar de la universidad. Vesta y mis otros amigos están cogiendo apuntes para mí, y dan excusas convincentes a los profesores, pero mi falta de asistencia hará que termine

perdiendo todo el curso. Tampoco es que me preocupe en exceso. Recuerdo por qué lo hacía antes, y me sorprende la facilidad que tenía para moverme entre decisiones tomadas de cara a un futuro hipotético, una yo hipotética, y ahora todo me parece una gran absurdez. No quiero trabajar en un departamento de finanzas. Se me dan bien los números, pero no disfruto manipulándolos como hago con las letras. ¿Cifras o palabras? ¿Balances de gastos o historias? Una respuesta me produce indiferencia; la otra, una mezcla de ansiedad y liberación.

Vesta se sienta en mi cama antes de ir a la universidad, y siempre parece sorprenderse cuando me encuentra despierta. Intenta animarme, sacarme de casa con algún plan sencillo, luego extraño, como ir a un acuario y preguntar si podemos alimentar a los tiburones, pero siempre obtiene la misma promesa: «Mañana».

—Corazón, estamos todos muy preocupados —me dice los días en los que ni siquiera me molesto en girar el cuello para mirarla.

El cerebro empieza a preparar una respuesta antes de que sepas lo que vas a decir o hacer. La vida es compleja, y está pensada para pensarse. Si una mente sana funciona como un pegamento de barra, sosteniendo las cosas el tiempo necesario para que se resuelvan y luego dejándolas ir, creo que el pegamento que une los pensamientos de mi madre es demasiado denso, apresándolos con un adhesivo resistente a todo tipo de cambios, temperaturas, personas. Mi mente funciona un poco así también. Recuerdo lo que no puede ser modificado. No hay espacio en mi memoria para ocuparse de nada nuevo. Estoy en una realidad de la que no formo parte. Todo se diluye por el mismo vacío gelatinoso, pero mis pensamientos no. Pensar en exceso es una enfermedad que arruina

la esperanza en el momento en el que la pospone. Quizá nuestros deseos nacen de la mente equivocada, después de todo. Pienso constantemente que mi nueva vida me costará la anterior, e intento convencerme de que no tengo por qué huir de eso, que encontraré la manera de ser un poco más feliz, de que mis ojos escondan algo distinto, pero mi ánimo reacciona como si estuviera metiendo la mano en el fuego, y me encojo.

—Lo sé —respondo a Vesta, y aprieto la barbilla contra el pecho—. Mañana.

Cuando Vesta se va, entre las nueve y las once, mi padre me llama después de hacerlo el doctor Mittman. Mi voz tiene ese tono aburrido e impaciente de ascensor, y mi padre no se esfuerza en esconder su enojo. Kate y él ponen el altavoz para que escuche el saludo entusiasmado de sus hijos, y luego se olvidan de quitarlo. Creo que lo hacen para protegerse. De mí o, mejor dicho, de la falta de mí.

—Taylor, Kate dice que…

—Vente a casa unos días —le interrumpe, y yo hago una mueca—. Los mellizos quieren verte. También son tus hermanos —añade con sencillez.

Mi columna se estira. No sé cómo se han enterado, y entonces lo recuerdo de golpe: poco después de que mi madre entrara en ese limbo extraño (viva, pero suspendida; aquí, pero ausente), llamé a mi padre para contárselo todo: lo que había descubierto sobre el pasado de mi madre, lo de la otra hija… Estaba asustada y necesitaba un adulto que me conociera de verdad. Es irónico: cumplí veintiún años hace casi dos meses, pero ante esa situación me

sentía como si tuviera la mitad, puede que menos. Así es el instinto cuando algo nos hace daño. Padres. Casa. Refugio. Rain tenía razón.

Pero mi padre fue a hablar con el doctor Mittman, ni siquiera entró en la habitación de mi madre a ver cómo estaba, y desde entonces él y su mujer me sermonean con lo que debería y no debería estar haciendo.

—No me apetece —mascullo.

—¿No te apetece ver a unos niños y jugar con gatos? —me pregunta Kate, con una indignación simple, casi cómica—. ¿Por qué?

—¿Has pensado en cambiar el orden de esa frase, Kate? ¿En cuidar a tus hijos en lugar de esperar a que lo hagan otros? —Aprieto el teléfono con fuerza. Las palabras salen de mi boca con una facilidad sorprendente y ácida, y no puedo hacer nada para frenarlas—. Quiero a mis hermanos. Oh, por supuesto que los quiero. Pero iría más a verlos si esa casa no fuera tu pequeña y gatuna dictadura.

El primer segundo de silencio es denso y carente de cualquier otro sonido, como si hubiera caído del espacio. Después, la naturaleza del silencio se mantiene, pero escucho el tostador del vecino de arriba, las sábanas deslizándose por mis piernas cuando las recojo, la respiración pesada de Kate y cómo se aleja del auricular y abandona la habitación.

—Tienes que disculparte, Taylor —dice mi padre, y parece muy nervioso y enfadado.

—¿Te disculpaste tú con mamá después de ponerle los cuernos?, ¿de que se tirara por el tejado? ¿Te disculpaste conmigo por olvidar mi cumpleaños? —Y añado, como si acabara de tener una revelación

—: ¿Te has disculpado alguna vez de verdad con alguien, o solo te motiva el miedo?

—Taylor…

—Mamá es mi familia. Mi única familia. Tú y Kate… Si sigues pensando que la vida no está hecha para todos, vuestro amor tampoco. —Y cuelgo el teléfono, que se pierde entre las sábanas.

Después intento leer un rato, pero no me concentro en ningún libro. Noto los ojos secos, enrojecidos. No me siento hecha de historias.

Mi teléfono vuelve a sonar, a las doce y media, y descuelgo con ansiedad después de pelearme para encontrarlo. Es Nolan.

—¿Nada? —murmuro, y él suspira.

—Nada.

Ahora que el verano ha terminado oficialmente y tiene menos trabajo en el hostal, recorre cada día el Eastside con Nostradamus preguntando a la gente por Nailah, Mona y una chica de nombre desconocido que se apellide Trembley. Tal vez mi hermana también viva en Vancouver. Nada puede asegurarme que no tenga el apellido de Jackson (el cual desconozco) o que trabaje de azafata en alguna compañía aérea, o que sea pescadora en Ontario y pase más tiempo navegando en un barco que pisando tierra. Las posibilidades son infinitas, y después de pensar cada una de ellas varias veces durante el mismo día, me siento como si estuviera de resaca. También le he dado vueltas a dónde conseguir rápidamente los siete mil dólares para Mona, pero no me veo capaz de hacer ninguna de esas ideas. Hacerlas, soportarlas, sobrevivirlas. ¿Hasta aquí llega mi sacrificio? ¿No debería estar dispuesta a todo, incluso a lo inmoral, si de verdad me importara mi madre? ¿Por qué esta parálisis? ¿Por qué me

preocupo tanto por mí, ahora que no me necesito? El apoyo de Nolan ya no me hace sentir bien, pero no se lo digo. Ya no sé si en la búsqueda de mi hermana intento salvarme a mí misma o a mi madre, si este cariño principiante por alguien a quien jamás he visto es solo una manera de distraerme, de posponer el vacío en el que se desvanece mi vida.

—No voy a dejar de intentarlo, ¿eh?

Y yo le doy las gracias y me tumbo en la cama, imaginando que estoy abrazada a Nostradamus, que mis dedos se enredan en su pelaje nudoso y mi mayor preocupación es pensar cómo desenredarlos, y tirar de los nudillos con fuerza después.

Rain viene cada tarde a verme, cuando Vesta vuelve de la universidad. Entran juntos y en silencio, como si quisieran darme una sorpresa, pero yo siempre oigo cómo Rain avanza por el pasillo con la muleta. Intenta mantener la calma, pero nunca lo consigue. Abre la puerta de mi habitación sin llamar, pero se queda en el umbral como si del techo colgaran esas señales que tanto pedíamos Ginger y yo sobre la vida y sus personas, las personas y su tristeza, y hasta que no termina de leerlas todas no se acerca a mi cama. A veces Rain se muestra como antes de mí, pero también después, no sé de qué otra manera explicarlo.

—El psiquiatra me ha recomendado que haga un mapa con todos los futuros que se me ocurran. ¿Tú qué crees que se me daría mejor: hacer vídeos divulgativos sobre fútbol americano para YouTube o ser el director de un circo itinerante y tener una prole de artistas con una acróbata que se cae de la cuerda floja y me roba el bastón cuando se levanta al baño por las noches?

—No te ofendas, pero tu manejo de la dialéctica deja mucho que desear —respondo, estrujando las sábanas bajo el puño cerrado.

—¿Y qué opinas de lo del circo?

—Harías bien de payaso.

A veces Rain mezcla el optimismo con su habitual tono bromista.

—¿Reconoces esta camiseta? —me pregunta, y se contorsiona para que pueda ver un pedazo de su espalda sin que ninguno tengamos que movernos. Estamos sentados en el borde de la cama, tan rectos y comedidos que me recuerda a nuestros últimos días de clase juntos.

Alargo la mano al vislumbrar la tinta plateada sobre la tela negra de la espalda, mi letra torcida y con la mayoría de las letras sin completar, aunque reconocibles.

—¿Por qué la has traído?

—Necesito que la firmes. —Y sonríe de medio lado—. Esta camiseta valdrá millones dentro de una década.

Suspiro y escondo la mano entre los muslos. La emoción incontenible que me embargó ese día mientras escribía sobre la espalda de Rain parece tan lejana. «Un sentimiento de cuento», comprendo, cuando aun así termino estampando mi firma sobre su camiseta.

A veces Vesta trae comida tailandesa y los tres cenamos en mi habitación. Ellos se sientan en el suelo, con los pies descalzos apuntando hacia mi cama, como un reloj dando las doce, y yo descanso sobre el colchón, con la espalda encorvada y comiendo despacio las cosas que ellos me preparan sobre las tapas de las tarteras, usándolas como si fueran platos.

—¿Una copita de vino? —Niego lentamente ante el ofrecimiento de Vesta, y ella señala a Rain con la botella de moscato—. Me hacéis parecer una alcohólica, que lo sepáis.

—¿Y tú sabes que mezclar alcohol y antidepresivos puede empeorar los síntomas de ansiedad y depresión? —contraataca Rain, pero su mirada es divertida a pesar de la seriedad en su forma de hablar.

Vesta hace un mohín y se llena los carrillos de fideos.

—Podemos ser irresponsables hasta los treinta, después ya tendremos tiempo de sobra para arreglarlo.

—Habló la que estudia y trabaja a la vez —bufa Rain.

—Es la obligación capitalista de vivir independizada y poder permitirte tomar un café en el Starbucks de vez en cuando.

—¡Además de borracha, caprichosa!

Y Vesta se ríe, Rain le tira de la trenza y yo resoplo ruidosamente porque mi tapa/plato lleva un rato vacío y solo de pensar en bajarme al suelo con ellos me entran ganas de llorar.

—¿Ahora sois mejores amigos, o qué? —les pregunto con sorna, y las risas enmudecen.

Cenamos lo que queda en silencio, aunque no me pasa desapercibida la mirada que se dedican los dos al despedirse.

A veces Rain me regaña:

—Corazón, entiendo por lo que estás pasando, pero solo queremos ayudarte.

—Eres un hipócrita, Rain, tú y todos. ¿Por qué yo siempre he perdonado a todo el mundo y a mí no se me puede perdonar ni una sola vez?

Tengo la almohada apoyada sobre el vientre. Rain está de pie, mirando por la ventana. La luz de la media tarde confiere a su rostro un aura casi fantasmal, aunque los moratones y las heridas de su pelea con Mike han desaparecido por completo. El *piercing* de su ceja no ha vuelto, y de pronto ese detalle hace que me enfade todavía más.

—No se trata de eso —responde, paciente—. Tú no eres así. Es como si te estuvieras… autolesionando o algo por el estilo.

—Vaya, ahora descubro que has decidido finalmente ser psicólogo. Con esta familia no te va a faltar dinero, desde luego.

La rabia es más fácil de resolver que la tristeza. Y adictiva. Tengo la sensación de estar jugando a las palabras encadenadas: a ver a quién puedo herir, y cómo.

La mayor parte de las veces, Rain no responde a mis provocaciones y cambia de tema. Pero un día lo hace.

—¿Me estás castigando? —me pregunta entre susurros.

Estamos tumbados en la cama, mirándonos a los ojos. Mis rodillas tocan las suyas, aunque él tiene las piernas estiradas, y su mano descansa en los escasos centímetros que nos separan, como si se preparara para hacer trampas. Pero no sé qué es lo que pretende.

—Puede —respondo, y él se relame los labios.

—Se me ocurren maneras mucho más físicas.

Observo el aro de metal, reluciente, húmedo, y el pelo negro alborotado, y las pecas de sus mejillas ensanchándose cuando sonríe.

—No creo que puedas seguirme el ritmo —digo, sintiendo un relámpago de calor en medio de tanta confusión. Pero Rain se queda rígido, y su mirada se oscurece, y de pronto caigo en la cuenta de lo

que he dicho. De lo que parece que he dicho—. Me refería a tu adicción al tabaco… En serio.

Él retira la mano y suspira.

—He dejado de fumar, Ib.

Desde ese día, procuro controlarme mucho más. Consigo volver a un estado anterior, a cómo me movía y respiraba cuando todavía confiaba en que las personas éramos recuperables. Siento la misma calma que si hubiera hecho una breve parada en el valle de una montaña, con los peores tramos todavía por escalar. A veces Rain y yo hablamos de cosas que me ponen triste, pero ya no me enfadan.

—Lo que habríamos sido —murmuro con la cabeza colgando por el borde de la cama. Noto la gravedad tirando de mi pelo, el olor a comida tailandesa que se resiste a abandonar las cortinas por mucho que ventile la habitación.

—Lo que seremos —replica Rain, sentado en el suelo, su mejilla casi pegada a la mía, pero al revés. Todo al revés.

—Me habría sentido tan feliz…

—Te haré feliz.

—Terminarás cansándote.

—No me cansaré.

—Estoy enamorada de ti todo el tiempo, pero tuvo que haber una vez, una primera vez, en la que ese pensamiento se materializó y caminó por toda mi cabeza. —Intento hacer el gesto, pero el brazo me pesa el doble y me canso rápidamente—. Me siento culpable por no recordarlo.

Rain estira la cabeza hacia atrás, y veo cómo su nuez sube y baja varias veces. Parece aliviado antes de decir:

—Es fácil querer, pero tan difícil dejar que te quieran…

El aire que entra desde la calle huele a tormenta. Intento moverme para separarme de Rain, pero mi frente termina pegada a su boca, y mis labios hablan directamente contra sus ojos cuando digo:

—Pero ahora tenemos que ser amigos.

«Eso sí que lo recuerdo», y el pensamiento me entristece.

Pero después de todas esas veces, Rain siempre se tumba a mi lado antes de que me duerma para leerme un libro. No tengo que hacer nada; solo escuchar cómo su voz grave y aterciopelada narra un capítulo tras otro de *Cumbres Borrascosas*. Me río cuando se atasca en la pronunciación de algunas palabras, respondo con suavidad cuando se detiene para preguntarme por el significado de alguna palabra que desconoce. Cuando no lo sé, lo apuntamos en un papel y lo miramos al día siguiente, porque suelo quedarme dormida repentinamente. Una noche, Rain cierra el libro con frustración.

—Había elegido este libro porque Bonnie me ha dicho que trata sobre dos amigos de la infancia que se enamoran, pero el Heathcliff este es un gilipollas. Y tiene un nombre ridículo.

—Como nosotros —le interrumpo, divertida.

—Joder, es que su obsesión traspasa todos los límites. ¿Cómo no puede darse cuenta?

—Los gilipollas también se enamoran, Rain.

—Qué me vas a contar…

Y entonces, una tarde, Rain no viene a verme. «Se acabó», pienso. «Lo he espantado». Oculto la cara en la almohada mientras el pensamiento me cierra los ojos y moja el algodón. ¿Mi madre también sentirá esto? ¿Esta especie de alivio por no tener que decepcionar a nadie más envuelto por distintas capas de

arrepentimiento, soledad y desrealización? Y, por debajo, el mismo bucle de siempre. Me lo merezco, me lo merezco, me lo merezco. Porque cuando oía a Rain hablar de sacrificio, pensaba en esa abuela que nunca conocí y que tuvo que venderse a otros. Cuando Vesta me acariciaba el pelo con ternura, se me cerraba el estómago al imaginar a esa hermana que nació envuelta en una pérdida tras otra. Me vienen a la cabeza tantos nombres…, son como una constelación de estrellas brillantes y perversas. No puedo escapar. El cielo de mi vida es este, ahora. Yo lo quise así.

Llega el fin de semana. Me arden los párpados cuando los abro por la mañana al oír el timbre. No sé qué hora es, pero anoche olvidé cerrar las cortinas y la luz que entra por la ventana es como el agua de un lago en otoño. Mi cuerpo está cansado de habitar tanto tiempo el mismo refugio, pero no se mueve. El timbre suena por segunda vez, y oigo cómo Vesta atraviesa el pasillo despacio para abrir la puerta. Me parece raro lo mucho que tarda en cerrar, el silencio que acompaña a este paréntesis. Alarmada, me siento sobre la cama cuando oigo pisadas acercándose a mi habitación. Alguien llama suavemente a mi puerta, siento el pulso acelerado.

—¿Corazón? —Es Vesta—. Sal un momento, por favor.

Me levanto y me siento débil y fuerte a la vez, como un pajarillo en su primer vuelo en solitario. Abro la puerta y no puedo creer lo que ven mis ojos. «Mamá». Entonces parpadeo y descubro que el rostro que me devuelve la mirada es mucho más afilado, aunque las arrugas florecen de los mismos sitios, y la sonrisa parece más un recuerdo que una posibilidad real.

—Mona. —Apoyo el hombro contra la puerta para no caerme, aunque no tardo en adoptar una actitud defensiva—. No tengo siete

mil dólares.

—No hace falta —dice ella, y se cruza de brazos—. Tu novio es muy persuasivo.

Capto un movimiento con el rabillo del ojo y veo que Rain me saluda con una gran sonrisa. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí, junto a Vesta, que también me sonríe. Ninguno corrige a Mona, aunque técnicamente somos un error conceptual.

—¿Cómo habéis…? —le pregunto, boquiabierta.

—En avión —responde, y quiero saber más, quiero saberlo todo, pero Mona golpea el suelo con sus botas de forma descarada, y yo trago saliva. «Después», me digo.

La hago pasar a mi habitación mientras Vesta y Rain se dirigen al salón. Cierro la puerta y entonces pienso en mi aspecto. No tengo espejos en la habitación, pero noto el flequillo sucio y no recuerdo la última vez que me cambié de pijama. La presencia de Mona parece demasiado grande para tan poca vida, y yo espero, inquieta, pero no hace ningún comentario sobre mí. Se dedica a observarlo todo, su mirada se detiene en las pilas de libros que tengo por el suelo, libros y más libros en las estanterías.

—Se parece al cuarto de Nailah cuando era joven —murmura, quedándose cerca de la ventana.

No soy capaz de descifrar su tono.

—¿Qué quieres? —Sueno seria, agotada.

Mona ladea la cabeza.

—Un hombre con acento de Ontario y un chucho recorren el Eastside cada día preguntando por mí, por mi hermana y por su hija. —Al ver que no digo nada, suelta un suspiro molesto—. Ni siquiera sabe su nombre. Es ridículo.

—Son mis amigos. Quieren ayudarme.

Su mirada se oscurece por la lástima, y algo más.

—¿Dónde está Nailah?

—No pienso decirte el nombre del centro. Me… me das miedo —tartamudeo.

—Un nombre por otro nombre —me propone—. Una dirección por otra dirección.

Me froto el dorso de la mano, aunque lleva semanas sin manchas de tinta. ¿Qué debería hacer? No tengo manera de asegurar que Mona vaya a cumplir su palabra y no termino de fiarme de ella, pero en este punto es la única persona que puede darme las respuestas que necesito. Apoyo la cabeza contra la pared y aprieto hasta que la presión se convierte en una ligera molestia, y después en dolor. A los nueve años, Rain y yo tomábamos decisiones importantes jugando a piedra, papel o tijera. El dolor es la piedra, lo sé, y ahora me toca a mí decidir cómo acaba esta partida.

—Clínica Alba. En el cruce de Ralston Street con Arlington Avenue. —Las fosas nasales de Mona se abren con fuerza. Asiente, pero no lo apunta en ningún sitio. Separo la cabeza de la pared y doy un paso hacia ella—. Ahora, dímelo. ¿Cómo se llama ella? ¿Cómo se llama mi hermana?

Pero creo que ya lo sé. Que lo he sabido siempre. Mona mira por la ventana, separa los labios…

—Ib. Se llama Ib —dice finalmente, y cada letra suena infinita y rápida.

Cierro los ojos. Vuelvo a dejarme caer contra la pared; no sé cómo mis piernas son capaces de sostenerme, pero aguantan. No sé cómo respiro, pero lo hago. No sé cómo consigo detener los recuerdos de

todas las veces que mi madre me ha llamado por ese nombre, a cuál de las dos estaría llamando en realidad, pero lo logro. ¿Qué pretendía mi madre? ¿Escapar? ¿Una segunda oportunidad? Abro los ojos y veo que Mona se ha acercado a mí con una fotografía en la mano.

—Vivió con nosotras hasta el primer año y medio. Pero luego decidimos que lo mejor era darla en adopción para que tuviera una calidad de vida que ninguna de las dos le podíamos ofrecer por aquel entonces.

Su mano se mantiene firme, pero la mía tiembla cuando cojo la fotografía. La primera persona en la que me fijo es mi madre, que tiene los rizos desperdigados, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Su sonrisa es plena y enseña todos los dientes a la cámara, pero sus ojos están puestos en el bebé que aprieta contra su pecho con delicadeza y, al mismo tiempo, con un amor salvaje. Es una niña preciosa, con unos ojos grandes y oscuros, con la naricita arrugada por el mismo sentimiento y una mata de pelo negro y corto, como un halo, sobre su pequeña cabeza. La fotografía está ligeramente desenfocada, como si la persona que la tomó estuviera moviéndose mientras tanto. Distingo el salón de la casa de Mona, aunque mucho más amueblado y luminoso. ¿Fue Mona la que retuvo este recuerdo para siempre? Desde entonces, hasta hoy.

—Al principio, tu madre estuvo muy deprimida. Pero cuando empezaba a mejorar y pensaba que lo entendía, robó mi dinero y se fue.

No aparto la mirada de la fotografía, ni siquiera cuando las lágrimas enturbian la imagen. Me froto la cara con el dorso de la

mano y arrastro, como hacen los niños, y entonces hago una única pregunta:

—¿Dónde está?

Mona alarga la mano, y al pensar que quiere quitarme la fotografía, la aparto de su alcance. Ella lo intenta un par de veces más, hasta que me rindo y veo que lo que pretendía hacer era darle la vuelta. Hay una dirección apuntada en el reverso. La leo dos, cinco, diez veces. Mis sollozos se vuelven prolongados y vuelvo a sentir esa necesidad infantil de cubrirme la cara y esconderme así del mundo. Porque conozco esa dirección. «Tan cerca. Tan lejos».

—Habla con tu madre primero —dice Mona por encima del sonido de mi llanto—. Desconozco si tiene esta información.

Abandona la fotografía en mi cama con la misma fragilidad que si estuviera dejando una rosa, y se encamina hacia la puerta.

—Espera —consigo decir, y apoyo mis manos en el pecho como si con eso lograra contener este nuevo peso—. Por eso viajas fuera todos los veranos. Estabas buscando a tu hermana. Y a vuestros padres también, por eso sabes que están muertos. —Mona no cambia la expresión de su cara, pero parece avergonzada—. ¿No… no quieres venir al centro conmigo?

—No. —Su respuesta es contundente y no admite réplica alguna, pero yo me seco los ojos y vuelvo a intentarlo:

—¿Por qué has venido, entonces?

—El chico dijo que lo estabas pasando mal. —Se muerde el labio, el gesto más humano que he visto en ella desde que la conozco—. Tú tienes su nombre. Se lo debía. —Le tiembla la voz al decir—: Llámame cuando hables con Nailah. Solo… solo necesito eso.

—Todavía la quieres.

—No se puede querer lo que no se entiende.
Y sale de la habitación.

43

RAIN

—¿Qué crees que estará pasando ahí dentro? —me pregunta Vesta, inquieta.

Llevamos demasiado tiempo sentados en el sofá del salón, esperando como si viniéramos a una entrevista de trabajo. O a una comisaría. A que alguien nos llame o venga a buscarnos y señale nuestro destino.

Me encojo de hombros y respiro por la nariz.

—No lo sé.

—Te tiemblan las piernas.

Sigo la dirección de su mirada. He procurado sentarme en la esquina del sofá para poder estirar las piernas sin golpear la mesa. Me asombra comprobar que Vesta tiene razón y que ambas extremidades se comportan con una similitud fascinante.

—Maldito avión —mascullo, apretando las palmas extendidas en los muslos, hasta que el temblor cesa—. Dos veces…, he tenido que coger un avión dos veces en un mismo día.

—¿Cómo planeabas volver? —Vesta bufa, divertida—. ¿En escoba?

—Eso te pega más a ti…

Finge que quiere pegarme, pero solo me roza el hombro con los nudillos. Se ríe, algo más relajada, imitando mi postura, aunque a

ella no le hace falta.

—Todavía no entiendo por qué me caes bien, Cook.

—Por ella —respondo automáticamente, pero Vesta niega con la cabeza y dice, para mi sorpresa:

—No, Rain. No solo por ella.

Agradecido, me permito relajarme un poco también. Han sido veinticuatro horas dignas de una de esas novelas que tanto le gusta leer a Ib. Por lo absurdo, por lo real de estos latidos. No podía soportar verla en ese estado, tan triste y desmotivada, así que empecé a organizar un viaje para ir a ver a Mona y convencerla de que hablaran. Problema: no podía desaparecer sin más dos días. Me negaba a dejar sola a Ib durante tanto tiempo, pero también sospechaba que si lograba convencer a Mona de venir a Reno y le decía que teníamos un viaje de catorce horas en mi coche por delante, las probabilidades de que me mandara a la mierda eran peligrosamente altas. Le conté a Bonnie mi plan, y ella solo veía una solución: el avión. Trabaja en una compañía aérea, además, así que podía sacarme billetes gratis. Solté una especie de broma sobre volver a fumar ese par de horas y luego dejarlo de nuevo. Bonnie me miró con las cejas alzadas. «Rain, en los aviones no se puede fumar».

Me gustaría decir que no miré distintas opciones (barco, ferry, submarino), pero al final terminé subido al dichoso avión. Una señora muy amable compartió su whisky conmigo cuando le dije que me recordaba a mi tía abuela, y lo cierto es que apenas me enteré de lo que implicaba que estuviéramos volando, de lo cerca que estaba de las nubes y después encima, muy por encima. Recordé esas conversaciones que tenía con Ib sobre el vuelo de los pájaros.

Me imaginé algún día con ella, a esa misma altura, viajando a algún destino raro como Micronesia o Bután, cogidos de la mano y echando carreras imaginarias contra chorlos, golondrinas, patos y bolseros. Me entretuve diseñando ese pensamiento como si fuera arquitecto, y entonces anunciaron que habíamos aterrizado y aplaudí durante varios minutos. Antes de levantarme del asiento para bajar del avión, le di un beso en la mejilla a la señora. Nolan me estaba esperando fuera del aeropuerto sin cartel, pero con perro. Eran las seis de la mañana. Nos abrazamos, me tiré al suelo de la euforia de estar vivo y haber hecho algo por primera vez para jugar con Nostradamus, y cuando la adrenalina desapareció de mi cuerpo, fuimos al Eastside.

Nolan se apoyó contra el mural, y yo subí a la última planta del edificio para hablar con Mona. Creo que seguía un poco borracho, porque me rodeé la boca con las manos y apreté la cara contra la madera de la puerta. «¡Mona Trembley, está usted rodeada por un cojo, un hombre de Ontario y un perro! ¡No nos vamos a mover hasta que acepte hablar conmigo y ayudarme!». Repetí la escena un par de veces, la vecina salió al rellano y amenazó con llamar a la policía, y yo me justifiqué con lo único que puede hacerle frente al miedo: tener un amor. Ella me chivó que Mona estaba en casa, y que siguiera insistiendo.

Una hora y treinta y cuatro minutos después, cuando estaba cantando una canción de The Troggs y haciendo el solo de guitarra con la boca, la puerta del apartamento de Mona se abrió y por poco me caí de bruces contra el suelo de su pasillo. Lo que vino después es confuso, y no por el alcohol. Mona gritaba. Yo intentaba explicarle mis sentimientos como a su vecina. Mona seguía gritando. Yo

apelaba a su bondad en términos no cristianos. Mona gritaba más fuerte. Yo empecé a gritar también, pero hubo algún punto de entendimiento en el que a Mona le quedaron claras dos cosas: su sobrina estaba al borde de una depresión y yo no pensaba irme de allí sin una solución. «¿Por qué?», se preguntó en voz alta, aunque no sé si esperaba una respuesta por mi parte. «Porque quiero lo mejor para esa chica. Y, para su información y la de todo el mundo, yo no soy Jackson. Me llamo Rain, y no volveré a huir de lo que siento». En ese momento me pareció una mierda de declaración de intenciones, pero Mona cogió su bolso y me acompañó al aeropuerto. Me despedí de Nolan y de Nostradamus (me sorprendió que la tía de Ib se detuviera a acariciarle la cabeza al chucho), y Bonnie nos reservó los primeros billetes que pudo conseguir.

En el viaje de vuelta sentí más incomodidad que miedo. Mona no me dirigió la palabra y, para colmo, me quitó el asiento de la ventanilla. Le pregunté si le gustaba viajar, ella negó con la cabeza. Le pregunté si estaba nerviosa, ella respondió con una mirada gélida e incierta. No me atreví a pedirme otro whisky ni a moverme apenas hasta que llegamos al aeropuerto de Reno. Y el resto de la historia tendrá que contarla Ib.

Justo entonces, la puerta de su habitación se abre y veo a Mona atravesar el pasillo. Vesta y yo nos ponemos de pie (a mí todavía me cuesta un poco, aunque dejé la muleta antes del viaje), pero la tía de Ib camina envidiablemente estirada hasta la entrada y sale del apartamento sin decir nada. Vesta y yo nos miramos, en silencio, patidifusos, y me hace un gesto inconfundible: «Te permito que seas tú quien haga el control de daños».

Me muerdo la perforación del labio mientras me acerco a la habitación de Ib. La puerta está entreabierta, aunque tampoco pensaba llamar. Ella está de espaldas, frente a su cama, sosteniendo algo entre las manos. Recuerdo aquella vez en quinto cuando tuvimos que preparar un baile de fin de curso sobre el medio ambiente, y ella se puso muy contenta porque le tocó hacer de árbol frutal. Yo era la lava de un volcán que entraba en erupción repentinamente (apología tras apología del cambio climático), y solo salía a escena unos pocos minutos. El resto de la obra estuve observando a Ib, que sujetaba una manzana y tenía la cara pintada de verde mientras daba saltitos enfundada en un armatoste de cartón y ramas hechas con celofán. Cuando le tocaba girarse hacia el público, parecía contenta, como si quisiera regalarle al mundo su manzana. No puedo evitar compararla con la Ib que tengo delante ahora mismo, que se da la vuelta con la misma preocupación, pero con menos entusiasmo. Me sonríe sin dientes, pero tiene los ojos hinchados de tanto llorar. Su cara está pintada de cansancio cuando me tiende una fotografía. Cierro la puerta primero, y después me acerco a ella y a la imagen. Distingo a su madre, mucho más joven, sosteniendo una niña que apenas tiene un año de vida. ¿Es la hermana de Ib? No sé por qué, pero le doy la vuelta a la fotografía y veo una dirección apuntada. Levanto la cabeza y me aseguro de que Ib haya visto esto primero. Por su manera de cerrar los ojos, como si el mundo se hubiera vuelto insoportable de contemplar de repente, sé que es así.

—Oh, Corazón. Es tan injusto… —Dejo la fotografía sobre su escritorio y miro su rostro ovalado y precioso a pesar de la tristeza, y

siento algo punzante por dentro. «Su dolor es el mío», comprendo, y mi respiración se acelera—. ¿Qué vamos a…?

Pero ella no deja que termine mi pregunta. Se lanza a mis brazos, y entonces pienso que necesita un abrazo, y después me besa en la boca, y ya no entiendo lo que necesita. Cada molécula de mi ser, cada elemento químico que se unió hace veintiún años para quitarme unas cosas y darme otras, reacciona a este beso como si fuera una estrella perdida y acabara de encontrar un deseo. Y no cualquier deseo, sino el suyo, el que estaba destinado a pertenecer específicamente a esa única estrella. ¿Cómo lo sé? Porque me olvido de recordar. Me olvido de todo, le pertenezco solo a ella. Ib me sigue besando, y yo tengo las manos enredadas en su pelo, preparadas para bajar cuando les dé la orden, mientras respondo a su beso con otro y otro y… un momento. ¿No quería que solo fuéramos amigos? ¿Qué estamos haciendo?

Quizá tenga que darme un golpe en las pelotas después de esto, pero me aparto de Ib y retrocedo.

—Espera. —Resuello cuando se acerca de nuevo a mí con la boca entreabierta y el ceño fruncido—. ¿Estás segura de lo que quieres?

—Necesito dejar de pensar, Rain.

—Así que quieres usarme —digo en tono juguetón para que sepa que estoy encantado con la idea.

—Bueno, parecido, sí —responde con las mejillas coloradas.

Es todo lo que he querido hacer con ella estas últimas semanas: quitarle el dolor. Bueno, y alguna de las cosas que pienso poner en práctica ahora mismo.

Cuando volvemos a besarnos, noto un cambio en Ib. Como si me hubiera leído la mente, sus manos se cuelan por debajo de mi

camiseta para apretarme todo lo que puede contra la estrechez de su cuerpo. Hace un ruidito de satisfacción cuando comprueba hasta dónde llega mi entusiasmo, y eso desencadena tantas cosas… Una órbita de besos por todo su cuello. Un jadeo inesperado cuando lame el mío, llevándome al éxtasis cuando la siento sonreír y me araña con los dientes sin querer. Nos apartamos, pero de un modo consensuado y frenético esta vez, y empezamos a desvestirnos. Ib es más rápida. Para cuando me he quitado la camiseta y me he desabrochado el cinturón, ella sigue de pie, completamente desnuda. Me mira con sus preciosos ojos azules, despeinada, los brazos caídos y los hombros ligeramente estirados. No hace ningún esfuerzo por taparse, así que yo la observo con calma y descaro. Los pechos, pequeños y perfectos; las clavículas, marcadas y perfectas; las piernas, delgadas y perfectas; lo que se esconde dentro de ellas, desconocido para mi boca y, aun así, perfecto. Seguro.

Sé que me costará quitarme los vaqueros, siempre me cuesta cuando lo intento estando de pie. No quiero desaprovechar ni un puto segundo, así que me acerco a Ib. No abro la boca para nada más que para darle un beso rápido, casi animal, y después la cojo en brazos y me aproximo a la pared que hay junto a la cama. Cuando íbamos a la piscina de Sun Valley, Ib solía subirse a mis hombros y jugábamos contra otros niños, a ver quién era el primero en caer al agua. Yo nunca dejaba que Ib se cayera; si notaba que sus piernas perdían agarre, prefería tirarme hacia atrás y caer junto a ella, y entonces salíamos a la superficie riéndonos. Pues bien, planeo hacer lo mismo, pero en la versión para adultos. Ah, y sin gente. Ah, y sin agua.

Ahora Ib también se ríe, pero de un modo oscuro y excitado. Vuelvo a besarla, agarrándola del culo. Tengo la suficiente fuerza en los brazos como para levantarla por encima de mí, y eso provoca que suelte un pequeño grito y que su cuerpo se estremezca como si se derritiera.

—Rodéame la cara con las piernas, cariño —le pido, y ella asiente, mordiéndose el labio con timidez.

Nunca me he alegrado tanto de no medir dos metros como en este instante. A Ib le falta poco para alcanzar el techo, así que la postura es cómoda y placentera para los dos. Ella reparte el peso de su cuerpo entre la pared y mis hombros y, cuando me hace caso, acerco la boca al vértice de sus muslos y deslizo la lengua entre sus pliegues. Un gemido profundo y delicioso inunda la habitación, y yo espero que pueda oír mis gruñidos de placer mientras la saboreo. Rodeo lentamente su punto más sensible, succiono, repito el movimiento. Ella me tira del pelo, gime mi nombre como si rezara, sus muslos se aprietan contra mi cara cada vez con más desesperación. Alzo la cabeza para mirarla, sin dejar de mover la lengua, y verla agarrada a la moldura del techo para no caerse, con los ojos casi en blanco, sin escapatoria, es demasiado. Esto, lo que tenemos, es demasiado.

Ib me descubre mirándola y sonríe, avergonzada.

—Estoy… estoy a punto de…

—Vale.

Me detengo y espero a ver si protesta, pero no lo hace. Es increíble lo mucho que la conozco. Podría inventar un lenguaje solo para ella, para la persona que es conmigo.

La bajo de la pared con delicadeza y la beso. Escucho cómo jadea de sorpresa al notar su sabor en mi lengua, y el volumen de esos jadeos crece y se multiplica cuando nos arrastramos mutuamente hacia la cama. Caigo sobre ella y sé que espera que me desabroche los pantalones, pero primero la busco con la mano y empiezo a tocarla. Ib cierra los ojos, rendida, me araña la espalda mientras muevo mis dedos dentro de ella y la beso en cada centímetro de piel que tengo a mi alcance. Tan. Jodidamente. Preciosa.

—¿Soy mala persona si confieso que no quiero ser solamente tu amigo… y estar siempre así? —murmuro contra su oído, y luego su risa atraviesa mi garganta mientras aprieta las caderas contra mis dedos.

—Estoy harta de dividir a la gente entre buenos y malos —responde.

Y estoy de acuerdo. Quiero preguntarle qué ha inventado para nosotros, cómo llamaría a la gente que vive todas sus primeras veces con alguien y hace trampas y no le importa, pero nuestras bocas se unen en un desesperado duelo de lenguas y labios, y sé por el movimiento errático de su cuerpo que está a punto de correrse. Mis dedos se clavan más profundamente en ella, y esconde la cara en mi cuello para lanzar un grito mientras paseo la boca de un pezón a otro y succiono, mordisqueo, acaricio. Noto cómo su cuerpo se arquea y se aprieta contra mi mano, y apenas diez segundos después se debilita, parece que ha perdido todo el aire, pero Ib pronuncia mi nombre con urgencia y en nuestro idioma esto siempre ha significado: «Vuelve».

Mientras se recupera, me quito los pantalones y los calzoncillos. Tardo un poco, pero no parece importarle. Me siento algo

presuntuoso por llevar un par de condones encima desde que salí del hospital y empecé a venir a verla cada día, pero ahora rasgo el envoltorio y me lo pongo pensando en él como en un puto milagro. Ib abre las piernas, invitándome a que me tumbe sobre ella de nuevo, y yo lo hago sin protestar. No sé qué nos pasa. Somos hambre con dos espaldas. La inseguridad y la torpeza que estaban presentes la primera vez que nos acostamos en Vancouver han desaparecido, y el sabor de este encuentro se parece más a una última vez, pero eso no me preocupa. Es verdad y, a la vez, no lo es.

Ib roza su nariz con la mía cuando me hundo lentamente en ella. Se agarra con fuerza a mi espalda, noto las yemas de sus dedos resbalando por los relieves de mis músculos mientras flexiono los brazos y dejo que sean ellos y mis caderas los que carguen con la potencia de mis embestidas. Ella cruza los tobillos por detrás de mis piernas y, cuando gime tan cerca de mi oído, siento que estoy en el paraíso. Sonrío, y por unos instantes solo se escucha el choque de nuestros cuerpos, la llama que emerge entre nuestras pieles. Miro a Ib para comprobar si está igual de feliz que yo, pero entonces veo que hay lágrimas a punto de desbordarse sobre esa cara que tanto deseo, que tanto quiero, y me detengo de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—No, Rain. Sigue —me pide, y esa sonrisa no puede fingirse, lo que me tranquiliza bastante—. Estoy emocionada, eso es todo. Es… es la primera vez que siento algo así en semanas.

—No lo entiendo.

—No se puede querer lo que no se entiende —murmura ella.

Le doy un beso en la frente y suspiro.

—Oh, sí. Créeme que se puede.

Me abraza con fuerza, o yo a ella, mientras empujo las caderas y retrocedo de nuevo. Volvemos a huir y a desear lo mismo. Ib hunde los dientes en mi labio inferior, yo saboreo el brillo salado de su piel, su interior late a mi alrededor a medida que aumento el ritmo de mis embestidas, la necesidad de estallar se vuelve insoportable. Esta vez no hace falta pedir permiso: cuelo una mano entre los dos y la froto con el pulgar hasta que absorbo su intenso gemido de placer con la boca mientras me derramo en el condón y rezo su nombre con cada neurona que haya sobrevivido a este naufragio.

Después de terminar, nos limpiamos y nos metemos bajo las sábanas como si de verdad hubiera llegado el fin del mundo. Ib tiene la mirada exhausta, el flequillo pegado a la frente. Acaricio con ternura su mejilla y ella se acurruca contra mi pecho, y se ríe cuando le pido disculpas por estar apestosamente sudoroso. Bromeamos un rato más, y enseguida nos damos cuenta de que necesitamos coger aire, así que salimos de entre las sábanas, pero con algo de miedo a que las cosas cambien. Y lo hacen, es evidente. Ib pierde ese brillo radiante y su mirada se vuelve como hacia dentro. La sombra de su pasado familiar cae sobre ella, lo sé porque ha empezado a temblar y no hace frío, y yo la envuelvo con mi piel y me limito a abrazarla por la espalda. Para que llore. Para que grite. Para que me rechace. No espero nada más.

Ib está callada durante tanto tiempo que creo que se ha quedado dormida. Pero recoge las piernas, apoyando los talones sobre mis rodillas, y busca los pulgares de mis manos para unirlos con los suyos. Es su manera de darme las gracias por estar aquí, y de pedirme perdón exactamente por lo mismo. Le doy un beso en la coronilla, e Ib suspira.

—Siento ser una cortarrollos, pero…

—Venga, suéltalo.

—Tengo que hablar con mi madre —dice. Su corazón no se ha recuperado de lo que hemos hecho, y ya está latiendo, incontrolable, de nuevo—. Me da un miedo terrible que lo que vaya a decirle pueda dejarla peor de lo que está, pero tengo que hacerlo.

—No sé, Corazón. Mi madre tenía la impresión de que Nailah nunca quiso morir realmente.

Ib ya sabe que mi madre paga el centro de la suya. Cuando se lo conté, se quedó tan impactada que no conseguí que hablara durante un buen rato. Luego me hizo prometer que le daría las gracias de su parte; y luego, que no se me ocurriera decir nada, que lo haría ella personalmente, aunque sé que todavía no se ha atrevido.

—¿Y para qué saltó del tejado? ¿Por qué me hace esto?

—No pienso que se haga daño para castigarte a ti. Eres su hija.

—La sustituta —se lamenta, y yo la abrazo más fuerte.

—Os habéis tenido la una a la otra. No importa quién llegara primero. Solo importan los que están aquí.

Oigo cómo Ib traga saliva y asiente.

—Creo… creo que ya lo entiendo. Lo que pasa. Lo que ha pasado siempre.

—¿Cuándo hablarás con tu madre? —pregunto con los labios apoyados en su nuca.

—Mañana.

Y esta vez la creo.

44

IB

Tomamos tantas decisiones todos los días que apenas somos conscientes de que lo hacemos. Algunas son tan diminutas que pasan de largo, casi invisibles, como partículas flotando en el aire. El café se está quedando frío, así que le das un sorbo rápido. Estudiar unos apuntes u otros en función de lo mal que te cae el profesor. Te han llamado dos de tus mejores amigas mientras estabas en el cine, ¿a quién devuelves la llamada primero? Hay algo dentro de nosotros, un espacio entre una región cerebral y otra, que lo ha decidido todo antes de que nos demos cuenta. Algo que tira de recuerdos, de promesas hechas a medias o de favores pendientes, y que nos empuja hacia lo que cree que es mejor.

Y luego están las otras decisiones. Las que pesan. Las que tienes que dejar de pensar en algún momento porque, si no lo haces, no avanzas. Las que sientes en el pecho. Macroscópicas. Se rompe la cafetera y te planteas si merece la pena arreglarla o gastar el dinero que te queda para salir el próximo viernes. Elegir en qué universidad estudias, y luego qué. Te has peleado con tus dos mejores amigas y ninguna te ha escrito mientras estabas en el cine, ¿a quién llamarás primero para pedir perdón? Siento que nunca he tomado una de esas decisiones, y no porque no haya tenido oportunidades, sino

porque siempre me he adelantado al pensar que no hacía falta elegir. Cuando aparecían varios caminos frente a mí, escogía el primero sin mirar demasiado. No sé si por miedo o por costumbre, pero siempre me convencía de que estaba protegiéndome. Porque ¿qué es una decisión importante si la reduces a un solo horizonte? En mi caso, siempre pensaba en ella, en mi madre, en su felicidad, incluso cuando sabía que estaba rota de antes. Era como un jarrón caído al suelo, sin flores dentro, hecho pedazos, y yo creía que podía recogerlos y pegarlos, aunque los bordes afilados terminaran haciéndome daño. Porque para eso estaba. Para eso creía que me habían hecho.

Pero no hay historias que contar si primero no vivo como quiero. Eso es lo que estoy entendiendo ahora. Y aquí es donde se presenta la verdadera decisión. No una cualquiera, no algo que pueda resolver con un «ya veremos». No. Tengo que elegir entre mi madre y yo, su futuro o el mío, crecer a la sombra de un árbol o crecer como mi propio árbol. Una decisión tan absurda como importante, porque ambas cosas son necesarias, ¿no? Los árboles necesitan sombra al principio, y después el sol para alcanzar el cielo. Pero en esta historia no hay espacio para seguir así. Una debe ceder, y sé que soy yo quien tiene que decidir cuál.

Dejo de mover la mano y esta languidece en el aire, bajo mis ojos. Veo manchas de tinta azul en el dorso. No quiero borrarlas, así que miro al frente y trago saliva. Estoy en el centro, como le prometí a Rain. Todavía puedo sentir el calor de su cuerpo, de sus labios, de su despedida cuando llegó mañana, hoy. Mi madre sigue tumbada de espaldas en la cama, cada vez más delgada, pero su aspecto me parece de todo menos frágil. No hay fragilidad en no querer estar

muerta, ni estar viva. No hay fragilidad cuando hablamos de lo que soporta un corazón.

—Siempre he intentado ser la hija perfecta. Desde que saltaste de ese tejado. Pero también desde mucho antes. Aunque no logro recordarlo, creo que desde que nací —empiezo a decir, y mi voz tiene una fuerza desconocida, como si hubiera saboreado estas palabras antes, muchas veces—. La hija perfecta, la estudiante perfecta, la amiga perfecta… Pensaba que las chicas perfectas siempre estaban bien porque lo comprendían todo. Pero cuando papá me propuso ser testigo en la boda con Kate, dije que sí con una enorme sonrisa, y luego lloré toda la noche y quise golpearme la cabeza por mi error, porque sentía que te estaba traicionando. Más aún, porque sentía que me estaba traicionando a mí misma. Pero ¿cómo iba a decir una verdad? Podía hacerle daño a alguien. Podía ser recordada como una mala decisión. Podían tacharme de egoísta y desagradecida. Una niña desagradecida y luego una mujer desagradecida. Sin embargo, soñaba con esa vida en secreto. Siempre he soñado con hacer llorar a Kate al menos una vez, con decirle a papá que le quiero y le odio al mismo tiempo, con atarte a mí con unas esposas y obligarte a salir a la calle. —Hago una pausa —. Pero estoy cansada de soñar con lo que sueñan los demás. ¿Qué hay de mis sueños, mamá? Quiero escribir. Quiero vivir. Pero también quiero que algún día leas mis novelas y las comentemos. Que nos tomemos un helado en alguna terraza, o demos un paseo señalando árboles y colores, dando las gracias sin palabras mientras vivimos. Ah, y también quiero arrepentirme. Y que otros tengan que pedirme perdón a mí también. La vida es un milagro que no deja de fallar. Y quiero que lo sepas antes de irte. O de volver. —Hago una

pausa de nuevo—. Nunca lo he entendido. ¿Por qué me impulsabas a seguir viviendo y luego intentabas desaparecer? Pero, mamá, estos días… es como si un interruptor se hubiera apagado dentro de mí. Nada parecía suficiente, ni siquiera el amor. Sobre todo, el amor. Y me he dado cuenta de que ninguno hemos intentado comprenderte. Nunca te preguntamos por qué. Algo tan sencillo. Por qué. Lo dimos por hecho. Cada uno decidió lo que necesitaba y te tratamos como si fueras de cristal. Ellos querían meterte en una caja, y yo evitaba rozarte demasiado tiempo por si te rompías. Siento… siento haberte obligado a vivir. Y siento que el mundo te obligara a morir. Pero ahora lo sé todo. Ya no tienes que fingir, si no quieres. Puedes hablar conmigo, porque yo sigo aquí. Ojalá ella también.

Y me acerco a su cama con pasos temblorosos, y dejo la fotografía que me dio Mona cerca de una mano que estaba extendida cuando entré en la habitación, y que ahora se cierra con fuerza, en silencio. Después me agacho y le doy un beso a mi madre en la cabeza. Hace mucho que dejó de oler a casa, pero aun así sonrío.

—Pensaba que no se podía querer lo que no se entiende —susurro —. Pero yo nunca dejaré de hacerlo.

Retrocedo y me seco los ojos. No espero nada más. Agotaré este silencio y me iré a recoger a Vesta a la universidad. Compraremos comida tailandesa para tres. Rain me preguntará qué tipo de amigos somos mientras nos desnudamos, y yo me reiré y mascullaré contra su cuello que esa conversación puede esperar cuatro o cinco recuerdos. Iré a ver a mi padre para disculparme, con él y con Kate, pero no volveré a visitarlos hasta que encontremos la manera de

estar a gusto con lo que somos. Jugaré con mis hermanos y les daré ideas para hacer todas las trastadas que quieran. Escribiré todas las noches, puede que siga por las mañanas. Y volveré junto a mi madre hasta que no haya un sitio al que volver.

La idea no me entusiasma, pero me da algo parecido a un futuro. Como si me hubiera lanzado al océano con una tabla de surf sin saber qué estoy haciendo. No podría enfrentarme a las olas más grandes, claro, y me caería de la tabla más veces de las que podría contar. Me sentiría torpe, agotada, demasiado consciente de todo lo que me falta. Pero estaría viva, porque cuando lograra mantenerme sobre una ola pequeña, una que para cualquiera sería insignificante, cuando pudiera mantener el equilibrio aunque solo fuera unos segundos, me daría cuenta de lo que he conseguido. De que, a pesar de todo, estoy en pie. Y, en ese momento, el salitre del agua me haría sentir el pelo pesado, pero mi mente estaría ligera. Solo existiría el ahora. Solo ese instante.

Vivir no tiene nada que ver con la magnitud, ni con las caídas. Vivir es intentarlo.

De pronto mi madre extiende la mano y coge la fotografía.

La sujeta entre sus ojos y los míos, y su cuerpo se sacude mientras llora. Nunca recuerdo cómo suena la gente cuando llora, así que siempre parece una primera vez. Mi cuerpo reacciona y quiere abrazarla, pero algo me dice que debería seguir esperando. No sé. ¿Cuántas lágrimas se necesitan para vaciar un corazón como el de mi madre? La enfermera Kelly entra en la habitación, señalándose la muñeca, como de costumbre, pero al ver este cambio, puedo leer la misma pregunta en su rostro mudo, y me hace un gesto que puede interpretarse como: «Tienes todo el

tiempo del mundo». Le dedico una pequeña sonrisa y ella vuelve a dejarnos a solas a mi madre y a mí.

—Tu colgante era un regalo para ella. Lo compré en un puestecito de artesanía en la isla Granville —la oigo decir, y su voz suena ronca y llena de saltos, aunque también parece haber pronunciado estas palabras muchas veces antes, en su memoria—. Pero nunca tuve la oportunidad de dárselo.

—¿Por qué me pusiste su nombre? Ib. —Me llevo la mano al cuello, al corazón plateado, y cierro el puño alrededor de él.

Basta de contenerse. Basta de sentirse de cristal.

—¿Estás enfadada conmigo? —me pregunta, haciéndose eco del mismo sentimiento.

No lo había pensado hasta este momento. ¿Estoy enfadada con mi madre? El calor que sube por mi palma, abrasando la plata entre mis dedos, parece responder por mí.

—Cuando escribo una nueva historia, tardo días en decidir cómo quiero llamar a la protagonista. ¡Días! —exclamo—. Porque llevar un nombre es aceptar un rol en el mundo, aunque sea de manera inconsciente. Porque cada vez que lo escuchamos en los labios de los demás nos reconocemos. O al menos creemos hacerlo. Un nombre forma una historia, une personas y recuerdos a una palabra. Dos personas iguales y un mismo nombre…, parece inverosímil. Sobre todo porque estuvimos pensadas para ser lo mismo —digo, y lo dejo así.

Mi madre se queda callada, pero sé que volverá a hablar. Solo está pensando en lo próximo que va a decir, una verdad y un poco de mentira para no herirnos demasiado pronto.

—Yo nunca quise que fueras como ella porque jamás la conocí —me explica, y yo reprimo un escalofrío al imaginar de dónde procede la dureza con la que habla—. Todos los niños son iguales si les das amor y un entorno en el que se sienten seguros. Te puse su nombre porque quería tener una hija y verla crecer. Lo hablaba a veces con mi madre, cuando estaba en casa y había terminado de contarme uno de sus cuentos. «Si tengo una hija, la llamaré Ib porque se llevará mi corazón», le dije, y a ella no le pareció mal, pero tampoco se mostró entusiasmada. Cuando me quedé embarazada de ti, supe que no tenía opción. No buscaba sustituir a nadie ni nada parecido. Solo quería hacer las cosas bien desde el principio. Solo quería tener a mi hija —añade entre susurros, y yo me muerdo el labio, sobrecogida.

—¿Qué te llevó a renunciar a ella? ¿Fue por Jackson?

—No, Ib. Nuestro amor solo sobrevive en un diario. —Sé que está sonriendo cuando prosigue—: Tendría que haberlo tirado, pero eso iba en contra de todo lo que había significado para mí en mi adolescencia. Cuando estás desesperado por estar en un lugar y no puedes llegar hasta él, te inventas ese lugar. Eso hice con Jackson. Tuvimos una historia típicamente bonita, pero a él no le gustaba que tuviera sueños propios, aunque fueran tan sencillos como vivir sin pedir permiso y pasar el Año Nuevo en un país distinto cada vez —dice, y se ríe como si se sorprendiera de haber pronunciado esas palabras después de tanto tiempo—. Él solo pensaba en sí mismo. Me utilizaba para que le ayudara a elaborar esa imagen porque se sentía inseguro, no era capaz de ser alguien sin apoyarse en el talento de los demás. Donde vivíamos no había oportunidades grandes para la gente soñadora, así que la frustración le hizo

empezar a perderse poco a poco. Todo el mundo me advertía sobre él: que estaba trapicheando, que consumía, que hacía cosas horribles cuando no estaba conmigo. Pero yo no quise creer a nadie, porque cuando estaba a su lado me sentía…, sí, en un lugar mejor. Cuando le conté que estaba embarazada y respondió que solo seguiría conmigo si me deshacía del bebé, me di cuenta de la clase de persona con la que estaba. Y en lo que me había dejado convertir. Me costó mucho romper aquella relación, por supuesto, porque sentía que todo serían complicaciones si él no estaba a mi lado, pero lo cierto es que venimos al mundo con los amores contados. Se puede sobrevivir a una ruptura. A dos. —Pienso en mi padre, pero no digo nada—. No sabía que Jackson había muerto hasta que tú me lo contaste. Pero algo dentro de mí había asumido esa posibilidad, y aunque me sentí mal por él, no se movió nada nuevo o distinto. Además, te tenía a ti. Como la tuve a ella.

No me ha pasado desapercibido que mi madre habla de mi hermana sin pronunciar su nombre. Parece una tontería, porque de alguna forma lo reclama al nombrarme a mí también, pero creo que lo hace a propósito.

—Mamá, me gustaría que habláramos cara a cara.

—Era una muñequita —murmura, ignorándome—. La primera noche que pasamos en casa, pensé que no dormiría nada. Había oído todo tipo de historias sobre recién nacidos, y estaba preparada para los gritos durante la medianoche, y la madrugada, y lo que hay hasta que sale el sol, pero después de ponerla en su cunita y tumbarme en la cama, me desperté sola a la mañana siguiente. No la había oído llorar en casi seis horas. Me acerqué a la cuna pensando que estaba muerta, que había sufrido una muerte súbita o

algo así, y le hundí un dedo en la mejilla hasta que se despertó, me miró y se puso a llorar. Y yo con ella. —La cama hace un ruido como de protesta cuando mi madre empieza a incorporarse. Me pregunto si debería ayudarla, pero espero a que me lo pida ella. No lo hace—. A partir de esa noche, el amor que sentía por ella se transformó en un miedo atroz. Miedo a perderla. Miedo a que ella me perdiera a mí. No estábamos en las mejores condiciones, y el mundo de pronto parecía hecho a medida para herirla. Creo que siempre nos lo parece cuando tenemos a alguien que nos importa tanto. Intenté superar ese miedo, por su bien y por el mío, pero cuando tenía cerca de un año y medio hubo un tiroteo en nuestra calle, y aunque no hubo muertos ni heridos, me di cuenta de que era demasiado joven para ser una buena madre. No tenía trabajo ni la posibilidad de conciliar, mi hija corría peligro y yo no podía protegerla… Decidimos que lo mejor era darla en adopción a una familia con mejor posición socioeconómica. Y hacerlo antes de que recordara que había tenido una madre primero, para ahorrarle el sufrimiento. Le dije que volvería en un rato, cuando la dejé con el agente social en aquel despacho frío y azul mientras esperaba a sus nuevos padres. Sabía que si la escuchaba llorar, perdería el poco corazón que me quedaba y me echaría atrás.

Cuando mi madre termina de darse la vuelta sobre la cama y se sienta, levanta la cabeza con lentitud y me mira. Tiene más arrugas de las que recordaba, los labios resecos, los ojos como carbones humedecidos. Recuerdo nuestra primera noche en Carson City, durmiendo en la misma cama, el movimiento de las sombras nuevo y aterrador. Me hundió un dedo en la mejilla y lo dejó ahí, como para convencerse de que una de las dos, al menos, era real. A la mañana

siguiente me contemplé en el espejo y repasé la marca de su uña con la mía, lo que me tranquilizó lo suficiente como para seguir mirándola a los ojos.

Ahora quiero apartar la mirada, tener unos segundos a solas para asimilar lo injusta y triste que ha sido su vida, pero le debo la misma fortaleza que ella me está demostrando.

—¿Por qué evitas mencionar a Mona? —le pregunto después de procesar el uso de ese plural: «Decidimos».

Mira por encima de mi hombro, como si la respuesta estuviera flotando en el aire.

—Siento tanta vergüenza… Es cierto que la odié durante mucho tiempo, porque fue ella la que me convenció de buscarle otra familia a la niña. «Lo superará. Y tú también», me decía, y pensaba que no lo entendía porque ella no era madre, había nacido de un útero metálico, era seria y racional. Salió a mi padre; el dinero era lo único que despertaba sus sentimientos, las personas nos movíamos en órbitas prescindibles. Pero siempre me ayudó, a su manera. Y quería a esa niña, oh, yo lo sé. Cuando cerraba la zapatería y volvía a casa, la despertaba aunque estuviera dormida para jugar con ella y hablarle. Me enfadaba mucho que hiciera eso, pero…

Su voz se apaga y, cuando es evidente que no va a añadir nada más, me aparto el flequillo de los ojos y vuelvo a la carga:

—¿Por qué le robaste?

—Yo… ¿qué?

—¿Por qué le robaste todos sus ahorros y huiste?

—No sé de qué me estás hablando, Ib. —Mi madre frunce el ceño —. Después de la adopción, apenas tenía fuerzas para levantarme. Como… —«Como ahora», completo en mi mente, pero ella hunde

las manos en sus rizos y sigue hablando—: Poco a poco, el tiempo me curó y me dio esperanzas, pero en las direcciones más estúpidas y frágiles. Podía volver con Jackson. Podía vender droga, como él, y conseguir dinero, mucho dinero. Podía comprar una pistola y amenazar al agente social para que me contara dónde estaba mi niña, y rescatarla. Podía secuestrarla y luego rescatarla. Podíamos huir juntas y recorrer el mundo, y que Mona nos acompañara. Pero al final decidí que lo mejor era buscar un trabajo como camarera e intentar pasar página, aunque la ausencia de mi hija me supusiera una lucha diaria contra la idea de estar viva. Una noche, cuando volví a casa del bar en el que trabajaba —me cuenta—, mi madre me estaba esperando en el salón. Llevaba casi seis años sin verla. Estaba más joven porque se había operado, y vestía un abrigo de visón aunque estábamos en otoño. Nunca olvidaré lo perfectas y cuidadas que tenía las uñas. No entendía cómo se había atrevido a volver, y encima así. Me contó que se había enterado de que había tenido una hija y la había dado en adopción porque un amigo de un amigo de su marido rico y americano trabajaba en el departamento de adopción de Canadá. Le pregunté si sabía dónde estaba mi niña porque el agente social consideró que era mejor, debido a mi juventud, que no tuviera esa información, pero mi madre negó con la cabeza y me dijo que eso no era relevante. Que yo me debía a otro tipo de historias. Me vendió que su vida era genial desde que nos había abandonado. Que yo también podría crear algo nuevo y sanar ese dolor si fingía que nunca se había producido. Que fingiera que la vida que llevaba le pertenecía a otra persona, que nunca había sido madre, y así volvería a estar bien. Y yo me lo creí. Necesitaba creer en algo.

Mi madre cambia de expresión y vuelve a mirar por encima de mi hombro.

—Me ofreció dinero para que pudiera empezar de cero en otro lugar, con la condición de que abandonara a mi hermana y Vancouver para siempre. Ahora creo que quería castigarnos a las dos, aunque por aquel entonces me pareció un bonito gesto.

—¿Por qué una madre querría alejar a sus dos hijas la una de la otra? —me pregunto en voz alta.

—Supongo que cuando dos reproches se unen, cuando dos pequeñas verdades se cuentan en el mismo lugar, corren el peligro de convertirse en algo inmanejable. Mi madre quería separar la familia para esconder sus propias negligencias. ¿Y dices que no era su dinero…?

—No, mamá. Esa señora robó los ahorros de Mona. Para su vida. Para otro futuro —digo, porque aunque Mona nunca lo haya confirmado, creo que esa es la raíz de toda su indiferencia.

Ella tenía sus propios sueños, y nunca pudo cumplirlos. Aun así, con los huesos secos y resentidos, ha viajado cada verano para encontrar a mi madre.

—Oh, Mona. —Mi madre deja caer las manos sobre el regazo y se encoge—. Debe de odiarme. Y yo que pensaba que lo peor que había hecho era irme sin decir adiós…

—¿Y qué pasó después?

—Me vine a Seattle y alquilé un apartamento viejo, con grietas en las paredes y tuberías que goteaban, y pasé los primeros días encerrada, tratando de inventarme un pasado nuevo. —Sus labios se curvan apenas un poco al mirarme—. No era muy buena actriz, tardé poco en darme cuenta. Así que me limité a enterrar demasiado

profundo a la persona que era y a guardar silencio con la persona que debía ser. Dejé los paseos en bicicleta y el paisaje montañoso como recordatorio, el diario, la foto de mi época de voluntaria, la pulsera del hospital en el que nació mi hija y el billete de tren, pero nada más. El resto dolía demasiado, y yo confiaba en lo que me había dicho mi madre. Todo era más fácil si no hablaba de mi pasado. Pero seguía llorando por las noches. Es raro de explicar. Había huido; era la misma y, a la vez, cuando alguien no me miraba, volvía a ser yo de nuevo. Pero el mundo nunca está vacío del todo —murmura—. Conseguí trabajo de camarera. Había aprobado mis exámenes con notas excelentes antes de haber dado a luz, y un hermano de mi padre había estudiado en la Universidad de Seattle, así que pude matricularme en Estudios Interculturales. Y ya sabes lo que vino después. Tu padre. —Sonríe de nuevo—. Tú.

Nerviosa, tironeo del colgante.

—¿Qué sentiste cuando te enteraste de que estabas embarazada de mí? ¿Te… te arrepentiste?

—Jamás —responde con decisión—. Mi mayor regalo siempre ha sido ser tu madre, Ib, y lo sentí así desde el principio. No puedo negar que también hubo miedo, mucho miedo. Creo que lo recuerdas. Cuando crecías, cuando tenía que alejarme de ti…, me daba un vértigo terrible dejarte sola, pensaba que iba a perder a otra hija. —Mi madre respira aceleradamente y cierra los ojos como si esa posibilidad fuera real otra vez y no pudiera soportarlo—. Después de la primera depresión y de buscar ayuda psicológica, pude volver a trabajar, pero las cosas no parecían tener sentido. ¿Por qué había huido de Vancouver? ¿Dónde estaba ella? Intenté convencerme de que no me hacía falta nada más, y era verdad, pero

al mismo tiempo… No quiero que pienses que no era feliz contigo, por favor. Me… me has hecho sentir mucho mejor de lo que me merezco como madre. —No sé quién de las dos empieza a llorar primero, pero la habitación se llena de carraspeos y ambas sorbemos por la nariz—. De todos modos, es muy difícil recuperarse de una herida de la que nadie sabe nada. Yo no podía compartir las causas reales de mi dolor con nadie. Celine, la madre de Rain, era una buena amiga, pero tenía miedo de que me juzgara. Y tu padre y yo cada vez estábamos más separados, emocionalmente hablando. Y la vida nunca va a menos. Cada día los remordimientos se multiplicaban, así que tomé una decisión.

—¿Cuál?

—Buscar a tu hermana.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, y salen muchas más.

—Pero…

—Ya, ya —me interrumpe mi madre, y hace el mismo gesto—. Al poco de que cumplieras quince años, no supe cómo vivir un día más con esa incógnita. Así que empecé a investigar. No hizo falta que volviera a Vancouver, que me expusiera a toda la crudeza de la realidad que había intentado superar durante tantos años. El dinero, una vez más, lo hizo todo por mí. —Se sienta mucho más recta, deja las manos apoyadas sobre la cama. Su mirada es seria y resignada —. Descubrí que la había adoptado un matrimonio de Kelowna que, posteriormente, se trasladó a Washington por trabajo. Ambos eran abogados. Se divorciaron cuando ella tenía seis años, y la madre se quedó con la custodia y se fue a vivir a Reno. Le cambiaron el nombre cuando se la llevaron. Le pusieron Florence. —Estoy tan

impactada, tan paralizada, que no sé cómo voy a seguir viviendo después de esto. «Como has hecho siempre, como hace todo el mundo»—. Tardé casi un año en recabar toda la información importante. Tuve que inventarme que estaba haciendo voluntariados sociales los sábados para poder viajar sin que nadie me descubriera. Y un día conseguí reunir las fuerzas suficientes para plantarme en casa de esa mujer y pedirle ver a mi hija. Tendría veintiséis años, y yo sabía que nunca le habían hablado de mí, pero me daba igual. Necesitaba verla.

Mi madre rompe a llorar, y ahora no tengo dudas de que está aquí y allí a la vez, atrapada en este momento y un recuerdo demasiado doloroso, sin cicatrizar.

—Mamá…

—La mujer fue tan amable… —resuella, enterrando la cara entre las manos—. Me habló de Florence durante horas. Del sobresaliente que sacaba en Música desde pequeña. De las dudas que tenía sobre ser violinista o estudiar Arquitectura. De lo bromista que era, y de la bondad con la que trataba a las personas y a los animales. Me enseñó su habitación, verde y con los muebles pintados con florecitas, y, sobre ellos, maquetas de edificios emblemáticos que había montado ella misma, pero que no reconocí. El violín estaba sobre la cama, pulcramente preparado. Le pregunté a esa mujer, su… su madre, que cuando volvería a casa. —La oigo perfectamente cuando dice—: Pero Florence había muerto. En un accidente de tráfico, a los catorce años. Su padre la traía en coche desde Washington, sobrepasando el límite de velocidad porque se había quedado dormido y ya habían tenido problemas antes con el

régimen de visitas. Él sobrevivió al accidente, pero se suicidó poco después.

Mi madre vuelve a su postura anterior. Tiene la cara mojada, y parece derrotada. Yo ya sabía el final de esta historia: reconocí la dirección en la fotografía que Mona me había entregado: era un cementerio de Reno; solía pasar por delante con el autobús cada vez que iba a la universidad. Supuse que mi hermana estaba muerta, pero pensaba que mi madre no sabía nada. ¿Cómo lo ha hecho para fingir que todo estaba bien durante tanto tiempo? «No, tonta. No lo ha hecho».

—Cuando volví a casa, solo podía pensar en esa hija que nunca fue mía. Que nunca recordó mi cara ni supo su verdadero nombre. También pensaba en su padre, en ese hombre que no pudo soportar la culpa. Yo no sabía qué iba a hacer con la mía, y entonces Celine me estaba esperando en la entrada del pueblo para contarme que tu padre me era infiel, y después llegaron los gritos, y entonces la decisión de ese hombre me pareció el acto más humano para un dolor como el mío, y yo…

—Espera, mamá, espera —la interrumpo, alzando las manos—. ¿Me estás diciendo que no intentaste suicidarte por la infidelidad de papá, sino porque habías descubierto que tu hija estaba muerta? ¿Que no fue por mi culpa? —Mi madre niega lentamente ante mi última pregunta, y yo siento cómo una parte de mí se rompe y se arregla para siempre—. Oh, mamá. Oh, Dios mío.

Llorando, me alejo de ella y me acerco a la ventana. Me pitan los oídos, y algo muy parecido al pánico escala por los tendones de mi cuerpo. No lo entiendo. Debería estar contenta, bailando de felicidad. Es lo que quería, ¿no? Borrar esta culpa que me ha

perseguido siempre como el pecado original. Sin embargo, no siento nada distinto. ¿Qué necesito ahora, joder? ¿Tiempo? ¿Un abrazo? ¿Más tiempo? Miro por la ventana al jardín en el que apenas me he fijado desde que vengo al centro porque el cerezo aún no está en flor, y parece que solo medimos lo que queremos en función de lo que no tenemos.

—¿Por qué has dicho eso? —me pregunta mi madre, que se ha aproximado a donde estoy y parece preocupada—. Que era culpa tuya.

Ha traído dos sillas consigo. Ella se sienta en una, pero no se queda en la posición a la que me tiene acostumbrada, mirando por la ventana, sino que se gira hacia mí.

—Porque yo sabía lo de papá. Y se lo conté a Rain, y él se lo dijo a sus padres, y luego… —suelto, sentándome en la otra silla. Me tiemblan las manos, pero no las escondo.

—Hija, eso no importa. Solo fue la última gota de un mar de lágrimas y sufrimiento al que necesitaba poner fin —me dice, y puedo leer el arrepentimiento en su mirada—. Jamás quise dejarte. Lo siento. Solo buscaba que esto parara un segundo, solo un segundo. —Se señala la cabeza, y yo asiento.

—¿Y después? Estos años…

—No sé explicarlo. Nunca he hablado de esto con nadie, ¿sabes? Creo que al intentar acabar con mi vida, al traspasar ese límite, algo se calmó dentro de mí. Y vivir siendo una nueva persona por tercera vez, lo agitaba. No quise rendirme, solo… hay mucha paz en no tomar ninguna decisión —reflexiona con solemnidad—. Siempre me he preocupado por ti. He querido vivir por las dos, te lo prometo. Pero a medida que pasaban los años, cada vez se hacía más difícil. Y

cuando ya no me necesitabas, cuando ya eras más mayor… tuve que hacerla parar de nuevo. —Vuelve a señalarse la cabeza. Esta vez no asiento—. Celine me habló de este sitio y se ofreció a pagarlo, y yo sabía cuánto necesitabas que viviera. Por eso…

—No —la interrumpo, tensa—. No lo hiciste solo por mí. No me mientas.

—Ib…

—Leí tu diario. Conocí la asociación en la que eras voluntaria. He hablado con Mona. He visto la pasión con la que preparabas tus clases de Inglés, cuando trabajabas en esa academia para ayudar a gente extranjera. Hemos intercambiado libros. Me prometiste que iríamos a Reikiavik antes de que cumpliera los treinta para recibir el Año Nuevo. —Sacudo la cabeza, pero sonrío—. Quieres vivir, pero no sabes cómo.

—Estarías bien sin mí.

—Lo sé —digo, y eso la sorprende—. Durante estos años me he sentido insuficiente. Quería salvarte porque eres mi madre, pero también porque sabía lo mucho que la vida podía ofrecerte, y estaba dispuesta a todo con tal de que lo vieras. Pero siempre lo has visto, ¿verdad? Lo que nos queda.

Una lágrima se desliza sobre la mejilla de mi madre, y brilla más que las otras. La limpia con un único dedo y me mira con desconfianza.

—Ya es demasiado tarde para olvidar.

—¿Y si no la olvidamos? —le propongo—. A Ib. A Florence. —Ella se encoge—. ¿Y si intentas serlo todo, sin olvidar? Así nos tendrás a las dos.

—Eso nunca lo he probado —responde.

Y suena… esperanzada. Y yo sonrío más fuerte.

—Te mereces vivir como si fuera la primera vez.

Mi madre no me lo pide, pero yo la abrazo. No me aparta, y lloramos la una sobre la otra. Y siento algo nuevo, ahora sí. Frágil, que necesitará ser cuidado, que volverá a romperse alguna que otra vez… Pero sí, es un nuevo mundo, listo para ser defendido, para albergar más luz que oscuridad.

—Tengo miedo —susurra mi madre, y sé a lo que se refiere.

¿Cómo se aprende a confiar de nuevo después de todo lo que me ha contado?

¿Cómo se aprende a aceptar una oportunidad después de haberla dejado pasar?

¿Cómo se aprende a vivir después de haber perdido tantas veces un mismo corazón?

Acaricio con ternura el pelo de mi madre y aprieto su pecho contra el mío.

—Tú eres todos los cerezos, mamá. No solo este.

Las madres de la niña que perdió su corazón y del niño que buscaba un mundo sin lluvia

El salón tenía las ventanas cerradas, pero el ambiente seguía siendo frío. Había dos mujeres sentadas en el sofá, y bebían de sus tazas humeantes con una impaciencia apenas disimulada. Una fina capa de polvo cubría el aparador, y la mesita en la que la mujer de pelo rizado y nariz desnivelada solía sentarse a leer los días en los que su mente estaba en calma. Ahora sus ojos se dirigían de vez en cuando hacia esa falta de huellas, mientras sus dedos se aferraban con fuerza a la taza de cerámica.

—Ella me importa, pero no consigo…

Sus palabras se desvanecieron, y a pesar de que el té le quemaba la lengua, tomó otro sorbo. A su lado, la mujer rubia, de rostro alargado y expresión distante, suspiró. Cuando habló, su voz era un murmullo cargado de resignación:

—Creo que nunca se lo imaginan. Todo el esfuerzo que hacemos por ellos. Si John supiera que Ethan está jugando al fútbol ahora mismo, en lugar de estar aquí…

—¿Qué harás cuando John descubra que esto va en serio? —preguntó la mujer de cabello rizado.

—Me esforzaré más en otras cosas —respondió la rubia, encogiéndose de hombros y dirigiendo los ojos al techo, como si

lograra ver el tejado blanco, la infinidad del cielo—. A Ethan le hace feliz. Y si tengo que mentirle incluso a él…

La otra mujer agachó la cabeza, pensativa.

—No creo que mi hija lleve bien que no se vean tanto —dijo con un deje de preocupación.

—¿No lo has pensado nunca? —soltó su amiga de repente—. Siempre seremos madres, pase lo que pase.

Y bebió de su té, incapaz de imaginar el torbellino que esas palabras habían desatado en la otra mujer. En ese instante pensó en sincerarse, en abrirse en canal, decirle que ella llevaba mucho más tiempo sufriendo. Anticipando. Siendo madre. Pero entonces vio a su hija entrar en el salón, con su chubasquero amarillo y las botas de agua. Tenía diez años y toda una vida por delante. Así que no dijo nada.

Su hija la miró, con ojos curiosos, y preguntó:

—¿Dónde está Rain?

45

RAIN

—Entonces ¿lo habéis pasado bien?

—¡Mucho! —responde Ib con entusiasmo, y yo me aparto ligeramente el teléfono de la oreja mientras me río bajito—. Hemos ido a comer al hotel que está cerca de la estación, ese que tiene un bufet con más opciones de postres que comida.

—Los postres son comida, Ib.

—Deja de autoengañarte —bromea, y ahora es ella la que se ríe —. Mi madre no paraba de levantarse para llenarse el plato con patas de cangrejo, le encantan y llevaba años sin probarlas, y una señora le ha dicho que estaba siendo irrespetuosa con la gente que también quería comer cangrejo. No te imaginas, Rain. Estaba muy muy ofendida.

—¿Y qué pasó después?

—Mi madre siguió levantándose, pero cada vez dejaba unas pocas patas de cangrejo para la señora.

Sacudo la cabeza, divertido. Tengo muchos recuerdos de Nailah, a la que llegué a querer como si fuera parte de mi familia. Una vez, cuando era muy pequeño, estuve a punto de preguntarle si aceptaría ser mi tía oficialmente, pero entonces en clase dimos el árbol genealógico y descubrí que Ib y yo tendríamos que ser primos,

y eso me quitó la idea de la cabeza. Ella siempre ha sido una promesa —tanto pasada como nueva— de algo superior.

—¿Ya la has dejado en el centro? —le pregunto, y escucho su resoplido, pero su voz no suena cansada.

—Sí, estoy yendo para casa. Después de la comida hemos dado una vuelta y nos hemos detenido varios minutos frente a una orquesta callejera. Me ha pedido que siguiéramos paseando, y ha sido el primer día en el que no ha querido volver al centro enseguida. —Hace una pausa. Puedo imaginarla sonriendo bajo el sol otoñal, una lluvia de hojas afrodisiacas cayendo sobre su pelo mientras camina como si fueran horquillas mal puestas—. He tenido que recordárselo yo porque íbamos a llegar tarde.

—¿Ves cómo todavía nos queda alguna primera vez?

—Oh, sí. Ni que lo digas —responde, risueña—. ¿Qué tal todo por allí?

Alzo la mirada para contemplar el lago. Cualquier otro año, esta sería una visita normal. Casi obligada. Con mi bomber, mi cigarrillo, mi soledad, el cielo y sus nubes grises que parecen agujereadas por las montañas. Sin embargo, le regalé mi chaqueta a Ib, ya no fumo, cuando vuelva a casa con Beth quiero ponerle yo una película, y el cielo es el mismo, no necesita ser original para despertar el catálogo de proposiciones de siempre, solo que ahora no tengo que imaginar nada. Estoy viviendo. Otra vez.

—Bueno, te echo de menos —respondo a Ib.

—¿Y eso?

—¿Necesito razones? —El *piercing* me tira del labio al sonreír. Hace frío.

—Supongo que no.

—Estaba pensando…

—Lo sabía. —Su risa suena inclinada, como si estuviera torciendo el cuello para mirar antes de cruzar la calle.

—¿Recuerdas cuando en tercero te pregunté en qué planeta te gustaría vivir?

—Claro, te encantaba repetir como un loro todo el sistema solar. —Vuelve a reírse—. Te dije que Neptuno porque me sonaba a algo relacionado con el mar. No me tomé muy en serio tu pregunta, la verdad.

—No importa. ¿Recuerdas qué planeta dije yo?

—Neptuno, también. ¿Crees que es alguna especie de complejo por no pasar el verano en la playa o…?

—No, Corazón. Mi planeta favorito es Marte, por eso de que los humanos podríamos vivir allí en unos pocos siglos. Sería increíble, ¿no? Pero dije Neptuno porque, en el supuesto infantil de que pudiéramos transportarnos a cualquier planeta, yo no querría vivir en ninguno en el que no estuvieras tú.

Mi pierna izquierda resbala sobre la tierra cuando me estiro para sentarme más recto. Ib se queda callada unos segundos, el sonido del tráfico y el viento ahogan la voz de su respiración. Cuando habla de nuevo, suena tranquila y confiada:

—¿Y tú te acuerdas cuando la profesora Dolly preparó papelitos para hacer las parejas de forma aleatoria para las olimpiadas de gramática del colegio? Cuando empujé a Annie para ir la primera en la fila…

—Cómo olvidarlo, estabas impaciente por hacer esas olimpiadas.

—No, Rain. —Puedo sentir cómo se muerde el labio—. Había visto a la profesora escribiendo los nombres en los papelitos y sabía

dónde estaba el tuyo.

—Pero yo era un negado para la gramática —protesto, aunque mi boca se estira en una sonrisa agradecida.

—Pero yo quería divertirme contigo. No me importaba ganar. —Y añade—: Bueno, quizá un poquito.

Y yo me río, y no aparto la mirada del lago.

—Ib, ¿ya te has dado cuenta?

—Oh, Rain, pues claro —murmura, pero no lo dice.

Aunque yo lo pienso. No he dejado de pensarlo, en realidad, desde que la conozco. Desde que se fue. Desde que volvió.

«Siempre fuimos nosotros».

46

IB

Nunca pensé que echaría de menos los ejercicios de flexibilidad que nos obligaban a hacer en el colegio. Pero después de tantas horas sentada en la misma posición, en el suelo de nuestro salón, con el portátil equilibrado de manera precaria sobre mis muslos, las rodillas flexionadas hacia dentro y la espalda inclinada hacia fuera para que Vesta también pueda mirar la pantalla, me arrepiento de tener una musculatura tan floja.

—¿Seguro que no puedes quedarte en la universidad? —me pregunta Vesta, chupando el extremo de su trenza con cara de concentración.

—No, en nuestra universidad solo hay programas de posgrado. Estuve el otro día reunida con uno de los consejeros académicos, revisando los créditos, y me dijo que tendría que empezar de cero para hacer lo que quiero.

—Di lo que quieres en voz alta.

—¿Otra vez? —Resoplo—. Estudiar Escritura Creativa.

—¿Para qué?

—Para intentar ser escritora.

—Para ser escritora —me corrige, dándome con la trenza.

Después de pensarlo mucho, he decidido abandonar la carrera de Económicas. No me hacía feliz. Sé que parece un sentimiento infantil, eso de esperar encontrar felicidad en cada cosa que hacemos, por muy circunstancial o complicada que sea, pero quiero dedicarme a escribir. Ahora que no tengo que preocuparme tanto por mi madre, que la culpa se diluye como un charco expuesto al sol, resulta que paso la mayor parte de los días pensando en crear historias. Las ideas me encuentran sin llamarlas. Gente que no existe me habla. Viven dentro de mi cabeza y se ponen cómodos. Su mente se abre para mí como una nuez vacía, y puedo decidir qué semilla quiero plantar dentro y, a la vez, cuál no. Todo parece inventado y, a la vez, no. Nunca se acaban las cosas que contar, y eso me fascina. Me alimenta.

Hablé con mi padre y con Kate. Les pedí perdón. Ellos me lo pidieron a mí. Me dio la sensación de que hablábamos de cosas distintas, pero hay un umbral que nunca podremos traspasar. Pudieron portarse mejor. Yo siempre he tenido la oportunidad de ver más a mis hermanos. Somos familia, pero mi madre va primero. Mi padre lo acepta y se alegra de que no llevara razón, de que esté mejorando. Le parece bien que quiera ser escritora cuando se quita las gafas, pero cuando vuelve a ponérselas, me da la sensación de que le hubiera gustado que siguiera con mi antiguo plan para deshacerse económicamente de mí. Me ofrecí a trabajar para pagarme la carrera, pero mi padre prefiere hacerme un préstamo que, cito textualmente, «me devolverás cuando hayas publicado tu tercer libro». Ah, y que pase más tiempo con mis hermanos. Pero eso ya lo hago.

Noto un hormigueo desagradable en el empeine derecho, así que me retuerzo para estirar las piernas con un quejido lastimero. Vesta aprovecha para quitarme el portátil y hacer otra búsqueda.

—¿Qué te parece la Universidad Northwestern?

—Jamás pasaría la prueba de acceso. Es muy competitiva. —Y añado, masajeándome la zona baja de la espalda—: Y cara.

—¿Y en Nueva York? Tendrías como profesor a Jeffrey Eugenides.

—Está casi en la otra punta del país.

—En la Universidad de Lakeland te admitirían seguro.

—Pero sigue estando lejos —murmuro, y Vesta me mira con el ceño fruncido.

—No estarás pensando en cierto chico con nombre de problema meteorológico, ¿verdad?

—Vesta, la lluvia no es un problema. Es un fenómeno meteorológico —protesto, mordiéndome los carrillos por dentro—. Y sí, puede que no quiera alejarme demasiado de él. Pero tampoco de ti. Ni de mi madre.

—Todavía falta casi un año para empezar el curso. Todos tenemos tiempo para hacernos a la idea —me tranquiliza Vesta—. Prometiste que ibas a pensar más en ti. Dilo en voz alta.

—Pero, Vesta, ¿y si me estoy equivocando? Quizá debería tratar la escritura como un *hobby* y centrarme en algo más real.

—Eso sería desperdiciar tu talento —afirma con rotundidad—. Y no hay nadie en este mundo que se merezca más perseguir su sueño que tú, Corazón. Han sido muchos años ayudándonos al resto. Déjanos, estaremos bien. —Hace un gesto desdeñoso con las manos, pero sonríe.

—Voy a pensar más en mí —digo, y Vesta asiente con aprobación.

Le quito el portátil y volvemos a la postura del principio. Mi cuerpo empieza a adormecerse de nuevo, pero apenas lo noto. Después de comparar, comparar y seguir comparando, decido quedarme con varias opciones, entre ellas la Universidad de Oregón, la Universidad de Utah, la Universidad de Sacramento (podría hacer una licenciatura en Filología Inglesa con asignaturas de Escritura Creativa, y después el posgrado) y mi propia universidad, que también ofrece la misma opción. Todo dependerá de las pruebas de acceso. Además, si consigo sacarme el carnet de conducir y me decanto por Sacramento o Reno, podría quedarme a vivir aquí. Ahora mismo, cualquiera de las posibilidades me parece bien. Estaré bien.

—Deberíamos celebrarlo pidiendo comida tailandesa —digo mientras cierro el portátil y estiro los brazos por encima de la cabeza.

—Y abriendo una botella de moscato —dice Vesta, y las dos reímos—. Estoy muy orgullosa de ti. En serio, Corazón.

Sonrojada, aparto la mirada.

—Es solo una decisión.

—Por eso.

Vesta se levanta con su manera tan despreocupada de hacer las cosas, como si el mundo estuviera bajo control mientras ella lo observa desde arriba. Nos sirve dos copas de moscato, y mientras habla del futuro —sus planes, sus sueños, la forma en que parece darlo todo por sentado—, yo me quedo atrapada en el pasado. En todo lo que hemos vivido juntas. Me distraigo con el movimiento de sus manos, con el sonido de su voz, con la idea de lo que significa tener a alguien tan cerca de ti durante tanto tiempo. Es como si

intentara encapsular todo ese peso, esa inmensidad, en palabras, pero cada frase que me pasa por la cabeza parece demasiado pequeña.

Cuando sonrío, trato de que mis pensamientos estén empapados de ese sentimiento. De que lo entienda, aunque no lo diga. «Qué milagro haber llegado hasta aquí», pienso mientras termino la segunda copa y la escucho reírse por algo que he dicho y que ya no recuerdo.

La suerte, al final, no es otra cosa que eso: seguir aquí.

47

RAIN

El despacho de mi psiquiatra huele a esos ambientadores antipolillas que Beth cuelga entre la ropa del armario. A lavanda, creo, pero también me recuerda al olor de las bolsitas de té que Ib se prepara cuando volvemos de visitar a su madre. No sé. Me relaja y me inquieta al mismo tiempo.

Mi psiquiatra (no sé si Carter es su nombre o su apellido, no estaba prestando atención el día que le conocí) finge que rebusca algo entre los papeles de su escritorio mientras me acomodo en la silla. Es universalmente conocido que las sillas de cualquier entidad pública son desagradables para la anatomía humana. En nuestras primeras sesiones solía bromear con eso: «Eh, doctor Carter, estas sillas están pensadas para que me arrepienta de tener una mente así y me arregle lo antes posible, ¿a que sí?». Y él se aseguraba de que las mangas de su jersey le cubrieran los huesos de la muñeca antes de coger el bolígrafo, pasarse la otra mano por el tupé y responder con otra pregunta: «¿Qué quieres decir con eso de "una mente así"?».

Desde entonces, siempre espero a que sea él quien empiece primero y, en función de su pregunta, decido qué contestar. No me gusta cuando hace observaciones imprecisas, porque eso me obliga

a pensar el doble, y luego me duele la cabeza, y salgo de aquí con la sensación de que es fácil hacerme daño, lo cual me convierte en la persona que no quiero volver a ser durante un par de horas. Pero luego me siento cómodo con lo que soy la mayor parte del tiempo. Por lo tanto, diría que sí, que estoy mejorando. Me ayuda compararme con un arco, la imagen de la cuerda tensándose hasta su límite, solo para que la flecha pueda volar más lejos, alcanzar su objetivo. La tensión es necesaria para seguir avanzando.

—Pareces nervioso —suelta mi psiquiatra, y yo dejo de morderme las uñas e intento sentarme más recto.

—Tengo varios frentes abiertos. —He aprendido a ahorrarnos tiempo y ahora construyo frases más largas, como si me anticipara a las siguientes tres o cuatro preguntas que pensara hacerme—. Me han ofrecido trabajo como entrenador del equipo de fútbol americano del instituto. Infantil y juvenil —aclaro—. Sería ayudante, como hasta ahora, porque primero tiene que acabarse la temporada, y luego me convertiría en entrenador de posición. Y si se me diera bien, también podría ser el coordinador ofensivo.

—¿Y cómo te sientes al respecto? Suena como una buena oportunidad.

—A ver, objetivamente lo es. Pero… —Me atasco con las palabras; aun así, el silencio con el doctor Carter no me hace sentir presionado ni estúpido. Otra de sus habilidades secretas—. Por un lado, me gusta la idea de ganarme la vida con algo relacionado con el fútbol. No ha dejado de ser mi pasión en todo este tiempo. Supongo que ayudar a un chaval a ser el jugador que yo hubiera sido tiene que ser catártico, de algún modo. —El doctor Carter asiente con algo parecido al entusiasmo en su mirada clínica y toma notas—. Pero,

por otro lado, no sé si estoy preparado. No creo que tenga nada singular que ofrecer en comparación con alguien que no sea… Bueno, ya me entiendes. —Me muerdo el *piercing* del labio—. Que no tenga una lesión.

Mi psiquiatra suelta el bolígrafo y se inclina sobre la mesa.

—¿Conoces casos de jugadores que hayan sufrido lesiones graves y hayan tenido una carrera exitosa como entrenadores?

—Pues claro. Mike Zimmer jugaba como *quarterback* en 1974, pero a los dos años tuvo que cambiar de posición porque se rompió el pulgar, y poco después tuvo que retirarse por una lesión en el cuello. Empezó como asistente defensivo en un equipo universitario, ganó una Super Bowl con los Cowboys y terminó como entrenador de los Minnesota Vikings —le cuento con la mano apoyada en la rodilla que todavía puedo doblar—. Tony Dungy ha ganado más premios como entrenador que como jugador. Jason Garrett ganó tres Super Bowls en la década de los noventa y tuvo que retirarse por las limitaciones físicas que le dejaron las lesiones, pero también se convirtió en entrenador, y le va bien.

—Entonces, Rain, ¿por qué tu caso tendría que ser una anomalía? ¿Por qué no puedes aspirar al mismo éxito?

Su pregunta me deja descolocado durante varios segundos. Paseo la mirada por el despacho, intentando encontrar un orden: planta de plástico, calendario, una lata de refresco reutilizada para guardar bolígrafos azules y negros, el abrigo negro de mi psiquiatra colgado en un perchero al fondo, la pared granulada y beige, el cartel que certifica que este hombre tiene también la carrera de Psicología. Por costumbre, me sigo refiriendo a él como «mi psiquiatra». Tal vez eso no sea lo más correcto, o tal vez sí, eso lo decide el doctor Carter.

—Ya fracasé en lo que me propuse una vez —murmuro.

El doctor Carter me sonríe.

—Todos fracasamos continuamente, Rain, pero porque cambiamos. Nuestras metas cambian, por obra nuestra o de otros, y si entendemos el fracaso como un destructor de la identidad, siempre vamos a salir perdiendo. El fracaso no es otra cosa que una oportunidad irrealizable de la que pueden surgir muchas otras —dice, y yo asiento, ansioso por que siga hablando—. Hay que ser críticos también con lo bueno. En la universidad te nombraron capitán del equipo en tu primer año, y esa no es una decisión puramente física. Todo el mundo confiaba en ti como ahora. Tienes pasión. Saldrá bien, Rain. O saldrá otra cosa.

Vuelvo a cabecear mientras su reflexión tiene el mismo efecto sobre mi cuerpo que una ducha caliente, caliente y larga.

—Vale —murmuro una y otra vez—. Vale.

La sonrisa del doctor Carter se hace más amplia.

—Has dicho que tenías varios frentes abiertos.

—Ah, eso. La semana que viene como con mis padres por Navidad. Es decir, lo celebro con mi tía abuela y luego lo vuelvo a celebrar con mis padres. No sé, es raro. Mi madre, con el paso de los años, se está portando mejor. Cómo lo diría… Es como los vinos, maternalmente hablando —le explico, gesticulando con las manos—. O quizá ha empeorado, depende del prisma con el que lo mires. Para su religión está siendo una auténtica decepción.

—Lo entiendo.

—Creo que la fe no dura demasiado en nadie.

—O se transforma —apunta el doctor Carter, y yo me río.

—Ya, como si fuera energía o algo así. Lo he pensado. Pero también he pensado que no soporto lo que siento cuando estoy con mi padre. Él me mira como si no valiera nada —digo, y mis labios se aprietan en una fina y redondeada línea—. Pero dejar de verlo supone renunciar a su dinero y…, joder, creo que estoy posponiendo esta decisión para no afrontar lo otro, lo de ser entrenador. Qué lío.

—Rain, ¿quién decide lo que es correcto o incorrecto?

—Depende de a quién le preguntes, supongo. Para mis padres, Dios.

—No, Rain. Tus padres interpretan lo que Dios quiere de ellos a su manera. Buscan un beneficio, como hacemos todos. Por eso percibes a tu madre como una mala feligresa y, en cambio, te sientes más unido a ella que a tu padre, a quien también catalogas como un mal feligrés por su papel ausente en tu vida. No es muy cristiano abandonar a un hijo, ¿cierto? —El doctor Carter recupera el bolígrafo y me mira—. Cada persona tiene su propio sistema de valores que le permite interpretar el mundo y moverse por él. Nuestro objetivo vital, si tuviéramos como especie un único objetivo común, por decirlo de alguna manera, es actuar siempre conforme a esos valores, para así no sentirnos perdidos. Para ser un poco más felices. ¿Qué valoras más, Rain? ¿El dinero de tu padre o la persona que eres cuando él no puede influenciarte?

—La persona —respondo sin dudar, y mi psiquiatra se deja caer contra su silla, visiblemente satisfecho.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, entonces.

Y sé que lo sé porque inmediatamente he pensado en cómo hacerlo en lugar de posponerlo, como hacía siempre. Me paso una mano por el pelo y sonrío de medio lado.

—Gracias, tío…, psiquiatra —me corrijo al instante, pero después añado, con vacilación—: ¿Psicólogo?

Él se ríe y anota algo en su libreta.

—Doctor Carter, Rain. Doctor Carter.

48

IB

Camino por la acera junto a mi madre, mis pasos siguiendo el ritmo de los suyos, más pausados, más pensados. Hay charcos de agua helada bajo el bordillo de las aceras, pero también estrechas pasarelas de luz; cuando el aire se vuelve demasiado frío e invasivo, salto de un rayo de sol a otro, y mi madre se ríe porque me lo tomo como un juego. Las luces de neón de algunas fachadas iluminan el rostro de las pocas personas con las que nos cruzamos, pero todas se giran para mirarnos horrorizadas porque estamos comiéndonos un helado. Por la calle. A últimos de febrero. Ojalá pudiera explicarles que inventé este recuerdo tantas veces que necesitaba hacerlo real a riesgo de la salud de mi garganta, pero estoy demasiado ocupada discutiendo con mi madre sobre la novela que planeo terminar de escribir… en algún momento.

—… y por esa razón, Autumn decide perdonar a Ryan y se van juntos a estudiar al mismo campus universitario. —El sabor a vainilla de mi boca se mezcla con la sensación de que este instante, por más cotidiano que sea, tiene algo irremediablemente finito.

—Para mí no tiene sentido que ella le perdone tan rápido —apunta mi madre—. Y mucho menos que decida renunciar a la facultad de sus sueños por su amor de adolescencia.

—¡Es un personaje complaciente, mamá!

—No puede tener los mismos límites que tú, Ib. O nunca aprenderás a ser alguien más que tus personajes.

—Yo no soy *tan* complaciente —digo, horrorizada.

Una pequeña sonrisa asoma en los labios de mi madre, que alterna sus miradas entre el camino y el cucurucho en su mano.

—¿Cuándo me vas a presentar a Rain?

—Mamá, si llegaste a cambiarle los pañales…

—Estoy hablando de una presentación más seria.

Algo que siempre echaba en falta en la relación con mi madre era la reciprocidad. Yo podía acudir a ella y contarle cualquier cosa, y unas veces su respuesta se acercaba a lo que yo quería y otras obedecía al clásico silencio que reemplaza un secreto, cuando yo solo le hablaba de libros, de chicos que me llamaban la atención o de datos interesantes pero fácilmente olvidables que había aprendido en el instituto. No es lo mismo hablar de algo y probar suerte a ver si alguien lo recoge, que saber de antemano que hay una persona que espera que respondas de forma específica a una curiosidad sobre tu vida. El interés humano es como un hechizo. Ahora que tengo la misma relación con mi madre fuera que dentro, debo protegerme de sus opiniones sin paracaídas. He descubierto que su tacto es mínimo cuando hablamos de algo que podría salir bien, pero que no estoy preparada para afrontar ahora. El doctor Mittman dice que mi madre está proyectando, pero yo creo que es un poco mandona, sin más.

Me termino el helado y me abrocho el último botón del abrigo con dedos ateridos y resbaladizos.

—Quiero estar muy segura de lo que tenemos —contesto, y mi madre me mira de reojo.

—Nunca estarás preparada para algo tan importante.

—Ya lo sé, mamá. Pero necesito tiempo…

El pavimento está agrietado en algunos puntos, y resbala. Nuestras sombras alargadas por la luz del final de la tarde parecen más grandes de lo que somos. Ninguna volvemos a hablar hasta que llegamos a un bloque de apartamentos situado en la esquina de una plaza encantadora. El ladrillo marrón de la fachada, desgastado por el paso de los inviernos, se mezcla con el gris de los adoquines y, sin embargo, en esa mezcla de colores apagados hay algo casi reconfortante.

—¿Es aquí? —pregunta mi madre, guardándose las manos en los bolsillos de su abrigo después de haberse comido su helado.

—Sí, creo que el río se ve desde la ventana…

Mi madre cada vez pasa menos tiempo en el centro. Contar su historia y, lo más importante, contársela a las personas adecuadas, le ha devuelto el apetito por la vida. Sabe que tiene cosas que resolver, pero el doctor Mittman está de acuerdo en dar un paso más… o menos, teniendo en cuenta nuestra historia.

Como mi madre vendió su piso, se ha estado quedando a dormir las últimas semanas con Vesta y conmigo. No digo que las cenas de comida tailandesa sean más aburridas en el sofá (desde que mi madre saltó del tejado tiene problemas en las articulaciones de la columna), pero hemos decidido alquilar un apartamento para las dos. Todavía no sé si voy a seguir aquí el año que viene y me parte el corazón no poder compartir mi día a día con Vesta, pero ella ha sido la primera en animarme a tomar esta decisión. Sea cual sea mi

futuro, necesito asegurarme de que mi madre es capaz de rehacer su vida. Conmigo y sin mí.

Los apartamentos son todos iguales desde fuera, con balcones pequeños que dan a la plaza, algunos decorados con plantas que luchan por sobrevivir en macetas demasiado pequeñas. El sonido de una fuente burbujea suavemente en la distancia, así como el eco de una conversación mientras dos personas pasan cerca de nosotras caminando. Suspiro, contenta.

—Es como una pequeña isla de tranquilidad en medio de la ciudad.

Mi madre no contesta. Tiene la mirada clavada al fondo de la plaza, donde se agrupa un solitario cerezo que, sorprendentemente, ha florecido temprano este año. La fragancia primaveral que saboreaba en el aire y que había confundido con restos de vainilla en las comisuras de mis labios nos envuelve como dándonos la bienvenida, y mi madre cierra los ojos y sonríe.

—Nos quedamos con este apartamento —digo, y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Sin verlo antes? —Suena alucinada y tensa a la vez.

—Bueno, nunca se está preparado para algo tan importante. Y es solo un apartamento.

Cada vez espero menos sorpresas de los instantes de tranquilidad que comparto con mi madre y, aun así, me sigue sorprendiendo que un día acabe y otro empiece justo donde lo dejamos, sin escondites. Me rodea con el brazo, y sé que no dice nada porque se está aguantando las lágrimas. Observo el cerezo, sus flores rosas y blancas y suaves, aunque no pueda tocarlas.

Ladrillo a ladrillo.

Palabra a palabra.
Flor a flor.

49

RAIN

Miro el marcador y suelto un suspiro, sintiendo una mezcla de impaciencia y ternura.

—¡Vamos, Bóreas, no pasa nada, tú puedes! ¡A por él! —grito con una sonrisa, llevándome las manos a la boca para que me escuche.

Bóreas se lanza sin demasiada seguridad, pero consigue detener al niño del otro equipo. El sonido de unos pocos aplausos rompe el silencio incómodo, y me obligo a sonreír más, porque sé que necesita eso: ánimo, no presión. Ya hablaré con él cuando acabe el partido. Lo veo más suelto cuando no tiene que ir a por los demás. Quizá disfrutaría más jugando en el centro.

—¡Muy bien, Céfiro! —exclamo de nuevo cuando nos toca atacar —. ¡Corre, que lo tienes!

Céfiro avanza, el balón se le escapa de la mano un par de veces, pero al final consigue anotar el punto. Los padres y los niños estallan en aplausos, y esta vez me uno con más energía, relajándome un poco. La alegría en sus caras, en las de todos, me arranca una sonrisa genuina. Por unos minutos no existe nada más allá de este campo.

El entrenador, el señor Edwards, me llamó esta mañana para decirme que no podía venir por culpa de una gastroenteritis, y me

dejó al mando del equipo infantil. «Tengo que anotar mis propios puntos», comentó en tono jocoso. Pensé que iba a ser un desastre, pero ahora… no sé, me siento bien. Mientras los observo, con sus cuerpos pequeños y sus risas torpes, entiendo a lo que se refirió mi tía abuela aquella vez, cuando dijo que tenía que estar agradecido por lo que había vivido, aunque esa emoción no volviera a presentarse bajo la misma forma. Tenía razón. Ahora lo siento: esa mezcla de responsabilidad y alegría tranquila. No soy yo el que corre, pero sigo siendo parte del juego. De alguna manera, puedo seguir ganando.

Y esta primera vez ya es para siempre.

—¡Vamos, chicos! —los animo; quedan pocos minutos para el descanso—. ¡Muy bien, muy bien!

Oigo una risa femenina en la grada y me giro de golpe como si hubieran gritado mi nombre, hasta que localizo a Ib. Es un impulso que ya tenía en el colegio, aunque ella nunca se diera cuenta. Caminaba demasiado distraída, hablando de sueños nocturnos que quería transformar en historias, o de la última discusión con su madre. A veces íbamos ligeramente desacompasados por los pasillos, y entonces yo caminaba un poco por delante cuando soltaba una broma, y ella se quedaba por detrás, o me detenía para saludar a algún chico de mi clase, y ella seguía caminando. El resultado siempre era el mismo: Ib se reía muy alto. Siempre he pensado que su risa es como la nota alterada de un violín, y mi cuello ha perseguido ese sonido como si fuera un músico aspirando a la eternidad.

Lleva puesta mi bomber negra. El flequillo le ha crecido lo suficiente como para colocárselo detrás de las orejas; hice la prueba

el otro día. Cada vez que viene a Cold Springs, tiene un color natural en las mejillas que al principio me intranquilizaba. Está sentada al lado de Bonnie, y las dos hablan, se ríen, aplauden a ambos equipos. Se me seca la garganta al ver el brillo de su sonrisa bajo el sol. Hubo un tiempo en el que no pensé que volvería a verla. «Mucho menos aquí», pienso, y aparto la mirada para concentrarme en el partido.

Hay un descanso de dos minutos. Felicito a todos los niños por igual, animo a los que están más alicaídos, repasamos las mejores jugadas y reparto las botellas de agua. Es inevitable que algunos se tomen el día de partido simplemente como un juego y otros, en cambio, orbiten sus vidas alrededor de él. No pasa nada. Se pueden sentir las dos cosas. Lo importante es mantener la ilusión, como la primera vez que hacemos cola para montar en un tiovivo siendo unos críos.

—Buen partido.

Es Ib. Me ajusto la gorra y les digo a los niños que se sienten a descansar mientras me acerco al borde del campo, donde ella me espera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Gracias, pero supongo que querrás decir: «Buen tercer cuarto del partido».

Ella frunce el ceño.

—¿Todavía queda otro cuarto? Esto…, sí, claro.

Soltamos una carcajada, pero la suya acaba primero. Y eso es raro.

—¿Estás bien, Corazón? Pareces distraída.

Me mira con sorpresa, como si no se hubiera dado cuenta de su propia emoción hasta que la he nombrado.

—He discutido con mi padre hace un rato. Porque ayer fue un mal día para mi madre, y no lo entiende. Es normal en cualquier proceso de recuperación. No fue nada grave, solo que le costó más de lo habitual salir de la cama, y…, ay, Rain, si tú ya lo sabes. —Ib y yo hemos vuelto a contárnoslo todo. Somos inmediatos y profundizamos en todos los detalles, tratando cada conversación con la delicadeza que merece una herida. Hacíamos lo mismo cuando éramos niños, solo que ahora hablamos más de las consecuencias que del problema en sí—. Papá ha tenido una de sus frases feas, y Kate ha asentido y…, bueno, me he enfadado con los dos. Entiendo que se molesten porque íbamos a quedar los cuatro para ver si las cosas podían arreglarse un poco, pero…

—Poco a poco, Corazón.

—Claro. —Ib actúa como si no le hubiera dado el mismo consejo ayer. Me sonríe y me quedo sin aire—. Me alegro tanto de que aceptaras este trabajo, Rain.

—¿Es por el uniforme? Hubiera preferido que fuera más negro que verde, pero…

Y empiezo a hacer posturitas para marcar los músculos de los brazos, y los niños se ríen a mis espaldas. A Ib se le colorean aún más las mejillas, lo que realza los delicados huesos de su rostro y el azul nostálgico de sus ojos.

—Pareces feliz —dice.

—No del todo —murmuro con voz ronca, seria, cuadrando los hombros.

Ib se estremece. No sé lo que va a decirme, no sé lo que quiero escuchar. Somos amigos la mayor parte del tiempo, y luego están los paréntesis en los que nos acostamos, nos hacemos promesas de

amor un poco antiguas y nos decimos entre jadeos que nos queremos. Cosas muy normales en una amistad, sí. Sigo aquí, esperando que seamos algo distinto, que demos el paso. Lo tengo claro: yo lo sería todo con Ib. Empezando por el día de hoy.

—Rain, yo…

Pero el descanso termina, y los niños se ponen de pie y se agitan, nerviosos como las hojas de los árboles.

—Luego hablamos —le digo a Ib, y hago un triángulo con las manos para taparme la boca, pero que ella pueda verme los labios mientras articulo en silencio: «En la cama».

Ib se ríe y vuelve a sonrojarse.

—Mucha suerte, entrenador. —E imita mi gesto mientras camina de espaldas para salir del campo y pronunciar en silencio: «Te quiero».

La observo volver a la grada, decirle algo en el oído a Bonnie, y después las dos asienten y sonríen. Y yo me giro para concentrarme en el partido y no vuelvo a pensar en nada más.

50

IB

Estamos cenando los cuatro en mi antiguo apartamento, tirados en el suelo. Vesta, Bonnie, Rain y yo. La amiga de Rain quería independizarse, así que cuando me mudé con mi madre, las puse en contacto, y Vesta y Bonnie viven juntas desde entonces. Hace buen tiempo, así que han abierto las ventanas. Cuando llegaba la primavera, Vesta y yo solíamos dejar una manta en el sofá, por si alguna noche refrescaba. Ahora hay dos mantas, y los cojines tienen una especie de cubierta hecha de lana de colores, y la casa huele a tabaco, y las esquinas y los cables están protegidos por espuma para que el gato de Bonnie, Clyde, no les haga perder la fianza.

Al principio estaba nerviosa por este cambio. Vesta y Bonnie son distintas, pero no opuestas. Bonnie tiene un espíritu más hippie y dice las cosas sin pensar demasiado; Vesta se enreda consigo misma y siempre espera algo de todo. Pero se llevan sorprendentemente bien. Tienen su propio ritual para la cena, pero con comida japonesa. Pensaba que sentiría celos de su amistad, pero sé que lo que tengo con Vesta no es sustituible. Quiero decir que nos une algo más que el tiempo y un puñado de traumas; siempre tendremos el brillo de la medianoche sobre nosotras, aunque vivamos separadas. Además, Bonnie y ella se rozan las manos cuando mueven los

palillos con ansia entre las tarteras, como haríamos Rain y yo si pudiéramos. Él está sentado con la espalda apoyada en el sofá, las piernas estiradas y algo abiertas para que yo pueda colocarme entre ellas y acercarle los recipientes con comida o meterle un rollito con los palillos directamente en la boca. Es una postura empalagosa y susceptible de bromas y silbidos; a las chicas les decimos que he perdido una apuesta y me toca servirle, pero la realidad es que Rain está dolorido después de un entrenamiento difícil con el equipo juvenil, y le conviene reposar. Me roza la coronilla con la nariz de vez en cuando para darme las gracias, y yo me derrito aunque nadie sepa verlo. O quizá todos lo saben ya; que para mí Rain es irreemplazable, como un cuerpo suplicaría por unos huesos, y solo están respetando mi tiempo. A veces me gustaría sentirme un poco más presionada, la verdad, aunque agradezco este espacio dentro de la proximidad.

Creo que solo entiendes lo que realmente quieres cuando empiezas a notar que las cosas o las personas ya no te hacen sentir como deberían, y echas más en falta que de menos.

Después de que brindemos efusivamente con moscato porque ha pasado medio año desde que Vesta rompió con Noah (y no han vuelto, lo que significa que esta vez es presumiblemente la definitiva), me levanto para ir al baño. Pero cuando acabo, en lugar de volver al salón, me cuelo en mi antigua habitación. Bonnie la tiene decorada con un estilo ecléctico: sobre un escritorio de pino en el que se podría haber firmado la Constitución hay unas flores hechas con Lego y una legión de pintalabios ordenados por alturas, las puertas de su armario están pintadas en diferentes tonos de violeta y ha colocado en el techo una especie de tela con el cuadro

de *El nacimiento de Venus* pintado en acuarela. Su gato me mira, subido a lo alto de una estantería, el pelaje aclarado por la luz ambarina del atardecer, y mueve la cola. Me llevo un dedo a los labios para pedirle silencio y me entra la risa floja. «El vino», pienso. «O la nostalgia».

Me froto el dorso de la mano que tengo manchado de tinta y me doy la vuelta, dispuesta a volver con mis amigos. Rain me ha seguido; su sonrisa podría encender el mundo mientras cierra la puerta y ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Te has perdido? —bromea.

—Estoy en mi casa —me defiendo, y me corrijo enseguida—: Mi antigua casa. —Me cruzo de brazos—. ¿Es raro que me moleste tener este tipo de lapsus?

—No, creo que a mí me pasaría lo mismo.

Me gustan mucho ese tipo de respuestas. Me hacen sentir segura, comprendida. Atrapo el labio inferior entre los dientes y juego con mi colgante.

—Rain, hay algo que he querido decirte toda la noche. Bueno, desde hace semanas. Meses. Toda la vida, si soy románticamente inexacta.

—Vale. —El brillo divertido en sus ojos verdes desaparece, pero no cambian de color.

Tomo una gran bocanada de aire y lo voy soltando lentamente mientras digo:

—Mi cabeza es como el caldero de una bruja. Dentro están todas las historias que quiero escribir; son el ingrediente más dulce, como la miel; el que equilibra todo lo demás. Después, los pensamientos que tengo sobre mi vida y que a veces parecen más un

arrepentimiento. Siempre están ahí, ácidos, amargos, pero necesarios. Porque gracias a ellos busco algo más apetecible, algo salado, que me haga sentir. Luego están las personas, que son el ingrediente más complicado. Cada una aporta algo distinto, y nunca puedes confiar en la primera impresión. La magia no tiene nada de superficial. Y tú, Rain —continúo en voz baja—, tú eres como el fuego debajo de ese caldero. Haces que todo hierva, que los ingredientes se mezclen. A veces me quemas, o me desbordas, y en ocasiones casi ni siento tu presencia, como si fueras parte del humo en el que se cocina cada momento de mi vida. Pero… eres lo que le da sentido a todo. Desde que vinimos al mundo y hasta que lo dejemos…, sigamos aquí, Rain. Por favor.

Rain no dice nada, ni siquiera parpadea. Nerviosa, doy un paso hacia él.

—Como… como pareja —aclaro, por si no hubiera quedado claro.

Tampoco reacciona, y eso hace que me cruce de brazos y frunza los labios con disgusto.

—La única vez que necesito que me interrumpas, y tú…

Riéndose como un niño, Rain se acerca y apoya su frente contra la mía. Y yo noto que me besa igual que me mira: desde dentro, capa a capa, y todo empieza en lo que hace latir un corazón y acaba en las volutas de aire que son arrojadas con violencia sobre mis labios.

—No sé si hay un Dios ahí arriba —jadea contra mi boca—. Pero siento que esto significa algo, que tiene que haber un sentido.

Mis dientes chocan con los suyos cuando muerdo su labio inferior, y luego sonrío.

—Las casualidades no existen, ¿lo recuerdas?

—Pero nosotros sí.

Entonces cuela sus manos por debajo de mi vestido y amenaza con bajarme el tanga. Miro a lo alto de la estantería. El gato ha desaparecido, pero oigo a Vesta y a Bonnie reírse en el salón. ¿Cuánto llevamos aquí, hablando del amor y sus raíces? Me pongo nerviosa.

—Rain, no podemos…

—Todavía no me dejan celebrar con champán, Ib —dice, muy serio, lamiéndome el cuello, y yo gimo bajito.

Sus manos no se han detenido: estoy completamente expuesta de cintura para abajo, y Rain me aprieta contra la pared mientras se desabrocha el cinturón y me mira con el pelo negro despeinado y un brillo perverso en la mirada.

—Es inmoral lo mucho que te gusta esta pared.

—Y a ti provocarme. —Y se señala la perforación del labio mientras me llega el sonido de un envoltorio rasgándose desde más abajo—. No me muerdas más aquí o…

—¿O qué?

Inclino la cabeza y hago justo lo que me ha pedido que no haga. Apenas me ha dado tiempo a soltar el arito de metal cuando Rain libera el aire de golpe, me abre las piernas y me penetra con un solo movimiento. Estoy a punto de caerme, de gritar de la sorpresa, pero consigo envolver sus caderas con mis piernas y él me silencia con un beso que parece un huracán. El placer me sacude como un rayo, y mi cabeza sigue buscando símiles para comparar lo que está pasando entre nosotros con una tormenta, para entender el contraste entre el frío y el calor que se extiende dentro de mi estómago y fuera, erizando la piel expuesta de mis brazos. Y yo cierro los ojos: parece que está cayendo lluvia sobre mis párpados.

Pero son besos. Besos que van y vienen, como si me estuviera refugiando de una tormenta de verdad.

—¿Puedes seguir mordiéndome el labio, por favor? —me pregunta, acariciándome el lóbulo de la oreja con los dientes.

—Qué impaciente —me burlo, siguiendo la estela de sus embestidas, y él suelta un quejido ronco—. Y educado.

El ritmo se vuelve más lento, tranquilo. El cuerpo de Rain tiembla por el esfuerzo que le supone sostenerme contra la pared, pero a riesgo de caernos, empieza a besarme por toda la cara. Los párpados de nuevo, la nariz y sus aletas, las mejillas enteras, la línea de la mandíbula, el surco encima del arco de Cupido. Si tuviera lunares, sé que los estaría siguiendo uno a uno, concienzudamente. Pero no es así, y cuando se aleja unos centímetros para mirarme, algo me dice que lo ha hecho solo porque podía. No hay otra explicación cuando alguien nos completa. Ese deseo de desaparecer dentro del otro, de ser parte de su piel.

—Te quiero, Corazón —me dice con una de sus sonrisas ladeadas.

—Te quiero, Rain —respondo con los ojos brillantes.

Entonces solo se escucha el roce de la tela, de lo que nos queda de voz mientras el placer nos quiebra y nos recompone a la vez. Me deshago entre sus brazos y la luz del mundo se oscurece.

Rain me sostiene.

Su sonrisa sigue aquí.

La mía, también.

51

RAIN

He tenido muchas primeras veces con Ib, y podría contarlas todas. La primera vez que se me cayó un diente fue mientras jugábamos en los columpios. No lloré, pero al ver la sangre, me mareé un poco. La primera vez que vi la nieve caer del cielo pensé que era el pis de un ángel, e Ib puso cara de asco cuando lo dije en voz alta. La primera vez que probé la pizza. La primera vez que mi padre me puso la mano encima. Ib se colocó delante para protegerme, y entendí a lo que se refería la profesora Dolly cuando hablaba de los pájaros que vuelven siempre al mismo lugar. La primera vez que saqué un sobresaliente. La primera vez que cogí una lombriz con los dedos. La primera vez que me quejé por no ser mucho más fuerte y ella me dijo que estaba bien tal y como era, que no necesitaba ser nadie más. La primera vez que me lo creí, pero no se lo dije, aunque estábamos tumbados en su cama, escuchando música.

También he tenido primeras veces sin ella, aunque, de alguna manera, siempre ha estado presente. La primera chica que besé, Annie, tenía los labios finos, y pensé en Ib. La primera vez que fumé un cigarrillo y tosí como nunca, supe que si Ib hubiera estado a mi lado, habría intentado quitármelo haciendo pucheros. La primera vez que gané una competición, mis ojos la buscaron entre el público sin

darme cuenta. Todas esas veces que quise rendirme y fue su recuerdo lo que me salvó.

Ahora salimos oficialmente, y aún noto ese pequeño retortijón en el estómago cuando lo pienso. Estamos en nuestro lago, con los pulgares unidos y los dedos extendidos sobre su pierna y la mía, mientras nos besamos sin ningún motivo especial. Tacho esta primera vez de la lista de nuestras primeras veces y sonrío satisfecho.

—¡Qué asco! —exclaman los hermanos de Ib, con las caras y las rodillas manchadas de tierra.

—Al entrenador se le respeta —los amenazo, haciéndolos reír.

—¡Y a vuestra hermana, muchísimo más! —grita Ib mientras ellos se alejan corriendo para seguir jugando con el balón, ensayando las jugadas del entrenamiento de ayer.

Las nubes se desplazan por el cielo, esponjosas pero inofensivas. Hace buen tiempo, y la pierna apenas me molesta. Resisto el impulso de levantarme y jugar un rato con ellos porque Ib está nerviosa. Mi madre y la suya están sentadas cerca, sobre una toalla entre la orilla y la hierba, como hacían cuando éramos demasiado pequeños para venir al lago solos. No estamos lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación, pero sí para adivinar que disfrutan de la compañía. Ha sido un acercamiento… difícil, por ponerle un adjetivo. Ahora no soy el único que está peleado con mi padre («¿Por qué te da miedo que se vaya alguien que nunca está?», me preguntaría el doctor Carter), pero veo más a menudo a mi madre, y creo que tanto Nailah como ella necesitaban una amiga. Mi madre quiso ayudarla, y luego eligió su fe. Ahora renuncia a parte de esa fe para tenernos a nosotros, y no sabe cómo explicarlo.

Tampoco hace falta. La culpa puede llevarnos por caminos inesperados, pero no todos implican un distanciamiento eterno. A veces el perdón tiene que llegar primero de alguien que nos recuerda por qué valdría la pena elegirnos de nuevo. No hay buenos ni malos aquí. Solo estupidez, orgullo, miedo, dolor y egoísmo, pero también cariño, generosidad y valentía. Somos un caleidoscopio de todo lo que nos hace humanos.

Miro a Ib, que está conversando consigo misma dentro de su propia cabeza, y tiro suavemente de nuestros dedos entrelazados.

—Está yendo bien.

—Lo sé —responde ella, y acto seguido procede a estrangular su colgante con nerviosismo—. ¿No te da miedo? Que, mientras esto se arregla, se cuele algo… como la semilla de una mala hierba o algo afilado, y no nos demos cuenta.

—Cuando duela, lo volveremos a arreglar.

No parece muy convencida.

—Lo he intentado, pero me cuesta deshacerme de la sensación de que tengo que proteger a los demás —admite—. Todo el tiempo.

—¿Y quién te protege a ti, Corazón?

Sonríe un poco. Está esperando que suelte una de mis bromas, que le prometa que seguiré aquí de una forma ordinaria e incluso ofensiva, pero eso ya lo sabe. Levanto nuestra mano entrelazada, elevando sus dedos en el aire. Nuestro pájaro está ahí, como siempre. Podríamos dejarlo volar, pero ninguno de los dos lo hace. Las palabras se agolpan en mi garganta, urgentes:

—Lo más importante de nuestra promesa, cuando dijimos que siempre seguiríamos aquí, no es el «aquí» en sí. «Aquí» puede ser cualquier parte. A veces, para dejar de sentir miedo, hay que

asustarse primero, y mucho más. Las emociones no son una ecuación matemática, por suerte, porque se me darían fatal. Con lo poco que he aprendido sé que no puedo evitar sufrir, pero también sé que cuando llegue el momento, terminaré superándolo.

—¿Por qué? —me pregunta Ib, y yo me encojo de hombros y le dedico una sonrisa fanfarrona.

—Bueno, es lo que hacemos siempre.

Ahora sí, arquea los dedos y los dobla a la altura de los nudillos. Imito el gesto, el movimiento de un ala, y veo su sonrisa con el rabillo del ojo.

—Vale, Rain. Te creo.

—Qué presión —bromeo. Entonces veo una figura acercándose por la carretera, y hago una mueca de fastidio—. Éramos pocos y parió la tía abuela.

—¡Te he oído, Cook! —grita Beth, dejándose caer entre nuestras madres como si fuera una más.

Ib es la primera en reírse. Luego la sigue su madre. Y la mía.

Otro recuerdo. Otra no primera vez.

52

IB

Rain y yo estamos tumbados en su cama. En realidad, mi cabeza descansa sobre su vientre, así que, técnicamente, estoy tumbada sobre él, y él lo está sobre su uniforme de entrenador, luego sobre las sábanas sin deshacer, el colchón y, finalmente, el armazón de la cama. No sé por qué mi mente insiste en desglosarlo todo, pero lo hace, como si necesitara revelar cada verdad minuciosa de nuestros cuerpos, intenciones, brillos.

Después de hacer la prueba de acceso para el grado en Escritura Creativa en la Universidad de Oregón (un ensayo crítico sobre algún texto de Virginia Woolf, Alice Munro, Scott Fitzgerald o Gabriel García Márquez, además de mandarles un portfolio con un extracto de una de mis novelas; escogí a Alice Munro y analicé sus escritos desde la perspectiva de lo cotidiano y sus emociones complejas, pero no he quedado muy satisfecha con la metodología que he aplicado ni con lo que les he enviado), vine a Cold Springs para recoger a Rain del entrenamiento. Habíamos prometido hacer algo especial, pero aquí estamos, tumbados sobre más capas de lo que había planeado. Encima de mis costillas se posa una mano temblorosa e insatisfecha: la mía. Me pregunto qué será lo siguiente. Siento algo extraño, como

si una presión invisible se hundiera sobre piel y carne, tal vez alguna de esas emociones complejas de las que hablaba Munro.

—Patrick Dempsey y Jillian Fink —dice Rain, sus dedos enredándose en los mechones de mi cabello, los que caen lejos de mi cara. Está convencido de que, si me aceptan en esa universidad y me mudo de estado, nuestra relación a distancia puede funcionar—. Él ha viajado mucho por sus rodajes, pero siguen juntos, casados, felices.

—Pero mira a Chris Martin y Gwyneth Paltrow —respondo sin apartar la vista del techo. No sé por qué, pero últimamente mis respuestas parecen diseñadas para contradecirle—. Empezaron bien, pero las giras de Coldplay y la carrera de ella en el cine acabaron distanciándolos. Se divorciaron. Y no te olvides de Catherine y Heathcliff en *Cumbres Borrascosas*. La distancia física los llevó a la tragedia.

—Creo que Heathcliff necesitaba más terapia que amor —bromea, y yo chasqueo la lengua.

—Lo mismo les pasó a Frida Kahlo y a Diego Rivera —insisto—. Mucho arte, mucho amor, pero no resistieron sus ausencias.

—¿Y qué me dices de Johnny Cash y June Carter? —me reta—. Él siempre estaba de gira, pero las cartas que se escribían les mantenían unidos. Si ambos están comprometidos, hay muchas formas de hacer que una relación funcione.

Su tono sigue siendo suave, pero hay una pequeña tensión que no puedo ignorar. Me remuevo sobre su pecho, inquieta.

—Eso suena muy bien, pero no todos somos Johnny Cash, ¿no? —respondo, casi murmurando—. A veces la distancia crea expectativas imposibles de cumplir. Amy Winehouse lo dejó claro en una de sus

canciones: «Me dijiste que me ibas a esperar, pero yo no esperé lo suficiente». ¿Y qué pasa con el Principito y su rosa? —murmuro, más para mí que para él—. Al final todo se desmoronó porque no podían estar juntos.

Puedo notar cómo Rain empieza a desesperarse; sus dedos tiran de mi cabello con más fuerza de la que debería. Cada vez que lo hace, mis labios se estiran contra mis dientes y el aire entra en mi boca con un sonido áspero, como el chirrido de una atracción de feria cuando se pone en marcha. Se disculpa y aparta la mano, pero al rato vuelve a enredar sus dedos en mi pelo. Lo entiendo. Sé que está frustrado, y, en cierto modo, yo también lo estoy. Esta negatividad que arrastro me desconcierta tanto como a él.

El doctor Mittman me dijo que, ahora que ya no tengo la necesidad constante de cuidar de mi madre, mi ansiedad se está redirigiendo hacia mí misma. Como si mi mente necesitara que algo fuera mal para poder seguir buscando soluciones. Siempre he estado acostumbrada a resolver problemas para los demás, pero cuando se trata de mí… me siento perdida. Y no lo entiendo. Ahora que las cosas parecen estar encajando, ahora que tengo una buena vida y las personas a las que más quiero están bien y me quieren de vuelta, me doy cuenta de que mi mente aún esconde una inclinación hacia la autodestrucción. Como si no supiera funcionar de otra manera.

Rain se incorpora, y mi cabeza resbala hasta las sábanas. Siento un vacío instantáneo cuando su cuerpo ya no está debajo del mío.

—Te esperaría otros cinco años más si hiciera falta. Lo sabes, ¿verdad?

Su voz suena firme, pero sus ojos me buscan, como si necesitara alguna señal de que le creo. Suspiro, dándome la vuelta, pensando en el futuro con añoranza y, a la vez, con miedo.

La vida no se entiende aunque tenga familia y amigos.

La vida no se entiende aunque tenga la escritura.

La vida no se entiende aunque tenga un amor.

53

RAIN

El doctor Carter no ha cambiado el calendario. Sigue suspendido en mayo, aunque ya estamos en junio, la temporada de las abejas, el calor extremo, los campos de lavanda, los festivales de rodeo y las parrilladas al aire libre. Todavía tengo restos de carbón entre las uñas de la barbacoa que organizamos ayer en casa de Beth, así que me guardo las manos en los bolsillos y aprieto los labios. Me gustaría que mi mal humor fuera producto de una resaca, de esas fáciles de explicar, pero es tontería engañarse a uno mismo cuando estás en la consulta de un profesional de la mente… y le sueltas ochenta dólares por cada cuarenta y cinco minutos de sesión.

—Doctor Carter, le prometí que nunca le engañaría —le digo, ensayando una voz solemne—. Pero hoy estoy decepcionado con usted.

El hombre no varía el gesto, aunque lo noto intrigado.

—¿Por qué?

—No ha dicho nada sobre mi cambio de look.

Llevo vaqueros negros y el flequillo cae por mi frente con su pereza habitual. La expresión del psiquiatra se desconcierta unos segundos hasta que sus ojos se detienen en mi camiseta, y entonces

aparece el amago de una sonrisa en sus labios, que empiezan a mostrar alguna arruga.

—El azul marino te sienta bien —dice finalmente—. Aunque, si lo piensas, no es tan distinto del negro, ¿no te parece?

«Siempre un paso por delante». Cabeceo, sintiéndome algo más animado.

—Eso esperaba que me dijera Ib ayer, pero no dijo ni mu.

—¿Y discutisteis por eso?

—No, por eso no. —No me molesto en preguntarle a este hombre qué ha visto en mi cara para llegar a esa conclusión. Prefiero pensar que es cosa de magia—. Llegó una carta de la Universidad de Oregón. No la han aceptado en el grado de Escritura Creativa. Al final se quedará en Reno, estudiará Filología y después hará el posgrado. Era su segunda opción, pero era una buena opción. Quiero decir que no parecía afectada —le explico, y mi pierna buena hace un sonido hueco, como arcilloso, cuando doy golpecitos en el suelo con el pie, uno tras otro, sin descanso—. Y yo… hice una broma. Le dije que seguro que había hecho la prueba mal a propósito porque no quería alejarse de mí. Ahora, diciéndolo en voz alta, me doy cuenta de que soné… como un insensible de mierda, ya. Pero no sé. Estábamos en la barbacoa, con nuestras madres, nuestros amigos. Todo iba bien. Y, de repente, empezó a evitarme. Luego la encontré llorando en el baño. Le pedí perdón un millón de veces, y me dijo que no pasaba nada, pero…

—Tuviste miedo —me interrumpe el doctor Carter, con esa habilidad suya de ir directo al grano.

—Sí, miedo a que decidiera dejarme, a que mis palabras la hubieran herido de una forma demasiado profunda. Una vez me dijo

que las personas somos un abismo dentro de otro abismo más grande, como el espacio y sus infinitos. Que algunas heridas, dependiendo del abismo en el que caigan, no pueden superarse. —Trago saliva, nervioso—. Sentí miedo de haberla herido así.

—Solo querías hacerla sentir mejor tras el rechazo, Rain —me recuerda mi psiquiatra con voz tranquila.

—Lo sé, pero me asustó no poder leer sus emociones. Nunca han hecho falta palabras entre nosotros para entendernos, solo en nuestras épocas más oscuras. La semana pasada, Ib quedó con Ginger, ¿se acuerda de esa historia? Carley y su marido el-destroza-piernas, la despedida de soltera en Vancouver… —El doctor Carter asiente sin mirar sus notas—. Vale, pues cuando Ib volvió, me contó que Ginger se había distanciado de Carley al enterarse de lo que me había hecho Mike, lo de la pierna, lo de la paliza… Y yo le dije que me alegraba. Y ella me miró como…

«Como al principio, cuando éramos dos extraños».

—¿Y no será que lo que realmente sentía era envidia? —Vuelve a interrumpirme—. Quizá le hubiera gustado ser capaz de verbalizar algo así sin sentirse culpable. No creo que dude de ti, Rain.

—Ib, ¿envidiosa de mí? Venga ya. —Me río por lo bajo.

—Te estás infravalorando.

—No, es que es absurdo.

O tal vez no lo sea tanto. Tal vez Ib y yo estamos cambiando de manera inevitable, creciendo en direcciones que no siempre comprendo. Puede que me enfadara que no notara el cambio de color de mi camiseta porque para mí era importante, y que mi broma fuera un intento, torpe y mezquino, de hacerla reaccionar. Quizá sigo esperando que Ib esté pendiente de todo, como antes,

porque así es ella. O, al menos, así lo era. No parece un planteamiento tan descabellado, ahora que lo pienso.

—Estas pequeñas peleas, malentendidos… son parte del proceso. Como pareja, como individuos. Los cambios, incluso los buenos, pueden ser difíciles de aceptar. No des nada por sentado, Rain. Habla con ella.

—Lo haré, doctor Carter.

Él se reclina en su silla, satisfecho.

—¿Sabes qué día es hoy?

—14 de mayo —respondo automáticamente.

—14 de… No. —Se gira hacia el calendario y arranca la hoja, y yo me muerdo el *piercing* para no reírme—. Es el día en el que dejas los antidepresivos. Eso significa…

—… que puedo beber alcohol —le interrumpo.

—… que vamos a espaciar nuestras visitas. Estamos en fase de seguimiento. —El doctor Carter habla por encima de mí, aunque no parece enfadado—. Eres una buena persona, Rain. No lo olvides.

—Gracias —respondo, y aparto la mirada mientras nos levantamos porque la sesión ha terminado ya. «Los hombres duros no se emocionan», pienso, aunque esa es una de las gilipolleces de mi padre. Así que rodeo el escritorio para darle un abrazo—. Gracias —repito—, por no rendirse conmigo.

Y pienso en Ib. Y en todas las personas que nos sostienen, invisibles pero fuertes, como una red imposible de romper.

—Merece la pena, Rain. Merece la pena esperar a alguien.

54

IB

Cuando le propuse a Mona venir a casa para que mi madre y ella pudieran hablar tranquilamente, estaba casi segura de que rechazaría la invitación con esa frialdad educada que la caracteriza. Pero dijo que sí. No tuve que insistir demasiado. Su respuesta me hizo sentir como si hubiese cogido aire justo antes de sumergirme en un océano golpeado por la noche, sin saber cuándo volvería a la superficie. Necesito esto. Necesito que tengan esta conversación para que la herida que se abrió con el diario consiga cerrarse del todo. Sé que es un deseo tramposo, que no puedo esperar que los demás arreglen sus problemas solo para que, de rebote, solucionen los míos. Pero también creo que a veces nos sentimos como esas luces navideñas que se enredan entre sí, casi imposible de desenmarañar, y solo el impulso de uno puede ayudar a que otro brille de nuevo.

Ahora, sentada en el salón, ya no estoy tan segura de que haya sido una buena idea. Las tres formamos un triángulo incómodo: mi madre en una esquina del sofá; Mona en la otra, y yo detrás de la mesa, en una silla demasiado baja, sintiéndome una niña, y los demás, demasiado mayores. Mi madre intenta hacer contacto visual con su hermana, esbozando una sonrisa que se disuelve en el aire

mientras sus manos se mueven sobre su regazo como tejiendo con hilos invisibles. Mona, en cambio, permanece rígida, con los ojos fijos en las líneas oscuras que separan los tablones de madera del suelo.

Por la ventana entra un torrente de luz dorada, la brisa fresca del río y los sonidos típicos de una mañana de verano: niños jugando, familias corriendo para no perder el tren y personas buscando refugio en la sombra, invirtiendo las reglas del juego que todos inventamos en invierno. Pensaba que Mona haría algún comentario sobre el cerezo de la plaza y su belleza tranquila y frágil, como una pintura atrapada en el tiempo. Desde aquí se ve espléndido, pero ella actúa como si ni siquiera lo hubiera notado.

—Voy a preparar el té —digo, rompiendo el silencio que amenaza con aplastarnos. He intentado introducir varios temas de conversación, pero todos rebotan entre mi madre y Mona y mueren al contacto, como un papel arrojado al fuego.

Nuestra cocina es un pequeño habitáculo que nos entregaron ya amueblado, «porque está perfectamente medido, no cabe nada más», nos comentó la casera, y parecía sincera. Creo que le caímos bien desde el primer momento porque le dijimos que nos quedaríamos con el apartamento en cuanto nos abrió la puerta. No tenemos lavaplatos, pero desde aquí puedo ver el salón. Me aseguro que las dos siguen en la misma posición en la que las he dejado, y entonces pongo el agua a hervir y saco las tazas de porcelana que me regaló Beth. Las empiezo a colocar con cuidado, procurando no hacer mucho ruido.

—Creo que mi hija te ha contado lo que pasó —escucho decir a mi madre, su voz rasposa después de aclararse la garganta un par de

veces.

—Sí. —No espero que Mona diga nada más, pero lo hace, y sus palabras me sorprenden tanto que casi dejo caer las tazas—. La verdad es que fui una estúpida por no abrir una cuenta bancaria a mi nombre. Cuando papá me traspasó la zapatería, me pareció más cómodo tener todo el dinero junto. Nunca se me ocurrió que mamá seguiría teniendo acceso. Creí que me habías robado tú.

—Estaba desesperada por irme. Si lo hubiera pensado mejor…, si te hubiera dicho adiós…

—¿No estás enfadada conmigo? —Mona parece cansada de hacerse esa pregunta.

—¿Eh?

—Por haberte convencido de darla en adopción, cuando yo tenía dinero ahorrado.

La tetera silba, me apresuro a apagarla y dejo las tazas sobre la encimera con manos temblorosas. Contengo la respiración y camino de puntillas sobre el suelo de baldosas amarillas, sintiéndome Dorothy, hasta que distingo sus cabezas rizadas, sus hombros de pájaro, el pesar que se desliza por ellos, por el resto de su anatomía, como una cortina de agua demasiado fría.

—Era tu dinero, Mona. Pero… —Mi madre se interrumpe, y las palabras tiemblan al salir de su boca—: Nunca hablabas de tus sueños.

—Porque eran míos.

—Yo lo compartía todo contigo.

—Y con todo el mundo. —Mona bufa, mostrando por primera vez una chispa de emoción. Es raro verlas siendo tan… hermanas.

—¿Qué tiene de malo confiar en los demás?

—Mira dónde has estado todo este tiempo.

—Importa dónde estoy ahora —responde mi madre con tranquilidad—. Sabes perfectamente lo que habría hecho distinto. Fui egoísta al asumir que tú no soñabas con tu propia libertad. Lo siento. —Saca un cheque de su cartera y se lo tiende a Mona—. Aquí están tus siete mil dólares, con intereses.

Mona coge el cheque con desconfianza. Por un momento, pienso que va a romperlo, pero finalmente lo guarda en su bolso. «Ahora se levantará y se irá», pienso con tristeza, pero se queda sentada y… sonríe.

—Perros.

—¿Qué? —pregunta mi madre, desconcertada.

—Mi sueño era comprarme una casa con jardín. Y tener muchos perros. De todos los tamaños y colores.

—Como en el cuento que mamá me leía cuando me ponía enferma —murmura mi madre, sentándose un poco más cerca de Mona.

Ella no parece darse cuenta cuando dice, también entre susurros:

—A mí también me lo leyó una vez.

—Nunca es tarde para volver a soñar con algo —insiste mi madre, y yo me muerdo el labio cuando noto una especie de marea creciendo detrás de los ojos.

—¿Con qué sueñas tú?

—Bueno, con esto. —Y se señala a sí misma y a Mona, que baja la mirada con las mejillas ligeramente sonrojadas—. Y con los libros que puedo leer. Con pasar más tiempo con Ib. Retomar el contacto con viejas amigas. He vuelto a dar clases de Inglés para extranjeros

y ahora colaboro como voluntaria en varias asociaciones. Algún día viajaré un poco más lejos, cuando me sienta preparada.

—Lo entiendo.

Vuelvo al salón sin la bandeja del té entre las manos. Las dos alzan la vista hacia mí cuando les propongo ir a un sitio. En sus ojos brilla algo que no había visto antes: una intersección en la que se cruzan dos dolores distintos, pero no. Deshabitados y sólidos, pero no. Como si algo profundo en ellos se resistiera a romperse por completo hasta ver sus reflejos.

Nos ponemos en marcha sin necesidad de palabras, la dirección marcada en nuestros corazones desde hace tiempo. Andamos en silencio, pero ese silencio no pesa tanto ahora. El camino es claro, directo, ha estado esperando, esperándonos. Y, cuando llegamos, ahí está. El cementerio. La tumba de Florence.

La lápida tiene ese color entre blanco y gris, y hay flores frescas apoyadas sobre el mármol con una delicadeza que casi resulta dolorosa. Lirios y rosas. Un ramito de brezo. Fugaz pero eterno. Aquí el silencio tiene muchos nombres, formas y olores. Nos envuelve, pero no nos asfixia. Es un silencio que habla, que nos permite llorar a nuestra manera, sin necesidad de escondernos.

Y así lo hacemos. Cada una derrama sus lágrimas, tan distintas como lo fue nuestro tiempo con ella, pero igualmente verdaderas. El sentimiento de pérdida fluye como un río que finalmente encuentra su cauce y hace crecer vida en su orilla, dentro de él.

—Me alegro…, me alegro de que nunca tuvieras que echarme de menos —murmura mi madre, con el rostro partido por el llanto. Aun así, su expresión destila paz—. De que fueses feliz hasta tu último día. Perdóname si pude hacer más, Florence. No sabía cómo.

Mona asiente. Tiene los ojos húmedos, pero también serenos.

Me agacho frente a la lápida y dejo una flor de cerezo. Mis dedos suspiran cuando el tacto sedoso los abandona.

—Nos cuidaremos las unas a las otras, te lo prometo —susurro.

Dejamos a mi madre sola, aún tiene mucho que decir. Mona y yo caminamos hacia la salida con tranquilidad. Respirar es fácil, ahora que mi nombre tiene una única sombra.

—¿Te gusta ir de compras? —le pregunto.

—No.

—¿Y las librerías?

—No me gusta leer.

—Por aquí cerca hay una cafetería con gatos.

—¿No hay con perros?

—No, solo gatos.

Mona resopla, pero veo un destello divertido y hambriento en sus ojos.

—Si no hay más remedio…

Sonrío mientras me llevo una mano al colgante. Se acerca el final de mi principio.

55

RAIN

—Creo que nos hemos pasado con la decoración —se lamenta Ib, subida a lo alto de una escalera mientras termina de colocar una guirnalda entre el techo y la barra de las cortinas.

Mañana es 3 de agosto. Su cumpleaños. Mi plan original era organizarle una fiesta sorpresa, pero se me escapó. Así que aquí estamos, en su salón, decorándolo juntos, creando un ambiente en el que no habrá sorpresas de última hora ni responsabilidades. Me he asegurado de que su padre la llame en el día correcto, de que Vesta avise a sus amigos y de que el pastel esté libre de pistacho por si le apetece probarlo, aunque sé que no le gustan las tartas.

Sonrío y alzo la cabeza para mirarla, enfocando mi atención completamente en ella. Lleva un peto vaquero y el pelo recogido en una coleta alta. Todavía tiene la piel de los hombros un poco pelada y las mejillas de un rojo esplendoroso después de la escapada que hicimos a la playa hace unos días. «Sabes a sal», le digo por las noches, y ella estira los labios con vergüenza.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, aunque ya puedo intuir la respuesta.

—Bueno… —Ib pasea la mirada por el salón. Los globos, casi dos docenas, se acumulan bajo mis pies, inflados uno detrás de otro.

Sus ojos claros como un amanecer grisáceo suben por las paredes, hasta las guirnaldas que dicen «¡Feliz cumpleaños!» en varios idiomas. Hay banderines con los colores de los Raiders (me parecieron divertidos) y hasta una pequeña bola de discoteca brillando suavemente en un rincón. Suspira, como si la atmósfera se hubiera vuelto un poco irreal—. Mi madre va a matarme. ¡Rain, deja de inflar globos!

—Tengo que presumir de mis pulmones de exfumador —le respondo con una sonrisa pícara, inflando uno más—. Además, ¿qué hay más importante que cumplir años?

Ib ríe, un sonido que siempre consigue encender algo dentro de mí. Baja de la escalera con una ligereza que me fascina.

—Déjame adivinar… El pastel de cumpleaños.

—Perfecta —digo, fingiendo que le tomo una foto con los dedos mientras la observo.

—¿Y si te digo que puedes comerte mi parte del pastel después de que sople las velas? —pregunta, y me mira con una sonrisa que se siente íntima, nocturna.

—En ese caso, haría cualquier cosa por ti —respondo, y me acerco con un gesto suave rodeando su cintura con mis brazos. Dejo un beso en sus labios, un roce que parece contener más promesas de las que puedo decir en voz alta—. Lo digo en serio.

—Oh, ¿me dejarás escoger los libros que yo quiera en cinco minutos y después me los comprarás?

Su tono es juguetón, y uno de sus dedos, el pulgar no, se entretiene pellizcándome las pecas de las mejillas.

—Mucho mejor. —Me mira como si eso fuera imposible, y entonces digo—: ¿Por qué no nos vamos a Europa de vacaciones, con las

cigüeñas, los gallos y los petirrojos? Una escapada antes de que empieces la universidad. Al destino que tú elijas.

Cuando Ib se sorprende mucho por algo, parpadea con rapidez. La incredulidad se dibuja en cada línea de su rostro en un gesto que resulta infantil y temeroso.

—¿Estás dispuesto a montar en avión por mí?

—No sería la primera vez.

—Eso es…, guau. Necesito pensar mucho y hacer listas de posibles lugares y…

—Por favor, no me lleves a un sitio que haga frío —bromeo, aunque lo digo en serio.

Ella se ríe de nuevo y pega nuestros cuerpos hasta que puedo sentir el calor que emana su piel por debajo de la ropa, contar las perlas de humedad que resisten en sus labios después de nuestro beso.

—¿Sabes qué deseo pedí en mi último cumpleaños? —me pregunta de repente, un poco más seria.

—Espera, no me lo digas todavía. —Me detengo un segundo, observándola fijamente—. ¿Se ha cumplido? —Ella ladea la cabeza y asiente—. ¿Tiene que ver conmigo?

—Un poco —murmura—. No esperes nada espectacular, ¿eh?

—A los siete años soplaste las velas diciendo que querías aprender a multiplicar sin usar los dedos —suelto como si ese recuerdo me quemara.

Ib prorrumpe en una carcajada.

—Creo que ese fue mi deseo más realista. Este es algo más tonto: pedí que me hicieran feliz.

—¿Eso es distinto de ser feliz?

—Bueno, creo que cada uno vemos el mundo de una manera. Y si hay millones de personas, entonces también hay millones de formas de verlo. —Hace una pausa. Su mirada se pierde por un instante en otra clase de recuerdos antes de volver a mí—. He estado tan centrada toda mi vida en hacer felices a los demás que se me olvida que también puedo dejar que otros me cuiden y me quieran. Piénsalo de este modo: llegar a millones de personas es difícil, pero puedes centrarte en unas pocas. Si haces feliz a una sola persona, ya habrás mejorado un mundo. El mío, por ejemplo.

La vulnerabilidad de sus palabras me golpea el pecho, justo en el centro, y de alguna manera me siento más anclado a ella que nunca.

—Ese siempre ha sido mi mayor deseo. Hacerte feliz. Bueno, eso y ganar una Super Bowl.

Ib me empuja con suavidad, y su mirada se desvía hacia los globos, y luego más allá, por la ventana. El sol está empezando a bajar y arroja una luz dorada que me recuerda a los atardeceres que vivimos en Vancouver. Los dedos de Ib rozan mi rostro de nuevo, y sé lo que está pensando. ¿En qué pensamiento estábamos atrapados hace un año? ¿Quiénes éramos? Por qué no juntos, por qué ahora.

—Parece que ha pasado toda una vida —murmura.

—He aprendido que no puedes obligar a nadie a esperarte, pero sí puedes ser tú el que se acerque. —Me quedo en silencio un segundo, sintiendo el peso de este momento. No por lo que hemos vivido, sino por lo que nos queda por vivir—. ¿Sabes, Corazón? Creo que yo siempre he pedido el mismo deseo, desde que aprendí a soplar velas en lugar de escupir sobre ellas: dinero infinito. Nada de paz mundial ni esas cosas tan típicas —admito, y ella suelta una risita—. Pero el año pasado también pedí algo diferente. Te diré lo

contrario, porque quizá un mes y un día antes de mi cumpleaños pueda cumplir mi deseo. —Cierro los ojos, recordando por un momento lo que sentí al verla aparecer en mi fiesta con ese vestido, y esa sonrisa roja, y su aroma a verano y azúcar—. Ser una pérdida de espacio y de tiempo.

Ib se muerde el labio con ternura.

—Tienes el tiempo —dice, apartándose para tocar suavemente las heridas en mis manos, aquellas que me hago en cada entrenamiento —. Y tienes el espacio —añade, colocando su mano sobre mi pecho.

Y entonces vuelvo a besarla, y lo sé. La verdad me consume con una tranquilidad que parece masticada, alimentando mis células como si hubieran nacido de nuevo.

No hay una intervención divina en nuestra historia. No somos almas gemelas ni el destino nos ha colocado en el mundo con un nombre tan poco común para que nos encontráramos. No hay un Dios rezando por nosotros. Solo quedamos ella y yo. La voluntad de hacer las cosas bien. La conciencia compartida de lo que significa ser el otro.

Y lucharé por ella. Lucharé por demostrarle que la veo, cada día, como si fuera la primera vez. Ese es el amor en el que elijo creer.

El corazón y la lluvia

IB

El olor de las tostadas me recuerda que debería estar desayunando. De mi boca sale un suspiro desabastecido, y aparto las manos del teclado. Casi puedo sentir el roce fantasma de las teclas bajo las yemas de los dedos, el susurro de una voz que no he escuchado nunca, pero familiar a la vez, pidiéndome que no me mueva, que siga escribiendo, que la deje vivir para siempre.

Quizá en algún momento también fuimos las palabras de alguien y lo hemos olvidado.

Me falta poco, muy poco, para acabar mi segunda novela. De la primera guardo recuerdos teñidos de arcoíris, pero también oscurecidos por su alma fugaz. La concebí como si fuera una necesidad y un deber. Tenía que acabarla pronto, tenía que demostrarme que podía acabar algo. Derramé algunas lágrimas cuando puse punto y final a la historia de Autumn y Ryan porque no esperaba que su amor sobreviviera al tiempo y a las desgracias (todavía me resulta fascinante que personas que no existen puedan darte un mordisco y decirte «por ahí no», y al rato, «por ahí sí»). Después metí esa novela en un cajón. Metafórica y literalmente, porque había escrito la mayor parte a mano.

Nadie entendió por qué no pensaba luchar por publicarla. Pero escribir requiere, por muy extraño que suene, una dosis sincera de realidad. Todavía me falta mucha experiencia y confianza. El mundo exige atención a casi todo, y yo quiero estar comprometida con cada detalle. Estoy en mi primer año de universidad, y aprendo constantemente, y a veces siento que escribo por dentro usando piel y nervios como si fueran folios en blanco, pero los años perdidos siguen ahí. Y el miedo. Me da miedo que todo esté ya dicho en los libros. Que mis palabras solo sean un recordatorio. Me gustaría ser más para alguien. Cuando este pensamiento cruza mi mente, sé que ha llegado el momento de alejarse de cualquier historia.

Cierro la tapa del ordenador y bajo las escaleras masajeándome la muñeca, más por un ritual conmigo misma que porque me duela realmente. Las ventanas están abiertas y el aire huele a polen y a caléndulas. La presencia del sol todavía es torpe, pero basta para iluminar cada rincón de la casa, menos las paredes que tienen dos esquinas y el fondo de las estanterías. Ahora también huele a café recién hecho. Me humedezco los labios, la cabeza de Rain asoma desde la cocina cuando me oye llegar al último escalón. Su sonrisa es una media luna esperanzada.

—¿Ya?

Niego con la cabeza.

—He soñado con el final por tercera noche consecutiva, pero no sé. No estoy inspirada —respondo.

Me arrojo sobre sus brazos cuando los abre en una invitación silenciosa. Encajo la cara en su cuello, mi escondite favorito cuando el mundo parece demasiado hambriento, más que yo. Rain me da un beso en la cabeza y me mece despacio. Huele a champú, a loción de

afeitado, a caléndulas. No me sorprendería que hubiese madrugado para dar una vuelta por el pueblo antes del partido. Le ayuda a calmar los nervios, sobre todo después de que le nombraran entrenador al llevar al equipo juvenil al puesto más alto de su historia en la liga regional. Aun así, parece feliz. Más feliz de lo que le he visto nunca. Y eso que todo sigue igual y, a la vez, completamente distinto. Quizá, con el tiempo, aprendemos a reconocer ese momento en el que alguien deja de pelear contra sí mismo; cuando simplemente se entrega a existir, aceptando que ha perdido una parte de él que ya nunca volverá.

—No te preocupes, Corazón —dice Rain, y sus manos escalan hasta sujetarme la cara con dulzura—. Escribirás ese final algún día.

—Pero yo lo quiero ahora —lloriqueo, y sus dedos me hacen cosquillas cuando se ríe.

—Lo que he dicho siempre: impaciente. —Abro la boca para protestar cuando me suelta, y entonces vuelve con un plato que huele deliciosamente bien—. Tostadas de aguacate y huevo. Seguro que te ayudan.

Miro el pan dorado, rebanado siguiendo esa forma perfecta de helado de palo, y encima una cama verde con rodajitas de huevo cocido especiadas con sésamo blanco. Mi estómago ruge de impaciencia mientras me siento a la mesa.

—Voy a quererte siempre, Rain.

—No lo digas como si fuera una amenaza.

Le doy un bocado a la primera tostada y suelto un gemido insultantemente alto. Es raro que Rain no haga alguna broma. Me sirve una taza de café y apoya los brazos sobre la mesa mientras desayuno. Me mira de la misma manera que yo le miraba antes.

Sonríe; su labio, desnudo de no ser por el *piercing*, le tiembla igual que cuando se le ocurrió derretir plastilina y usarla como relleno de los pastelitos que estaba horneando su madre a los ocho años. El sabor ligero y jugoso del aguacate, como a nuez fresca, inunda mi boca. No aparto la mirada de Rain, de su piel bronceada y de sus brazos flexionados y musculosos. Se ha tatuado también el brazo izquierdo. Las formas geométricas que dibuja la tinta cuentan una historia de valentía, aunque la realidad es mucho más complicada que eso. A veces pienso que yo tengo las palabras y Rain tiene sus tatuajes, y que, de alguna manera, ambos son símbolos del arte abstracto de sobrevivir.

El silencio entre nosotros se llena poco a poco de una tensión palpable y descontrolada, como si estuviera a punto de caer un rayo. Siento cómo la garganta se me reseca, mientras los dedos de mis pies se curvan, y él me sigue observando en silencio, aunque sus ojos verdes brillan, como queriendo decir: «Lo que estoy pensando te gustaría. Venga, pregúntame». Le doy un sorbo a mi café y vuelvo a dejar la taza con los dedos aturdidos.

—Rain…

—¿Sí, Corazón? —Su voz es ronca y sugerente, y mi respiración empieza a fallar cuando le digo:

—¿No tenías partido?

—¡Mierda!

La tensión desaparece, destrozada por la prisa. Rain sale de la cocina todo lo rápido que puede, soltando una palabrota cuando casi tropieza por las escaleras. Yo me río, aunque siento una pequeña punzada de tristeza al saber que no volveremos a estar solos hasta la semana que viene, cuando mi madre se vaya a un congreso en

Ohio con su asociación, donde dará una charla sobre infancia y pobreza.

Me he dado cuenta de que las personas cambiamos cuando tenemos algo parecido a un propósito, cuando lo que deseamos se vuelve tangible y no un puñado de interrogantes que perseguir. Pero para vivir hay que recordar por qué vivimos. Sigo escuchando a mi madre llorar algunas noches. Otras veces está callada durante las cenas, y ese silencio se alarga hasta la comida siguiente, como si hubiera una sombra persistente compartiendo espacio con lo que está presente, con lo que le devuelve la mirada. Pero siempre regresa, porque mi madre tiene razones para hacerlo: su trabajo, sus libros, la gente que la rodea, un mundo cargado de brillos… Y, sobre todo, se tiene a sí misma.

Es agradable poder relacionarnos sin culpa. Con el tiempo, he aprendido a poner límites y ahora tengo una relación más estrecha con mi padre y con Kate. Nos esforzamos más por entendernos, aunque a veces eso implique recordar lo que nunca se dijo. He aprendido que algunas mentiras nacen para protegernos de aquello que no soportaríamos ver en otros. Mi padre solía usar el amor como excusa para todo, hasta que un día Kate me llamó llorando y nos pidió perdón a mi madre y a mí. Al principio dudé. Imaginé a Kate calculando sus lágrimas, midiendo su tristeza en alguna escala inventada. Pero desde entonces ha sido más amable, más honesta y podemos hablar sin que el peso de lo que sucedió arrastre a mis hermanos o a mi madre a la conversación.

Con mi padre, un poco de lo mismo. Es la persona con la que más discuto y en la que menos pienso, ahora que entiendo cuántas veces pudo haber actuado de otra forma. Todo lo que pudo hacer para

salvar a alguien más que a sí mismo. Pero le quiero en alguna parte más que en mis recuerdos, y no me gustaría perderle como padre. Él es así, un hombre que construye mentiras para los demás como si vendiera iglús en el Polo Norte. De algo tiene que protegernos. No creo que mi infancia haya sido un engaño. Él siempre estuvo en medio de mi madre y yo, asegurándose de que no supiera cuan profunda era su depresión. Al final fue el primero en cansarse de cuidar al resto, pero no puedo culparlo. No del todo, al menos. Todavía me pregunto si, para él, las cosas parecían mucho más difíciles de lo que eran en realidad. Si empezó a llamarme por mi segundo nombre quizá porque, de alguna manera, sabía lo que implicaba usar el primero.

A saber qué pensaré de todo esto cuando sea mayor, cuando la vida me haya mostrado más de sus intentos fallidos y de sus pequeños éxitos. Nolan dice que tiene que haber tiempo para todo, pero también es cierto que él habla de cualquier cosa con una sonrisa plácida y cansada. Como si hubiera encontrado paz en las decisiones correctas, pero sobre todo en las equivocadas. Siempre que puedo, voy a Vancouver a visitarlo, a él y a Mona. A veces voy con mi madre, a veces con Rain, y otras lo hago sola. Mona se compró (gracias a los ahorros que ya tenía y a la contribución de mi madre) una casa con jardín en una zona más residencial y tranquila de la ciudad. Tiene cuatro perros por ahora: Tutankamón (Tuti, para todos), Skechers, Stanley y Baba Vanga, una terrier que, por casualidad o destino, se ha encariñado de Nostradamus, y él de ella. Mona sigue sin tolerar que la llame «tía», pero nuestras vidas se han entrelazado de una manera poco fingida, como si hubiéramos crecido en el mismo tiesto. Le pregunté hace poco qué valoraba

más, y me respondió que el ladrido de los perros. «Yo soy más de humanos», le dije. Ella puso los ojos en blanco. «Pero solo por un rato. Tú estás hecha de la soledad de los libros, como tu madre», replicó.

A veces echo de menos la independencia que compartía con Vesta, esa libertad que me hacía sentir algo parecido a lo que Mona quería expresar. Vesta está bien. Dejó su trabajo como secretaria con aquel jefe baboso al terminar la universidad y ahora trabaja en un prestigioso centro de finanzas como asesora. Se compra sus propias flores. Sigue brindando con moscato por cualquier motivo. Tiene algo con Bonnie, pero se niega a darle un nombre. «Las protagonistas de *Sexo en Nueva York* eran más felices cuando no las ataba nadie», suele decirme, y yo veo el miedo a que le hagan daño atrapado en su sonrisa pecosa. Pero sé que, tarde o temprano, la curiosidad la llevará por otra dirección. Como nos ha pasado a todos.

Con este pensamiento termino de desayunar y me levanto de la silla. Siento que el día está a punto de comenzar, aunque lleve varias horas despierta. Vesta y Bonnie no tardarán en llegar, y después Beth volverá de su paseo. Vendrá la madre de Rain, mis padres y Kate. Todos quedamos para ver el partido y apoyar a mis hermanos, y a Rain. El sonido de sus pasos bajando las escaleras me acompaña mientras friego los platos; ya está vestido con el uniforme y, cuando se acerca para despedirse, me da un beso que sabe a menta fresca.

—Luego te veo —me dice, guiñándome un ojo—. Ah, por cierto, bonito epílogo.

—Si yo no he escrito todavía ningún…

Pero Rain ya se ha ido sin dar más explicaciones. Me limpio las manos en los vaqueros, todavía desconcertada, y corro hacia su

habitación. Siempre que vengo a pasar unos días a Cold Springs secuestro su escritorio, y por eso al entrar noto los pequeños cambios: el cuaderno en el que esbozo los detalles de la historia y los primeros capítulos está bajo el ratón en lugar de a un lado, mi plantita de plástico está pegada a la ventana y un tímido rayo de sol golpea sus hojas secas como si fingiera ser de verdad, y lo más importante: la tapa del portátil está levantada. Noto la silla aún caliente cuando descubro una nueva página en el documento. Mi corazón rebosa algo que no es músculo cuando empiezo a leer:

> Y Beatrice y Lee fueron felices. Arreglaron las cosas con sus padres (bueno, con el padre de Lee no, que es un capullo), se casaron, alquilaron una caravana y recorrieron toda la costa de California hasta los acantilados de Santa Bárbara. Tiraron las cenizas de la hermana de Beatrice con la última puesta de sol, dijeron «hasta el infinito y más allá», y luego siguieron conduciendo hasta la última línea de su novela. Sé que quieres pensar en el después antes de ponerte a escribir el final de esta historia, Corazón, y entiendo que es difícil imaginar algo que nunca vas a vivir, pero voy a darte un poco de inspiración. Seré escritor durante cinco minutos para hablar de nosotros, ahora que te he dado mis valiosas ideas sobre tu novela (que no has pedido).

Sonrío, sintiendo una mezcla de sorpresa y nervios, y sigo leyendo:

> Una vez me dijiste que es mejor escribir sobre lo que conoces. Y lo que yo siento por ti ha sido inevitable desde el principio, como las mareas que vuelven siempre a la misma orilla. No sé cuántas veces te he dicho en este último año que te quiero, lo maravillosa que eres, lo feliz que me hace cogerte de la mano cuando me apetece, lo mucho que adoro tu humor y tu bondad, esos labios impacientes y esa mente que siempre va por delante de

todo. Pero pienso seguir diciéndotelo por todas esas vidas en las que no estamos juntos. Espero que no te resulte demasiado pesado. Todos estamos un poco rotos, pero nadie habla de eso. Hasta que llegaste tú. Mi mejor amiga. Mi corazón. El miedo y el amor siempre van de la mano, igual que el caos y la esperanza. No puedes separar lo que has vivido de la persona que eres, aunque se lo pidas a todas las estrellas del cielo, esas que brillan más, menos o se apagan al escucharte porque, siendo sincero, menudo coñazo tener que estar pendiente siempre de los deseos de otros. Ojalá lo hubiéramos entendido cuando éramos niños. Siempre sabíamos quién era cada uno… excepto nosotros mismos.

Cierro los ojos, intentando contener las lágrimas que empiezan a acumularse detrás de mis párpados. Rain tiene razón. Siempre supe quién era él, todo lo que representaba con su nombre. Pero yo… yo era demasiadas cosas. Demasiado insuficiente o demasiado excesiva. Nunca un ancla, nunca un faro.

Respiro hondo y abro los ojos de nuevo para continuar la lectura:

Quiero más primeras veces, Corazón, así que termina esta novela. Haz que el cielo se rompa, hazlos sufrir un poco, pero dales un final como el nuestro. Realista, pero no triste. Sigue mirándome los labios cuando hablo, sigue usando el plural cuando te refieras a lo que fuimos, a lo que somos, juntos y separados. Por si no lo has notado, siempre hemos sido nosotros. Y nos irá bien. En Cold Springs, en Reno, en Santa Bárbara o donde sea. Es fácil confiar en algo que estamos escribiendo los dos. Así que termina estas líneas. Complétanos. Y cuando acabe el partido, bésame como si volviéramos a estar encima de aquel árbol, ¿vale?

Las lágrimas finalmente caen, pero no me detengo. Me limpio la cara con el dorso de la mano y obedezco, inclinándome sobre el

teclado para empezar a escribir mi respuesta. No pienso en qué palabras elegir. Solo siento y escribo. Escribo y siento:

> Somos lo que somos, pero también lo que hemos sido. Somos extraños y maravillosos. Somos un desconcierto para el mundo. Cualquier amor lo es. Pero, por encima de todo, somos nosotros, Rain. Hace seis años, hoy, y dentro de otros seis. Somos corazón. Somos cambio. Somos lluvia. Somos la mezcla de lo peor y de lo mejor que llevamos dentro. Somos el mar y su principio. Somos lo que hacemos con lo que tenemos. Y hemos hecho esto. No está mal para vivir por primera vez, ¿verdad? Sigo sin creer en las casualidades, pero nunca hemos dejado de comportarnos como una de esas coincidencias que parecen escritas por el destino, aunque el mundo se empeñe en llamarlo azar. Dejemos de buscar un porqué. Hay cosas que nunca sabremos, pero será suficiente con ese beso. Elijo el desconcierto. El sacrificio. Vivir ya es un riesgo; qué menos que saber elegir a las personas, si encender o apagar las noches. Sigamos jugando a ser pájaros, porque, mientras nos tengamos, el horizonte siempre estará al alcance de nuestras alas.

Me detengo y levanto la vista por encima de la pantalla. Podría seguir escribiendo mucho más, pero prefiero dejarlo así. A veces las palabras que no llegamos a decir son suficientes para contarlo todo. No necesitamos que sea perfecto, solo que sea nuestro, que sea real.

Porque, al final, siempre hemos sido esto.

Siempre hemos sido nosotros.

Siempre hemos sido el corazón y la lluvia.

Agradecimientos

He llegado al final de esta novela exhausta, con los dedos quietecitos, los ojos húmedos y una sonrisa que podría interpretarse de muchas maneras, pero que viene a decir algo así como: «Ya lo tienes, Carol. Ahora sí».

Hay historias que se escriben como si fueran tormentas: inesperadas, caóticas, frágiles. Ib y Rain han sido todo lo que prometían desde el principio, y más. Sus nombres fueron la semilla, y el resto creció a su alrededor de muchas maneras, hasta llegar a ser la novela que habéis leído hoy. Y para eso he tenido que cambiar tantas cosas. He analizado una y otra vez cada palabra, he abusado del café, he llorado a mis amigos, he escrito en cualquier lugar que encontraba, hasta en el baño; incluso me he pasado de parada de metro más de una vez, pensando en cómo encajarlo todo, y (que Rain no se entere) he rezado para que el mundo se detuviera unos pocos días y poder llegar a la fecha de entrega a tiempo. Pero estoy feliz. En calma. He comprendido que en este libro he dejado más de mí de lo que esperaba, porque he atravesado mi propia tormenta mientras lo escribía, y sigo aquí. Y eso ha sido en parte gracias a todas las personas y libros que me han acompañado estos últimos meses. Aunque no pueda llenar todo el espacio que me gustaría de

palabras de agradecimiento, quiero que sepáis que las llevo siempre conmigo. Lo tengo todo escrito por dentro, vaya.

Gracias, como siempre, a toda mi familia. En especial, a mis padres y a mi hermano, que han sido mi refugio en medio del caos y que siempre me han apoyado incondicionalmente. Mamá, eres tan fuerte y maravillosa. Papá, tus ocurrencias han hecho las horas de escritura mucho más llevaderas. Mario, tus abrazos siguen siendo mi gasolina. Os quiero.

Nacor, qué más me queda por escribirte. Gracias por seguir a mi lado un libro más, gracias por todas las primeras veces que me sigues regalando después de estos diez años juntos. Te quiero con todo mi corazón (amarillo).

Gracias a mis amigas, que son el hilo invisible que lo mantiene todo en su lugar. A Ana, mi persona galaxia, que me ha conocido en todas mis versiones y las ha aguantado. Te quiero hasta la Luna y volver. Noe, Stefy, Sonia. Ojalá pudiera retroceder para vivir toda una vida, desde el principio, a vuestro lado. Os quiero a rabiar. Gracias también a Irene y a Elena, mis fieles compañeras cada miércoles para quejarnos un poco de la vida y encontrar fuerzas en nuevas promesas, aunque siempre volvamos al mismo lugar. A Clara, porque siempre es fácil recordar contigo con un par de cervezas. A Cristi, a Nora, a Esther. Soy tan afortunada de teneros que no me lo creo. Gracias también a Andrea, porque le conté esta historia cuando era una bolita de inseguridad y me dejó hacerle spoilers, y lo más importante: me dijo que era buena.

Gracias a las amigas que he encontrado por este camino, que me ayudan a recordar por qué hago lo que hago. A Sonia, mi *soulmate*, que me inspira y me entiende como nadie. A May, que empezamos a

hablar de un día para otro y ha sido el faro en los días más tormentosos. Esta novela existe porque tú la sostuviste. Gracias también a Arantxa, por ese fin de semana en el que volaron historias y deseos. Y a Inma, porque me hizo ver *High School Musical* por primera vez y disfruté como si fuera una adolescente.

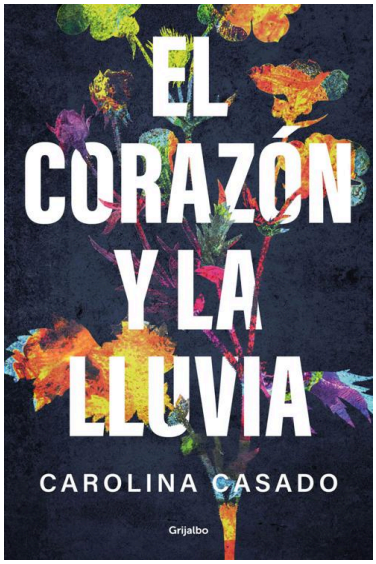
Gracias también a todo el equipo editorial. Es un lujo poder trabajar con todos vosotros. En especial, quiero darle las gracias a mi editor, Toni, porque esta novela no habría sido posible sin él, que vio el potencial de Ib y Rain desde el principio.

Por último, quiero daros las gracias a vosotros, mis lectores. No sé en qué momento de vuestra vida os habrá llegado este libro, pero ojalá os inspire a seguir luchando por vosotros mismos primero, siempre primero. Gracias por volver, por recomendar mis novelas, por todo el cariño que me dais y por estar siempre dispuestos a dejar que os rompa un poquito el corazón.

He intentado contar esta historia como si la hubiera vivido. Si, durante el proceso, algún detalle o lugar no es del todo exacto, os pido disculpas. De verdad, os prometo que lo he dado todo.

Nos vemos pronto. Mientras tanto, nos toca habitar otras líneas.

Hay lugares que nos marcan para siempre.
Hay personas que no podemos dejar atrás.



Ib y Rain fueron mejores amigos durante toda su infancia. Ella escribía historias y él las escuchaba. Pensaban que eso nunca acabaría.

Hasta que crecieron. Hasta el día que lo cambió todo.

Años después y tras un descubrimiento inesperado sobre su familia, Ib quiere desvelar su pasado y Rain está decidido a acompañarla en ese difícil viaje.

Una ruta en coche desde Estados Unidos hasta Canadá, una amistad que trasciende todos los obstáculos y la semilla de un amor que vuelve a florecer.

Carolina Casado nos cautiva de nuevo con un delicado relato de culpa y redención.

Carolina Casado (Madrid, 1996) estudió Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid, vocación que compagina con su verdadera pasión: la escritura. Le gusta tocar la guitarra, jugar a videojuegos y leer sin descanso.

Autora de varias novelas, en 2024 entró en el catálogo de Grijalbo con *Si decides volver*. Ahora regresa con *El corazón y la lluvia*, una historia hermosa y emotiva sobre la amistad, la familia y las segundas oportunidades.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Carolina Casado Magano
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © iStockphoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-7034-2

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El corazón y la lluvia

Capítulo 1

Capítulo 2

El diario (I)

Capítulo 3

Capítulo 4

La niña que nació primero y la lluvia

Capítulo 5

Capítulo 6

La niña que no entendía el mundo de los adultos y la lluvia

Capítulo 7

Capítulo 8

La niña que soñaba con escribir y la lluvia

Capítulo 9

El diario (II)

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

La niña que no tenía miedo a morir y la lluvia

Capítulo 13

Capítulo 14

El diario (III)

Capítulo 15

La chica que perdió su corazón

Capítulo 16

La niña que se sentía sola y la lluvia

Capítulo 17

Capítulo 18

El diario (IV)

Capítulo 19

La niña que se llenaba la barriga de espaguetis y la lluvia

Capítulo 20

El diario (V)

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

La niña que regalaba oportunidades y la lluvia

Capítulo 24

Capítulo 25

El diario (VI)

Capítulo 26

Capítulo 27

La niña que tenía más de una familia y la lluvia

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

El diario (VII)

Capítulo 33

El corazón y el chico que vivía entre huecos

Capítulo 34

Capítulo 35

El corazón y el chico que veía el amor como un final

Capítulo 36

Capítulo 37

El corazón y el chico que nació para perder

Capítulo 38

Capítulo 39

El chico que buscaba un mundo sin lluvia
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Las madres de la niña que perdió su corazón y del niño que buscaba un mundo sin lluvia
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
El corazón y la lluvia
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Carolina Casado

Créditos